

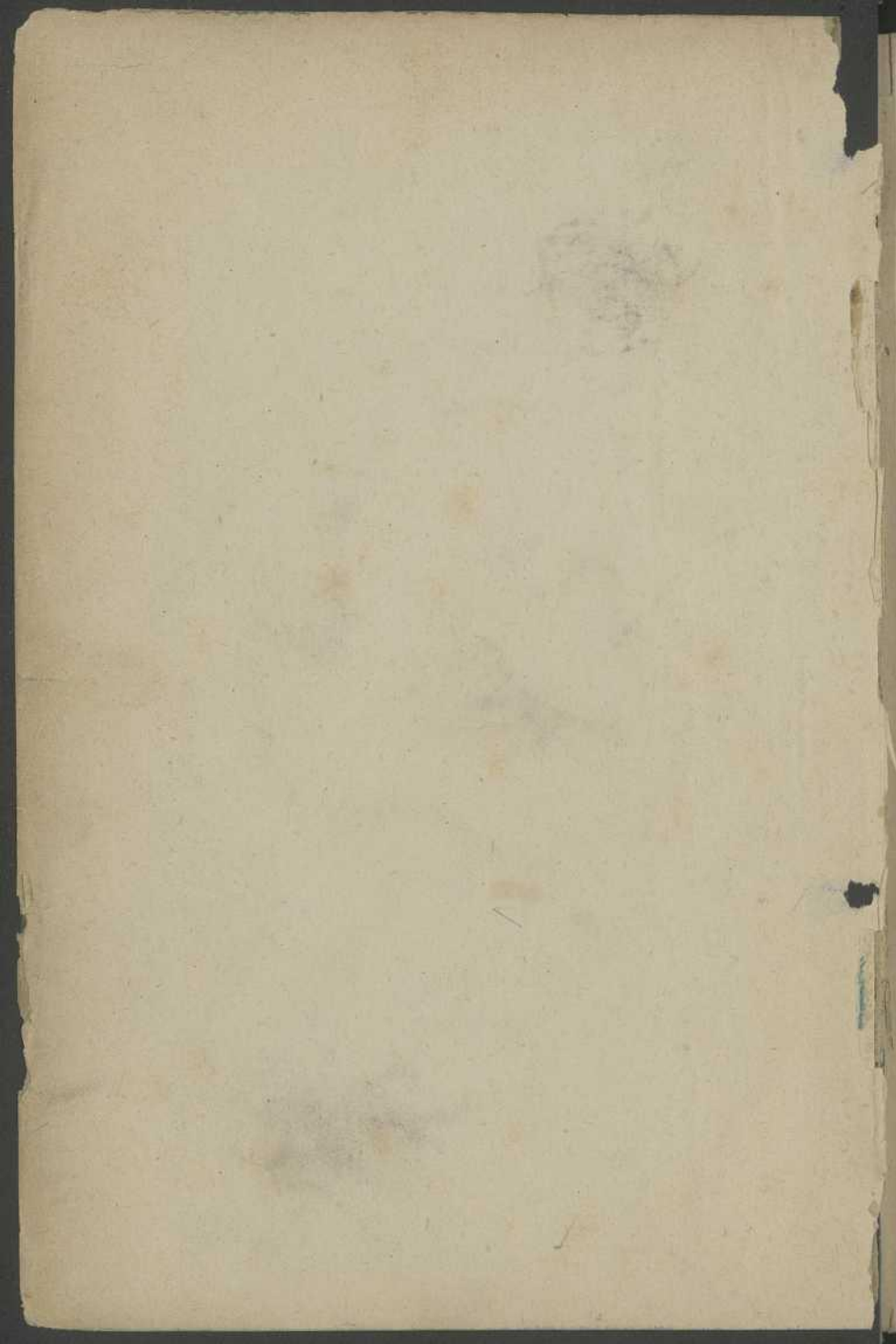
EL PARAISO PERDIDO



14239

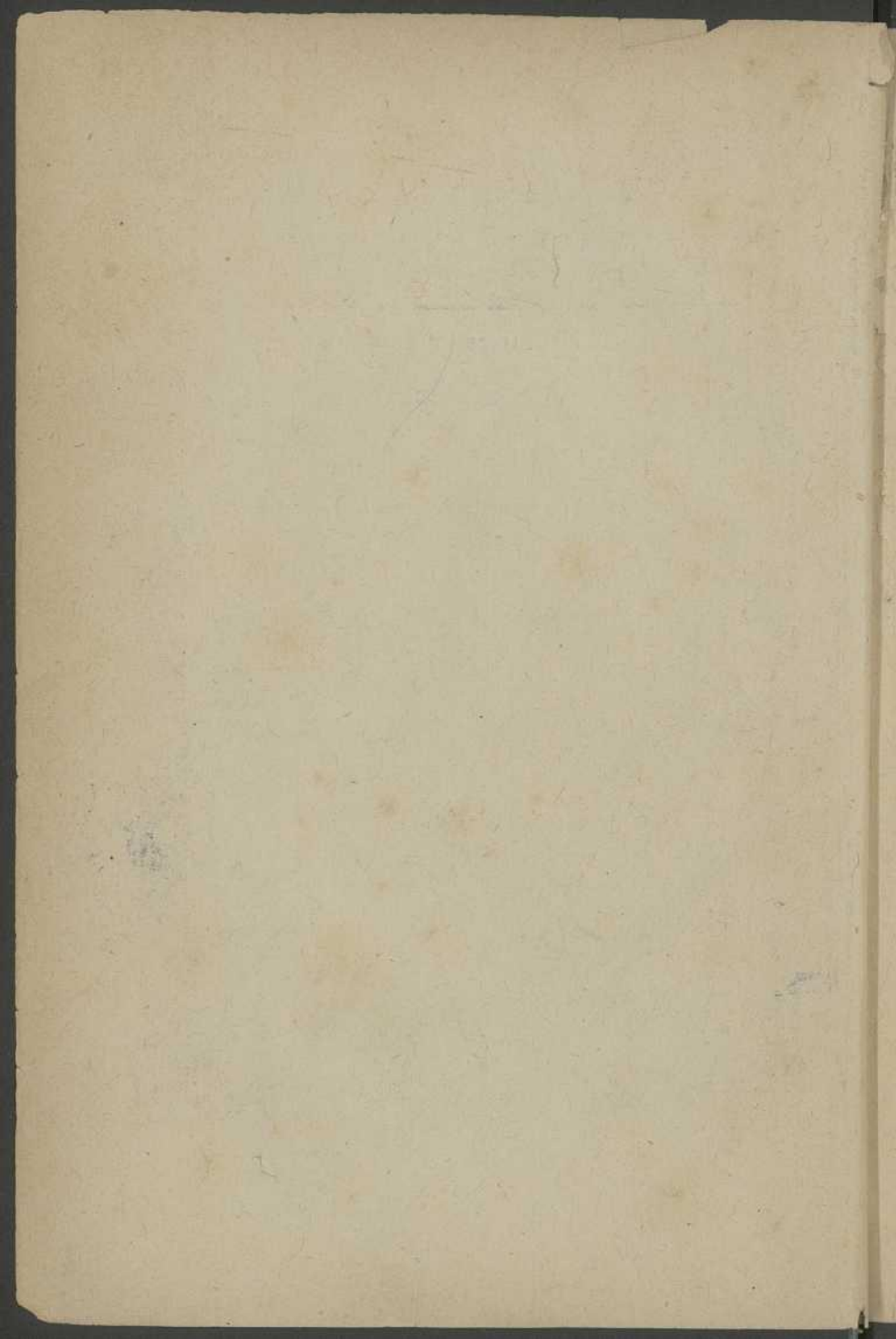






EL PARAISO
PERDIDO

L. M.



BIBLIOTECA SALVATELLA

EL
PARAISO PERDIDO

poema escrito en inglés

POR

JOHN MILTON

version hecha sobre la traduccion

DE

D. JUAN ESCOIQUIZ

Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo

EDICION ILUSTRADA CON GRAN NÚMERO DE VIÑETAS
INSPIRADAS EN LOS FAMOSOS DIBUJOS
de

GUSTAVO DORÉ

SEGUNDA EDICION.

BARCELONA

Administracion: Nueva de San Francisco, núm. 11 y 13
1886.







BIOGRAFÍA.

JUAN Milton, nació en Lóndres el 19 de Diciembre de 1608 y murió en Bunhil (cercanías de la propia ciudad) el 10 de Noviembre de 1674.

Su padre, llamado tambien Juan, ejercía de notario en Lóndres, y fué desheredado por su familia á consecuencia de haber abrazado el protestantismo. De su matrimonio con Sara Caston, tuvo dos hijos, Juan y Cristóbal; y una hija llamada Ana.

Cristóbal siguió la carrera del foro llegando á ser miembro del Ministerio de Hacienda en tiempos de Jacobo II.

Juan manifestó desde niño grandes disposiciones y talento. Su padre, comprendiendo lo que valia, hizo todo cuanto estuvo de su parte para educarle merecidamente.

A su extraordinario talento, unía Juan un incansable amor al estudio, tanto, que se pasaba leyendo, como diría Cervantes, las noches de claro en claro y los dias de turbio en turbio. Tan prolongadas lecturas fueron debilitando su vista hasta que llegó á perderla por completo.

Sus primeros estudios los hizo en su propia casa, hasta que

entró en el colegio de San Pablo, de Londres. A los quince años, fué admitido de pensionista en el de Cristo, en Cambridge, bajo la direccion del futuro Obispo de Cork, Guillermo Chappel, en donde se distinguió notablemente escribiendo poesías llenas de vigor y entusiasmo, así en inglés como en latín. Versificó también, muy á gusto de su Director, algunos Salmos penitenciales.

En 1628 tomó el grado de bachiller, terminando sus estudios en 1632, desde cuya fecha volvióse á vivir con sus padres establecidos en Horton, prosiguiendo el estudio de los autores griegos y latinos, en cuyo trabajo absorbió cinco años largos sin separarse por nada de sus libros. Durante este periodo perdió á su madre.

A los 30 años (1638) obtuvo de su padre permiso para viajar, pasando desde luego á París, en donde conoció á Grotius á quien fué presentado por el vizconde de Scudare, embajador de Carlos I.

Después de recorrer otras varias ciudades de Francia, se trasladó á Italia. Visitó en Florencia á Galileo, prisionero de la Inquisición; fué presentado en Nápoles al marqués de Villa, íntimo amigo de Torcuato Tasso; haciéndose en Roma amigo de Holstein, famoso bibliotecario del Vaticano. Habiendo oído cantar en casa del cardenal Barberini á la renombrada Eleonora, le dedicó varias composiciones en verso que fueron muy celebradas.

En todas partes se captaba Milton las simpatías y admiración de las personas de talento, así es, que para corresponder á las deferencias de que era objeto, empleó en sus viajes mucho más tiempo del que se había propuesto. Por esta razón y á causa de la guerra civil que estalló en Inglaterra, dejó de visitar Sicilia y Grecia, regresando á su patria, en donde se dedicó por espacio de tres años á la educación de los hijos de su hermana, y de otros jóvenes.

Casó en 1643 con María, hija mayor de Ricardo Powell, juez de paz de Forest-Hill, hombre de cierto mérito y bastante

rico, pero de sentimientos tan opuestos á los de su yerno que, gracias á ellos, tuvo que separarse de su esposa antes de terminar el primer mes de su matrimonio. Como Milton no creía conveniente esta ruptura, procuró volverse á atraer á su esposa escribiéndole, al efecto, unas veces y mandándole otras emisarios, pero todo fué por entonces en vano. Convencido Milton de la inutilidad de sus tentativas, suspendiólas para dedicarse á escribir algunos tratados sobre el divorcio.

Después dirigió sus obsequios á una jóven bella é instruida, pero, antes de que se efectuase su nueva union, encontró á su esposa en casa de uno de sus amigos, la cual se arrojó á sus piés pidiéndole perdon y suplicándole ser de nuevo admitida en su hogar.

El efecto que esta inesperada entrevista le causó, le impresionó extremadamente, habiendo biógrafos que suponen ser inspiradas en esta reconciliacion las tiernísimas y expresivas frases de que se vale Eva en su POEMA, para convencer á Adán.

La intervencion de sus amigos contribuyó á inclinarle al perdon, y después de cierta resistencia á que le obligaba su amor propio, cedió á los generosos impulsos de su corazon, y sacrificando todo resentimiento, admitió en su casa, no á la esposa solamente, sí que también á su familia, cuya fortuna se habia perdido en la ruina de la monarquía.

Después de la ejecucion del rey Carlos II, de quien era enemigo Milton á causa de sus ideas republicanas, fué nombrado secretario de Cromwell, gozando á la sazón de gran fama, tanto por el aprecio en que éste le tenia como por la consideracion general que se habia conquistado con sus escritos sobre los sucesos de la época.

Vivió por algun tiempo en Witehall, pero necesitando su delicada salud de aires más puros, se fué á habitar una casa cerca del parque de Saint-James, donde á poco falleció su esposa de resultas de un parto.

Su vista, debilitada en extremo, acabó por extinguirse del

todo, sin embargo de lo cual casó en segundas nupcias con una hija del capitán Woodcok de Hakney, llamada Catalina, la cual murió como la primera, al año de su matrimonio.

El cambio político que se verificó en Inglaterra contribuyó poderosamente á aumentar sus desgracias, pues aunque se le estimaba en mucho por sus talentos, no quería la restauración perdonarle sus servicios y amor á la república. Permaneció oculto durante la contra-revolucion, hasta que publicada la amnistía pudo salir á la luz, inhabilitado, no obstante, para ejercer ningun empleo público.

Algunos grandes, que si bien eran enemigos políticos de Milton, le estimaban en mucho por sus talentos y erudicion, solicitaron su completa rehabilitacion que no tardó en serle concedida.

Vuelto, digámoslo así, á la vida civil, casó por tercera vez, por recomendacion del doctor Paget, con Isabel de Minshfull, de la que no tuvo sucesion.

Aquella su prodigiosa imaginacion no podia estar ociosa, y sin embargo de su ceguera, trabajaba de continuo auxiliado de las hijas de su primer matrimonio, que le servian de amanuenses y le leian cuantos libros tenia necesidad de consultar.

Tenia escritos, desde mucho tiempo, la *Máscara de Como*, *L' Allegro*, *Il Penseroso* y *Lycidas*, obras de mérito bastante para inmortalizar un nombre. Pero él no se contentaba, queria dejar un monumento imperecedero de su paso por la tierra en un VERDADERO POEMA épico, habiendo escogido de antemano para asunto de su tragedia, la caída del primer hombre, cuya idea venia acariciando desde mucho tiempo.

A pesar de las dificultades que su miseria y ceguera le ofrecian para procurarse la subsistencia, logró escribir su PARAISO PERDIDO, que publicó en 1639, una de las más grandes concepciones del ingenio humano.

Si no hubiesen sido siempre las grandes dificultades patrimonio de los grandes hombres (no hablo de guerreros), no

podria creerse que solo despues de haber sometido su escrito al criterio de cuantos libreros ó editores habia en Lóndres en aquella época, no encontrase quien se lo tomase, hasta que dió con Samuel Simons, que se lo compró en quince libras esterlinas (370 pesetas), pero con la condicion de no verificar el pago hasta despues de haber vendido tres numerosas ediciones.

Despues del PARAISO PERDIDO, publicó *Samson agonista*, tragedia notabilísima, y el *Paraíso reconquistado*. Esta última obra, que el autor preferia á la primera, no ha conseguido jamás la popularidad de aquella, sea que, como muchos creen, es verdaderamente inferior, ó que, como sucede tambien muchas veces, las circunstancias en que ha salido á luz no hayan favorecido su publicacion.

Ya no escribió más.

El 10 de Noviembre del año 1674, á los 66 de su edad, falleció en Bunhil de un violento ataque de gota, habiendo sido enterrado su cuerpo en la iglesia de San Ginés, junto al de su padre.

Tenia Milton el pelo castaño, facciones regulares y delicadas, aspecto vivo, maneras un tanto afeminadas, por lo que algunos de sus condiscipulos le conocian por *la señorita*; su estatura no pasaba de mediana. Era diestro, valiente, y muy aficionado al ejercicio de las armas.

Fatigada su naturaleza por los excesivos estudios y vigiliass de la juventud, tuvo necesidad de reponerse, y pasó el último tercio de su vida acostándose á las nueve de la noche y levantándose á las cinco de la mañana, y aunque no probaba licor alguno, y apenas bebia vino, comia buenamente y sin exigencia alguna, de cuantos manjares se le presentaban.

Se dice de él, que su imaginacion era más fertil desde Setiembre al equinoccio de la primavera, que en el resto del año.

De palabra fácil y conversacion agradable, eran sus juicios

y apreciaciones justas y profundas, poseyendo una memoria prodigiosa.

Escribía con igual facilidad el latín que el inglés; versificaba en griego, y hablaba todas las lenguas vivas.

No falta quien atribuya á la pérdida de su vista, la facilidad de concentracion y elevacion de ánimo que tanto resplandece en la asombrosa creacion de imágenes sublimes y sentimientos elevados, de que su Paraíso se encuentra lleno.





PRÓLOGO

DE

D. JUAN ESCOIQUIZ

DESEANDO ocuparme durante el tiempo de mi residencia en Francia, con alguna utilidad para mi patria, hice ánimo de darle la traducción de una obra de las más célebres en el Orbe literario, y de que aun carecia; á saber, la del famoso poema inglés de Milton, intitulado el *Paraíso perdido*, trasladado ya en casi todos los idiomas de la Europa. Para hacerla más útil y agradable, resolví añadir la las eruditas notas de Addison, y algunas mias, que aclarasen las dificultades que habian de ocurrir al comun de los lectores, en gran parte poco instruidos para resolverlas por sí solos.

Estas explicaciones eran tanto más necesarias, cuanto el asunto de que trata el poema es uno de los más misteriosos, delicados é importantes de nuestra religion cristiana, y por consiguiente expuesto á más equivocaciones y errores.

Milton, para formar de dicho asunto un poema épico, se vió precisado á dar á los hechos un colorido enteramente humano; en lo que de algun modo, no ha hecho más que imitar á la

misma escritura sagrada, de donde los ha sacado, que para proporcionarse al alcance de los hombres á quienes está destinada, habla de Dios en muchas partes, como si tuviera ojos, manos y piés, ó como si fuera mudable, y sus providencias procediesen de arrepentimiento, de ira ó de venganza, dando á proporcion estas propias ideas de los Angeles, tanto buenos, como malos. Su sagrado texto refiriendo, por ejemplo, la caída de nuestros primeros padres, nos la presenta cubierta con un velo material, aunque lleno de misterio, no reduciéndose á otra cosa, en la apariencia, que á la conversacion de una serpiente con Eva, de cuyas resultas, ésta seducida por ella, come la fruta del árbol prohibido, sin que se nos diga una palabra para explicarnos, que no pudiendo hablar, ni racionar por sí un animal bruto como la serpiente, ésta no era más que el instrumento de la envidia del jefe de los Angeles precitos, para engañar á nuestra comun madre, y perder por su medio á su esposo, y á todo el linaje humano.

La caída de los Angeles se nos pinta del mismo modo en la Escritura, con las propias imágenes materiales de que Milton ha hecho uso, dándolas toda la extension posible, como se ve en las palabras siguientes de Isaías (Cap. 14, v. 12), en las que describiendo la destruccion del reino de Babilonia, hace la siguiente alusion á la caída de Satanás con sus Angeles réprobos: *¿Cómo has caído del cielo, oh lucero de la mañana, que parecías tan brillante al apuntar la aurora? ¿Cómo has sido derribado, tú que decías en tu corazon: subiré al cielo, estableceré mi trono sobre los astros de Dios; me sentaré sobre el monte de la alianza, al lado del Aquilon, me colocaré sobre las nubes más elevadas, y seré semejante al Altísimo? Y con todo has sido precipitado de aquella gloria al infierno, á lo más profundo del lago.*

Puede considerarse este pasaje sublime, como el que ha servido de base á todas las descripciones poéticas de Milton, sobre la caída de los Angeles, añadiéndole el del Apocalipsis, en que se dice: *Hubo una gran batalla en el cielo. El dragon*

peleaba con el Arcangel Miguel: Miguel peleaba con él, y consiguió la victoria.

Debe, pues, estar advertido el lector poco instruido, de que no ha de entender materialmente las descripciones de Milton, como tampoco las de la Sagrada Escritura, sino sólo como otras tantas figuras de sucesos puramente espirituales, que ni nuestro entendimiento, en el estado en que se halla en esta vida, puede comprender, ni el lenguaje humano podría explicar, aunque lo comprendiese, según lo advierte el mismo Milton.

Tampoco ha de figurarse el lector, que el carácter que dá el autor del poema á Satanás y á los demás Angeles malos, sea, en realidad, el que tienen, pues para no hacerlo tan odioso á los lectores, que la repugnancia con que lo mirasen, disminuyese el interés del poema, les ha atribuido algunas cualidades morales, como por ejemplo, el afecto entre sí, el amor á su jefe, la compasion y el cariño de éste para ellos, cierta especie de generosidad, y otras que están muy lejos de tener, en los términos desinteresados que se les atribuyen; pues si hay alguna union, orden y subordinacion entre aquellos espíritus malignos y desesperados, que se aborrecen reciprocamente, es sólo con el objeto de causar mayores males, y de vengarse en cuanto pueden de Dios, en las criaturas que quiere favorecer.

No contento Milton con dar alegóricamente cuerpos á los Angeles, se los atribuye efectivos, aunque etéreos y sùtiles, cosa contraria á la doctrina católica, que los cree absolutamente incorpóreos; pero le ha sido indispensable esta ficcion, pues sin ella, la composicion de su obra era del todo imposible, ó en lugar de un poema, hubiera dado á luz un frío y exacto tratado de metafísica.

Creo tambien que no habrá lector tan insensato, que se persuada que se puedan estudiar la moral, la política, las ciencias, y mucho ménos los dogmas de la religion en un poema épico, al que la ficcion y la ilusion deben por naturaleza servir de adorno, y en que la verdad, so pena de no ser

tal poema, debe estar vestida de todas las invenciones de la fábula, en términos que sea imposible desenvolverla de ellas, y que en caso que se desenvuelva, lo que quede del poema no sea más que un bosquejo informe, ó un esqueleto el más descarnado.

Al paso, pues, que el lector juicioso se divierte con las riquezas de imaginacion, que halla en esta especie de obras, y saca de su estilo, de sus descripciones, de las tales cuales máximas científicas ó morales que caben en ellas, y de sus bellezas literarias, todas las utilidades á que se destinan, mira en lo demás dichas obras como vacías de solidez y de verdad, y se guarda muy bien de considerarlas como unas composiciones dogmáticas ó didácticas, que puedan servir de norma ó de fundamento á su creencia religiosa, moral, política ó científica.

Nada tengo que decir de las blasfemias que se ponen en boca de Satanás, de sus secuaces, y aun de nuestros primeros padres, en los primeros momentos de la embriaguez de su culpa, pues solo un lector el más necio pudiera escandalizarse de oírlas de parte de unos séres, cuya soberbia y malignidad corren parejas con su desesperacion, ó de unos hombres en medio de la ceguedad de su pecado. Lo mismo digo de los errores voluntarios, ó dudas aparentes de los Angeles infernales, acerca de la grandeza, poder, justicia y providencia de su criador, pues se les atribuyen como otras tantas proposiciones, que ellos mismos reconocen por falsas, pero que les eran útiles para engañar de algun modo su orgullo, su odio y su furor, contra aquel señor suyo, á quien miraban como un implacable enemigo.

Entre otras dificultades que he encontrado para traducir con alguna propiedad este poema á nuestra lengua, me ha ocurrido una, que consiste en no tener en castellano otra voz del género masculino, que signifique la muerte, que la de fallecimiento, que es absolutamente impropia para nombrarla personificada, como se nombra en el poema inglés, y ser, por otra parte, necesario, segun se verá en el episodio de la culpa

con la muerte por su mismo contexto, no dar á ésta un nombre femenino; me he servido, pues, para salir de este embarazo siempre que hay inconveniente en darla su nombre femenino, del arbitrio de nombrarla por un epíteto del género masculino que la convenga, como el de mónstruo, esqueleto, etc.

Me ha parecido útil y agradable para mis lectores, acompañar mi traduccion de las notas del célebre Addison, en las que encontrarán una crítica juiciosa del mérito y de los defectos del poema, y una respuesta al mismo tiempo á las amargas censuras que algunos escritores de otras naciones han hecho de él, con más pasión que justicia, llevados unos de odio nacional, y otros de una nimia delicadeza.

Puede decirse con verdad, que si Addison en su crítica sobre alguno ú otro punto ha manifestado alguna parcialidad en favor de Milton, aunque fundándola siempre en razones plausibles, los adversarios de este poeta no han hecho más que extenderse en declamaciones vagas sobre sus defectos, ya ponderándolos, ya tratando de tales los pasajes más sublimes de aquella composicion, y que han manifestado una acrimonia, que por sí sola bastaria á hacer sospechosísimas sus censuras.

Este empeño, nacido en gran parte de envidia nacional, es tanto ménos extraño, cuanto lo han experimentado los más célebres poetas antiguos y modernos como el Tasso, el Ariosto, el Dante y Ercilla, cuyos defectos han sido cruelmente censurados por los escritores de los demás países, no ménos que los de Homero y Virgilio entre los antiguos.

Tampoco es extraño, que la novedad del asunto del poema de Milton, y su conexión con la religion, le hayan atraído muchos más censores que á otros compositores de poemas épicos. El que abre un camino nunca transitado, ha de encontrar, por precision, muchos más tropiezos, que el que no hace más que seguir el trillado; y el que dá por supuestas, para fundar sobre ellas su composicion, ciertas verdades, que aunque las más constantes, humillan el orgullo humano é incomodan sus pasiones, por las consecuencias morales que se

siguen de ellas, ha de encontrar precisamente muchos adversarios, en especial en un siglo en que un partido numeroso de hombres preciados de críticos, no dá cuartel á las verdades más evidentes, principalmente religiosas, intentando sumergir al mundo en un absoluto pirronismo, sobre todo lo que pertenece á ellas.

Por desgracia para los tales críticos, las dos principales verdades que sirven de fundamento á nuestro poema, no solo constan por la revelacion á los que la creemos, sino á todo hombre sensato, por la tradicion universal, uniforme en el fondo, y nunca interrumpida, de todas las naciones civilizadas, y aun de las que no lo son sino en el más ínfimo grado, á proporcion de la escasez de su civilizacion.

Sirvanos de garante en cuanto al hecho del pecado original, el corifeo mismo de dichos críticos, Voltaire, que confiesa que esta tradicion ha dado, bajo diferentes nombres, la vuelta al mundo. Todas las naciones, con efecto, como se vé por la lectura de la historia, han creído como una verdad religiosa, una edad de oro, ó de inocencia, un paraíso terrenal, una primera culpa atribuida en general á la mujer nacida de curiosidad y de desobediencia, que introdujo el mal en el mundo, y deterioró la naturaleza humana. Esta creencia uniforme en el fondo, no ha variado sino en las circunstancias poco importantes del hecho; y así se encuentra en la Pandora de los Griegos, el Erimanes de los Persas, el Typhon de los Egipcios, el Adimo de los Yndos, etc. Y bajo de diversos nombres, en el Asia, como en la Europa, y entre los pueblos de la América, como entre los del África. Los mismos filósofos antiguos de más juicio, como Platon entre los Griegos, y Ciceron entre los Latinos, admirados de la universalidad de esta tradicion, y de la situacion del hombre, cuyas contradicciones en bien y en mal les parecian inexplicables sin ella, la adoptaron, variando únicamente en los términos; suponiendo por ejemplo como este último en su tratado intitulado *Hortensius*, citado por San Agustin, que las penas de los hombres en esta vida provenian de las culpas cometidas en otra anterior, que igno-

rábamos. *Ob aliqua scelera suscepta in vita superiori, poenarum luendarum causa non esse natos* tal fué tambien el origen del sistema de Pitágoras, de la trasmigracion sucesiva de las almas á diferentes cuerpos, en que experimentaban el premio ó el castigo de su conducta, mientras habian animado los anteriores; acuerdo de opiniones, que reinará siempre entre todos los que axaminen el punto sin parcialidad, pues como dice el célebre Pascal, por difícil que sea de concebir el misterio del pecado original, el hombre, sin él, sería un misterio mucho más inconcebible.

La segunda verdad sobre que estriba el poema, que es la existencia de espiritus, ó de Angeles buenos y malos, es tambien una tradicion no ménos universal y constante que la anterior en todo el género humano. No hay un pueblo que no la crea, y aun muchos, como los Romanos, conservaron la particularidad, de que cada hombre tenía un espiritu bueno, ó un genio destinado á protegerle contra los malos.

Esta breve noticia basta para dar á conocer lo infundado de las censuras que puedan hacerse sobre la certidumbre de los hechos en que se funda el poema de Milton, pues no los puede haber más evidentes para el lector juicioso é imparcial, el que, á proporcion que sea más sábio, comprenderá con más claridad dicha evidencia, conociendo de qué peso es una demostracion, en la que concuerdan la tradicion constante y universal de todo el género humano, la naturaleza y la razon, como se verifica en los dos hechos de que hablamos; y su convencimiento, como he dicho, será tanto más claro, cuanto mayor sea su ciencia; pues como dice el célebre Bacon, la poca ciencia ó filosofia, conduce á la incredulidad, y la mucha trae al hombre á la religion.

La estrechez de un prólogo no permite dar á esta materia toda la extension debida; pero basta lo dicho para precaver á cualquier lector sensato contra las ridículas é infundadas criticas que en esta parte puedan ocurrir contra el poema del *Paraiso Perdido*, en cuya lectura hallará el hombre religioso pasajes que le hagan á la memoria las verdades en que funda

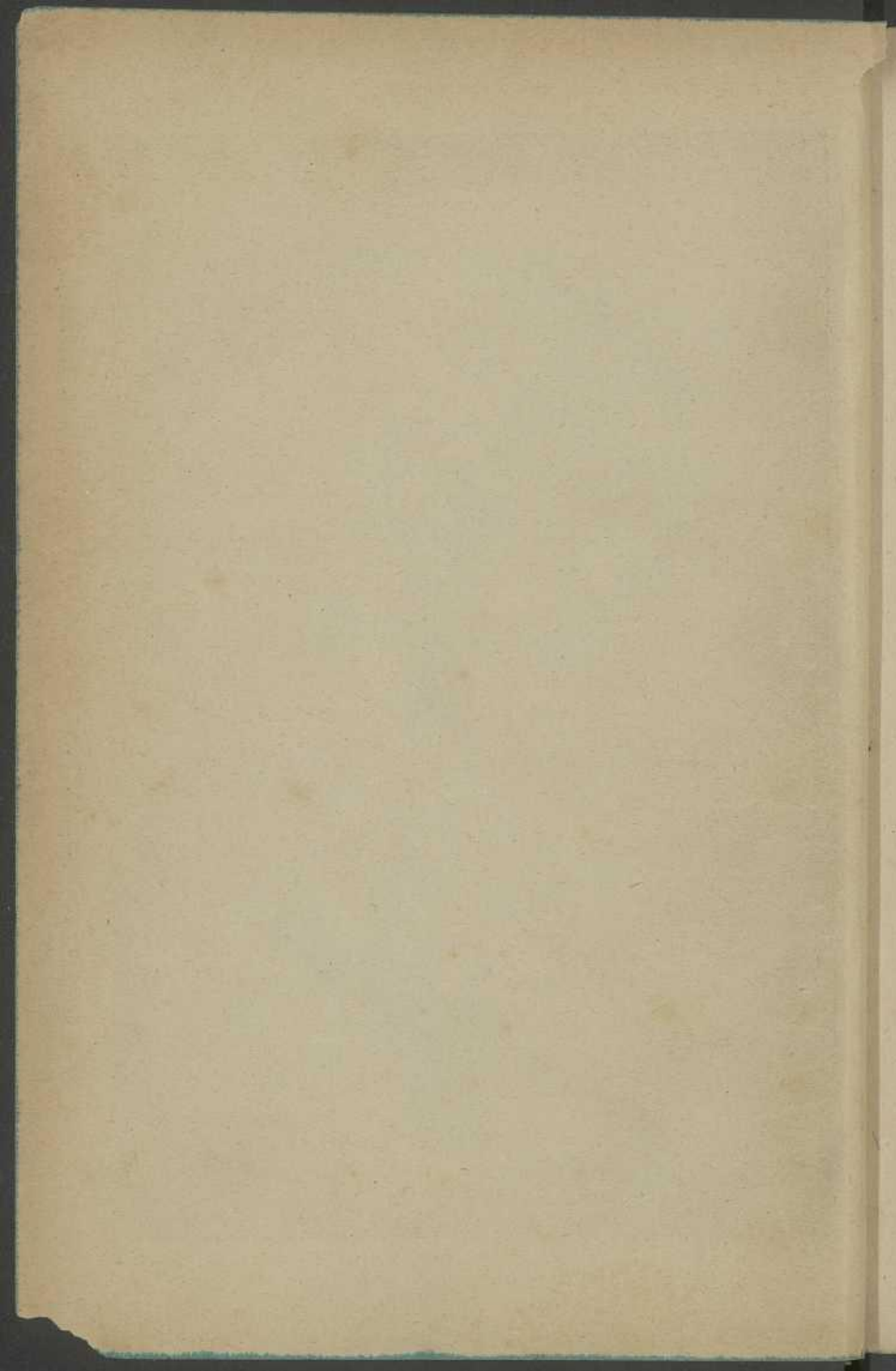
sus esperanzas y le deleiten por su sublimidad, y el literato una vasta erudicion, aunque á veces demasiado prodigada, y todos los primores que caben en la epopeya.

Debo por último, advertir, que nada he cercenado del original en mi traduccion, sino algunas alusiones, que el célebre Delille ha omitido tambien en su traduccion francesa, como ridiculas é indecentes contra los ritos y usos de la Iglesia católica, propias de la secta en que habia nacido Milton, y que léjos de acrecentar el mérito del poema, lo desfiguran.





Milton dictando á sus hijas el **PARAISO PERDIDO** (Cuadro de M. Munkacsy).





LIBRO PRIMERO

Propónese el objeto del poema, que es la desobediencia del primer hombre, y su castigo. Se nombra el autor del pecado, á saber, Satanás, que bajo la figura de la serpiente, sedujo á nuestros primeros padres, para vengarse de Dios, cuya terrible justicia le había desterrado del cielo, precipitándole al abismo con los compañeros de su rebelión. Se describe á Satanás y á sus Angeles, en medio de los infiernos, que no se suponen entonces en el centro del mundo, pues que el cielo y la tierra no existían aún sino en las tinieblas exteriores, á las que se da el nombre de caos. Atropellados por los rayos, se ven allí desfallecidos, y flotando esparcidos en un lago de fuego. El Monarca infernal vuelve en sí: dirige la palabra á Belzebúth, y despues despierta sus legiones, que se levantan de las ondas de fuego, y se van juntando en sus orillas abrasadas. Se trata de su número prodigioso, de su orden de batalla, y de sus principales jefes bajo los nombres con que los conoció la idolatría. Satanás les habla, les anima con la esperanza de reconquistar el cielo, y les da noticia de un nuevo mundo, que debía formarse, que es el nuestro, y del hombre que se debía criar en él, lo que es análogo á la opinion de algunos santos padres, que han creído que el universo fué criado mucho tiempo antes que este mundo visible. Trata despues el Monarca infernal, de examinar en pleno consejo lo que pueden hacer, en consecuencia de lo que ha propuesto. Sus asociados consienten en ello, y construyen en un momento el Pandemonio, ó palacio de Satanás, en donde las Potestades infernales se juntan para la deliberación.

EANTO la desobediencia del primer hombre, y la fatal fruta del árbol prohibido, cuyo bocado, desterrando del mundo la inocencia, dió entrada á los dolores y á la muerte, y nos hizo perder el paraíso, hasta que el hijo del Eterno lleno de amor, descendió á nuestro suelo, para hacerse hombre, abriendo con ello las cerradas puertas del Eden.

Asisteme piadosa, ¡O tú! verdad divina; única Musa digna

de mi canto, que de Oreb en la cima y en la cumbre del Sinay, te dignaste alumbrar con tu luz pura, el alma venturosa del pastor santo, á fin de que la prodigiosa historia diese á la nacion escogida, narracion segura del modo con que el orbe á la primera voz de su Criador obedeciendo, de súbito salió del negro caos: ó si más de Sion, te deleita la elevada colina ó la fuente de Silóe, cuyo curso arrebatado fluyendo al pié de su divino templo, te inspire como oráculo santo, dignate desde allí animar mis acentos, supuesto que intento osado cantar cosas sublimes, nuevas, celestiales, no cantadas aún por boca humana.

Tú sobre todo, Espíritu fecundo, que prefieres la morada de un corazon puro á los templos más suntuosos; tú que el abismo lóbrego y sombrío, que cuando nació el orbe de la nada, le envolvía en sus velos tenebrosos; con tu calor divino fomentaste, tus benéficas alas extendiendo sobre él, y le preparaste á producir, pues que nada se oculta á tu alta ciencia; descúbreme benigno el ignorado orden de los sucesos, que pretendo cantar, hasta que llegue al deseado fin de manifestar la sabiduría de la divina providencia y los justos decretos con que gobierna á la humanidad. Dignate, pues que todo está patente á tu vista en el cielo, como en el centro del infernal abismo, dignate revelarme cual fué la que hizo la desgracia de nuestros primeros padres que gozaban del divino favor, cuando habitaban del Eden los pensiles, dueños de todo bien, fuera de un solo fruto, prohibido, á fin de que se hiciesen acreedores, observando tan ligero precepto, á la deliciosa suerte de ver eternamente á Dios en la morada celestial.

Dime quién fué el cruel que los sedujo. Satanás solo, la infernal serpiente fué, que ardiendo de envidia y furor en contra su Eterno dueño, desde el dia en que de su rebelde soberbia le castigó arrojándole al abismo con millones de otros ángeles, cómplices de su culpa, queriendo vengar en el linaje humano, objeto del amor divino al cual dirijia sus iras, lo que en su ser excelso no podia. El miserable, de soberbia lleno, y seguido de una multitud de Angeles vanos como él, habia osado, insensato,

colocar su trono al lado de su eterno hacedor, desconociendo todos que solo debían á su bondad el sér mismo de que gozaban; llegando á tanto el atentado horrendo, que armándose contra Dios, lanzáronse á hacerle impía guerra.



¡Intento vano! el brazo omnipotente los precipitó á todos, abrasados en vivas llamas, desde el altísimo alcázar de los cielos, con horrible y vasta ruina á aquel suelo infernal; sima sin fondo, en donde los malvados, aherrojados con cadenas de bronce, consumidos por fuego enextinguible, sufren á un tiempo mismo, sin consuelo, eternamente; el frío, las angustias de la muerte y otros innumerables males.

Mientras que nueve veces mide el día y otras tantas la

noche, del tiempo á los humanos la carrera, el fiero Arcángel, con su impía turba, rodó aturdido en la tempestuosa superficie de aquellas formidables olas de fuego, que en la sima fiera, entre negros peñascos, forman un inmenso y turbulento lago. Al fin como inmortal, vuelto para más padecer á sus sentidos, recorre en su agitada mente con amargo dolor, ya la perdida felicidad, ya el bárbaro tormento á que está para siempre reducido. Vuelve despues la triste y centelleante mirada á lo léjos á uno y otro lado. En sus ojos el triste abatimiento y el desmayo profundo, se retrata junto á la endurecida soberbia y al rencor más obstinado. Da en torno suyo una mirada fúnebre, tan léjos cuanto alcanzan los vivaces ojos de un Angel, por la extension, y á sus miseros secuaces ve, en aquel mar ardiente, fluctuar exparcidos entre las ondas.

Observa á todos lados una negra é inmensa bóveda que cubre las llamas del lago, que en lugar de una luz pura, no exparcen más que pálidos horrores de un resplandor funesto, una palpable lobreguez que descubre aquel vasto recinto de dolores, espantoso asilo de sombras trístisimas y visiones horribles. Region para siempre cerrada al reposo y la paz; que, ni la esperanza que á todas partes lleva su consuelo, visita nunca; en donde la venganza sobre el malvado agota el cielo justo, con diluvios de fuego alimentado eternamente por su airado soplo. Tal es la prision dura, preparada por la justicia del Eterno dueño, á aquel Angel atrevido y á la turba rebelde que sigue sus banderas. Un breve sueño fué su felicidad. ¡Cuán diferente era, ó suerte! el lugar en que habitaron cuando Dios los formó! Tres veces más, que desde el eminente polo septentrional, hasta el otro polo que con él sostiene el mundo, hay de distancia desde aquel divino alcázar á la cárcel aquella.

Mas el furioso Arcángel, descubriendo sus secuaces en medio del horroroso fuego de un incesante torbellino de rayos, que sobre ellos apiñados llueven del cielo, lanza un profundo gemido, y distinguiendo cerca de sí al fiero Belzeúth, le habla con ronca voz, de esta manera:

«¡Si eres tú aquel...! ¡mas oh! ¡cuán distinto, cuán distinto,
»del que era hace poco una estrella luminosa, un príncipe
»glorioso y eminente, en aquellas regiones de la dicha, mora-
»das de la luz y la alegría! ¡Del que, entre mil millones de
»gloriosas deidades descollaba en beldad ¡Si eres tú aquel, que
»en la atrevida guerra, conmigo unieron en estrecho vínculo
»los planes, los deseos, la esperanza, como ahora la desgracia
»nos encierra juntos en este tenebroso abismo! ¡Si eres aquel
»Arcángel poderoso cual yo, que ruina lamentable nos
»perdió para siempre! ¿Y quién podía adivinar la fuerza de
»sus ardientes rayos? ¿Quién había de pensar que á un ejér-
»cito sin cuento, de espíritus tan nobles é inmortales, lograrse
»precipitar en un instante del cielo á estas infernales profun-
»didades? Pero todo el furor de ese terrible enemigo, ni el mal
»que puede aún causarme, podrán jamás hacer que me arre-
»pienta, ni á la menor bajeza, por más que pierda el resplandor
»visible, la augusta majestad, primer objeto de su injusta envi-
»dia, que corresponde á mi naturaleza, jamás mi ánimo inflexi-
»ble abandonara el odio y la venganza que ha jurado á ese Al-
»tísimo ser que me obliga humillando envidioso mi grandeza, á
»disputarle el cetro, apoyado por el innumerable ejército esco-
»gido entre los inmortales seres, tratados con igual desprecio,
»que prefirieron mis nobles banderas á las de su opresor; que
»defendiendo conmigo sus derechos naturales, y combatiendo
»en los celestiales campos con dudosa batalla, conmovieron su
»trono perdurable. Es cierto que perdimos el campo: ¿más qué
»importa? No está todo perdido, si retuvimos todos el ánimo
»invencible y nos queda el ingenio necesario para encontrar
»un modo, por más que sea osado y temerario, con qué saciar
»el odio, la venganza y rencor que ese fiero enemigo nos
»inspira: si nos queda firmeza para rechazar siempre la hu-
»millacion de obedecerle, de doblar el cuello al yugo ó darnos
por vencidos.

«¡Antes de esto, perezca mi memoria! Toda su rabia, toda su
»potencia agotará, sin conseguir el triunfo de haberme redu-
»cido á obedecerle, sin lograr que le doble la rodilla ó le

»pida perdon. Aunque en el puesto que en el cielo he perdi-
»do me volviera, y al lado de su trono quisiera colocarme,
»bastara que viniese de su mano el don, para que jamás
»se ufanara, de que le adore yo. Mayor bajeza sería que esta
»misera caída, el adorar á aquel, que ha vacilado (1) en su
»elevado trono, al sentir la fortaleza de este brazo. Y pues que
»no puede ser destruida la existencia de un hijo de los cielos,
»pues que ha dispuesto el hado que este divino ser que po-
»seemos, sea inmortal, despreciemos sus iras. De esta misma
»desgracia á la experiencia, sin abatir nuestro ánimo, debe-
»remos una preciosa leccion de cautela y prudencia, para
»hacer una guerra interminable por arte, sino por fuerza, á
»ese enemigo tan terrible hasta ahora. Esta esperanza debe
»dar aliento á los nuestros, y más ahora en que de su vic-
»toria envanecido, triunfa en el cielo solo y sin rivales, des-
»precia nuestras fuerzas y no recela ser atacado, dejándonos
»todo el tiempo que nos hace falta para adoptar el medio más
»prudente.»

Así habló Satanás, valiente al aparecer, pero enteramente
acongojado, maldiciendo su misera existencia, y desesperando
de su debilidad. A lo que en tono ronco y quejumbroso, así le
respondió su compañero:

«¡Oh Príncipe! ¡oh generoso caudillo de tantos Tronos y
»tantas Potestades! ¡Que de los Serafines ordenados condu-
»jiste los fieros batallones al combate más justo y peligroso
»que ocurrir puede nunca! ¡Tú, que con tus heroicos hechos
»incapaz de temor, dudar hiciste, si debe el Criador omnipo-
»tente su autoridad suprema á las contingencias del azar, ó si
»consiste en su mismo ser! ¡Ah! ¡Demasiado ví la inesperada
»confusion, la derrota desastrosa de todo nuestro valiente
»ejército despues de hacer tomblar estremecida, con sus
»esfuerzos, la extension celeste: la fiera destruccion, que de
»la existencia feliz (pues que otra no puede quitarnos, siendo
»Deidades, la enemiga suerte), nos privó, y nos entrega al
»desconsuelo de otra muerte peor é interminable, que debe
»atormentarnos en este abismo! ¿Qué fruto alcanzaremos de

»nuestra eterna y mísera existencia, si ese Dios... (porque al
»fin, confieso que negar no podemos su omnimodo poder,
»pues nunca á nuestro ejército pudiera vencer sino un Todo-
»poderoso) si ese Dios quiere, que entre los horrores de este
»fuego, sirviendo á sus furores de triste cebo, y en penas, en
»tormentos indecibles, arrastremos muriendo sus cadenas; si
»ese Dios, digo, nos conserva vivos, solo para saciar su atroz
»venganza con tormentos eternos? ¿En este caso, puestas
»en continuo vaiven la muerte y la vida, no sería mejor que
»de una sola vez nos destruyera?

»Sea cual fuere, le replica osado el infernal caudillo, «nues-
»tra suerte más ó menos cruel, solo una enérgica resolución,
»un ánimo resuelto harán que sea ménos desgraciado nues-
»tro destino, no una flaqueza vil. Hasta ahora ignoro su
»naturaleza; pero cualquier que fuere es imposible, lo sabes
»como yo, que en adelante tu corazón y el mío puedan gozar
»de algun bien: La roedora envidia, la constante sed de atroz
»venganza, son los solos placeres que nos quedan. Hacer el
»mal debe ser nuestra única mira, por lo mismo que él no
»quieresino el bien. Lo que él ama debemos odiar, y fomentar lo
»que aborrezca. Cuando su providencia sacar bien de los males
»pretendiere, procurémos nosotros lo contrario. Pues que se
»reservó nuestro enemigo como un Dios, para sí, el divino
»placer de hacer bien, nuestro lote son los males; sigamos
»pues en su destino cada cual, pero juntemos el arte á la osa-
»día, que, ó yo me engaño, ó algun día llegará en que, á pesar
»de nuestras desiguales fuerzas, el triunfo consigamos de
»perturbar sus planes y de humillar su odiosa tiranía, bur-
»lando sus despóticos decretos; único alivio que podamos es-
»perar en la funesta situación que nos encontramos.

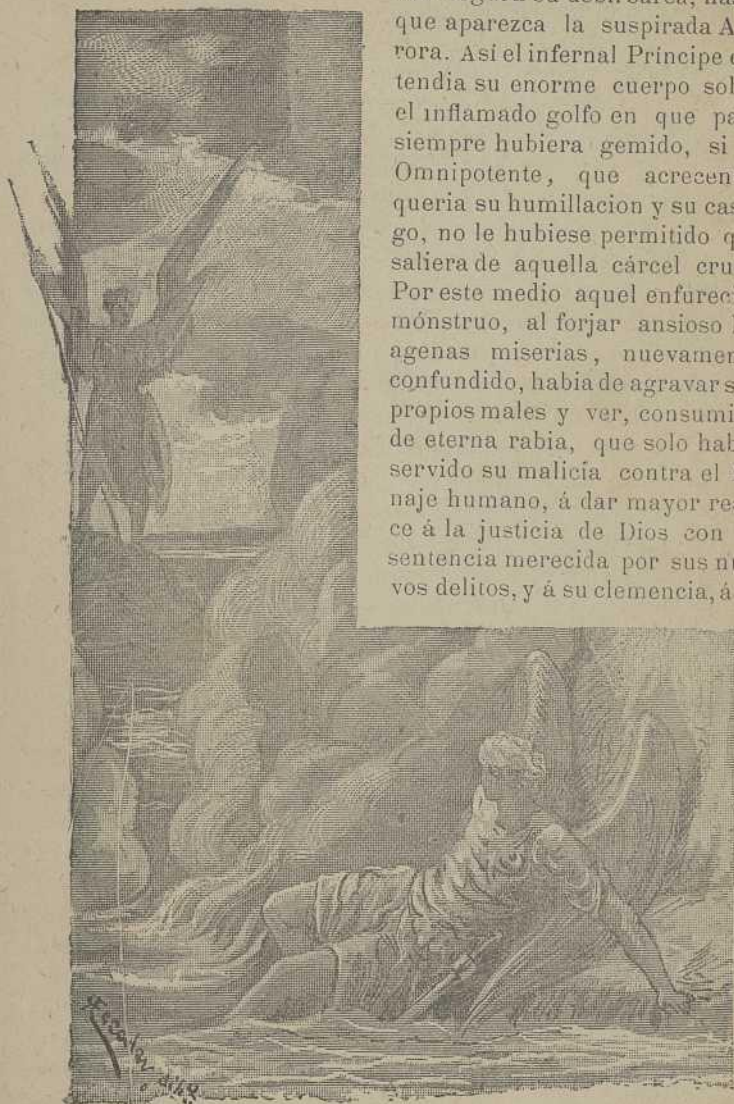
»Mas á lo lejos, hácia el cielo mira, que el vencedor su
»ejército recoge, que aun aquella sulfúrea lluvia de rayos y
»de piedra que caía en torrentes de fuego, persiguiendo cons-
»tante nuestras aterradas huestes hasta aquí mismo, cesa
»por momentos; que no retumban ya las dilatadas bóvedas
»de este abismo con el desencadenado huracán é incesantes

»estallidos de truenos prolongados, ni el ligero resplandor de
»continuados relámpagos, interrumpe, como antes, la palpa-
»ble lobreguez de esta cárcel horrible. Sea, pues, que el ene-
»migo haya agotado sus armas, ó que haya cansado su furor,
»ó mas bien, que envanecido por su victoria, en olvido des-
»preciable nos abandone, aprovechemos este momento feliz
»y reparemos nuestra ruina

»¿Ves hácia aquella parte una llanura inmensa y desolada
»cubierta toda de una niebla densa, penetrada apenas por los
»pálidos fulgores de este lago de fuego, infecunda region,
»desierto suelo, triste abrigo de todo dolor? hácia ella debemos
»dirigir nuestro vuelo. Allí ya libres del balanceo horrible
»de las ondas del proceloso lago, hallaremos, quizas, algun
»reposo, si es ¡ay de mí! posible, que habite este triste lugar;
»allí, nuestros guerreros esparcidos en ese ardiente mar,
»reuniremos, á fin de que sus abatidos pechos recobren su
»perdido valor. Despues podremos tratar con madurez, juntan-
»do el senado de los jefes, de escojer el plan más ventajoso
»de molestar al enemigo, reparar nuestras pérdidas y, quien
»sabe, si sacar provecho del fracaso, pues á lo que no llega la
»esperanza, alcanza á veces la desesperacion.»

Así en el desalentado compañero entre las negras llamas
sumergido, Satanás, el antiguo ardor belico procura desper-
tar y desde el pecho levantando la espantosa cabeza, sobre
el líquido fuego centellas mil lanzando por los ojos, registra
ansioso la bóveda tenebrosa para ver si halla salida. Lo res-
tante del cuerpo monstruoso, en las sulfúreas olas extendido,
veinte estadios ocupa á semejanza de los Gigantes hijos de
Briaréo, ó Tyhón, cuya pujanza, segun cuenta la fábula, al
poderoso Júpiter hizo formidable guerra hasta que, en fin,
armado del ardienterayo, los hizo precipitar en el abismo y
junto á Tarso fueron sepultados. Tal en las ondas la ballena
inmensa, reina del mar, de léjos aparece, que cuando inmóvil
duerme entre la niebla, que es tan frecuente en la apartada
costa de la Noruega siempre helada, al pescador atónito le
parece una isla, y confiado, en su dura piel el áncora clavando,

crece segura su débil barca, hasta que aparezca la suspirada Aurora. Así el infernal Príncipe extendía su enorme cuerpo sobre el inflamado golfo en que para siempre hubiera gemido, si el Omnipotente, que acrecentar quería su humillacion y su castigo, no le hubiese permitido que saliera de aquella cárcel cruel. Por este medio aquel enfurecido mónstruo, al forjar ansioso las ajenas miserias, nuevamente confundido, habia de agravar sus propios males y ver, consumido de eterna rabia, que solo habia servido su malicia contra el linaje humano, á dar mayor realce á la justicia de Dios con la sentencia merecida por sus nuevos delitos, y á su clemencia, á su



inmensa bondad, con el perdón piadoso otorgado al hombre seducido por su envidia.

Mas ya en el fuego líquido apoyada su planta, de pié se pone el infernal Gigante, semejando un elevado monte, retrocede bramando por ambos lados, la inflamada ola á impulso de los brazos separada, y al paso que se aparta, un vasto y negro valle va dejando. El sus enormes alas extendiendo con estruendo espantoso, el aire corta, rápido, que gime bajo el no usado peso que le aplasta. En breve tiempo pisa las orillas de la remota tierra, si puede llamarse así, un suelo eternamente inflamado, y en nada diferente sino en la solidez del que fluctuaba dentro del lago; un suelo calcinado, semejante á los trozos formidables de ardiente y dura lava, que arrancan de sus ásperas entrañas y escupen, el abrasado Mongibelo ó el Vesubio, agitados por espantosas convulsiones, cuando el aire en su centro arde comprimido y rompe su cárcel, con humo denso oscureciendo el día, estragos y terrores exparciendo. Allí el caudillo y su lugar-teniente Belzebúth, que de cerca le iba siguiendo, el vuelo paran, y la nueva libertad de haber salido del lago ardiente aplauden, cual si fueran deidades que á sus fuerzas la debieran, ignorando que lo permitia Dios para mayor confusion de su atrevimiento.

«¡Es esta la region, es este el clima, grita el precito Principe
»gimiendo, que hemos cambiado por la excelsa cumbre del
»cielo, por su estancia luminosa! Sea así, pues que aquel
»cuya terrible fuerza dispone de la suerte lo halla justo. Cuan-
»to más remotos de él estemos, pues somos inferiores á él en
»poder, aunque en el resto iguales, tanto más consolados vi-
»viremos. ¡Adios, pues; dulce objeto de los votos de nuestro
»corazon! ¡Adios, moradas celestiales! ¡Mansiones del gozo
»á donde nunca podemos ya volver, por siempre adios! ¡Salud,
»ó temibles regiones por las sombras habitadas! ¡Salve, prin-
»cipalmente, ó tú: profundo infierno! Tus puertas abre á
»tu Monarca, al nuevo poseedor de tus horrores, á aquel
»cuyo carácter inflexible por más que el cielo sus furores agote
»sobre él, que corra el tiempo ó que cambiare de lugar, ó de

»estado, es imposible que experimente la menor mudanza. ¿Y
»á qué mudar? En donde yo me halle, formar puede, pues que
»en sí sola existe, si necesario fuere, aun del infierno mismo
»un paraíso, como del propio cielo un duro infierno. Nuestra
»dicha consiste, no en la naturaleza del externo lugar á que
»la suerte nos destina, sino en la voluntad. Esta facultad di-
»vina lisonjeando nuestro triste corazón y calmando sus pe-
»sares, en placeres convierte los horrores. Guarde su cielo
»pues, nuestro enemigo, que á su corte servil preferimos rei-
»nar en este abismo á cuya sombra la dulce libertad conser-
»varemos. Nuestra felicidad, únicamente en no serle inferiores
»debemos colocar. No hay que temer que de estos reinos in-
»tente desposeernos. Ya su rabia lo ha hecho tal, que no pueda
»sernos envidiado.

»Mas despertemos á nuestros amigos amortecidos en el lago.
»Tratemos de inspirarles nuevo aliento ya que una misma pena
»nos domina, compartir el alivio que encontramos en esta
»firme, aunque funesta tierra, y reunidos en noble ayunta-
»miento, veamos si nos conviene con reflexiones, renovar la
»lucha contra el déspota cruel, ó interiormente nuestro impla-
»cable enojo sosteniendo, para en hora oportuna, y con caute-
»la, tener prontas las más sabias medidas.»

»¡Oh capitán! ¡Oh jefe valeroso! responde Belcebúth, deaquel
»brillante ejército, al que nada resistiera á no ser el que todo lo
»puede! Apenas oigan nuestros valientes guerreros los acentos
»conocidos de esa voz con que tantas ocasiones en medio de mil
»riesgos, infundistes nueva audacia á sus huestes y las fuerzas
»de un Dios equilibrastes; esa voz, que es la prenda más segura
»de su esperanza en la terrible lucha; está seguro de que al pun-
»to despertarán del triste abatimiento, del letargo en que yacen,
»nada extraño despues del fiero estrago, la horrible rapidez
»con que han sido precipitados de mucho más alla del firma-
»mento á esa profunda sima del olvido.»

Sin dejarle acabar, marcha el caudillo á la orilla del lago:
el vasto escudo fabricado, de celestial materia compacta, im-
penetrable, que al brazo izquierdo lleva, exparece rayos cual

de la luna el disco luminoso, á los curiosos ojos reflejaba de aquel sabio toscano que auxiliado del telescopio, la observaba ansioso desde la cima de Fésóle, advirtiéndole, en las que á nuestra vista parecían manchas, tierras y mares; distinguiendo igualmente montañas y selvas que extendían á lo lejos sus prolongadas sombras en aquellas regiones ignoradas. Blande en la mano su espantosa lanza, con la cual comparado el alto pino que soberbio se eleva hasta las nubes en la helada Noruega, destinado á ser palo mayor de una nave almiranta, aun débil parecía. Sobre ella se sostiene, y lento avanza con paso incierto sobre el encendido y desigual suelo, no con la ligera presteza con que volara por la llanura de los cielos, su cuerpo (2) por el fuego atormentado y por la pena interior que le abruma, no sintiendo ya el esfuerzo de otros días. Llega en fin á la orilla, y exparcidos, ve fluctuar sin sentido á sus soldados, á fuerza de terror amortecidos, en número mayor que en Val-umbrosa la muchedumbre de incontables hojas, que el suelo cubre desde los primeros días de otoño, hasta que el duro invierno extiende el cetro helado; ó cual los juncos secos amontona el encendido Orion en las orillas del mar rojo, que, según cuenta la historia hebrea, aquel pueblo, que el cielo protegía, pasó á pié enjuto, y donde perseguido por Faraon, que con su numerosa hueste vió entre sus turbias aguas sumergido, celebrando con cantares de alegría el triunfo milagroso; desde la segura orilla contemplando sus carros destruidos, anegadas sus falanges, en medio de las bramantes olas, preñadas, de cadáveres que hasta sus piés, besando, le trajeron preciosos despojos, tales en riqueza, que excedieron á sus lisonjeros y codiciosos deseos. Al contemplar aquella muchedumbre de Angeles, para siempre desdichados, siente el caudillo pesadumbre nueva; mas con tonante voz, sus asustadas huestes convoca, repitiendo los infernales ecos sus acentos.

«¡Oh vosotros, les grita, de los cielos espanto, en otros tiempos vuestro, ahora perdido! ¡Príncipes, Serafines, Potestades! ¿Qué es de vuestro valor, de vuestro celo por la causa comun? ¿Deidades siendo como sois, es posible que al olvido

»relegueis el valor? ¿Ha llegado á tal punto nuestra desgracia,
»que á un cobarde miedo vuestro antiguo valor ceda su paso?



»Pero cansados quizá del trabajoso combate, ¿pretendeis hallar

»descanso sobre las llamas de este horrible lago; y con sueño
»apacible, como allá en las mansiones celestiales, restaurar
»vuestras fuerzas agotadas? ¿O bien quereis, en ese vil aban-
»dono postrados como sumisos súbditos, adorar al vencedor
»altivo que de las apartadas bóvedas del Empireo, en esta
»oscura laguna os mira con placer, hechos juguete de las
»olas con vuestros carros, armas y banderas? ¿por ventura
»aguardais que viendo vuestro torpe abatimiento, ansiosos
»aprovechen sus ligeros soldados tan funesto parasismo? que
»con nuevo furor os acometan, agoten en nosotros todos sus
»rayos y en lo más hondo de este abismo, entré sus infla-
»mados torbellinos, nos dejen para siempre encadenados?
»¡Alzaos, pues, y armaos, ó doblad al vil yugo la cabeza!»

Despiertan todos al horrible acento, y avergonzados de su torpe miedo, se ponen en movimiento desde luego. Hierven las ondas á los poderosos impulsos de sus alas, que cortan los vientos silbadores con sus innumerables Escuadras, trasladándose á la orilla, donde los espera el fiero caudillo. Asi los descuidadas centinelas, que el sueño vence en las nocturnas guardias sobresaltadas á la voz de alarma, sacuden los vapores letárgicos de sus robustos cuerpos, é indignadas vuelan á combatir al enemigo. Como al tender la milagrosa vara el hijo de Amrán, sobre el obstinado Egipcio, tenebrosa nube de langostas aladas impelida por el viento de Oriente trocó el día en noche, en aquel dilatado reino en que su muchedumbre no cambia, así con repentino movimiento y con horrible estruendo en un instante, aquel enjambre de Demonios se alza y el lago asombra cual inmensa nube. No vomitó jamás el proceloso helado Norte, de su guerrero seno legiones en tal número, cuando el Rhin y el Danubio sus orillas vieron hervir de bárbaras banderas é ignoradas naciones, que á manera de un diluvio arrebatado, inundaron la Europa desde la helada Noruega al altísimo Calpe, y aun desde allí, á los abrasadores arenales del Africa. En mayor multitud las infernales legiones, cerniéndose en sus alas sobre el negro horizonte, á las señales

de su príncipe atienden, y guiadas por sus capitanes al suelo ardiente rápidas descienden.

Los primeros magnates ya rodean al temido Monarca. Su figura, sus armas, y su vigor, nada tienen de mortales: de resplandor vestidos centellean, como que sobre tronos celestes, algun dia sentados estuvieron; mas ya fueron, sus malhadados nombres, borrados para siempre del libro de la vida por la terrible culpa. Ellos en su soberbia pertinaces, otros nuevos despues substituyeron, sacados de las pasiones más viles, segun



que los juzgaron adecuados, para engañar á los míseros mortales, y hacerse tributar adoraciones; tener altares, y de incienso vanos saciar su orgullo, cual si fueran dioses, y á ellos todos los cultos se debieran: con efecto, pervirtieron á los hombres; exparciendo entre ellos mil errores, consiguieron que de Dios se olvidasen, y que prostituyesen los honores divinos, debidos solamente al Criador bajo diversos nombres y figuras; ya de astros que en el cielo brillaban, ya de monstruos, ya de hombres, de reptiles, y aun de plantas, y de los más

despreciables entes; y uniendo el culto, con las más impuras costumbres y vergonzosos delitos, gratos á aquellos Angeles odiosos; la pompa, el esplendor y la alegría, que á aquel perverso culto acompañaban, más y más engañaban á los hombres, extendiendo la atroz idolatría; permitiéndolo así la providencia, para probar al hombre envanecido, la insuficiencia, de su corta razon y castigar de nuevo la osadia de su Monarca, el Diabolo, endurecido en su soberbia.

Díme ahora, ¡oh Musa! por los diversos nombres, que adoptaron los principales jefes que al frente de las tropas infernales, á la voz acudieron los primeros, y que sus temerarios proyectos sostuvieron con sus votos, y tambien los que ménos arrojados, se mostraron inclinados á la paz. Melóch al frente está de los primeros, Melóch, que de los tristes llantos maternales gozoso se apacienta, alimentándose de sangre de los niños, cuando sobre sus bárbaros altares los ve sacrificados á millones, pasando de las manos de su ídolo á la espantosa hoguera, á sus piés encendida, resbalando, mientras ahoga sus gemidos una sarcástica música de panderos y tambores, dando tono de fiesta á tanto horror. Este tambien fué el mónstruo que emulando la gloria de Dios en el templo de Sion, introdujo temerario su ídolo hasta en sus mismas aras, dando á sus camaradas el ejemplo de insultarle en su trono cara á cara, sacrilego erigiendo, junto al altar de Jehová, sus altares, y su silla frente al arca en que estaba sentado sobre los querubines, y haciendo que los hombres doblasen humildemente la rodilla, y le adorasen en presencia de su mismo Criador: audacia imitada por los otros, que convirtió el santo templo en impura morada de desórdenes y locuras, á los vicios más torpes consagrada. Redujo á su culto las fértiles llanuras de Rabbá, y el pueblo Ammonita. De allí á Basan, y Argól pasando á las tierras que limita el rio Arnon, fué dilatando su áspero dominio y propagó sus leyes hasta Hinnon mismo. Con el tiempo cayó en sus lazos el más sabio de los Reyes y con increíble ceguedad, abrazando el culto del error

llegó á insultar al Todopoderoso, erigiéndole un templo en el famoso monte que despues fué llamado del oprobio.

Luego llegaste tú, espantajo obsceno! adorado por las crédulas hijas de Moab. Tú, ¡oh Chamós! que adormeciste con el veneno de tu culto á Aroér y á Nebó; que de allí lo propagaste Hasta Hessebon, y á donde se extendia el ardiente desierto, pasando á la deleitosa llanura de Sibmá, famosa por sus vinos; desde allí á Elealé, y á la azufrada laguna humeante aun, de los fuegos del cielo, en que ardieron las ciudades de Sodoma y Gomórra, que florecieron en donde están sus aguas. Peor aquel Dios falso se nombraba en el pueblo hebreo cuando al salir del Egipto prestaba impuro culto, presidido por la torpe lujuria, á su ídolo profano, lo cual atrajo un largo y duro castigo sobre aquel pueblo ingrato impuesto por el verdadero Dios, cansado de la rebeldía. Vióse despues el execrable ídolo en el ya nombrado monte del oprobio, al lado de Molóch, reunir la lujuria y la alegría de sus fiestas al lamentable eco de las tristes víctimas abrasadas á los piés de su sangriento compañero. ¡Contraste cruel! en que la naturaleza vió con horror todas falseadas sus leyes, y que duró hasta tanto que el piadoso rey Josías, ardiendo en un sincero celo contra tanta bárbara brutalidad, vengó las ofensas del Todopoderoso, destrozando aquellos altares y quemando sus impuros ídolos.

Despues de estos, acudieron veloces todos aquellos ángeles inmundos que poseyeron los fecundos y extensos países de antiguo Eufrates, y á su dominio reunieron desde allí cuanto media hasta aquel pobre arroyuelo, que del moreno Egipcio separa el fértil suelo de la Siria. Los más autorizados se llamaban Astaróth y Baál, con lo que daban á conocer su diferente sexo, aún más que su carácter, pues los demonios poseían la rara facultad de adoptar el sexo que mejor les convenia (3), y aun la de variarlo prontamente á voluntad: tal era el poder de aquella naturaleza superior, no cual la nuestra pesada y material, fabricada de huesos y de carne, carga bajo la cual gime nuestra alma, y que oprime su natural vigor sino es etérea, trasparente y purísima; que muda de figura cuando

quieren, pequeña, ó grande, oscura, ó luminosa, suelta, ó compacta, alegre, ó triste, segun que lo requieren sus amores infames ó sus torpes iras. Por tales mónstruos el linaje humano olvidó á su Hacedor, y envilecido, á los brutos más bajos tributó adoración, creyendo que vivian sus deidades en ellos. ¡Culto insensato! ¡Increible! que atrajo la ruina á los mismos Israelitas, que gozaban con tal favor la proteccion divina.

Astoréth, acompañado de numerosa escolta, vino despues envuelta en tenebrosa nube: Astoréth, que fué quien más adelante bajo el nombré de Asthárte respetada como reina del cielo, fué coronada del brillante creciente de la luna. A ella dieron culto las doncellas sidónias con ceremonias nocturnas y cantos amorosos. Sión tambien adoptó sus ritos misteriosos y un monarca, á quien el cielo colmó de beneficios, la edificó sobre la cubierta creste de un monte, en medio de frondosos árboles, un magnífico templo sin temer á la ira del Eterno, dividiendo el santo culto entre él y el simulacro torpe. Llegó despues Thamúz, por cuya herida, hecha por una fiera rabiosa, que cada año se abria, derramaban las hijas de Sidon tristísimo llanto, bajo el sombrío velo que los cedros del Libano trazaban sobre la verde y escondida pradera donde estaba su triste sepultura. Cierta dia, aquellas vírgenes lloraban su infausta muerte, mientras tranquilo el rio Adonis, que se suponía el herido Thamúz, con sus sangrientas aguas bañaba el campo delicioso, y en dos brazos partido, penetraba en el mar, que de púrpura teñía confundido entre sus turbulentas ondas. Pronto corrió esta fábula amorosa por todas partes, y cual peste contagiosa emponzoñando al mismo Sión cuando Ezequiel, por el hendido muro, de órden de Dios miró lo que pasaba en lo interior del templo, y pudo ver, asombrado, los llantos con que se festejaba delante del señor el culto impuro, profanando aquel sacro recinto y de Judá las hijas pervertidas con sus infames ritos.

A esta falsa deidad sigue el monstruoso ídolo que afligido en verdad con doloroso llanto, regó sus aras al caer á los piés del Arca, precipitado y roto: Del Arca, que él contaba haber traído

prisionera á su templo profano, y que de su alto trono, separado el tronco de la cabeza y de los brazos, le hizo rodar al suelo. Su nombre era Dagon: se presentaba de medio cuerpo arriba en figura de un hombre, y de la cintura abajo remataba en monstruoso pez. Los campos de Ascalon, y los hermosos valles de Ger, profesaron el culto de esta Deidad; la Palestina temblando la adoró, tributáronle sus inciensos los belicosos pueblos de Gaza y Accaron, tanto, que el rico templo que tenia en Azót, parecia insultar á los cielos.

Y tú, Rimmón, tambien allí acudiste; tu que poseiste el país de Damascó regado por las cristalinas aguas de Abána y Farfár cuyas amenas riberas colmadas de frutas raras, fueron causa que atrajeras por último toda la Siria á tu obediencia. No contento con esto, tuviste tambien el atrevimiento de ir á insultar con tu profano culto al Dios omnipotente, en medio de su pueblo al Rey Acház, venciendo el que habia sido tu vencedor, y que allí ufanado de su triunfo, te habia conducido consiguiendo á fuerza de artificios que él mismo te erigiese un templo en sus dominios, anteponiendo al verdadero Dios un Dios vencido.

Llegó trás de Rimmón la numerosa caterva de Deidades ridiculas, que en las magníficas y diversas poblaciones sembradas en la deleituosa márgen del Nilo, se dividieron el incienso y la adoracion de sus crédulos moradores, que el nombre del Señor prostituyeron por Isis, Osiris, Horo y otras torpes esencias alojadas en los cuerpos de bestias, de réptiles, plantas, frutas y cuantos objetos materiales ostentan en sus ámbitos los mares y la tierra. Israel mismo cayó en este abominable error cuando el becerro de oro adoraba rendido, entre el fuego y humo que el Sinai cubria en presencia de Dios que estaba allí, prosternándose sin temer sus iras. Poco despues en Dan, un Rey malvado, y en Bethél, introdujo aquel funesto veneno, hasta que el omnipotente Dios irritado de ver que se posponia su nombre al de los viles animales, de improviso se armó de sus enojos, y tomando del insolente exceso la más cruda venganza, exterminando en un momento todos

los primogénitos nacidos en la extension de Egipto, esperanza de sus infieles padres, asoló con las aras y Dioses confundidos sacerdotes y templos.

Belial, despues, al jefe se presenta; entre cuantos rebeldes malhechores contienen los infiernos no se cuanta otros mas acreador á semejante castigo, es el amigo de todos los vicios. Por todas partes los propaga ardiente, los ama por ser tales. De su odio es principal objeto la virtud sola, á quien jamás perdona. Nunca de los humanos el respeto, el culto y el incienso apreció cual los otros compañeros; este impuro demonio no blasona sinó de que en la furia y la malicia le ceda toda la milicia infernal. Su mayor complacencia es la de penetrar lo más interno del templo santo, y en el escogido Gremio de sus ministros introducir la licencia del vicio, y fomentar el olvido y el desprecio del Eterno. Cuando los hijos de Heli ultrajaron el templo augusto con su terrible violencia, solo á sus artificios fué debido.

Este espíritu infame se complace en los palácios, hace de las córtes su mansion más frecuente; recréase en correr las ciudades más viciosas, sobre sus torres, plácido volando, se ciñe examinando cuanto pasa: desde allí saborea con delicia las risas, las canciones lujuriosas, las riñas, las venganzas, los lamentos de la inocencia y la desfrenada dilucion encarnizada contra ella: único incienso grato á sus sentidos. ¡Sodoma impura, tu memoria ofrece de esta verdad el testimonio claro! ¡Tu, teatro de horrores! que aborrece el vicio mismo, mientras su liviandad no huella audaz á la naturaleza! ¡y tú, vano amparo de la pureza, hospitalidad santa, atropellada en la ciudad de Gaba, que te viste obligada á tolerar que pereciera, víctima de la fuerza, una mujer inocente por evitar que el atrevido pueblo cometiera un delito mayor.

Seria no acabar, si añadiéramos á esta turba de jefes distinguidos la innumerable série de Dioses Jonios, descendientes del antiguo Javán, que suponian haber precedido al cielo y á la tierra los Titánes, la prole abominable de Saturno y de Rea, que la Grecia adoró en la formidable cumbre

del Olimpo, ya en la elevada cima del Ida, ya en la selva umbrrosa de Dodóna; prodigiosa familia de biznietos, de nietos, y de abuelos, que reciprocamente se fueron arrojando de los cielos, que fundaron el oráculo de Delfos ó que pasaron el furioso Adriático, siguiendo al Dios que Jove proscribió, estableciendo su trono en la Hespersa, desde donde trasladaron á los Celtas y aun hasta la remota Thule, en el vasto mar su ara profana.

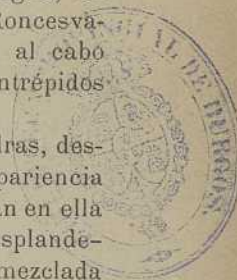
A estos Dioses guerreros, colocados anteriormente en la cumbre del cielo, se siguió la confusa muchedumbre de los dioses vulgares no nombrados. Ninguno queda en el lago, de la inundaturba. Ya están en la extendida ribera, pero todos, humillada la vista del espanto y la profunda tristeza en sus semblantes, dan señales, en medio de los que, cual la luna entre nubes, brillaba la alegría con todos sus primores, viendo en los intentos de su caudillo que aun no desaspera de su suerte. Al notar que á pesar de su caída conservan todavía la vida, viene á esforzar de nuevo sus alientos un resto de lisonjera esperanza, lo nota Satanás, sus vagas miradas atestiguan los temores que ocupan sus potencias, pero al fin, recobrando su primera osadia, trata de animar á sus gentes y despertar de nuevo sus bélicos ardores, disimulando su temor y aparentando una falsa confianza; manda que desde luego que al son de clarines y timbales retumben las infernales bóvedas, y se despliegue al viento la bandera imperial. En este punto el fiero Azaziél, que disfrutaba ¡ay triste! de este honor, cuando pisaba las bóvedas del alto firmamento, de tan funesto trueque bien ageno, la desenvuelve tremolando al aire la inmensa tela que, del más brillante méteoro eclipsando las luces, ofusca la vista. En ella está expresada, bordada de piedras preciosísimas por mano de la Diosa, de memoria la pasada gloria de aquellas huestes. A la señal de la bandera imperial, y al ronco estruendo del herido bronce, responde aquella fiera muchedumbre con guerrero clamor, que estremeciendo la bóveda infernal entre la obscuridad, circula repentinamente por toda aquella inmensa region. Millares de estendartes al momento ondeando

en su recinto, prestan á la sombra un vivo colorido de púrpura, tal, que en donde nace, el claro día envidiara su luz. Una selva de dardos, de picas, de morriones y de escudos de oro, arroja por todas partes luz; el número de aquellas huestes y su profundidad inconcebible admira la vista á pesar de sus compactas filas, mas ya á un tiempo, con presta diligencia se mueven las escuadras ordenadas, al fiero y apacible compás de los célebres acentos dóricos de mil oboés y flautas, armonía majestuosa y patética que juntaba la varonil firmeza á la dulzura; que en otros tiempos se ocupó en excitar el fiel heroísmo, que es el encanto del cielo y de la tierra, como la fué en aquella coyuntura del abismo infernal, excita ó modera la cólera, destierra el desmayo, ahuyenta las ideas del peligro y da un aire tranquilo en la tormenta, y transforma la furia guerrera en un esfuerzo inexpugnable.

De esta especie era el valor de aquellos fieros Angeles. De él asegurados marchan todos unidos y compactos, espesa miés formando los aceros de las picas y dardos, al son de aquella orquesta que templaba las dolorosas pisadas sobre el suelo, con orden tal, que se hubiera dicho que los movia un espíritu solo; avanzan, y á los codiciosos ojos, desplegan ya su frente formidable, sin fin, por aquel campo dilatada terrores y amenazas respirando, revestidos de impenetrable acero á la manera de los antiguos héroes, adornan sus armas mil empresas y colores y hacen alto al llegar á su puesto, aguardando las órdenes ansiosos. El infèrnal Monarca revista de una ojeada el dilatado ejército, ojeada más penetrante todavía que los fogosos resplandores del rayo: una mirada de aquellas que deciden las batallas atravesando sus palpitantes muros. La presencia de su gente, el ardor que resplandece en sus ojos, su prócera estatura, su ademan, que se parece en un todo á los Dioses que fingió la fabulosa poesía, su severo orden, su celo vivo, su lealtad segura, mas que su muchedumbre prodigiosa, sinó le vuelven su valor primitivo disipando por fin, sus rumores, le llenan de soberbia y de esperanza.

Todos los ejércitos que la tierra vió sus campiñas desvastando, si reunidos á aquel se compararan, á la risible hueste se parecería con que el débil Pigmeo hace la guerra á las grullas encarnizadas contra él, júntense los Titanes, cuyo arrojo amontonó las sierras de la Tracia unas sobre otras con el fiero designio de asaltar el remoto firmamento, los intrépidos héroes de la Tebaida, los Capitanes Griegos y Troyanos que tal guerra hicieron por una mujer, los Dioses que con ellos lucharon, cuanto los libros de caballerías, la fábula y la historia relataron del espantoso esfuerzo y ardimiento de aquellos caballeros que asociaron sus hazañas á la gloria del famoso Rey Artus, cuantos vencedores en los torneos disfrutaron en premio los honores los famosos guerreros, ya cristianos, ya musulmanes, que al pié de las murallas de Aspramonte y Montalvan hicieron sus hazañas, ó en diverso horizonte llenaron de su gloria los campos de Trebisonda, la abrasada arena de Biserta, ó tal vez la amena vega de Damasco, las tropas que lanzó el Africa contra el valiente Carlo-Magno, en los tiempos en que fueron destrozados sus Pares en Roncesvâlles con lo más escogido de su gente; ¿que serían al cabo estos poderes mortales comparados con aquellos intrépidos enemigos del cielo conjurados en destruirle?

Con paso grave Satanás recorre sus dóciles escuadras, descollando sobre todas ellas cual excelsa torre. Una apariencia de serenidad brillaba en su noble frente: aún se notan en ella algunos rastros de su primitiva hermosura. La resplandeciente luz que antes en sus facciones deslumbraba, mezclada con la sombra, no era tan vívida como antes; mas con todo no cabía duda, á los que sus tristes ruinas vieran, de que eran las ruinas de un Arcángel. Así el sol al nacer en una turbia atmósfera cubierta de vapores, solo despide tristísimos destellos ó claridad muy vaga, y tal se ve también amortiguado cuando su hermana eclipsa su encendido é inmenso disco, que apenas lanza algún rayo de luz funesta, nuncio de desgraciados sucesos, terror de los más altos potentados; mas con todo, á pesar de las negras tinieblas con que espanta á los mortales



los demás astros nunca le disputan el reino, y le tributan vasallage. X

Tal se presenta el terrible Arcángel: Su resplandor celeste, aunque eclipsado, eclipsa á los demás. Su rostro, surcado por el rayo vengador, está cubierto de negras cicatrices, y en la mustia frente se aloja el roedor cuidado; en su ceño se muestra claramente la estudiada soberbia, el indomable furor que solo anhela venganza y esterminio; mas con todo, en sus miradas crueles se ve el justo remordimiento, el arrepentimiento y el dolor, al fijarse en aquellas desgraciadas víctimas de su culpa, precipitadas con él en el abismo, que hubieran sido felices no conociéndole, tristes y desterradas por una eternidad de aquella venturosa patria: su multitud, que á la sazón vuelve á admirar la dolorosa suerte en que se hallan, poco antes tan brillante, y aclipsada ahora, sin que la mudanza de millones de siglos pueda dar, á sus tristes corazones, el más pequeño rayo de esperanza; este conjunto aflige tanto su pecho, que apenas puede reprimir el llanto. Aun más su dolor crece cuando piensa que toda aquella inmensa muchedumbre que solo por seguirle está penando, fiel á su causa y generosa siempre, desafiando intrépida la saña de los cielos le acompaña en su desgracia conservando su honor. Tal la encina en el monte, alta y frondosa, ó el robusto pino en la colina con que tropezó el rayo, despojados de sus hojas y ramas en medio de las ruinas encendidas, que cubren sus contornos, insultan aun osados á los cielos.

El Monarca infernal se detiene al frente de sus tropas, que formadas en círculo, le cercan con alas encorvadas: los jefes, revestidos de dignidades, en el centro le rodean; y aguardan silenciosos sus órdenes con tal ansia, que pestañean apenas. Por tres veces distintas pretende hablar á sus valerosos batallones, y otras tantas lo impiden la aglomeracion de lágrimas que se precipitan, sin querer, de sus ojos tenebrosos, desmintiendo su aparente firmeza: al fin, reprimiendo su dolor, á su ejército se explica de este modo:

«¡Oh vosotros querubines gloriosos, Potestades, Virtudes,

»Serafines, Angeles todos! cuya fiera audacia solo el poder
»de Dios vencido hubiera; que si no conseguistes la victoria,
»tuvisteis á lo menos la alta honra de disputarla con tan gran
»denuedo! no puedo negar los resultados tristes que aquel
»combate horrendo ha producido; este abismo en que penamos lo demuestra, pero á lo menos no hemos perdido el honor.
»¿Y al mirar este ejército, sin cuento, de altas Deidades, que
»con valor tanto, contra el fiero enemigo disputamos nuestros
»derechos, quién habria pensado por más que la experiencia le
»enseñase lo futuro, y por grande que fuera su penetracion, que
»aquella lucha pararia en esto? ¿Mas qué digo? Ahora mismo
»en este lastimoso estado que la suerte nos depara, ¿quién
»tendrá por imposible que el número, la union y la tremenda
»fuerza de tantos seres inmortales, quebrante estas infernales
»prisiones, y vuelva á conquistar la amada patria celestial
»despoblada con su ausencia? En cuanto á mí, lo espero; y
»por testigo cito á todo este celeste ejército, de que en los riesgos del combate rudo, fui como en los consejos, el primero.
»Y si nos venció cruel enemigo, no consistió en nosotros, sino
»en que aquel que ahora está allá arriba sosegado, aquel
»Dios, á quien un respeto ciego fundado sobre el uso, la magestad, la pompa y la apariencia, han sostenido sobre el cauduco trono, cauteloso sus fuerzas ocultando, para probar mejor nuestra obediencia, allanó el camino á la rebeldia. Esta es, pues, la razon, porque ha caido un doloroso diluvio de penas sobre nosotros; pero ya en el dia, gracias á la eleccion, hemos podido ver la diferencia de su fuerza á la nuestra, y por lo tanto no debemos burlarnos de sus rayos, mas tampoco mirarlos asustados: y ya que, aunque inferiores en las fuerzas, le somos superiores en la astucia, procuremos con una guerra sorda destruir su poder. Que vea él mismo que por más que abatido un enemigo sea por la fuerza, está vencido á medias solamente.

»¿Y quién sabe tambien las novedades que puede producir en nuestro estado, la larga sucesion de los tiempos? quizá veremos existir nuevos mundos, y en ellos vengaremos

»nuestro agravio, pues que en el cielo, es cierto, que se ha
»hablado de que en un lejano y delicioso orbe, el tirano que
»nos ha proscrito, se ha empeñado en formar vivientes nuevos
»que compondrán su pueblo favorito, y que serán, segun el
»poderoso decreto, descendientes de uno solo, gozando privi-
»legios casi iguales á los hijos del cielo, adornados como ellos
»de sus dotes y á usurpar nuestros tronos destinados. Rompa-
»mos, por lo tanto las cadenas de esta prision horrible, tan
»opuestas á nuestro noble ser. De aquí salgamos. Que esta ha-
»zaña la primera sea; no nos hagamos el ultraje de pensar, que
»hemos descendido del cielo para estar siempre aquí. Volemos
»pues hácia esa nueva esfera: examinemos lo que ha hecho allí
»el Criador, y así acertaremos en nuestra conducta; pero antes
»es preciso con gran cautela tratarlo en asamblea general. So-
»bre todo, jamás entre nosotros se oiga hablar de paz, de tre-
»gua, ó de cualquier otro medio de transigir con el tirano, que
»vive; de nuestros sollozos; guerra, guerra sin fin, sangrienta
»y fiera; todo otro plan es un vano delirio. Tal es mi voto, á que,
»confiado, creo ha de corresponder mi valeroso ejército.»

Acaba apenas, cuando mil millones de desnudos aceros, á los vientos brillan, reflejando en broqueles y morriones sus vivos resplandores, aun del infierno en el profundo asiento, centelleando entre las densas sombras; armas con armas chocan, y el crujido horrible, repetido por los ecos, lleva la general alarma á todos sus senos tenebrosos. Aumentánlo del insolente ejército las blasfemias y gritos sediciosos, con el delirio de su audacia que al eterno en su trono desafía. Cerca de allí se alza una encendida cumbre, que despedia con tinuados torbellinos de llamas, y humo espeso. Toda la falda que le cerca está cubierta de una costra brillante que da á entender, que algunos raros minerales oculta su terreno, que labró el azufre. Vuelan al punto en busca de aquellos preciosísimos metales, diversos escuadrones.

Como se ve, una turba numerosa de fuertes zapadores, extendida por los campos armados de azadones y picos escavan presurosos zanjas, ó alzan trincheras ó espaldones; así se

exparcen todos, capitaneados por Mammon, Angel caido, reputado el más vil, por su vergonzosa avaricia. Aun estando en el dichoso Celeste Alcázar, con mayor codicia parecía atender al suntuoso adorno, á la riqueza que brillaba en su soberbio pavimento de oro, cuando este al ver á Dios, se enagenaba en los ardores de su divino amor, y concorde cantonaba sus loores á él, por efecto de su villanía siempre baja la vista sobre el suelo. Este espíritu inmundo fué el que la sed de oro en la tierra introdujo. El hombre ingrato penetrando los senos de su madre la tierra, destrozando sus entrañas, en ellas fué á buscarlo. ¡Qué insensato! El mismo se privó, con mano propia, del sólido tesoro, que le diera, si en lugar de seguir tan vanas ilusiones lo labrara.

Mas ya la infernal tropa ha abierto, en la dura falda del alto monte, un ancho boquete á fin de extraer el oro escondido en sus negras venas; ni es de extrañar se hallase en el infierno, aquel metal funesto: ¿Dónde mejor deberia hallarse? ¡Venid ahora vosotros, que á porfía, en las antiguas hojas de la historia, los extraños prodijios ponderasteis de Menfis y de Tébas y sus glorias ensalzasteis hasta el cielo, las vereis eclipsadas en un momento, al lado del portentoso magnifico que solo con una mirada fabricaron aquellos poderosos é inmortales espíritus! ¡Vereis como se humilló la soberbia del hombre y de sus obras más afamadas; lo que á él le costó siglos de una constante perseverancia, á que sus artes agotadas llegaron, superando en un momento. Todos se apresuran, todos trabajan: varios conductos, desde el lago ardiente practicados al pié de la montaña, conducen un fuego líquido, y el metal bruto funden en él y separada la escoria, lo introducen, formando mil arroyos espumosos de vivo fuego, en otras tantas zanjas, en donde hirviendo, cuál requiere el arte, líquido y puro, toma ya la forma, para echarlo en los moldes, que escavados en tierra, en donde cada porcion se enfria, separada y mitigados los fuegos, se transforma poco á poco en varias y sólidas figuras. Así en el órgano, tan solo un viento, repartido por todos los cañones, varia su sonido en cada cual con acento diverso.

El inmenso edificio se levanta como un templo magnífico, graduadamente y con presteza tanta, cual ligera exhalacion de la tierra, al son de una agradable sinfonia; así como á las dulces melodías y al compás de la lira, se elevaron las murallas de Tébas, la magnífica mole levantada, deja ver una dilatada série de soberbias columnas en que el oro compite con la plata, y en que ostentan, los sábios arquitectos, el adorno con el gusto y primor; los arquitecros cual los zócalos que sustentan las dóricas pilastras revestidas de relieves y adornos, todos con alusiones conocidas á los pasados hechos, tan magnífico portento de las artes, de la ciencia y de la riqueza reunidas ostentan, que supera la inteligencia humana. Jamás, aun cuando el Nilo caudaloso y el Eufrates, compitieron porfiados en fabricar con más magnificencia sus templos y palacios, alcanzaron acercarse á la grandeza de esta obra, ya en fin, aquel inmenso monumento está completo, sobre firmes asientos; soberbia, incomparable maravilla, digna de que establezca allí su trono el émulo insolente de los cielos.

Mas las puertas de bronce abriéronse de súbito resonando sobre goznes enormes, presentando á la vista curiosa, el fondo interno que se extiende sin fin, de aquella obra sin igual. De la elevada bóveda mil arañas preciosas encendidas con torrentes de luces infernales, forman un nuevo Cielo, exparciendo indecible esplendor, alimentados de asfalto inextinguible. Entra la muchedumbre, que ansiosa admira el magnífico edificio: á este sorprende el ver su portentosa capacidad; aquel, pasmado ensalza su preciosa materia, otro no acaba de alabar la destreza y artificio del arquitecto, conviniendo todos en que la obra es digna de la mano celeste, cuya ciencia conocian, puesto que antes en el Empireo habia fabricado los palacios, los altos domos de los Serafines, desde los cuales cada cual sentado como Rey, sobre un tronó majestuoso, con el cetro en la mano, la provincia del cielo gobernaba, cuyos fines les habia el supremo Monarca confiado. Tambien el arquitecto primoroso, fué del linaje humano conocido en la Grecia y la Ausonia, recibiendo adoraciones bajo

el nombre de Vulcano, y si hemos de dar fé á las narraciones de la fábula, él fué al que el iracundo Jove, desde el palacio cristalino que con divino arte para si en el cielo habia labrado, derribó de un puntapié hasta el mundo que habitamos. Desde la aurora hasta que el medio dia declinó y desde entonces, hasta que la noche extendió su oscuro manto, el triste, sin parar, habia volteado por el éter inmenso, cual si fuera una estrella brillante que cayese, hasta que paró en Lem-



nos y se vió adorado en sus altares. La fábula habla así; pero mucho antes del cielo con los Angeles restantes á una, cayó. ¿Y que saca el desgraciado de haber edificado con tal primor palacios más allá del firmamento, pues que en castigo de su osadia Dios le ha arrojado á trabajar en semejantes obras, en los abismos infernales?

Mas ya los reyes de armas con pomposo Fausto y las trompas con acenta sonoro, de órden suprema, al pueblo belicoso llaman al general ayuntamiento que debe en aquel templo

celebrarse. Los jefes principales comienzan á reunirse en el vasto Pandemonio, capital de sus nuevos estados, sigue despues la turba con afluencia tal llenando el ancho vestibulo, y en lo interior cargando de todo el templo, que aunque en competencia con el mayor cercado entrar podian, en que en la antigüedad solian lidiar con lanza en mano, arrojando dardos los vigorosos caballeros ó disputar en carros la corona de rápidas carreras, aún no eran suficientes en mucho á contener las infernales gentes. Su muchedumbre que la tierra inunda, oscurece los aires, y extremece al ruido de sus alas el vasto espacio. Así en la primavera, cuando el campo fecunda con su rocío la temprana aurora, de las negras abejas, multitud guerrera dividida en enjambres, el aire y las llanuras va ocupando; y cuando ya el sol dora con su luz, á lo léjos, las flores olorosas de sus cálices bebe susurrando, los preciosos licores, ó amontonada toda sobre un añoso tronco, en el colocarse solicita y allí teniendo sabia su consejo, agita los intereses del estado.

De igual modo aquella inmensa multitud, allí dentro se apresura y no puede caber: más ¡oh admirable prodigio! á una señal que de improviso hace su rey, la prócera estatura de los soldados que era parecida á la de aquel gigante pueblo de los Titanes, al instante se reduce, se encoge de tal modo, que cada uno en pigmeo se transforma, como aquellos que ocupan la ribera del Estrimon, que en un espacio reducidísimo cabe su multitud como cupiera en el vasto recinto de un Palacio. Así el pastor al resplandor dudoso de la luna, imagina ó más bien, sueña, que ve volar en torno, un pueblo de aéreos y pequeños entes, turba humilde, que danza á la luz de sus brillantes rayos y que el planeta, con alegre cara, presencia aquella halagadora fiesta; su alma dispuesta al temor y á la ilusion, sigue á su vista la gloriosa escena lejana y se figura que á su oido el dulce acuerdo de sus voces vibra, estremecido de placer y terror como ellos, pues se encuentran achicados en un instante los gigantescos ángeles infernales, y debajo del vasto techo caben sin dificultad; pero los Serafines, los Querubines y otros

principales jefes conservan todos su estatura, su talle y nobilísima talante sobre el inmenso vulgo descollando; y sus sitios, en el remotofondo, de él separados, ocupan según el orden de dignidad, formando un gran senado de Deidades; hasta que el gran Monarca se dirige hacia su sólio y el consejo empieza.





LIBRO SEGUNDO

Trata Satanás en el consejo infernal, sobre si conviene aventurar aún otra batalla, para recobrar el cielo. Algunos, son de este dictámen, y otros se oponen. Determinase, que es necesario, antes de todo, seguir la idea de Satanás, inquirendo el sentido de la profecía ó tradicion del Cielo, acerca del nuevo mundo, destinado á una especie de criaturas, poco inferiores á los ángeles, y que al parecer estaba ya en tiempo de verificarse. Se refiere su embarazo para saber, á quién han de enviar á descubrir aquel nuevo mundo. Satanás se encarga solo de aquella empresa, colmado de honores y de aplausos. Acabado el consejo, se separan los ángeles, y para suspender sus males, entre tanto que su jefe vuelve de la empresa, se ocupan en diferentes ejercicios. Satanás llega á las puertas del infierno, que halla cerradas y guardadas por dos mônstruos espantosos. Despues de algunas explicaciones, se las abren. Ya fuera de ellas, ve el abismo colocado entre el infierno y el Cielo, y lo atraviesa, aunque con mucha dificultad. El caos que reina en él le da señas del camino que ha de seguir para llegar al mundo que busca.

EN regio trono, mucho más resplandeciente que las bárbaras y pomposas riquezas de oro y perlas, que derrama el Oriente á mancs llenas, sobre los renombrados soberanos de Ormuz y de las fabulosas Indias, se ve sentado el fiero Satanás, rodeado por todas partes de magnificencia é indecible aparato. ¡Triste gloria! ¡Funesta preeminencia debida al mérito de ser el más culpable, y que su orgullo indómito alimenta! ¿Qué es en efecto aquella miserable elevacion, sino un horrendo escollo en que debe estrellarse su esperanza, con los embates de la desesperacion más violenta y cruel, que se aventura á empeños, que sus

fuerzas excediendo, han de dejar burlada su ardiente sed, y aumentar la tormenta de desgracias sobre el acumulada? Pero su soberbia nada reflexiona, y ciego se abandona á sus proyectos; en vano la esperiencia le ha mostrado de su débil poder la insuficiencia, contra su Criador, que audaz persiste en hacerle sangrienta, eterna guerra, y con este discurso, á aquella difícil empresa, procura á todos animar.



«¡Tronos, Dominaciones, Potentados, Monarcas respetados
»de los Cielos! de los Cielos repito, pues no es dable, por más
»que la injusticia nos oprima, que un pueblo de inmortales
»séres lllore siempre en estas prisiones, y así no doy los Cielos
»por perdidos para nosotros; de ellos descendiendo, nuestra
»misma caída debe darnos un natural impulso que nos lleve
»con mayor fuerza á nuestra amada pátria, y cuanto más la
»tiranía odiosa vemos empeñada en abatirnos, más se debe
»aumentar nuestra osadía. En cuanto á mí, que la naturaleza
»destinó á las grandezas de este trono, y que vosotros mismos
»libremente, habeis reconocido por vuestro rey, á estos dere-
»chos, justamente puedo decir, que otros mayores he añadido,
»sirviéndoos con prudente celo en los consejos, y con un de-
»nuedo sin igual en la guerra, el primero los riesgos arros-

»trando. A estos títulos debo este alto puesto, que nadie envidi-
»dia. ¿Y quién envidiaría un trono sobre el cual no consiguiera
»sino estar á los mayores males expuesto? Ni es posible que
»tenga pretendientes el triste cetro de este horrible abismo: so-
»lamente la feliz morada del cielo merece disputarse con em-
»peño. ¿Pero, habrá acaso, quién tenga valor para encargarse de
»mi ardiente corona? Cuanto más vasta, es más desventurada:
»el bien tan solo la ambicion despierta, y así donde no lo hay,
»la paz se encuentra; el mismo exceso de la desventura que
»nos oprime, conserva nuestra union desterrando ambiciones
»que asegura con lazos eternos. La envidia se reserva para el
»cielo, que allí la ambicion del mando encuentra cebo, y no
»entre estas cadenas, en que solo dolores se producen.

»Esta ventaja pues, que al cielo damos, aprovechemos en
»concordia y firmeza; hagamos á lo ménos lo posible, por re-
»cobrar nuestra primera herencia: la honra y el interés nos
»lo aconsejan, y por otra parte, nuestra actual situacion es
»tan horrible, que aunque en la empresa no seamos felices,
»jamás nos podrá hacer más desgraciados. Solo, pues, queda,
»que juzgueis si hemos de recurrir al arte, ó si será más se-
»gura nuestra ventaja en guerra abierta.»

Satanás acabó, y levantado el Jefe, que inmediato le seguía,
el más feroz, más fuerte y más osado, entre los moradores del
infierno, Melóch, que se decia igual al Sér Supremo, y en su
delirio preferia perder enteramente la existencia, á conceder-
le primacia alguna, despreciando terrores y amenazas, y el
cielo y los infiernos olvidando. Cediendo á la violencia del des-
pecho el furioso Molóch, su horrible encono con voz áspera
exhala en esta forma. *XXXXXX*

«Venganza, guerra abierta, interminable: tal es mi único
»voto. No me pago de artes, ni de ficciones, armas solo adap-
»tables á los seres cobardes, que desprecio: úsenlas ellos cuan-
»do llegue el caso que las necesiten; pero que ahora gaste-
»mos en proyectos inútiles el tiempo, cuando todo ese valiente
»ejército, del ocio ya cansado, á sí mismo en silencio se ani-
»quila hasta que abandonemos el freno á su furor; y que á

»tantos millones de guerreros armados por causa tan gloriosa, precisemos á tragar sus ultrajes, atados á los hierros vergonzosos de la más detestable servidumbre, y á que se tengan por satisfechos de ser esclavos, mientras de la cumbre del cielo, al vernos mano sobre mano, nuestro enemigo se burla de nosotros, envanecido en medio de su corte, y su injusto gobierno consolida: tolerar no es posible tanta mengua. Partamos, pues, volemós prontamente; esta cárcel horrible destruyamos, trocando en armas de venganza, esas mismas cadenas encendidas que su autor destinó á nuestros tormentos. Volvámónos contra él. Que esos torrentes de fuego, que esas olas de azufre encendidas al soplo de su cólera, nuestra marcha precedan, en ardientes rayos por nuestra rabia convertidas. Si ese enemigo ageno á toda piedad se lisonjea de infundir desaliento en nuestros pechos, con su trueno fiero, trueno á trueno opongamos, rayo á rayo: que nuestros fuegos rápidos, rompiendo el aire, á manera de torbellino horrible, tropezando, en el camino con sus rayos y truenos, vayan á herirle á él en su mismo trono entre el incienso de sus viles cortesanos. ¿Mas quién podrá, dirán, su osado vuelo elevar, del profundo infernal antro en que yacemos, hasta aquella altura? Y no será segura su ventaja sobre gente ya vencida, falta de fuerzas, y que no podemos juzgar apta á subida tan áspera? ¡Infundado terror! ¿Pues qué, no vemos, que si nuestro vigor se ha amortiguado un momento, al beber en ese hirviente lago las torpes aguas del olvido, el Angel á subir predestinado por su propia energía, es preciso que recobre desde luego su natural impulso? ¿Y no lo vimos todos, cuando una fuerza irresistible nos arrojó del cielo? ¿A qué debemos, sino á este solo impulso, la constante resistencia que hicimos al poderoso brazo, que al fondo de este horrible abismo, con su peso fatal nos impelia? A cada paso al cielo nos tornaba nuestra naturaleza, luchando con los rayos y disputando el campo palmo á palmo que quizás jamás perdiera nuestra gente de guerra, si hubiera conocido su fuerza natural, como hoy conoce.

»¿El éxito temeis? ¿Y por ventura acrecentar podrá ese Dios

»terrible, los horrores de esta infausta morada? ¿Podrá más,
»si la cólera le apura, que acabar de una vez nuestros dolores,
»privándonos del ser? ¿Y cabe por ventura, si aquí hemos de
»existir, que nos conceda una gracia que nos convenga más?
»Sobre nosotros tiene ya perdido su influjo la desgracia. No es
»posible vernos más infelices, que nos vemos. ¿Y qué podrá
»añadir, por irritado que esté, al infierno en que nos ha ence-
»rrado? Privados de la dicha y la alegría, desterrados de aque-
»lla dichosa patria, de la luz, á este olvidado asilo de oscura
»noche, víctimas de humillante cobardía, sirviendo á esos
»fuegos de pábulo mientras que en otro abismo, todavía más
»horrendo, os sepulta ese tirano bárbaro, cual rendidos vasa-
»llos. ¡Id, prestadle homenaje; aguardad que sus fieros verdu-
»gos, en sus tormentos más atroces, os obligen á arrepentiros
»y, aunque en vano, suplicadle que os perdone apiadado! Sa-
»beis que no lo hará; y aunque así fuere, mil infiernos antes yo
»aceptaría y ¿qué recelo pueden ya causaros sus amenazas? ¿En
»el caso horrible en que os halláis, puede daros otro tormento
»nuevo, que la muerte? ¿Qué fuerza, pues, os hace un enemi-
»go, que ya no puede daros mayor pena por más que le irri-
»teis, que ha de quitaros la vida, pena ménos terrible que la
»suerte dolorosa, que temeis para siempre? Si es como creo,
»nuestro divino sér y la inmortalidad nuestro destino, tan lar-
»ga duracion será bastante, para cansar su furia, por persis-
»tente que sea, y agotados sus rayos, su poder desmayado,
»podrá ser acometido ventajosamente; la experiencia nos dicta,
»que podremos al fin llevar la guerra á sus estados, y por más
»que se precie de invencible, sobre su odioso é inaccesible
»trono insultarle: testigos los extremos á que le vimos todos
»reducido, en la cruel batalla que perdimos; y en fin, aun que
»no logremos vencerle, aunque caidos mil veces nos veamos,
»otras tantas debemos hacer con nuevo ardor guerra al tirano,
»y sean siempre el odio y la venganza, nuestro consuelo.»

Así acaba rechinando los dientes, y el entrecejo lúgubre frunciendo: se ve en su boca una sonrisa horrible; sus miradas, que arrojan un funesto resplandor, su aire atrevido y fiero

el enemigo anuncian más temible, para otro que no fuera Omnipotente. Más humano, más cariñoso y suave en su trato, Belial, el más bello entre todos los ángeles perdidos, repugnando el dictámen precedente, habla despues: Belial, cuyos simulados rasgos de dignidad y nobleza, del más vil pecho ocultan la ruindad; pero que en sus palabras tal dulzura derrama y con tan noble gracia toca toda materia por dura é ingrata que sea, que no hay alma que á su influjo haga por más que quiera resistencia: la miel destila siempre de sus labios, á pesar de la hiel de que está henchido su corazon: su ingenio cauteloso, sabe envolver entre las delicadas redes de sus palabras ingeniosas, á la razon: esparce su veneno con lenguaje doloso sobre toda virtud, y así consigue que en su lugar se aplauda el vicio: para toda accion noble negligente, solo para ruindades expresiva, más no obstante, su encantadora voz cautiva los ánimos al hablar así:

«No ménos que vosotros ¡oh Señores! odio la esclavitud y la
»tiranía: no ménos de la guerra los candentes dardos mi pecho encienden; pero yo quisiera que no se decidiese de ligero
»y á impulsos del furor, sinó que consultando á la prudencia
»viésemos si el hacerla convenia. Voy pues á examinarlo: y
»lo primero hallo que el mismo Jefe que nos gobierna, y que
»en inteligencia y en valor sobresale, desconfia de que el éxito
»sea ventajoso. La desesperacion es el único cimientto en que
»funda toda su fuerza, y su última esperanza se cifra en vernos á la nada reducidos, el aniquilamiento es el solo fin á
»que, con tal que esté vengado, aspira. ¡más que venganza!
»¿Es posible acaso ésta? inmensa hueste de espíritus fieles
»está velando sin cesar, armada, sobre los altos muros celestiales, y hace toda sorpresa inasequible, á veces parte de ella
»hasta en las puertas del infierno, la vemos acampar, y una
»gran multitud de sus avanzadas penetrar cautelosa, nuestro
»mismo horizonte, registrando con negras alas todo este hondo
»suelo.

«Siendo, pues, imposible una sorpresa, ¿se podrá á fuerza
»abierta conseguir nuestra empresa? Agregando las tinieblas

»en este abismo horrendo, envuelto entre sus lobreguces
»nuestro incontable ejército, ¿podrá acercarse al Cielo oscu-
»reciendo con sombras prolongadas, la luz pura del éter?
»¡Vano intento! Del trono inaccesible, circundado de eternos
»resplandores, ese enemigo nuestro arrojaría raudales de su
»luz que volviesen la noche en día claro, que penetrando
»hasta estos abismos, deslumbrasen nuestros débiles ojos y
»nos precipitasen más y más. Ultraje sobre ultraje acumulemos,
»dicen, así su cólera agotando, quizás engañaremos su vengan-
»za y logrando que nos haga perecer, hallaremos en la muerte
»el único remedio del dolor que nos oprime. ¿En la muerte
»decís?, ¡triste recurso! ¿Y quién, no obstante sus horribles
»penas, querrá sufrir que su funesta mano, á cuyo aspecto
»gime consternado el universo, rompa sus prisiones, saber
»cual corta la guadaña dura de ese inhumano mónstruo, per-
»der para siempre esa luz pura, ese espíritu activo, cuyo
»vuelo la inmensidad recorre en un instante; verlo apagar
»bajo el torpe frío del sepulcro, y caer desde lo alto de la in-
»mortalidad hasta la nada; eterna lobreguez que la imagina-
»cion, el sentido, y el sér mismo aniquila? Y aun que fuese
»el perder nuestra existencia algun bien, y ese Dios tuviera
»poder bastante para hacerlo ¿os parece si querría él usar
»tanta indulgencia con nosotros? Dudoso es que lo pueda, pero
»es seguro que nunca incurrirá en semejante desacierto. No
»puede un Dios tan sábio, cegarse hasta el punto de que de
»su ira no sea dueño. Creer que no sepa aquel Sér elevado
»y omnipotente que domina al mundo, dominarse á sí mismo,
»fuera un sueño. ¿Por más que con nosotros esté airado,
»querrá revocar nunca una sentencia dictada por el más pro-
»fundo odio, dando licencia á la muerte de penetrar en esta
»ardiente sima, á privarse de un golpe de sus víctimas, y del
»dulce placer de la venganza que puede disfrutar perpétua-
»mente?

«Si es así, me dirán: ¿por qué vacilamos en combatirlo? ¿Por
»terribles que sean las resultas, podrán crecer acaso nuestros
»males? ¡Pues qué! ¿Os parece tan cruel la situacion en que

»nos encontramos en medio del infierno y sus horrores?
»¿Poco se os hace que se nos conceda tranquilos conspirar,
»libres, reunidos en este vasto templo? ¿Juzgais que no pudie-
»ran ser mayores nuestros trabajos? Si os queda memoria.
»acordaos de aquel terrible día, en que del celeste imperio
»por ese mismo Dios precipitados, entre lluvia de rayos des-
»tructores, este abismo invocábamos, donde en tropel nos iba
»sumergiendo, con más miedo á sus golpes espantosos, que
»á los voraces fuegos en que su ira feroz nos sepultaba.
»¿Quién de vosotros no se creía, decidmelo, ser más desventu-
»rado, que al presente? ¿Pues qué fuera si aquellos vengado-
»res fuegos, encendidos al soplo de su furor, doblasen sus
»ardores de nuevo, y nuestras penas duplicaran? ¿Qué, si de
»vivos rayos despedidos por su irritada mano, nubes densas,
»cortando del vacío las regiones, otra vez nos inundaran
»en diluvios de llamas? ¿Qué en fin, si su venganza com-
»pletando, sobre nuestras cabezas derribase esa bóveda
»horrenda, derramara el vasto mar de fuego inextinguible,
»que sostenido en ella está rugiendo, y envueltos en la ruina
»de aquellas cataratas infernales, para siempre en su fondo
»nos lanzara? ¿Y quién sabe si mientras aquí reunidos, nuestro
»encono traza sus distintos planes de vengarse, ese Dios, que de
»lo alto cree vanos nuestros proyectos, que permite, para
»hacernos escarnio, con nueva tempestad nos amenaza, que
»sobre alguna de esas duras rocas vivos nos clave, expuestos
»al furor de las tormentas; ó que, quizá de sumergirnos trate
»en ese ardiente mar, con nuestras locos proyectos, en lo más
»profundo de esos remolinos de fuego abrasador, funesta habi-
»tacion del negro espanto, donde no se oye más que llanto eterno,
»en el que para siempre sepultados sin piedad, sin remedio,
»y sin reposo, pasemos siglos y siglos sin otra perspectiva
»que un triste é inmortal teatro de dolores, de cruel opresion
»é interminables males? ¿Y á esta suerte queremos exponer-
»nos? Harto mejor, creedme, es abandonar la lucha. Sabe-
»mos demasiado, lo que es el brazo de ese Dios terrible: inac-
»cesible á la estucia y la fuerza, todo lo sabe y puede, y tran-

»quilo en su trono, al ver esta junta clandestina, y cuanto se
»resuelve, nuestra flaqueza y nuestro orgullo torpe, aun más
»que su ira, excitan su desprecio. ¿Pues qué, direis, nosotros
»que traemos del cielo nuestro origen, hemos de tolerar que
»se nos dé el infierno por morada? ¿Doblabemos la cabeza á
»un yugo vil, y á los duros hierros presentaremos nuestras
»manos?

«Con razon os quejais, y yo fuera el más duro impugnador
»de tal arbitrio, si no vislumbrara alguna esperanza de no
»empeorar, luchando, nuestra suerte. Más por desgracia.....
»no nos engañemos, no existe y nuestro mal agravaremos: so-
»metámonos pues, como vencidos, cual cautivos, suframos
»los estrechos hierros, puesto que así quieren los hados, y de
»los vencedores los derechos. En todos los trabajos ser sufridos
»es tan propio de pechos generosos, cual lo es el ser osados,
»en cualesquiera eventos peligrosos; y pues para sufrir
»tenemos fuerza, firmes los nuestros tolerar debemos. ¿Y hay
»acaso razon, para quejarnos? ¿Quién en nuestras desgracias
»tuvo parte, sinó nosotros mismos? ¿Acaso de otro éxito pu-
»dimos envanecernos, cuando sin reflexion y por casualidad,
»desplegó nuestro orgullo sus banderas contra Dios? Yo me
»río, en verdad, al ver aquella furibunda gente, en los prime-
»ros lances tan osada, no poder sufrir ahora la ignominia, el
»destierro y demás males, que eran las naturales consecuen-
»cias de un suceso funesto, y un castigo, que era fuerza es-
»perar. ¿Y quién sabe, si acaso ese Dios al notar nuestra
»obediencia, su furia aplacará, y desagraviado por los tor-
»mentos, de que hemos sido víctimas, quietos nos dejará, ó
»abandonados en un rincon del Reino del olvido?

»Temamos, si insistimos, en renovar el choque temerario,
»á despertar sus iras y avivar el fuego. Si obramos con pru-
»dencia, este al fin se enfriará, y nuestras almas puras, sen-
»tirán ménos la influencia de sus llamas mortíferas. El tiem-
»po lo suaviza todo, y puede la costumbre esta sima pestifera
»hacer sana: del hábito á la fuerza cede todo. Con ella, aunque
»ahora aquí nos abrasásemos, estas llamas quizá no sentiría-

»mos: aun esta sombra que nos intimida, veremos trocada en
»clara luz; ya con aspecto ménos horrible, brillará este de-
»sierto doloroso, endulzando nuestro fatal estado, y aliviando
»todas nuestras penas. Así lo espero. ¿Y contaréis por nulas,
»las grandes innovaciones que acostumbra á traer la conti-
»nuada série de las edades, ese flujo y reflujo de los sucesos,
»que no pueden sernos contrarios de modo alguno, que han
»de sernos por fuerza favorables? Ayer felices, desventurados
»hoy, esperemósló todo de los hados; pero no tentemos
»nuevos esfuerzos, con que profundizar más este infierno.»

Así Belial, fingiendo una prudencia faláz, aconsejaba á sus oyentes con título de paz. Mammon, habló despues en esta forma:

«¡Potendados y Jefes eminentes! Cuando nuestro caudillo
»se prepara á nueva guerra, en ella se propone precipitar á
»Dios de su alto trono, ó aquellos recobrar, que hemos perdi-
»do: este deseo se ralizaria si la casualidad, favoreciendo
»nuestro vivo interés, con su inseguro influjo, los decretos no
»minara del destino, ó si el caos, sumergiéndo otra vez en
»su seno el orbe, fallara esta gran causa; pero contra el Altí-
»simo, ¿qué puede nuestro loco furor? Nada esperemos, contra
»el que á todos en grandeza gana: tampoco de lograr nos en-
»vanezcamos mejor suerte. ¿Y qué puesto apetecible habrá
»para vosotros en el cielo? Mientras allí domine ese tirano,
»¿podriais disfrutarlo sin temores? Pero un momento demos
»por posible, que humano nuestras tramas nos perdone. ¿Ireis,
»el abandono consagrando de vuestros derechos, cual rendidos
»vasallos, á postraros en presencia suya, rindiéndole home-
»naje? ¿O humildes, de rodillas, disputando el incensario á
»los envilecidos ángeles, antes vuestros compañeros, adorando
»su deidad, disimulando vuestro encono interior, á adularle
»con himnos deleitosos, y á celebrar forzados sus grandezas,
»al mismo tiempo que él, vuestras altivas frentes pisotee or-
»gullosa, desde su elevacion, en el polvo, sin honor postradas?
»Vuestros acatamientos vergonzosos contará entre sus ma-
»yores triunfos, y de tales bajezas admirado, sobre sus aras,

»rodeadas de Angeles y coronadas de inmortales flores, sabo-
»reará á su gusto la ambrosía. ¡Id, pues, despreciable y co-
»baramente á obedecer sus despóticas leyes, cumplid, y tri-
»butadle reverentes, los cultos en su corte naturales, con eter-
»nos é insípidos loores! Tal es el que hacer noble, que os
»aguarda, ¡ó vil rebaño! en la celeste esfera. ¡Y qué siglos
»eternos tan pesados gastareis, en dar cultos fastidiosos, sin
»cesar, á un tirano aborrecido! Sea, pues, que él os llame á
»su elevada cárcel, sea que poco esfuerzo os cueste á ella
»volver, tened bien entendido, que si habeis de vivir con
»tanta mengua, ni aun habitar el cielo os tiene cuenta.

»Antes que mendigar esclavitud pomposa, vivamos pruden-
»temente para nosotros mismos. Llevamos en nuestros corazo-
»nes la abundosa fuente de nuestra dicha. Si sabemos buscarla
»dentro de ellos, podremos burlar aun la cólera del déspota
»celestial; por más que esta prision parezca horrible, será para
»nosotros llevadera, si nuestra libertad anteponemos á una
»acomodada esclavitud, y á la esplendidez de los grillos, la
»noble independencía. Sacar la dicha de los más fatales suce-
»sos, convertir los males en bienes, formarnos una patria de
»este triste destierro, sustituir á la miseria la industria, fuen-
»te de riquezas, inventar y cultivar las artes, tales deben de ser
»en adelante vuestras empresas, ¡ó hijos laboriosos de la po-
»breza activa! ¿Y qué triunfo sería en nuestro estado más bri-
»llante? Porque á menores medios, mayor gloria.

»¿De esta region, os intimida acaso la oscuridad? Pues dad
»una mirada á la extendida etérea llanura: ved al Eterno, con
»el negro embozo de la noche, cubrir su augusta frente: notad
»esa tormenta, de las espesas nubes fabricada: él mismo, pre-
»cedido del espanto, viene en su seno, mientras que rugiendo
»estremece la esfera despidiendo abrasadores rayos, al compás
»de terribles estallidos, repetidos por los lejanos ecos y velado
»en sus sombras, aun es más majestuoso, y más terrible. Su-
»puesto, pues, que al cielo adoptar vemos del infierno los fú-
»nebres matices ¿Por qué no hemos de imitar su resplandor
»y su adorno, como él nuestros horrores? Duermen tesoros

»enterrados aquí; nuestros piés negligentes huellan metales
»preciosos y diamantes. ¿Y acaso la destreza nos falta, para
»labrarlos cual exige el valor y la hermosura de estas nobles
»materias? ¡Qué satisfacción será lograr, á fuerza de desvelos,
»que el blando lujo, hijo de las riquezas, se introduzca en este
»hondo infierno y nos proporcione mil comodidades.

»Ese fuego, hasta hoy nuestro martirio, con el tiempo será
»nuestro elemento, y aun hará la costumbre tolerables sus
»llamas, embotando sus dolorosas puntas y á nuestro temple
»acomodando el suyo: todo exige la paz. A las divinas ven-
»ganzas, arranquemos nuestras miserias, reparemos nuestras
»pérdidas tristes; aprovechemos el bien suavizando los males;
»arreglemos nuestros votos como nuestros proyectos, al esta-
»do en que ahora nos hallamos; y cautos, huyamos sobre todo
»de la insegura suerte de los combates: yo voto la paz.»

Apenas ha acabado, cuando un sordo murmullo de general aplauso, dulce suena, en el salon inmenso, parecido á aquel ruido confuso de los vientos que resuena en los peñascos cóncavos de la orilla del mar, cuando léjos la tormenta, va calmando sus ímpetus, entre tanto que, acogido, al fondo de una cala, de altas rocas rodeado, rendido al fin de las fatigas del pasado temporal, anclado el barco, duerme con sueño plácido el piloto, por las olas, y ráfagas mecido.

Así! ¡la paz! la paz alegremente por todas partes resonar se oía: ¡tal terror al concurso ocasionaba el nuevo Infierno, que se le anunciaba! Aunque en suerte tan triste, se acuerdan aun del acero pavoroso de Miguel, y temen los rayos de quien todo lo puede. Una lisonjera esperanza de formarse un vastísimo imperio en donde estar, que pueda á su primera mansion, de algun modo compararse, el cual, con sábias leyes floreciendo, con valor y prudencia, adquiriendo nuevas fuerzas graduales, del Infierno haga un cielo, y envidiado compita con el cielo no menos en poder, que en opulencia.

Al ver aquel delirio, el gran Belzebút, despues del temible Satanás, á quien con preferencia, acordemente respeta aquel concurso, se levanta, y dirán que á un mismo tiempo, eleva

consigo el reino del abismo. Profundamente impresos en su frente, se ven los vastos planes, la sublime inteligencia, y los más elevados pensamientos: Aunque caído, su semblante augusto, conserva el majestuoso porte, y en su aire autorizado, y su membrado y gigantesco talle, parecido en construcción al del forzado Atlante, se vé que sostendrá el mayor estado sobre sus firmes hombros. Comienza, y de la noche la carrera tranquila, ó del ardiente mediodía el inmóvil reposo, no igualan al tranquilo respeto, que enmudece al momento á la bélica Junta, atendiendo á lo que así decia:

«Príncipes, Reyes de la Corte excelsa, hijos del Cielo; pues
»así otras veces el Empíreo os nombró, ¿será posible, que
»hayais de menester que se os exorte á conservar dictados tan
»gloriosos? ¿Y querreis esos nombres inmortales trocar, por
»el de Reyes del infierno? Así parece, por vuestros aplausos,
»á la idea de ese nuevo imperio, que se ha propuesto con tal
»satisfacción, y que es el objetivo único ya, á que en general
»el vulgo aspira. ¡Imprudentes! ¿Tan pronto os olvidais de ese
»Dios sin piedad, ese implacable vencedor? ¿Desde cuándo
»esta horrorosa sima veis convertida en asilo? ¿Os lisonjeais
»de hallar algun seguro abrigo en este oscuro calabozo, que
»oculte vuestras tramas un momento á su vista severa, y pe-
»netrante? ¿Pensáis que aquí podréis, conspiradores tranqui-
»los, otra vez contra él uniros, fuera del alcance de su brazo,
»y evitar de sus leyes el rigor? ¡Qué daños no traería el lison-
»jearos con este falso y pasajero sueño! Ese Dios, no lo dudeis,
»es el primero y el último, el más grande, así como el más
»sábio, y más prudente. Todo lo puede, todo lo contiene, su
»excelso imperio no reconoce límites: Aunque de estos abis-
»mos tan lejano, siempre cautivos suyos, para nosotros, no es
»su cetro de oro, mas que un cetro de acero fulminante. ¿Por
»qué, pues, cuando aún suena en vuestro oído el fragor es-
»pantable de sus truenos, y el hostil eco del clarín guerrero
»de su hueste, cercana á este abismo recondito, nos aterra
»frecuentemente; malgastamos el tiempo en disputar sobre la
»paz ó guerra? La guerra nos perdió sin duda; nos perdió para

»siempre; y ya ninguna abertura de paz juzgo posible, ¿Qué
»condiciones conceder pudiera á esclavos, cual nosotros, su
»amo airado, sino cárceles, hierros, y tormentos, y cuanto
»imponer puede más horrendo de un vencedor como él, la
»tiranía, á vencidos que así le han ofendido? ¿Y qué pacto, á
»los nobles sentimientos que profesais, conviene, solo el de
»alimentar un implacable odio, ofendiendo sin fin á ese ene-
»migo, que de todas maneras nos oprime: Insultar á su misma
»poderosa venganza: hacer escarnio de la pena, y no abando-
»nar nunca la esperanza de que el tiempo los duros hierros
»rompa que nos sugetan, con feliz mudanza. Esta al fin lle-
»gará, su furor, por más que haga, cansaremos.

»Con nuestra astucia, su poder minando, y hasta en los mis-
»mos Cielos turbando su quietud, mas cerremos la puerta, á
»todo lo que sea guerra: dejémonos de sitios y batallas; no so-
»ñemos asaltos de los cielos, á todo esfuerzo inaccesibles, y mu-
»cho más el trono del todopoderoso, á la fuerza, y al arte inase-
»quible: medios nos quedan ménos arriesgados y eficaces.
»Sinó son invenciones ciertos rumores, que en el Cielo han cor-
»rido, de que en un mundo nuevo la mano omnipotente vá
»presto á dár el sér á unas criaturas venturosas y castas que
»habitan en un jardín delicioso, y aunque tal vez nos cedan en
»el poder, y nobleza de la esencia (2), disfruten de los dones y
»el afecto de dueño poderoso: añaden, que del cielo en el Sena-
»do está ya este decreto conocido y que, Dios mismo, desde el
»trono eterno, con sacro juramento lo ha confirmado, en pre-
»sencia del Cielo estremecido. Siendo esto así, nuestra atencion
»volvamos á ese nuevo lugar, hácia él nuestra venganza dirija-
»mos, y nuestra actividad: averigüemos qué habitantes, en
»ese nuevo mundo, ha producido su poder: cómo han sa-
»lido de él investigando, sepamos, qué materia, qué ele-
»mentos forman sus cuerpos, cuál es su semblante, cual es
»su duracion, y su extructura: cuáles son sus costumbres; de
»su virtud la fuerza ó la flaqueza; si debemos armarnos de vio-
»lencia contra ellos, ó valernos de la astucia. En vano de al-
»tos muros circundados los cielos, resistencia invencible nos

»opondran: en vano nuestros atrevidos esfuerzos burlará
»á su gusto, seguro en ellos, su Monarca excelso, si acomete-
»mos ese mundo nuevo que de sus reinos forma la frontera,
»sin resguardo quizás, sin muros, sin soldados, sin más de-
»fensa, que su débil gente, y será empresa fácil penetrar en
»su plácida morada. Perezca, pues, perezca para siempre de-
»vorada por el infernal fuego, y vea su Criador, que ha des-
»truido nuestra justa venganza, en un momento, lo que con
»tanto empeño ha fabricado, ó mejor, conservado aquel porten-
»to, gocemos de los bienes destinados á aquellos séres, y pues
»nos arroja del cielo, tambien ellos arrojados salgan de aque-
»lla deliciosa tierra. Así nos vengaremos de él á gusto: sedu-
»cir á lo ménos procuremos, con astucia, ese pueblo preferido,
»rebelarlo contra él; que seducido por nosotros, tambien sea
»proscrito; que le sea forzoso aborrecer y destruir su obra
»arrepentido. ¿Y podeis concebir lo despechado que estará?
»¿Cuál será su furor, al ver que turbamos un momento el tirá-
»nico placer que encuentra en nuestra pena? ¿Y cuál será
»nuestra alegría, en poder derramar á manos llenas, sobre esos
»hijos suyos tan amados, los males que nos tienen afligidos,
»y lograr, que maldigan en este propio abismo sus beneficios,
»del mismo modo que nuestras maldades, á ese bienhechor
»suyo aborreciendo; y lloren con nosotros su perdida gloria,
»antes tan brillante, ya aclipsada con escarnio de ese divino
»protector. Hablad, pues. ¿Elegís este destino útil en todo
»evento, ó el funesto proyecto ignominioso de ese soñado
»imperio, en esta infernal noche sepultado?»

Así el astuto Belzebúth procura persuadir, que se adopte el plan maligno, de la invencion de su Monarca propio, que en su arenga lo habia ya indicado. ¿Y quién sino él, abriéndonos la impura senda del mal, emponzoñar podria al humano linaje en su manantial, asociando la tierra á los furores del infierno, é intentar con harto atrevimiento, turbar la paz del Rey del universo? Inútil arrogancia! los mayores esfuerzos de aquel ánimo pervertido no servirán sino para hacer patente, más que nunca su gloria y su poder. Pero los infernales mora-

dores, apenas oyen esta propuesta audaz, cuándo, de una común inteligencia, la aprueban todos, con gozoso clamor, y el brillo de sus ojos manifiesta cuanto admiran el maravilloso plan; con tono entonces ya más altanero vuelve á hablar Belzebúth.

»Cuánto consuelo, ¡ó celestial senado! ese voto concorde
»ha producido en mí, de vosotros por todo extremo digno!
»Llegará el instante quizás, y aun presto, en que á la envidia
»de ese tirano, arranque esta gloriosa resolución las víctimas,
»que en este abismo fúnebre devora, y libres á su patria las
»acerque. A su vista aún más valientes, tal vez volando al
»cielo, consigamos recobrar nuestros tronos, ó si nos recha-
»zare del divino lugar, sin duda nos dará otra zona más dulce,
»en que podremos algún rayo gozar de la dulcísima luz de
»los cielos, y de la fresca del oriente, alejados de esta ne-
»gra prision. Allí con sus auras puras y alegres, calmará la
»primavera, cual bálsamo suave, los males de estos cuerpos,
»que el fuego ha marchitado. ¿Más quién irá á buscar por las
»tinieblas de un ignorado espacio, la ribera feliz, en que ter-
»mina este abrasado abismo? ¿Quién será tan animoso entre
»nosotros, que tenga el arrojo de emprender el peligroso viaje,
»sin que terror alguno le detenga, de atravesar á solas por la
»inmensa region de lo infinito; entre su densa oscuridad,
»volar, bajar, subir; en su síma sin fondo sumergirse; con
»alas incansables remontarse cada vez más y más, hasta lo-
»grar victorioso esa deseada isla, de la extensión del éter
»circundada? ¿Y qué fuerza, ó qué astucia, son suficientes
»para poder burlar las veladoras guardias, las numerosas
»centinelas, que las eternas puertas, noche y día custodian,
»evitando tantas asechanzas, ó abriéndose paso á viva fuerza?
»Cuanto es más de temer la resistencia, cuanto más peligroso
»es el objeto, tanto debemos con mayor cautela, examinar
»las prendas de quien ha de intentar la hazaña en que se cifra
»nuestra esperanza.

Se sienta á estas palabras, y volviendo los ojos, impaciente está esperando ver quién se ofrece, entre la turba fiera,

al riesgo de efectuar la audaz empresa: pálido espanto á todos los perturba; cada cual triste, y en silencio calcula el arrojito temible, y horrorizado, su miedo mide por el miedo ajeno. Ciertamente de lo que sabe, y lo que alcanza, Satanás solo, que en valor excede, como en todo, á los otros, se adelanta, y así en tono de Rey á todos habla:

«¡De los cielos ilustres descendientes, pueblo de Serafines!
»visto el vuelo que ha tomado este asunto, no me admiro, que
»el valor ahora ceda á la prudencia. Más que de los peligros,
»sorprendidos de las dificultades, vuestros pechos valerosos
»pueden turbarse pero no desmayan. Obstáculos se oponen
»no pensados; caminos los más largos, y escabrosos, desde el
»abismo lóbrego conducen, de la noche á los campos, en que
»brillan del Cielo los primeros resplandores; cierra un recinto
»casi insuperable esta cárcel, un formidable muro de negro
»fuego, dando nueve vueltas, los horrores cerca y aumenta,
»de estos calabozos. Sus puertas aún más duras que el diamante, para nosotros siempre están cerradas. Una ley de
»aquel Dios, cuyo persistente encono, en ellos cierra amontonadas nuestras huestes, nos prohíbe severa, é irrevocablemente, la salida.

»Y aún cuando estos obstáculos sea fácil vencer, triunfo á mis ojos muy dudoso, queda que superar el abismo del vacío; ese horrible desierto, donde la negación de la existencia asusta nuestra escasa razón: reino que el ser jamás ha disfrutado, que amenaza quitar al atrevido, que en él se engolfe, el ser que allí ha colocado, y triunfa, envuelto en noche, de la ausencia de cuanto existe. Y aunque se logre de este abismo salir, vasto, grandioso, de todo aborto origen infecundo, para que al fin propuesto el viaje continúe: ¡Cuánto nos falta aún! ¡Qué de regiones, hasta aquí desconocidas, tiene que transitar! ¡Cuántos trabajos ha de sufrir! ¡Cuántos peligros ha de arrostrar! Contarlos no es posible. ¿Pero acaso Satanás, digno de este cetro fuera, si cuando nuestra gloria exige un sacrificio, ó se trata de evitar un perjuicio, un temor bajo le impidiera, que á cualquier pena, ó riesgo se arrojara? ¿Con

»qué derecho Satanás gozaría este supremo rango? ¿Qué
»serían esta augusta diadema, este glorioso cetro, sino el or-
»nato más inútil, si olvidando el deber, que ellos le imponen,
»á su poder su celo no igualara, y abandonase el público in-
»terés?

»No se hizo el trono, para que de un vano homenaje disfru-
»te el que lo goza; y el valor debe ser correspondiente al
»grado de cada cual. Idos, pues, camaradas generosos de mi
»desgracia, aún terror del Cielo! A pesar de ellas, idos sin te-
»mores, á concertar el modo de abreviar las largas horas de
»los tristes dias, que en esta lóbrega morada os quedan que
»pasar, y recreándoos lo mejor que podais, más con cautela;
»no sea que la vista penetrante de ese Dios que jamás esta
»escondida region olvida, y en su daño vela, astuta se apro-
»veche del momento de mi ausencia, y pretenda atacaros; á
»vosotros os toca defenderos en semejante caso, mientras
»atravesando el Reino de las tinieblas, voy á buscaros otra
»suerte mejor. Sé que el empeño es arduo, y no muy fácil. Y
»pues sólo á los riesgos me aventuro, mía sólo ha de ser tam-
»bien la gloria; más con vosotros, los frutos partiré de todo
»triunfo.

Dice, y sin permitir se ratifique, ó que alguno interpele, la
señal, hace de que se ha acabado el infernal consejo, recelan-
do de que alguno movido del orgullo, sin peligro disputarle
quisiese aquella gloria, asegurado de que su oferta no fuera
aceptada; y que con tal ficcion su cobardía, el honor consi-
guiera defraudarle de ser solo, y partir con él, el premio y
fama; su orden la puerta á toda astucia cierra. Solo una seña
de su imponente mirada, á aquella muchedumbre aterra más,
que todos los riesgos de que ha hecho mencion, y se disuelve
al punto el gran senado. El ruido del concurso al salir, al del
trueno se parece, cuando lejano por el Cielo rueda, y estreme-
ce sus bóvedas. Satanás solo, enhiesto permanece, los respetos
de todos recibiendo, que la frente al pasar inclinan con hu-
milde reverencia; aquel arrojo intrépido celebran, y lo ensal-
zan igualándole á Dios; y como sacrifica su bien al bien del

público, tal es la fuerza, que hasta en los abismos la virtud tiene, que ni siquiera la perversa raza deja de respetar.

Resuelta de este modo la importante y dudosa cuestion, con harta gloria de Satanás, brilló por un momento un rayo de esperanza en el infierno. Así cuando del austro el denso viento, vencido el aquilon, con su fortísimo soplo, del horizonte barre las nubes, y en las altas cumbres las junta de uno y otro monte, el dia en noche oscura trasformado, descolora los campos, con un velo formado de sus sombras vaporosas, cubriendo el astro que en el cielo reina, la tierra con tormentas invadiendo, y la piedra, ó la nieve derramando; si hácia la tarde, el sol romper consigue con sus rayos, la noche, viniendo á despedirse de la naturaleza, los colores recobran de repente los árboles, las flores y las plantas; todo renace, vuelve el regocijo á los montes, los valles, y los prados: sus gozosos balidos las ovejas repiten, y las aves, compitiendo, renuevan su agradable melodía. Tales tambien, las tenebrosas frentes de aquellos infernales moradores, se abren alegres, á los luminosos rayos de la esperanza, aun que distantes. Su plan, un mismo voto les convoca, y en liga inseparable á todos une.

Así aún aquellas fieras infernales concordes viven en su negro abismo, y los hombres ¡oh exceso denigrante! solos entre los racionales feroces, uno al otro aborrece, cuando el Cielo á todos brinda á la paz y concordia, y al dulce premio de otra feliz vida, de odios y enemistades, alimentan sus negros corazones, en incesantes guerras esparciendo su sangre, y todo el orbe devastando! ¡Infelices! ¡En tanto que engañados saciais así estas pasiones bárbaras, en lugar de estar todos siempre unidos, prestais necios el flanco, á las ballestas de aquellos infernales homicidas, encarnizados en vuestra perdicion!

Disuelto ya el consejo, dispersáronse todos, ménos los Jefes principales, que á hacer corte á su rey se detuvieron. Sola entre sus cabezas, audaz domina su elevada frente. Despótico, no tiene otros rivales que el supremo hacedor, al cual, él solo espera hacer más guerra, que cuantas tropasel infierno tiene.

Su corte alrededor, reverenciándole, desplega de real lujo la opulencia. Un armado escuadron de Serafines, cubierto de blasones, fiero le guarda, y cuatro Querubines desde los cuatro puntos cardinales de la luz, de orden suya, con sonoras trompas, publican á igual tiempo el decreto infernal. Los reconditos antros repiten el eco retumbante, que oye el Cielo, y con gritos espantosos, por la precita turba es aplaudido. La esperanza suspende el desaliento de ésta, y crece su orgullo á cada paso, en valor convirtiendo su flaqueza. Cada Angel por su parte, divagando entre alegres ó tristes pensamientos, va á buscar el lugar más á propósito, segun su idea ó su secreto instinto, para que no le canse el tardo paso de horas tan dolorosas; y vacila por la lóbrega extension, esperando con ansia, que triunfante, y feliz, su rey vuelva á librarle.

Algunos hacen justas y torneos, para pasar el tiempo; imitando varios los juegos Pythicos y Neméos, en atléticas luehas desplagan su pujanza; éstos por los extensos campos la muestra dan de su presteza, los espacios volando. Muchos en el vigor y la destreza disputan, disparando al lejano blanco, dardos y flechas, ó siguiendo las leyes de la Olímpica carrera, envueltos en la nube polvorosa, en rápidos caballos se precipitan á la meta, ó los carros dirigiendo á ella, raudos volando, con rápida vuelta, evitan un encuentro peligroso. Con más utilidad, otros apuran las reglas de la táctica, juntandó las tropas de su mando, y haciéndolas hacer evoluciones. Como cuando en la atmósfera encendida, nos figuramos ver una empeñada batalla, entre diversos escuadrones, de aparentes guerreros celestiales, anuncio triste de males sin cuento: los caudillos aéreos, cubiertos de resplandor, con furia se abalanzan, con las picas se ambisten, ó se arrojan dardos; al fin combaten confundidos, la tormenta prosigue, reuniendo inmensas nubes, que entre sí chocando, el orbe atruenan, desde donde el sol nace, hasta el antro, en que la noche esconde.

Otros Demonios, aún más esforzados, en negros torbellinos se levantan y alborotan con juegos espantosos, de la noche los reinos; con fuerza sin igual, de las entrañas de aquel

suelo, rocas y peñascos arrancan y se arrojan mutuamente. Lo mismo los Gigantes en Thesalia se nos cuenta que hicieron, y lo mismo del vencedor de Oechalia, se nos cuenta de Hércules el membrudo, que con la envenenada túnica, con su piel de una alta roca, de piedad desnudo, al triste Lycas, con el brazo fuerte lanzó en el mar, con vuelo más ligero, que á la piedra dala honda y que desarraigando el roble, el alto pino, les hizo dar el propio vuelo. Otros, que eran de un genio más tranquilo, en valles silencios, y léjos del ruido, buscan agradable solaz: allí alivian sus penas, con los dulces acentos de Laúd, acompañados de los tonos, ya graves, ya agudos, de un patético canto, en que, gimiendo, se quejan del destino, que á la odiada fuerza de un yugo bárbaro ha rendido como esclava, su gente valerosa, todas sus esperanzas destruyendo: sus gloriosas hazañas cantan luego, y hasta el Cielo, aun el choque que han perdido, cual si vencieran, con ardor levantan. La soberbia dictaba sus cantares, más con todo, tal es de la armonía celestial el hechizo, que embargaba esta en aquellos tristes corazones las penas crueles; y su tierno influjo calmaba, aún los mismos tormentos del infierno. Fuera de sí, la turba presurosa se aprieta en torno, y la dulzura goza con oído atento, echando sus desgracias en olvido.

Otros de aquellos infelices séres, igualmente remotos del ruido, el tiempo en doctos raciocinios emplean, más noble ocupacion, cuyos placeres sus almas grandes, á las que no logran aliviar, los deleites de los sentidos, encantan de manera, que endulzando de su funesto estado la amargura, calman los ardores de las llamas, que allí hasta los instantes eternizan. De la sublime altura á que su vivo ingenio les eleva, con vuelo audaz dominan los horrores de aquella oscura sima: de grado en grado su razon los guía, á discurrir sobre la esencia eterna de Dios, sobre sus leyes inmortales, sus nobles atributos y decretos (3), y sobre conciliar de su presencia la infalibilidad con la libertad absoluta de los entes racionales. Pasan allí á tratar de los ocultos caminos de su augusta providencia: del orden inmutable se discute, y del término cierto á que el

destino que es de su voluntad solo un sublime acto, conduce todos los azares, de unos en otros puntos, engolfados se pierden en un vasto laberinto de vagos pensamientos. Por mil varios objetos extraviados cada instante, en su larga conferencia ocurren, el enigma inexplicable del bien y el mal, los violentos impetus de las pasiones, y las resistencias para vencer su impulso necesarias; la libertad, la dicha, los perjuicios del error, los vicios y virtudes, la eternidad, sus penas y placeres, con otra multitud extraordinaria de cuestiones abstractas, que tocando al infinito son inexplicables, fuera de Dios, á los restantes séres. Entre un millon de dudas, delirando su loca ciencia, en cosas imposibles, é inútiles esfuerzos se perdía; más con todo consolaba sus penas, alentaba su valor y esperanza, y como un triple bronce, endurecía sus voluntades llenas de soberbia, porque en secreto en ellas fomentaba el desprecio del mal y de las penas.

Muchos en escuadrones numerosos, adoptaron el partido de viajar, buscando por aquellos tenebrosos y vastos Reinos, algun nuevo clima más tolerable, algun punto, donde poder vivir con más sosiego. Cuatro puntos distintos al instante, en otras tantas tropas separados, registrar se proponen en su viaje. Costean cuatro rios, que en el infernal lago de fuego dasaguan sus corrientes encendidas; el negro Estíx, cuyas terribles ondas el odio exhalan, el horrible Coccito, siempre insensible á los perpétuos misereros lamentos, á los gritos, que afligen los oídos en toda su ribera; el Acheronte profundo, manantial de amarguras, y el Flegetonte rápido abrasado, cuya corriente de rabiosa, y pura activa llama, lo destruye todo. Muy léjos de ellos, silencioso fluye, con lento curso, el rio del olvido, el plácido Letheo, que convida al reposo á los que pisan su tranquila ribera. En el instante que alguien ha bebido sus cristalinas aguas, queda en perpétuo olvido delicioso, de todas cuantas penas y placeres han pasado por él: del licor el efecto prodigioso es tal, en aquel dulce parasismo, que llega aún á olvidarse de sí propio. Penetrando más allá de este rio, se vé un mundo glacial, por todas partes de témpa-

nos cubierto, de nieves, y de hielos esparcidos sin orden por el suelo, figurando ruinas de antiguos baluartes, de torres y edificios nunca derritidos por el Favonio soplo, teatro de huracanes, de nubes, y tormentas; un abismo sin fondo, de eterna y densa nieve la termina, hartó más espantoso, que aquel profundo golfo arenoso, entre la célebre Damieta, y la prolongada pendiente, que desde el alto Casio á ella desciende, cuyas olas tragarón, en sus terribles remolinos, ejércitos enteros. Abrasa todo aquel suelo funesto, cual lo pudiera el fuego, el frio hielo.

Por turno en ciertos tiempos, conducidos se vén á aquel desierto, las víctimas impías, condenadas al infierno. Allí, recién salidas del horrible fuego, mil crueles furias, Harpías por millares, á su encuentro acudiendo de repente, las zambullen á fuerza en las heladas nieves, que aumentan sus tormentos, hasta un grado de pena inconcebible, con el espantoso contraste, que del calor al frio se experimenta. Así en lugar de serles beneficioso mudar de clima, aumenta su suplicio.

De extremo á extremo pasan, ahora hirviendo en vivas llamas, ahora entorpecidos, convertidos en inmóviles masas de duro hielo, sin morir, muriendo: En vano imploran los dientes rechinando, del éter puro el tibio y dulce aliento. Luego que en lo posible, los tormentos, han perdido su fuerza con el hábito, los transfieren de nuevo á las ardientes llamas, y de éstas otra vez al duro hielo. La variacion suplican mas en la variacion siempre empeoran. Para añadirles nuevas penas en estas continuadas traslaciones, las benéficas ondas del Letheo vadear les hacen, sin que les toleren beber en ellas. En vano sus deseos con una sola gota se contentan, para echar sus angustias en olvido. ¡Sin fruto aún esta gracia suplican! Si al fin desesperados, la sedienta boca bajan hácia ellas, al momento, en que las va á tocar el encendido labio, un destino bárbaro lo impide; una furia espantosa, cuya vista centellea, una Gorgona horrible se adelanta, sus serpientes eriza, y los aterra; al paso que las mudables aguas, al trueno

de su voz obedeciendo, de su boca se apartan, repitiendo de Tántalo el suplicio.

Todo esto los precitos caminantes, de una á otra playa divagando, en aquellas regiones tenebrosas, única herencia suya, repararon. Aterrados de aquella triste perspectiva, perdidos los colores de sus semblantes, por la primera vez á conocer llegaron, de su infeliz morada lo horroroso. No han hallado el descanso en su carrera; pero sí en todas partes los dolores; en vano aquel desierto interminable penetrando, mil espantosos climas han registrado, con grandísima pena, trepando á veces inmensos Alpes de hielo, á veces prodigiosos Alpes de fuego; nada han visto sino antros, rocas, lagos congelados, breñas y precipicios, simas de fuego, sombras y visiones horribles, precursoras de la muerte, por las que, la desesperacion la vista gira. Y no vé más que un mundo de pesares, y de dolor, en que la vida acaba, en que la muerte vive, y sus crueldades ejerce libremente; y sus mismas informes producciones vé con espanto la naturaleza: séres desfigurados, monstruosas criaturas, que la mente no puede concebir, fantasmas más terribles, que lo fueron todas las que la fábula ha inventado, ó la imaginacion más exaltada ha podido crear. Gorgonas, Furias, Larvas, Dragones y Chimeras. Tales son, pues, aquellas dolorosas y malditas regiones, al gozo y á la paz desconocidas, del eterno dolor prisiones vastas, en que ya justamente padeciendo, ya su rigor los cielos practicando, todo es delitos, penas y tormentos, lamentables gemidos y terrores. Allí el déspota mismo del infierno, el mal, ejecutando del eternal las leyes, es el que obra solo el bien, castigando al mal severamente.

Mas ya lleno de sus rebeldes planes, Satanás, en sus alas apoyado, rápido parte, cortando el aire denso y tenebroso, á dos distintos puntos dirigido. Por solitarias sendas, en silencio las puertas del infierno va buscando, tan pronto al negro lago, hácia el horizonte, lleva el vuelo, la direccion varia, ya á donde mora el Oriente lejano, ya á donde acaba el lóbrego Poniente; tan pronto el fiero vuelo remontando, á la celeste

bóveda se eleva, y el vasto abismo intrépido domina. Así cuando ha tomado el peligroso rumbo una nave, desde la lejana ribera de Bengala, ó de los mares de Tidór, conduciendo su aromático y rico fruto, hácia su patrio suelo, sigue errante su marcha aventurada; al cabo que termina la Africana tierra, en la inmensidad del Océano, sus espumosos surcos endereza, unas veces con rapidez pasmosa volando, por la líquida llanura, otras, en los abismos sumergida, que forma de sus olas



la pendiente, ó en la altura mayor de sus rizadas cumbres, con las oscuras nubes confundida. Día y noche su viaje prosiguiendo, de direccion al parecer variando, sus extravíos mismos, con cautela combinados, la surgen en el puerto. Tal Satanás su viaje dirigia, así con vuelo rápido surcaba, recto, ó si era á propósito, bordeando por el vacío inmenso, ó bien cerniéndose sobre sus vastas alas, extendiendo su vista á todas partes, hasta que divisó, con indecible encanto, la extremidad

de aquel terrible abismo, y llegó á tropezar con las inaccesibles puertas de las regiones infernales.

Nueve en número son, que la salida una tras de otra cierran. Tres de acero, tres de bronce y tres de dura roca de diamante. Además, otro obstáculo aun existe más difícil á todo encarcelado; de inextinguible fuego un muro ardiendo y elevado, las cerca enteramente. Dios solo, con sus manos, fabricó aquellas puertas eternas, y á esto añadió, las incesantes guardias de las más horrorosas centinelas, dos espantables monstruos, que sentados de la primera puerta en los umbrales, el paso impiden siempre vigilantes. De medio cuerpo arriba, la figura de mujer tiene el uno, y los bellísimos atractivos de gracia y de belleza; la otra mitad, á modo de Serpiente, la masa informe, en mil vueltas arrastra por el suelo. De un látigo la mano armada lleva: saliendo de su vientre, y en cadena, de perros infernales una muta, disputa encarnizada al trifauce cerbero, y con ladridos horribles, sin cesar atruena el aire, ó de un súbito espanto dominados los crueles perros, su feroz nidada redoblando medrosa sus ahullidos, el seno maternal llena de nuevo, entrando dentro de él á refugiarse, y con rabiosos dientes, ingrata despedace las entrañas, que á la vida la dieron.

Aún ménos espantosa era la corte de perros, de que Scila era seguida, y la que bajo el hielo, puebla los aires en la noche, escoltando á la bárbara hechicera, que unida á los infiernos con fiel pacto, de una inocente víctima la sangre al husmear de léjos saboreando el horrible festin, vuela ligera, del Lapon á las hijas, que gozosas sus maldades ayudan, consus danzas bulliciosas, al mismo tiempo que parada la luna, en fuerza del terrible encanto, entre nubes, oculta horrorizada su macilenta luz.

Con aspecto más fiero y espantable, el otro mónstruo, al que le mira aterra, si acaso en dar tal nombre no hay horror, á un espectro engañoso, semejante á las sombras de la fábula, de que en tiempos, pobló la fantasía poética las simas tenebrosas, que el duro cetro de Pluton guiaba, ó á los vanos vapores sin

forma, sin materia, y existentes tan solo de algun sueño en los espacios; mas con todo, su rostro es más horrendo, que lo es el del Demonio más odioso, más triste que la noche, que cubre los infiernos. Al ver al extranjero, con un gesto feroz se alza, esgrimiendo en la diestra un largo dardo de acero, ensangrentado; de una corona, el simulacro vano, ciñe su frente altiva. Al Angel vá á encontrar rápidamente, ó por mejor decir, á él se adelanta, inmensos saltos dando. A tanta sacudida tiembla del negro infierno el hondo asiento. Satanás, á su vista sorprendido, mas no turbado, hácia él tambien se avanza. El fiero Satanás cuya osadía Dios solamente, intimidar pudiera, le observa de alto á bajo, y deteniendo el paso, así le dice:

¿Quién eres? ¿Qué me quieres, mónstruo terrible? Responde
»presto. ¿Por ventura en cerrarme te empeñas esas puertas?
»Mi brazo hará, que se abran pronto á pesar tuyo, rompiendo
»la clausura. ¡Desaparece pues, sombra espantable! ¡Huye! Lé-
»jos de mí, lleva esa repugnante figura, ó te haré ver con esa
»lanza, lo que de una Deidad la fuerza puede, y que una infer-
»nal sombra, debe ceder al que de hijo del Cielo lleva el nombre.

¿Y tú mismo quién eres?» le contesta con voz horrenda, la fantasma airada, blandiendo el dardo, de la armada diestra:
«¿Acaso á mi sufrir me corresponde la audacia de aquel Angel
»temerario, que tuvo la ridícula osadía, de declararse público
»enemigo del mismo Dios, á quien su ser debía, ingrato á su
»bondad, desconociendo su omnipotencia, seduciendo astuto
»á tantos celestiales moradores, á quienes su señor tierno esti-
»maba y que ahora tristes lloran, dividiendo con él, los horro-
»res de este abismo? ¿Desde que Dios airado, os arrojó de su
»presencia, qué sois ellos y tú, séres malvados? ¿Qué sois, sinó
»unos desertores viles, unos cobardes, miseros proscritos, para
»siempre al infierno condenados, en que debeis pagar vues-
»tras maldades? ¿Cómo te atreves, pues, á intitularte hijo del
»Cielo, en vez de avergonzarte, de verte con justicia en tal
»afrenta? Y para hacer tu rabia más airada contra mí, que des-
»precio tu odio indigno ¿Cómo has tenido, dime, atrevimiento,
»para insultarme á mí, tu soberano, y en mi corte, debiendo

»humildemente rendirme vasallaje? Huye enseguida, vuelve á
»pagar tus culpas: Tira con esas alas á ausentarte, que bien
»las necesitas, pues si un punto, ¡bajo, y vil desterrado! en
»huir tardas, con vivo azote de escorpiones fieros, haré, que
»eches de ménos tus prisiones, y veas, que el infierno todo
»junto, con sus tormentos, es menos temible, que un golpe solo
»de este fuerte brazo.»

Así con voz tonante, de un volcan al estruendo parecida, le amenaza el espectro furibundo. Feroz, á nadie en el valor cediendo, Satanás no se inmuta, más rabioso tales injurias no oye satisfecho. Se adelanta los dientes rechinando, vivos rayos lanzando por los ojos. Jamás se presentó tan animoso el astro errante, que con su luminosa cabellera, de Ophicuo la lejana constelacion enciende, y coloreando, del norte helado el cerco tenebroso, de su noche los velos rompe fácil, y cuya luz funesta, y macilenta, á los pueblos pasmados amenaza con la peste homicida, la sangrienta guerra, ó con otras plagas lastimosas; que al sacudir su cabellera horrible, deja caer en la terrestre esfera. Así aquellas dos furias espantosas á combatir se aprestan; frente á frente, uno al otro se observan con cautela; blandiendo el arma, cada cual la vista dirige del contrario á la cabeza, pues segundar no quieren. Cuidadosos espian la ocasion, y nadie aun tira. Tales dos negras nubes impelidas de dos opuestos puntos, á chocarse furiosas vuelan, con los densos senos preñados de tormentas; tal vez con todo, un rato suspendidas, próximas ya, pero sin combatirse, aguardan el instante, en que los vientos, con su invisible soplo, den la señal de la descarga horrible, con que han de estremecer pronto el espacio. Así ambos mónstruos, con ceñudas frentes, añadir al infierno parecian tinieblas. Como en fuerzas competian, eran tambien iguales en aliento; pero por más que sean tan valientes, ¡llegará al fin un dia, en que el destino les haga conocer otro más fuerte vencedor, que aniquile su pujanza!

Ahora todo el abismo, á la violencia de sus iras, se hubiera confundido, si al instante con gritos espantosos, el otro mónstruo, que las formidables puertas guardaba, no se hubiera

presentado. Aquel vestigio á cuya dura mano, sus llaves el eterno confiara; llega, entre ambos se arroja, los divide, y hablando así, con Satanás se encara.

«¿Por qué ese furor ciego, amado padre, contra tu único »hijo? ¿Y tu, hijo mio, intentarás bañar tu acero infame de tu »padre en la sangre? ¡O deslumbrado! Ese temido Dios, cuya »justicia, mejor diré, cuyo furor procura, de los tres, que aquí »estamos, la ruina; desde el Cielo se está riendo de tu inactivi- »dad, al ver que tú mismo fomentas sus proyectos. ¿Ignoras, »que algun dia hemos de ser las víctimas sangrientas, que ha »de sacrificar?» Este discurso, de Satanás la cólera resfria, que así responde al ser desconocido:

«Tus clamores y súplicas, la ruta de mis justos furores han »parado, y mis mortales golpes suspendido; pero quiero saber »ahora, el momento, quién eres y el origen de tu informe cuer- »po. ¿Cómo tu padre soy? y ese disforme espectro ¿cómo es mi »hijo? él, que ante mis ojos jamás se ha presentado; él, cuya »fealdad, cuya bravura sonroja, espanta á la naturaleza.

«¡Cómo! responde la infernal portera, ¿desconoces tambien »al caro objeto de tu mas fino amor, á tu querida hija, que ha »sido de tu ser perfecto primera produccion, que hija del Cielo, »en tiempos más felices, fué tu encanto? ¿Tu infeliz suerte »tanto te ha mudado, que la época dichosa se te olvida, en que »los Serafines conjurados contigo, y otros séres inmortales, »contra Dios en el Cielo se juntaron? ¿No te acuerdas, que »estando congregados, mientras todos urdías los fatales pla- »nes de rebelion, te sorprendieron los más crueles dolores, »se turbaron tus ojos, tu razon oscurecida te abandonó, tus »fuerzas desmayaron, se abrió tu frente, en llamas encendida, »y dió á luz de repente esta criatura, que á tu vista parece »ahora espantosa, y que llena de gracias, y hermosura celeste, »jóven, refulgente, armada, semejante á una Diosa, fué como »tal entonces admirada por toda aquella augusta concurrencia?

«La *Culpa* el nombre fué, que me dió el Cielo. Todo el »mundo, á pesar del dulce encanto de mi hermosura, y gra- »cia, á mi presencia retrocedió espantado; pero pronto olvi-

»daron sus recelos: Ganaron, mis facciones hechiceras, imágenes en todo parecidos á las tuyas, los ojos seduciendo, »gran números de aquellos corazones. Los mismos, que con »odio me miraron, al hábito de verme, al fin cediendo, fueron »despues, en todas ocasiones, aquellos que con más ardor me »amaron; y, sobre todo, tú, á quien inflamaron mis bellos »ojos, tu, que en mi figura, retratada, adoraste tú hermosura.

»Por el placer unidos prontamente, á sentir comencé, que »palpitaba en mi interior, de nuestro amor ardiente la prenda »que yo ansiosa deseaba. La guerra, que ya entonces se »encendia en el Cielo, ocupó tu valor: Venció Dios. ¿Más »acaso era posible, que el Todopoderoso no venciera? Arro- »jados del Cielo tus soldados, aquí bajé entre los pri- »meros. Nuestro enemigo en el iustante, ufano de la victoria, »confió á mi mano las llaves de esta puerta formidable, que »desde entonces, pende solamente de mi arbitrio, y que nadie »por osado que haya sido, jamás ha transitado. En este lugar, »pues, desagradable por fuerza á sus decretos obediente, soli- »taria viví, siempre sufriendo, hasta que al fin, dí á luz el tristes »fruto de nuestro torpe amor. Yo la primera me atemori- »cé, al ver peste tan cruda, y de ese hijo del Cielo la presencia, »al mismo infierno estremeció de espanto. Los dolores que yo »entonces sentí, mis pasados deleites excedieron, apurando »del todo mi paciencia, y esta triste mudanza, en mi cuerpo »ya débil, produjeron.

»El fruto mismo de nuestros amores, solo nació para tor- »mento mio. Salió blandiendo la sangrienta lanza, esa lanza »que causa los terrores de todo el universo. Me desvió del »moral golpe. Corro apresurada, sin volver la cabeza, y con »voz fiera toda fuera de mí, grito: ¡la Muerte! Esas caver- »nas á este nombre horrible temblaron. Retumbó esa dilata- »da bóveda. Los abismos repitieron, ¡La Muerte! y aquel »nombre aborrecible á sus más hondas simas extendieron.

»En vano quise huir; alegué en vano el título de madre; el »mónstruo fiero, aún más que de ira, de lujuria ardiendo, »me alcanzó, me oprimió con su profano abrazo; á mí, su

»madre desdichada. Este exceso inaudito, abominable, dió á
»luz esa mortífera manada de mónstruos, que con ansia im-
»ponderable, sin cesar enjendrados, y sin cesar de nuevo pro-
»ducidos, en mí ejercen rabiosos su venganza. Mi seno ape-
»nas fuera de él los mira, cuando en él nuevamente recogidos,
»ahullando con furor, roen, devoran á su madre. Este seno
»desgraciado es su cuna, y aun tiempo acomodado antro, en
»que todos moran; son de su hambre insaciable el alimento
»perpétuo, estas entrañas destrozadas por sus feroces dientes.
»Renovadas con prodigio cruel, á cada instante eternizan su
»pasto y mi tormento. Esa fantasma misma, que me tiene por
»víctima, y por madre, á darlas viene nueva rabia, y á gritos
»las anima á comerme. Pormás que ansiosa gíma, y la implore,
»ella propia saciaria su apetito voraz, en esta triste madre
»suya, si pasto la faltara, á no ser porque sabe, que consiste
»su existencia en la mia, y que si yo mi vida terminara, la
»suya al mismo instante acabaria; que conmigo triunfante,
»juntamente conmigo pereciera. Decretado lo tiene así el Mo-
»narca omnipotente. Pero tú, ¡ó caro padre! ten cuidado; no
»provoques su enojo formidable. De nada servirá tu impene-
»trable celestial armadura. Nada puede al brazo resistir de
»ese inhumano verdugo: á sus furores todo cede, fuera del
»Rey del Cielo soberano.»

Con más dulzura Satanás prudente, responde entonces:
»Pues que tú, hija mía, reclamas en mí un padre, y de mi fino
»afecto me haces acordar confiada: pues que esa prenda del
»amor ardiente, que allá en el Cielo nos unió algun día,
»vuelves á mi cariño, y que el destino, de aquel amor tan
»dulce en que cifrada toda mi gloria tuve, tan sola me ha
»dejado la memoria, desde que de los desterrados Cielos fuí-
»mos en el infierno sepultados, no temas, que yo venga con-
»ducido por el odio. El amor solo me guía; ¿Y que odio apa-
»garía nuestro amor? A tu hijo, á ti, y á cuantos desgra-
»ciados en las mismas desdichas han caído que nosotros, que
»un mismo golpe ha envuelto en nuestra ruina, porque gene-
»rosos nuestros justos derechos reclamaron, de este abismo

»fatal vengo resuelto á sacaros. En él, con fausto agüero,
»nuestros nobles guerreros, encargaron á mí solo este empe-
»ño peligroso; víctima voluntaria, yo no quiero que nadie me
»acompañe en ese inmenso desierto, en que concluye la exis-
»tencia, y comienza el vacío silencioso; solo en sus sombras
»engolfarme pienso; transitaré sus vastas soledades, en busca
»de ese mundo, por la ciencia profética anunciado, en las
»edades futuras, tantas veces, como un hecho. No solo por
»mil cálculos supongo, sino creo, que ya criado ha sido;
»mundo de nuevos seres habitado, que en él disfrutan una
»paz perfecta, hollando con placer una fecunda, y deliciosa
»tierra, en la frontera del Cielo colocada, ó bien un nuevo
»Cielo, en que dichosos no envidiarán quizá nuestra primera
»suerte feliz, ni aquellos venturosos campos de nuestra patria
»suspirstada.

»¿Y quién sabe tambien, si la divina providencia, á esos
»seres les destina, á ocupar con el tiempo los brillantes tronos,
»¡ay tristes! que llenamos antes? si el dárselos por ahora,
»ha suspendido, procederá tal vez de algun temor, de que la
»redundancia de habitantes, mueva nuevos disturbios en el
»Cielo, que precaver primero haya querido con algunas medi-
»das. Mas cualquiera que sea su proyecto, yo esa esfera
»voy á reconocer sin más tardanza: Adios, pues, mientras
»vuelvo allá á llevaros: En ella trocareis libres, gozosos, en
»placeres, con súbita mudanza, estos vuestros afanes doloro-
»sos; de delicias sin término saciaros podreis completamente.
»Tú, hijo mio, tambien, como tu amada madre, á todos los
»ojos invisibles, de la atmósfera pura embalsamada gozareis,
»de las flores de un viviente universo, de todos los sensibles
»deleites, y de lucidas victimas vuestras aras vereis abasteci-
»das; de aquel orbe sereis dueños despóticos, y de una inmen-
»sa presa poseedores.

A estas palabras saltan de alegría sus corazones. Con son-
risa fiera la muerte las celebra; aguarda el dia, en que su
hambre voraz saciar espera, y ya devora con el pensamiento
sus victimas futuras; mientras tanto que su madre se ocupa

con encanto, en ver de los delitos el aumento, y á Satanás responde: «El poderoso Rey del Cielo, á mi sola ha confiado
»las llaves del infierno: á él solo debo, de ellas dar cuenta: este
»amo riguroso, de su venganza cruel me ha amenazado, si
»tan sacro depósito, me pruebo á otro á fiar, la formidable
»puerta, es para los demás inexpunable: si abrirla pretendiese
»otro cualquiera, mas que esa triple valla poderoso, de la
»invencible muerte, el espantoso dardo á su loca empresa se
»opondría. ¿Y cuál es el viviente tan osado, que pueda resistir
»su airado brazo? ¿Más, qué derecho tiene á mi obediencia un
»Dios, cuya fiereza, siendo yo del Cielo hija, por morada
»me dió este horrendo suelo, y me precisó á hacer esta pesada
»faena, tan funesta, y vergonzosa? metida sin cesar en los
»horrores de largas agonías, y dolores, no oigo continuamente
»mas, que ahullidos de esos monstruosos hijos, que metidos
»en mis entrañas, se alimentan de ellas, y á esta su madre
»misera atormentan; pero por más que á mí, como á enemiga,
»de estos hijos ingratos me persiga la rabia, yo á mi padre
»debo amarle, y consagrarle cuanto esté en mi arbitrio. Tú
»en efecto serás, el que á esta hollada hija, de esta prision
»abominable, conduzcas pronto á la feliz morada, en que una
»gloria, un gozo interminable la aguardan, donde en paz no
»siempre constante, la dicha, de sus horas sea medida; donde
»á tu diestra en dulce ocio, sentada, vuelva á ver renacer los
»deleitosos placeres, de mis dias venturosos, próspera, un
»vasto imperio dominando, digno de tu hija amada, digno del
»padre que me dió su derecho.»

De la negra cintura, al decir estas palabras, arrancando las funestas llaves, los instrumentos de los males, que nos afligen, ¡miseros humanos! se dirige á la puerta, y con ligera mano; cual si una débil paja fuera, del rastrillo de hierro el peso horrendo alza, la enorme llave, introduciendo por la abertura colosal, la vuelve en la acerada cerradura: Barras, cerrojos, bronces, hierros, ceden al fácil juego de su diestra mano; para ella sola todo es vano estorbo: A impulso de su fuerza temerosa, temblando ambos batientes retroceden; ba-

tientes, que el infierno todo junto, en vano abrir hubiera pretendido. Con presteza espantosa, sobre los goznes rápidos tronando, á un lado y otro vuelan, y franca dejan la puerta, al Angel impaciente: responde con bramidos el profundo infierno, y la ancha boca dilatando, se prepara á tragar, del nuevo mundo las ruinas, sin que ya una vez abiertas, aún la que las ha abierto, en adelante volver pueda á cerrarlas nuevamente.

Por su vasta extension, cuanto se encierra en el infierno, de él en un instante puede en orden de batalla junto salir: ejércitos enteros, armas, caballos, carros, con los fieros estandartes al aire desplegados, y toda su tonante artillería de rayos y centellas, anchamente pueden caber, en formacion de frente, por mucho que se extiendan sus costados. A manera de un horno, despedia voraces llamas, con que se abrasara un mundo entero, la abertura inmensa, revueltas de humo en una densa nube. A su funesta luz, que se extendia entre las negras sombras, ya se aclara el horizonte nuevo, y la carrera, que ha de seguir el pérfido viajero, para poder llegar á su destino. A su vista aparece de repente, del espacio el desierto interminable, Oceano infinito, en que es un cero cualquier grandeza: abismo inmenso, en que desaparecen totalmente, la longitud, profundidad, y anchura, el número, y el tiempo. Allí la oscura antigua noche, como el caos profundo, de la naturaleza antecesores, tienen, como antes que naciese el mundo, su tirana anarquía establecida. De la discordia eterna en los horrores, en el ruido, en la sombra, en la reñida confusion, su poder está fundado. Sin orden, sin objeto, y sin reposo, los gérmenes del aire, y de la tierra, con los del agua, en incesante lucha, se agitan en su imperio alborotado.

Con estruendo no ménos espantoso, y aún con mayor desvío, la sequedad, con la humedad, el frio, con el calor, rivales sempiternos, dirigen al combate innumerables atomos vagos, bajo sus banderas, en densos batallones reunidos, mandados por diferentes jefes, y todos ellos, de sus armas vanos están; sean pesadas, ó ligeras, asperas, lisas, finas, ó toscas: unos

apresurados, otros calmosos, pero de su poder todos ufanos, é innumerables, como las movibles arenas, arrancadas por los vientos, de la árida Cirene en la llanura, cuyo lastre de arena, colocando encima de sus alas invisibles, y demasiado leves, asegura su vuelo, sin tal peso aventurado. Así, el que mayor número ha reunido de aquellos polvorosos batallones, es de aquellos lugares, que á cada paso mudan inconstantes, rey algunos momentos. El caos solo, obtiene el duradero cetro de aquel imperio fugaz: él, de aquellos inquietos torbellinos dispone á gusto, rige los destinos, aumenta su discordia y turbulencia, y sobre ella su potencia asegura, al paso que el azar ciego, reputa justas sus leyes, y las ejecuta.

Tal es la vasta sima, el tenebroso hueco, que fué de la naturaleza cuna, y tal vez allá en edades venideras, será su sepultura; lugar donde jamás reina el reposo, lóbrega habitacion de la tristeza, sin luz, sin mar, sin aire, sin orillas; donde continuarán siempre en partidas, los diversos principios batallando, á no ser que el Eterno quiera sacar, sus estériles senos fecundado, de ellos á luz, alguna nueva esfera. Satanás pensativo, y solitario, á sus riberas en silencio para, á tal empresa rara y peligrosa, ningun valor vulgar fuera bastante, es preciso un arrojo temerario. Ya de los huracanes el tonante furor, y de elementos divididos los duros choques, sus oídos hieren.

Tal (si á las grandes las pequeñas cosas se cotejaren) tal cuando invencible Marte, soltando el freno á sus furiosas iras, á los asaltos se prepara, es de sus truenos el fragor horrible, y de la crûel refriega el alboroto; retumban, por los ecos aumentados, de las bombas los fuertes estampidos, los crujidos, y estruendos prolongados de edificios y muros, que arruinados, despues de horrendos estremecimientos, al suelo vienen. ¿Pero que sería todo esto, al lado de lo que tenía detenido á la orilla al Angel fiero? el orbe todo de sus fundamentos arrancado; la elevada bóveda del Cielo que cayése destrozada; de cuanto existe el hálito postrero, no hubieran suspendido su osadía, como la suspendió lo que miraba; pero

pronto en sí vuelve: Cual la nave sus anchas velas desenvuelve el viento, Satanás que impaciente ya no cabe en sí, desplega sus agigantadas alas al aire, y sobre él pié estribando, rápido como el rayo, en un momento parte, y desaparece, señaladas, con surcos de luz pálida dejando, las prolongadas sendas, por donde corta el eter tenebroso; sobre los torbellinos, animoso se remonta, al través de las tormentas, y subiéndose inseguro, sobre un oscuro grupo de nublados, como en carro triunfal, rápidamente á la mayor altura lleva el vuelo, hasta que, de las nubes disipados los débiles vapores, de repente falta debajo de sus piés el suelo.

Sobre el vacío solicita en vano apoyarse; de nuevo hácia el lejano abismo, por su peso descendiendo, cada momento más se precipita, por mas que sus esfuerzos repitiendo, sus vastas alas enojado mueve en el espacio, en que estribar no pueden. Ya éstas ceden cansadas, y sin duda, sin fin rodado hubiera, si de nuevo, otra nube condensada, con impetu atraída hácia lo alto, sobre su negra cumbre, no le diera cómodo asiento, en que se colocase, y aún mas que anteriormente se elevára. Un suelo encuentra al fin sin consistencia, que ni es tierra, ni mar, de la influencia de un clima sin calor producto vago, que cede bajo el pié que en él estriba. Para sostenerse, en sus alas tambien ha de apoyarse, y cual se surca el mar, á vela, y remo, los piés rápido mueve, ofreciendo, á proporcion del riesgo; y aleteando, al mismo tiempo que anda, tambien vuela.

Como el Grifo, que avaro guarda el oro, cuando el diestro Arimaspio, su tesoro le ha robado, los montes, y los llanos, con las alas, y piés rápido corre, hasta arrancarlo á sus rapaces manos, así el infernal Príncipe repasa mil caminos, mil sendas diligente; adopta cuantos medios, á su ardiente ansia ocurren; la fuerza, y la destreza, los piés, las manos, cuantas facultades tiene, emplea en romper las tempestades, las nieblas, las tormentas, y huracanes que se amontonan sobre su cabeza: soberbia la alza al fin, y los domina; nada le para, ni le desconcierta; logra también vencer con sus afanes, sol

hondos valles, los ergidos montes, los precipicios, los desfíladeres, la espesura del aire, los ligeros vapores, los torrentes, las dormidas aguas; y cuanto aquellos horizontes horrosos le oponen, lo supera, á nado, á vuelo, á rastras, ó á carrera, sin dar jamás sus fuerzas por rendidas.

Mas presto llama su atencion, el estruendo de variedad de gritos espantosos, de sordos ruidos, y ayes lastimeros, confusos, de mil gritos diferentes, que aquel vacío enorme ensordeciendo, temblar hicieran á los más valerosos, hácia donde se escucha el turbulento sonido, se encamina, con intento de averiguar á quién el raro estado pertenece, qué espíritu dirige, ó qué ser, aquel Reino alborotado; que se informe tambien su empeño exige; del camino que guia al nuevo mundo, desde aquella asombrada Monarquía. Llega cerca, y divisa de repente al viejo Caos, que sobre elevado trono, domina la region estraña. De prolongados lutos revestida, y en sí misma anegada, la antigua y triste Noche le acompaña. El Caos, con ella su poder divide, y ella tambien, cuando lo pide el Caos, sus tinieblas le presta. El horroroso orco está cerca de ellos, y el odiado Demogorgón cuyo nombre temido es suficiente, para que se asombre aún el mismo infierno. Están al lado la casualidad ciega, los errantes rumores, y las disonantes voces exhaladas por las cien fieras bocas de la discordia. Tal del malhadado, insensato Monarca, es la escogida corte, digna de su alma torpe.

«¡Príncipes, Potestades respetadas, les dice Satanás con tono altivo, de este vasto dominio! ¡Caos oscuro! ¡Y tú, Noche, que amais en primer término el desórden confuso, y la anarquía, ningun recelo os cause mi presencía! No vengo á investigar, no, yo os lo fio, los secretos augustos, que venero, de vuestra respetable Monarquía: no soy más que un viajero, que extraviado y perdido el camino, por pura casualidad, aquí ha llegado; camino solo, y á pediros vengo, el favor de indicarme la más corta direccíon, que conduce á aquel velado punto de vuestro imperio tenebroso, más cercano á los Cielos, previniendoos, que aún más que á mí, el

»hacérmele os importa; y no es de desdeñar la recompensa,
»que os prometo por él, pues el glorioso, único objeto de es-



»te osado viaje, es el de ver, llegando á aquel extremo, lo que
»ese Rey del Cielo, á vuestra extensa, antigua Monarquía,

»inícuamente ha usurpado: yo haré que desde luego os lo
»devuelva ese vecino injusto, y otra vez íntegro vuestro im-
»perio quede; que el sol pierda su brillante esplendor, cuan-
»do llegue á su frontera, y que todo recobre la antigua ma-
»jestad, que oscurecía sus confines y tanto os deleitaba. Po-
»ned, pues nuestros premios y enseguida vereis que es el
»imperio, el que os espera sin riesgo alguno, y yo en mi em-
»presa ruda, otro no aguardo más que la venganza.»

Satanás acabó, y tartamudeando, el anárquico anciano, en esta forma le contestó: «Extranjero, sé ya cuánto puedas de-
»cirme, sé tus hechos, tu nombre, y que al Eterno disputando
»en abierta batalla la victoria, os cubristeis de gloria tú y los
»tuyos. Dios triunfó á la verdad, y tú perdiste tu resplendor,
»pero en tu misma ruina descubriste tu celestial grandeza. Oí,
»ví la derrota temerosa, en que os puso la cólera divina. ¿Y
»cómo tal ejército podría, rodar desde la altura inconcebible,
»sin ser sentido, hasta esta negra esfera? Ví con efecto, sí, y
»desde entonces mi temblor no ha cesado todavía; ví caer unas
»sobre otras, de lo alto de los cielos, tus apiñadas huestes, las
»ruinas de su horrible muchedumbre confusas, hasta aquí
»precipitadas; desorden espantoso, aún á mis ojos. Encarni-
»zadas con vuestros restos, en mucho mayor número, os se-
»guian las huestes del Eterno, vencedoras; rápidas por los
»aires descendiendo con furor, dando alcance á los vencidos,
»hasta las mismas puertas del infierno.

»Yo desde entonces, viendo que por horas mis antiguos do-
»minios disminuían, me ocupé en conservar estos estados. Lo
»que siento es, que un interno principio de discordia contri-
»buye, más que todo, á su ruina, aniquilándonos aún ese abis-
»mo, adonde el Cielo ofendido, vuestros guerreros ha pre-
»cipitado, la más bella mitad formó hace tiempo, de mi vasta
»y antigua Monarquía, hasta que de mi mano lo arrancaron,
»para formar en él nuestras prisiones. El cetro de la noche,
»debilitado por la vejez, igualmente que el mío, han perdido
»otras grandes posesiones. De una cadena de oro, suspendida
»á nuestro trono estaba aún una esfera brillante, que algun

»tanto este umbroso espacio, desde lejos aclaraba, cuando ese
»Dios, que despojar quisiera á todos, y que al hombre en ella
»colocar pretendiera, la ha conquistado; y así, en caso que el
»término deseado de tu camino, sea ese orbe bello de la tierra,
»bien puedes animoso esperar encontrarlo, pues que linda con
»ese mismo punto de los Cielos, por donde aquí os echó la ira
»divina. Ve así, si son fundados mis temores, con ese peligroso
»vecindario: sigue, pues, ese empeño, indispensable á todos:
»parte, siembra con destreza por todas partes, la discordia, el
»lamento, el confuso desórden, el espanto; confunde vencedo-
»res, Cielos, tierra, toda la naturaleza, y vencidos, de una mis-
»ma ruina en las tinieblas; que en la turbacion fundo mi pode-
»rio, y en los males mi triunfo, y mis honores.

Sin contestarle, Satanás extiende las raudas alas, y el cami-
no toma: con la nueva esperanza, alegre al alto Cielo se
remonta, cual columna de fuego radiante, la atmósfera cor-
tando tenebrosa: del Caos pasa el turbulento imperio: al paso
mismo que el peligro, crece su intrépido valor, más va en au-
mento, con harto más terror otro emisferio. Si hemos de creer
historias fabulosas, no con ménos esfuerzo, vió arrojarse la
nave de Argos, entre las bullidoras ondas del mar de Tracia;
y asustarse al oír bramar las amenazadoras rocas de Scyla, y
á sus ladradoras mutas, ó ver venir el horrendo flujo de tu-
multuosas olas, que rugiendo, Caribdis por la boca recogia, ó
con vómito fiero arrojaba, de Ithaca el peregrino celebrado,
cuando le embarazaron el camino.

De todo triunfa á fuerza de trabajo, pues aún no existe aquel
funesto sendero, que la culpa, y la muerte coligadas, con au-
dacia infernal despues abrieron: un ancho inmenso puente
construyendo, que sobre el vasto abismo suspendido, de sus
negras moradas, firme, hasta el nuevo mundo conducía: así
el Señor en su elevada ciencia, justamente lo habia tolerado.
La tierra, y el infierno, comunican por aquel puente mismo.
Por él, de los demonios, dedicados á seducir los hombres, el
perverso trato prosigue con nuestro mundo, y el precito dra-
gon, con rabia ardiente, seguido de ministros del infierno, vá,

vuelve, engaña, y pierde á los mortales. Ninguno de su furia escaparia, si la gracia de Dios no le esforzara, ó los Angeles buenos no velaran, y aquellos enemigos auyentasen.

Mas el viajero intrépido, siguiendo su vuelo, al fin divisa algun incierto crepúsculo, que se iba formando, por medio de las sombras. Así como asomando un numeroso ejército, se auyentan consternadas, las guardias de otro ménos poderoso, así, con las banderas ya plegadas, retrocede temblando y en silencio el Caos, y con él lijeras huyen, de la naturaleza en las fronteras, las tinieblas que á toda prisa lanza á sus cuevas oscuras, el resplandor del mundo adelantándose á sus luces inseguras aún, Satanás más tranquilo, vá surcando un mar plácido ya, que dulcemente le sostiene. Por él á largo paso, doblando sus esfuerzos, más fáciles, como nave que llega destrozada de las tormentas de una dura y larga navegacion, á vista ya del puerto, se anima, y dirigida con buen tino, al fin consigue verse en él anclada. Satanás alentándose á sí propio, vencedor del oscuro inmenso abismo, llega al cabo gozoso, á las orillas, al término deseado de su arriesgada, y rápida carrera.

De allí, un rato parado, la atmósfera cargada de vapores parecidos al aire en lo sùtiles, sobre sus vastas alas balanceando, registra; admira sobre su cabeza los vivos y agradables luminares de la alta inmensa bóveda del Cielo; á sus ojos la forma, en su grandeza se pierde; sus murallas de bellísimos záfiro, y topacios fabricadas, contempla ansioso, y de su triste pena, renueva los recuerdos lastimosos; los brillantes palacios, las felices moradas de su pátria divisando, por los Angeles fieles habitadas, se abandona llorando á su despecho. Al fin distingue, junto á la lumbrera plateada, que reemplaza el sol ardiente, de una cadena de oro, colgada al cielo, la esfera terrenal, igual en el tamaño á una vivísima estralla de las que hay en la extensa region del firmamento colocadas, y entre las más pequeñas; el fiero Arcángel, ya su ardid temible prepara y parte: ¡Ay de él! ¡Ay de este mundo!



LIBRO TERCERO

Desde lo alto de su trono ve el Eterno á Satanás, volando hácia el mundo nuevamente criado: se lo enseña á su hijo sentado á su diestra, le anuncia que el hombre caerá en la culpa; y hace ver que no puede acusar de ella á su justicia, ni á su sabiduría, pues que le ha criado libre y capaz de resistir á la tentacion: sigue declarando á su hijo, que la justicia divina exige una satisfaccion, y que debe morir el hombre con toda su posteridad, á no ser que algun sér, capaz de espiar su ofensa, sufra por él el castigo. El hijo de Dios se ofrece voluntariamente á ello; el padre lo admite: consiente en su encarnacion, y pronuncia que será exaltado sobre todo cuanto existe en el Cielo y en la Tierra. Manda despues á los Angeles santos que le adoren: le obedecen, y todos sus coros, uniendo sus voces á los ecos de sus arpas, celebran la gloria del padre y del hijo. Satanás llega á la superficie exterior de este universo, pasando por un paraje llamado el Limbo de la vanidad, cuyo destino se describe: desde allí se traslada á la órbita del sol, con ánimo de hablar con Uriel conductor de aquella esfera luminosa; pero antes de acercarse á él, se transforma en Angel de luz, y pretextando que el cielo le ha hecho emprender aquel viaje, para contemplar el nuevo mundo, y el hombre colocado por Dios en él, se informa por este medio, del paraje en que está situado. Despues de haberlo sabido, parte, y para su vuelo sobre la cumbre del Niphates.

SALVE oh tú, hija del Cielo, luz del dia, fuente de la alegría y la belleza, del resplandor eterno procedencia, emanacion del mismo Omnipotente, fulgor inseparable de su centro, que en torno de su solio derramada, cual pabellon augusto, su semblante ocultas! ¡Esplendor de su suprema inteligencial! ¡De su excelsa gloria, fecunda produccion! ¡Inagotable manantial, fuente pura, inalterable, de la felicidad, que á la memoria de la eternidad misma precediste, y escondiendo tu origen, esparciste, como

esparces en todos los tiempos, tus benéficas dulces claridades. Salve! antes que una voz tan sola diera el nacimiento al mundo, y la tierra arrancara del hondísimo abismo de los mares; que el luciente sol, su trono en los aires erigiese, y la naturaleza diligente, el vacío á sus leyes redujera; antes que el Cielo mismo recibiese por ella el sér, y de brillantes astros adornara, su vestidura soberbia, existias tú, ¡oh luz divina y pura! y á la voz del Eterno, en el instante en que el orbe nació de los horrores del negro abismo, con tus resplandores, formaste su envoltura rutilante.

Del tenebroso infierno al fin saliendo, en que he estado hartito tiempo detenido, despues de haber despacio registrado sus cavernas oscuras y profundas, sus volcanes, sus rios espantables, sus sombrías y estériles llanuras, su turbulento abrazador Oceano, centro de aquellas simas inapeables, la eterna noche, el Caos he cantado por otros tonos, que los de la lira de orfeo, que no pueden en grandeza igualar los acentos, con que inspira la musa que me asiste, mi flaqueza. Esta celeste musa me dió aliento, para bajar con tanta osadía al abismo, y subir con tal-presteza. Ahora ya fuera de él, á visitarte vuelvo, ¡oh luz pura! desde su espantosa oscuridad, y alegre á saludarte. El cielo vuelvo á hallar, la deliciosa tierra que de magníficos colores vistes, y que fomentan tus ardores. Ya poderosa y agradable, inflama mi pecho helado, tu divino fuego.

¡Mas ay triste! que en vano nueva vida me das, pues para siempre estoy privado de ver tus resplandores, y perdida mi vista, en noche eterna sepultado, no puedo ya gozar de su hermosura. Los orbes de mis ojos extinguidos, en vano ruedan en la oscura sombra, y ansiosos en la bóveda del Cielo buscan tu claridad, ó dirigidos á la tierra, de pena consumidos, procuran distinguirla. Un negro velo, para siempre la esconde á su porfia. Tu resplandor, que de mis ojos huye, una oscura tristeza, sustituye á mi antigua alegría: con todo, atenta á mi incesante ruego, aún, la celeste musa, la voz mia, inspira, alienta, con su sacro fuego. aún, con dulce deli-

rio, sus pisadas sigo, bajo las bóvedas alzadas de los antiguos bosques, por los prados de balsámicas flores matizados, por el torcido ó rápido camino, que se abre el cristalino arroyuelo, y por los frescos valles cultivados, que para otros los rayos brilladores doran del sol, ¡ay Dios! para mí ociosos. Mas sobre todo tú ¡santa montaña de Sion! ¡y tú Fuente sacra y pura! cuya corriente baña su verde falda, y á sus piés murmura, el camino entre flores escondiendo, y sus tiernas raíces refrescando: vosotras, cuando acudo en el reposo á visitaros, de la noche oscura, me inspiráis vuestro acento melodioso. También, pues somos en desgracia iguales, invoco aquellos mortales célebres, que entre tinieblas, como yo, cantaron, y cantando eternizaron su nombre. ¡Ojalá que de penas compañero, logre serlo también de vuestra gloria! ¡Oh Tamiris! Tiresias! ¡y tú Homero! ¡Pueda yo dividir vuestra memoria! como ellos, en silencio fecundando mil objetos diversos, la armonía de mis fáciles versos, emulando la suya, fluye, y mi corazón vierte sus amarguras, de la misma suerte que el triste ruiseñor, en la sombría copa de un árbol, su canto nocturno, mezclado entona con su tierno llanto.

El tiempo vuela, y en la sombra ciega de la noche, se apaga el claro día; pero vuelve, conforme lo ha dispuesto por ley, la sabiduría celestial; mas nunca para mí su vuelta llega, aunque está á todo el orbe manifiesto; vanamente mis ojos los colores, disfrutar quieren de las flores nuevas: el plateado cristal del arroyuelo, los matutinos rayos del Oriente, del Poniente la púrpura soberbia, del pajarillo el agradable vuelo, del ganado los juegos divertidos, y el hermoso semblante, en que al criar al hombre, su brillante imagen grabó Dios, ya son perdidos para mí. Las desgracias me han quedado del ser humano: pero estoy privado de sus placeres. Ya de aquel fecundo teatro de deleites y belleza, que la naturaleza presentaba, de aquellas deliciosas perspectivas, que en mis ojos cabiendo con un mundo, producian imágenes tan vivas, nada me resta. En vano se reviste de su vario matiz, la flor ó el fruto; para mi vista fúnebre, no existe más que un solo color, y es el de

duelo. Como mi vista oscurecida, niega todo paso á la luz, nunca á ella llega de los objetos la menor pintura; todo es vago, confuso, de una oscura niebla cubierto siempre, y para mí, de la naturaleza, jamás está el hermoso libro abierto. ¡Adios, pues, belleza de las artes! ¡Adios, oh primorosas producciones, tesoros de la ciencia y la riqueza! Os tragaron las sombras espantosas.

¡Ven dulce hija del Cielo, luz divina! A falta de mis ojos, ilumina mi razon: con tu fuego purifica mi alma, y su ardor ya muerto vivifica! haz que el cielo, que oculta celestiales objetos, que no han visto los mortales, en mis versos heróicos eleve, y dignamente su grandeza cante!

Desde el trono invisible y elevado, de donde en paz profunda, la divina, incomprensible majestad, domina las alturas de todo lo criado, al través del cristal azul y puro de los Cielos, el Ser eterno habia dirigido la vista, á lo profundo del sér. Nada á sus ojos se escondia: patente estaba, así el infierno oscuro, como la clara esfera de este mundo, cual lo que amaba lo que aborrecia, y en todo cuanto al rededor miraba, su propia gloria contemplaba impresa. En número mil veces más crecido, que los astros sin número, que alumbran por la noche el extendido campo, del azulado firmamento, los celestiales coros le rodeaban, con la divina luz resplandecientes, que en ellos reflejaba el encendido fulgor de su semblante, y en torrentes de inexplicable gozo se anegaban: su hijo, su viva imágen, su traslado unico, á su derecha está sentado.

El padre celestial da una mirada hácia la tierra, y ve en un delicioso recinto, nuestros dos progenitores inócentes, coger de su poblada arboleda los frutos y las flores con placer, y sin mezcla de penoso afan: por otra parte, en lo profundo ve el infierno, y en tránsito espantoso, que lo separa del viviente mundo, y á Satanás divisa, que callando, sigue su vuelo, al orbe caminando por él, y aunque ya sus fuerzas cedan al cansancio, y no puedan sostenerle, ya la árida ribera toca, de donde la terrestre esfera descubre toda con la vista ansiosa, mientras que en su carrera presurosa ignora, si aquel líquido

elemento en que nada, es un mar ó denso viento; y como está rodeado de la oscura noche, solo un vislumbre le asegura, de que pronto ha de ver el firmamento. Dios con aquella ojeada penetrante, que junta á lo presente y lo pasado, lo futuro, por más que esté lejano, viendo su infausto viaje terminado, vuelto á su hijo divino, así se explica:

«Vé con qué nueva rabia se dedica á hacernos guerra, ese
»enemigo osado: contra nosotros sin cesar conjura. Esos tor-
»mentos, esa sima oscura del infierno, sus barras y sus puer-
»tas, sus cadenas pesadas y encendidas, esas regiones vastas
»y desiertas del Caos, sus repetidas tormentas, no han bastado
»á impedir de su venganza el ímpetu. Furioso, allá se avanza,
»desafiando al Cielo. Su loco proyecto recaerá sobre su
»frente; pero entre tanto, rotas mis cadenas, de ambos abismos
»vencedor, buscando viene ese nuevo mundo, en que mis
»manos esos humanos séres, esas criaturas de inocencia aun
»llenas han colocado, hacerlas proyectando víctimas de sus
»irras, empleando contra ellas, ya la fuerza, ya la astucia; re-
»suelto á no parar un punto, hasta que tuerza su recta voluntad,
»de la acertada senda, que yo les tengo señalada. En sus pér-
»fidios lazos caerá envuelto el hombre; yo lo sé; y en su extra-
»viado corazon, triunfará ese temerario enemigo, del Dios que
»le ha criado. He impuesto al hombre un solo mandamiento,
»suave al mismo tiempo, é indispensable, para que pueda su
»agradecimiento hacerme ver, y humilde tributarme una leve
»señal de dependencia. No tardará, en desobedecerme, que-
»brentado el precepto, y precisarme, á qué sobre él ejerza mi
»justicia, castigando severo aquel ultraje.

»De tan enorme culpa la malicia, cual contagiosa plaga, su
»linaje corromperá, por las venas corriendo, aun de sus más
»remotos descendientes, y les acarreará las mismas penas: á
»nadie culpen de su desgraciada suerte, sino á ellos mismos.
»Inocentes de mi poder salieron, adornados de dones celestia-
»les, destinados á darme culto. Así ha sido criada toda esa mu-
»chedumbre de diversos espíritus, ya buenos, ya perversos:
»hijos de un mismo Dios, un mismo aliento los anima. Cada

»uno, de absoluta libertad de obrar bien, ó mal, goza: su
»suerte, de su propio movimiento, de su eleccion depende
»únicamente: así entre ellos, aquellos que pecaron, lo hicieron
»libre, y voluntariamente, y los que perseveraron en la virtud,
»igualmente con libertad obraron: y sin ella ¿qué mérito tu-
»vieran ni su fidelidad, ni su obediencia á mis ojos? ¿Qué apre-
»cio merecerian los obsequios forzados, que el temor tributase
»á la potencia; los servicios de séres gobernados por la necesi-
»dad, que nada hiciesen por mí, aun cuando servirme pare-
»ciesen? Si su razon, y voluntad no eligen el bien, ni libre-
»mente me dirigen sus cultos, yo de esclavos nada quiero;
»ni á ellos placer alguno les resulta, de su obsequio, ni á mi
»la menor gloria. ¡Los ingratos! dirán de mi severo castigo,
»que es injusto; pues la oculta fuerza de mi decreto insupera-
»ble, con precision los liga perentoria al mal; que obrar no
»pueden de otro modo que lo que yo preví no es evitable; (1)

«¡Vanas excusas! Libremente obran en todo, y el bien, y el
»mal únicamente de su arbitrio dependen, no de ajenas in-
»fluencias. Cuando yo los he criado, atendiendo á su clase
»diferente, les he dado leyes equitativas, no grillos, y cade-
»nas. Aunque lo porvenir yo no previera, ¿dejaria por este
»su futuro crimen, de ser igualmente penable, mientras su vo-
»luntad fuera la misma? ¿Mi prevision acaso la ha forzado?
»No; no; mi prevision, ni mi infalible conocimiento de lo ve-
»nidero, ni la fuerza inflexible de mis decretos, que al poder
»de un hado fingido achacan, ni del orbe entero reunido
»el influjo, son de oprimir la libertad capaces, que yo á su vo-
»luntad he concedido. De ésta los eficaces movimientos, son
»los que determinan sus actos. Ella, aunque siempre con-
»sultar debia, á la razon, en muchas ocasiones espontánea-
»mente se desvia de sus consejos, y lo malo elige. ¿Y qué
»otra libertad mayor exige la equidad, para darlos por culpa-
»dos? ¿Acaso, en sus obstinados caprichos, pretenderán, que
»yo á éstos condescienda, mude á su gusto mis irrevocables
»leyes, los séres todos trastornando, variando los hombres, y
»los Angeles, que de ser yo quién soy me desentienda, cual

»los entes mudables, de mi querer perdiendo la constancia y
»turbe toda la naturaleza?

»Tal es de sus deseos la injusticia; de ellos que libremente,
»y por malicia pura, se hicieron contra mí culpables. Los An-
»geles ménos dignos de excusa, en su desórden fueron, pues que
»solos se pervirtieron por sí, y su crimen, voluntario del todo,
»con razon debe ser irremisible; cuando al hombre al contra-
»rio, con increíble perfidia, por las astucias de ellos seducido,
»y en sí ménos perfecto, si en olvido mi bondad echa, y me
»desobedece, aunque castigo á proporcion merezca, perdonarle
»quiero. Así mi generosa clemencia, y mi justicia en la di-
»chosa tierra, como del Cielo en las estancias, juntamente
»serán glorificadas: con todo, la clemencia la primera será,
»y la justicia la postrera, tal es mi voluntad irrevocable.

Así el Eterno habló, y llenó del Cielo los moradores, de un
gozo inefable, y nuevo, al paso que por su velo azul, delicioso,
se esparcia á lo léjos un perfume divino de ambrosia. Sobre
la multitud innumerable, de los más altos séres inmortales,
sobre los tronos todos y poderes, domina á una distancia im-
ponderable su hijo celeste: Dios de Dios, traslado de su gloria
perfecto, y engendrado de su misma sustancia. En sus miradas
la dulce claridad brilla adorable, la gracia, la piedad, las in-
flamadas llamas del puro amor, y la infinita bondad, que úni-
camente en Dios reside; y así con voz divina, se dirige á su
celestial padre: «La clemencia, ¡o padre mio! con que al de-
»licuente hombre infeliz, ofreces tu indulgencia, la admira-
»cion del universo exige. Por ella, todo ser inteligente,
»te deberá alabanzas inmortales; por ella, los leales espíritus,
»que habitan en tu corte, al dulce acento de sus liras; Virtu-
»des, Serafines, redoblando sus himnos celestiales, encanta-
»rán del Cielo los espacios; bendiciones sin cuento, ensalzarán
»tu nombre omnipotente, por tal piedad con el linage humano.

«¿Y tu bondad podria por ventura, abandonar al hombre; á
»esa criatura predilecta, y destruir tu bella imágen, que en
»todo lo visible, que has formado, sola dotada de razon des-
»cuella. Aunque á tu sacra ley desobediente, el infeliz delinca

»alucinado por la perfidia cruel, de ese insolente Angel as-
»tuto, contra tí obstinado, que se sepa valer de su flaqueza?
»¿Correspondiera acaso á tu excelsitud, castigarle por ello
»eternamente? ¡Léjos de tí, justicia tan severa! ¿Cómo es
»dable, que tu ira destruyera á tus hijos, y diese á ese adver-
»sario suyo, y nuestro, el gozo bárbaro de haber de tí
»triunfado, cual queria? Para este triunfo, indispensable
»fuera que el Dios del bien, cediese al temerario, y vil Angel
»del mal, y éste, orgulloso, al Todopoderoso escarneciendo,
»des sus manos al hombre arrebatara vencedor, y al abismo lo
»arrastrara. El humano linaje, como víctima así sacrificada,
»seria entre sus llamas abrasado, eterno pregonero del ul-
»traje hecho á tu omnipotencia, y tendria la triste compla-
»cencia de vengarse, viéndote en tal desaire.

»Y tú mismo, olvidado de tu gloria, tranquilo en abolir
»consentirías de tus dignos favores el recuerdo, y el hombre,
»objeto de ellos entregando á su persiguidor, permitirías, de
»su empeño el suceso tolerando, ya que de tus derechos se du-
»dase, y no solo quedara sin castigo el crimen de ese enemigo
»pérfido, sinó que impune su intencion lograrse, ya que con
»alta cara, de su negra Blasfemia se jactara, y su osadía?»

«¡Hijo mio! el Eterno le responde: hijo querido, amor mio
»y del Cielo, tú, en que yo me complazco, y me glorio, en
»quien me amo, y me admiro; mi verbo pederoso, á quien
»solo corresponde ser en persona mi sabiduría; lo que tú
»quieras, hijo generoso, desde la eternidad, ya por mi estaba,
»con voluntad suprema, decretado. No; no está sentenciado el
»hombre, ni proscrito sin recurso: mi gracia tiene pronta,
»y en su fuente perenne, siempre la encontrará, si á ella
»quiere acudir; pero no obstante, sin mi libre concurso, su
«fuerza, por la culpa enflaquecida, para sacarla no será bas-
»tante. No se la negaré. Cuando lo pida, mi auxilio le daré.
»Su paso incierto, por las sendas guiaré de la justicia, y si
»me sigue fiel, podrá estar cierto de vencer á toda la milicia
»infernál, y reparar su suerte desdichada; de mi suma bondad
»en la grandeza, olvidaré su débil, y malvada conducta, y

»haré que él, desengañado por la experiencia, vea su flaqueza para el bien, mientras no sea animado por mi auxilio, y que nadie por sí propio; puede sin él, librarse del abismo.

«En todo su linaje numeroso tendré mis escogidos, que celoso conservaré. Mis gracias especiales los librarán de todos los fatales esfuerzos del infierno, de manera, que antes perecería el orbe todo, que ellos. Tal es mi voluntad augusta. A los que pequen, con remordimientos, moveré; los preceptos de mi justa ley, darán luz á sus entendimientos. Si se van á arrojar al precipicio, los detendré á la orilla. Con mi gracia los llamaré, para salir del mal. Cuando tengan, siguiendo sus pasiones, de atollarse en su cieno la desgracia, mi inspiracion divina, á un dolor santo los atraerá, y á humildes oraciones; de los ojos más áridos, el llanto hará correr, y si se arrepintieren de sus pasadas culpas, y volviesen sinceramente á mí, hallarán abiertas á su favor, las puertas de mi piedad. Sus lágrimas, sus repetidos ruegos, con ternura por mí serán oídos. Yo mismo los guiaré por la segura senda de mis preceptos, si con pura conciencia velan siempre, hasta el tranquilo puerto, su eterno, y venturoso asilo; pero si á sus pasiones se abandonan, si sordos á mis tiernos llamamientos, los remordimientos de la conciencia desprecian, si frenéticos blasonan de su dureza, y su desobediencia, y obstinados mi paciencia apurasen, me vengaré de sus empedernidos corazones, cerrando sus oídos á la verdad, corriendo un denso velo sobre sus ojos, que á la luz del Cielo impida penetrar. Abandonados por mi gracia, en la noche tenebrosa de sus vicios, errantes, extraviados de delito en delito, en su espantosa ceguedad morirán impenitentes, y del profundo infierno, en las ardientes simas, caerán al fin precipitados.

»De estos pérfidos solos la osadía, no podrá hallar abrigo en mi clemencia; mas no es aun el castigo suficiente, para satisfacer á mi ofendida majestad: ya que el hombre, osadamente mis leyes quebrantando, ha provocado mi justicia, ha de ser sacrificado, ha de sufrir la merecida pena:

»ó ha de quedar mi gloria quebrantada: pues que orgulloso
»pretendió elevarse á la clase de un Dios, eternizándose
»como tal, y éste arrojo temerario debe pagar. Que muera
»es necesario él, y que muera todo su linaje; heredero por el
»de su delito, para siempre, como él, proscrito queda, si para
»compensar tamaño ultraje, una víctima tal, tan inocente, (2)
»y augusta, cual requiere mi grandeza, á mi justo furor pro-
»porcionada, no se presenta voluntariamente á rescatar su
»muerte, prodigando por él su vida. ¿Y quién de la nobleza de
»esta accion de piedad tan extremada, sus propios intereses
»olvidando, será capaz, aun entre las más purísimas, más
»sublimes, y dignas criaturas? ¿Qué sér se atreverá, con su
»inocente sangre á salvar al hombre pecador? ¿Habrá algun
»inmortal que morir quiera, para así redimir á los mor-
»tales?»

Esto dijo el Señor, y todo el mundo, en el senado augusto, y numeroso, de aquel terrible empeño recelando, se mantuvo en silencio el más profundo. Ninguno se atrevió á ser medianero del hombre, ni á mostrar el más ligero intento de excusar su rebeldía, y mucho ménos aun á aventurarse, por delitos ajenos, á entregarse al castigo. La muerte ya tenia su presa asegurada, y así hubiera el humano linaje perecido, sin duda alguna, por su mano fiera, en el infernal seno anonadado, si un Salvador magnánimo, el santísimo hijo único del Todopoderoso, en cuyo pecho están depositadas todas las gracias, todas las sublimes, y puras llamas del amor divino, al ver del hombre el misero porvenir, no hubiera, de su eterno padre la venjanza justísima aplacado.

«¡Padre mio! le dijo, tu justicia ha dictado del hombre la sentencia; ya perdonado está. ¿Acaso la santa gracia, precioso y dulce don Cielo, que con alas de fuego se adelanta á prevenir la súplica, y el sumiso deseo mismo, apenas ha nacido que aun al que no lo pide, da consuelo, podrá encontrar estorbo, que lo impida darle con su asistencia vida nueva? ¡Dichoso aquel, que sin esfuerzo hallarla puede! ¿Más cómo el hombre miserable, que tu ley conociendo, la culpa-

»ble locura cometi6 de abandonarla, muerto á la gracia, vol-
»verá á por ella? ¿Cuál será el don rico, ó cual la pura vic-
»tima, que su crimen satisfaga, y compre su perdon? ¿Una
»criatura, que no puede, por más esfuerzos que haga, pagar
»por sí la inconcebible deuda, que tiene á su Hacedor, como
»es posible que las ajenas pague? ¿Y qué sería el precio, que
»á este fin ofrecería, aun cuando presentara sin reserva cuanto
»tiene y su sér sacrificara? El hombre, pues, jamás podrá pa-
»garte; pero véme aquí pronto; yo he de darte satisfaccion por
»él. Tomo con gusto sobre mí su delito; y su sentencia yo
»mismo sufriré. Daré mi vida, porque la suya redimida sea:
»sus ofensas son mías, y así es justo, que yo padezca solo
»la violencia de su infeliz, y merecida suerte. Me separaré,
»pues, de tu presencia, dejaré el Cielo, y salvaré muriendo,
»esa obra de mi Padre. Que la muerte toda su rabia contra
»mi apurando, en mí la sácie. Presto de ella dueño, sus fúne-
»bres sepulcros victorioso hollaré, y libre de su torpe sueño,
»arrancando sus helados despojos, y sus tristes cenizas avivan-
»do, acabaré con su dominio odioso.

»De tí recibo siempre vida eterna, la humanidad á mi per-
»sona unida, es lo único que en mí podrá encontrarse; de
»que pueda apoderarse la muerte: dispondrá de ella; pero
»satisfecha esta deuda, hácia tí vuelvo glorioso: no dejarás
»penar mi pura carne por largo tiempo, en la prision estrecha
»y corrompida, de la sepultura. Despues que intacto esté en
»su tenebroso seno un momento, cual si su cautivo fuese,
»volaré de él, brillante y vivo, arrebatando de aquel antro
»espantoso, de una Deidad el cuerpo incorruptible. Tú misma,
»ó muerte! al carro encadenada de mi triunfo, mi marcha
»victoriosa has de seguir, tu muerte lamentando, hasta que
»te haga caer precipitada otra vez en la noche tenebrosa, de
»que lograste un tiempo libertarte, en el mundo habitando.
»Tus banderas caerán, á la gloriosa vista de mi benéfico es-
»tandarte, y romperé tu dardo envenenado, en tú corazon
»mismo.

»Dividirá tus merecidas penas, cautivo como tú, y entre

»prisionesarrastrado en mi triunfo, el orgulloso Angel rebelde,
»con el numeroso séquito de los miserables séres, que con su
»seduccion ha hecho culpables, al paso que los Cielos, elevado
»penetrare, de gloria coronado, tú mismo ¡oh padre mio! con
»amables miradas, de tu trono dirigidas, completarás mi glo-
»ria, acompañando con ellas por los aires, mi triunfante
»marcha, mientras tu imperio dilatando con mi victoria, ado-
»rarán rendidas, tu poder y bondad, las redimidas almas,
»y ensalzarán con incesante himno gozoso, el mundo repara-
»do; cantarán el horrible luto eterno, derramado sobre tus
»enemigos, cual su presa infeliz soltó el infierno, y como
»hasta desarmada la muerte, fué en su propio sepulcro sepul-
»tada. Los cautivos, que de él habré sacado, mi triunfo segui-
»rán, y con gozosos ojos, en esos tuyos llenos de piedad, el be-
»ningno perdon de su delito verán, con letra celestial escrito.
»Huirá el terror de tu frente divina, solo de dulce amor res-
»plandeciente, de inefable clemencia, y de una paz eterna
»inalterable.»

Acabó; pero el celo que le mueve, en su silencio mismo es elocuente. Su rostro un inmortal amor respira para el hombre, que solo al amor tierno puede igualarse, de su Eterno Padre. Que exprese pues, su voluntad espera, para la obra benéfica á que aspira; víctima voluntaria, considera su sacrificio, y apresura ansioso la época, en tanto que pasmada admira la circunstante corte, el misterioso empeño. Vuelve el padre la amorosa vista al hijo, y anuncia en sus divinos ojos, en que la dulce paz reposa, de su hijo eterno el triunfo venturoso, y del mundo los prósperos destinos.

«¡O tú, le dice, mi única delicia, sacrificio el más grande, el
»más augusto de todos cuantos ofrecerseme puedan, capaz él
»solo de satisfacerme, aun más allá de lo que mi justicia exi-
»ge del exceso más injusto! tú sabes, que yo aprecio á los
»humanos, como que son obra de estas mis manos; juzga
»cuanto los amo, pues consiento, no obstante que mi ley han
»quebrantado, en que descieudas de tu asiento eterno, y que
»á padecer vayas, ¡oh hijo mio! la pena que sobre ellos ha

»caído. Parte, pues: dá á tu voto cumplimiento, y de la forma
»humana revestido, vuelve al mundo la paz, que tenia antes:
»vé á ser un hombre-Dios. Llegará el día, para todo viviente
»el más plausible, en que por un inconcebible misterio, propio
»de mi bondad, el venturoso seno de una mujer, que junta-
»mente será virgen, y madre, á mi glorioso hijo ha de dar á
»luz. Vé del humano linaje á ser á un tiempo el soberano, y
»el nuevo Adán. Todo él seguramente, á no haber tu mediado,
»pereciera; en tí renacerá. Ya que el delito de los primeros
»padres, ha proscrito sus descendientes, hasta la postrera
»rama, quiero que su árbol corroido, engertándose en tí, res-
»tablecido se vea en su verdor, y en su primera robustez, con
»ventaja conocida: que el rio de la vida, emponzoñado desde
»su origen mismo, en fuerza de tu mérito inefable, quede en
»lo porvenir purificado. El hombre, por tí vuelto á su nobleza,
»vencedor de si mismo, la bajeza de todo amor mundano, y
»despreciable, desterrará prudente. Tú, adorado en el Cielo se-
»rás; pero en la tierra proscrito, haz al infierno cruda guerra,
»con tu sangrienta muerte. Que interceda por los reos mortá-
»les, el más digno de su linaje, el redentor benigno de ellos
»todos, el único que pueda mediar en su favor, víctima pura,
»cuyos tormentos voluntarios, sean por el Cielo admirados.
»Asegura de tu piedad á todos los humanos: hombre; rescata
»al hombre; que te vean llenos de espanto, todos los vivientes,
»la muerte padecer por tus hermanos. Dios; perdona cual
»Dios, los delincuentes; será tu muerte causa de su vida, tu
»sangre, precio de su justa pena; así reparador de la perdida
»naturaleza humana, en duelo justo, al infierno por tí vencerá
»el Cielo, y al odio el dulce amor, que te enajena.

«El hombre de la envidia triste objeto, como de compasion,
»¿habrá creído jamás, á tan gran precio ser comprado? ¿Él,
»á quien yo doté de un sano juicio, que con todo dió oídos al
»proyecto de la infernal malicia, y antepuesta á mi ley sacra,
»su ilusion funesta, me obliga á ese tan gran sacrificio? Y tú,
»que por bajar al mortal suelo, en trono celestial, tan genero-
»so abandonas, jamás tengas recelo de envilecer con esto tu

»divino origen: cuanto más esté eclipsado de tu naturaleza el
»majestuoso resplandor, tanto más será adorado. Lejos de mí,
»en la tierra peregrino vivirás desterrado algun tiempo; como
»hombre sufrirás, serás sensible, como Dios vencerás, siem-
»pre sereno. Tu humillacion magnánima, bendita será por
»todo el mundo en adelante, pues que de mi hijo solo, la infi-
»nita inefable bondad, fuera bastante, para olvidar, por una
»criatura humilde y desgraciada, su eminente majestad, y
»mostrarla tal ternura: solo de mi hijo el alma compasiva
»puede abrigar tan excelsa bondad.

»Será prueba evidente tu misma oscuridad, de tu hidalguía
»cuanto sea mayor tu abatimiento, añadirá más brillo á tu
»grandeza, y presto vuelto á tu celeste asiento: tu humanidad,
»á tu deidad unida, rodeada de tus humildes Angeles, con
»himnos inmortales aplaudida se verá, y á mi diestra sublima-
»da: Dios, y hombre, hijo de Dios, y al propio tiempo del hom-
»bre, reinarás eternamente. Quiero que todo, hincada la ro-
»dilla, te adore humilde, y tiemble en tu presencia; que lo que
»más en el Empíreo luce, y en cuanto existe, Tronos, Sera-
»fines, Arcángeles, Querubines, Virtudes, Reyes y Potestades,
»obediencia y homenaje te presten humillados. Todos los pue-
»blos han de ser juzgados por tí, su juez supremo establecido:
»para esto, el universo estremeciendo, bajarás á la tierra,
»cuando el día temido llegue, al espantoso estruendo de true-
»nos incesantes, precedido de tus Ángeles todos, que la fria
»ceniza de los hombres, reuniendo con sus almas, al fúnebre
»sonido de la trompeta, harán que al formidable juicio, acuda
»su innumerable turba. Tú, por tus Querubines, conducido
»en triunfo sobre el trono majestuoso, terrible espantarás con
»tus miradas, á todas las naciones postradas á tus piés.

»A tu señal con vuelo presuroso, los Angeles, cortando la
»atmósfera, hácia los cuatro términos del mundo, los buenos,
»de los malos separando, colocarán á tu diestra los buenos, y
»los malos á un tiempo á tu siniestra. Todos, en el silencio más
»profundo, penderán de tu vista. Congregadas ante tu tribu-
»nal todas las gentes, vivos, y muertos, jóvenes, y ancianos,

»de toda clase, y sexo, soberanos, como vasallos, todas las pasadas generaciones estarán presentes, trémulas aguardando tu sentencia. Ninguno habrá exceptuado de la dura convocation: á la temida señal, la muerte soltará sin resistencia su presa, y tu voz fuerte será oída, de los sepulcros en la noche oscura. Decidida la causa, los malvados recobrarán el infierno, y con candados, sus cien puertas de bronce reforzadas, quedarán condenadas para siempre.

»Las llamas, todo el mundo devorando, lo purificarán de las inmundas heces, que en el la culpa ha producido: más, pronto nacerán de sus fecundas cenizas, otros orbes, que brillando más puros, que los que hayan perecido, sirvan de habitación



»al escogido pueblo, que con tus penas has salvado. Allí, bajo de un cielo siempre claro, llenos de gozo, en el tranquilo puerto, olvidarán las fieras tempestades, los trabajos horribles del desierto árido por donde han peregrinado. Allí, colmados de felicidades eternas, cogerán los deliciosos frutos de los jardines venturosos del cielo; un día de oro cada día será, de dulce paz, y de alegría: Dios será todo en todos: el desmayo, la inquietud, ni el temor, allí morada no hallarán, y tu cólera aplacada, hará que caiga de tu diestra el rayo. Vosotros, pues, leales espíritus, postraos á los pies de un Dios que

»muere benigno, por salvar á los mortales, y cada cual se es-
»mere, en igualar constantemente siempre el hijo, al Padre,
»en las adoraciones.» (3)

Dijo, y retumbó el Cielo, enajenado de gozo, con aplausos tan ruidosos, como los tumultuosos movimientos de las olas del mar alborotado, y á un tiempo dulces, cual la melodía de un concierto de voces, arreglado con el mayor esmero á la armonía. Las voces, los acentos, los hosannas, resuenan por las lejanas bóvedas de los vastos palacios celestiales: todos de amor deliran, y alegría; en el respeto, y en el pasmo iguales, todos se postran con humilde frente, ante aquel noble trono, en que eminente reside el Padre, con el hijo al lado, á sus piés deponiendo sus coronas, en que al oro, con arte primoroso, brilla inmortal, reunido el amaranto.

¡Bello amaranto, tú, planta escogida, que ahora nos abandonas, delicia del Eden! en su frondoso jardín, cerca del árbol de la vida crecías. Eva, de tus hermosas flores, los colores en su rostro imitando, en el tiempo cogió de su inocencia. La inocencia ofendida huyó, y con ella desapareciste. El Cielo en que nacieras, su alto don recobró con diligencia. Vuelto á tu cuna, con tu fresca sombra la fuente de la vida, te complaces en ocultar, creciendo en sus riberas; con placer tambien haces brotar tus flores, en la verde alfombra de las orillas, que con sus ligeras y cristalinas aguas, caudaloso, el rio de delicias atraviesa; de correr por los Cielos nunca deja, con su puro cristal espirituoso, las eliseas flores renovando, y perfumando todos los contornos. Con ellas los celestes habitantes, tejen guirnaldas nunca marchitadas, con las cuales sus frentes luminosas, se ven de nuevo brillo embellecidas: tambien el amaranto, corre el suelo, que ocupa el vasto giro de las soberbias bóvedas celestes, y de aquel vasto mar de oro, y zafiro, varia los colores inmortales, ostentando sus virginales rosas.

Más ya, aquellos obsequios terminados, vuelven los Serafines, encendidos en vivo amor, á coronar sus frentes: ya las liras, y cítaras pendiendo, cual carcáx de sus hombros, des-

colgando, por las trémulas cuerdas deslizándose, sus sabios dedos prueban, con sonoro, dulce preludio, aquella melodía, que enajena los Cielos de placeres. Todos cantan; las voces, é instrumentos; nada discorda en el celeste coro, las más pequeñas notas, los acentos: donde hay paz, allí habita la armonía.

¡A tí primero, oh Padre omnipotente, inmutable, infinito, inconcebible! á tí invisible entre tus mismas luces, y eterno, de quien todo está pendiente, ensalta de sus himnos la excelencia, á tí cantan: «¡Oh autor de toda vida, rey terrible, de
»nubes circundado! los rayos de tu luz activa y pura, penetran,
»cuando quieres, toda sombra, y el trono de oro muestran
»elevado, en que resides, cuyos resplandores nos ocultan tu
»rostro, y nos deslumbran, al paso que en las sombras luz
»nos prestan. El angel mismo con sus perspicaces ojos se cie-
»ga, y lleno de terrores, los párpados cerrando, á sus vivaces
»rayos, no puede estar en tal momento, sobre sus alas tré-
»mulas seguro. ¡Hosanna, al Dios inmenso eterno, y santo!»

Así concluye aquel canto celeste, que á tí despues dirigen
«¡oh hijo divino del Padre Todopoderoso, que en tu semblan-
»te brilla, hecho visible! á tí, por quien el orbe fué criado,
»que terrible abatistes el ferino orgullo del infierno tenebro-
»so, con audacia increíble, contra tu eterno Padre conjurado.
»No ahorrastes en aquel sangriento dia sus formidables ra-
»yos, ni su espada divina, por su cólera afilada, ni sus flechas
»de fuego. Estremecía las llanuras del Cielo el movimiento
»rápido de su carro fulminante, que tú, sereno, desde su alto
»asiento gobernabas, al paso, que aun distante, el enemigo
»huía consternado, cual niebla á impulso del furioso viento.
»¡O verbo, de tu padre amor, y gloria! ¡Con qué triunfo, á tu
»vuelta, tu victoria se celebró en el Cielo! con tu airado bra-
»zo, en el Angel fiero rebelado, vengaste sus injurias, y al
»hombre del perdon aseguraste.

«¡Tú mismo, oh Dios! ¡oh omnipotente Padre! á tu amor le
»volvistes indulgente. Tu hijo, tu hijo piadoso, tu justicia
»satisfizo, burlando la codicia de sangre, que al inmundo
»ejército infernal atrajo al mundo. Al delito del hombre

»vergonzoso, tu poder indignado dudó entre la piedad, y
»la venganza; hizo caer bien pronto la balanza á favor del
»culpado, tu piadoso hijo, hablando por él compadecido. Tu
»grandeza pedia una victima, ¿y habrá otra igual á la que
»te ofrecia? ¡Un Dios rescata al hombre! con sublime
»bondad, por este ensangrentado gime, consolando la tierra,
»la ira del Cielo trocando en dulce amor. ¡O piedad sin
»ejemplo, á que se inclina pasmado, con respeto el más
»profundo, el universo! Sola la divina naturaleza puede
»poseerte. Jamás podrá explicar, el más fecundo espíritu ce-
»leste, tu grandeza, ni llegar claramente á conocerte. ¡Salve
»ó verbo de Dios, cuya terneza salvó á los hombres! de las
»arpas de oro, y de las liras al compás sonoro, un himno
»interminable cantaremos: en los eternos siglos que hemos de
»habitar este divino templo venturoso, ensalzaremos al hijo,
»como al Padre. El Cielo todo aplaudirá gozoso, y jamás vues-
»tros adorados nombres, serán en nuestros cantos sepa-
»rados.»

Así de la luz pura en las moradas, encantadas se pasaban las horas. Léjos de allí sobre la esfera inmensa, que de bóveda sirve á nuestro mundo, y sus brillantes astros, de la oscura noche del Caos, sólida separa, Satanás para el vuelo. Dando de allí una ojeada á lo profundo, como si fuera un globo reducido, divisa nuestro mundo tenebroso. El, de una espesa atmósfera rodeado, se halla en un dilatado continente sin fin, sombrío, inculto, y silencioso, que amenazan de cerca, así la oscura noche, como el estruendo proceloso del Caos. A lo léjos la ribera del orbe remotísimo, una pura luz despide, más solo una ligera vislumbre llega, á aquellas apartadas regiones, por las sombras ocupadas. De aquel vasto desierto, que es frontera del Caos, en que riñen furibundos los vientos, y abrasados torbellinos de negras llamas, con los remolinos de aguas inmensas por allí esparcidas, registra Satanás los infecundos espacios. Así el buitre, que ha nacido en las rocas erguidas de Imaüs, sierra que una impenetrable barrera opone, al bandido Tartaro con sus puntas de hielo endurecido, huyendo su

aridez intolerable, parte voráz, buscando los ganados, que del Hidaspes los floridos prados pingües habitan, ó el supersticioso cristal beben, del caudaloso Ganges: desfallecido de su largo vuelo, descansa sobre algun suelo infecundo, de Sericana en la desierta arena, en la llanura inmensa, en que sin pena el habitante diestro, el soplo fiero del viento aprovechando, con tendidas velas, hace que vuele su ligero carro, y se dude si en el mar undoso va bogando, ó si rueda presuroso en móviles arenas extendidas.



Tal Satanás descansa, y al momento, por aquel yermo se encamina errante. Va, viene, corre, vuela, ya bajando, ya subiéndolo, buscando su presa con ojeada penetrante. Un inmenso vacío se despliega por todas partes á su vista ansiosa, ni un sér viviente, ni la menor cosa inanimada, en él á encontrar llega.

No obstante, un nuevo mundo se ha formado (4) en su ex-

tension, despues de que extraviado el hombre por su loco orgullo ha sido. Allá, entre el aire vano despedido de nuestra esfera, suben los deseos quiméricos, los sueños engañosos, cual ligeros vapores, con los feos y raros mónstruos, que la fantasia se entretiene en formar, en los ociosos ratos, y quanto la naturaleza á luz produce, quando se extravia; toda obra insubsistente, todo objeto caprichoso, ridiculo, incompleto allá cual niebla leve se endereza; los que en la vida actual, ó en la futura, han soñado en alguna imaginaria felicidad contraria á la razon; aquellos, que cediendo á la locura de un falso celo, por algun famoso nombre engañados, abrazaron ciegos sus sistemas, sin ver si eran verdaderos, y á ejemplo suyo deliraron; los que, por error ménos dañoso, de los aplausos vanos pasajeros se alimentaron, que el azar dispensa; vanos, allí su recompensa vana vuelven á hallar, sus diversiones nécias, sus proyectos, y locas invenciones.

Tambien teneis allí vuestra morada, vosotros orgullosos, que elevásteis en Senaár la celebrada torre, con que espantar al Cielo imaginásteis, de impotente soberbia empresa osada. Si algun ser real, allí posible fuera naciese, su ridiculo capricho fabricar otras mil intentaria: tambien están allí los insensatos, que á una falsa esperanza lisonjera cediendo, y agotando sus intentos, de una frívola ciencia en la quimera, la vida malgastaron, ó de un vano saber mártires fueron; el loco entre ellos, que del Mongibelo se sumergió en el crater espantoso, de saber sus secretos anelante, y murió en su abrazado, y hondo suelo; y tú igualmente, que á Platon oyendo, sus Cielos á buscar corriendo fuiste, y la vida perdiste por curioso.

No léjos moran, los que en su fecundo cerebro, cada dia un nuevo mundo en idea construyen, más perfecto; llegan apenas á llevar al hecho las líneas primeras de aquella obra, quando á un soplo del viento, es destruido el frágil edificio, y convertido en polvo, que la atmósfera recobra; pero pronto, empeñándose obstinados, en seguir el proyecto imaginario su infatigable y temerario orgullo. Sobre los planes mismos

en ruinas, igualmente alza otros infundados. Así el insecto, que sus redes tiende ágil, para buscar su subsistencia, de aquella frágil descompuesta trama, los hilos rotos, nuevamente estiende. Envanecidos con su hinchada ciencia, los eruditos locos, por su parte, cuando más su saber grita la fama, á mil esfuerzos vanos todo su arte vén reducido, y que de ruina en ruina, su corto ingenio camina sin cesar; más con todo, jamás se persuaden, y que no los adore el mundo extrañan. Este humo vano es recompensa digna, del que de sí con tal orgullo piensa.

Otro, llevado de esperanza escasa, de los bienes que el Cielo le depara, no haciendo cuenta, triste y consumido, al lado de un crisol, vela sin cesar, y de sus privaciones se consuela, hallar creyendo aquel desconocido secreto, de volver el plomo en oro, y hacerse dueño de riqueza inmensa: más, mientras su esperanza alegre aumenta, ve gimiendo, que en humo convertido el pérfido metal desaparece.

Hay tambien otros locos, que allí ostentan un ambicioso lujo: trasladados con ellos sus jardines deliciosos, sus palacios de jaspe delicados, vivir felices cuentan, más, les suceden que por todas partes, porque lo quiere así la providencia, de un fúnebre desierto están cercados, en que el silencio más profundo habita: bajo sus techos de oro la alegría, acompañada de la complacencia, en vano introducirse suplica, el desprecio, y olvido, noche y día, hacen en el umbral guardia severa; la Deidad de cien bocas habladora, para ellos solos tienen su sonora trompeta ociosa, y al pasar ligera, sus ojos cierra, para no ver nada, que excitar pueda su atención curiosa. Bien pronto en sus magníficas moradas los persigue el fastidio, y la tristeza; sin testigos, les cansa su grandeza, y lloran sus delicias ignoradas. A lo ménos aspiran á la gloria de eternizar sus nombres; más grabados en la arena, al momento se borran, y los vientos se llevan su memoria.

En registrarlo todo se embelesa el Angel infernal, cuando aparece á su vista en las sombras, el dudoso tímido resplandor, que en la lejana esfera, dá principio á la mañana; hácia

su claro origen vuela ansioso: presto á la luz de la rosada aurora, las infinitas, y brillantes gradas nota, de la magnífica escalera, que sube á los palacios celestiales. Un pórtico soberbio la decora en lo alto, por el cual las más nombradas obras del régio lujo, si se hiciera su cotejo, á pesar que con parciales ojos se viesén, fueran eclipsadas. Todo él despide llamas, con brillantes preciosísimas piedras adornado; sobresalen el oro, y los diamantes; ningun pincel dar puede un adecuado bosquejo, de su augusta arquitectura.

Menos luciente aún, hasta la altura del Cielo, subia, á vista de Jacob, la escala misteriosa, que lo unia con nuestra tierra, en su admirable sueño, cuando del trono de su dueño eterno y vuelto del letargo milagroso, ir, y venir los Angeles veía, profetizó, exclamando con gozoso rostro: «Al través de las mortales sombras, veo abiertas las puertas de los Cielos.» Mas, la escalera, que el Arcángel mira, á la bóveda eterna se repliega, y de su alcance al fin desaparece. Un mar de claridad de nácar puro, y de líquida plata se le ofrece á la vista, en vez de ella, que movible, ondas rueda de incorruptible luz. Aquel mar refulgente, es el seguro feliz asilo, adonde, desde luego que mueren los felices escogidos, en angélicos brazos conducidos son, ó en un carro rápido de fuego: á esto, con toda su magnificencia, la escalera bajó resplandeciente de nuevo, ó por burlar al enemigo, que asomaba, ó por dar á su insolencia más severo castigo, haciéndole sentir más vivamente de su perdida dicha la amargura.

Del pórtico soberbio en línea recta al risueño jardín, en que vivía en dulce paz el hombre venturoso, al Eden, un camino conducia, y desde allí del mundo á lo restante. Excedia el camino, en lo espacioso, á la vía sagrada, por Dios á sus ministros permitida, para que de su trono, al fulminante santo monte de Sinay descendieran, por la que al pueblo de Israel, presurosos enviaba sus alados mensajeros, á fin de que le dieran sus órdenes: por ella desde el Cielo, Dios veía con placer, y hasta el Nilo contemplaba, cual por la fértil tierra se extendía aquel pueblo estimado, del septentrion al sud establecido.

Hacia otra parte, no ménos se habria aquel camino largo, y luminoso, en donde el Todopoderoso puso con propia mano, los intransitables términos á las tenebrosas sombras, cual las costas del mar incontrastables, por cotos á sus ondas procelosas.

Al pié de la escalera, mas qué nunca admirado, se detiene Satanás, y subido en la primera grada, recorre ansioso la extendida soberbia escena, que á la vista tiene, y vé en la inmensidad la inesperada pompa del universo, reunida en sola una mirada. Así *el escucha* diestro, que en la oscura noche, su oficio cumple peligroso, acechando camina con cautela; llegado, al huir las sombras, á la altura de algun monte encumbrado, que alumbra ya el fulgor de la mañana, pára, contempla, abarca una lejana inmensidad de tierras admirado, para él desconocidas, en las cuales, entre varias ciudades esparcidas cerca, y léjos, dominan eminentes, de una Côte las torres imperiales.

Tal Satanás contemplaba el mundo, y, aunque el Cielo habia visto, lo envidiaba. Devora su interior un vil despecho, al pensar en las manos, que lo hicieron. Aun mucho más allá del alto sôlio, por las nocturnas sombras dominado, descubre un firmamento, extendido sin término, poblado de mundos luminosos, y curioso los recorre uno á uno, desde el punto del Zodiaco remoto y luminoso, en que la justa Astrea con su libra, los dias con las noches equipara, hasta aquellas esferas, que el conjunto forman del refulgente vellocino de Aries, que al lado opuesto la hace frente, y mucho más allá del peregrino cielo, en que termina el mar Atlántico, cargado con Andromeda camina. En fin, entrambos Polos totalmente, con la vista abrazando, registra todo el orbe, y al instante se precipita rápido, volando, dentro de su recinto majestuoso, cuya belleza al paso que le hechiza, para su envidia es un objeto odiable. Sobre las alas plácido nadando, por sus azules ondas se desliza, pasando entre esferas sin número, que desde donde él viene, en los profundos aires, parecen astros, y son mundos, ó tal vez islas, como el deleitable jardin de las Hespérides, que lleno de flores, y de frutas, en el seno se alzaba del espantoso Océano.

Quizá tambien aquellas aisladas esferas, contendran sus verdes prados, sus floridas llanuras cultivadas, sus frescos valles, sus enmarañadas sombrías selvas, y sus cristalinas fuentes, que peregrinas las recorran. Las vé, las examina; mas no excita en él ninguna de ellas, el curioso deseo de saber, qué pueblo feliz, habita en su recinto venturoso.

Entre tantos objetos al sol mira, que en resplandor, á la celeste esfera, la igualdad casi disputar podria, y su belleza, que encantado admira, exceder la del mundo le parece. Hacia él vuela, de cerca deseando contemplar su esplendor: su pasmo aumenta, cuando además de su magnificencia, nota que varios mundos, de su influencia penden, y en su contorno circulando, á distancias diversas, como Reyes vasallos de otro Rey más poderoso, cada uno observa sus severas leyes y su órbita completa respetuoso, años, meses y días, reduciendo á su marcha, que exacto vá siguiendo. Al paso que aquel astro majestuoso desde su trono á todos los atrae con magnético influjo, ó los despidе de sí, segun la utilidad lo exige, en torrentes su luz sobre ellos cae, y á cada cual, con un calor fecunda proporcionado á su naturaleza. Su movimiento mismo es procedente de su espirito etéreo, que inunda sin cesar cada esfera dependiente de su sistema, y cuya sutileza, y fuerza, no hallan cuerpo impenetrable á su influjo sano y vital.

Mas, Satanás ya huella aquel brillante astro, y nunca una mancha parecida, los ojos en su disco descubrieron: con gran placer, los del Demonio, vieron aquel inmenso globo fulminante. La materia preciosa que formaba aquel cuerpo, en la tierra no se hallaba. Si el hombre la compara á los metales mas finos, dirá que es un mar de plata, un oceano de oro el más brillante; si con las piedras más preciosas trata de cotéjarla, bien que desiguales en la belleza, de carbunclo ardiente de rubí, y de topacio, se dígesе, que el encendido mar se componia, ó de las piedras todas, conque tanto, de Jehová el eterno y santo nombre, cuando encima del pecho lo llevaba el sumo sacerdote Aaron, lucia. No la iguala con mucho la hermosura, cuando en nuestra codicia deliramos, la rica piedra, que

se nos antojó encontrar, con la cual en oro virgen, el metal se convierta más impuro; piedra que ansiosos sin cesar buscamos, sin hallarla; secreto, que por parte de algún azar, quizá será encontrado en lo futuro, y en que hasta ahora el arte, en vano sus esfuerzos ha agotado; el arte, que fijando la sustancia movable del Mercurio, ha sujetado á sus leyes su indócil inconstancia, que buscando del mar en las arenas á este nuevo Proteo, lo ha encontrado, y conforme á sus deseos, diestro, le ha puesto al fin en sus cadenas. Así el hombre en las artes industriado, hace aún al mundo más maravilloso.

¿Admiraremos pues, que en la carrera, con que fecunda el sol la esfera extensa, vertiendo el tesoro de sus fuegos, ondas de plata rueda, y rios de oro, cuando aunque de él estemos tan distantes, su influjo en nuestro globo, del impuro y blando material del cieno oscuro, sabe formar rubies, y diamantes; en el crisol oculto de la tierra, en que penetra, y su calor se guarda, metales producir, y de las flores, componer las balsámicas escencias? ¡Vanos tesoros, si se compararen con el que los produce, aún reunidos á los que otras esferas produjeron, de las que anima con sus encendidos fuegos! No obstante toda la belleza, que á la naturaleza el arte añade, un rayo solo de su pura lumbré, á eclipsar bastaria su hermosura.

Satanás vé la escena prodigiosa, sin deslumbrarse, y toda la extendida, y nueva inmensidad, desde la altura en que se halla, registra con atento cuidado, envuelto entre los resplandores del sol, entre las ondas transparentes, matizadas de mil vivos colores, que va esparciendo, mientras por los aires, rodando diligentes los demás orbes, cada cual camina con rápida presteza en torno suyo. Así en aquel instante el Angel de la noche, con ajena y brilladora luz, parece que domina de una mirada la naturaleza.

Divisa en esto al Angel luminoso, que San Juan vió despues sobre el ardiente astro, al que entonces, cerca de él parado, vuelto de espaldas, embelesado mira, en el su viva imagen conociendo. Satanás no podia ver su rostro, mas toda la belleza distinguiendo de su celeste porte, conocía que era un ser

importante. A las hermosas, en que compite con las rosas el nácar, le están sobre los aires sosteniendo. Un diadema brillante, entretejida de los rayos más puros, que ha elegido, del sol uno por uno, ciñe su cabeza: su cuerpo, al alabastro en la blancura excede, y acrecientan la belleza de su celeste y plácida figura, los cabellos en bucles descendiendo sobre él, y reluciendo como el oro. Pensativo medita y en silencio, sobre el órden del mundo milagroso.

Lleno de astucia Satanás espera conseguir engañarle con falsas apariencias, de modo, que le dé las noticias, que á guiarle son necesarias, hasta el encantado jardin, en que termina su arriesgado viaje, y en que nacieron nuestros males. Oculta las señales cuidadoso, que pueden descubrirle, y disfrazado con todo el arte, á fuerza de falsia, toma de un Angel bueno la figura; pero de un Angel de segunda clase, para que su ócio se extrañase ménos. De una celeste juventud la aurora brilla en sus ojos, y su cuerpo airoso reviste de una encantadora gracia: corona el oro su agradable frente: al arbitrio del viento, su rizado cabello ondea sobre el hermoso cuello: los colores del Iris suavemente, de oro, de azul de verde y encarnado, relucen en sus alas: el agrado de su gesto, su porte, su belleza, manifiestan la pureza de un Angel; y anuncia un caminante su vestido, á su cuerpo con púrpura ajutado: lleva de plata una flexible vara: su andar es noble, como lo es su rostro: llega: sin verle le siente el Querubin, y hácia él se vuelve majestuosamente. Satanás reconoce en el semblante á Uriel, al mismo que el Señor honraba en sus tiempos, con más de un importante encargo, y que glorioso se contaba, como uno de los siete Serafines, que están siempre delante de su alto trono, de su pensamiento observando la indicacion más leve, para volar á los remotos fines del universo, cuando lo requiere su voluntad sagrada. La menor seña, la mirada menor basta, para que sepan lo que quiere, y rápidos del alto firmamento, dejando atrás, del aire las corrientes ligeras, ó del mar las fieras hondas, se arrojan á

este mundo en un momento, á intimar los soberanos decretos, de su sacra voluntad á los humanos.

«¡Oh Querubin! le dice reverente Satanás, te conozco; Uriel
»te llamas; sé que uno de los siete mensajeros eres de nues-
»tro Dios; que justamente su favor logras, entre los principales
»cortesanos celestes: que proclamas sus leyes y prodigios de
»órden suya, y aún quizá fiado en tu propia prudencia á este
»globo remoto, y radiante como su embajador, te ha diri-
»gido. Yo por mi parte, soy solo un curioso viajero, de ins-
»truirme deseoso, y saciar mis sencillas ánsias, de ver las
»grandes maravillas de Dios, y entre ellas, la que más excita
»mi anhelo, esto es, el hombre; esa apreciable produccion, su
»criatura favorita, para quien ha formado esa admirable bó-
»veda de los Cielos azul. Por esto sólo dejo la morada del
»Empireo, y me ves por aquí errante.

»Guia mis pasos, pues, ¡oh tú, glorioso querubin! Porque
»ignoro la carrera, que deberé seguir de aquí adelante, para
»acertar, entre ese numeroso ejército de mundos, con la esfe-
»ra, en que habita ese ser tan venturoso. Para evitar cual-
»quiera contrariedad, dignate detallármela, y á un tiempo
»decirme, si es perpétua la morada del hombre en aquel órbe,
»ó está destinado á vivir alguna temporada en él, y á otros
»despues de ser trasladado por su turno. ¡Que yo de su glo-
»rioso criador los beneficios contemplando, los cante, ó los
»admire silencioso! ¡Que su amor, rebosando, en mi pecho
»haga que corresponda agradecido á tantos, como yo mismo
»adeudo á su bondad! ¡Que su poder eterno admire yo en
»el hombre, como hasta ahora lo he admirado en el Cielo, que
»le adora, y aún en el hondo infierno, donde perpétuas llamas
»implacables castigan á los culpables Angeles! es de creer,
»que esta raza de pecadores del Cielo para siempre desterrada
»por el hombre inocente; y su linaje sea sustituida. ¡Para
»nosotros, qué gozo sería ver, que el culto de Dios así crecía!
»lo mejor dispondrá su poder santo que une con la justicia la
»clemencia.»

Del Angel falso tal es el doloso lenguaje. Con aquel sutil

engaño, logra á Uriel dèslumbrar, y no es extraño, pues á excepcion del Todopoderoso nadie puede saber, lo que en la inteligencia de un espíritu se esconde, y muchas veces la sabiduría de Dios, permite que la hipocresía, á la verdad hurtando sus colores, astuta, enrede al mundo en sus falsedades, y aunque se meta, bajo el sacro velo de la virtud, en el lugar más santo. ¡Ah! ¡En vano la prudencia se desvela, para impedir la entrada á sus horrores! la sospecha, su cauta centinela á veces adormecida á su puerta, confiada, el incesante riesgo olvida, á la inocente sencillez entrega su guardia, y ésta á quien su bondad ciega, juzgando lo interior por las apariencias, en el oculto mal, vé la inocencia. Tal es su suerte, y tal fué la del buen Uriel, aunque de juicio y ciencia lleno; siendo más perspicaz que otro cualquiera, entre los inmortales de su clase, con todo, á Satanás, por su alma pura, midió: víctima fué de su falsia, y afable contestó de esta manera:

«Puesto que el noble ardor aquí te guía, de ver y de adorar
»las admirables obras de Dios, jamás á tus laudables deseos,
»¡oh Angel bello! negaría mi aprobacion, ni ménos las noti-
»cias, que desear pareces, necesarias al logro de tu intento.
»¡Y cuántas alabanzas no mereces tú, que tan generoso, á las
»delicias te has arrancado del celeste asiento, solo para venir
»á estos lejanos parajes, á admirar los soberanos atributos de
»Dios en la esplendidez que ha prodigado á la naturaleza, y
»por tus ojos ver las maravillas, que otros quizá, por no dejar
»sus puestos, solo sabrán por relacion ajena! ¡Y cuán grande
»y magnífica, cuán buena es la suma deidad, que ha derrama-
»do, en un desierto inmenso, esos lejanos, y nuevos mundos,
»esos rutilantes soberbios astros! ¿Quién ha numerado hasta
»ahora, esos testigos de su gloria? ¡Cuán dulce es verlos, y
»saber su origen! ¡Cómo resalta su sabiduría incomprensible,
»en los objetos todos! la causa oculta y muestra los efectos.

»De esto fui buen testigo en aquel día, en que la masa in-
»forme, inmensa y bruta, del universo todo, en su presencia,
»apareció á su voz. El caos temblando la oye: el abismo cum-
»ple, aunque bramando su órden: sola la noche, que aún

»enluta la masa, hace dudar de su existencia. *¡Haya luz!* dice
»Dios, y en un momento todo queda nadando en luz flamante.
»de la confusion misma el órden sale: cada elemento, el puesto
»á él destinado, aguarda apenas, que se le señale; y al punto
»va á ocuparlo presuroso: segun su peso el aire, fuego, tier-
»ra, y agua, en el que les toca, establecidos, fijos, suspenden
»su implacable guerra. Su imperio cada cual tiene, y su oficio;
»pero obedecer deben reunidos, á la constante ley, que en
»bien de todos por el Criador se les ha impuesto. Parte de
»ellos, ya cerca, ya lejanos, el universo forman: las restan-
»tes á establecerse fueron á otro puesto remoto, y con un mu-
»ro que elevaron, aseguraron las bóvedas del mundo. ¿Ves
»aquellas azuladas llanuras, de los suaves rayos alumbradas
»de una pálida luz, que no muy léjos de nosotros están? Pues
»ve ahí la tierra, que alrededor del sol rodando viene, y que
»de propia luz no disfrutando, brilla á medias, de este astro á
»los reflejos, pues de su redondez nunca destierra totalmente
»la noche, y diariamente, miéntras su media esfera está mi-
»rando al sol, la otra mitad está sombría.

»Aquel punto, que ves allí brillando cerca de ella, es la luna
»(que este nombre dan á esa esfera, al hombre tan propicia:)
»la que aunque tambien brilla con prestada luz, la parte con
»ella diligente, y con su fulgor suave la consuela, cuando de
»la del sol la ve privada. Ella igualmente es la que se desvela,
»en darla de sus meses la medida, variando por tres veces
»inconstante su cara, ya creciendo, ya menguando; ya llena, y
»ciertos dias escondida en cada uno, hasta tanto que reco-
»brando toda su luz, de nuevo, con plateada claridad, en las
»sombras resplandece, y al dormido hemisferio, dulce arrulla.
»¿Mas ves aquel terreno reducido, aunque fertil? Allí está
»colocado el hombre en un jardín, que cada dia, con su culti-
»vo, está más agradable: allí la dicha goza, y el reposo. Un
»camino preciso allá te guía, parte: no necesitas de mi
»auxilio otro deber exige mi presencia.»

Dice, y se va. En silencio, respetuoso, se inclina Satanás,
guardando el modo, que se debe á su clase. Con esmero se



hace en los cielos esta diferencia de rango; á cada cual exactamente se tributa el correspondiente honor; distincion justa y útil, que conservando el orden, general, preserva de insubordinacion á todo reino, que entre sus sacras leyes la ha adoptado: mas ya Satanás rápido se aleja volando, y en el aire un surco deja de opaca luz, cual torbellino fiero, á la tierra siguiendo su camino, y no para con la ánsia que le anima, hasta hollar del Nifates la alta cumbre.





LIBRO CUARTO

Satanás á la vista del jardin del Eden, y del paraje en que ha proyectado ejecutar su atentado contra Dios y contra el hombre, comienza á intimidarse. Se halla agitado de opuestas pasiones, y entre ellas de envidia, de temor y desesperacion; pero se confirma en el mal, y se avanza hácia el Paraíso. Descripcion del monte, en cuya cumbre está situado. Satanás vence todos los obstáculos: se transforma en buitre, y se sienta sobre una rama del árbol de la vida. Pintura de aquel jardin delicioso. Satanás examina á Adán y Eva. La nobleza de su figura y la felicidad de su estado, le llenan de admiracion; persiste en la resolucion de arruinarlos: espía en secreto su conversacion, por ella sabe la prohibicion del fruto del árbol de la ciencia. Funda sobre esto su plan para hacérsela quebrantar, pero lo dilata, á fin de enterarse aún más de su situacion. Uriel bajando del sol, avisa á Gabriel la llegada de un espiritu infernal al Paraíso, aunque no ha podido conocer cuál es. Gabriel se promete dar con él antes de la mañana inmediata. Adán y Eva se retiran al fin del dia á disfrutar del sueño. Descripcion del cenador en que dormian. Oracion que hacen al llegar á él, antes de recogerse. Gabriel hace la ronda con los Angeles que están de guardia, y entre ellos envia dos al cenador, por si acaso ha ocurrido á aquel espiritu maligno emprender alguna cosa contra nuestros primeros padres mientras duermen. Le encuentran con efecto, junto al oído de Eva, ocupado en tentarla con un sueño, y le traen por fuerza á la presencia de Gabriel, á quien contesta con orgullo, preparándose al combate. Espantado por una señal del Cielo, huye fuera del paraíso.

Oh! quién pudiera, aquellas temerosas palabras repetir, con voz tonante, que el santo evangelista inspirado, entendió, cuyo eco hizo temblar las espaciosas bóvedas de los Cielos, que al distante mundo gritaron, de temor helado: «¡Ay de los habitantes de la tierra!» cuando segunda vez el fiero dragon, en figuras, el tiempo venidero, anunciado por los santos Profetas, á los hu-

manos vino á hacer la guerra! ¿Y esta voz de los Cielos, no podia al hombre prevenir del insidioso lazo, cuando era tiempo todavia, de evitarlo? Con esto precavido, reconociendo al Angel tenebroso, su pérvida traicion, quizá burlando, de su furor se hubiera defendido. Mas, si el hombre de cierto lo supiera ¿en ser leal qué mérito tendria?

Con todo, astuto, ya se va acercando por la primera vez, el enemigo infernal, á turbar su dulce abrigo, y á vengar en la frágil é inocente pareja, sus merecidas afrentas, la privacion, que sufre justamente de su felicidad y sus pérdidas glorias, en el infierno sepultadas. Mas el momento llega. Ya el estruendo de la tempestad suena: ardiendo en ira, Satanás hue-lla ya aquellas felices moradas. Gime la naturaleza al verle; y á pesar de su fiereza, el, turbado, aún sumergido en dudas, de sus mismos furores espantado, retrocede: así el bronce de la guerra, cuando la muerte, que en su seno se anida, tronando arroja, ceja estremecido. En vano ha quebrantado vencedor las puertas del abismo, y con sus artes al Eden delicioso ha penetrado: el infierno consigo en todas partes lleva: sus penas en su pecho moran: le devoran las infernales llamas: en una situacion tan horrorosa, por huir de aquel infierno, el miserable, así mismo su ser se arrancaria.

La desesperacion cruel le incomoda, y aviva todos sus remordimientos: teme la prevision, y la memoria: esta le recuerda su pasada dicha, lo que es y lo que ha sido, y sin fin acrecienta sus tormentos: la prevision, á su ánimo afligido anunciando la suerte venidera, que por sus nuevos crímenes le aguarda, de parte de aquel Dios tan implacable, y justo vengador, como amo dulce, le está continuamente desolando. Todo le asusta, oprime y desespera. Ya del Eden al deleitoso aspecto, de rabia se consume su envidioso corazon, á sus ojos presentando, en su recinto plácido y ameno, una imagen del Cielo, que ha perdido: ya el apartado empireo contemplando, con la llorosa vista lo devora, ó al ver el bello Sol, que el orbe adora, rios de resplandores derramando, herido de sus luces, con rabiosa

ira, aparta su tenebrosa vista, y al paso que del pecho en lo hondo gime, así aquel astro su dolor expresa:

«¡Brillante globo, antorcha majestuosa, que pareces el Dios
»de ese reciente mundo! ¡Tú, cuyo aspecto es suficiente, para
»que el dolor pierda intimidada, esa turba de estrellas lumi-
»nosa! ¡tú, que á la noche mandas, que sus tristes negros
»velos, recoja apresurada! ¡Tú benéfico don de mi tirano,
»portento de tu dueño poderoso, que el mundo todo de ale-
»gría vistes! ¿qué te hice yo, que á mí solo atormentas? sí: te
»aborrezco ¡oh Sol! ¡Cuánto aumentas, con tú hermosura
»misma, mis dolores! ¡yo la tuve algun dial ¡rodeado de más
»resplandores vivisimos que tú, á no ser mi rebeldía infausta;
»triste de mí! en el Cielo venturoso, un solo rayo eclipsaria
»toda tu luz, y desde mi elevado trono, veria ahora tu orgu-
»llosa diadema, por mis piés hollada! ¡He caido. Aquel
»necio desacierto de mi soberbia, me ha precipitado del Cielo,
»á las cadenas, y el infierno me ha abierto. ¡Vasallo fementi-
»do.....! ¡Hijo ingrato!... ¿Cómo he desconocido á un Dios,
»en quien más que un amo, un bienhechor tenia?

»¿Cuando en su corte tan felices fuimos nos echó nunca en
»cara por ventura, los altos dones, que debimos á su amor
»adoraciones, himnos, una pura gratitud, para aquel augusto,
»monarca, ¿qué homenaje más dulce, ni mas justo? no exigió
»de nosotros otra cosa. ¿Y cómo pude yo graduar de dura,
»una ley, tan honorífica y tan suave? quise ser su rival: contra
»él, ingrato, los dones convertí que le debía: me persuadí
»desdichado, que á un paso más, con él me igualaria: de sus
»mismos favores, el exceso llegué á temer, como insufrible
»peso de reconocimiento; y resentido no paré ya, hasta ha-
»berlo sacudido. ¡Triste de mí! ¿Por ventura ignoraba, que
»de un corazon bueno la ternura, jamás recibir teme, por que
»sabe amar, y siendo el reconocimiento amor, en él la ingra-
»titud no entra? ¿y qué otra cosa que mi amor, pudiera lleno
»de lealtad, y rendimiento, pagar los beneficios inmensos
»de Dios, y sus bondades paternas? ¡Cuánta satisfaccion
»no sería para mí que al paso que me llenara de bienes, yo con

»mi tierno amor se los volviera, y siempre le debiera, aunque
»pagara!

»¡Mas, por qué de su trono soberano, me hizo nacer tan
»próximo mi suerte! Más léjos, no me hubiera seducido. De
»mi dicha, ha procedido mi mal. Se humilla el débil, más el



poderoso siempre quiere subir: sí: el engañoso poder, de
»mi delito la causa fué: aspiré al trono, y perecí proscrito.
»Pero, aunque fiel me hubiera conservado, ¿Quizá entre mis

»iguales, otro no hubiera habido, que embriagado del poder
»como yo, se rebelara contra Dios, y me arrastrara á imitarle?
»No por cierto. Sumisos, y leales, á cual más firme, en pié se
»han sustentado, y solo yo, de todos, he caído. ¿Acaso les dió
»Dios más abundantes dones, más fuerzas, para que permane-
»ciesen constantes? A todos por igual los repartió su mano om-
»nipotente.

»¿De qué me quejo, pues? ¿Y qué excusa he de dar? ¿A quien
»echar la culpa? ¿De libertad quizás carecería? Tam-
»poco: nada, nada me hacia falta, libertad, gracias, todo lo
»tenía, y mi corazón solo claudicaba. ¡Tú, corazón desventura-
»do, fuistes el que los dulces vínculos rompistes del tierno
»afecto, con que te amaba Dios! ¡Perjudicial amor! ¿Y por qué
»amarme? Su odio prefiero. De desesperacion solo sirve su
»amor. ¡Sea maldito....! ¿Mas que dices, espíritu tentador?
»¡Primero que él, lo seas tú mil veces, vasallo infiel, de su fa-
»vor indigno! ¿Qué tienes más, que lo que tú mereces, tú, que
»hicistes, un uso tan innoble de tu albedrío, digna gracia,
»y cuyo abuso, solo fué obra tuya?

»¿A dónde huiré desventurado? ¿En dónde de su vista, á la
»cual nada se escapa, podré ocultarme? ¿De su soberano po-
»der, del duro alcance de su mano, quien me libertará? ¡Poder
»terrible, sin fin, igual á mi tormento horrendo! Las infernales
»puertas he forzado: de mi prision he hallado la salida; ¿pero
»qué he sacado de mis fatigas,! ¡Ah! el verdadero infierno aquí
»se anida, en lo hondo de mi pecho! Es un segundo infierno,
»que arrastrado de un insano furor, he abierto por mi propia
»mano, mil veces más voraz, y más profundo, que el primero
»en que fui precipitado, y tal, que aquel es á su lado un Cielo.

»¡Arrepiéntete, pues, desdichado! Es justo, ya que has sido
»tan culpable ¿Ha de ser vano mi remordimiento? ¿De mi
»llanto, ese Dios, no ha de hacer cuenta? Póstrate, pues, ante
»su poderío ¿Mas qué digo? ¿Postrarme? ¿Yo postrarme? Solo
»el decirlo, es la mayor afrenta. Antes su encono logre des-
»truirme. ¿Qué dirían de mí, los inmortales guerreros,
»que mi suerte han dividido, ellos, que firmes en los más fa-
»tales reveses, á Dios mismo, en el supuesto de mi superior

»clase, me han colocado, y en mí sus esperanzas han reunido?
»¿Cuando me oyeron insultar tan bravo, á ese Dios, por ven-
»tura pueden presumir, qué pensase en volver á ser su ciervo.
»¿Y podré yo, á los piés de ese tirano, postrándome en su nom-
»bre bajamente, llevarles, engañando su deseo, vil perdon
»en lugar de la venganza? me corro de un proyecto tan torpe.
»Cuando como á su Rey, concordemente rendidos, me presta-
»ron homenaje, sobre las ruinas de la omnipotencia, mis de-
»rechos fundaron, y aunque fuera posible que ese Dios me
»perdonara, y que yo le mirara sin recelo, tan poco tiempo su
»perdon duraría, como el dolor con que me arrepintiera. Bien
»presto Satanás se indignaría de verse perdonado. Vuelto al
»Cielo, restaurado en mi primera silla, mis hierros en romper
»no tardaría, y volvería á mi anterior audacia. El natural
»orgullo de la dicha, se burlaría al punto de un forzado jura-
»mento, arrancado á la desgracia. Mi furor, á ese Dios que yo
»detesto, acometiendo, un golpe aun más terrible me atraería,
»de su brazo airado. Y si mi honor echando yo en olvido, esas
»paces hiciese de un momento, ¿qué más en mi favor resulta-
»ría, que doblar mi tormento, y mi venganza? Nada basta á
»curar del ofendido orgullo las heridas. Yo sabría los males
»perdonar; más no es posible, que una injuria perdone. ¡De-
»masiado honda es la llaga, que en mi triste pecho, ese sober-
»bio vencedor ha abierto, para que yo la olvide! Mi terrible
»enemigo lo sabe: así, cerrado á toda compasion, su amor
»inclina al hombre, que nos ha sustituido en todo su favor.
»A este destina los tronos, de que cruel nos ha arrojado. Para
»él tambien es ese delicioso mundo, que liberal ha enriquecido
»con tal afan, su poderoso brazo.

»¡Adios, pues, esperanzas y temores; viles remordimientos,
»sin tardanza huid de mí! ¡Ven tú, dulce venganza, penetra-
»me de todos tus furores! ¡Que el imperio del mundo ese ad-
»versario soberbio, y yo, dividamos á lo ménos, y en el iguales
»cultos consigamos! ¡Que él sea el Dios del bien, y yo al con-
»trario, el Dios del mal! Estoy ya decidido. Le juro desde ahora
»guerra eterna. Ambos nuestros altares en la tierra tendre-

»mos, y esos hombres, que ha querido antepoñernos, ese Eden
»florido, será de mi poder, y de mi esfuerzo, el primero, y glo-
»rioso monumento.»

Mientras así se explica, está pintada la desesperación en su semblante, acompañada del aborrecimiento, y la envidia rabiosa. Su tez que por tres veces, inconstante, de color ha mudado en un momento, al que atento estuviera mirándole, de su corazón bárbaro la odiosa trama, el disfraz con que ocultar quería quién era, y el objeto á que venia, sin duda alguna hubiera descubierto; pues un rostro celeste resplandece siempre igual, ni una nube le empaña. El mismo Satanás, el riesgo advierte de ser reconocido, y de tal suerte vuelve á disimular su fiero enojo, que no parece ya en aquel instante, más que un Ángel de paz. El fué el primero que inventó el disfraz con los colores de la virtud, y los horrores del vicio. El dulce resplandor de su semblante hubiera á unos mortales deslumbrado; más, no pudo engañar la penetrante vista de Uriel: sus ojos le han seguido hasta la Asiria misma: hasta el elevado monte, en cuya ergida cumbre está parado. Satanás se cree solo; más le observa el Querubín de lejos vigilante; en su inquietud, su fulminante vista, su turbulento andar, y su proterva cara, desconociendo, su excelsa patria y el yerro, en que ha caído, reconoce.

Satanás, entre tanto, prosiguiendo su aventurada empresa, ya ha llegado de Eden á las llanuras deliciosas: (1) mira y vé en suave cuesta un estenso collado, que coronan, compitiendo con sus ramas fornidas y frondosas, los bosques que recorren su ladera: densos entre ellos, mil entretejidos arbustos, con su verde follaje espesan más, aquellos escondidos asilos de una sombra impenetrable, y su lozana, y rústica abundancia, la entrada impide á la feliz morada. Subiendo más arriba, con ascenso gradual, el fresno altivo, la apreciable y triunfadora palma el cedro inmenso, y el paramidal pino, aquel oscuro agreste anfiteatro circundando, y amontonando, sombra sobre sombra, forman un majestuoso y verde muro, que el vasto espacio del Eden rodea; pero de dentro el hombre domina su

inmensa cerca, alegre contemplando á lo léjos su nuevo y extendido imperio. En el paraje más subido del collado, su cumbre coronando, se extiende una arboleda innumerable de fecundos frutales escogidos. A un tiempo junta lo útil y agradable. En sus ramas, que mece un soplo dulce, junto á la abierta flor, el boton crece, y la recién nacida fruta ya madura, nueva esperanza al apetito brinda. El influjo del sol, que con dulzura y abundancia sus rayos las depara, las sazona, y varía, con los bellos colores que el hermoso celeste iris, á tenebrosa nube.

Cuanto más Satanás, á la encantada arboleda se acerca, más percibe de un céfiro suave la pureza; aire divino, con el cual revive, de aquel fértil terreno la agotada fuerza, y conserva toda su belleza: puro aliento, remedio soberano para todos los males exceptuada la desesperacion: ¡para ello inútil! Alredador de Satanás respira balsámica la alegre primavera: el dulce viento por las plantas rueda, ó de las aguas sobre la ligera y clara cima plácido resbala. Su soplo exhala un néctar delicioso, y al sonido de sus blandas alas, revive el verde campo adormecido: las flores va besando inconstante, con su ámbar, ambas alas perfumando: murmurando despues, vuela inocente, á contar á todo otro vientecillo que halla, cuanto es la tierra deliciosa, donde recogió su preciosa carga.

Así cuando un piloto, recorriendo las apartadas costas africanas, bordeando sus desiertos arenales, las torres de Mó-zambica lejanas olvida ya, hácia el norte, prosiguiendo su viaje, entonces de las playas del oriente, siente venir las olorosas aromas de aquel delicioso clima, que su olfato disfruta con intenso anhelo. Enajenado respirando los vapores preciosos de aquellas tierras, en que siega errante el Arabe, la mirra, y el incienso: la vela acorta, y lento navegando por la costa adelante, de aquellas sensaciones la dulzura más largo tiempo procura disfrutar : hasta el antiguo Océano celebra de él, y de su nave, el dulce sueño: aunque al cabo ésta deja la ribera lejanas, aspiran aun los marineros los hálitos suaves, que ligeros la siguen largo espacio en su carrera.

Tal silencioso el Diablo, disfrutaba con ansia, el fresco y perfumado viento, que respiraba en aquellos contornos. Suspenso, solitario, á paso lento, va rodeando la cerca dilatada,



procurando penetrar en su recinto; pero cien veces, sin hallar la entrada, se pierde en aquel denso laberinto de plantas y de arbustos, que cerrando los huecos, y los árboles trepando hasta lo alto, con tal fuerza se enlazan, que el paso á cada instante le obstruyen, y le ocultan las partes interiores de aquel jardin, y sus habitantes. Hacia el lado opuesto, que al oriente mira, es en donde existe únicamente, bajo de frescas sombras, una entrada; Satanás la repara, y despreciando con soberbio desden lo que no cuesta dificultad, de un salto se deja caer en la sagrada mansion, quebrantando la ley severa por el Cielo impuesta.

Así entre sombras, cuando recogido en el aprisco, está el dormido pastor, creyendo su rebaño allí seguro, feroz de su hambre cruel agujoneado, el voraz lobo acude, y salta el muro, y el ladron, ayudado de las sombras de la noche, si-

tiando del avaro el tesoro, que cien fuertes cerrojos y espesos muros guardan, abre un claro, por el puesto en que ménos lo sospecha, dejado en él, por allí se cuela, y carga sin temor con sus despojos: del mismo modo aquel fiero Arcángel, de todos los bandidos el primero, que desde sus principios fué homicida, pérfido asalta el muro, en que se guarda el tesoro de Dios sobre la tierra: ya dentro, sube al árbol de la vida, al árbol, que hácia el Cielo, con su bella copa, entre todos los demás descuella, y en la rama más alta y más frondosa se empina, transformado en la figura de un carnicero buitre. No procura buscar la vida eterna en su preciosa fruta, antes bien respirando horrores, desde el árbol vital, está pensando con malicia profunda, de qué manera á cuantos viven ha de dar la muerte.

Tampoco cuenta en sus instancias, el recobrar, con la celeste influencia sus virtudes, del árbol saludable: solo es una atalaya, desde donde, sin que pueda advertirse su presencia, que entre sus hojas cautamente oculta, consiga ver su deseada presa. Así tan solo la divina ciencia conoce el precio justo, y la medida precisa de los bienes y los males de esta vida, y los otros vivientes racionales los pervienten, y hacen de ellos tal vez un uso indigno, profanando los dones más sagrados, y más bellos del Cielo, y del bien mismo, el mal sacando.

Silencioso el Arcángel estudia el pais delicioso, que domina. La tierra allí otro Cielo se le antoja, que rica en bienes, á su vista ofrece, en sus claros arroyos, los verdores de sus campos, sus flores, y sus frutos, á un breve, y vivo cuadro reducida en su recinto, toda la hermosura, que extensa brilla en la naturaleza. Es el jardin de Dios: es su escogida morada: de su amor es el secreto asilo, y de sus dones el objeto. Dios mismo desde Aurán que hácia el oriente á su extension de término servia, al occidente lo habia prolongado, hasta el llano, en que vieron los futuros siglos, alzarse los soberbios muros de la griega Seleucia, y allí habia plantado con sus inmortales manos mil arbustos floridos, mil frutales, inocen-

tes primicias de aquella tierra, virgen todavía, que eran del paladar, y del olfato, cual de la vista misma la delicia. Más hermoso, más grato alzado sobre todos los restantes, daba el árbol de vida sus esplendentes frutos, con que los aires perfumaba de ambrosia. Muy cerca, en la apariencia, poco ménos hermoso, se elevaba el árbol homicida, de la ciencia del bien y el mal: ¡Ay Dios! ¡Funesta planta! ¡Y qué de penas á los hombresuestas! Por ella, los ardidés del infierno sumergieron la tierra en tantos males.

Un abundante río, al mediodía, por la llanura mil rodeos dando, de su verdor aumenta la belleza. Encuentra con un monte, y sin ladearse en un abierto seno, que al costado presenta, por la arena jugueteando, sus claras ondas corren á encerrarse. Por su mano el Eterno ha atravesado el alto monte en medio del camino, que recorre aquel río trasparente, para que se introduzcan en sus venas, por sus sedientos poros invisibles, las aguas todas, y despues de llenas en manantial de lo alto despedidas, y en multitud de fuentes apacibles, y limpios arroyuelos separadas, rieguen las tierras del jardín hermoso. Regado todo, nuevamente unidas en un espacioso lago, de él en cascadas caen con extruendo todas juntas. El río apareciendo segunda vez, triunfante, caudaloso, de volver á la luz se ensoberbece y todos sus raudales agregando á su corriente, buscando rápido nuevas tierras, de allí desaparece, en las que en cuantos ríos separadas sus aguas, á infinitas, y lejanas regiones, la frescura, y la abundancia llevan, de cuyos nombres y distancia, apenas conservados en le historia, por no alegrarme, no recuerdo ahora.

Mas, quisiera yo hacer una pintura cabal, si el arte tanto hacer pudiera, del modo con que el río, en su primera libertad, derramando su honda pura, de la altura del monte despeñada, con fuerte estruendo, su cascada cubre de un paño de zafiros cristalino, y cual rueda despues apresurado, en los varios arroyos que produce, arenas de oro, y perlas orientales. Cada uno de ellos riega en su camino con su néctar las plantas, coloreando las flores, y sazonando las frutas. Flores

y frutas todas celestiales, dignas de aquel divino Paraíso. No las oprime el arte, al cautiverio de su mezquino método reduciendo sus libres y variadísimas familias. No conocen de su imperio la nimiedad. No están en arregladas tablas, y estrechos cuadros reunidas, sino el azar, sin orden aparente, exparcidas por la mano magnífica de la naturaleza, sobre todo las artes eminentes, que siempre inimitable, la belleza, que ha prodigado á la esmaltada tierra, en el mismo desorden ha cifrado. X

De aquella multitud innumerable de plantas y de flores diversas, una se abre al rocío de la aurora; otra ostenta la púrpura agradable de su caliz al sol, que la embelesa, y tierna se matiza, á los ardientes rayos del mediodía; otras de un verde bosque, á la sombría solitaria espesura, calladas, y modestas su belleza descubren, ocultando vergonzosas sus atractivos, entre la frondosidad de ramas del horizonte á la luz pura: Tal era aquel jardín rústico, encantador y sencillo y al mismo tiempo majestuoso. Se realizan en él las fabulosas descripciones de aquel incomparable y afamado jardín de las Hespérides. Mil globos de oro, que entre la agradable verde esmeralda de las hojas pende, y bajo cuyo peso delicioso, hasta el suelo descenden las ramas oprimidas, brillan en medio de sus excelentes, innumerales frutas, matizadas de distintos vivísimos colores, perfumadas con tan varios aromas, como son diferentes sus sabores. En otras partes del jardín inmenso, á porfía, las preciosas lágrimas, mil arbustos y plantas olorosas destilan, de la mirra y del incienso.

No ven allí los ojos encantados, más que una variedad de perspectivas, á cual más admirable, deliciosas campiñas, arboledas, verdes prados, abundantes raudales de aguas bullidoras, que exparcen la alegría y la hermosura, rebaños, que gozando la frescura de las sombras, esquilan extendidos, con paz inalterable, los floridos valles, al lado del león horrible, del voraz lobo, que con apacible inocencia, disfrutan el delicioso y fresco verdor de aquel remoto asilo, debajo de la copa

levantada de una palma, tendidos en la fina yerba, á la orilla de una fuente cristalina, ó paciendo tambien tranquilamente.



Otro arroyo, una vega dilatada baña, esmaltada de hermosas flores, y entre ellas de la rosa sin espina, digna de aquella peregrina tierra. Algo más lejos, antros ignorados del sol, de fresco modo cubiertos, en la hora del calor, al dulce sueño convidan con su plácido beleño; se encarama, arrastrando, la ambiciosa yedra sobre ellos, mientras majestuosa la parra

va subiendo á lo más alto, sus vástagos robutos exten-

diendo, á sus ásperos muros abrazada: pendientes, de la elevada bóveda, entre las verdes hojas, resplandecen sus racimos purpúreos, ofreciendo, de cada grano en el hinchado seno, un vaso entero de precioso néctar. A otro lado, de lo alto descendiendo de las colinas, varios arroyuelos, reuniendo sus aguas espumosas en un lago espacioso, festoneado de mirtos, y guarnecido de flores, en su fondo azul, espejo de los Cielos, despues de haber regado la fecunda tierra, acaban su marcha vagabunda.

Las aguas blandamente se estremecen, y al sonido responden con su acento dulce y variado, las canoras aves. Murmura entre las hojas el ambiente, que ligero las pone en movimiento, uniendo á aquella orquesta, su armonioso gemido, en tonos más ó ménos graves, los bosques, ya de cerca, ya lejanos, por los suaves vientos balanceados. Tal es aquel concierto delicioso, natural, que la fábula diria, que al coro de las gracias, agregadas las estaciones, sobre las variadas llanuras del jardin, á competencia, al compás de su dulce melodía, con los ligeros piés la yerba hollando, bailaban á compas, y que Pan con su flauta, acompañando la alegre danza, sobre el verde prado, por su parte gozoso celebraba, la fiesta de una eterna primavera.

No, de la fértil Enna la abundosa vega, que en otros tiempos habitaba la hija de Céres, la triforme Diosa, cogiendo flores con su linda mano, ménos hermosas que ella, cuando á la noche eterna del profundo Tártaro, la llavó el enamorado Pluton, y su afligida madre, el mundo para hallarla corrió de uno á otro polo, no era tan verde, deliciosa y rica, como aquella morada venturosa. Aun al valle de Daphne celebrado, que del Oronte baña la corriente, y fertiliza la graciosa Castalia, el bello Eden avergonzado abria. Las frescas arboledas, que hermosea el Tritón, donde no penetra el día, en las que Baco, aún niño, fué escondido con la cabra Amalthea, por Jove, ni las encantadas islas, bañadas por su rápida corriente, pueden con el jardin de Eden florido, ser por término alguno comparadas. El monte, en fin, en donde en otros tiempos antigua-

mente, criar solian los Emperadores abisinios sus hijos, mientras eran jóvenes, en pensiles deleitosos, adornados de plantas y de flores, lo que dió causa de que supusieran algunos sabios, que el Eden habia existido en los climas calurosos de la abrasada Etiopia, no podia sostener el cotejo más ligero, con aquel verdadero Paraíso, por más que de sus rocas elevadas, la vista el vasto espacio distinguía de su masion supuesta, recorriendo sus dilatadas faldas, y valles amenísimos, en donde su origen ignorado el Nilo esconde.

Se está de negra envidia consumiendo Satanás, que contempla el delicioso paraíso; se doblan sus dolores, solo al ver la morada venturosa de los deleites. Mientras que su ansiosa vista recorre todo su espacioso verde recinto, entre sus moradores advierte dos, cuya elevada frente, y porte majestuoso, le sorprenden: en ellos enseguida al ver sus bellos cuerpos, su presencia noble, llena de gracia y de inocencia celestial, el monarca tenebroso á los Reyes del mundo ha conocido lo eran realmente, y merecian serlo: imágenes de Dios, resplandecian en su rostro sus brillos celestiales: dominando en su pecho agradecido los afectos más puros y sagrados, como á padre le querian, y como á Rey supremo le adoraban. Queriendo siempre lo que Dios queria. Media su poder la omnipotencia, y en la obediencia sola, todos sus privilegios se fundaban; pero su sexo cada uno tenia diverso, y en sus prendas y figura, se observaba notable diferencia.

Presenta el uno, en su elevada frente, el valor junto á la sabiduría: la gracia encantadora y la dulzura se ven, de la otra, en el resplandeciente semblante. Ambos del Cielo hijos, habitan en el mismo suelo. El para Dios; mas ella juntamente, para él y para Dios, ha sido criada. En los ojos de Adán, alta respira la majestad; indican que ha nacido para el mando y la gloria. Su semblante sereno y varonil, inspira respeto: sus poblados cabellos, de un brillante negro color, de la cabeza hermosa, por el nevado cuello repartidos en naturales rizos caen ondeando hasta los hombros solo, con graciosa negligencia, y esparcidos los cubren. Como un velo densísimo fluctuan-

do, los de Eva, sin adorno y sin esmero, más poblados y largos, la hermosura ocultan de su talle, prolangando sus bucles de oro, juego del ligero céfiro, más allá de la cintura. Aquellos blandos rizos, se parecen á los corvos zarzillos de la parra, con que á los altos álamos se aferra á proporcion que crecen sus vástagos, que débiles caerian, si aquel robusto apoyo no tuvieran. Cabal emblema son de la debilidad de la mujer, que su ternura implora el apoyo á buscar, que necesita, en el amor del hombre, y fortaleza; pero con todo, al paso que á él se inclina como inferior, le domina amorosa. El hombre cariñoso, su entereza olvida y cede voluntariamente á su imperio. Ella gana dulcemente su corazon, y al paso que desea complacerle, reservada y modesta, de su amor los favores le escasea, con lo que cada día es más preciada.

Así se unen la fuerza y la dulzura, la bondad y el dominio, y conserva el pudor, del cariño la constancia. ¡No; tu falso pudor, hijo del crimen, sensacion vergonzosa, con que exprimen los vicios un malicioso exceso, no existias! El mundo, aún en su infancia, no estaba precisado á la injusticia, de cubrir, con un deshonroso velo, la obra suma del Todopoderoso; con hipócrita adorno, los vestidos vinieron á ocultar posteriormente, los dones, que ostentaba la inocente naturaleza, y á ultrajarla, unidos con el vicio en estrecha compañía. La vergüenza á la tierra desde luego vino, y huyó el pudor abandonado. Llegó á tener vergüenza de sí propio el hombre, á quien su culpa sumergia de la bajeza en el oscuro abismo: su honor perdió, por la decencia cambiando, su candor primitivo y su inocencia. No estaban en tal caso todavía los monarcas del mundo, que sin velo, sin el menor rumor, se presentaban á su Dios y á los Angeles purísimos. Como el delito aún no conocían, no temian en su desnudez santa, ó por mejor decir aún la ignoraban. Sin el menor recelo, serenos desplegaban sus bellezas. El, de todos los hombres el modelo perfecto, por sus prendas y figura; dotada ella de gracia y de belleza sobre todo su sexo; ambos dichosos; las delicias del mundo, y los gloriosos dueños de sus restantes

moradores, paseaban entre flores mano á mano de sus bellos jardines: el cultivo, que daban en aquel feliz estado, sin pena, sin cuidado y sin fatiga, no era para ellos más que un sucesivo placer, que les hacia más sabroso despues, el alimento y el descanso reposando, á la fresca sombra de una hermosa arboleda, á la orilla de una fuente cristalina, tendidos blandamente sobre la tierna yerba deleitosa, la dulce precision satisfacian de comer, ó el vigor disminuido, con ligero descanso reponian.

Su alimento sencillo ministraban los árboles; bajando sus ramas á sus Reyes, con rendido obsequio, y á su mano pre-



sentando mil frutas varias, que las agoviaban con su peso, balsámicas, jugosas, y exquisitas, saludables á un tiempo: calmados ya del hambre los apuros, para saciar la sed en sus cortezas perfumadas y huecas, recogian de alguna fuente los límpidos cristales; superiores del lujo á las riquezas, de mesa le servian, ya un verde otero, ya un ameno prado, alfombrado de tierna yerba y flores. Venturoso festin, en que se unian la

festiva sonrisa, y las delicias de la conversacion, con las caricias inocentes y puras, naturales entre aquellos inmortales esposos.

Durante la comida, numerosos vasallos, á estos Reyes poderosos del mundo, sus respetos tributaban; multitud de diversos animales, que entonces les acataban y servian, y despues á los bosques espantosas soledades y cuevas tenebrosas se refugiaron, donde montaraces, y rebeldes, al paso que temblaron de sus Reyes, sangrientos y voraces, por su parte tambien los asustaron, pero ahora deseando complacerles, su festivo cariño desahogando delante de ellos, los entretenian con sus variadas luchas. Véanse mansos y alegres los fieros leones, y tigres, retozar con los corderos: las crueles hienas, y forzudos osos, jugar con los siervos, y medrosos gamos, dispersos por el vasto llano. Aun el torpe elefante con pesados saltos se esmera, en que su Soberano se divierta; ya muestra su destreza, ya de su horrible fuerza el poderío; de su ágil trompa los multiplicados nudos flexibles, ó desenvolviendo, ó recogiendo con arte admirable, su prodigiosa habilidad agota.

A los piés de sus Reyes, deslizándose por el suelo despliega cada anillo por su turno, y aproximando se viene la pérvida serpiente silenciosa, sin dar sospecha á su ánimo sencillo. Otros brutos, la fina y fresca yerba del terreno fertilísimo siegan, ó el pasto rumian con reposo, que tienen en sus buches reservado.

Mas, por grados ya desfallece la luz del Sol, que al Occidente, sumergido desaparece en el remoto mar, y el taciturno astro vespertino, al luto de las sombras extendido, á presartar viene su farol nocturno. Hasta aquel punto Satanás callado, desahoga al fin, su cancerado pecho.

«¡Con que esta es, oh Potencias infernales, exclama, aquella raza afortunada, destinada por el fiero enemigo á ocupar nuestras inmortales sillas! ¡Oh trueque el más horrible y lastimerol ¡Oh rabia cruel! ¡sus nombres venturosos de la vida en el libro están escritos, los nuestros de él borrados por

»completo! Pero cuanto yo más los considero, más me admiro.
»Compuestos milagrosos de luz y cieno; á un tiempo espiritua-
»les, y terrenos; con poca diferencia, en prendas iguales á los
»Angeles, pueden llegar á competir con ellos; tal gracia en
»ellos, tal candor respira, que á pesar de mi justo y mortal
»odio, me compadecen ¡Oh desventurada pareja! Goza, goza
»apresurada de tu felicidad y honores. ¡Bienes, tranquilidad,
»placeres, al momento desaparecerán! Sí: ¡En adelante igua-
»larán tus dolores, tu gozo! ¡Tiembla! ¡Ve á la desgracia en-
»carnizada, preparada á devorar su presa!

»¿Y por qué Dios, á cuyo amor funesto debeis vuestra exis-
»tencia, tan frágiles os ha hecho, y no ha querido dar á
»ese noble sér más fortaleza? ¡En vano os hizo de la tierra un
»Cielo! Satanás mismo os viene á hacer la guerra. ¡Si, yo
»propio! Ese Dios que vuestra vivienda ha establecido aquí,
»hubiera debido protegerla, contra un desesperado enemigo,
»cual yo, con más cuidado. ¡Vedme pues ya presente! ¡qué
»digo! ¡No es el odio el que me guia, (2) oh inocente pareja,
»tan inferior á mí! La rabia mia contra vosotros no es! ¡Vues-
»tro abandono léjos de hacer que con encono os mire, mueve en
»mi pecho un sentimiento humanitario que para mí no tuvo mi
»tirano! Vuestra suerte á la mia á juntar vengo, unos mismos
»derechos gozaremos, y unos para otros viviremos todos. Yo
»facultad no tengo, de daros la alegría y el reposo, ni un
»Paraíso delicioso como éste; mas mi asilo os daré, aunque
»desgraciado, que me ha dado vuestro mismo protector: con
»él, sea cual fuere, yo os invito, si no es mejor, en mí no
»ha consistido.

»A mi Côte vendrán á conduciros Reyes y Potentados, y á
»serviros de escolta, en las desiertas regiones, que su camino
»atraviesa: De par en par las infernales puertas patentes, os
»darán ancho pasaje: No será como aquí vuestro destino,
»vivir en un espacio limitado: vosotros, vuestros hijos y linaje,
»cabreis con sobras, en cualquier puesto remoto de mi Reino
»extensísimo: Si en lugar de placer, hallais dolores, acusad á
»ese Dios, que á mis ofensas, á vengar en vosotros, ha obli-

»gado, los males, de que él solo ha sido autor: de vosotros estoy
»compadecido. Si; siento atropellar vuestra inocencia; mas, lo
»requiere la razon de estado, y esta debe tener la primacia.
»La conquista de un mundo, tanta dura afrenta que vengar,
»causas bastantes son, para desterrar toda ternura de mi ulce-
»rado pecho. Mi honor pide, que para siempre olvide la pie-
»dad. Esta debe callar, en el momento, que la gloria se pone
»por delante.»

Así para arrojarse á aquel horrible delito, Satanás endure-
cía su corazon, por si nada sensible, con la razon de estado,
y vano honor, excusas ya sabidas de un tirano. De su rama
al momento, con impía resolucion descien-
de, y confundido entre los animales diferentes, que á la sombra de aquel flori-
do bosque sestionan, ó retozan inocentes, tomando á cada paso
la figura de unos, y otros, se oculta, y se asegura de no ser
conocido. Con tortuosos pasos se acerca á los dos esposos, y
con la vista, y el oido atento, notando el menor movimiento,
ó palabra, sobre su rica presa vela astuto, que inocente de
nada se recela. Tan pronto del leon la catadura fiera toma,
sacude la erizada melena, y con los ojos centelleantes ame-
naza: tan pronto la figura del tigre cruel adopta, su barreada
piel, de sus verdes ojos las brillantes malignas luces, como su
postura, cuando espiando de léjos los sencillos retozos de dos
tiernos cervatillos, se agacha con cautela, la cabeza levanta, y
arrastrando se endereza á ellos, hasta esconderse tras de una
alta peña, ó matorral, desde donde salta sobre ambos el traidor,
con ligereza, y uno con cada zarpa atroz asiendo, sacia en
su sangre su furor terrible. Mientras que los acecha disfra-
zado Satanás de este modo, cariñoso, Adán á su mujer, que
tiene al lado, abre su corazon, y silencioso el enemigo, que
labra su ruina, no pierde del discurso una palabra.

»¡Oh tú, la dice Adán, mi amada y única prenda, sin la cual
»esta morada, por más que sea bella, me pareciera triste,
»y fastidiosa! Tú, mi caro tesoro, primero y noble don del
»Dios que adoro. ¡Sin duda á su poder imponderable iguala su
»bondad! ¿Y qué derecho teniamos nosotros á su amable

»proteccion? ¿Qué servicios le hemos prestado? ¿Necesitaba
»acaso nuestro vano auxilio, el que del polvo, con su mano
»poderosa, nos hizo en un instante, y nos dió todo cuanto
»poseemos? ¿Y qué nos pide en agradecimiento de tanto bene-
»ficio? Que gozando de todos cuantos bienes nos ofrece este
»ameno jardín, sólo exceptuemos la fruta de aquel árbol de la
»ciencia del bien y el mal, que al puesto está tocando, en
»donde el árbol de la vida crece: precepto harto suave, á quien
»goza, con una ámplia licencia, de tanta vária, y esquisita
»fruta.

»Pero, ¡oh mi cara esposa, advierte cauta, ¡cuán cerca de la
»vida está la muerte, un árbol de otro! Huyamos, pues, jui-
»ciosos de tocar á sus venenosos frutos, contentos con la
»suerte feliz, que á Dios sin mérito debemos, no irrite mos
»su cólera terrible; la muerte nos costará. ¡Sólo el nombre
»basta, sin conocerla, á que me admire! ¡Ah! pues que sobre
»todos los vivientes, nuestro imperio absoluto dilatamos y el
»aire, tierra, y agua dominamos mediante su favor, ¿por qué
»imprudentes, ¡Eva querida! su beneficencia olvidando ten-
»dremos la insolencia de quebrantar sus soberanas leyes?
»Obedezcamos, pues, á ese Dios adorable que nos dió un
»poder tan grande: no perdamos jamás nuestra inocencia,
»por ideas tan falsas como insanas. Ya que todos los frutos
»poseemos de este jardín hermoso, y extensísimo; á excep-
»cion de uno sólo, no lleguemos siquiera á ese árbol, que nos
»ha vedado.

»Bien merece este sacrificio leve, el que nos ha hecho tan-
»to beneficio. Rindamos pues á nuestro augusto Dios este ho-
»menaje tan ligero y justo. Su bondad, y grandeza bendicien-
»do, y su sagrada voluntad llenando, sigamos divertidos,
»las labores de las plantas, las flores y las frutas, que aunque
»trabajo hubiera en su cultivo, siempre á tu lado una delicia
»fuera.

»¡Oh tú! le responde Eva, ¡tú mi guía, mi dulce dueño, es-
»poso tan querido, de quien, y para quien he sido formada,
»sin el cual mi existencia no sería mas que un error de la

»naturaleza! Agradecer, es cierto, no podemos á Dios tantos
»favores dignamente, por más obsequios que le tributemos, por
»más que cada dia su grandeza aplaudamos; y yó, principal-
»mente, á quien dándome á ti, todo lo ha dado. En ti he ago-
»tado su magnificencia. ¿Qué objeto puede serte comparado,
»oh caro Adán? ¡Con cuánta complacencia me acuerdo de
»aquel dia memorable, en que empezó mi amor, como mi vida!
»Estaba ya dormida entre las flores: me despierto de pronto:
»me sorprende: un vivo sentimiento indubitable, me hace ver
»que yó existo. Esta rarísima novedad, por más que hago, no
»comprendo, mas, recorro mi sér desconocido; ni sé quién soy,
»ni cómo allí me encuentro, ni de dónde he venido. A los obje-
»tos cuidadosa atiende, que me cercan. En esto oigo el mur-
»mullo, que hace al brotar del escondido centro de una honda
»cueva, una abundosa fuente; siguiendo más pausada á su
»destino, de su agua forma un transparente paño: la miro: y
»en su cristalino seno veo brillar la luz. Aventurada, de aquel
»húmedo plano á la rivera llego curiosa, dándole una ojeada
»tímida; ¡pero cuánto no me admiro, al ver allí á lo vivo re-
»tratada la inmensidad de la celeste esfera, y de la tierra,
»cuanto coge el giro de la vasta llanura deliciosa!

»En esto de repente en su pura onda otro prodigio advier-
»to, una figura fluctuando en ella: me aproximo ansiosa; pero
»apenas me inclino, para verla mejor, cuando al paso me
»sale, y se me acerca presurosa: con la misma atencion me
»mira ella, que á ella yo, y si me aparto se retira. Cuando yo
»me estremezco, se estremece; se espanta como yo; pero yo
»creo que un móvil interior, que yo no explico, la una hácia
»la otra nos está atrayendo. De volver á acercarnos encanta-
»das, nuestros ojos mutuamente se buscan; y mi crédulo
»amor, hasta el presente; y el suyo, enajenadas mirándonos
»nos tuviera una á otro, si del espeso bosque no escuchara
»una voz, que me habló de esta manera.»

Deja, Eva, tus delirios, y comprende, que lo que ves no es
mas que una ilusion, un traslado sutil, una pintura de tí mis-
ma; que insana te apasionas por una vana sombra. Siguieme,

y verás pronto un nuevo objeto, no imaginario, sino que realmente existe, y vive, de tu afecto digno, como del suyo tú; que prontamente, con insolubles lazos á tí unido, con ternura será de tí estimado: el con su ardiente amor te hará dichosa, y su suerte no ménos fortunada será, con tu cariño inalterable, de tu fecundo seno, el humano linaje innumerable saldrá, que ha de poblar el vasto mundo. Serás nombrada la universal madre de los hombres, como él, padre de todos.

«¿Qué debía yo hacer? Seguí obediente, de aquella extraña voz el invisible eco, hasta tanto que te hallé dormido, á la sombra apacible de un plátano frondoso, y eminente. No encontré en tu semblante aquel hermoso tierno color, aquella gracia viva, delicadas facciones, y dulzura simpática de la imagen encantada, en que retratada me habia visto. Aunque admiré tu belleza varonil, y de tu augusto rostro la nobleza, tímida huía ya, cuando tú abriste los ojos, y á carrera me seguiste gritando:» vuelve, vuelve, querida ¡Eva! ¡No temas; no huyas; mira que tu vida de la mía ha salido! ¡Que de mi carne, y huesos eres hecha! Para que tú existieses, te he cedido una parte de mí, la más cercana al corazón, y de ella el amor brota, que debe unirnos con la más estrecha inseparable liga. Mi porfía no te espante, en querer contigo unirme: pues que eres la mitad del alma mía, de la cual yo dividirme no puedo. No huyas, pues, de un amigo, de un hermano, de un esposo. «A este punto me alcanzaste, y cogiéndome tierno de la mano, la colocaste sobre tu corazón. Cedi, y desde aquel punto, conocí en tu hechicera compañía, cuánto mayor amor, tu majestuosa presencia varonil, y tu juiciosa prudencia inspiran, que mi delicada belleza, que me tuvo alucinada.»

A estas palabras, mira cariñosa á Adán, y reverente, de sus brazos, le estrecha á medias, en los lazos castos, apoyando el nevado, y puro seno, que ocultan en gran parte sus dorados cabellos, cual madejas derramados, sobre su corazón. De pasmo lleno, al ver unido aquel respeto raro, con tal cariño, con el caro objeto, Adán, á sus caricias, amoroso responde, más, sereno, y repetable, aún su carácter superior de-

muestra, en medio del afecto que le prueba. Así en las narraciones fabulosas, á Júpiter se pinta, acariciando á Juno, cuando el aire fecundando su union sobre la tierra, la atmósfera llovió alegre los lirios, y las rosas, y derramó la verde primavera

De la más negra envidia consumido, observa sus caricias deliciosas, puras, como sus virtuosas almas, el perverso Demonio: enfurecido, con crueles ojos, de través los mira, y de este modo suelta á su ira el freno.

«¡Oh espectáculo horrible! ¡Oh nuevo infierno. Más insu-
»frible aún, que el que dejara! Ellos felices del amor más
»tierno mutuamente disfrutan. Han hallado en su sociedad
»dulce, en este hermoso jardín, cuanto podia su ambicioso
»corazon desear. ¡Desventurado yo! ¡Al paso que ellos aman,
»aborrezco, y cuando gozan, misero yo sufro! ¡Para ellos es
»la dicha, y la alegría! ¡El infierno, las penas, la venganza,
»siglos de padecer desesperados, llanto y horror, serán la
»suerte mia! Paz, gozo, dicha, amor, ¡jamás mi triste corazon
»sentirá vuestra dulzura! ¡La desesperacion, con sus dolores
»será en la eternidad mi única herencia, ¡Pero qué dices, ó
»infeliz! ¿No oiste el secreto importante, que ha salido de su
»boca? Tal vez algun consuelo podrá proporcionarte esa impru-
»dencia: en este suelo fértil, segun han dicho, se les ha prohi-
»bido la fruta, que en el árbol de la ciencia crece, como funesta
»al que la toca. ¿Vedar la ciencia, no fuera una loca manía,
»en Dios totalmente imposible? En esto es, pues, patente, que
»se oculta un secreto misterioso. ¿La ciencia será un crimen
»por ventura en ellos? ¿Estará acaso envidioso Dios, de que
»ellos la adquieran? ¿O por fortuna con la ignorancia evitarán
»la muerte? No; lo más cierto es, que será pura prueba, que
»Dios habrá determinado hacer de su obediencia debida, y su
»correspondencia final. Si es así, ¡Pobres de ellos! No pu-
»diera su altivo protector haber tomado providencia, que más
»facilitara su ruina á un tiempo, y mi fiera venganza.

»Parto; voy á pintarles el precepto de su Dios, que esa fruta

»ha prohibido, como extrañeza rara, como de baja envidia
»puro efecto, por que está persuadido firmemente, que si
»prueban del árbol de la ciencia la fruta, se abrirá su inteli-
»gencia, y como él, serán Dioses. Esta astuta invencion, y lo
»hermoso de la fruta, sin duda excitarán, ya sus curiosos
»deseos, ya sus humos ambiciosos. Si la comen son muertos,
»y pérdida su raza, mi venganza está cumplida. Pero nada
»omitamos, es factible que algun Angel, descanse en la espe-
»sura de este jardin, ó goce la frescura de sus fuentes. Tal
»vez será posible sacarle algun secreto aclaratorio, registré-
»moslo, pues, menudamente. Y vosotros jobjetos tan odiados
»por mí que os teneis por venturosos, ¡aprovechad aprisa
»los momentos breves, que os quedan que gozar, en tanto que
»vuelto, al reino del eterno llanto os llevo, á tener parte en
»mis tormentos.»

Dicho esto con escarnio, se endereza orgulloso á otra parte. Desconfiado registra el bosque, el llano, el monte, el prado, los frutales, las yerbas, y aún abrojos. Recorriéndolo todo pieza á pieza: Nada se escapa á su vivaz mirada. Allá en donde declina la bóveda del cielo, y nuestra vista deslumbrada juzga que el horizonte se termina del mar en la llanura dilatada, remoto, confundido, con sus ondas el sol entre arreboles, encendido de brillantes colores, se ponía, y lentamente desapareciendo, extendidos sus luminosos rayos, al nivel de los campos deleitosos de Edén, que de oro y púrpura pintaban, en su puerta oriental daban derechos; junto á ella, hasta los Cielos eminente un risco desigual, de deslumbrante alabastro, elevarse se veía: Entre sus rocas ásperas se abría un camino espacioso, que viniendo del llano, hasta su cima iba subiendo en varias vueltas. Los demás costados derechos, escarpados, eran de todo punto inaccesibles.

Sentados con sus Angeles, su altura de puntas erizada, de peñascos horribles, Gabriel ocupa envuelto en una oscura nube, y en tanto que viene la noche, á cuidadosas velas destinada, en ver sus varios juegos se entretiene, juegos nobles, heróicos, y cual convienen á jóvenes celestiales. Para ha-

cerlos, estaban despojados de atavíos guerreros. Esparcidas se ven por todas partes, suspendidas sobre las blancas rocas, las brillantes corazas, los morriones, los pesados broqueles, los escudos, los cimeros de oro, rico todo de perlas y diamantes; de los dardos y lanzas, los aceros tersos, que arrojan luz funesta y viva, completan la perspectiva horrible.

En esto sobre un rayo vespertino del Sol, rápido Uriel, á la manera, de una ligera exhalacion, descendiende, que en medio de una noche tempestuosa, muestra al piloto trémulo el camino, por donde se le acerca la espantosa tormenta, mientras triste, y diligente en vano la brújula consulta; al llegar dice: «escucha ¡oh generoso Gabriel! Puesto que el Todopoderoso, la custodia de Edén te ha confiado, en torno de estos muros cuidadoso vela; que temo que hay algun precito espíritu, que intenta en su distrito introducirse. En este mismo día, cuando mi astro mediaba su carrera, un sér espiritual llegó á su centro y se me presentó, como un curioso Ángel, que otro motivo no tenia de viajar, que el de ver el milagroso orden del mundo, y particularmente de admirar en el hombre la preciosa y fiel imágen del Omnipotente: su aire divino, y su presencia bella me engañaron al pronto, pero luego que partió, lo he seguido con la vista á esos montes, al norte colocados, hasta que en su espesura le he perdido. Su oscuro ceño, su desasosiego, y sus ojos turbados, no obstante su disfraz, me han persuadido, de que es sin duda una infernal espía, y algun perverso intento aquí le lleva.

»Ilustre hijo del Cielo, le responde Gabriel, sé bien, que de ese Sol brillante, que habitas, penetrante á tu vista, del vasto espacio, que con sus fogosos rayos alumbrá, nada se la esconde, y me consta tambien, que no ha llegado aquí ninguno de nuestros gloriosos ciudadanos celestes, desde la hora del mediodia, á no ser enviado con órdenes del Cielo, pues que hasta ahora, de la guardia ni un punto hemos faltado: Mas con todo, si alguna criatura de otra clase, cual dices, atrevi-da, saltando la clausura, de los muros aquí se ha introduci-

«do, lo que á un sér incorpóreo no podemos impedir, aunque

»más esté escondida,
»antes que la Aurora
»haya aparecido, es-
»tá seguro de que la
»hallaremos.»

Dijo: y á Uriel la punta del dorado rayo del Sol, que allí lo habia traído, formando un arco, vuelve apresurado á llevarlo á aquel astro que su ardiente rostro hacía las Azores escondia y su diaria carrera remataba, ó por me-



jor decir, rodar veía nuestra pequeña esfera diligente, que su órbita diurna teminaba, en tanto que él, inmóvil, majestuoso,

envuelto en resplandores, cual de la Aurora, así del occidente, el velo de vapores nebuloso, adornaba de mil colores vivos.

Pero la fresca noche, ya ha tendido su oscuro manto: el pueblo de las flores, de su negra librea se ha vestido: el silencio la sigue: se adormecen, cada cual en su albegue, ó en su nido, los brutos, y las aves, que al dulce viento plácidas se mecen en el lejano bosque: todo calla, á excepcion del vigilante ruiseñor, que amoroso, con suaves notas, en su variado canto gime, y á las sombras sus quejas tierno lanza: los céfiros detienen sus alientos, por oírle, y los ecos solamente, envidiosos sus acentos repiten; entre tanto la bóveda eminente de los Cielos, se cubre de záfiro centelleantes, que guía en la pomposa marcha admirable de sus varios giros. Héspero con su luz resplandeciente, hasta que en medio de la silenciosa turba, se deja ver su majestuosa reina, todos sus brillos eclipsando, y desde su azul trono dilatando el blanco velo de su luz plateada sobre la tierra, sepultada en sueño.

Adan entonces á su compañera dice así: «ya ha empezado »su carrera la noche, como ves: la amorosa paz la sigue: así »el Señor con admirable orden, suceder hace en el bullicioso »dia, el nocturno plácido reposo; de este los vagabundos animales disfrutan ahora sosegadamente, sin dar cuenta á su »Dios de los pasados tiempos, ó reconocer sus celestiales bondades; mas el hombre, que criado fué libre, inteligente, y á ser el »Rey del mundo destinado, en espíritu, y cuerpo separados; con »el alma, á su Dios agradecido. Debe amar, y alabar, y juntamente servirle con sus fuerzas corporales, empleándose en »trabajos materiales, para adornar la habitacion hermosa, el »jardin, que ha debido á su sagrada dignacion, y evitar la peligrosa ociosidad, con una moderada ocupacion que léjos de »cansarle, al gozo y al placer, sirva de estímulo.

»Retirémonos, pues, y disfrutemos del sueño, á que la noche »nos convida, y en la fresca mañana volveremos, á la rosada »aurora adelantados, á dar á este jardin nuestras trabajos. Hay »varias plantas cuya desmedida lozanía de ramas, y de flores, »sófoca los retoños moderados de otras, y así cortar es nece-

»sario, de sus brotes el excesivo lujo, que no es más que
»una abundancia estéril. Del cenador en la agradable estancia
»hay tambien porcion de hojas marchitas y muchas ramas que-
»bradas que quitar; pero es tarde ya, durmamos, y reponga-
»mos la naturaleza.»

A estas palabras, el modelo hermoso de las mujeres, Eva, le replica:

«¡Oh, tú! objeto querido de mi ardiente amor, tú, de mi vida
»cara fuente, ¡con qué gusto me entrego á tu juicioso dictá-
»men en un todo! Dios se explica por tu boca: esto basta: me
»someto: tu solo á Dios, yo á ti debo sumision despues de él. Tú
»en su nombre eres mi guía, obedecerte es mi obligacion.
»Sí, caro esposo, en tí todos los dones encuentro: disfrutando
»de tu trato los días, meses, años, y estaciones, me parecerán
»solo un rato fugaz! en todas me deleito, y soy dichosa: que
»varien, ó no, una misma cosa son para mí, cuando te tengo
»al lado: nada enfado me causa, todo me hechiza en la natu-
»raleza junto á tí. Me deleita la rosada y suave luz del alba, su
»frescura, el canto matutino de las aves: del sol recién nacido
»la belleza, cuando su luz á rios derramada, se abre entre la
»espesura del bosque más oscuro, ancho camino, los montes,
»y los valles alegrando, y coloreando las flores, y los frutas: no
»menos el rocío me recrea, cuando en lluvia del Cielo descen-
»diendo, hermosea con sus trémulas gotas, y refresca las yer-
»bas, esparciendo en el campo un delicioso aroma: tambien
»me gusta, al fin de un dia hermoso, la tarde, que apacible
»sucediendo á sus vivos fulgores, nos convida á una distrac-
»cion dulce, y al reposo: del tierno ruiseñor la repetida
»cancion, que siempre nueva me parece en medio de la callada
»noche, mil delicias me ofrece puras tambien: me encan-
»ta la plateada luna, y esa preciosa pedreria del Cielo: esa
»brillante y numerosa turba de estrellas de que vá escoltada,
»que solo el que las hizo contaría.

»Mas, todo cuanto en la naturaleza me deleita; las rosas de
»la aurora; el canto matutino de las aves; del sol recién naci-
»do la belleza; sus luces, con que se colora el campo; el rocío

»y sus perlas; la frescura con que animan las yerbas; los
»suaves aromas, que despiden; la hermosura de la tarde apa-
»cible; el melodioso trino del ruiseñor; el misterioso silencio
»de la noche, y las legiones de estrellas, que rodando en los
»distantes celestes pabellones, relucen á manera de diamantes,
»y la luna su majestuosa reina, ¿que serian sin tí, para tu
»esposa? Pero, dime, ¿esos astros, que iluminan el firmamen-
»to, cuando en un completo letargo todo yace, á que caminan,
»y cuál es de sus luces el objeto?

»¡Oh del hombre, y de Dios hija admirable! le dice Adan:
»«Toda esa muchedumbre de globos, de que solo divisamos una
»vislumbre, con orden inmutable comienzan, y concluyen
»su camino cada día, sin fin, con la obligacion de dar luz á otros
»pueblos, nacidos, ó por nacer, pero desconocidos, por estar
»tan remotos de esta esfera de la tierra, que en orbes más cer-
»canos vivirán, como en este los hombres. Sin esa poblacion,
»la noche, todo su imperio antiguo recobrado hubiera, su in-
»mensa posesion, y dominando cual despótica reina, exten-
»dería su manto tenebroso de tal modo, que el universo rápida-
»mente enlutando, la antorcha de la vida apagaría. Ahora, el fuego
»eficaz de esas lumbreras todo lo anima, todo lo ilumina, y no
»solo fomenta las esferas cercanas, que tambien corre veloz,
»por todo el universo, derramando el calor y la luz, comuni-
»cando á todas partes su vital aliento. Todo lo templá, todo lo
»calienta, todo lo adorna, lo alimenta todo, y cuanto cria, con
»su influjo lento lo prepara en secreto, á que reciba del sol
»ardiente la más viva impresion, y aunque para nosotros sean
»perdidos, por nuestra corta vista, los radiantes brillos de esas
»esferas, no pensemos que esa obra prodigiosa, la inmensi-
»dad, que vemos, pueble en vano, ni que falten tampoco espec-
»tadores, que admiren todo lo que no podemos nosotros alcan-
»zar, y adoradores que alaben al Señor por su hermosura.

»Debes estar segura qué de noche, y de día, aunque escon-
»didos á nosotros, millares de millares de espíritus celestes, es-
»parcidos por todas partes sin cesar velando, admiran esos
»bellos luminaires, esos miles de mundos diferentes á su hacedor

»benéfico ensalzando. ¿Y cuántas noches, de la selva umbria
»de los valles y montes eminentes, no nos repitió el eco la
»armoniosa música de sus voces concertadas, solas, ó en va-
»rios coros divididas? Cuando sus escuadrones diligentes,
»entre la oscura sombra están velando, caminando ó en sus
»nocturnas rondas, varias veces, cual yo, les has oído acom-
»pañar sus voces deliciosas, con los ecos sonoros de sus arpas
»y melodiosas liras, y el tiempo de la noche dividido en varias
»velas, alternar sus coros, llamando tiernos nuestros corazo-
»nes, á tributar á Dios siempre loores.»

Así acabó. Se sigue un amoroso silencio, y por la mano de su esposo, Eva, al lecho nupcial es conducida: lecho de la virtud, y la inocencia, en que está toda la esplendidez de la naturaleza resumida. Por su mano el Señor plantado habia el bello cenador, en que se hallaba. Con el laurel, el mirto se reunia, para formar su techo, y sus costados; entre sus verdes ramas enlazadas, sus blancas flores el jazmin mezclaba; y el hermoso amaranto, circundado de un pueblo numeroso de mil floridas plantas, se elevara. Allí con un aparente desórden, se ven resplandecer confusamente los mosaicos Iris, y las rosas, los cárdenos jacintos, olorosas violetas, y un sin fin de delicadas flores, tan vivamente coloreadas, que al rubí, y al topacio oscurecieran, si á su lado sus brillos compararan. El ave, el insecto, y aun el vagabundo cuadrúpedo, se guardan con respeto de profanar osados, el secreto asilo, reservado al Rey del orbe.

De la fábula el campo fértil, vário, no presentó jamás antro, habitado por los Sátiros, Ninfas, y Silvanos, más silencioso, oculto, y retirado, que lo era aquel solitario refugio, entre todas las sombras señalado del Edén, para sér de los humanos la cuna. Con sus manos virginales, Eva hermoseado habia lo interior, para aquel agradable y feliz día, en que de ambos los lazos inmortales debían estrecharse; en que del Cielo la sacra bendicion los sellaria: rosas por lecho; la naturaleza por testigo; por dote la hermosura, y por gala nupcial el blanco velo de la pura inocencia; tales eran las circunstancias, las solem-

nidades de una boda, que á todas servir debia de modelo, en las demás edades, si ambos fieles á Dios permanecieran.

¡Eva feliz, más hermosa mil veces, que la bella Pandora de la fábula, ojalá que tú al mundo las fatales desventuras no traigas, y los males, qué á ella la antigüedad ha atribuído!

Ambos esposos, en el escondido retiro entrando, adoran reverentes, por la abierta techumbre divisando el Cielo, al que crió sus refulgentes bóvedas, aire, tierra, y los lucidos orbes inmensos, que á ésta están rodeando, para aclarar las sombras repartidos. Unidos cantan este himno amoroso.

«¡Tú, oh Dios! como la noche, hiciste el día; para el canso aquella, éste al contrario, á fin de que un trabajo de-
»leitoso, á la naturaleza indispensable, que un ocio continuado
»cansaría; haga más dulce, aquel mismo reposo. ¿Y á quién,
»Señor, sino es á tí, debemos estas delicias, estos indecibles
»impetus de tu amor, con que ardemos, y los lazos estre-
»chos, y apacibles del dulce afecto que nos profesamos el
»uno al otro, y que á tí ofrecemos? este afecto inocente, inal-
»terable, entre tus dones es el más precioso. Adorarte, ser-
»virte, y bendecirte como á tierno padre, en un corazon solo
»siempre unidos, es nuestro único bien, nuestro desvelo. ¿Y
»basta acaso el celó más ardiente, para corresponder agrade-
»cidos, á tanto favor tuyo? Tu criaste este jardín tan vasto, y
»adornado, para nosotros solos fecundo en demasia; y tierno
»nos aseguraste, que su feracidad, y su grandeza, necesitan-
»do brazos numerosos, para darle cultivo, y su hermosura tes-
»tigos que la admiren religiosos, de nuestra union amable
»brotaria una progenie de hombres abundante, qué á nos-
»otros semejantes en todo, sus frutos, y sudor dividiría. ¡Con
»qué delicia, cuando estén cumplidas estas promesas tuyas,
»cantaremos juntos tu gloria, y te bendeciremos; sea cuando
»brille la luz ó cuando las sombras de la noche, nos llamen al
»tranquilo sueño, en nuestro escondido, y grato asilo!»

Así los dos esposos acabaron su oracion al Eterno, ya lle-
nado este dulce deber, retiráronse á su mullido y perfumado

lecho, y en brazos de la paz, y la inocencia, al plácido descanso se entregaron.

¡Salve, oh sacro Himeneo! ¡Feliz fuente del humano linaje! ¡Entonces puro de todo impulso de concupiscencia, de mano propia del omnipotente saliste; y aunque luego el humo impuro del pecado, algun tanto ha oscurecido tu lustre, siempre santo, protegido por la divina ley, eres fecundo manantial, destinado á dar al desierto mundo, moradores racionales, y á su eterno Señor adoradores! ¡Tú, de esta corta vida en el camino, eres el general, útil destino de los humanos, y si alguno tiene tal gracia del Señor, tal fortaleza, que imitando la pureza angélica, de tus consuelos lícitos se abstiene, hace á Dios el más grande sacrificio!

¡Salve, pues, oh tú, origen de la humana sociedad! ¡Noble antidoto del vicio! ¡Única propiedad de la primera edad de la inocencia, en la cual era la restante comun! ¡De tí dimana todo lazo social, y por tu imperio el hombre, á quien el cielo tu sagrado yugo ha destinado exclusivamente, desterró el adulterio entre los brutos, como los amores vagos, y de otros vicios la torpeza, con todos sus horrores! ¡Sola tu union es verdadera, y pura! la razon la ampara, como la aprueba la naturaleza. ¡Tú solo, las pasiones refrenando, estableces las dulces relaciones, los nombres caros entre los humanos, de esposos, de padres, de hijos, y de hermanos, lazos que á un tiempo el bien público labran, y satisfacen la privada dicha! ¡Para tí únicamente sus flechas de oro el casto amor reserva, y sus alas de púrpura conserva! ¡Para tí es de su antorcha el fuego ardiente, no ya de los sentidos pasajera vislumbre, sinó llama verdadera y pura de las almas. ¡Cuán distante está de aquel impuro fuego, tan sin razon, llamado amor, ya del vicio nacido, ya comprado, y de aquel otro afecto delirante, que disfrazado con el manto oscuro de la noche, hace dura centinela á un balcon, y respira frenético, tiritando al compás de su arpa, ó lira, la torpe seduccion que le desvela! ¡Léjos de tí tambien las engañosas caricias, alimento del desórden y placeres, embriagueces de un instante

con que cebada la loca juventud, victima de mil penas dolorosas y largas, se vé sacrificada al fin!

¡No eran tales los lazos, que ceñían la pareja inocente! del ruiñeñor al canto melodioso arrullados, tranquilos, dulcemente dormian en su lecho, su desnudez cubria el oloroso rocío de las flores, que caian del techo, y la fatiga precedente desechando, reparaban sus fuerzas, que así diariamente renovaban. ¡Pareja amable, en dulce paz descansa! ¡Serás siempre dichosa, si con serlo, cual lo eres, te contentas, y saber más que sabes, nunca pruebas!



En esto, ya mediaba su carrera la noche, y para hacer la acostumbrada ronda los Querubines con ligera marcha, dejando la puerta de marfil, por el bello jardin van caminando. Gabriel entonces, á su camarada, despues de él, entre todos el primero, vuelto dice: «¡Oh guerrero magnánimo! contigo la mitad de estas legiones lleva: y con atencion al mediodía corre el campo. Vosotros al contrario, que velen vuestros fieles escuadrones á la parte del norte es conveniente. Por el camino que al poniente guía nosotros lo registraremos todo, y á la mañana allí nos reuniremos.»

La tropa se divide en el momento en tres escuadras, cual la llama al viento á Zephón, y á Ithuriel con otro fuerte cuerpo separa, y dice de esta suerte:

«Partid, volad ligeros al momento: registrad con cuidado vigilante, todos los escondites misteriosos del jardín; sobre todo, con curiosos ojos, examinad el retirado asilo, en que descansa descuidado Adan con su mujer; pues ha venido esta tarde á la guardia, un mensajero celestial del ocaso, y he sabido por él, que de el infierno se ha escapado (¡Quién lo hubiera creído!) un prisionero, de algun malvado intento conducido. Id; prendedle; y traedle á mi presencia.»

Esto dicho, camina en diligencia con su fuerte escuadron, cuya guerrera armadura, en las sombras centelleando, eclipsa á la brillante mensajera de la noche. Zephón y el de su mando, rápidos por su parte se enderezan al asilo, en que ocultos, descansando están ambos esposos y tropiezan con el cruel Satanás, que revestido de la figura de un réptil pequeño, de la esposa de Adan sitia el oído. Con su hálito mortal durante el sueño (3) una ilusion la inspira, con que apenado tiene su corazon, y la enajena la razon, su veneno procurando difundir en los más puros vapores de la sangre, que á modo de ligera niebla, que eleva de una clara fuente el Sol, de vena en vena circulando, llena todo lo interior. Los horrores tira á infundirla de que su alma fiera toda rebosa, la ambicion ardiente, la curiosidad vana, la osadía, la esperanza faláz, la rebeldía, y sobre todo la adusta soberbia, cuanto más bien tratada más injusta.

Mientras que á la inocente así incita al mal, Zephón ligeramente toca con la acerada punta de su lanza, al infernal réptil, que diligente, su venida advirtiendo, se ha escondido entre las flores. Nada á aquel temido contacto se resiste; hacia él adelanta el feróz enemigo de repente, de su disfraz desecha la impostura, y vuelve á su figura primitiva. Así como un depósito de inerte pólvora, de que nadie sospechara, á no haberlo observado, que encerrase la ruina y el horror, cuando por suerte una chispa la toca, con tremendo estampido

do, el contorno estremeciendo, aun á los más lejanos amedrenta, tal el Rey del infierno se presenta delante de Zephón, y sus guerreros, que al verle, al reparar su horrible gesto, cediendo del horror á los primeros impulsos, retroceden; pero pronto ocupa la ira el lugar de la sorpresa, y así Zephón expresa su disgusto:

«¿Quién eres, atrevido? ¿De dónde vienes? Dí. ¿Cómo has »podido en el jardín entrar? ¿Acaso no eres uno de aquellos »séres delincuentes, para siempre al infierno condenados? »¿por qué, pues, de tu cárcel los cerrojos has roto? ¿Con qué »intento en este sospechoso y vil disfraz, á turbar vienes á »este sacro asiento, de esos dos inocentes el reposo?

»¡Cómo! ¿No me conoces? le responde Satanás. No lo estraño »colocados todos vosotros en los inferiores puestos del Cielo, »como os corresponde, remotos de las clases superiores, »jamás la honra de serme presentados tuvisteis; ó si tú me »has conocido en la corte de tu amo casualmente, dime, ple- »beyo vil, ¿por qué has fingido ignorar quien yo soy?» Al »insolente vuelve Zephón desprecio por desprecio:

«¡Oh sér tan orgulloso como torpe! le dice, no es posible »conocerte, habiendo así llegado á degradarte. Un Angel »busco aún en ese impuro rostro, y no encuentro más que un »sér perjuro. ¿Te crees todavía en el estado en que te ví, »cuando resplandecías en tu celeste silla? aquellos días ¡infe- »liz! para tí se han acabado. ¡Perdiste la hermosura, y la »excelencia, al punto que la inocencia perdiste! ¡La venganza »de Dios en tu horroroso semblante está grabada, Angel falso »de luz, del tenebroso dominio esclavo vil, de tu sagrada pá- »tria deshonra! Ven, para entregarte al Jefe de esta celestial »milicia que de tu odio implacable, y tu malicia, debe guardar »esta feliz morada. Como mereces, el sabrá tratarte.»

Así concluye. Su frente serena, y su belleza, dan tal ascen-
diente á su severidad, que sorprendido se turba Satanás. Desfallecido reconoce la fuerza incontrastable de la virtud, y sufre intolerable tormento, al ver un bien, que él ha perdido: Pérdida, que á pesar de su violento furor, le impide toda

resistencia; pues su desmayo, es pura consecuencia de la vergüenza, que su pecho oprime; no de temor, ni de arrepentimiento.

De no poder vencerla solo gime su soberbia; con todo, exteriormente, desmiente esta inferior debilidad. Y así á Zephón responde: «Estoy dispuesto á marchar; pero tú, ¡temerario vil, de un ministro secundario tirano de los Cielos! á tu orgulloso Jefe envia á decir que le espero en este puesto, ó sino armaos todos juntamente, que juntos mi valor os desafía: pues siendo en todo tan sobresaliente sobre vosotros fuera poca gloria venceros separados, y si acaso por un azar, es vuestra la victoria, tendré ménos vergüenza en mi fracaso.

»¡Angel degenerado! le responde Zephón, con una irónica amargura; tu miedo, que á mis ojos no se esconde, que no llegará el caso me asegura de un combate, en que el último guerrero de los que están aquí te vencería.»

Satanás, no replica, y el ultraje devorando en silencio, prisionero, humillado, al paraje dispuesto, entre la guardia el paso guía. Ardía de furor; pero no osaba, ni huir ni batallar, porque una mano invisible, de lo alto le abrumaba. Su soberbia, ocultar procura en vano la vergüenza interior, que á su semblante se ve asomada. Tal un arrogante bridon, tasca espumante, el duro freno, que le está domando. Más, llegan á la puerta de occidente, puesto asignado á la gente guerrera para su reunion. Allí se hallaban ya las otras escuadras, y esperaban, formadas todas bajo sus banderas, de su Jefe las postre-ras órdenes, cuando Gabriel exclama: «¡Camaradas! de gente que aquí viene oigo ruido: tened todos preparadas las armas: pero ya á los resplandores del ocaso distingo, que es el escuadron guerrero nuestro, á correr el centro dirigido del jardin, y con él un extranjero viene, que en su estatura, incierto paso, vista amenazadora, y ceño adusto, es algun potentado del oscuro reino infernal. Cada cual atienda, mas aun que valeroso, á ser prudente, pues que su gesto, y su ardiente mirar, recelar me hacen una contienda grave.»

Llega en esto Zephón y le da cuenta de cómo, y en qué pues

to ha sido hallado aquel rebelde, su disfraz fingido, sus palabras, sus miras y el exceso de su rabia violenta, al verse por la fiel escuadra preso. Gabriel entonces con semblante airado, áspero, así amenaza al atrevido mónstruo:

«Habla, ¡esclavo rebelde! ¿por qué vienes á corromper con
»el impuro aliento del vicio á la virtud? ¿Qué quehacer tienes,
»pérfida fiera! con los corazones fieles, que nunca en tus
»conspiraciones tuvieron parte? Y si tu atrevimiento te ha
»podido sacar de tu terrible cárcel, dí: ¿cuáles son las inten-
»ciones tuyas, en afligir con tu horrible presencia este dicho-
»so Paraíso?»

Con desden, friamente sonriendo, replica Satanás: «Yo no
»me explico tu delirio ¡oh Gabriel! Te reputaba, cual todos en
»el Cielo, por juicioso; pero ó no eres el mismo, ó me engaña-
»ba. Dí: ¿qué cautivo no anhelará ansioso, quebrantar sus
»cadenas? ¿Quién al placer las penas preferirá? ¿Si tú mismo,
»te encontráras cautivo, tus hierros á romper no te esforzáras?
»Mas, poco compadece ajenos males, aquel que no ha sentido
»sus terribles heridas, y Gabriel siempre en el Cielo, de la des-
»gracia ignora la desdicha. Mimado por la fortuna próspera,
»del infeliz la queja me importuna. Dices que yo la ley he
»quebrantado, que tu amo y señor me habia impuesto, ¿y
»para qué me ha dejado las puertas abiertas? Sino quiere es-
»tar expuesto á tales lances, que las asegure con llaves y ce-
»rrojos, procurando, que las guarden mejor sus carceleros.
»Cuando me sorprendieron tus soldados, yo soy **S**incero, an-
»daba paseando el jardin, sus bellezas disfrutando. ¿Y en qué
»á tu Rey ofende la inocencia de esta mi distraccion? ¿Por
»ventura he cometido la menor violencia? ¿Cuál es, pues, mi
»delito, ó mi impostura?»

Gabriel con risa amarga le replica: «Con que ya la razon se
»ha despedido del Cielo, y sus oráculos en el infierno explica,
»á donde se ha acogido con Satanás? ¿El es el que decide del
»juicio ajeno, cuando el suyo mismo se extravió, hasta arro-
»jarle en el abismo? ¿Y ahora de las sospechas cuenta pide,
»que de su negra trama hemos formado? Dices, que es dulce el

»evitar los males, ¿pues por qué provocar las iras inmortales
»de tu Señor? ¡Vil fugitivo! ¡Traidor á tu amo! Pronto su irri-
»tado brazo, segunda vez á tu olvidada cadena te pondrá, des-
»pues de arado tu cuerpo todo con vivo azote de llamas, con
»lo cual conozca esa acendrada razon tuya, cuán terribles
»golpes dá su venganza provocada. Y ahora, dime: ¿por qué
»tus apacibles compañeros, contigo no han salido de su
»oscura prision? ¿Es su tormento menor que el tuyo, ó
»tienen más aliento, que tú? Si así es, gustoso te concedo,
»que con el mayor juicio ha procedido su digno Jefe,
»que ha huido tan listo, dejándoles; pues ya que de valiente
»pruebas no ha dado, su oportuno miedo le acredita á lo ménos
»de prudente.» Satanás le responde enfurecido: «¿Quién puede
»proferir tan insolente calumnia? ¡yo cobarde! ¡yo medroso!
»¡Ah! ¡No me han visto así los celestiales campos, en que con-
»tigo combatiendo, contigo, que estás ahora tan brioso, nada
»de mi venganza te librara, de mis golpes seguros y mortales,
»si tu amo, conociendo, cuanto á los míos eran desiguales tus
»alientos, sus rayos no juntara á tus débiles tiros! Tu arrogan-
»te discurso viene de tu inexperiencia, y prueba, que aun es-
»tás harto distante de saber, lo que la prudencia exige de un
»Jefe, y que este debe no arrojarle á empresa alguna, sin ase-
»gurarse por sí mismo, de si es, ó no, asequible. Esto es lo
»que he hecho yo. Habiendo tenido noticia de este mundo,
»producido de nuevo, penetrado de la horrible situacion, en
»que estamos, deseoso de aliviarla, intenté ver si podría esta-
»blecer en este delicioso vasto país, mi pueblo desgraciado.
»Para lograr la empresa, convenia antes reconocerlo exacta-
»mente, ¿Y este empeño difícil, y arriesgado, debia acaso
»dejar á los demás?

»Lo empecé: he vencido mil peligros: con diligente vuelo,
»ese desierto inmenso he conseguido transitar solo, y héme
»aquí presente. Alaba un poco ménos tus guerreros: las deli-
»cias, los lisongeros cultos del Cielo, son su gloria. Acostum-
»brados, de la música y canto á la dulzura, para esto esos pa-
»cíficos soldados son propios, pero no para la dura guerra:

»que sigan, pues, esa gloriosa carrera, que les inspira su due-
»ño: que nos dejen la lanza belicosa, y alegres vuelvan á
»tomar la lira.»

Con escarnio mirándole, le dice de este modo Gabriel: «¿Con
»tal torpeza Satanás á sí mismo contradice? Que fingieses creí,
»con más industria: aseguraste en tu anterior discurso, que
»era tu fuga el recurso natural de un cautivo infeliz que pa-
»decía. Y salir de tus penas pretendías, y actualmente confie-
»sas, que has venido á espiar, ¿y te precias, ¡atrevido! de ser
»sincero y fiel? ¿Cómo profanas de la fidelidad el nombre santo?
»si eres fiel, es para esas inhumanas criaturas, que el reino
»del espanto contigo habitan: ¡Bien digna compañía del Jefe
»digno, que las acaudilla! y tú, que ahora reclamas tu grande-
»za, tu independencia con altivo ceño, ¿quién de los Cielos, al
»excelso señor, quien, ¡hipócrita vil! con más bajeza, si bajeza
»cupiera en adorarle, hizo, que tú, la corte, cuando estabas
»con él, pensando en destronarle insano? Arrastrando, ser
»grande procurabas.

«Mas en tu corazon graba profundamente lo que te digo: si
»atrevido, segunda vez volvieres á insultarle, ¡su sacra ley
»quebrantares de nuevo, y á este lugar vedado penetrarés, en
»el momento, ¡pérfido villano! te agarrará mi poderosa mano,
»y precipitaré tu ser impuro, con vínculos de acero encade-
»nado, dentro del calabozo más profundo, más negro, del infier-
»no: allí encerrado verás, que sus prisiones abrasadas saben
»guardar las víctimas, confiadas por Dios á su custodia. In-
»tenta entonces, de sus puertas falsear los broncees duros: ven
»á decirnos, que el Señor no vela en ellas con bastante dili-
»gencia: que debía poner de centinela carceleros, que tuviesen
»ménos negligencia y si acaso es necesario, que oponga
»otros cerrojos, y prisiones más fuertes, al temerario arrojito
»tuyo, y de tus legiones intrépidas.

A tales amenazas, con horrendo furor, responde Satanás,
rugiendo: «¡Cómo!... ¡Tú á mí prenderme! ¡encadenarme!
»¡Fanfarron débil! ¿Sabes, por ventura, á quién insultas, tú,
»que ni á mirarme, si supieras lo que haces, te atrevieras?

»¿La proteccion de tu amo te asegura? Pues ya te apronto un
 »golpe más temible, que esas ponderadas puertas de bronce
 »del infierno, y que todas sus barreras de hierro duplicado,
 »con candados de acero reforzadas. Sí: aun cuando tu Dios



»mismo, congregara
 »todas vuestras mili-
 »cias, y vibrando ardien-
 »tes rayos, viniera á
 »defenderos en su carro
 »de fuego, en que lige-
 »ros le paseais por el
 »Cielo, como uncidos
 »viles siervos, al yugo

»acostumbrados, temblad.» Calló, dicho esto, llamaradas arrojando de fuego su mirada.

Una selva de dardos le rodea, más numerosa que la mies que ondula, cuando sus olas de oro un fiero viento arrancar amenaza de su base, mientras el labrador, mudo de espan-

to, observa con la vista las cambiantes del tiempo, que segun su movimiento, varía sus inciertas esperanzas. Inmóvil entretanto, como de Athos el monte nebuloso, Satanás se prepara á algun horrendo choque, que el mundo hubiera estremecido, y el jardin delicioso de Edén con él hubiera aniquilado, si el Todopoderoso, conociendo el peligro, no hubiera suspendido su balanza celeste, colocada entre los signos de Escorpion, y Astrea; balanza, en que fué pesada la masa del orbe, entonces en tinieblas ciego, la tierra, el agua, el aire, y el fuego mismo, y que enorme, bruñida, centellea del sol en el camino refulgente, con la que aun hoy dia, cuando irritado contra los mortales, permite de la guerra los excesos, Dios, en sus platos de oro los reveses fatales contrapesa, y los sucesos; y decide, librándola en la mano, las suertes todas del humano linaje. En uno de ellos pone al tenebroso Satanás, en el otro valiente Querubin: sube aquel á lo azul, y este al contrario, grave baja al suelo.

Gabriel lo ve gozoso, y con tonante voz á Satanás dice: «Vé »con tus propios ojos, escrita tu sentencia: la ha dado la omnipotencia divina: á ello todos debemos nuestro poder: para pelear, ya arbitrio no tenemos; sin esto, ¡oh fermentido! yo te »hubiera aplastado pronto esa cabeza fiera, pero habló el Cielo, »debo respetarle. Tú tiembla en adelante de ofenderle. Los »ojos alza, observa cuán ligera es de peso tu suerte.» Ansioso mira el mónstruo á lo alto, y vé, que su ominoso plato, al Cielo presuroso se eleva. Aterrado, confuso, ardiendo en ira, huye dando bramidos: silenciosa, huye también con él la noche oscura.





LIBRO QUINTO

Cuenta Eva por la mañana, el sueño que la ha turbado durante la noche, á Adán, que procura consolarla. Salen para cuidar del Jardín. Su cántico al Eterno para consagrarle el día. Dios, para hacer al hombre inexcusable, envía á Rafael á advertirle que no se aparte de su obediencia, que use bien de su libertad, y que se guarde de su enemigo. Encarga al Ángel que descubra á Adán, cual es aquel enemigo, la causa de su aborrecimiento y todo lo que pueda serle útil. Aparición de Rafael en el Paraíso. Adán le sale al encuentro, le conduce á su morada y le convida á su rústica mesa. Sus coloquios durante todo el día; Rafael cumple con su comision; instruye á Adán, de quien es su enemigo, de su invidia y del motivo de ella. Le expone el principio y los progresos de la rebelion acaecida en el Cielo: cómo sedujo Satanás una multitud de Angeles, los llevó hácia el Norte, y logro hacer rebelar contra Dios á todos ellos, excepto á Abdiel, Serafin celoso, que se le opone con firmeza, y por último le abandona.

XA la rosada aurora se asomaba, pródiga á manos llenas derramando del oriente, los rubíes y perlas sobre la fresca tierra, que ostentando su ropaje de flores, demostraba su alegría de verla nuevamente, cuando despertó Adán de su apacible sueño, que como fruto de un sencillo, sano alimento, no necesitaba de otro despertador, que del visible fulgor de la mañana, del acento temprano de algun tierno pajarillo, entre ramas oculto, del murmullo de las fuentes, ó bien del nuevo arrullo de las hojas, que pone en movimiento, del alba precursor, el dulce céfiro; se admira al ver, que duerme Eva todavía. Un vivo encarnado, que teñía su tersa y blanca tez, una penosa respiracion, y

su desordenado cabello, todo anuncia, que ha pasado una noche turbada, y trabajosa.

Sobre el lecho de rosas, Adán en el momento incorporándose, contempla aquel objeto de su ardiente amor, siempre á sus ojos delicioso, sea que enajenado, del reposo disfrute, ó que despierta, tiernamente hable con él: la mano suavemente pone sobre la suya cariñoso, y con tono más dulce, que el ligero



céfiro, que á las flores enemora, cuando el fulgor del alba las enciende, la despierta, diciéndola: «¡Oh querida esposa mía! ¡Hechizo lisonjero de mi alma! Mitad cara de mi vida! ¡Eya! ¡Tú, de quien sola una mirada, demuestra la existencia de un Dios criador, y su bondad divina! ¡Tú, su más bello don, su obra postrera! La frescura, del alba derramada ya la luz, nos convida placentera á despedir el satisfecho sueño, y acudir del cultivo á la delicia; y la naturaleza en este instante re-naciendo más bella, y más hermosa, este grato convite, por

»boca de las aves nos renueva. No malogrémolos, pues, estas
»preciosas horas, de ir á admirarlas tiernas flores, que ade-
»lantadas se abren, los rosados matices de la aurora, y las
»hermosas variadas figuras, con que los vapores, de púrpura
»teñidos, en nublados se elevan hácia el Cielo, condensados.
»El azahar nos prodiga sus olores, la mirra sus aromas, y el
»lloroso bálsamo su delicioso perfume. ¿Oyes cantar las aves,
»las abejas obsequiar, susurrando, las bermejas flores, y sacar
»de ellas su sabroso tesoro? Todo el orbe ha revivido ¿y el
»hombre está dormido todavía?»

A estas palabras, del penoso sueño despierta Eva, encen-
dida, asustada, así responde: tiernamente abrazada á su que-
rido dueño:

«¡Oh tú, en quien solo encuentra mi corazon reposo! ¡La
»gloria, el ornamento, como el consuelo de la vida mia!
»¡Cuanto no es mi contento, de volver á mirar ese amoroso
»rostro, y á un tiempo el resplandor del alba! ¡Bien lo necesi-
»taba! ¡Que insufrible noche he pasado! ¡El Cielo no consienta
»que otra vez igual noche se repita! ¡Un sueño, una ilusion la
»más horrible, me ha agitado! En lugar de presentarme, cual
»siempre me sucede, tú adorada imágen, ó paseando, contigo
»en la llanura matizada de flores, y rodeada de agradables
»frutales, solo ideas espantosas de turbacion, de ofensas y de
»penas, de mi ánimo hasta entonces bien distante, á mis timi-
»dos ojos presentaba, cuando una voz, que tuya parecía, tal
»era de su tono la dulzura:

¡Despierta Eva! me dijo: la belleza de la noche más her-
mosa, el apacible silencio, de las ondas la frescura, el ruise-
ñor, que el corazon sensible al amor, desahoga enternecido
con su variado músico lamento, y la luna en su trono ya sen-
tada, que reviste de plata la extendida llanura, entre los bos-
ques penetrando, y el terreno disputando á las sombras, todo
á una grata admiracion convida: ¿Mas, de qué sirve toda esta
belleza sin testigos? ¡Ven pues, Eva dichosa, con tu bella
presencia á darla nuevo encanto! Esas distantes estrellas,
que á pesar de su grandeza parecen chispas, ojos son brillan-

tes, con los que el Cielo tu hermosura contempla, y su obra misma embelesado admira.

«Me levanto, creyendo que era tu voz; pero te busco en vano: estraviada me veo, recorriendo un árido desierto, y frente á frente poco despues del árbol de la ciencia. Jamás lo había visto tan lozano y bello: mientras tanto que curiosa considerando estoy su hermosa fruta, al pié del tronco un sér desconocido veo, que nada de mortal su aspecto ofrece, en sus alas y figura á un celestial espíritu parecido, de aquellos, que otras veces han bajado del Cielo á visitarnos: la dulzura en sus ojos brillaba: su dorado cabello espeso, con primor rizado, sobre la espalda jugueteando ondea, y la ambrosía en perlas derramando: ansioso mira á aquel árbol vedado, y en vivo tono exclama:» ¡árbol precioso!

¿No hay en este jardin algun viviente, hombre, ó Deidad, que de tu delicioso peso te alivie, y pruebe tu excelente celestial fruta? ¿Con que, sin aprecio, de tí pendiente, la divina ciencia, por un capricho de la necia invidia, no será más que inútil aparato? ¿Y qué amo tan injusto y tan avaro, es el que guarda ese tesoro rico, que con tanto primor ha producido, para sí solo? Cumpla su temible mandamiento quien quiera: yo pretendo, que la útil fruta, que me está brindando no me la ofrezca en vano.

«Al decir esto, audaz echa la mano á la fruta, la admira, se goza con su aroma, la come y saborea. Sus blasfemias, su arrojo y osadía, me llenaron de horror; él al contrario, gritaba enajenado de alegría:»

¡Oh fruta celestial y deliciosa! Hasta ahora tu valor no conocía: Vedada por la envidia caprichosa, la prohibicion misma me ha tentado, y me hace hallar en tí mayor dulzura. Tu sabor corresponde á tu belleza; no hay que dudar, si el sér te ha dado el Cielo, solo para los Dioses te ha criado. Mas el hombre, tal vez llegar podría á ser tambien un Dios, si te comiera, ¿y por qué no tendría esta esperanza? el bien, á proporcion que crece, aumenta, y Dios, cuanto más dá, más se enriquece. De su bondad divina desconfía el que no goza

de lo que ha formado. ¡Tú, pues, objeto del amor divino adorado en la tierra! Eva, desde hoy, eleva más el vuelo; una suerte te espera más gloriosa: come conmigo de esta admirable fruta, y pueda algun día tu grandeza igualar á tu gracia y tu hermosura! ¿Esa prision estrecha, es acaso digna de criatura tan perfecta? dá un más vasto horizonte al pensamiento; llévalo más allá de los espacios, al Empireo mismo. Allí gloriosa serás, colocada entre los Dioses; y de eternas delicias embriagada, tambien, cual los son ellos, serás Diosa.

«Dice así: á la boca me aproxima la fruta, y casi en ella la introduce: Su perfume, su vivo color de oro me hechizan; su belleza me atrae: El insiste, y me anima. Vencida, en fin, la tomo, y la devoro. Al instante, en mí misma experimento mil nuevas sensaciones deliciosas, y por los aires rápida me siento elevar. Este mundo á mis piés veo, montes, rios, llanuras espaciosas, todo lo advierto, me recreo en todo, pero el prodigio, de que más me admiro, soy yo misma, que atónita me veo, sin poder comprender de qué manera feliz, me hallo en aquella nueva esfera. Desaparece en esto de repente mi guía: desde el Cielo hasta ese hermoso cenador descendiendo, mucho más ligera que subí, y de nuevo á mí anterior reposo vuelvo. Al fin, he sacudido con el día la espantosa ilusión que ha producido la noche, y con tu vista, del temor, y pena que he sentido, me consuelo.» Acaba así la relacion nefanda, y Adán más triste que Eva, le contesta:

«¡Oh imagen, oh mitad del alma mia! ¡Cuánto no comparto tus dolores de esta cruel noche! En todo ese conjunto de ideas y de especies, tan variado, quizá el Angel del mal, que en nuestro daño vela (no hay que dudarlo) tiene parte: lo temo; más con todo, en este punto ¿por qué debo asustarme, ni asustarte? Eva, tu corazon celeste y puro, de los choques del mal está guardado: Morar en tí no puede, pues depende de tí, el que se introduzca. Pero aprende, para tranquilizarte, de qué modo, el Dios que nos dió el sér, nos ha formado. Por los sentidos solos entra todo á nuestras almas: nuestra fantasia, de todas las especies diferentes, que

»por aquellas puertas la han llegado, imágenes se forma, que
»reune, descompone, ó varia, cual facticias que son, y depen-
»dientes de su arbitrio, más éste dominado por la razon, las
»junta, las desune, ó su órden cambia, obedeciendo exacto
»los supremos decretos, y eligiendo lo que ella, á la verdad
»siempre arreglada, justa le dicta; pero apenas llega la noche,
»y sepultada en el sueño la razon calla, cuando sacudiendo la
»libre y caprichosa fantasía, de esta rival el yugo, usurpa,
»ciega de ambicion, el imperio que tuvo. Su móvil veleidad
»desarreglada lo trueca, lo confunde, y desordena todo, mien-
»tras el sueño, encadenada tiene nuestra razon; necia nos
»llena de pinturas informes, y ficciones: Las especies, los
»actos, é imágenes, nos representa de los precedentes
»tiempos, y mil asuntos, mil objetos, tan opuestos reune, y
»diferentes, que ellos mismos se admiran de estar juntos.

»Así á la más perfecta criatura el mal puede acercarse, por
»su loco influjo, ¡Eva querida! pero poco en nosotros subsiste
»su impostura: despierta la razon, y la deshace, antes que lle-
»gue su fatal aliento á empañar la pureza de nuestros corazo-
»nes, ó que abraza error alguno nuestro entendimiento. Así
»aunque en sueños ceda tu flaqueza, despierta tienes toda la
»entereza de la virtud. Desechos los vapores de la ilusion, des-
»precia sus horrores soñados, ¡Eva amada! y nuevamente
»vuelva á tus ojos su resplandeciente brillo celestial, en que
»mi dicha vive, y que excede á los rayos de la aurora. Ven á
»nuestro vergel, á las orillas de nuestras cristalinas fuentes-
»bellas, á recobrar tu dulce paz turbada, con el placer de la
»labor del dia. La noche sus delicias suspendiendo, las acre-
»cienta. Vé esas tiernas flores, que para ti sus cálices abrien-
»do, ostentan los colores, la frescura, que las prestan los be-
»sos ven, de la aurora: pues, ¡Eva! á gozar de su belleza.»

Así á la esposa trémula consuela con tierna voz Adan, y la
asegura. Ella se le sonríe; pero vierte tal cual lágrima aún,
que se desvela en ocultar á Adan. Éste lo advierte y las enju-
ga él mismo con cariño, no obstante que ella del cabello her-
moso, pañuelo para el mismo fin hacia: ¡Lágrimas dulces de

arrepentimiento, propias de un alma cándida y sublime, que aunque ningun delito la extravía, siente las puntas del remordimiento, y aun de una culpa imaginaria gime!

Ambos del cenador salen gozosos: admiran, al nacer el claro día, como el sol, en los profundos senos del vasto mar aun medio sumergido, asoma su lucido carro, y sus vivos rayos, estendiendo sobre la superficie de la tierra, sus montes poco á poco van dorando, y cual la sombra tímida se esconde en los antros, y bosques más espesos. Ambos á un mismo tiempo arrodillados, como acostumbran, á su Dios adoran, y su benigna proteccion suplican; justo tributo, que diariamente le pagan, concluyendo con un tierno himno, que llega hasta su eternal trono: canto, que une á lo sublime lo dulce, que sin órden, sin arte, de su ardiente y puro amor los ímpetus exprime; que á manera de fuego, en los estrechos límites no cabiendo de sus pechos, al Cielo se remonta en llama ardiente. Para que éste gustoso lo reciba, no ha menester del acompañamiento del arpa ó de la lira melodiosa, y así comienza su amoroso acento:

«Toda esta obra, tan bella y majestuosa, tú la hicistes ¡oh
»Dios omnipotente, de todo bien perenne fuente augusta! En
»ella está tu imagen delineada, á más de ser por sí tan prodigio-
»sa. ¿Mas qué es en tu presencia sinó nada? nunca te admiro,
»¡oh Ser eterno y santo! sin que me oprima un temor religioso.
»¿Y á quién será posible formar de ti la más confusa idea?
»¡Tú, que solo á ti mismo te comprendes, remoto de nosotros,
»en la altura del Cielo de los Cielos elevado, resides solo! En
»vano centellea en la vasta extension de lo visible, de cuando
»en cuando, por la sombra oscura de nuestra limitada inteli-
»gencia, algun débil fulgor, proporcionado á sus alcances, de
»tu esencia sacra, que al mismo tiempo tu bondad divina de-
»muestra, y á adorarla nos obliga; ¡Siempre acerca de ti
»nuestro concepto es, imperfecto como nosotros mismos!

»Vosotros sí, podeis. ¡Angeles santos! algun bosquejo hacer
»más parecido. ¡Vosotros, que asistís á su brillante trono,
»durante un día interminable, sin noche; ensalzado, pues, con

»dulces cantos, su bondad, su grandeza imponderable! ¡Cielos,
»tierra, alabad al venturoso dueño; principio y fin de cuanto
»existe! ¡Y tú, claro lucero matutino, que el último en salir, y
»el más hermoso, cierras la marcha silenciosa y triste, del
»nocturno escuadron de las estrellas, precediendo á la aurora
»en su carrera. Celebra del Criador el amoroso esmero, que
»te dió tan bellas luces!

»¡Tú tambien, alma á un tiempo, y refulgente farol del
»mundo, sea que tu ardiente carro asome del fondo de los
»mares, sea que al alto Cielo ya subido, con tus fulgores hayas
»apagado el brillo de los otros luminares, ó que ya desma-
»yando, sus fogosas ruedas de nuevo entre las procelosas ondas
»bañes, ¡oh sol! que en la belleza, y de tu resplandor en la
»luz viva eres su imágen, sigue presuroso, sin parar, de la au-
»rora al Occidente, y de éste hasta la aurora, tu carrera veloz
»y eterna, á voces ensalzando su nombre, y publicando sus
»grandezas!

»¡Y tú, de aquel luciente astro del día, blanca y modesta
»hermana, que su esfera teniendo en tu breve órbita por guía,
»parece, que deseas acercarte á él, y por turno á veces sepa-
»rarte, como vosotros, orbes encendidos, que sobre vuestros
»ejes sustentados, siempre en un mismo puesto estais rodando,
»y vosotros errantes mundos, por el espacio repartidos que os
»moveis á compás, y las brillantes orbitas, unas á otras enla-
»zando, mil prodigiosas y arregladas danzas formais; á la su-
»prema sabiduría, á que debeis el órden, y la existencia,
»entonad incesantes alabanzas!

»¡Vosotros, hermanados elementos, de la naturaleza pro-
»ducciones primitivas, que divagando libres, con varios combi-
»nados movimientos sin cesar, vuestros átomos mezclando:
»sus vastas obras entreteneis vivas; á su inmutable sér ado-
»raciones nuevas, rendid con vuestras variaciones! ¡vapores,
»nieblas densas elevadas de los montes, los rios y lagunas,
»sea que en negras nubes transformadas, refrigeréis con oportu-
»nas lluvias nuestros áridos campos, ó cubriendo el Cielo, por
»los rayos coloreadas del Sol con estupendo velo de oro y de

»púrpura hagáis llegar templados sus brillos á nosotros, naced
»subid, caed, y acordes todos alabad al Criador omnipotente!

»¡Aquilones helados, huracanes furiosos, y vosotros, céfiros
»blandos, á quienes confía de la extension del aire el vasto
»reino, id ¡llenad de su nombre el hemisferio! ¡Selvas in-
»cultas, bosques, á porfía doblad delante de él vuestras frondo-
»sas copas! ¡Cedros inmensos, adoradle! ¡Torrentes, vuestras
»ondas corredoras detened á su nombre, y tributadle humilde
»vasallaje! Claras fuentes, cristalinos arroyos, que corriendo,
»vuestras ondas le vayan ensalzando con sus gratos murmu-
»llos! ¡Entonadle vosotras, oh vivientes liras, pintadas, tiernas
»avecillas, al despertaros, cuando á la ventana del Oriente
»asoma la mañana, alegres, vuestras dulces cantilenas! ¡que
»los coros del aire repartidos, lleven sus alabanzas inmortales
»sobre sus alas, hasta los palacios elevados de cielo.

»¡Huéspedes de las selvas y espesuras, de los ásperos mon-
»tes y los llanos, habitantes del aire, mar y tierra, que de
»tantas figuras y colores, volais, nadais, andais, ó lentamente
»arrastrais por el suelo, sed testigos del celo puro y vivo, con
»que mañana y tarde acordemente humildes y afectuosos le
»alabamos, incitándoos á que nos imiteis! ¿Y quién, oyen-
»do tan maravilloso concierto universal de sus criaturas,
»podria mantenerse silencioso? á ensalzarle enseñamos nos-
»otros, como más favorecidos por su excelsa bondad, á las os-
»curas cuevas, los duros riscos, extensos llanos fecundos, y
»empinadas montañas, cotos de nuestros vastos horizontes.

»¡Salve, pues, Sér divino, Soberano del universo! ¡Se nues-
»tro benéfico protector! ¡Haz que el hombre sea digno de haber
»sido formado por tu mano! Ella nos hizo, ¡guárdanos piadoso,
»y si tal vez el Angel inhumano del mal, en las tinieblas gua-
»recido de la noche, algun lazo ha prevenido; destrúyelo! ¡Di-
»sipa poderoso las vanas nieblas, que en la fantasía nuestra
»exparcidas hubiere, cual disipa las sombras ahora el dia!»

Los dos esposos juntos así oraron, y su calma ordinaria re-
conquistaron. La mañana los llama á sus faenas; al través de
una multitud de flores, que ha abierto de la aurora la frescu-

ra, de rocío los blancos piés bañando, cada uno alegre por llegar se afana al punto, en que su mano está esperando, ya la madura fruta, ya la flor hermosa. Todo lo recorren: enderezan allí un torcido arbusto: allá tropiezan con una rama inútil, lujuriosa en demasía, y la cortan sin piedad, cual los retoños lánguidos, que abortan las plantas, por sobrada lozanía. En otra parte, casan la viciosa parra, que en vano sus renuevos guía, buscando apoyos, con algun robusto álamo, en cuyas ramas á su gusto se enlacen; los racimos su precioso dote forman, y mezclan sus morados visos, con la hoja estéril del frondoso árbol, encaramados hasta su cima.

Mira el Eterno su trabajo agreste, y llama á Rafael, que despues vino con el tiempo á la tierra, cual celeste viajero, á conducir en su camino al buen Tobías, y con la virtuosa Sara, que siete esposos por la odiosa rabia de un Demonio, perdiera, unirle en casto y santo matrimonio.

«Rafael, le dice Dios, tú ya has sabido, que por su encono horrible trasladado, en esta noche el infernal Tirano, de entrar en el Paraíso la insolencia ha tenido, y tentar con sus gestiones de esos tiernos esposos la inocencia: conozco todo su proyecto insano: su ira, aprovechará las ocasiones de perderlos, con todo su linaje. Parte y escoge para tu faena el oportuno instante, en que cansado Adán, huyendo el sol del mediodia, se haya ya retirado á la sombría espesura, y respire sosegado, despues de haber comido en dulce paz, ó con un breve sueño despedido la fatiga. Precave con juiciosos avisos su desgracia. Con él pasa, como entre dos amigos cariñosos, toda la tarde, hasta que la escasa luz anuncie la noche; con dulzura exponle todas sus obligaciones para conmigo, su dichosa suerte, y tanto como debe á mi ternura: que no dé oídos á las tentaciones, y no fie de sí, cauto le advierte, sino de mis auxilios. Yo le he dado cuantos há menester, para guardarse, está, pues, en su mano mantenerse fiel y dichoso, cual lo está igualmente si quiere ser infiel y desgraciado. Le crié libre, y obra libremente: mas temo, que la circunstancia misma de ser libre, produzca su inconstan-

»cia y que en solas sus fuerzas descuidado, halle en su pecho
»eco, algun ardid fatal de su enemigo. Prevenle, pues, de
»todo: que recele sus artificios, más que su violencia. De
»esta le guardaré con mi cuidado, mas de los otros no; será
»posible, que Satanás le engañe: así, que cele sobre si mismo,
»y sobre su cruelé invisible adversario, que en extremo astuto,
»puede su dicha convertir en duelo. Si, ya por tí avisado, se
»perdiere, cí'pese á sí, del mal que le resulte.

Tal fué de Dios el inmortal decreto, Rafael se le inclina con respeto profundo. En el momento los ardores, que engolfado en presencia le tenian de Dios, deja; las alas desplegando que de aquellos resplandores eternos sus ojos deslumbrados defendian, y entre la muchedumbre va pasando de espíritus celestes, que ligera se abre, para que siga su carrera. Llega pronto á las puertas relucientes del Cielo: con presteza ambas hojas sobre sus goznes rápido volviendo, por si solas abiertas, libre paso le dan: ¡tal era el arte milagroso, con que los fabricó su divino autor! Sin detenerse, Rafael, saliendo, de la aurora al ocaso, recorre de una ojeada el espacioso éter, por donde lleva su camino. Ni nube, ni astro, estorba que su certera vista penetre la extension inmensa de aquella prodigios perspectiva, cubierta de brillante y densa niebla, por los rayos del sol iluminada. Distingue claramente la lejana tierra, como una esfera limitada, mas con todo á las otras parecida, que pueblan en gran número el espacio. Del fresco Eden las sombras deleitosas divisa, cuya cima coronada de verdes cedros, vastos horizontes descubre, en majestad sobrepujando á los montes más altos y frondosos.

Tal, remota del mar en la azulada, y líquida llanura, la verde isla de Delos, dominando las aguas, como un punto nebuloso divisa el desvelado navegante, ó la encumbrada altura del fabuloso Ida.

Entre las ondas líquidas del viento se lanza el Serafín, que una brillante figura de ave toma de súbito, y con arrebatado movimiento entre los soles nada, ó atraviesa los varios mundos; ya en veloz carrera por el aquilon fiero conducido, con vuelo

igual resbala: ya sobre el aire con esfuerzo pesa, y azota con sus alas duramente sus blandas olas, ó con sostenido sesgo las equilibra y las iguala. Prosigue, y toca al término del Cielo, á donde subir puede el alto empuje de la águila ambiciosa, cuando gira más remota del mundo. A su llegada, el pueblo de las aves sorprendido, al extranjero admira: Créele el Fénix, ave celebrada por su hermosura, que la vista hechiza; maravilla del mundo, que nacido de sí mismo, hijo y padre juntamente, á los Thebanos campos acogido, de su misma ceniza, despues que hecha una ardiente pira, en su voraz llama se ha abrasado, vuelve á vivir de nuevo, y se eterniza. Solo entre los vivientes, la ventura hace para él de su sepulcro cuna.

Así, siguiendo el mensajero alado su viaje, llega cerca del frondoso Eden, se para, y vuelve á su primera figura natural. Resplandeciente con seis alas, que forman el glorioso atributo asignado á su eminente dignidad, se presenta: á la manera de un manto real de púrpura, naciendo dos de los hombros sirven extendidas para volar: las otras, en figura de una celeste zona rutilante, le rodean, y ocultan su cintura de donde salen: sirve el par postrero, compuesto de las más ligeras plumas, de formarle brillantes taloneras. Su plumaje de mil varios colores centellea en llama viva y pura, y exparece preciosísimos olores, con que en torno los aires embalsama.

Los Angeles, que á Eden están guardando, desde muy léjos de que es él no dudan, y con respeto, le saludan alegres. El corresponde, y su campo atravesando, á los vergeles llega, en que se miran crecer el nardo y el incieso aunados, con la mirra, y el ámbar, y respiran un aroma, que encanta los sentidos: Profusion de los dones más preciosos de la naturaleza, que el juvenil vigor, y la tersura virginal, en aquellos venturosos tiempos, intacta y pura manteniste, y liberal, cual rica, presentaba por todos lados una lozanía, sin aparato ni arte, que decia ligera y caprichosa. Que estaba en su florida primavera.

Mientras que iba así solo transitando el llano, Adan de léjos

le divisa. Era justa la hora, en que el sol, su carrera equilibrando, del mar y de la tierra, fulminante, los senos penetraba. En la sombría espesura de fresco bosquecillo Eva ya la comida preparaba; no ménos saludable que sencillo, el ban-



quete agradable consistia en leche, y varias frutas delicadas, escogidas por la alegre inocencia.

»¡Acude, grita Adan, Eva querida! un ilustre extranjero
»hácia aquí viene por el Oriente. Tal belleza tiene en su sem-
»blante, á tanta gracia unida, tan puro resplandor le va alum-
»brando, que creo al medio día ver la aurora. Es, no hay que
»dudarlo, algun enviado del Señor: ¡Quiera el Cielo que logre-
»mos la dicha de hospedarle! ¡Vé, prepara, Eva mia, cuanto
»hayas conservado de fruta más sabrosa, bella y rara! es pre-
»ciso que honremos en él á nuestro Dios, y que volvamos á
»su bondad Divina alguna parte de los dones, que de ella dis-
»frutamos. ¿Y puedo, ¡cara esposa! idea darte de lo que de su
»mano recibimos? Quanto más le pedimos, más nos dá, exce-

»diendo nuestros votos; los tesoros, que vamos consumiendo,
»sin cesar nos renueva. Si una flor se marchita, salen ciento, si
»una fruta se pierde, en el instante brota una multitud de fruta
»nueva. Pues nos prodiga tan preciosos bienes, seamos á su
»ejemplo generosos.»

»¡Oh tú, le responde Eva, que formado fuiste por el Eterno del
»más puro barro! Oprimidos crujen los hermosos árboles bajo
»el fruto ya maduro, que los carga: tambien he reservado, de
»aquellas frutas, que imperfectas hacen y ágrias, una porcion,
»depositadas en un paraje cómodo y seguro, para lo venidero
»destinadas; pues sé que á fuerza de guardarlas se hacen per-
»fectas: de ellas, parte servir puede, y añadiré cuando el ver-
»gel contenga de mejor, y en el orden que conviene, para que
»el huesped satisfecho quede; el jugoso melon, la mantecosa
»pera, la uva morada, y la olorosa anana. Que se admire ese
»elevado Angel, al ver, que nuestra fértil tierra, por nuestras
»mismas manos cultivada, es en las frutas la rival del Cielo.»

Dice, y á escoger corre presurosa cuanto puede adornar
su mesa agreste; de procurar no cesa, que á un mismo tiempo
hechice delicada con su orden natural sencillo y bello, al pa-
ladar, la vista y el olfato: con tal proporcion las escogidas frutas
estén allí distribuidas, que por grados creciendo en sabor y be-
lleza, del lángido apetito la pereza despierten. Su tesoro reco-
giendo anda, cual las abejas, afanada, y el jardin y el verjel, de
su sabrosa carga despoja, que hácia su morada ligera lleva.
Entónces pródiga madre, por sí la tierra producía todos los
frutos, que ahora repartidos están en varios climas, y ofrecia,
dentro de aquel recinto reunidos, cuantos la Europa y el Africa
presentan, cuanto ambas Indias de precioso ofrecen, las frutas
que de Alcino daba el huerto, que con sus reales manos cultiva-
ba, todo en aquel verjel rico florece: junto al oro la púrpura se
mira en esta fruta: aquella la blandura del algodón más fino,
muestra al lado de otra, que en su corteza dura y áspera, en-
cierra el dulce zumo máspreciado: erizada de espinas, se de-
fiende otra, de aquella mano, que pretende su tesoro arrancarla
y cada una por su olor y sabor, á competencia, en el puesto

pretende preferencia. El buen gusto decide su importuna disputa. Eva contenta, amontonada en pirámides bellas, y ordenada á su placer, la admira. Una bebida grata forma después, de la jugosa huva, en sus propias manos exprimida, que excite espirituosa y moderada, la inocente alegría, y la gustosa leche extraída de las almendras, corona al lujo, con que está preparada aquella natural solemne fiesta, en que de vasos sirven las más bellas cortezas, de ornamento, delicadas flores las más balsámicas, y entre ellas, con profusion, las rosas derramadas.

Adán vuela á encontrar á su importante huesped, que viene sin la pompa vana, que acompaña constante la majestad terrible de aquellos Reyes, que su soberana persona hacen inaccesible al pueblo. ¡Locos! alucinados por la soberbia, piensan que serán de él más respetados por sus carrozas de oro, y su riqueza que por su amor y su beneficencia: el noble Serafin no trae más corte que sus virtudes, y celeste lustre: en esto sólo, sus honores cifra, no en una turba vil de aduladores.

Saludándole, hácia él Adán se llega, y al respeto juntando la confianza, así le dice: «¡Oh Príncipe del Cielo! Pues tal
»tu noble aspecto te descubre. Ya que una feliz suerte nos
»depara, que á este jardin, dejando tu alta silla, te hayas dignado dirigir el vuelo, haznos aún otra gracia, que suplico:
»divide con nosotros la sencilla habitacion, que aquí adorna-
»do hemos, en cuanto á nuestra industria ha sido dable, hasta
»que el sol, de lo alto descendido, su ardor haya templado.
»Goza en paz con nosotros la agradable sombra, y las frutas
»frescas y sabrosas de este huerto encantado. Sólo en él nues-
»tra mansion hacemos. Nuestro Señor, y tuyo, nos ha dado
»en propiedad sus tierras abundosas, y así contigo le bendeci-
»remos.

El Arcángel responde: «Este precioso jardin, y el que lo
»habita, merecen bien la visita de un Angel: esperaré con
»gusto por lo tanto, en su recinto umbroso, que el sol haya
»templado su violencia.»

Dicho esto, del abrigo campestre alegres ambos toman el

camino, asilo grato, cuya simple arquitectura, consiste en varias enlazadas plantas, y hermosas flores perfumadas, que conservan la sombra y la frescura. Eva allí los espera: la bella Eva, á quien sin duda Paris, en la prueba de la hermosura, hubiera preferido á cuantas Diosas se la disputaban. A la gracia hechicera en ella unido el candor se veía: la inocencia y la bondad, brillaban en su celeste rostro á competencia, y con su velo sonrosado y puro vestía la modestia, la casta desnudez que descubría.

¡Salve! le dice el Angel: (venturosa palabra, que ha de ser en lo futuro á otra Eva, á la purísima María, repetida, y con suerte más dichosa; pues que esta divina Eva quebrantará la cabeza de la infernal serpiente, y la esposa de Adán, por su flaqueza, será engañada lastimosamente.) ¡Salve, la dice, pues, ¡oh tú «fecunda madre de los humanos, destinada á poblar esta esfera dilatada! La multitud de perlas, con que inunda sus «campiñas la aurora, y las innumerables estrellas, cuyas «bellas luces el Cielo alumbran, á tus descendientes en número darán la preeminencia.»

A una mesa, formada de céspedes, se sientan, esto dicho, circundada de naturales sillas de lo mismo: un tapiz de yerbecillas verde cubre la mesa y los asientos: en lugar de compuestos manjares, ofrece aquella cuantas excelentes frutas dar pueden la florida primavera y el otoño reunidos; se dan la mano entrambas estaciones, juntando sus magníficos presentes, para obsequiar al huésped soberano.

«Dígnate de probar mis pobres dones, le dice el padre de la raza humana: esas frutas que ves, un delicioso regalo son de aquel Dios poderoso, á quien el sér debemos, que previene «nuestros deseos y necesidades y aún de nuestros placeres «tiene cuenta. ¡Tales son sus bondades con el hombre! Es «verdad, que tal vez estas agrestes frutas, para nosotros tan «sabrosas, mérito no tendrán para celestes seres, cual tú, «mas vienen de manos de nuestro comun Dueño soberano; «esto es bastante, para que las juzgues preciosas, y te dignes «recibirlas.»

«Bendigamos al sér, que os las ha dado, responde Rafael:
»en admitirlas tengo el mayor placer; pues á mi augusto Dios,
»que las ha criado, nuestro humilde, mi aprecio y mi respeto,
»y al mismo tiempo justo correspondo á la sencilla expresion
»del afecto que mostrais. Es cierto, como dices, que una
»esencia incorpórea no tiene necesidad de vuestros alimentos
»materiales. Allá, en nuestras felices moradas, se mantiene
»nuestro sér de celestiales alimentos, incorpóreos, al hombre
»incomprensibles, mientras la tierra habite; mas podemos, co-
»mo de Dios la voluntad cumplimos, en mostrarnos visibles,



»en ocasion como esta acompañaros, y tomar parte en vues-
»tros inocentes convites, igualmente que ayudaros, á agrade-
»cer sus excelentes dones. Vosotros, que aunque sois espiri-
»tuales, estais ligados íntimamente, á unos cuerpos materiales
»de tal modo, que con ellos formais un sólo ser, á la necesi-
»dad estais sujetos, de hacer uso de corporales viandas, nece-
»sidad, que á todos los objetos corpóreos comprende. Así repa-

»ra, cómo se dan los mismos elementos liberales uno á otro
»el sustento: al agua nutre el aire, y refrigora: á éste el fue-
»go abrasara, si en sus densos vapores no le diese el agua
»nutrimento, que calmara el ardor, y sus fuerzas reparase,
»cual la tierra sin duda pereciera, si el agua, el aire, y fuego
»no tuviesen cuidado de nutrirla, introducidos en sus poros:
»sin esto, separados sus cuerpos todos, fuera indispensable,
»que en átomos al fin se disolviesen. Por otra parte, el fuego
»formidable, privado de ejercicio, dormiría, ó se extinguiría del
»todo, tal vez: si el aire con sus álitos, y la tierra con sólido
»alimento, de su letargo no le despertaran, y no saciaran su
»apetito horrible. Esos astros, que alumbran, y calientan el
»universo, todos igualmente del éter, y del fuego se alimen-
»tan, y el mismo sol que ves, calma su ardiente sed, bebiendo
»los cristales del mar, y los preciosos jugos extrayendo de
»la tierra, á la cual él cuenta tambien, que su fuego benéfico
»sustenta.

»A ejemplo de los entes materiales, tambien nuestras celes-
»tiales sustancias de espirituales dones se mantienen, y en dis-
»frutarlos su delicia encuentran. Ved en esta providencia ad-
»mirable de nuestro dueño la beneficencia. En esta mútua union
»de las criaturas materiales, nos hace ver las puras llamas de
»amor, que deben eternamente unir á él, y entre sí las criatu-
»ras. De esta precision misma hace un placer: al paso que las
»fuerzas se rehacen con el sustento, hallais en él un vivo de-
»leite; al cual, no obstante, un excesivo apego no tengais,
»pues que os aguarda otro indecible en la celeste esfera,
»cuando sirviendo á Dios aquí leales, os lleve á sus inmortales
»vergeles. Agradeced en tanto, conmigo estos hermosos frutos,
»como la figura de aquella deliciosa y pura dicha, que con
»nosotros gozareis gloriosos.»

Acabó, y su comida comenzaron gustosa y limpia, con can-
dor servida por la bella Eva, que con la dulzura de su con-
versacion les complacia, y del gozo comun participaba. El
festin moderado, y saludable, concluyó y disfrutando la fres-
cura de las opacas sombras deleitosas, Adán, que hacia

tiempo curioso deseaba conocer las ignoradas costumbres, de los seres escogidos, que del Cielo habitando los espacios, del majestuoso resplandor vestidos de Dios, eran imágenes sagradas de su grandeza, la obra prodigiosa de sus manos, ministros que leales deben velar con cariñoso celo, en guardar á los frágiles mortales de todo mal, al Angel se dirige. Y así rodeando, quiere que se explique:

«¡Hijo del Cielo, cuánto no debemos á tus bondades! ¡cuánta honra tenemos en ver huesped tan grande, sentado á nuestra mesa! Tú que en el celeste alcázar estás acostumbrado á saciarte de néctar y ambrosía, de la pobreza no te has des-
»deñado tan diferente, de un festin como este.»

«Adán, responde el Angel, ha llegado el tiempo de que
»tengas más idea de nosotros, del mundo, de ti mismo, y en
»cuanto dable sea á tu débil alcance, de ese abismo de perfecciones, Dios, que por si existe, y por quien solo subsiste
»lo demás, en él somos, vivimos, nos movemos; de él nacidos,
»si el mal nuestra carrera no varia en su origen, á él, como
»á nuestra fuente, volveremos; jamás de ésta ha salido cosa
»impura. El es, el que los seres diferentes ha formado, y en
»clases, ya eminentes, ya medianas, ya bajas, dividido; y él
»es, el que sus rangos asegura. Cuanto más cerca están de su
»presencia, mayor es su excelencia y su pureza, y tanto más
»su grado distinguido. Segun su inclinacion, segun su estado
»ó su naturaleza, cada dia hácia la perfeccion, grado por grado, caminan todos ellos y á porfia, á su Hacedor se esfuerzan
»á acercarse.

«Observa el universo con cuidado, y verás realizarse esta
»ley: Repara la recién nacida planta; apenas brota, cuando
»desplegando sus tallitos, se empina, se eleva por los aires,
»sus hojas arrojando con la direccion misma: ya frondosa, y
»cubierta de flores, más bella á cada instante, con todo, no
»satisfecha, poco despues su rico fruto ostenta, y éste levanta,
»á ejemplo de las flores, hácia el Cielo, vapores aromáticos.
»Entre la multitud de seres materiales, en clase y orden diferentes, todo á subir, á mejorar aspira: á ser un vegetal la

»piedra anda: la planta, á ser se acerca, en lo posible, un
»animal sensible: El animal, procura aproximarse natural-
»mente al hombre, que quisiera por su parte ser Angel, de
»modo, que todos desearian despojarse de su cuerpo mortal,
»y que su esencia á ser llegase inteligencia pura.

»Vosotros, sojuzgados bajo la esclavitud de los sentidos, no
»podeis discurrir con la premura ni la extension, que la natu-
»raleza angélica: nosotros claramente vemos, cuando vosotros
»al contrario sólo pensais confusa y lentamente, y aún os es,
»para hacerlo necesario, que sea en una especie limitada,
»cuando nosotros, de una mirada sola, una infinidad de ellas
»abrazamos, conocemos tal cueles son en sí. Pero por más
»que esteis ahora distantes de los excelsos dones, que goza-
»mos los que del Cielo somos habitantes, un día llegará en que
»como hacemos nosotros, á las bóvedas eternas el alto vuelo
»dirijais gloriosos, y habiteis sus palacios de ventura. Res-
»ponded gratos á las miras tiernas del Señor, que os ha dado
»la existencia: Con la obediencia la dicha mereced: conservad
»la inocencia con cuidado, y del bien que os prodiga, satisfe-
»chos, no lo perdaís, abriendo vuestros corazones á la am-
»bicion de verlo acrecentado.»

«¡Qué dulce claridad vas derramando, responde Adán, en
»nuestro entendimiento! ¡Con qué facilidad he comprendido
»la inmensa escala de las criaturas, y por ellas subido
»hasta el asiento de la Divinidad! ¿Pero, á qué vienen los con-
»sejos, que tanto has repetido, de obediencia y afecto? Son
»seguras muestras de desconfianza. ¿Acaso tienen tanta difi-
»cultad? ¿Sería posible, que el hombre á un sér no amase tan
»amable? ¡Y cuan ingratos fueran, hijos, que á un padre, á
»un Dios no obedeciesen, que de vil barro, con sus gene-
»rosas manos, dos criaturas tan felices hizo, y que aún nos
»ofrece la esperanza de otra más gran ventura!»

Replica Rafael: «¡Oh hijo del Cielo, y de la tierra! tu dicho-
»sa suerte del Todopoderoso se origina: el conservarla es
»obra de tu celo: de tu fidelidad penderá verte cada vez más
»feliz: agradecido responde siempre á su bondad Divina, y

»ella te sostendrá. Te ha concedido un sér perfecto, pero no
»inmutable, bueno, más libre. Puedes igualmente continuar
»siendo justo, ó dejarlo de ser: en tí solo consiste. Único dueño
»eres de tu voluntad: el empeño de todo lo criado, el mas ar-
»diente, fuera para forzarla no bastante. Del hado aún es
»ménos dependiente, pues no hay otro hado que la providen-
»cia, y de esta los decretos inmutables nunca violentan á los
»racionales. ¿Y qué valor tendría una forzada docilidad, de-
»bida á la impotencia? Jamás adora meritoriamente á Dios, el
»que no puede libremente ofenderle: de modo, que arriesgada
»está siempre á pecar la criatura, hasta que habiendo el pre-
»mio merecido, en el tiempo designado, por Dios sea en eter-
»na gracia confirmada. Tal es su suerte actual, tal la futura,
»y el decreto del Cielo, y tal ha sido la nuestra: aunque naci-
»mos en la altura de los Cielos, igual prueba sufrimos, antes
»de estar seguros, como estamos. ¡Y cuántos de los nuestros
»no perdieron su dicha, por el mal uso que hicieron de aque-
»lla libertad! Alucinados por su orgullo, pudiendo ser leales,
»fueron rebeldes; y precipitados en un abismo donde perpe-
»tuos males, lloran. ¡Oh desgraciada rebeldia! ¡Cuán distinto
»hubiera sido su destino, sino hubieran delinquido! Aprende
»de su suerte desgraciada; imitanos, no imites su osadía.»

«¡Hijo del Cielo, dice reverente, el padre de los hombres;
»de qué ardiente fervor el alma siento penetrada, á oír de tu
»boca esa santa instruccion! ¡Con qué gusto la recibo! No
»esperimenté nunca otro tan grato, aun cuando en medio de la
»silenciosa noche, llegó á mi oído la armoniosa música de los
»coros celestiales. Sabia las principales verdades, que me has
»dicho; ¡mas cuánto no ha aclarado tu explicacion divina, lo
»que habia de oscuro en mis ideas, y movia mil interiores du-
»das! Enterado quedo, pues, de que obramos libremente, en
»todo cuanto deseamos, ó hacemos; y por lo mismo que nos
»encontramos en esta situacion independiente, y feliz, ¿no es
»muy justo que cumplamos la ley del Dios, á quien se la de-
»bemos? Si: me ofrezco á observarla exactamente; mas la
»noticia de esa rebeldia, sucedida en el Cielo, me ha inquieta-

»do, y si á bien lo tuvieses, desearía, con detalles saber, lo que
»ha sido ello; quiénes han dilinguido, cuáles sus culpas, y cuántas
»sus castigos. Tiempo hay, porque del sol la esfera ardiendo
»poco hace que su carrera ha mediado. Dignate, pues, benigno,
»de informarnos, de lo que tanto viene interesándonos.

Rafael á esta súplica, un instante suspenso, de este modo le
le contesta: «¡Oh padre de los hombres! ¡Qué funesta memoria
»me propones que renueve! (1) ¿Cómo de tal asunto, tan
»distante de nuestro corto alcance, podré daros aún la menor
»idea, aunque me pruebe á acomodarle á vuestras corporales
»imágenes, ó cómo he de explicaros las discordias crueles, las
»horribles batallas de los campos eternos, á la imaginación
»incomprensibles? ¿Y podré acaso sin dolor, contaros la súbita
»caída lamentable de aquella innumerable muchedumbre de
»Ángeles, antes puros y gloriosos? ¿Me será permitido sacar
»de las tinieblas del profundo secreto, los prodigiosos sucesos
»de un mundo invisible, para vosotros aun desconocido? Sí:
»todo ceder debe á vuestra urgente utilidad. Sabreis, por lo
»que os diga, lo que es la ira de Dios; y los pecados del Cielo
»castigados justamente, serán una lección muy provechosa
»para vosotros. No extrañéis, os ruego, que al pintaros un
»cuadro de la guerra de los Cielos, me valga desde luego de
»colores en la tierra tomados; además de que no fuera posible,
»que con otros inteligible os fuese, sabed, que en muchas cosas,
»vuestro tierra es una imagen material del Cielo.

»Dios no había criado todavía este mundo, que veis: el
»Cáos horrendo, de la fúnebre noche en compañía, cual Monarca
»supremo poseyendo estaba este lugar, en que ahora
»vemos los orbes todos rápidamente rodar, y en el éter su peso
»equilibrando; cuando un día..... (En el Cielo conocemos
»también la distinción de cada día, sinó que al curso anual
»de las estrellas lo arreglamos, y un día llamamos al año
»vuestro.) En el que yo os decia, por orden del Eterno, con
»pomposa marcha desde los cuatro puntos cardinales del orbe,
»á su presencia vienen, por la extensión del éter espaciosa,
»las milicias celestiales formadas en apretadas filas, y en hi-

»leras sin término: sus Jefes, según tienen el grado, de su
»mando las señales ostentan. Los pendones, las banderas, los
»estandartes ondeando por el aire, y entre selvas de picas do-
»minando, en su color diverso, y sus empresas, el número,
»la clase, y distinciones designan de los diversos tercios.
»Las pruebas de lealtad también impresas se ven en ellas,
»que cada uno ha dado, emblemas, que interpretan elocuen-
»tes en su mudo lenguaje, los ardientes afectos de sus puros
»corazones, para el Criador, que así los ha ensalzado.

«Al rededor del trono majestuoso de su Dios, con silencio-
»so respeto, se apiñan los inmensos escuadrones, círculo
»sobre círculo formando, terminando en uno incalculable.
»Sentado está á su diestra su glorioso hijo en el mismo trono,
»cuyo vivo resplandor, fulminando cara á cara, el celeste
»concurso no pudiera sufrir sin perecer, si su excesivo
»brillo el Monarca eterno no cubriera, de un velo que su
»efecto moderara: desde aquel invisible ardiente altura así se
»oyó su voz omnipotente:»

¡Ángeles, hijos del resplandor puro de los Cielos, Virtudes,
Potestades, Tronos, Dominaciones, herederos de mis felicidades,
¡oid! ¡Escuchad todos lo que juro, mi irrevocable ley,
y los primeros sed en obedecerla! Hoy ha nacido, en este día
eterno, este glorioso hijo de mí: es el único: es mi ungido, di-
vino Verbo Todopoderoso. Yo mismo la corona en su cabeza
colocando, su grandeza proclamo, quiero que á mi derecha,
en mi real trono, todo el Cielo le doble la rodilla, que como á
mí le adore, y le respete. Los que le sirvan, súbditos leales,
gozarán mis favores sempiternos; más todo el que á esta ley
no se sujete, me ultraja, es un rebelde declarado, perturba-
dor del Cielo, y enemigo de mi sagrado imperio: como á tal
le maldigo; por la eternidad toda le destierro de esta mansion
agusta, deliciosa, de la dicha y la paz: precipitado de ella,
caerá al momento en la cárcel más lóbrega del abismo, en
donde sea víctima de mi eterna, y espantosa venganza, y de
su pena no pueda ver el fin.

«Al oír estas salemnes palabras, Querubines, Serafines,

»todos llenos de gozo, en los linderos del Cielo, con perennes
»hosanas, al Rey nuevo celebraron, más por desgracia no fal-
»taron algunos, que soberbios, de envidia devorados, se
»dieron entre sí por ofendidos, no obstante, en lo exterior di-
»simularon, y todo aquel festivo y fausto día, con general
»concordia armoniosa, en dulces cantos, en alegres danzas,
»y en conciertos pasó, como sucede cuando una real celebri-
»dad se ofrece: las agradables rápidas mudanzas de aquellos
»bailes, aunque con distinto mérito superior, eran iguales,
»en el enlace vário, al laberinto majestuoso, que forman en-
»redadas entre sí las celestiales esferas, que unidas, ó apar-
»tadas, sin arreglo ninguno en la apariencia, subiendo sin
»cesar, ó descendiendo, rectas marchando, ó círculos trazan-
»do: fieles al órden, que la providencia divina ha establecido
»en su carrera, al que al fin de sus giros estudia profunda-
»mente, de tan ordenado bello desórden, dejan hechizado.
»Concierto eterno, que el respeto inspira, y el pasmo para el
»sér, de cuya sabiduría tiene su origen tal magnificencia y
»que su mismo autor con placer mira.

«Llegó la noche (que también los Cielos ven extenderse sus
»oscuros velos por turno, y no carecen de su aurora: no por
»que allí, esta vária resolución nos sea indispensable sino por
»disfrutar la encantadora pompa del espectáculo variado,
»prodigioso, de todo lo visible.) Aquella noche, pues, un de-
»licioso banquete reunió todo el numeroso concurso: en platos
»de oro la ambrosía, por las suntuosas mesas circulaba, y el
»néctar en rubies luminosos, espumaba en los vasos de dia-
»mante. Con la copa en la mano, coronados de flores, sobre
»flores recostados, todos en consorcio amoroso, beben la
»eterna vida, y la alegría. Dios mismo de su gozo participa,
»y pródigo, á inundarlos se adelanta de un placer, tanto más
»perfecto y puro, cuanto exceso no admite, ni defecto. Pero
»ya en esto, de la excelsa altura, de aquel divino monte, que
»derrama la luz del día, cual la oscura sombra, el crepúscu-
»lo suave va cubriendo la fulminante llama, y sus sombríos
»tintes dilatando; velo ligero, que en aquel hermoso país

»la noche aclara, de tal modo, que se duda casi, si aun es
»de día. Bajo aquel umbrío, y plácido vapór, su soporoso
»bálsamo, el blando sueño derramaba en nuestros ojos.
»Todo se dormía, excepto aquel, de cuya vigilante vista de-
»pende el orbe siempre.

»Al pié del monte santo, una llanura inmensa corre, que
»aunque se extendiera, á nivel aplanada, vuestra esfera no
»igualaría: en ella la frescura mantiene siempre el río de la
»vida, que la atraviesa. Sobre su florida dilatada ribera, por
»órden, los diversos cuerpos, para pasar la noche, desple-
»garon soberbias tiendas, ricos pabellones: dentro de ellos,
»sirviéndoles de arrullo, el murmullo, suaves de los céfiros
»del sueño al dulce olvido se entregaron. Solo velando se que-
»daron aquellos, que al pié del trono del Eterno daban guardia
»incesante, atentos esperando sus órdenes, y alegres re-
»partian la noche, en varios coros divididos; sus emocionados
»pechos, con amorosos himnos desahogando.

»¡Bien distinta es la causa del desvelo del fiero Satanás!
»(que ya en los Cielos no se le da otro nombre, desde el día en
»que cayó, y de Dios en la presencia, jamás el primer nom-
»bre que tenía, pronunciar se permite.) ¡Cuán distinto objeto
»le despierta, y cuán perverso! contra aquel lugar santo, una
»violencia atroz fragua, en su rencoroso pecho. Hasta enton-
»ces, del Todopoderoso favorito, la envidia le consume secre-
»tamente, al ver su Hijo divino, á quien profesa un odio el
»más terrible, elevado sobre él. Loco, presume que á él solo,
»el alto trono se debía, y á cada honor, con que el Señor dis-
»tingue al heredero de su monarquía, la rabia cruel su cora-
»zon devora. Por último, resuelve, aprovechando de la noche
»el silencio, retirarse con todas las escuadras de que es jefe,
»y otras que recogiese astutamente, á aun paraje remoto, y
»ocuparse en seducirlas, y entre tanto desairar al Señor
»con una ausencia, que aguaba la alegría de la fiesta, y mos-
»trar á su nuevo Soberano su desprecio, hasta tanto que dis-
»puesta la turba, que trajera á su obediencia, estuviese á
»abrazar su insano empeño. Con este intento, astuto, se dirige

»al subalterno superior en grado, que se le sigue, y tienta su flaqueza.»

¿Duermes, le dice, camarada amado? ¿Ignoras el dolor, que al despertar de ese cobarde sueño, ha de asaltarte? ¿Duermes? ¿Olvidas ese vergonzoso decreto, que dió ayer el poderoso rey del Cielo, del cual fuistes testigo, decreto, en que nos cabe tanta parte á nosotros? Tú bien sabes, que un amigo en mí has tenido siempre, que igualmente te he abierto los secretos de mi pecho con la propia amistad, y que con celo, por tí me he desvelado muchas veces, ¿y con todo te entregas confiado al sueño en este lance, y no te ofreces con tus sabios consejos á ayudarme? puesto que nuevas leyes nos imponen, ¿no es justo examinar, si son opuestas á los de rechos que hemos poseído siempre? Fuera imprudencia el explicarme más claro en un asunto decidido, y en un puesto como éste. Vé al momento: á los Jefes despierta: mis guerreras huestes recoje bajo sus banderas: diles, que órden de Dios he recibido, que nos manda poner en movimiento para el campo del norte: allí debemos estar mañana, para cuando venga ese Hijo suyo, que cetro empuñando el, quiere hacer ver su nuevo Soberano á nuestras tropas. Luego que lleguemos, podremos disponer lo que convenga, para que en su gloriosa marcha triunfal, se le hagan los honores que merece.

«Apenas acabó, desaparece el Jefe subalterno, seducido por su pérfida arenga sediciosa, volando á trasladar lo así mandado uno á otro Jefe, á los que comunica la órden, sus reflexiones malignas añadiendo, con que astutamente indica su segunda intencion, y recorriendo el celestial ejército, se aplica á despertar la envidia y el encono en unos; á otros, con acento soberbio, á la venganza incita de su dignidad herida; de éste excita la veleidad, inspirándole miedo y desconfianza; de aquél, alienta la ambicion dormida. Y logra al fin, con sus falaces artes, se agreguen muchos á las banderas reales de Satanás, cuyo famoso nombre, universalmente respetado, ayuda, más que todo, á aquel odioso proyecto. Su valor reconocido, de su celeste empleo la gran-

«deza, y su radiante rostro, que en hermoso al astro bello
«del día precursor, y en brillo, superaba, los tenía á todos
«hechizados. ¡Miserable! de aquel lucero mismo, de los noc-
«turnos astros el primero, que en resplandor á todos excedía,
«tuvo el nombre, hasta la lamentable época, en que perdió
«toda su dicha.

«Tal impresion sus artes, por desgracia, en los guerreros
«crédulos causaron, que una tercera parte sedujeron del cele-
«stial ejército. Validos de la noche, con él se desertaron: más,
«aunque de las sombras protegidos su vergonzosa fuga no
«ocultaron á aquel Dios, cuya vista penetrante, claro, ú os-
«curo, próximo, ó lejano, todo lo abraza, y lee por lo claro
«en lo más interior de aquella mente.

«Del Monte sacro, que entre resplandores habita, en que de
«noche, suspendidas las lámparas eternas, sus fulgores clari-
«simos esparcen encendidas, sin que las necesite, ha distin-
«guido la fuga: los intentos que ha tenido cada uno en ella:
«el norte rebelado: y el brillante emisferio del oriente infesta-
«do con ligas. Y con dulce sonrisa dirigida á su Hijo, dice:»
«¡Apoyo de mi imperio! ¡Tú, en quien yo resplandezco enteramente!
«tú, el heredero eterno de mi trono antiguo, es tiempo
«de que castigemos esa insolente turba, y aseguremos la
«quietud del Cielo.

Satanás, arrastrado de su encono y ambicion desmedida,
pretende, hollando nuestra soberana majestad, elevar inde-
pendiente su solio á par del nuestro, en la eminente montaña,
en que un palacio ya erigiera. Tomemos, pues, contra ese
alucinado, las medidas que exige su atrevido proyecto: defen-
damos el santuario, nuestros derechos, esta bienhadada tie-
rra, á los escogidos destinada, y el mismo Augusto monte, en
que te he ungido.

«Sosegado, sereno, rebosando resplandores divinos, cual
«glorioso triunfador, que de lauro belicoso está ya la victoria
«coronando, el Hijo Eterno al padre así responde:»

«¡Cuán bien correspondiendo tus desdenes van al torpe ene-
«migo que se atreve á ofendernos! A mí, su saña fiera me abre

un nobilísimo sendero. Yo haré, que sepa en breve, cómo de su Señor la fortaleza, abate del soberbio la bravura, cómo reprimir sabe, los malvados intentos de unos viles coligados, y si tu Hijo divino, su luciente trono debe ceder á un insolente.

«En tanto que esto dice, el furibundo General de las hordas »rebeladas, rápido va volando al infecundo suelo, que el septentrion con sus heladas manos siembra de nieves eternas: »con igual rapidez, los desleales escuadrones le siguen, excediendo mil veces su indecible muchedumbre, á la de las »estrellas, cuyas luces el firmamento aclara, á las arenas, »qué, términos del mar, su hervor horrendo contienen, y al »aljofar que la aurora derrama sobre la tierra, compasiva la »aridez refrescando de sus venas. Atraviesa veloz con sus »legiones, mil estados diversos, mil paises, en que reinan »Monarcas poderosos, Príncipes numerosos, Potentados, provincias de los Cielos dependientes; con las cuales, vuestro »orbe celebrado, y sus remotos y diversos climas, cotejados, »serian lo que fuera el jardín en que estamos, reducido, con »la espaciosa esfera de todo lo visible comparado.

«Al polo llega al fin, de su potencia el centro. Allí, con toda »la pomposa ostentacion de la magnificencia Real, cual un »monte sobre otro establecido, hácia el Cielo la cumbre alza orgullosa, el enorme edificio levantado por Satanás, con sus piramidales soberbias torres, que la nebulosa altura dominando »y el espacio inmenso del contorno, cual rivales de las que »ostenta el celestial palacio del Eterno, á distancia prodigiosa »se descubren, vestidas de brilladores rubíes, esmeraldas y diamantes. Del orgullo funesto monumento, lo habia fabricado »su osadía, por competir en la magnificencia con aquél, »en que Dios tiene su centro, la corte de su excelsa monarquía, en donde á su Hijo había coronada. Llegado á su palacio en el momento Satanás, reuniendo su consejo, con él »consulta, perplejo al parecer, ya sobre resolver á qué paraje »saldrán á recibir al nuevo Soberano, ya sobre el culto, y ho-

«menaje que se le ha de rendir. Le viene á propósito este pre-
«texto, para dar un tanteo sobre su empresa, á aquel ayun-
«tamiento.»

¡Príncipes, dice, Tronos, Potestades! si estos dictados ya no son ociosos títulos, gracias á las innovaciones, ocurrida desde la época, en que hollados nuestros fueros queridos, nuestros justos derechos, y eclipsados todos nuestros honores, ha subido al trono de los Cielos ese ungido Hijo de Dios Eterno, ese perfecto Sér, á quien todo debe estar sujeto. De su severo Padre una imperiosa orden súbita, aquí nos ha traído cansados en la noche tenebrosa, ¿Y á qué fin? A que preparemos alegres la entrada á ese otro Rey, que ya tenemos: á aprontar el tributo, que á su viaje aquí debe pagársele, y rendirle, cuando llegue, el vasallaje usado, ¡Dichosos, si al salir á recibirle; al tributarle humildes esos pechos, de invencion nueva, contra los derechos innatos, que tenemos; al ponernos á sus plantas, se digna mirarnos!

¿De dos cetros á un tiempo, en adelante el peso sufriremos? ¿No es bastante el que ya nos oprime? Levantáos contra tan ináuditas novedades, ¡Nobles hijos del Cielo! recordando que aunque en poder y rango diferentes, tambien vosotros sois divinidades: que todos los derechos naturales á la Deidad, con Dios os son comunes, y por naturaleza, estais á salvo de todo yugo duro, ó vergonzoso. La noble libertad, tolerar puede de títulos y honores la existencia, y aun de algun Jefe la preeminencia útil, indispensable á un pueblo numeroso; pero á un poder injusto jamás cede, y arde de indignacion, cuando la oprime un igual, ó pretende sujetarla. Fiel á un gobierno recto y moderado, fundado sobre la igualdad pública, con un esfuerzo intrépido se exime del déspota que intenta esclavizarla.

Sus decretos opone ese tirano á los derechos nuestros; ¿y qué fuerza deben hacer á los que el juicio claro tienen como nosotros? No contento con usurpar el trono, ahora se esfuerza, persuadido de nuestro desaliento, á que en su imagen adoremos, tolerando otro nuevo tirano. No será así: verá con

pesadumbre, que estos vasallos, á quienes intenta imponer una servidumbre nueva, nacidos para el mando, no hacen cuenta de amenazas, y nunca envilecidos serán, ni humillados á nuevo y servil yugo.

«Así habló Satanás, sin que allí hubiese, quien á sacar la »cara se atreviera, ó á vengar á su Dios: callaron todos y »cobardes su causa abandonaron. Abdiel tan solo, súbdito ce- »loso, (2) al Todopoderoso defendió ardiente. Alzase, y con los »ojos encendidos de una ira justa, á los degenerados Angeles, »y á aquel mónstruo, que enajena de Dios sus corazones, así »truena.»

¡O maldad! ¡O blasfemia nunca oída en el Cielo! ¡Atentado parricida de un ingrato, un traidor, contra un señor piadoso, que al lado de su excelso trono, sin mérito ninguno, le ha elevado! ¿Por dónde, de tu Dios, á tí te toca. ¡Pérfido sedicioso! tomar las sacras órdenes en lengua? si á su Hijo único manda que adoremos, ¿no debemos á gran dicha tenerlo? ¿No es Dios, como su Padre? ¿Acaso piensas, que aun igual tuyo, al darle culto, inciensas? ¡Insensato!... ¡Igual tuyo!... Ten sabido, que eres vasallo suyo, dependiente, y le debes servir rendido siempre. ¿O habrás en tu soberbia imaginado hacer vano el solemne juramento, con que su Padre, por tu Rey le ha ungido, del Cielo, y de tí mismo, en la presencia? ¿Y como tienes el atrevimiento, de meterte á juzgar de la sagrada autoridad de un Dios, que la existencia te dió, y que sacó el Cielo de la nada; que para nuestro bien, á la manera de un padre, en tales términos modera su gobierno, que al paso que gocemos nuestros derechos, no abusemos de ellos?

¿Y á quién sino á él, dignidades, delicias, y toda especie de felicidades, debemos? Lejos de que en su grandeza se abata hasta ultrajarnos, se complace en colmarnos de bienes y de honores, y liberal, nos hace participar de su misma nobleza, y de sus propios esplandores Divinos. ¿Y aun cuando cierto fuera, como afirmas con tanta autoridad, que nadie de un igual sufre un imperio, es tal de tu soberbia la ceguera, que á pesar de los títulos gloriosos, que te ha dado el Señor pródi-

gamente, y debieran saciar las ambiciosos deseos tuyos, llegue á envanecerte, de que al Hijo de Dios Omnipotente puedes de modo alguno compararte, cuanto más sér su igual? ¿A aquel sagrado verbo, por quién fué criado el Cielo, con solo una palabra; á quien debias, como todos, el ser; en quien consiste, con otra, aniquilar cuanto ha formado?

Angeles, tronos, todos le debemos cuanto somos: ¿no es justo alabar pues agradecidos su infinita bondad? pues á esto se reducen los rendidos cultos que exige: en suma, á que le amemos; y lejos de ser esto una penosa esclavitud, ¿habrá otra más gloriosa felicidad? Por ella disfrutamos de su misma grandezâ: generoso divide con nosotros el gobierno, los bienes todos de su eterno imperio, de su mismo poder participamos. Dirian, que no juzga ser dichoso, si con él no reinamos á su lado.

«Así el fiel Angel, sin ningun recelo los reprendió: pero su celo santo nadie imita: los más por el contrario, le llaman temerario é indiscreto: En fin, Satanás triunfa, y con desprecio, así replica,» ¡vil y necio esclavo! ¿Con qué fuimos criados, y el encargo de criarnos fué dado á ese famoso hijo? ¡Descubrimiento bien precioso por cierto! Pero, dinos sin embargo, ¿Por dónde de este celestial secreto has logrado instruirte? ¿Con qué objeto, cuándo, y por qué caprichoso, el poder de ese Dios nos ha dado la existencia? tú, bien te acordarás; mas por mi parte, no puedo yo dejar de decirte que ignoro, que en el tiempo precedente á nosotros, hubiese un sér almadado. No es razon, que con ese error humilles á nuestros celestiales moradores. Coetâneos de Dios, no le debemos el sér, y por nosotros existimos. Cuando hubo el fatal círculo de la suerte acabado, y el punto destinado para nuestra existencia hubo venido, con él nacimos. Celestiales entes, por nosotros nos hemos adquirido los dotes, que tenemos eminentes, y pronto haremos ver á esos enemigos soberbios, si les somos desiguales en valor, ó si un amo acatamos. Tú mismo, tú verás, si nos servimos de ruegos, para que ese Dios temible se aplaqué, y si vamos á pedirle gracia á su palacio,

ó bien de él le arrancamos. Llévale esta noticia, que sensible será á tu celo, y marcha desde luego, que estarte aquí sería peligroso.

«Dice, y por todas partes suena un estruendo confuso, cual »de las airadas olas estrelladas contra las peñas, el discurso »sacrilego aplaudiendo. Oye bramar Abdiel, sin alterarse, el »ejército inmenso alborotado, y aunque amenazado de todo »el mundo, en ira ardiendo, así vuelve á explicarse.»

¡Oh corazon, que Dios ha maldecido, duro, cerrado ya al remordimiento, á su justa sentencia oído presta! Por mi boca se explica: ya el momento llega de tu castigo irremediable, en que toda esa miserable turba, por tus viles astucias seducida como cómplice, en tu caída envuelta, será al mismo suplicio condenada: no te inquietes ¡cobarde sedicioso! del rango, que en el Cielo ha de tocarte, que nunca será aquella tu morada. Te quejabas de que un penoso yugo esta cerviz indómita oprimia, seguro está que vuelvas á quejarte de él, que otro más terrible dispuesto, para que agobie tu impía cabeza. En lugar de esa suerte que lamentas, sobre tí penden cual funesto velo, de una venganza eterna las tormentas.

Sabes cómo Dios ama, sabrás pronto cómo aborrece. ¡Tiembla! Su decoro le ha obligado á dejar el cetro de oro, y á tomar el de hierro. No paciente para sufrir, como hasta aquí ha sufrido tanto insulto, que no se le ha ocultado, de tu audacia, y de toda esta insolente turba, si, para hollar esa cabeza tuya obstinada, y quebrantar tu frente. Mas sigo tu consejo: con presteza parto: no porque tema esa canalla revoltosa, ya á punto de batalla, sino porque los fuegos vengadores del Cielo, si llovieren de súbito, no me confundan con el delincuente. ¡Tiembla! ya Dios el rayo está vibrando: á soltar va la rienda á sus furores, y el corazon cerrando á la piedad, os hará ver, si criaros no pudo, como os jacteis, que pueda aniquilaros.

«Así habló Abdiel, entre la inicua turba el solo puro, el »único inocente. Lleno de un valor noble, y religioso, atravie-

»sa las filas sediciosas del pueblo. Sus bravatas, su alboroto,
»ó desprecia sereno, ó no repara, y otras veces se vuelve,
»condolido de su delirio, á ver si ya las fieras llamas del Cielo,
»tiendas, y banderas, y el campo, á devorar han comen-
»zado.»





LIBRO SEXTO

Continúa Rafael su narración. Refiere á Adán, como Miguel y Gabriel tuvieron orden de marchar al frente de los Angeles buenos, contra las legiones rebeldes. Descripción del primer combate en el Cielo. Satanás y sus legiones, se retiran al favor de la noche. Junta éste un consejo, inventa máquinas infernales, que en el combate siguiente causan algun desorden en el ejército de Miguel; pero al fin los Angeles buenos arrancan, y arrojan sobre ellas montes y riscos, que las sepultan. Aumentándose más y más el desorden, el Eterno envía á su Hijo, á quien estaba reservado el honor de aquella victoria. Llega al campo de batalla, revestido del poder de su Padre, y prohibiendo á sus Angeles que tomen parte en ella, avanza él solo sobre su carro, y se precipita, con el rayo en la mano, sobre las legiones enemigas, que desordena y destroza en el momento; las persigue hasta la estremidad del Cielo, y las precipita en el fondo del abismo, que su Divina justicia les habia preparado. Despues de este triunfo vuelve el Mesías á su Padre,

POR la espaciosa llanura etérea, siguió toda la noche su camino el intrépido Abdiel, raudo volando, sin que intentase el bando enemigo estorbarle. Por grados, cedia ya la oscura sombra al albor matutino de la aurora, que abría presurosa, con sus dedos rosados, al sol las puertas de oro del oriente.

«En el monte de Dios, una honda cueva hay cerca de su trono, desde donde alternativamente la noche sale, sin parar, ó el día. Este, esparce gozoso su luz nueva, cuando la noche tímida se oculta en su seno, y la noche, cuando él entra, por los aires su negro carro guía. Jamás el día se encuentra con la noche, al entrar ni al salir, pues sus dos puertas cuidan las Horas de abrir en su punto, y al paso que uno de ellos sale

»fuera por la una, por la opuesta entra al galope huyendo su
»contrario. De este modo, la hermosa variedad completa
»todo el deleite del Cielo. Mas ya ahora con la temprana luz
»que el Cielo dora, ve Abdiel cubiertas todas las distantes
»empíreas llanuras, de banderas, caballos, carros, y armas
»fulminantes, y reconoce al punto las guerreras milicias celes-
»tiales ordenadas, que vestidas de acero cristalino, despedían
»inflamadas centellas, relámpagos, y fuegos, deslumbrando
»la vista con oceanos de luz

»Llegado aquel guerrero peregrino al campo, como Dios
»todo sabia, de las noticias que él podía darle, entre los Sera-
»fines se acomoda, puesto que en el ejército le toca. Allí, con
»entusiasmo recibido, todos le aplauden, todos le rodean, de
»cerca al noble siervo ver ansian, que fiel á su Señor, con
»encendido celo, tales peligros ha arrostrado. Por un impulso
»general movido llega al Eterno trono, entre festivas aclama-
»ciones, y gozosos vivas, triunfante se presenta á su adorado y
»divino Rey, y de en medio de la densa nube de oro, que tem-
»pla los fulgores de su inmensa luz, una voz majestuosa, de
»este modo le habla con cariño.»

¡Animo! amigo fiel de tu alto Señor, ¡ánimo! que has sali-
do de tu empeño de modo, que equivale á una victoria ilustre,
lo que has hecho. ¡Con qué aliento no has sostenido mi gloria
Divina! Tu conducta ha de ser un eterno monumento,
de tu constancia. Tú has sabido ser aun más que valiente;
á mil afrentas viles hacer cara, sin alterarte; afrentas tan
cruelles, que han excedido al tormento más duro. Con mi
aprobacion sola aquietado, á los ultrajes has opuesto el pecho.
¡Ve, pues, ahora seguido de mis fieles guerreros, ve á do-
mar esos furores, que con tanta nobleza despreciaste, de una
turba de esclavos, conjurada contra su dueño! Lleva las ofen-
sas á donde los insultos encuentres! ¡Duro, la rebelion cas-
tiga osada de esos ingratos, que mis sacras leyes desprecian,
y no quieren por Señores ni á mi Verbo, ni á mí! ¡Parte vo-
lando tambien, bravo Miguel! ¡Tú que constante con tal celo
me sirves, toma el mando de mis tropas, y oprime esa arro-

gante plebe! ¡La irresistible fuerza termine lo que indultar, en la bondad no cabe!

¡Y tú, Gabriel amado! haz que mis soldados, estas mis nuevas órdenes conozcan, y á Miguel reconozcan por su Jefe. ¡Id, por mi justa cólera guiados! No haya paz, no haya tregua, ni indulgencia para esos conjurados fementidos! ¡Castigad, confundid sus delinquentes tramas, armad los brazos vengadores de fuego, y hierro! ¡los rigores todos prueben de mi justicia, la violencia, de un Dios airado, ya que mis elementos bondades despreciaron! ¡Arrojadlos de los fines del Cielo! ¡Despojadlos de la felicidad! Ya la sentencia se ha pronunciado. El Caos tiene abiertos, para admitirlos, sus eternos antros, y el infierno sus insaciabiles bocas, aguardando esas victimas culpables.

«A penas habla, nubes tenebrosas el santo monte esconden, »torbellinos furiosos braman, y columnas de humo, mezcladas con ardientes remolinos de llamas, le rodean. Espantosas señales, de que la ira del Dios sumo se ha despertado. »No ménos horrible, invisible atruena los contornos la etérea »trompeta. A sus acentos, y al compas de celestes melodias, »del Eterno los escuadrones fieros, ordenados siguiendo »sus pendones, en silencio profundo fieros marchan, la guerra y la venganza respirando. Los Jefes por las filas discutiendo dirigen con el desnudo acero la concertada marcha, en la brillante armadura, en el aire, y fulminante vista, »parecen Dioses, que han tomado las armas por un Dios más »escelso: ¡Por el Mesías! Nada su divino ardor puede estorbar en el trayecto. Montes, peñascos, rios, encrespadas olas »del vasto mar alborotado, simas profundas, selvas extensas, »mundos enteros, todos lo superan, nada rompe sus filas arregladas. Ni el viento, ni el relámpago, pudieran la presteza »igualar del fiero vuelo con que se avanza, sin tocar la tierra. »Tal, para darte idea, los alados pueblos en escuadrones divididos, á tu presencia dirigieron el vuelo, cuando, á que »los nombrases acudieron.

»Conforme del Empíreo se alejan con vuelo infatigable los

»celestes guerreros, dejan atrás una multitud variada innu-
»merable, de provincias, de reinos, y repúblicas, que si con
»vuestra tierra comparados fuesen, esta con toda su atmós-
»fera, junto al menor, pequeña pareciera. En fin, al horizon-
»te, ven delante, por la parte del norte una llanura, que á lo
»léjos parece un vasto mar de coruscante fuego. Conforme se
»aproximan, admirados ven una mies de hierro de afilados
»dardos, un bosque inmenso entretejido de banderas, morrio-
»nes y escudos, cuyo vario grabado colorido, mostraba del
»orgullo los blasones.

✕ »A Satanás, al enemigo osado de Dios conocen, que con su
»maldito ejército á ellos viene dirigido, proyectando asaltar
»el mismo día el monte santo, y á su Eterno Señor usurpar la
»celeste monarquía: tal de aquel temerario era el empeño.
»¡Proyecto vano! Presto á sus expensas reconocieron él, y sus
»numerosas legiones, que era un delirio necio é infausto. Nos-
»otros por el pronto penetrados de horror profundo, el paso de-
»tuvimos, al ver contra el Señor el repugnante delirio de aquel
»pueblo innumerable, los Angeles, contra Angeles armados,
»el Cielo contra el Cielo: los que fuimos hasta entonces her-
»manos, reputados hijos de un comun padre, que dichosos, de
»unos mismos derechos disfrutando, en un mismo banquete,
»la ambrosía y el néctar, embriagados de gozo, saboreamos
»unidos, amorosos, y acordando fraternales himnos con las
»sonoras liras, ensalzando al Dios, que nos hacia venturosos,
»¡divididos, armados, implacables, hacernos guerra! ¡Pero se
»ha acabado aquel tiempo feliz! ahora, con vario horrendo
»tono, gritos espantables de rabia, suenan por una parte y otra.

»Al centro del ejército contrario, sobre un carro, que al sol
»en lo brillante disputa, con terrible y majestuosa presencia,
»en pié aparece el arrogante Satanás: una luminosa nube de
»fieros Querubines le circunda, que armada de oro puro cen-
»tellea. Al suelo al vernos salta furibundo, y ordena todo para
»acometernos. Ambas huestes están ya frente á frente, un es-
»trecho trayecto las separa: triste ¡intervalo, que hace el pró-
»ximo encuentro más horrible á la imaginacion! Entrambas

»frentes, en líneas sin término seguidas, á modo de dos muros
»relucientes, el Cielo inmenso extendidas ocupan, los aceros
»calados, y una á otra con la vista amenazando.

»Antes que la señal de la batalla se dé, cual torre enorme,
»que á un violento terremoto, con torpe sacudida se agita,
»Satanás se avanza al frente de sus legiones. Una fina malla
»le cubre todo, de deslumbrante oro, topacios, perlas, en-
»carnados rubíes y diamantes, hermanados con primoroso ar-
»te. Sufrir no puede Abdiel el orgulloso aire de su rival. Hacia
»él camina, blandiendo fiero la acerada lanza, y á pesar
»suyo, al ver su semblante majestuoso, sorprendido, de esta
»manera enfurecido exclama:»

¡Que es lo que veo, Dios eterno y justo! ¡Cómo puede aún
brillar tu augusto sello en esa frente, en donde la osadía
ha ocupado el lugar de la inocencia! ¡Cómo puede el delito re-
vestirse de ese porte divino! Pero de esas reliquias del empleo,
que antes gozó, no tiene que aplaudirse. En vano su soberbia
endurecida, le hace alzar tan osado la cabeza. Ya que de él,
no ha sido oída la razon, de mi brazo, tal vez, la fortaleza le
hará otro efecto. Tengo de mi parte la justicia, ¡oh Dios mio!
y has de dignarte tambien concederme la victoria. Con am-
bas cosas, es mi triunfo cierto, y el temerario, por mis piés
hollado, conocerá, de rabia conmovido, lo que es la fuerza,
unida á la justicia.

»Esto dicho al Arcángel, que al mirarle, renovando la furia
»concebida en la anterior disputa, va á su encuentro, se acer-
»ca, y de este modo le provoca:»

¡Con que te vuelvo á hallar, vil sedicioso! En vano, alucina-
do por tu vana presuncion, confiabas en tus fuerzas, y en tu elo-
cuencia: en vano esperanzabas al Cielo seducir con tu engañoso
proyecto, ó de tu Dios hollar la corte indefensa. ¿Pensabas que
en el Norte, sin saberlo él, urdirias tus tramas, y fácilmente
le sorprenderias? ¡Estúpido! ¿Y á quién? A aquel terrible Dios
á quien nada se esconde, á quien todo lo ve, lo considera, que
es dueño en un momento, si así quiere, de producir
ejércitos enteros en número mayor, que los soldados que tu

cuentas, ó de una sola ojeada, si por si á combatirte descendiese, cual te sacó primero de la nada, á la nada de nuevo reducirte, á tí, tus armas, carrós y caballos, banderas y soberbios escuadrones, ó sepultaros en la noche eterna. Ya ves, que seducir no has conseguido á todos: que no falta quien discierna, no obstante tu malvada hipocresía, tus funestas astucias: que ha tenido tu Dios vasallos nobles, que fielmente su causa abracen. No lo imaginaba esa orgullosa turba de villanos, de su número ufana, ni tú el primero, cuando con ardiente celo, solo, y sin miedo, os hice frente. La época de cumplirse ya es llegada, los males, que yo os he pronosticado y en que vas, aunque tarde, á costa tuya á aprender, sin que el día se termine, que el sábio, á la razon debe agregarse, aunque á la multitud vea extraviada.

«Esta bien ¡desconocido Serafin! ¡Pero infeliz de tí! replica fiero Satanás: estoy muy agradecido á tu vuelta: con eso, tu el primero expiarás tu audacia: tu que fuiste el que en aquel senado majestuoso de tantos Dioses, solo te atreviste á levantar el sedicioso grito. ¿A qué hablas de amos, ni de omnipotentes? Tales bajezas no reconocemos mis guerreros ni yo: con valor siempre sostendremos nuestros sacros derechos: sí: contra vuestro Dios, contra vosotros. Mas, celebro, repito, que á nosotros vuelvas: una esperanza, segun veo, lisonjera, tu aliento ha despertado. Sin duda habrás creído conseguir algun trofeo de mis ruinas. Acércate ¡cobardé fugitivo! acércate, que sepan mis contrarios por tí, con que agasajo á sus iguales en mi campo recibo. Antes, con todo, porque no se duela, ni tú, ni otro cual tú, de que te deje sin respuesta formal, por un momento dilato el castigar tanta osadía.

»Lo confieso, hasta ahora yo pensaba, perdona mi altivez, que consistia en la libertad sola, nuestra dicha celeste: pero veo por desgracia, que ese Dios sujetar ha conseguido á una esclavitud dura y humillante, la parte, á la verdad, más numerosa, más también la más vil de todo el Cielo. Rebaño á la bajeza reducido, ¿Qué premio os dá por vuestro celo humilde? insípidos placeres y cantares, son vuestra ocupacion, vues-

tras virtudes; el manejo de lirás y rabeles, vuestras evoluciones militares. Así pagado tiene un ejército entero de cantantes, ó por mejor decir, de aduladores eternos, á ensalzarle destinado; ven pues con esa valerosa gente á embestirnos, verás como mis bravos guerreros os enseñan al instante, la diferencia que hay de los esclavos de un déspota, al belicoso aliento de un pueblo libre, fiero y generoso.»

«Tú, sí, responde Abdiel, tú sí que debes avergonzarte de la vil cadena que arrastras: tú que de la odiosa soberbia eres esclavo, y que te atreves de bajeza á graduar, la más gloriosa obligacion. Tu injuria, á boca llena, como por Dios, también es rechazada por la horrorizada naturaleza: ambos dicen, que debe estar sujeto todo viviente al sér el más perfecto, y obedeciendo á la naturaleza, sé que á Dios obedezco. La magestad de Dios y sus bondades, son imperiosos títulos, que el respeto y la obediencia exigen; aunque fuera un hado ciego como blasfemastes, no sus decretos todopoderosos, el que á todos nosotros el sér diera, aquel Dios, y no el hado que inventastes, siendo el primero en la sabiduría, también en el poder debía serlo.

¡Hablas de servidumbre! ¿Y quién es siervo, sino el que escoge un amo tan infame como él? ¿El que desleal, abandonando á su dueño, insultando su bondad, emplea aquel talento que le debe, cual lo haces tú al presente, en ser de la maldad el instrumento? ¿Qué eres tú mismo, más que un miserable esclavo de la detestable envidia, que el bien, que perder te hizo tu insolente soberbia, en tu interior ha producido? ¡Calumniador blasfemo! de esa fiera lengua infernal los impetus modera: ve á reinar al abismo: el es tu nido. El Cielo es para Dios, y su divina proteccion basta, para que vencamos, y á tí, y toda esa turba sujetemos, á las duras cadenas que os destina. Para Satanás son, como el magnífico imperio para el Todopoderoso. Cobarde fugitivo me has llamado, dándome de valor lecciones sabias, aprovecharlas quiero, y desde luego á mi maestro traigo aquestos dones.

«Al decir esto, su terrible espada cae cual rayo sobre el

»deslumbrante casco de Satanás rápidamente, y junta al pecho
»su cabeza osada. Ni la vista, ni el mismo pensamiento, aún
»ménos el broquel, hubiera podido precever la presteza del
»violento golpe, que le aturdió de tal manera, que despues
»que diez pasos sin sentido retrocedió, en el suelo arrodillado,
»totalmente cayera, si en su lanza enorme no se hubiera sos-



»tenido. Tal un enhiesto monte, á la pujanza de un terremoto
»súbito, que un lado de sus hondos cimientos arrancando,
»cae hacia aquella parte con estruendo, á medias en sus rui-
»nas sepultando los árboles robustos, que poblaban sus fal-
»das, coronando su cumbre.

»Los rebeldes se turban al mirarle de aquel modo; mas

»luego aquella afrenta del Jefe principal, su rabia acrece, y
»acuden presurosos á librarle. De los nuestros se ven en las
»facciones, en el aire, y los ojos fulminantes, los ardientes
»deseos de la gloria, la ánsia de combatir: presto el gozoso y
»belico clamor de la esperanza, pronóstico infalible de vic-
»toria, la señal pide: la trompeta suena por orden de Miguel, y
»atrueña el aire el hosanna triunfal de boca en boca. Con el
»mismo valor, pero espantando con su tristeza, y su mirar
»furioso, el enemigo ejército, hendiendo rápido el aire, con el
»nuestro choca. (4) Retumba el vasto espacio al tumultuoso
»combate, con clamores formidables, con estruendo, cual
»nunca se había oído en los deliciosos campos del Cielo has-
»ta aquel día, y tiembla estremecido el Universo todo. A la
»manera de un fuego subterráneo, que escondido, á un tiempo
»dos volcanes encendiera, un furor mismo inflama entrambos
»campos, con horrible llama; densas nubes de flechas abra-
»sadas silbando suben rápidas, y luego, sobre los combatien-
»tes apiñadas lloviendo, forman sobre su cabeza una horro-
»rosa bóveda de fuego: trémula gime la naturaleza, y con
»sordo bramido, responde conmovido el hondo abismo.

»A existir entonces vuestra tierra, al eco solo, hubiera pe-
»recido. ¿Y habría de esto que admirarse acaso, al encuen-
»tro, al horrisono choque de miles de millones de furiosos
»Angeles entre sí, tan poderosos, que uno solo bastaba, si
»quisiese, para arrojar veloz del firmamento, cualquiera de
»esos órbes luminosos, con tan fácil impulso por los aires,
»cual si una leve piedra, ó dardo fuese? ¿Y qué destrozo, en
»la naturaleza ya turbada, no hubiera producido al cabo, del
»combate la bravura? ¡que desórden, qué horribles convulsio-
»nes no hubieran agitado, aun las regiones del Cielo, si el
»Señor compadecido, á tal horror no diera un término! ¿Y
»quién sino él, ponérselo pudiera?

»Cada escuadra es allí una innumerable hueste: equivale á
»un escuadron entero cada Jefe: cada infimo guerrero es un
»Jefe completo: es suficiente cualquiera á gobernar con ad-
»mirable ciencia, las maniobras complicadas de un ejército

«inmenso; sabiamente formar ó desplegar las apretadas y
«móviles columnas, de mil modos: abrir, cerrar ó dilatar li-
«geras, con táctica acertada, las filas, y dirigir los movi-
«mientos todos, al arte de la guerra necesarios. Una alma, un
«solo espíritu se encierra en cada cual de entrambos belicosos
«ejércitos: un solo y mismo aliento: cada uno arregla y pone
«en movimiento ordenado sus numerosos cuerpos. En ellos,
«el terror no halla cabida, ni el cobarde abatido pensamiento.



«Firme en su puesto, cada cual olvida intrépido el peligro, y no
«dejara de sostenerlo, aunque se desplomara sobre él el orbe,
«cual si consistiera la fiera lucha solo en sus esfuerzos.

«¡Cuántas hazañas, dignas de memoria eterna, en aquel
«campo se perdieron, entre la muchedumbre confundidas! Ni
«de aquellas, que más sobresalieron, te haré yo ahora la pro-

»lija historia. Te dije en general, que enardecidas las tropas,
»ya estribando en el sólido suelo, combatian de pié firme; ya
»rápidas volando al través de los cristalinos aires, oscuras
»como negros torbellinos, ó espantosas tormentas, se embes-
»tian con fuerza imponderable. Al oír el ruido horrible, á la
»implacable rabia de ambos ejércitos, dirian, que la mitad del
»universo ardiendo, á la otra media igualmente abrasada, es-
»taba acometiendo con furor.

»Fuctuaba, en la encarnizada batalla, aun la victoria,
»cuando el orgulloso Satanás, que se habia señalado con he-
»chos, á cual más maravilloso, sin que hasta entónces nadie
»á su pujanza hubiese resistido, ve admirado, en medio de sus
»tropas, un guerrero, que haciendo en ellas un estrago ho-
»rrendo, ancha calle se abría. Hacia él se avanza: era Miguel,
»que horrendo con furor, con la mismá presteza que un rayo,
»baja, sube, deshaciendo á cada golpe de su enorme lanza, un
»batallon entero. A ella, Satanás cauto, la firmeza opone de
»su escudo fulminante, Miguel á su llegada, su guerrero fu-
»ror suspende. A un golpe solo espera aquella guerra con-
»cluir, hollando el fiero Jefe del contrario bando, y de cual-
»quier manera encadenarle, con lo que tendrian fin los males,
»que al Cielo destruian. Dándole, pues, una siniestra ojeada,
»así confunde su osada soberbia.»

«¡Angel del mal, autor de una sangrienta guerra, que nun-
ca ha sido conocida, de la paz sempiterna en la morada; gue-
rra funesta al Cielo, á Dios odiosa, cuyos males, que ya no
tienen cuenta, todos caerán sobre tu fementida cabeza! Solo
tú, la deliciosa tranquilidad de nuestra venturosa patria, has
turbado con tus infamias. Tu, la naturaleza has afligido, y en
su inocente seno, has derramado un enjambre mortífero de
males. Tú, un número infinito de siervos leales, á tu Señor
desconocido, en enemigos suyos has trocado, sus corazones
de pureza llenos inficionando atroz, con los venenos de la ma-
licia, que en el tuyo anida.

»¡Parte! en vano quisieras en el Cielo ver la freternal gue-
rra repetida. Dios, para siempre, de sus apacibles regiones te

destierra, de este suelo, que habitan la concordia y el consuelo, y contigo destierra la furiosa discordia, las horribles y sordas tramas, las conspiraciones, y hasta el menor rastro de tu traicion. ¡Parte! ¡Lleva contigo á tu espantosa cárcel, todos los crímenes y males, y esa inmensa familia de proscritos! El Infierno está pronto á recogeros. ¡Corre! Allá, entre sus llamas y terrores, podréis á vuestro espacio, entreteneros en oír los formidables gritos de la discordia, y los furores para vuestros oídos agradables. ¡Marcha! antes que de un bote de mi lanza te destruya, ó que Dios, cuya venganza es lenta, pero cierta, la adelante, y á todos os sepulte en un momento, en tal sima de males, que su patente brazo invoqueis, para que os dé la muerte.»

»Vano es, replica Satanás, tu intento de infundir miedo, al que en valor te excede, con amenazas que se lleva el viento. Quien á tu Dios no teme ¿como puede temerte á tí? ¿Has lo grado por ventura, con todas tus bravatas, que espantado de tu furia, haya huido ni un soldado? ¿No ha sostenido cada cual su puesto, en la refriega dura con el mayor valor? Y si ha caído por un funesto azar, no ha caído con gloria? Has pretendido, que me armo yo por una causa injusta. Los intereses de esta augusta causa, (Así la de unos héroes llamarse merece) creo deben arreglarse por las armas, y no por palabrería, con que has juzgado nos asustarías. Sí: por sola la fuerza triunfaremos, ó pronto de ese Cielo deleitoso, haremos un nuevo infierno. Sinó reinaré, en el imperio odioso del abismo, á lo ménos tendré el gusto de no ser un esclavo; la sublime libertad gozaré, sin que el injusto tirano la envilezca, que os oprime, y me será mi suerte tolerable. Tú, entre tanto, ¡despreciable enemigo! ven, une á tu valor la fortaleza de ese, á quien llamas Todopoderoso; sabe, que lejos de sentir debilidad, lejos de huir, de hallaros deseoso aquí vine, y despues de derrotados, si de la fuga os salva la presteza, hasta el pié de su trono iré á buscaros.»

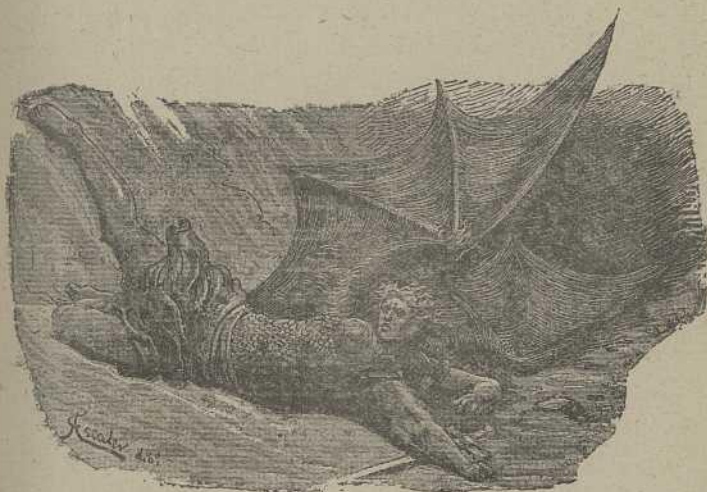
«Cesan de hablar, y empieza la espantosa contienda; pero daros no es posible á vosotros humanos, una idea de aquellos

»altos hechos, que no sea muy remota. Su historia prodigiosa,
»que aún en nuestro lenguaje es indecible, ¿cual lo será en el
»vuestro? ¿Y á qué objeto terreno acudiré, que comparable
»pueda ser á aquella escena formidable, y de ella os pueda
»hacer formar concepto? ¿Cómo, en fin, elevar la torpe, oscura
»inteligencia humana, á altura tanta? En las armas, el aire, y
»la grandeza, dos Dioses belicosos parecian, á decidir entre
»ellos destinados, la causa de los encontrados Cielos. A un
»tiempo entrambos, que en la fortaleza á solo Dios cedian,
»vastos círculos de relámpagos formando, con los aceros ya
»desnudos en los aires, se acercan cautamente, poniendo fre-
»no á su valiente ímpetu, y horribles resplandores fulminando.

«Dos anchos soles llevan por escudos, que el uno contra el
»otro reflejando, el horizonte inflaman; sus destellos llenan de
»espanto á los espectadores, querápidos en círculo se apartan
»y campo espaciosísimo les dejan, de la conmocion misma te-
»merosos del aire: pues si pueden á menores objetos compa-
»rarse sus furiosos choques, al referirlo se diría, que otro tras-
»torno igual no se habrá visto, aun cuando en guerra la natu-
»raleza dos astros enemigos, que viniesen de dos puntos opues-
»tos, se embistiesen con fiereza horrenda, en medio de los aires
»encendidos, al fuerte estruendo de sus repetidos choques, el
»orbe todo amedrentando, y aun amenazando los remotos Cie-
»los. Ya levantando el brazo, cuya horrible fuerza no tiene par
»en lo invisible, inferior á aquel único, que del Cielo estrellado
»la bóveda encorvó de polo á polo, cada uno de ellos, que á
»acabar aspira de un golpe solo la sangrienta guerra, mide de
»arriba abajo con cuidado al terrible enemigo, y diestro gira
»antes de herir la espada formidable, que ya cruzando, á la
»enemiga cierra el paso, ya de punta prolongada, la hace tam-
»bien cruzar: rapidamente se embisten, se retiran: el ardien-
»te furor por puntos crece: el ruido aterra al inquieto concurso:
»la esperanza de uno y otro partido en la balanza está, y al-
»gun tiempo indecisa la victoria.

«De Miguel al acero, al fin la gloria de lograrla se debe: á
»aquella espada de la armería celestial salida. Satanás le

«dirige ya impaciente una estocada tal, que su potente fuerza
 «horadara el relumbrante peto de Miguel, mas la para cer-
 «tero, y al golpe dado por su fuerza inmensa, hecha peda-
 «zos, salta centelleando de aquel mónstruo la espada, en el
 «instante Miguel la suya tiende, y el broquel penetrando, sin
 «que sirva de defensa todo el triple refuerzo de diamante, y la



«dura coraza guarnecida de fuerte malla, una herida profunda
 «en el costado le abre. Dá un bramido Satanás, que jamás
 «habia sentido dolor igual al que el divino acero le ha causa-
 «do, que aturde el campo todo. Por mas que está impacien-
 «te de vengarse, no pudiendo levantarse del suelo, se revuelca
 «en el polvo, blasfemando: sobrevive con todo, al golpe fiero,
 «tal es de nuestro celestiales séres el privilegio: cual los mate-
 «riales, aunque una etérea esencia disfrutando, heridos pueden
 «ser, mas no morirse. Su espíritu vital, que siempre dura, los
 «vivifica, su interior fomenta, hace que vuelvan pronto á reu-
 «nirse las fibras divididas, y los cura. Mas, el primer dolor
 «atormenta aun á Satanás, que está desfalleciendo; tanta es la

»copia de abundante sangre, que sus celestes venas han perdido.

»Por todas partes, sus fieles soldados corren á socorrerle:
»en sus broqueles le levantan, al carro reluciente, sangre aún
»en abundancia derramando, afligidos le llevan al instante,
»y el campo de la gloria abandonando, en paraje seguro y solitario, el reposo necesario le dejan. De vergüenza, y de rabia consumido, despedazado de remordimientos, disfrutar el descanso no podía. Se indigna al verse envilecido, hollado, avergonzado, y crecen sus tormentos, considerando que ha sido vencido por un siervo del Dios, á quien quería igualarse, y soberbio despreciaba. La batalla entre tanto continuando, más de un guerrero fiel se señalaba en nuestra sacra hueste. Allí tronando Gabriel delante de sus banderas, derramaba el terror: por todas partes, el enemigo atropellado huía.

»Feroz, Molóch entonces aparece, y con sus mismas tropas se ensangrienta, para estorbar su fuga: pretendía nada ménos, el bárbaro orgulloso, que vencer á Gabriel, apriisionándole, y en su triunfo pomposo, á su brillante carro encadenarle, á vista del Monarca sanguinario. Gabriel airado, venga prontamente las blasfemias de aquel fiero adversario de todo bien contra el Omnipotente. Un tajo tan horrible le asesta, que parte de la frente á la cintura, su vasto cuerpo. El dolorido mónstruo, sus miembros destrozados arrastrando, huye, y levanta al Cielo el alarido, hecho la burla de los que insultaba.

»A una ala del ejército peleando Uriel, á Rafael acompaña: ba: ambos eterna gloria consiguieron, contra dos tronos del bando contrario, cubiertos de armaduras de diamante, Adremeléch, con Asmodeo unido, á entrambos á sus piés los abatieron. Atravesó el acero fulminante de Uriel á Adremeléch; y un fuerte tajo de Rafael, á Asmodeo dirigido, el hombro y brazo diestro, le echó abajo. Los dos rebeldes, que con arrogancia se jactaron de ser iguales á Dios, rabiosos, reconocen la distancia que hay de él á unos vasallos desleales. ¡Cuántas hazañas, cuántos prodigiosos sucesos dignos de inmortal memoria, y cuántos nombres de famosos héroes referiría! ¿Pero

«qué interesa, del Cielo á los felices moradores, el aura vana
 «de una frágil gloria? Llenos de los honores magníficos, de que
 «su Dios no cesa un punto de colmarlos, no desean otros. Tam-
 «poco ceden los rivales nuestros, en la batalla, porque sean
 «ménos valientes, sinó porque armados por una mala causa,
 «están privados del favor que dispensa á sus leales guerreros la
 «Divina providencia. Con todo hacen resistencia terrible; pero
 «ya está borrado su recuerdo de los fastos del Cielo: así en mi
 «historia sus nombres callaré. Los ha perdido su soberbia,
 «castíguela el olvido, que nunca puede hallar entrada la gloria,
 «en donde está alojada la injusticia.

»Ahora por todas partes dispersados, huyen sus consternados
 «batallones. No se halla ya en el campo el belicoso aparato:
 «por todo su espacioso ámbito no se ven más que guerreros



«tendidos, armas rotas, carros destrozados, dardos, caballos
 «esparcidos; todo huye, todo cede á la terrible mano que cae
 «invisible sobre ellos. Sembraron la discordia denodados,
 «y ahora recogen la vergüenza y miedo: no así aquellos sol-
 «dados valerosos del Monarca del Cielo; triunfadores y alegres,
 «con un admirable orden, rauda avanza su hueste incontras-
 «table, de sus brillantes armas arrojando llamas, ahuyentan
 «enemigos: como en sus pechos la virtud habita, aunque al
 «cansancio cedan un momento algunos de ellos, excita su va-
 «lor, y vuelven á seguir con nuevo aliento.

«Mas, ya de aquel teatro lastimoso, horrorizado el Sol, á su

»morada huye: viene la Noche acompañada del Silencio, y
 »aplaca el belicoso alboroto, cubriendo á los furores con su
 »venda, la vista encarnizada; en su sombra, vencidos, ven-
 »cedores, campo, y sangrientas ruinas envolviendo. La tímida
 »quietud le va al alcance, y á su apacible aliento calla todo;
 »en medio de despojos, que son sangrientos testimonio de su
 »inmortal gloria, los nuestros sobre el campo de batalla
 »hacen alto. Cercanas, y distantes, disponen vigilantes cen-
 »tinelas, y guardias que aseguren el reposo, á sus cansados
 »miembros. Entre tanto, Satanás recobrado de su herida,



»sus fugitivas tropas, poseidas del espanto, reuniendo presu-
 »roso, con ellas marcha á su interior guarida de vergüenza,
 »de rabia devorado, del descanso y el sueño no acordándose:

»Entre las sombras, junta su escogido consejo, y ocultando
 »con cuidado su profundo dolor, de esta manera habla:» ¡Gue-
 rreros! esta memorable batalla, que haya sido como quiera,
 su éxito es una incontestable prueba de lo que pueden vues-
 tros valerosos ánimos. Defensores generosos de vuestra

libertad, podeis gloriaros, de que vuestros tiranos no han podido, á pesar de su crecido número, á su yugo insufrible reduciros. Pero no es esta dicha únicamente el objeto á que aspiro. Aunque apreciemos el honor, olvidarnos no debemos del imperio: sin éste, inútilmente el otro conservar procuraremos; pues que el honor, á la flaqueza unido, poco tiempo sostiene su entereza.

Ha empezado en este dia vuestra gloriosa carrera. En él habeis sabido á dónde llega vuestra fuerza prodigiosa, como tambien que en adelante, siempre podréis lo que hoy habeis podido, y aún quizá más, pues que es ya hecho probado que ese Dios orgulloso, imaginario, que tanto ha pretendido á su arbitrario dominio reducirnos, todo el resto de su poder ha echado en este dia, por conseguir el triunfo; que ha supuesto por cierto, que lograría su empeño, y que no lo ha logrado: probando así, que no es tan infalible, su presencia, como antes la creimos, y que ha agotado sin lograr su intento, toda su Omnipotencia decantada. Verdades ambas, que el mayor aliento han de infundirnos para lo futuro. Es cierto, no lo niego, que apurados en la batalla de hoy hemos estado: ¿pero qué hay que extrañarlo, en un momento, en que desprevenido, y mal armado, el ejército nuestro se encontraba, y al enemigo le sobraba todo?

Hemos visto hoy, que es falible ese Dios, otro dia veremos, que es vencible. Tambien hemos sacado otra preciosa ventaja, y es, saber que nuestra vida es inmortal, y que ninguna herida puede privarnos de ella, por terrible que sea: aunque nos hiciera pedazos, nuestra naturaleza los juntara al punto, y el vigor nos volvería; por lo que nuestra pérdida es ligera, y si toleramos algunos dolores, como antes de pelear ya nos hallamos. Busquemos, pues, ahora, la manera de tener armas, que sean proporcionadas á nuestro valor, y en fin, cuales convienen á unos seres inmortales, dejando las inútiles, usadas, de flechas, dardos, y otras, que con esto, mejor suerte quizá pronto tendremos. Sobre todo, sepamos si el astuto enemigo, de algunas armas ignoradas puede servirse,

averiguando cuáles son, y robarle procurando el secreto de hacerlas. Grande fruto conseguiremos, solo con habernos enterado bien de ellas; pues siquiera, cuando nuestro arte no pudiera hacerlas, de su efecto podremos precavernos. Estiéndase tambien nuestra consulta, á investigar si alguna oculta causa, á la pérdida que hoy hemos experimentado, no obstante el valor nuestro, ha concurrido. En fin, todo el talento que tengamos, como hace el enemigo, aprovechemos, bien persuadidos, de que en su alto puesto le obligaremos á mudar de tono. Explique, pues, cada uno libremente, lo que sobre esto juzgue necesario.»

«Acabó, y un Potentado celeste se levanta del medio del »senado. Mesiróch es su nombre, y su figura sangrienta y »maltrecha, manifiesta por si sola el rigor de la funesta bata- »lla; destrozada la armadura, roto el morrión, la cara descom- »puesta, y á fuerza de afliccion desencajada, dan á entender lo »mucho que ha sufrido: Mas, se esfuerza con todo, y dirigién- »dose á Satanás, con un triste suspiro, y débil voz, le dice »lo siguiente.»

¡Magnánimo guerrero! ¡Incontrastable apoyo del legitimo derecho que tenemos al título glorioso de Dioses, y á reusar un odioso yugo; que el primero, contra ese formidable tirano que nos pone en tan estrecho apuro, nos sostiene animoso, no es dable que con armamento desigual, podamos resistir á esos mortales enemigos: nosotros padecemos de las heridas: ellos protegidos por un encanto, de que no tenemos idea, nuestros golpes escarnecen, conservan su vigor, y nada sufren. Por más que seamos Dioses, oprimidos de dolores, no es dable hagamos frente largo tiempo, á guerreros impasibles. Aún los más fuertes, necesariamente serán vencidos por los más débiles. Puede uno resistir á los sensibles ímpetus del placer; de ellos privarse por cierto tiempo; y aún eternamente, tal vez, separarse de sus encantos, pues sin ellos, en una dulce calma que su viveza turba, el alma queda; mas vivir con dolor es insufrible. Entre todos los males es el único mal, el mas horrendo: toda constancia cede á sus embates fatales,

presto su poderoso ímpetu se nos lleva las fuerzas, y el aliento. Aquel, pues, que ingenioso un medio invente, para poder vencer nuestros rivales, llegándoles á herir, como el valeroso caudillo, á quien la libertad debemos, merecerá que le ensalcemos todos con elogios y honores inmortales.

Tienes razon; «responde con modesto semblante el infernal »Jefe» pero pasma, que esa invencion difícil que has propuesto, digna del cielo ardiente que te inspira, la tengo descubierta, y á daros cuenta del hallazgo vengo: ¿Quién aquí podrá haber tan torpe, que al ver el suelo etéreo en que estamos, de tanto don precioso enriquecido, de tantas plantas, flores de ambrosia, de oro brillante, y pedrería fina, que á nuestros piés á cada paso hallamos, no conozca, que de esta tierra el seno ha de estar necesariamente henchido de materias sùtiles, inflamables, que si bien á nuestros ojos invisibles, por un elemental fuego movidas, en secreto estos frutos trabajan, les dan su consistencia, y los coloran? Cuando aquellas materias que comprime la tierra, en sus entrañas escondidas, de la mansion oscura salen al aire exterior, es segura su inflamacion, al punto que se arrime una chispa tan solo, y encendidas, es tan súbita y grande su violencia, que nada puede resistencia hacerlas, como que son de aquel mismo material, que se alimenta las llamas del infierno.

Esta materia en granos trabajada, y en tubos de metal bien comprimida, puesto un sólido globo á la salida del tubo, en que se encuentra dominada, aplicado, por un respiradero, el fuego á la materia combustible, el globo arrojará con tan horrible fuerza, que barra un escuadron entero. ¿Qué digo? Si en un risco tropezara, como débil cristal lo rompería. Tan formidable trueno á la terrible explosion acompaña, que el desnudo del más bravo, convierte en miedo torpe. Preven-gámanos, pues, de estas fatales armas que harán creer al altivo enemigo, que al Todopoderoso hemos robado el rayo, el que confieso, es la sola arma, que por sus mortales furiosas llamas, con razon ha infundido el temor en nosotros. Pues que

destreza no nos falta, y tenemos materiales, en esta invencion útil trabajemos, y el rayo suplirémos con ventaja.

Más, nos es necesaria la presteza; la obra no es larga, y antes que mañana, de la aurora veais la luz naciente, acabada estará, y todo dispuesto para que haga el efecto más terrible, y quede nuestra pérdida vengada. Desechad, pues, alegres, los temores; pronto del nuevo invento artificioso, á costa de esa gente escarmentada, os pasmará el prodigioso estrago. Creed que sereis siempre vencedores, mientras á Satanás tengais al frente. Recobrad el aliento y la esperanza, y vamos á enseñar á ese poderoso amo de todo el orbe, sin demora, que con armas iguales, somos, como él, celestiales Deidades, y que no saldrá siempre victorioso.

«Así habló Satanás, introduciendo del nuevo rayo el uso »pernicioso: ¡Arma pérfida, horrenda, que á la muerte de alas »de fuego rápidas armando, más improviso y fuerte, y más »inevitable hace su daño! ¡Invento aborrecible! ¡No es de ex- »trañar que Satanás te hallara, y que con tanto ardor te pro- »pagase! El mismo Dios ahogó en su nacimiento este invento »malyado, y si posteriormente lo toleró, fué para que sirviese »de instrumento á su justa venganza, ya cansado de las mal- »dades, con que el atrevido linaje de los hombres inundaba »el mundo, y menospreciaba su bondad. Desde entonces, cual »nueva y atroz peste, efecto de la cólera celestial, aquel infer- »nal rayo en las batallas destrozó los guerreros, hizo volar la »murallas, y abrasadores fuegos llovió sobre los pueblos cons- »ternados. Desde entonces, el hombre delincuente, que los »rayos del Cielo solamente temia, sufre en la sangrienta »lucha, otros harto más crueles de la tierra.

»En fin, Satanás triunfa, todo el mundo se anima, y un feliz »éxito espera. Admiran la invencion, pero á primera vista »cada uno de ellos se figura, que sin tener ingénio tan fe- »cundo como su Jefe, en ello hubiera dado. Así nuestro amor »propio nos engaña, de modo, que la cosa más oscura, nos »parece tan clara, despues que se ha inventado, que juzga- »mos cosa extraña, que haya escapado á nuestro vivo ingénio.

»Todos salen, y ejecutan la órden: el trabajo gozosos se disputan, innumerables brazos empleando, y el suelo trastornando de alto á bajo; encorvados arrancan de la tierra cuanta materia conducente guarda, una sustancia informe aun, y grosera; á la manera de una costra espumosa, el salitre, y el nitro humedecidos, de los cuales el ingenio del arte, templa con calor lento la crudeza, y que despues á polvos reducidos, amalgamados con azufre y carbon, y en granos muy menudos convertidos, al uso horrible quedan preparados.

»En tanto, otros, de rocas y metales, los globos, de tamaños diferentes, labran, que han de barrer con fuerte trueno, y de ruinas, sembrar todo la tierra por donde pasen; ó hacen los fatales tubos de duro bronce, que á la dura muerte deben abrir espacio anchísimo, otro escuadron tambien vuela ligero por el campo y, el seco junco encuentra, que en el interior por el respiradero del tubo, reconcentra en él el fuego. Todos se mueven: todos afanosos trabajan, y la noche silenciosa con su sombra cuidadosa los cubre, para que ser no puedan espiados. En fin, sus obras todas concluidas están antes que brillen los albores de la aurora, y las armas preparadas, son á sus esperanzas superiores.

»Apenas entre tanto el matutino fulgor, de lo visible abre la escena, cuando suena la celestial trompeta, convocando á las armas al divino ejército: cada uno por su parte armado, forma bajo su estandarte, de ardor lleno. A las luces que aparecen del sol, ya coloreando las alturas, las tersas armas de oro reflejando, como un incendio inmenso resplandecen, una porcion de aquellos Angeles mas ligeros, á distancia los primeros avanzan, de las cumbres registrando de los montes, si acaso aparecia el enemigo, que no se veia aun en la vasta llanura, deseosos de averiguar sus miras, intenciones, pasos, y prevenciones belicosas, si huye, vuelve ó adónde se retira: mientras que por los campos espaciosos, ansioso cada cual los ojos vuelve, ven ondear á lo léjos sus banderas, y hácia ellos, dirigirse sus guerreras legiones. Uno de los mas veloces, Zophiel, el aire corta, y dando voces.»

¡A las armas, exclama, compañeros! Ahí está el enemigo. Hemos creído que huía, y véle que viene á embestirnos: mostrando gana de ahorrarnos una marcha. Mirad de su vanguardia los primeros escuadrones: notad el atrevido aire con que se acercan: al momento vestid vuestras corazas de diamante, vuestros morriones: empuñad las fieles espadas, y reunidos los broqueles de oro, formad impenetrable muro, que si yo no me engaño, ha de ser duro y sangriento el combate de este día; no una lluvia ligera de perdidos tiros, sinó un granizo de encendidos dardos, una abrasadora tormenta: el riesgo, es digno de vuestra valentia: ¡a las armas, pues, que ya llegó la hora!

«Así el celeste jóven les previene, y aún más les dice su co-
»razon fuerte. Todo se mueve, todo en apretados batallones
»avanza diligente. A la vista se muestran al instante los fie-
»ros enemigos, que callados, formando un cuadro espeso, á
»paso lento á ellos marchando vienen, el tren entre sus filas
»arrastrando, con pesado y oculto movimiento, de aquellos
»nuevos espantosos rayos, que esconden en el centro cuida-
»dosos. Estando ya ambas haces en presencia, hacen alto un
»momento; entonces, Satanás sale delante de las filas, y dice
á sus legiones.»

»¡Camaradas! con cuanta complacencia os anuncié, que ya
ha llegado el día feliz, en que se terminen las crueles disen-
ciones, que tanto agitan vuestra patria y mía. Abrid vuestras
hileras: que el Cielo sea testigo de nuestras amorosas y sin-
ceras disposiciones á una paz duradera: que las vea al instante
el enemigo: no se aguarda sin duda, á nuestro amable reci-
bimiento. Pronto un amistoso tratado nos traerá á más del
reposo, la dicha con la guerra incompatible. Generosos en
tanto, aunque rivales, abridles vuestros fraternales brazos, y
anunciadles á gritos, la pausable noticia de la paz que les
brindamos, y con qué condiciones la queremos; que todos las
perciban claramente.»

«Dichas en alta voz estas dolorosas palabras, se abre el espa-
»cioso frente del cuadro, y en buen orden, se van doblando todos

»á ambos lados. Al formar las dos alas espaciosas, dejan un
»gran vacío, en que extendida la vista, descubrimos sorprendi-
»dos, tres órdenes de tubos: sustentados sobre movibles rue-
»das, presentaban la boca dirigida hácia nosotros, horizontal,
»aquellos desmedidos tubos, y oscuros, nos amenazaban. A
»cada uno cercano, la señal aguardando, se veía un Angel
»vigilante, en cuya mano derecha, un junco por la punta ar-
»dia. Nosotros, ignorantes del engaño, estábamos mirando
»atentamente con diversion, el extraño aparato, cuando del
»mudo bronce, interrumpiendo el silencio, á una seña, con la
»ardiente vara cada Angel á un oído toca, á un extremo del
»tubo practicado, y en el momento con horrilbe estruendo,
»cada uno arroja por la boca horrenda, el rayo que en su seno
»está encerrado con relámpago vivo, y negra nube de humo,
»que al Cielo sube dilatada.

»Parten al mismo tiempo, destrozando las entrañas de aque-
»llos encendidos tubos, miles de globos escondidos de hierro,
»cual granizo ardiente de vivo fuego, corriendo silbadores, la
»espantosa batalla comenzando. De aquella atroz tormenta á
»la violencia, con estrago horroroso, sobre el Arcángel, el
»Querubin rueda, el Angel sobre el Angel: nadie queda en pié:
»no hay á su furia resistencia: de nada les valió aquella pu-
»jante firmeza, á la de un monte parecida, que por natura-
»leza, disfrutaban. ¡Ah! la fuerte armadura que vestían, en
»lugar de servirles de segura defensa, fué un fatal impedimen-
»to. A no haberse encontrado embarazados, con sus ricos y
»pesados arneses, á su arbitrio, mudando de figura sus esen-
»cias, sutiles más que el aire, cual átomos, con pronto mo-
»vimiento hubieran evitado fácilmente los estragos de aquel
»ardiente granizo; pero en fin, todo cede á su bravura: en vano
»separarse, y abrir paso procuran: de los globos la presteza
»lo estorba, y amenaza otro fracaso nuevo, la doble fila, que
»preñada de otra nube de rayos, preparada á vomitarlos,
»una seña espera. Con todo, su valor no persiste ni en la idea de
»fuga, y en pié puestos los más de ellos, no obstante sus heri-
»das, á aguardar la tormenta están dispuestos.

»Satanás, que supone ya vencidas nuestras tropas, su ruína »escarneciendo, á sus soldados dice:» esos famosos guerreros, que hácia aquí con tal coraje venian, ya parece que del viaje se van arrepintiendo, ó al ver la paz tan próxima gozosos, como tan diestros en ligeras danzas, esos pasos extraños, y figuras nuevas, para esta fiesta han discurrido; pues aunque en su aire tímido, dirian que desconfian, de nuestro agasajo con tal franqueza, y con tan encendido amor, aquí los hemos recibido, que fuera, una injusticia inverosímil que en ellos existiera tal recelo; mas con todo, por si éstos pensamientos los acongojan, creo conveniente, que las proposiciones repitamos, y el son de nuestros dulces instrumentos, les anuncie de nuevo, el impaciente ardor con que abrazarles deseamos: que bien seguro estoy de que ni en danza, ni en fuga pensarán, y volviéndonos su confianza, tranquilos, á los lazos no se negarán ya de nuestras amistades.

»Con la misma ironía le contesta Belial:» No extraño, que á la desconfianza y al temor, esa gente esté dispuesta. Ella es ligera y débil, y el tratado que les has tu propuesto, artículos tenia de tal peso, y cláusulas tambien, en tal extremo duras, que no era dable, que á primera prueba su vanidad las digiriera; mas, como están ya de ellas instruidos, y han podido examinarlas á su gusto, atenderán á su repetición, y no se negarán quizá á aceptarlas.

»Así sus dos cabezas orgullosas, de su primer derrota la »memoria olvidan, y con jocosas sátiras cantan victoria; »antes de tiempo; mas, no fué su delirio duradero: pronto »el vigor perdido recobrando los nuestros, y respirando venganza, van á buscar dispersos, con ligero vuelo por todas »partes, tales armas, que puedan destruir las infernales máquinas, y su rabia en el momento se las dá: arrancan de su »firme asiento enormes riscos, peñas elevadas, vastos montes »enteros, con sus breñas, bosques, y rios: volando rápidos »con ellos en la mano hasta una altura inmensa, y sobre el »campo balanceando, de allí con fiero impulso, y con segura »mira, los lanzan sobre el horrendo tren, en una misma

»ruina, confundiendo las enemigas huestes aterradas. Porque
 »debo advertirte, que en el Cielo, así como sucede acá en la
 »tierra, Dios para que aumentara su belleza la variedad, lla-



»nuras dilatadas dispuso,
 »como bosques deliciosos,
 »montes, fuentes, y caudelo-
 »sos rios, y cuanto adorna la
 »naturaleza.

»¿Pero como graduaros el
 »espanto de las contrarias
 »huestes cuando vieron nues-
 »tros guerreros, de los cuales
 »tanto se burlaron, cubrir los
 »horizontes con tal furia, y las
 »cumbres de los montes vuel-
 »tas de arriba abajo contem-
 »plaron que sobre sus cabe-
 »zas suspendidas, iban á des-
 »peñarse? Consternados los
 »ven caer sobre ellos, sin que
 »puedan estorbarlo. En sus
 »ruinas sepultados, con sus
 »máquinas fieras destruidas,
 »en un momento muchos de
 ellos quedan.

»Todo lo arrasa aquella llu-
 »via horrible de enormes ma-
 »sas, que cual nieve espesa,
 »el vasto campo de inundar
 »no para. Arrojadas con impe-
 »tu indecible, todo lo cubren:
 »no se oye otra cosa que cla-
 »mores penados, gemidos, de
 »los que bajo de ellas oprimi-
 »dos, á librarse se esfuerzan

»vanamente: sin fruto, á la tormenta procelosa los escudos opo-
 »nen y armaduras hechas pedazos, sus destrozos mismos hie-



»ren cruelmente á sus mi-
 »seros dueños: cada ins-
 »tante con más furor la
 »tempestad se cierra. Las
 »máquinas, las tiendas,
 »los guerreros, cuanto en-
 »cuentre delante, tanto se-
 »pulta bajo su peso horren-
 »do en tierra. En fin, los que
 »han logrado con ligeros
 »vuelos de ella esquivarse,
 »ó que heridos, aun pueden
 »moverse, imitan nues-
 »tro ejemplo: por el viento
 »montes con montes, rápi-
 »dos chocando, bosques con
 »bosques, vuelan al ins-
 »tante, formando una ló-
 »brega bóveda sobre el
 »campo, que todo lo oscu-
 »rece. Con las tinieblas
 »crece la batalla, la vasta
 »confusion, los gritos fie-
 »ros, los ayes, y lastime-
 »ros gritos.

Consigo mismo en gue-
 »rra parecía que el Caos
 »combatía obstinado; ruina
 »con ruina, horrores con
 »horrores, espanto con es-
 »panto batallaban, y á la
 »naturaleza amenazaban
 »sus furores de total des-
 »trucción. Nuestra misma
 »pátria el alto Cielo, que ya
 »temblaba, se viniera al
 »suelo, si el Padre celestial,
 »que deseoso de señalar su
 »amor á su querido hijo,

»y de darle el más glorioso triunfo, aquel estrago había
»permitido, seguro, de que al punto que quisiera, haría que
»cesase, no se hubiera resuelto á terminarlo. Desde el trono en
»que reside, envuelto en resplandores, quiere colmar los ho-
»nores de su Hijo, y al rival, que conspira con encono im-
»placable contra él, hacer patente, que con él parte toda su
»elevada autoridad, derechos y grandeza, como de su poder
»la grande fuerza, y á su diestra volviendo el majestuoso ros-
»tro, así dice á su Hijo.»

¡Noble imagen, descanso y gloria mia, cuyo brillo invisible mi resplandor divino hace patente! ¡Tú, mi Hijo Eterno, mi sabiduría! Ya dos de nuestros días celestiales llevan de duración esas tremendas discordias, esas crueles luchas que sostiene Miguel con nuestras fuerzas fieles: tu conoces los primeros héroes de esos choques deplorables, Miguel, y Satanás, ambos rivales en nacimiento, é iguales en valor, excepto la diferencia notable, que en favor de Miguel, la inobediencia de aquel hace: pelear los he dejado, el rigor de mis leyes suspendiendo, y á Satanás, cual si inocente fuera, como á todo su ejército malvado, casi en su vigor todo he mantenido, porque á nuestra grandeza convenia que esta guerra espantosa, hiciera ver á donde llega su soberbia impía como la fe sincera de Miguel y los suyos: sobre todo, para glorificarte de este modo, haciendo que tu omnipotente brazo, abata solo á todo ese atrevido ejército, y mostrar así, que nada puede resistir á tu justicia airada. Ves á qué extremo llega ya su furia: esa lluvia de desgajados montes, de rios, y de bosques encontrados, que hacen temblar aun la celeste curia.

Ya, si se prolongara, este desorden, el universo todo devastara: es tiempo de cortarlo: te he escogido, para que aplaques la fatal tormenta de estos dos tristes días: el tercero es tuyo. De mi fuerza revestido, marcha; escarmienta: á esos sediciosos imponles elsevero castigo que merecen: que, de susto y de rabia anonadados, sepan que están debajo de tu mando: que eres su Dios, su Rey, su Juez augusto: lleva contigo todo mi guerrero equipaje, mis flechas afiladas, mi temible acero,

mis rayos, y abrasadas centellas: sube sobre mi carro formidable, que hace de horror estremecer el cielo: corre con vuelo rápido, sigue, hiere, confunde esa culpable raza: á ninguno tu furor perdone, que abandone estas felices playas; que aprendan, en la sempiterna noche, el respeto que deben á mi eterna palabra, y los perpétuos tormentos con que sé castigar á los traidores.

«Dice, y del Hijo excelso la divina claridad con sus brillos
»ilumina, uno en otro su imagen reflejando, y de luces inun-
»dando los Cielos. El Hijo entónces, á su Eterno Padre con-
»testa así, con el más tierno amor.»

¡Oh fuente de mi sér incomparable! ¡Tú, supremo poder de los poderes, el primero, el mayor más excelente, más santo, como el único adorable entre todos los séres, ante el cual, humillada toda frente se inclina! Tú, á mi me has comunicado la gloria, y me has ensalzado, como á tí; yo, con igual amor corresponderte sé, y es toda mi dicha contentarte. Pues que tú depositas en mi mano tus rayos, ya á mi solo corresponde (2) ejecutar tus santas voluntades, la victoria verás presto á tus plantas. Agradarte, es mi gozo soberano: ¡Feliz! en la ocasion que se me ofrece, si al paso que á la fácil guerra acudo por tí, algun riesgo hiciera ver mi celo, tomo, pues, el poder, que tu has querido darme, mas solamente para defensa tuya; complacido en recibirlo, aún mas en retornarlo lo estaré, cuando tu quieras tenerlo, y yo en tu seno de él eternamente disfrute, sin tener la precision, de castigar con él otros malvados.

Tu resplandor, tu gloria, en mí resaltan: lo que amas amo: lo que tu aborreces odio: y á mi respeto faltan aquellos, que no te rinden todo el que mereces. Es deber mío y bienaventuranza, como á tu amor, servir á tus justicias: tu Hijo ha de ser tu propia imagen. Parto: de tu poder mi diestra armada, presto echará del Cielo esos ingratos, contra quienes claman tus justas leyes, que con impíos tratos fementidos, han turbado su paz, á las funestas cadenas del infierno, que dispuestas á oprimirlos, sus víctimas reclaman. Ellos, que tú asociaste á tus felicidades supremas, y que de diademas celestes coro-

naste, que dichosos fueran, permaneciendo virtuosos, y van á sentir el peso de tus iras mortales, que con audacia han provocado: una vez castigado su delito, no tendrás sino súbditos leales, que te amen y te adoren, y el primero de ejemplo serviré á su sincero amor.

«Esto diciendo, del derecho lado del Padre se levanta, y le
»saluda, inclinando cariñoso su cetro. Apenas ahuyentada la
»sombria noche, el remoto Oriente el color trueca, al brillo de
»la aurora, el tercer día, cuando terrible, á un huracan furioso en el rápido estruendo parecido, sale el paternal carro
»fulminante, (3) vencedor siempre, y de la gloria ansioso, por
»si solo impelido, sin que le tiren: un poder secreto en su interior produce el mismo efecto: vuela, precedido de cuatro
»Querubines; cada uno cuatro luminosas caras ostenta, y sus alas encendidas, están todas sembradas de ojos, que en resplandor á las estrellas vencen. Con otros brillan las fogosas ruedas; ondea, en ellos reflejando, la luz del sol celeste, confundiendo la vista, y al correr, vivas centellas y torrentes de llamas despidiendo, van, abrasando todo cuanto encuentran. Del magnifico carro el vasto asiento, más limpio que el cristal, y deslumbrante, excede al firmamento en hermosura. Encima de él, está un trono eminente; en que el zafiro celestial, mezclado con el ambar más puro, resplandece, y apaga los mas vivos colores, de que el iris soberbio está adornado.

»El Hijo del Eterno revestido de armas aun más brillantes, más hermosas, de las armas, que el Padre le ha cedido, y en que el Cielo agotó sus maravillas de arte, sube en el carro poderoso. Con las ardientes alas extendidas, con que el águila cierne su orgulloso vuelo, levantado sobre las nubes, la victoria está atenta á su lado de pié: de flechas guarnecidas de triple trueno horrendo, el carcax, y trisulcos rayos lleno del hombro del Señor está pendiente: revuelto en llama viva y funesta, un espeso torbellino de humo, oculta con noche tenebrosa, el divino semblante, relámpagos horrible despidiendo, y abriendo negros surcos en en el aire. A una enor-

»me distancia, la espantosa venida de aquel carro formidable
»se divisa, que presurosos siguen diez mil, y diez mil carros
»belicosos, con orden admirable, hácia uno y otro lado divi-
»didos.

»Aun el trono celeste y azulado, en que aquel triunfador
»sentado viene, chispea al fiero ardor de su implacable ira.
»Los Querubines encendidos, en sus veloces alas lo sostienen,
»y del Señor las órdenes advierten, con indecible rapidez vo-
»lando. ¡Dejando atrás el pensamiento mismo! Llega: apenas
»su ejército percibe el resplandor lejano, conociendo á su
»dueño, de alegría embriagado, despidiendo su tristeza pasa-
»da, un nuevo sér recibe, y todos los peligros desafia. Ya del
»Mesías brilla el victorioso estandarte, en el éter desplegado
»á la voz de Miguel, el prodigioso número de escuadrones,
»que revuelto, y disperso, cubria el espacioso campo, se orde-
»na: un santo regocijo, inefable, sucede al negro espanto. De
»Dios á la presencia, á sus asientos vuelven los montes de
»ellos arrancados: los bosques y campiñas reverdecen: dan
»los collados saltos de alegría: se coloran y esparcen sus
»alientos balsámicos, las flores: aterrados el Desórden y
»Horror, desaparecen: se calman los turbados elementos, y á
»los piés del autor de su hermosura, dulce sonríe la natura-
»leza.

»Al ver aquel poder, los enemigos estremecidos tiemblan.
»mas no obstante, no se dan por vencidos. A los riesgos que
»tienen por delante, su desesperacion sola los lanza, cifran-
»do en ella su esperanza toda: las reliquias reunen de su
»tropa, y á su Señor rebeldes hacen frente. Así de la soberbia
»los venenos, los hacen delirar, faltos de juicio. ¡Soberbia
»cruel, que nunca ser domada puede, y que ahora enconada
»contra Dios, unida con la envidia los devora, al ver que á ex-
»cepcion de ellos, todo acata su excelsa majestad! Empederni-
»dos, los prodigios que ven, léjos de hacerles fuerza, no sirven
»más que á endurecerles de nuevo: piensan solo, embraveci-
»dos, en arrancar el cetro de su mano, ó si la adversa suerte
»hiciese inutil su esfuerzo furibundo, del mundo en las ruinas,

»por su furor deshecho, sepultarse. Nadie piensa en huir, ni en humildades. O reinar, ó morir, á una voz claman.

»Entre tanto, el Señor á sus amados guerreros, que á ambos lados extendidos, con aplausos vivisimos le aclaman, á una seña callados, dirige estas palabras!» ¡Oh soldados leales! descansad de la fatiga: habeis con valor noble defendido mis derechos: el Cielo ha recibido con placer vuestro obsequio: ese glorioso valor debisteis á su mano amiga; mas á él fielmente habeis correspondido. Basta con ese esfuerzo generoso que habeis hecho: entregaos al descanso: aunque es preciso que esos delincuentes sean castigados como merecen, y esos combates queden terminados, no quiere el Cielo ya vuestros valientes brazos emplear en esto: está dispuesto á hacerlo por sí mismo. Dios solo debe su desobediencia castigar, pues que á él solo han ofendido, y ninguna asistencia su brazo omnipotente necesita: estad tranquilos, pues; si su vana soberbia á Dios así ha desconocido, Dios mismo hará visible, castigándola, el peso natural de su justicia. Han ultrajado á su Hijo, y por mí mismo debo ser vengado.

La envidia con que miran mi grandeza, es la que ha dado causa á sus traiciones: sé todas sus intenciones perversas, y hasta que extremo su vileza llega. De mi celeste Padre los favores, el trono que conmigo ha dividido, y el supremo poder que me ha otorgado sobre ellos, han humillado su soberbia de modo, que han querido á los horrores de la guerra exponerse, antes que darme el culto que debían tributarme, y contra mí, concordés se han unido. Ya, pues, mi tolerancia se ha acabado: verán á quién el poder y la gloria pertenece. Puesto que su audacia crece con la indulgencia, y que tan solo cuentan con la fuerza y poder, que su malicia no aprecia la equidad ni las virtudes, yo haré, que de su Dios el poder sientan, y conozcan también á dónde alcanza su fuerza, y el terror de sus venganzas, cuando ya á la bondad cierra la puerta. Pues quieren que la suerte de la guerra sea la medida de sus derechos, sea ella sola la que los decida.

«A estas palabras su furor se enciende; relámpagos arrojan

»sus miradas. Parten los Querubines al momento, cubriendo
»con las alas estendidas la deslumbrada vista: el carro hiende
»rápido el aire: tiembla el firmamento conmovido al impulso
»temerario: todos volando van. El impetuoso bramido de uno
»y otro opuesto viento, ni el choque de dos huestes disputan-
»do el campo, luchando ensangrentadas, ni el fragor de un
»volcan, cuando la llama su seno rompe, igualan al estruen-
»do, con que el carro veloz corre, se inflama sobre las ruedas
»rápidas crugiendo: semejante á la noche tenebrosa, en su
»horror más profundo, el Señor furibundo precipita el carro
»fiero, de la prodigiosa altura, á donde está más apiñado el
»enemigo. Cual devastadora llama, todo lo asuela y lo devora.
»Bajo el eje abrasado, y las enormes ruedas centelleantes, se
»extremecen del éter las lejanas playas, el orbe, y el profun-
»do infierno; todo, ménos el trono del Altísimo.

»Para empezar la guerra, á su llegada mil dardos, ó mejor
»diré mil rayos, arroja de una vez su armada diestra, y otros
»tras de ellos de romper no paran, cuyas ardientes puntas
»atraviesan los corazones, lánguidos desmayos é indecibles
»dolores produciendo en los que toca el fuego venenoso. El
»enemigo, viendo aquel estrago, aterrado arrojando las ar-
»mas, por todas partes huye presuroso, un asilo buscando.
»Serafines, Arcángeles, pendones; caballos, carros, armas y
»pertrechos destroza bajo su peso, el carro rodando con furor.»
»¡Cese la espantosa tormenta! ¡Caed montes, sepultadnos!
»¡De su vista furiosa ocultadnos en las entrañas vuestras!
»Clamad los que huyen sin parar corriendo; con no menos ar-
»dor, van siguiéndoles los cuatro Querubines, que al triun-
»fante carro abren paso procediéndole rápidos.

»Del sin número de ojos exparcidos en sus alas, de aque-
»llos extendidos por las ruedas del carro fulgurante, diluvian
»llamas; es cada uno, horrible viva fuente de fuego inextin-
»guible. Con su Eterno Señor de inteligencia, parece que di-
»viden su poderio, como tambien su cólera y venganza. Los
»guerreros contrarios se retraen confundidos, de toda resis-
»tencia: Lánguidos, totalmente acobardados, las armas de las

»manos se les caen: perecieran aniquilados bien presto, si de
»órden del Señor no detuviera la victoria su vuelo, suspen-
»diendo los rayos, que en la mano ya tenia para dar fin de
»aquella impía raza: su dueño Eterno no quiere acabarlos,
»sino de las mansiones celestiales de la paz, desterrarlos al
»abisino; indemnes pues así, de los últimos tiros mortales de
»sus rayos fieros, cual tímido ganado huyen apresurados, pro-
»curando ganar la delantera al veloz carro, hasta que llegan á
»los lindes del Cielo. Alas les da el espanto; pero á sus piés
»ven de repente un inmenso, profundo y temeroso abismo, en
»cuyo centro tenebroso divisan tristes la mansion del llanto,
»el infierno voraz: la fugaz gente retrocede al instante horro-
»rizada. El formidable abismo tiene al frente, á espaldas, de
»su Dios la diestra armada, ya adelante, ya atrás, de terror
»llenos, fluctúan, sin saber determinarse: el rayo los rechaza á
»la ribera, y los precisa al fin á despañarse.

»Con los ojos cerrados, en los senos insondables de aquella
»sima fiera, caen del Cielo, de una horrenda altura; y aun
»cayendo, terrible los apena con sus rayos la mano inexora-
»ble de Dios, sin dejar tregua á su execrable casta. Aun allí
»los sigue sin sosiego con sus dardos horrisonos de fuego.
»Tiembla el abismo á aquel tumulto horrible: se conmueve
»hasta el centro más profundo, al arrojarse en él todo aquel
»mundo de victimas y de armas, imposible de numerar, á
»cuyos alaridos responden de sus ecos los lamentos. Juzga, que
»el Cielo se halla en tal apuro, que arruinado sobre él se
»viene abajo, y él mismo, con el susto repentino, sin duda
»huído hubiera, si el destino sus cimientos no clavara allí
»y sobre él, todo el orbe fabricado.

»Nueve dias enteros, á millares, y nueve noches, sin cesar
»rodaron revueltas las atónitas legiones. Al alboroto, tímidas
»temblaron las regiones del Caos insensible; pero al fin, del
»infierno la espantable sima, su digno asilo, abriendo la
»insaciable boca, los traga, y rechinando vuelve á cerrarse
»sobre su cabeza, con eterna tormenta está bramando un mar
»de negro fuego, que circunda toda la redondez de la pro-

»funda cárcel, horror de la naturaleza, en que tiene el Dolor
»establecida su silla, y con la Noche tenebrosa, la Desespe-
»racion aún más odiada, y á todos lados la salida cierra.

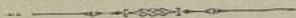
»No estaba así la pátria, que perdieron: ¡El Cielo! Libre de
»la escandalosa guerra, que movieron en él, en dulce paz, ya
»exentos sus confines de rebeldes, los himnos, los festines,
»y la pompa renacen. La dulzura crece de su éter, es su más
»pura luz, y su divino techo recobra su azul suave y crista-
»lino. Vuelve entónces el Hijo del Altísimo, vencedor de la
»liga del infierno, glorioso á los palacios celestiales; vuela el
»carro, y los ángeles en coros le acompañan alegres, con
»sonoros aplausos, y con triunfales cánticos, el triunfo es solo
»de su Soberano; más de su Rey dividiendo la gloria, su
»palma celestial lleva en la mano cada uno, y en el próspero
camino, llenos de resplandor van repitiendo.

¡Bendito seas, triunfador Divino, Rey de Reyes, Señor de
los Señores, Hijo de Dios; á ti son los Hosanas! ¡Oh Príncipes,
abrid las perdurables puertas de las mansiones inmortales!

»A ellas llega, rodeado de luz clara, con toda la brillante
»comitiva el Señor, al compás de los cantares celestes, de
»millares de millares de espíritus, que vuelan diligentes á su
»encuentro: De par en par patentes las puertas de oro se
»abren. Majestuoso entrando, ya á sentarse al diestro lado,
»en el trono del Todopoderoso: sus rayos le devuelve, y de su
»amado padre gozando los honores todos, divide sus eternos
»resplandores.

»Ya ves, que como dije, me he servido en mi historia, de
»similes terrenos, bien que de aquellos hechos muy diversos;
»sin ellos, no me hubieras entendido. De Dios te he relatado
»la victoria, sobre unos séres llenos de ingratitud. ¡Adán!
»para bien tuyo, en la memoria tenla presente siempre. Sata-
»nás, con la envidia más ardiente os mira, y aliviado se
»creyera de su mal, si en su ruina os envolviera. Con ansia
»anhela de su Dios vengarse: quisiera á sus secuaces dar
»consuelo, colmando de desgracias vuestro mundo: nada mé-
»nos pretende que saciarse de afrentar al Señor, y á aquel

»sombrio funesto abismo trasladar el mundo: de su furor es
»menester guardarse: témele. Advierte que es imponderable
»la astucia de ese bárbaro enemigo, é implacable su ira con
»vosotros. Prevenlo á tu mujer: sirve de abrigo á su flaqueza: Dios ha castigado los soberbios rebeldes, que faltaron á sus leyes, considera su ejemplo, y de tu Dios las órdenes venera.





LIBRO SEPTIMO

Rafael explica á Adán, cómo y para qué se ha criado el mundo. Le dice, como Dios, despues de haber echado del Cielo á Satanás y á sus Angeles, declaró el designio que tenia de producir otro mundo, y otras criaturas para habitarlo. Refiere que Dios envió á su Hijo para hacer la obra de los seis dias, y como los espíritus celestes celebraron su creacion, y acompañaron el triunfo del Hijo de Dios, al volver al Cielo.

BAJA ¡inmortal Urania benigna, del alto Cielo! ¡Inspira á mi sonora lira una melodía digna de tí! Llega apenas tu voz á mis oídos, cuando un sublime rapto mis sentidos enajena: me arrojo á donde hasta ahora el famoso caballo del Parnaso jamás osó elevar su noble vuelo. Y si tú me proteges, ¿qué temor puedo tener de un mísero fracaso? ¿Eres tú, ¡sacra Musa! por ventura un nombre vano hechura fabulosa de la imaginación, como lo fueron aquellas nueve hermanas, que tuvieron su templo de Helicon en la pendiente cumbre, y bebiendo en la Castalia fuente con dulces sueños nos entretuvieron? ¡No, hija ilustre del Cielo, no nacistes en poéticas selvas! sus variados delirios y ficciones precedistes. Antes que ellos naciesen, ¡cuánto hacia que tú, á tu hermana la sabiduría, con tus acentos tiernos y sagrados, hechizabas dulcemente, y aun el Eterno mismo deleitabas! ¡Vuelve, pues, hácia mí! ¡Si con osado vuelo, subir me hiciste al elevado empyreo, aunque mortal, y recrearme con su claro éter, ayuda ahora á bajarme, desde aquellas alturas

celestiales, á mis remotos y nativos campos! ¡Tú, en todos los peligros me serviste de guía y de broquel, y me trajiste salvo hasta aquí, despues de haber libado del Cielo que he corrido, el sacro fuego en su primer origen!

Mis vuelos al presente se encaminan, no ya aquellas regiones tan remotas, de los piés de los hombres nunca holladas, sinó á esfera más baja y más segura de transitar, que aquella altura enorme; á esta tierra, á que el sol en su carrera diaria da una corta vuelta entera; más á su estrecho círculo ceñido, no por eso será ménos ardiente mi canto, ni ménos armonioso, antes entre las sombras escondido, mucho más tiernos los hará mi melancolía, en estos tiempos, en que mi patria gente á la flera discordia está entregada. ¡Siglo de disensiones, y sangrientos combates! ¡Quizá yo con mis dulces lamentos suspenderé tu arrebatada furia algun breve momento, ó cuando ménos, conseguiré dar trégua á la tristeza de mi cruel ceguera, adormeciendo los fatales gritos de mis rivales, librando mi asilo de los venenos que en él intenta su fiereza verter! Mi asilo solitario, en que vivo privado de la grata luz.... ¿Mas qué he dicho? ¡Solitario!.... No me haces compañía, divina Urania? Tú, mi inteligencia inspiras con tu presencia plácida, sea cuando la noche al mundo arrulla, sea cuando su luz derrama el día, y al silencio sucede ya la bulla en el despierto mundo: ¡tu asistencia imploro! Anima con tus nobles encantos el débil tono de mi canto helado.

A mi humilde retiro trae los pocos amigos, que aun la corriente voraz de los años y los diversos azares de mi vida, me han dejado, y que siempre con gusto oyen mis versos: pues me ha abandonado todo los demás, sé todo el mundo para mi piadosa; pero léjos de mí la bullidora alegría, los juegos insultantes, y la embriaguez perturbadora y torpe, de las modernas turbas de Bacantes. Las del antiguo tiempo, con sangrienta rabia, del triste Orfeo sofocaron en los Riféos montes los acentos; de aquella dulce voz, á que pararon los vientos silenciosos, que los raudos torrentes escucharon, y atrajeron las fieras, y las breñas. Su último canto enterneció las rocas, al

paso que Caliope gimiendo, salvar no pudo á su hijo, del horrendo furor de aquella delirante tropa

Mas tú, que no eres un fingido sueño como ella, ¡oh Musa! baja en este instante del alto Cielo: acude prontamente á sostenerme en este nuevo empeño: dime lo acaecido en el siguiente tiempo, despues que aquel afable Angel, Rafael, al primer padre previno del pecado, y castigo irrevocable de Satanás, y de que igual destino terrible al mismo Adan amenazaba, si en medio de las frutas excelentes, tan exquisitas, como variados, que hervian en aquel jardin precioso, la del árbol fatal probar osaba; y no solo á él, sino tambien al numeroso pueblo de sus futuros descendientes, al que en su culpa y pena envolveria!

Sentado al lado de Eva, oia Adan la interesante historia, que exacta en su memoria se grababa, y con el pensamiento recorria todos aquellos hechos milagrosos, los reveses terribles sucedidos, misteriosos secretos de los Cielos, y concebir al cabo no podia de qué modo en lo Alto, en la morada de la paz, la discordia, los reñidos debates, y el mortal y negro encono, hasta el pié mismo del trono Eterno habian conseguido abrirse paso; pero el castigo de los fementidos ángeles, repentino y espantoso, y sus ligas y guerras concluidas, como al Cielo, así á su alma perturbada la alegría volvieron y el reposo: con todo, no le bastaban las noticias adquiridas: más y más ansioso de saber, queria averiguar especialmente el modo con que habia sido criado el orbe, con que fin, su época, y la del vasto firmamento; cuando su vida habia precedido en el Edén, y en todo el extenso universo, y al fin, todo cuanto era conexó con su suerte futura. Cuanto más oye, tanto más anhelo tiene de oir. Así en el verde prado, por donde culebrea un cristalino arroyuelo, rendido del viaje el caminante, y acongojado de sed, sobre sus puras aguas inclinado, despues que á medias aplacó su ardiente aridez, encantado contempla los dulces juegos, con que su corriente por las guijas resbala con gracioso murmullo, y de sus ondas codicioso, cuanto más bebe, más beber quisiera.

Tal á Adan la encendida sed aflige del saber, y al Arcárgel

se dirige, así diciendo en tono satisfecho, y respetuoso:
«¡Cuán sublime y nuevo es lo que tú hasta aquí me has referido! Tal es el gusto que en oírte pruebo, y admiración, que estoy enajenado. ¿Qué fuera pues, si levantas el velo á tanto alto secreto, sepultado en tu celeste pecho, que aun ignoro, y todas mis tinieblas disipases? Para este objeto, tu bondad impetro, ¡oh de mi Eterno Dios fiel mensajero, que has venido á advertirnos del indigno lazo de ese enemigo artificio! Cuando Dios nos dió el sér, su verdadero único fin, sin duda no habrá sido otro, que el de que fieles le adoremos, y como á proporcion que claramente le conozcamos, crecerá el amor ardiente nuestro, y será mayor el rendido culto que á su grandeza tributemos; no extrañes que desee conocerle, y los bienes, que he recibido de él, saber, para poder agradecerlo cada día más fiel corresponderlos.

»Ya pues, que con tan gran benevolencia, por nosotros, y nuestros descendientes te interesas, y á nuestro humilde trato no te desdeñas de prestarte amable, atiende á nuestros votos respetuosos. Habla, acaba, descubre á los nuestros terrenales sentidos, esos prodigiosos misterios, que no ménos que á vosotros, tal vez á los humanos importan: dime, ¿qué parte ha construido esa bóveda arqueada del brillante inmenso firmamento? ¿Qué fuegos esos son, que tan lejanos de nosotros, apacibles circulan, de los cuales, los hay casi invisibles á nuestros ojos, y quizá incontables: otros, que no brillando, aun en la oscura noche, son á su alcance imperceptibles? explicame, ¿cómo es que una aura pura, por todo el vasto espacio derramada, y á los Cielos y esferas abrazando circunda, á pesar de su ligereza, los sostiene en su asiento, y asegura? ¿Por qué el Señor dejando su eterno reposo hizo salir del negrisimo Cáos tan tarde el órbe? ¿Dime el punto en fin, en que dió el sér á este maravilloso conjunto, si es que Dios consiente que llegue á nuestros débiles oídos la relacion de asuntos tan sublimes?

»No pretendo sòndear con imprudente anhelo, sus decretos reservados y augustos, sinó solo que me instruyas de algu-

»nas de sus obras admirables, y de aquellos secretos ignora-
»dos, que me puedas decir; sin otro objeto que el de rendirle
»más perfecto culto. Aun queda largo espacio, antes que el
»Sol remate su carrera en el ocaso, y aunque ya estuviera
»para apagar su luz, á tu mandato en los aires pararía su ca-
»rró, y atento referir te escucharia, como él mismo, de repen-
»te saliendo de las tinieblas, se quedó admirado de ver su res-
»plandor, y hallarse colocado al frente del reciente universo;
»y aun cuando para oírte apresurara la noche su carrera, y se
»asomara curiosa, con su refulgente corte, la Luna á los bal-
»cones del oriente, el Silencio y el Sueño velarian, oyéndo-
»te hechizados contar, como del fondo de la nada fué la natu-
»raleza producida; de sus términos cual es la grandeza, y el
»tiempo, y el fin con que ha sido criada. La aurora llegará,
»y embebecidos, de tu boca pendientes estaremos: concluirás,
»y engañados, aun los placidos sonidos de tu voz oír creere-
»mos.»

»Así al Celeste huésped suplicaba Adán, y aquel contestaba diciendo:

»Cedo gustoso á tu modesto ruego; ¿Mas cómo, de las obras
»portentosas del Rey del Cielo, darte una luz puedo? Su gloria
»al hombre opríme, y aun la lengua seráfica elevada, por
»más que de expresiones majestuosas use, de ella no da cabal
»idea: con todo, te diré lo que me sea permitido, y á ti pueda
»servirte de utilidad. misterios prodigiosos, que su bondad se
»digna descubrirte, provechosos para ti y tu linage. De su
»gloria eternal en las transparentes sombras, ocultos los res-
»tantes duermen. Allí, depositada la série futura de los su-
»cesos invisible hasta su tiempo, á toda criatura, solo para sus
»ojos es visible. Intento vano y temerario fuera, el de son-
»dear aquel celeste abismo.

»Para nada tampoco es necesario, pues que sin riesgo
»alguno, el mismo fruto te ofrece el vasto cuadro, que patente
»la tierra está á tus ojos ostentando. Al paso que juicioso,
»vayas examinando sus maravillas, más ardiente será tu
»amor á su Hacedor divino. Es preciso que el alma se alimen-

»te como el cuerpo, no obstante que es diverso el sustento,
»segun es el destino vário que tienen en el universo: mas
»con todo, igualmente moderado debe ser para entrambos,
»arreglado por la razon; pues si es benéfico su uso, son
»siempre los abusos peligrosos.

»Oye ahora: despues que aquel impuro Arcángel, (Lucifer
»era nombrado, cuando en el Cielo, refulgente y puro entre
»todos los Angeles brillaba, y como el sol, el resplandor os-
»curo de los astros, eclipsaba sus luces.) Despues que Satanás
»(así debo nombrarle ahora) hubo arrastrado en su caída á la
»rebelde turba sublevada, que se atrevió en su culpa á acom-
»pañarle, que quedó en el infierno sepultado; y el Hijo del
»Eterno, en triunfo remontado al Cielo, ceñido de laurel, con
»inmortales himnos recibido, el asiento glorioso hubo ocupado
»al ver llegar su Padre sus aguerridas tropas en orden, bajo
»sus banderas, vuelto á él, le dice:» Ya el castigo justo se ha
impuesto á ese enemigo: se lisonjeó que con su hueste impía
la montaña del sacro testamento, donde está de mis rayos el
origen, y mi cetro y corona usurparia. El suceso ha salido
muy distinto, de lo que su osadía se jactaba: el Cielo vomitó
de su recinto los rebeldes, y nunca á su dichosa morada vol-
verán. Mas numerosa es aun la multitud de leales servi-
dores, que parte no han tenido en sus tramas fatales, y celo-
sos en todas ocasiones, á nuestras leyes han obedecido.

Tenemos pues, vasallos á millones, que nos respeten, y en
nuestros altares nos inciensen, y adoracion nos riden; con
todo, el enemigo que sabe de cierto los que perdimos estará
ufano de que ha dejado este lugar vacío. Quiero privar aun
de este timbre vano á ese perverso pueblo: criaré de una vez
otro universo, que poblaré de innumerables gentes, descen-
diendo de un solo padre todas: gozosas vivirán en aquel suelo,
y su fê y su obediencia á mi sagrada ley, con el tiempo la
feliz entrada del Cielo ha de brindarles.

Así la tierra con indisolubles lazos al Cielo se unirá, y los
volubles tiempos del mismo modo á la inmóvil eternidad.
Yo, el Padre y Soberano seré de todos, y mis principales va-

sallos sereis siempre ¡oh mis Angeles leales! que dejando esta mansion apacible, con tal valor al enemigo inhumanò en el campo combatisteis. El Cielo es vuestro: bien os lo ganasteis, tú, Hijo mio, mi verbo, mi trasunto, quiero, que el nuevo plan ejecutado sea por tí: ¡vé pues! ¡Que solo á tu imperante voz á la luz salga en el instante! para esto te he infundido mi Divino poder: toma hácia el Cáos tu camino: pon fin á su incesante antigua guerra: de una palabra, separa de la tierra el Cielo. Hasta ahora, nada limitaba del vacio el abismo incalculable, mi sola inmensidad, llenándolo. Yo soy: nadie es sin mí: solo dispongo de todo: hago: destruyo: pongo y quito: sujeto el azar mismo á órden estable: contengo lo posible, y no hay otro hado, que aquello que yo tengo resuelto.

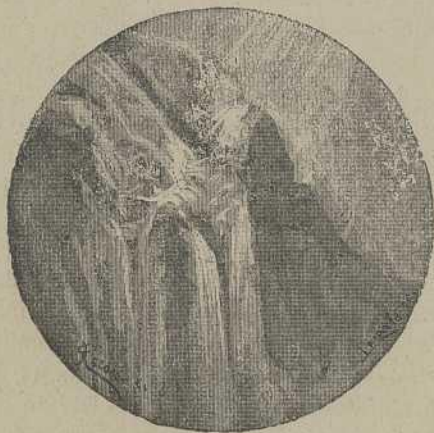
»Habla el Padre, y el Hijo ejecuta presuroso. El reflejo
»brillante del relámpago, el rápido torrente, la ligereza del
»airado viento, de los veloces tiempos la corriente, y aun en
»su esencia, el movimiento mismo, son nada, con la fuerza y
»la presteza de su palabra: manda, y ya está hecho. ¿Pero
»cómo es posible, que tu limitado alcance pueda entender la
»grandeza de aquellas obras tan maravillosas?

»Apenas el decreto se habia oido del Cielo en las venturosas,
»moradas cuando todo él, de este himno repetido resonó:»
Gloria á Dios en las alturas, y paz inalterable á las venideras
generaciones del linaje humano: gloria á nuestro Augusto
Monarca, cuya ira poderosa, á los impios rebeldes lanzó ó de
su presencia, de la mansion eterna de los justos, y abatió
su sacrilega osadía. Gloria al Señor, cuya ciencia benigna
saca bien de los males, y que en lugar de aquella turba
injusta, va á criar otros seres racionales, que merezcan las
sillas que ha perdido. Gloria al fecundo Dios, que en sus os-
curas cunas, prepara para las venideras edades, otros mundos
á millones, que acrecienten sin fin el escogido pueblo, que le
tributa inciensos y loores.

»Entretanto que así cantaba, el Cielo, la obra maravillosa
»comenzaba: Dios viene armado de su Omnipotencia: la ma-
»jestad en su Divina frente brilla, unida á la calma inaltera-

»ble, inseparable de la sabidería; del amor puro la benavo-
»lencia, en él luce tambien, dulce y ardiente. El Padre celes-
»tial se ve admirado, todo entero en sus ojos impreso. Al
»rededor del Hijo, presurosos espíritus, sin número volaban.
»Arcángeles, Virtudes, Querubines, Serafines; y Tronos,
»todos alados: miles de Carros fogosos, tambien con alas, le
»escoltaban, que entre montes de bronce, reservados para
»tales funciones, se guardaban: tren celestial, cuya magnifi-
»cencia, no hallaba, comparacion en cuanto existe. De un in-
»terior espíritu animados, ellos por sí, viendo la augusta seña,
»vuelan sobre abrasados sus ejes, al triunfal carro del Señor
»siguiendo.

»A la marcha pomposa, abre el Cielo sus puertas, que gi-
»rando sobre goznes de oro, producen una música armoniosa



»digna de oirse en los celestes coros. Sale el Señor con toda
»su brillante comitiva por ellas, y constante, todos sus pasos
»sigue apresurada la Gloria. Ya el Divino espíritu, para sacar
»el orbe de la nada, ha preparado el próspero camino: á los
»finés del Cielo al fin llegado, para el carro. A su vista, el ex-
»tenso Cáos está, sin fondo: Desde allí, de una ojeada á lo

»más hondo penetra, en tanto que su comitiva, fija en la altura, ve con la más viva admiración aquella fiera sima, océano espantable sin ribera, en tinieblas sumido, de perpetuas tormentas agitado, y cuyas olas, sin cesar rugiendo, como horribles montañas elevadas, encaramadas a los muros del Cielo, los están sediciosas asaltando.

«¡Silencio olas furiosas! ¡Parad, vientos! Les dice la palabra del Eterno; ya está todo callado y obediente: los abismos detiene aun su aliento. Sobre las alas de los Serafines sentido entonces, rápido desciende de su extensión á recorrer los lindes, y el caos, diligente y respetuoso, le abre al punto su tenebroso seno. Su séquito con él las sombras hiende, deseoso de ver dar la existencia al orbe, y de admirar la Omnipotencia de su Dios, en aquella obra pasmosa. Para la marcha, y en la potente mano toma el compás, que se conserva en el tesoro eterno, y se reserva solo para medir, en ocasiones tales, los campos del espacio (1). Una punta de aquel compás de oro brillante, en el punto céntrico asegura, y el otro inmenso brazo, en el distante vacío circula, la figura del nuevo mundo graba en sus tinieblas.

»Apenas de trazar su vuelta acaba,» Existe ¡oh mundo, dice; reducido! al círculo que yo te he señalado! ¡Sus términos ocupa exactamente, sin pasar de ellos! Como por encanto: á su voz nace todo este universo visible, los Cielos, y la tierra materiales, y todo cuanto sus ámbitos encierra; pero todo confuso en mezcla horrible, solo era una enorme masa indigesta, informe, que con lóbregas olas envolvía un tenebroso mar, en que fluctuaba. Mas ya el Divino espíritu, tendidas sus criadoras alas radiantes, sobre las ondas, tierno fomentaba la inánime materia, derramando en su seno la vida, y fecundado el Cáo. Brota la naturaleza: en orden poco á poco su hermosura asoma: se segrega todo impuro germen, todo mortífero, indigesto principio, y va á parar al fondo oscuro del abismo: colócase en su puesto cada cosa: mutuamente atraídos el sér se junta al sér, la simpatía los une, al paso que con excelente orden los hace huir la repul-

»sion uno de otro, resultando en el todo, que sus partes se
»vayan arreglando. Vuela el fuego: ligero el viento sube: y el
»orbe de la tierra más pesado, cual si fuera en un sólido ci-
»miento, en su azul extension se consolida.

»Dijo á la nada entónces el Eterno, ¡haya luz; «y la luz
»quedó criada. ¡Tú, oh luz, del éter puro quinta esencial! ¡Tú
»la hija primogénita preciosa de todo lo existente! ¡Tú; de
»que es Dios el sacro único origen! ¡Que de rayos ceñido, con
»tu presencia hermosa, al universo, aun muerto, dando vida,
»al punto de las puertas del oriente, comenzaste tu gozosa
»carrera, seguida, hasta que al Sol, que todavía en la nada
»yacendo, con tus dorados brillos adornaste! Dios te vió, te
»aplaudió, y de las negras sombras mandó que fueses separa-
»da. A aquella nombró Noche, y á tí Día. ¡Tú con fulgores
»gratos, y la noche con fúnebres vapores, cumpliais ambos
»vuestro ministerio, uno y otro hemisferio con periódico tur-
»no visitando! Así del día nuevo las primicias brillaron, y
»aun el Cielo sus delicias á la tierra envidió, mientras gozosos
»los ángeles, sus himnos triunfales y armoniosos entonando,
»en honra del Criador, cuyo sencillo acento hizo brotar tanta
»maravilla, admiraban la niñez de los siglos, y el jóven Uni-
»verso ponderaban.

»Dijo entre tanto el divino Hacedor:» ¡Sepárense del húmedo
elemento las ondas, unas de otras. ¡Su camino eleve parte
de ellas á la altura del aire, y salga á luz un firmamento, que
de las inferiores las divida!

»De una bóveda vasta en la figura, el firmamento de éter
»trasparente cerca de repente toda la tierra, y en dos mares
»el agua repartida, sobre él, ligero el uno se sostiene, y á
»manera de azul líquida gasa, sirve para templar la luz del
»Cielo, como el otro en la tierra se mantiene, á leyes inmuta-
»bles los sujeta Dios, y á un tiempo completa con ellos, la
»firmeza del reciente edificio del mundo. Al tempestuoso abis-
»mo, que aunque entónces en reposo por su orden especial,
»en adelante vuelto á su alteracion, naturalmente podia ser
»vecino peligroso, lo trasladó del mundo muy distante. Al
»Cielo dió de Firmamento el nombre, y en coro el día y no-

»che, que del hombre comenzaron las futuras edades, cantaron su segundo periodo.

»El orbe de la tierra hecho ya estaba, más cual débil embrion, vegetaba aun del mar en las entrañas, escondido, alimentado por sus ondas prolíficas cuando dijo el Criador con imperiosa voz:» ¡reuníos ondas! ¡Id corriendo á la madre espaciosa preparada, y descúbrase la tierra!

»El mar en el instante huye, y se concentra en su profunda madre, descubriendo sus calvas frentes los excelsos montes: »rodeados de nebulosos vapores, á los celajes suben orgullosos, dominando los claros horizontes: al paso que ellos hácia el Cielo suben, los huecos valles rápidos descienden á lo profundo, madres dilatadas procurando á las aguas, que admirándose de hallar aquel abrigo, corren á reunirse en él: al pronto débilmente como las gruesas gotas, que en la abrasadora canícula derrama algun nublado, y en el polvo no tardan en sumirse; pero dentro de poco, reforzado su número, á la voz del poderoso Hacedor, á su puesto conocido cada cual rueda, »hasta que al fin unidas en grande cantidad, formando altivas y líquidas montañas, con furioso ímpetu caminando apresuradas, unas á otras se siguen en buen orden, como aquellos celestes escuadrones, de que hice la pintura, refiriendo las acciones de la angélica guerra, que al son de la trompeta, en apretadas filas uno al otro iban siguiendo. Asi formados, en arroyos ó en torrentes, con murmullo incesante, ó con estruendo, las cristalinas huestes presurosas vienen, unas tras »de otras caminando, empujando las ondas á las ondas. Otras fuentes, tambien precipitadas, caen de un alto risco á una profunda sima con horrible ruido; su onda en el hueco rebozando, inunda los contornos; llanuras dilatadas por un canal »que se abre, en apacible arroyuelo trocado, culebreando recorren, procurando enriquecerse con otros arroyuelos, que un destino igual hace que le salgan al paso.

»En vano las montañas y los duros riscos se oponen á que sus corrientes se incorporen; el uno, en sus oscuros cimientos introduce sus hirvientes ondas, y con empeño tal los mina, »que al cabo de algun tiempo los derrumba: el otro, más sober-

»bio y caudaloso, amontona sus aguas de manera, que embis-
»tiendo con furioso ímpetu, rompe, ó derriba todo, y su carre-
»ra sigue sin encontrar ya resistencia. Forma de estos arroyos
»los afluentes, rios que en vastas madres con pomposa marcha
»conducen, por la polvorosa tierra sus aguas, y que acrecen-
»tando su caudal sin cesar, con abundantes fuentes, ó arroyos
»que se les agregan, por ignorados reinos transitando, de su
»nativo suelo al fin distantes, á sumergirse en el abismo lle-
»gan á las aguas del globo destinado, que fué llamado Mar
»por el Eterno.

»Continuó diciendo Dios:» ¡verde yerba, cubre la tierra!
¡Alegres praderas, frutales abundantes, y sombrías selvas,
brotad! ¡Que tenga reservada cada árbol, cada planta, su si-
miente en sí misma! «A esta voz, la dilatada superficie del
»globo, anteriormente infecundo, desierta, despojada de ador-
»nos, se presentó de súbito, de nueva y rica gala revestida.
»La verde yerba cubre la extensa llanura, el hondo valle, y
»el empinado monte: en el vasto campo perfumado, el arbus-
»to hace alarde del pomposo recién nacido lujo, desplegando
»sus hojas y sus flores, y con primor, sus colores hermana:
»la hiedra aprieta al álamo frondoso con millares de brazos:
»arrastrando por el suelo la parra, igual apoyo va buscando;
»cuando tropieza en él, con sus corvos zarcillos agarrada,
»hasta la espesa copa se endereza, y entre las verdes hojas, sus
»pendientes y morados racimos, orgullosa á los ojos ostenta; la
»dorada espiga, sus legiones inmensas, erizados de picas
»relucientes, ordena presurosa: se arman por otra parte, de
»aguijones, la enredada zarza, y el duro espino al paso que
»los árboles gigantes, las faldas de los altivos montes domi-
»nan, ó en la altura encumbrados, esparcen con su sombra
»la frescura.

»Más humildes los árboles frutales, bañados por los crista-
»les húmedos de un arroyuelo, pueblan la llanura, y ciñen
»de los rios las undosas riberas, ofreciendo liberales, al
»alcance del hombre sus sabrosas frutas. Así la tierra, hecha
»de los Cielos imágen, ocasiona celos á su belleza, y es
»vuestra morada digna de ser comparada con ellos: mas, las

»nubes no habian aun llovido, ni la tierra aun inculta conocia
»la labor; el rocío las suplia, con fecunda humedad, del en-
»cendido suelo templando las venas áridas, las yerbas, cual
»las plantas, refrescando, y las semillas tiernas encerradas
»en él, criadas por mano del Señor, que el tercer día entón-
»terminando vió, y aprobó las obras que habia hecho.

»El cuarto no fué ménos prodigioso:» ¡Existid, dijo, turba
innumerable de astros! ¡Diferenciad, con inmutable período
alternado, el claro día de la noche! ¡El calor beneficioso de-
rramado sobre el mundo, y de señales para medir los tiempos
y los años, servid perpétuamente al hombre á los mortales:

»Varios en brillos como en los tamaños y en las distancias,
»nacen al instante, y pueblan el desierto firmamento. Dos de
»ellos, para el globo más brillantes, y más grandes por estar
»más cercanos, abren del veloz tiempo la carrera, escoltados
»de la corte magnífica de todos los restantes, que ordenados
»los siguen por el éter. Cada esfera de aquellas tiene su nom-
»bre distinto, que solo sabe Dios; mas para el hombre im-
»puso en general á todas juntas el mismo nombre que les dais
»de Estrellas. La Noche se admiró, al ver su enlutado velo de
»tantas luces salpicado, que por turno, sobre él resplande-
»cian, ó se escondian en sus fúnebres pliegues, á su dominio
»términos poniendo, y tambien los del día limitando.

»Dios las vió, y mereció su beneplácito de aquel adorno
»la magnificencia. ¿Y qué obra material hay más hermosa,
»entre las que hizo, su poderosa mano, que el sol? Este astro,
»que radiante eclipsa con su viva eterna luz toda la incal-
»culable muchedumbre de esferas inflamadas, por mano del
»Señor en el distante inmenso campo de la luz esparcidas,
»como menudo polvo, al principio fué un globo sombrío
»enorme en el tamaño, y esponjoso, mas, del Oriente apenas
»la luz pudo romper las puertas, é inundar el orbe, cuando
»absorbe la mayor parte de ella por sus poros el astro, y pe-
»netrada su enorme masa, queda trasformada en un globo de
»fuego refulgente, en el cual, la luz toda recogida al fin tiene
»su asiento establecido: es su templo sagrado, su eminente
»soberbio alcázar, su perenne fuente. Apresurados, con sus

urnas de oro, sus vasallos brillantes, á ella corren á llenar-
las del tesoro líquido de sus lucientes fuegos. Aun aquellos
globos, que inmensas órbitas recorren de él tan remotos,
que parecen en el Cielo puntos invisibles, los destellos de
sus vivos fulgores á porfía se reparten, no obstante su incal-
culable distancia, y cada cual nutre su esfera. El, soberbio,
impaciente, el primero rompió la barrera del alegre día, y
de su ardiente trono de topacio por la extension inmensa del
espacio del cielo, hasta los lejanos confines, arrojó de su dis-
co fulminante mares de resplandores abrasados.

«Las Pléyades abrian su triunfante marcha, y la blanca
Aurora extendia de sus plateados velos la hermosura. Ver
á la parte opuesta se dejaba, vivo espejo del Sol, la Luna
llena, resplandeciendo con la luz prestada de aquel astro, y
aprisa tras la oscura noche al otro hemisferio se ausentaba,
A su carro de nácar majestuoso seguia un numeroso pueblo
de Astros: con ella la Quietud y el Sueño, huían del Bullicio
y Afán, que al albor matutino apresurados acudian: mas,
cuando terminado su camino, con sus últimos rayos el Sol
dora el poniente, la plácida lumbrera con la noche de nuevo
á salir vuelve, y tras de ésta la turba encantadora de Estrellas,
que brilladoras llenan de diamantes su oscuro seno, al paso
que, su sombra protectora aprovechando, al silencioso mun-
do, vuelven de nuevo el Sueño y el Reposo. Así entónces
la Mañana y la Tarde, con nuevas galas cada cual ufana,
admiraron su belleza hechizadas, y la cuarta jornada ter-
minaron.»

«Mas, de Dios la palabra, el mar profundo hace ya fecun-
do con sus órdenes:» ¡Poblad peces el húmedo elemento!
¡Naced de él, aves, y habitad el aire! ¡Vivid, reptiles!
dijo. «Las pintadas aves cortan ya el viento, y las pesadas ba-
llenas bogan por las espumosas ondas, entre bandadas nu-
merosas de peces de mil distintos géneros, que brotan de
sus profundos senos. Dios los ve, los bendice y los aprue-
ba:» ¡Creced, multiplicad, oh peces! dice: ¡Los reptiles, las
aves igualmente crezcan, y multipliquen en la tierra!

«Para este fin tenia preparados en el vasto recinto, que

»cierra el mar, á más del alimento competente, golfos, islas,
»estrechos y bahías, y otros puestos los más proporcionados á
»fin de que del mar los moradores, sus infinitas crias pudie-
»sen, hacer sin que el furor de todas las tormentas lo estor-
»base, y así sin fin perpetuasen su especie. Apénas con
»efecto, la extendida capacidad del mar contener puede la
»multitud, que habita desmedida, de pueblos escamosos en su
»seño, variados con los más bellos colores, que á la que hay
»en el aire y tierra excede. Por todas partes se presenta lleno
»de nadadores diestros é incansables. Unos, hábiles buzos,
»zambullidos pasean esparcidos sus arenas; otros, formando
»huestes numerosas, giran sobre sus populosas ondas, sur-
»cándolas con rumbos diferentes: estos, pacen ansiosos las
»recientes plantas marinas; otros, con joviales retozos, entre
»selvas de corales corren, ó bien del sol al encendido rayo,
»avivan su hermoso colorido: aquellos, adornados de brillan-
»tes perlas, la agua del mar, en sus flotantes conchas beben:
»alguno, su pequeña góndola, cual piloto diestro, guia bajo
»el «brigo de una enorme peña: otros, juntos formando una
»viviente cadena, con paciencia noche y día aguardan, que á
»su alcance la encrespada ola traiga la presa deseada: allá se
»ven saltar ligeramente en tropas los delfines, encorvados de
»los líquidos montes en las eminencias: las vagabundas focas
»sus costumbres, á pesar de su lerda corpulencia, imitan con
»retozos continuados y alegres brinco, sobre la movediza
»cumbre de las ondas, y más cuando se aumenta su hervor
»con una próxima tormenta.

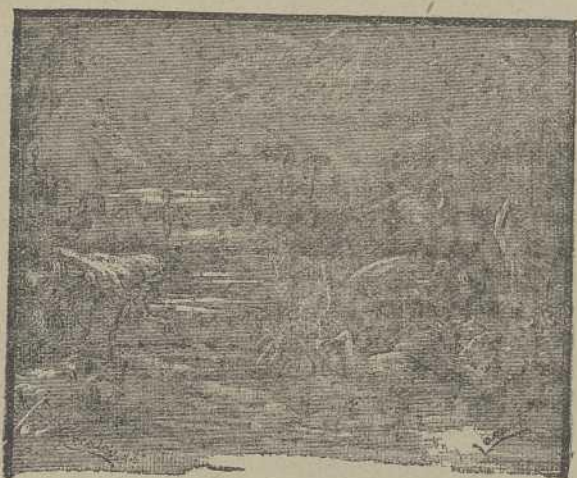
»El Rey del mar, el animal gigante, la Bellena, entre todos
»la primera por su grandeza, el horrendo Leviatan, ya en las
»olas, de espaldas extendiendo su longitud, parece de léjos un
»elevado promontorio; ya una inmensa aleta desplegando á
»cada lado, que es una isla flotante se digera. Tiene por boca
»un antro, cuya densa profundidad no deja entrar el dia,
»aunque la tenga abierta totalmente, y al paso que ella sorbe
»la onda amarga, cada ventana, en saltadora fuente conver-



»tida, la descarga hacía
 »el Cielo. Las lagunas,
 »las aguas pantanosas, tie-
 »nen tambien bulliciosas
 »familias que las habiten,
 »y que con viviente alien-
 »to las animen. Sus ribe-
 »ras hormiguean de pue-
 »blos de avecillas ligeras,
 »que rotas ya las duras
 »cáscaras de huevos en que
 »estaban, miéntras empo-
 »llaban sus tiernas ma-
 »dres, han logrado salir
 »de sus oscuras cárceles;
 »despojados de plumas al
 »principio, y aun ende-
 »bles, en sus nidos los
 »pajarillos, para el ali-
 »mento al paternal cariño
 »están fiados; mas, de
 »brillantes alas revesti-
 »dos, dentro de poco cor-
 »tarán el viento, á ban-
 »dadas abandonando su
 »patria, y el sol, cual
 »vastas nubes, enlutando.

De tales sociedades
 »desdeñosa, sobre alguna
 »alta y solitaria peña,
 »anida siempre la orgu-
 »llosa Aguila; y de un ais-
 »lado cedro la alta mole,
 »ofrece á la pacífica Cigüe
 »ña cómoda habitacion
 »para sus pequeñuelos.
 »Hay tambien otras aves,

»que las ondas del éter acostumbran surcar solas; pero las
»hay, que al barruntar la fría Estacion del invierno, en compa-
»ñía numerosa reunidas anualmente, formadas en triángu-
»lo volante, del aire cortan las regiones vanas, en busca de
»otra tierra más caliente; dividiendo el cansancio, unas á
»otras se ayudan las etéreas caravanas, vastos mares, y montes
»transitando, hasta llegar al término del viaje. Asi en negras
»escuadras el cielo asombrando con su paso, más allá de las nu-
»bes, las ligeras grullas volando van, á otras riberas lejanas á
»apearse con estruendo, mientras que los bosquecillos fron-
»dosos de un pueblo innumerable están hirviendo, de inquie-
»tos y graciosos pajarillos, que de una en otra rama, en
»incesante movimiento, con cantos diferentes y alegres, inte-



»rrumpen su constante silencio, los colores brillantes de
»sus hermosas plumas ostentando, y variando el verdor de los
»árboles. Apenas callan, cuando el tenebroso bosque resue-
»na con el quejido doloroso de la filomena tierra que el sueño
»deja por cantar su pena: el astro de la noche, con oído aten-
»to, para el canto melodioso, y eternecido su dolor divide.

»Fomentando tambien las productoras semillas, brota del
»húmedo elemento una multitud de aves nadadoras, á que da
»el sustento, y la morada; en los azules lagos, en las fuentes
»y arroyuelos, la blanda pluma bañan de sus regazos, y em-
»pañan el cristal de las ondas, diligentes buscando el alimento
»en su fondo cenagoso. Al frente de estas aves, con majestad
»el Cisne boga, sirviéndole, extendidos en el agua, de remos
»los dedos de los piés, entre sí unidos con unas fuertes y fle-
»xibles telas de piel, y haciendo de sus alas velas, muchas
»veces, del aire á los extremos fines, con vuelo poderoso su-
»be, sus húmedas moradas desdeñando, y la remota tierra
»dejando atrás, se confunde con una nube blanca.

»Otros, á aquellos elevados puestos prefieren con deseos
»más moderados, habitar en la tierra tranquilos: el gallo entre
»ellos majestuoso luce; cierto de su valor y su belleza, gar-
»boso, la cabezalevantando, que coronan penachos matizados,
»entre los que purpúreo reluce su diadema real, lento pasea;
»y sobre el cuello erguido, ondea el oro de su pluma, en ma-
»dejas extendida; de sus altivos ojos despidiendo al mirar, viva
»luz relampaguea: cual sonoro clarín la voz emite, que las
»horas pacíficas señala de la nocturna sombra, y de la aurora
»es sabida puntual despertadora, del día anuncio, canto de
»victoria, y grito de la gloria y del amor. El solo, junta en sí
»la gracia, el valor, la hermosura y la vivacidad. Nada de
»más completo, hasta aquel día, respiró en toda la naturaleza.
»Con todo, envanecido pretendia el Pavo real, en punto á la
»belleza excederle, los ojos rutilantes de su azulada cola des-
»plegando, que adornan los relumbrantes colores del Iris. En
»aquellos reflejando, el sol mismo, envidioso, la hermosura
»ve retratarse de su más pura luz, y juntar el fulgor de las
»estrellas á los vivos matices de las flores de la tierra, en la
»rueda milagrosa. De esta manera, el agua y sus orillas se
»animan, y su luminosa vuelta el quinto día acaba, que vió
»nacer maravillas tan grandes.

»Al comenzar el sexto, resonaba el cielo con armónicos
»loores de todos sus gloriosos habitantes, al Eterno Señor,

»que de este modo dijo: ¡oh tierra! ¡fecúndese tu barro, y produzca vivientes animales, de diversas especies!

»La tierra oye su voz: ya se preparan sus escondidos senos: de cuerpos animados se cubre, cual si despertaran de un sueño en que sepultados estuviesen: gozando de repente del aliento, por todas partes bullen al instante perfectos, y en los sexos apareados: se organiza la tierra, y se fecunda el polvo: el bosque umbroso, la profunda cueva, producen hijos: y sin cuento otros de los zarzales y las breñas, como de las montañas y las rocas, saltan: hierven los valles y collados, de habitantes: cúbreanse los prados de animales, que pacen la florida yerba, extendida en verdes tapices, ó andan errantes junto á las corrientes ondas de los arroyos y manantiales.

»Los hay que á toda sociedad contrarios, viven generalmente en soledad al paso que otros por naturaleza ménos silvestres, la aman, y de continuo gozan, unidos con sus semejantes, de la dulzura de su compañía. Cada instante del suelo se endereza una nueva familia, que yacía informe: el Lince, el Lobo, y el manchado Tigre, ya de su cuna polvorosa totalmente formados van saliendo; el subterráneo Topo revolviendo la tierra en que ha nacido, ya ha elevado á orillas de su cueva tenebrosa, montoncillos de aquella que ha excavado. El pecho, la cabeza, y las terribles zarpas saca el Leon sobre la tierra: las corvas uñas aferra con furor en ella, y hace esfuerzos increíbles: al fin, despedezando el duro suelo, fuera se lanza, así como un cautivo, que forzar logra el calabozo oscuro, por largo tiempo su sepulcro triste. Y huye al desierto rápido, bramando, la empolvada melena sacudiendo. De un salto, el listo Gamo sale fuera, y el Cervo, coronado de ramaje de agudas puntas, la carrera toma, apenas ha nacido, á aquel paraje, en que mas de algun bosque que la espesura le sirve de sosegado asilo.

»Entre tanto, en la tierra sumérgido el animal terrestre más pesado, el macizo Elefante, torpemente se agita por sacar su coloso desmedido, y con los miembros que ha libra-

»do, levantando una espesa polvareda, consigue finalmente
»abrir el paso franco á lo que resta. Cual las yerbas del cam-
»po, numerosos, los ganados inundan los umbríos valles y
»las colinas revestidos de sus útiles lanas, resonando sus ba-
»lidos por los lejanos ecos. Aquella servil vida despreciando
»la Cabra montés, busca el risco eminente, y sobre su cima
»está paciendo. De la tierra y del agua, á competencia oriun-
»do, el Cocodrilo espantoso, entre uno y otro asilo, duda á
»cuál ha de dar la preferencia. Por un rásgo aun más sabio y
»admirable de omnipotencia y prodigalidad, por todas partes
»nace, brota, inunda la tierra, como el agua, la fecunda fa-
»milia innumerable de diversos insectos y gusanos. Dios, del
»barro más fino, con sus manos divinas fabricó las delica-
»das fibras de sus endebles cuerpos: unos, apenas de sus
»huevecillos salen, de alas provistos matizadas, vivientes flo-
»res por el aire giran; los colores, los visos que se admiran
»en el Iris, brillando en miniatura sobre ellos, acrecientan su
»belleza. No es tan bella la misma primavera, cuando en
»sus atavíos más se ufana. Otros, nacen desnudos, y con
»pena en tortuosos dobleces, por la arena arrastran lenta-
»mente, miéntras que el Dragon fiero, y la Serpiente mons-
»truosa, desenvuelven con horrendo ímpetu, de sus cuerpos
»los círculos enormes por el suelo resbalando, ó tendidas al
»aire las disformes alas, van con estruendo saltando por sus
»llanuras líquidas.

»¿Y cómo, he de olvidarte, ¡oh parco insecto! tú, que de un
»antro oscuro, y de un sustento común y corto, sabes con-
»tentarte, ¡próvida Hormiga! que con fundamento puedes ser-
»vir de regla y de modelo para dar leyes á cualquier estado?
»¡Tú, que en tu pueblo tienes repartida la autoridad entre tus
»numerosos ciudadanos, que simples y juiciosos, sin peligro
»disfrutan la cumplida dulzura del poder, que la severa igual-
»dad hace guardar completa! de ellos tal vez, vuestras gene-
»raciones humanas, entre sus vicisitudes, sacarán utilísimas
»lecciones, á que ajustar las virtudes públicas.

»A luz salen tambien las laboriosas Abejas, feliz pueblo,

»que en espacios ceñidos saben fabricar bellas ciudades y
»palacios magníficos, como si fueran de materia dura, de blanda cera, y abundantes fuentes de dorada y pura miel: al paso
»que los Zánganos ociosos, solo para el regalo diligentes, el
»estado empobrecen, devorando lo que ellas acumulan con
»penosos é incesantes afanes.

»Mas ¿por qué he de seguir la inagotable descripción, si
»me consta que á tus ojos con orden admirable todos los animales su revista pasaron: que sus clases estudiaste, y por
»sus propiedades diste nombre? entre ellos á la Serpiente,
»conociste y sus mañas notaste exactamente; no hay animal
»quizá más peligroso por su astucia, que indica su rastrero
»modo de andar: se irrita con frecuencia: á su amo mismo no
»perdona su furiosa ira, y los ardientes ojos vuelve; mas, presto se apacigua, ó disimulando con prudencia, esconde su
»furor, y á su voz obediente corresponde. Con todo será fiel
»á tu mandato, mientras no seas á tu Dios rebelde.

»Aun brillaba del día la hermosura y aplaudían los Cielos la
»grandeza de su alto Dueño: las recién creadas esferas, por
»su brazo Omnipotente una vez impelidas, por la órbita á cada una señalada, volaban incesantemente todas: la tierra
»enamorada de su propia hermosura, dulce se sonreía, y el
»mundo, al ver la multitud viviente, sorprendiase: de su fecundidad: el agua, el aire, el monte y la llanura, todo es fértil. Cuadrúpedos, reptiles, peces, aves, los más viles insectos,
»andan, nadan, el aire con su vuelo surcan, ó arrastránse lentos por el suelo; pero aún está incompleta esta obra grande:
»un sér la falta para ser perfecta: un sér, cuyas facciones ilumine una vislumbre de su Autor ugusto, que racional domine á los demás y que, intérprete sacro de la muda naturaleza, á tributar acuda de respeto y de amor, el culto debido á
»él, en nombre de todos, adorándole, y nuevos beneficios im-
»trando.

»El Padre Eterno entónces, al querido hijo amorosamente dirigiéndose, y al Espíritu Santo, dice: hagamos el hombre á nuestra imagen, que presida á cuanto existe en la recién for-

mada tierra. «Es inútil que nos detengamos en esta narración: »tú en fin naciste. El mismo, complacido, en tu figura trasla- »dó al vivo su forma Divina. Solo entónces te viste; mas »tardó poco su mano paternal en extraer de tí otro sér huma- »no: esa fiel y amorosa compañera, y después os habló por este estilo: vivid, creced, multiplicad, ¡oh felices esposos! ¡Dominad sobre la tierra! peces, aves, y bestias; cuanto contiene os doy: ¡pobladla de numerosos hijos!

»Sea el lugar cual fuere, en que criado fuistes, puesto que »entónces todavía nombre á lugar ninguno se habia dado, te »acordarás, Adan, que el día mismo en mis brazos te traje á »este admirable jardín, en que compiten la deliciosa muche- »dumbre de olorosas flores, y la de frutas varias y sabrosas. »Pues de esas flores todas, de esa fruta disfruta á tu sabor, »su benéfico Dueño te lo ha dado todo; pero ten cuenta, que »ha exceptuado el árbol pernicioso del bien y el mal. Por él, »fuera el odioso imperio de la muerte introducido: es su fruta »mortal: la ira del Cielo se atrae, el que atrevido la toca: el »que la come al punto espira. Sé pues, en tus deseos conte- »nido.

»Por último, el señor sus obras viendo, en ellas admira su »belleza propia, y concluyendo, aquella sexta tarde como la »sexta aurora, las celebra con músicas y cantos. Completo el »edificio milagroso, al reposo destina el día sétimo el Hijo »Eterno, no cual necesario para él, pues sin cansarse, hacer »podria millares de universos, si quisiera, sinó como un efec- »to misterioso de su grandeza, y hácia su celeste santuario »vuelve. Desde aquel distante paraje, quiere ver su flamante »obra, en que nada hay aun que no sea digno de que la mire »plácido y contento, y contemplar su imperio, enriquecido con »la nueva provincia que ha criado.

»Al Cielo pues, triunfante el carro asciende con toda la glo- »riosa comitiva, que detrás de él vestida de la luz pura, parece »una brillante inmensa nube. A lo léjos se escuchan los acor- »des de innumerables voces é instrumentos celestes, con que »aplauden el magnifico nuevo dominio de su Rey glorioso. El

»universal himno (que tú oíste sin duda) aquella marcha acom-
»pañaba, y lo entonaba la naturaleza. También, precisamen-
»te, percibiste del espacio la dulce melodía, que á los coros
»del Cielo contestaba: los soles se pararon en el éter, y atóni-
»tos, la música escucharon.

Hele aquí, hele, el Criador potente, cantaba cuanto existe,
á un mismo tiempo, que ha dado el ser á la naturaleza, ¡Puer-
tas del Cielo, abrios al instante! ¡Recibid al Señor, que ya ha
cumplido su decreto inmortal, que el día sexto la fábrica del
mundo ha terminado, y vuelve en triunfo á su elevado trono!
¡Fije en él todo sér sus esperanzas, y cántele alabanzas
perennes! ¡Bendiga todo su magnificencia, igual á su poder
y á su valia! El es, de nuestra dicha única inmortal fuente,
y de escogidos gloria: en su presencia somos admitidos,
cual si un hermano nuestro solo fuera: el mismo, su morada
permanente hacer entre sus Angeles se digna: nuestro interés
considera cual suyo: á toda hora podremos su benigna gracia
implorar, llevar á los hombres los bienes y los dones de sus
manos, y traerle en cambio, sus agradecidas alabanzas, sus sú-
plicas rendidas, con los inciensos que tal se le tributen. ¡Abrios
pues, oh puertas eternas! ¡Unid con tiernos lazos invisibles,
á los Cielos la tierra, á Dios el hombre! ¡Que el universo ató-
nito se admire, y aplauda estos prodigios asombrosos!

Así celebraban del vencido Cáos la fiesta, y de su excelso
»Rey cantaban el triunfo, los celestes habitantes. Se acerca,
»y las brillantes puertas eternas de las venturosas mansiones
»por sí solas se abren, huyendo temerosas á una mirada suya
»á cada lado. A su entrada, un espacioso camino de estrellas,
»empedrado de polvo de oro, cual si fuera arena, cubierto,
»se presenta deslumbrante. Tal en noche serena admiras en-
»cantado, la extendida vía láctea, de astros embutida, que cual
»movibles chispas, apenas perceptibles á tus ojos, en número
»infinito resplandecen, y confundidos brindan á la vista una
»brillante faja prolongada, de polvos menudísimos cubierta
»de reluciente plata: entra la comitiva finalmente, acompa-
»ñando al vencedor Divino hollando aquella senda luminosa:

»Mas, la sétima tarde ya desplega sus sombras sobre el Eden:
»se desvanece la luz por grados: hácia el undoso mar vuelve á
»bajar el majestuoso carro del sol; y anuncia ya la ciega
»noche el oriente, que aprisa se oscurece. En aquel punto, lle-
»ga el Hijo del Eterno á la invisible cima del Monte santo,
»que de rayos, relámpagos, y densa oscuridad cercada, sube
»hasta una inmensa altura y es la inaccesible base del tro-
»no excelso: en él, al canto de su Divino Padre, toma asiento
»el Vencedor glorioso. El Padre habia acompañado á su Hijo
»en la grande obra, sin hacer movimiento del santuario, en que
»siempre moraba. Tal es el privilegio reservado á solo Dios,
»que se halla en todas partes sin moverse, y sin extenderse,
»lo llena todo, ó mejor dicho, contiene el universo entero, y lo
»sostiene; como que es el autor y el fin de todo, con su Hijo re-
»solvió manera y forma con que habia de dar el ser al mundo.

»Después que hubo en seis dias terminado sus obras, volvió
»el sétimo al profundo feliz reposo nunca interrumpido hasta
»entónces, y quiso que aquel dia, en adelante fuese consagra-
»do á su culto, y celebrado por todos. Con efecto, el descanso
»y la alegría vueltos al cielo, todo ya respira un nuevo sér.
»Los Angeles dichosos disfrutan de sus ocios deleitables: las
»voluptuosas cuerdas de la lira, las cítaras, los órganos sono-
»ros, y del dulce laud las melodías, acompañando á los celestes
»coros, derramaban torrentes de armonía. De balsámicas flo-
»res inundadas, esparcen las regiones admirables del Cielo,
»deliciosos y vivases aromas, dignos de los inmortales: hu-
»mean los inciensos, y rodeando el sagrado monte, forman
»un nublado, que cándido se eleva y oloroso, hasta los piés
»del que lo puede Todo.

¡Salve, oh Jehová! cantaba el Cielo á una: ¡Más grande
»vuelves, que cuando vencido el rebelde, su turba sumergiste
»en el abismo! ¡Entónces destruiste, y ahora has producido!
»si términos no tiene tu potencia, no los conoce tu magnanimi-
»dad. ¡Contra tus enemigos la primera usaste! ¿Y cómo resis-
»tir pudiera su audacia una mirada, un rayo tuyo? ¿De
»qué les sirvió pués, su sediciosa liga, por su soberbia lison-

jeada? seducir á tus siervos esperaron, y en su mente ambiciosa, se figuraron tu imperio despoblar: ¡Engañosa esperanza! Airado, te levantas de tu asiento, y ya están aterrados á tus plantas. Con el luciente solio que perece, de cada uno, se engrandece tu trono. ¡Mas tú, Señor, del mal el bien sacaste! ¡Tú, criaste ese globo, de un bello y cristalino mar cercado, para mansión del hombre deleitosa, cercano al Cielo! ¡En su ámbito, grabaste tu omnipotencia! ¡Cuanto has dilatado la extensión de su esfera, y qué abundante la superficie has hecho! El que lo vea, con tal gracia en los aires suspendido, no ignorará la mano á que el sér se debe. ¡Qué luz tan clara le circunda! ¡Tú, de sus resplandores le vestiste, y de un diadema de astros le adornaste! Si desiertos aún tienes otros mundos, por miras, que postrados adoramos, algun día, por séres ignorados, los veremos poblados y fecundos. Por tí, perpétuos viajes repitiendo, se van la noche y día relevando. ¡Tú prodigaste dones á millares á ese reciente mundo, que á más de un vasto y fértil continente tiene su sol, sus mares y sus islas! El es el digno imperio, noble herencia del hombre, en quien tu inteligencia suma grabó su imágen, y cuyo destino es el de honrar á su Hacedor escelso; amarle, como es justo, y obedecerle cual Monarca santo; sujetar á su mano la tierra, el mar, el aire, el encendido fuego, ser su rendido súbdito y del orbe Monarca soberano: á su ejemplo, sus nobles descendientes, prolongada su casta en las edades, irán á tus altares, humillados, á tributarte inciensos, loando tus bondades. ¡Cuán feliz ha de ser su venidero, si saben siempre obedecerte fieles!

»Así cantaban, y los numerosos vastos ecos, los cantos venturosos á porfía repitiendo, los aplausos doblaban de aquel día, destinado al descanso del Cielo. Los prodigios de Dios te he reletado: de este reciente mundo, de su gloria monumento, una breve y fiel narracion, y cuanto precedió vuestra existencia. Por su turno sabrán tus descendientes de padres á hijos trasmitida, la historia que tengo ya acabada, »pero á tí, Adán, si más saber quisieres, te instruiré de cuanto tú puedas comprender, y me permita decir el Cielo de »sus secretos, para consuelo tuyo.»



LIBRO OCTAVO

Adán hace á Rafael diversas preguntas, sobre los movimientos de los cuerpos celestes. Recibe una respuesta ambigua, y una exhortacion, para que prefiera instruirse de cosas que puedan serle mas útiles. Conviene en ello, y para detener á Rafael, le cuenta sus primeras ideas despues de su creacion, el modo con que fué trasladado al Paraíso terrenal, y su conversacion con Dios, acerca de su soledad. Cómo consiguió una compañera. Cual fué su gozo al verla. Rafael le dá sobre esto una leccion útil, y se vuelve al Cielo.

A sí á Adán instruía el Arcángel: acabó, y á su voz aun atendía. Vuelto en sí al fin, cual de un sueño dulcísimo, le dice: «¿qué favor hay comparable al que me has hecho? ¡oh espíritu celeste! Han llenado mi pecho, las grandes maravillas que has contado, de gozo y gratitud. ¡Qué ansia tenia de oírlas! Hasta ahora no me habia hecho cargo de cuanto debe la tierra, el Cielo, y yo al Señor que nos ha dado la existencia. Ya, gracias á tu celo, estoy de sus bondades penetrado. Con todo, hay una cosa que aun ignoro, sobre la cual tu explicacion suplico.

»Al ver esta obra digna del divino arquitecto, ese mundo que comprende los cielos y la tierra, si examino de ésta el tamaño, que es invisible casi respecto á la grandeza inconcebible del firmamento, mi razon no entiende, cómo existiendo en la naturaleza orden tan admirable, se ha podido destinar ese número pasmoso de estrellas, de un tamaño desmedido, en que está derramada la belleza, solo á dar luz al globo tenebroso en que habitamos: á ese grano de arena.

»¿Merecía la pena objeto semejante, de que para él se hiciese
»esa brillante bóveda inmensa, y que una vuelta diera tan rá-
»pida y enorme, cada día? Cuando en su interior, mi alma
»considera la sabia economía, con que obra la inteligencia
»suprema, aunque no opuesta á su magnificencia, no puede
»concebir que haya querido prodigar tal grandeza, y movi-
»miento, solo con el intento de alumbrar este reducido globo.

»¿Necesitaba el Todopoderoso de ese exceso de lujo, tan
»ocioso al parecer, para que se admirara, ó en el debido apre-
»cio su poder se tuviera? ¿No es acaso la mas rara despropor-
»cion, la de que nuestra esfera terrestre y chica, inmóvil y
»orgullosa, vea ocuparse toda esa incontable muchedumbre
»de estrellas en rodearla, cual si fuera su reina, y obsequián-
»dola con sus días y noches arreglados; ellas, que en tanto
»grado aventajando á la tierra, parece que debieran aun de
»su servidumbre desdeñarse? ¿Y no pudiera procurarse
»aquella, sin que la imponderable vuelta dieran, con más fa-
»cilidad, la necesaria luz, y su variada temperatura, una
»órbita pequeña, corriendo y revolviendo sobre su eje? ¿Cuánto
»mas natural y ménos extraño seria esto, que esa perdurable
»revolucion de globos de un tamaño tan grande, por un átomo
»impalpable?»

Así habló Adán, y al ver que iba á tratarse de asuntos tan
sublimes, la modesta Eva, juzga del caso retirarse, y antes
que el Angel su respuesta diese, parte: encantan su gracia y
su belleza, y aun más encanta su alma casta y pura. Va á
ver sus frescas flores y arbolitos, á cuidar de sus plantas, y
sabrosos frutos, que á colorearse han comenzado: todo lo
mira, y lo visita ansiosa. A su llegada, el bosque, y verde pra-
do, se alegran; cada flor se abre gozosa: sus verdes hojas mue-
ven los lozanos árboles, adivinan su presencia, y susurrando
esperan sus halagos. No carecia de la inteligencia que la era
indispensable, para ser, como Adán, depositaria de los altos se-
cretos de los cielos, pues aunque en el carácter desiguales, Eva,
ingenio y razon, como él tenia, y no ménos curioso el ánimo:
mas, su corazon tierno prefería saberlos por la boca de su es-

poso, á que el Arcángel la instruyera en ellos, por más vivo placer con que le oyera. El amor que á su esposo profesaba, su familiaridad y su terneza, la sincera confianza, y la dulzura de sus conversaciones, la atraían de modo, que aguardaba ansiosa semejantes ocasiones de hablar con él, pues que satisfacía su cariño, y conseguía á un tiempo saber lo que impaciente deseaba, y en su instruccion, mezclada de caricias inocentes, hallaba sus delicias.

¡Edad feliz! ¡En donde está al presente, aquel cariño tan leal y puro, la inocente y mútua confianza, que formaba el más seguro lazo entre ambos esposos! ¡Han volado con la casta inocencia, y se han trocado en ficciones, y celos! Eva, entonces feliz, con su presencia augusta los jardines adornaba, y toda su extensión, la rendía como á su Reina, humilde vassallaje: sediento en tanto de saber, su esposo oía á Rafael, que así le hablaba:

«¿Con qué quieres ¡Adán! hacer un viaje (1) mental al Cielo, y de sus admirables misterios instruirte? Son justos y laudables tus deseos, pues que es cierto, que Dios mismo aquel grande libro ha abierto, para que cual lucientes y sencillas letras, los astros, en sus azuladas páginas, cuenten la historia de sus maravillas, y que los séres racionales, siempre que al Cielo eleven sus miradas, la lean, y con ella los cabales cálculos de los tiempos, variaciones de los días, los años, y estaciones, y de su pompa, para en adelante, el retorno periódico y constante. Pero en cuanto á saber si el sol circunda con su órbita á la tierra, y esta quieta se está, ó si él no se mueve, y ella rueda en su torno, ¿á ti que te interesa?

»Créeme, deja estar en su profunda noche, aquello que el Cielo no te expresa, de modo que tu puedas comprenderlo. »Es prueba que no quiere, que lo llegues á entender: á ti te toca únicamente adorar reverente sus secretos, y no inquirir lo que él se ha retenido. Ríe el Señor de los esfuerzos inútiles que han de hacer con el tiempo los humanos, para saber lo que él les ha escondido. Vé en lo futuro, mil imitadores necios, de su poder y de su ciencia divina, que metidos á cria-

»dores, á varios nuevos mundos la existencia darán en su ex-
»traviada fantasia, y á los astros querrán servir de pauta, sus
»giros señalando con el dedo, sus propiedades y usos arre-
»glando. Cada uno satisfecho, construirá y destruirá la celeste
»bóveda, enredará las órbitas cruzadas, las desenredará con
»naturales suposiciones, y sus movimientos pretendiendo ex-
»plicar, dará tormento á los Cielos y tierra valerosa, para
»hacer que caminen á su antojo, mientras que sabia la natu-
»raleza, su curso continuando, al atrevido astrónomo, y al
»plan que ha combinado, los arrebate con igual presteza. Tu
»curiosidad sola, bastaria para inferir la de tus descendientes.

»Ves con admiracion, que cada dia esas masas de luz, á tu
»morada dan una vuelta entera diligentes, y que ella se man-
»tiene sosegada: pues advierte, que no por el tamaño se mide
»de los cuerpos la nobleza: este globo terrestre, en que tu habi-
»tas, fecundo, lleno de tan exquisitas producciones, aunque
»es tan reducido, en cotejo del sol que le ilumina, debe en no-
»bleza serle preferido, pues que este astro no es mas que un
»cuerpo denso de fuego, tan inmenso como estéril; y si á ti, á
»quien el uso se destina de aquel gran luminar principalmen-
»te, se compara, ¿que son sus brillos materiales, respecto de
»las celestes luces de tu inmortal, y pura mente? Y en cuan-
»to á ese edificio ilimitado de los Cielos, si tal extension tiene
»y su belleza es tanta, no es solamente porque así conviene á
»la magnificencia del que ha dado el sér á toda la naturaleza,
»sinó para que el hombre se convenza que vive en casa ajena,
»en la que nada puede ocupar sinó un pequeño alojamiento,
»aun que disfrute de su hermosa vista, y de su provechosa in-
»fluencia, y de esto infiera, que ese firmamento brillante, y las
»esferas esparcidas en sus vastos confines, se habrán hecho,
»tambien para otros fines, y con miras para él desconocidas,

»Alaba, pues, ¡oh bóveda suntuosa, que en tu circunferen-
»cia abrazas de los aires la espaciosa inmensidad, la inconce-
»bibile ciencia, y el poder sumo de tu Autor divino! Y tú ¡oh
»sér racional! que peregrino vives en esta habitacion terrena,
»al ver esa extension del Cielo, llena de tantas maravillas, la

»vista respetuosa á Dios eleva: adora y agradece, y lo que
»él de tí esconde, humilde ignora.

»Todas esas estrellas que rodean con vuelo incalculable, en
»solo un día tu reducido y terrestre reino y centellean á dis-
»tancia infinita, Dios es quien las dirige y las gobierna,
»y el que las hace, materiales siendo, en su rápida marcha ca-
»si iguales á nosotros. Yo mismo, de la eterna mansion del
»Cielo, salí al amanecer, y á este jardín al medio día solo
»llegué: es verdad, que del divino palacio media mucha más
»distancia, que el que en mil siglos puede hacer el cielo al-
»rededor de vuestro estrecho globo.

»Tampoco has de pensar, qué es imposible, que den los as-
»tros esa inesplicable vuelta; pues Dios, su omnipotencia ex-
»tiende á lo que, fuera de él, nadie se explica. En lo demás,
»todo esto es un secreto que se reserva: debes con respeto
»admirarlo, adorarlo; pero nunca investigarlo atrevido, quizá
»ese sol, que con su fluido inunda los aires, está inmóvil en
»el centro del mundo, y todo cuanto le rodea hace mover en
»torno de él volando, atrayendo á su encuentro, y rechazando
»alternativamente esos globos oscuros, en grandeza varios,
»como en distancia y ligereza, que remotos á veces distinguidos
»de su disco, y á veces advertimos cercanos, que nadando, su-
»ben, bajan, y sin jamás cansarse, en huir léjos de él, ó en
»acercarse, por turnos rigurosos, trabajan sin cesar.

»Seis, desde aquí observas de diverso tamaño, que sus luces
»de él reciben, viviendo con su influjo continuado. Y si para ex-
»plicar el plan del universo, supones que se esté en su asiento
»quieto, cual digo, el sol, y que al contrario des á la tierra un
»movimiento triple, á saber: uno diario sobre su eje, otro anual
»á aquel astro circundando, y otro de aspecto, oblicua cam-
»biándose, nada entonces tendrá de difuso aquel orden: el as-
»tro luminoso del día, inmóvil se ahorrará tan grande viaje,
»y el estrellado firmamento quieto sobre su firme base, no se-
»rá menester que supongamos, que ande una órbita tan vasta
»diariamente, incomprendible á vuestra fantasía. Esta su-
»posicion, los fenómenos explicará del Cielo claramente, y to-

»dos los planetas, que de ajenos resplandores se alumbran,
»por igual sobre su eje volteando, y hácia el sol cada día
»ambas mitades por turno presentandose, harán cesar cuantas
»dificultades de la sombra y la luz, causan las variantes, como
»el camino periódico; de los diversos tiempos y estaciones. X

»Por lo que toca al destino singular de cada esfera, fuera
»del que tiene conexion con el vuestro, no conviene revelá-
»roslo. Dios os lo ha ocultado, por causas que, sin duda, ha
»reservado, y de nada saberlo os serviria, sinó de contentar
»una vana curiosidad. Quizá las ha poblado de remotos vi-
»vientes, de millares de clases variadas, de las que no os for-
»mais siquiera idea, pero sea cual fuere, estad seguros, que aun-
»que de animales esten aquellos mundos habitados, siempre
»habrá entre ellos entes racionales que dominan, y á quienes
»estén destinados, y que éstos, sean los que fueren, serán,
»tratados segun y como ellos procedan. Si á Dios, justos, ado-
»raren y obedecieren, vivirán dichosos; pero si sus preceptos
»quebrantaren, padecerán castigos y rigores; pues todo sér,
»que sea inteligente, debe á Dios, de su amor y su obedien-
»cia dar pruebas, y criarle no ha podido, sino á fin que le dé
»rendido culto; pues desdijera de su alta grandeza, que para
»otro que el mismo los hiciera.

»Mas, sea que el brillante astro del día inmóvil se manten-
»ga, sea que en torno de la tierra marchar deba volteando, er-
»rante y sin cesar, sea que todo el Cielo esté tranquilo y que
»desde el oriente presuroso al occidente rueda, sin pararse
»vuestro mundo, cercando la abrasada masa del sol, volvien-
»do á comenzarse cada año, la grande órbita, asignada á su
»camino, que llevados con él y sin sentirlo seguis arrebatados,
»sea cual fuere, en fin, lo que sobre esto el Eterno Hacedor
»haya ordenado, trata tu solamente de adorarle, admirar sus
»prodigios, y dejar que disponga del orbe, como guste, sin
»salir atrevido de su esfera.

»Conténtate con esta deliciosa mansion, con esas frutas, y
»esas flores, y con tu Eva querida, aun mas hermosa: ese es
»tu mundo. En cuanto á los lejanos astros, planetas, y sus

»moradores, si los hay, su gobierno, y sus costumbres, fíalos
»á las manos del señor, que sin tí sabrá regirlos, y como más
»convenga encaminarlos: abandónale humilde las techumbres
»celestes, y disfruta de los bienes que de sus manos tienes re-
»cibidos.

Dijo. Refrena Adan juiciosamente, de vana ciencia la ar-
diente codicia, y así contesta: «¡Intérprete del Cielo! ¡Cuanto
»placer me ha dado la dulzura de tu discurso! ¡A cuanto pro-
»digioso misterio, de que yo ni aun conjetura tenia, te has dig-
»nado el velo levantar, para saciar mi entendimiento ansioso,
»con lo que puede serle de provecho! de una frivola ciencia el
»arrojado improbo anhelo, de mi venturosa vida, tal vez hu-
»biera perturbado la deliciosa quietud, si yo de él dejara
»seducirme de esa fuente de error, de incertidumbre, y de
»inquietudes, se dignó apiadado, ahorrarnos el Señor la
»pesadumbre, si el término, que de ella nos separa, nuestra
»curiosidad sabe respetar, y no vuela á buscarla, á aquel
»funesto asilo remotísimo, en que la ha puesto. ¡Mas, cuan-
»dificil es, que el hombre acabe de reprimir esta pasion in-
»quieta! Serán pocos, aquellos que sujeta la tengan, los demás,
»sus temerarios ímpetus seguirán, escudriñando mas allá de
»los términos debidos, los misterios, para ellos reservados,
»hasta que por sus varios errores, escarmentando finalmente,
»en la escuela dolorosa de la vida, desgraciados aprendan,
»cuán dañosa es la ánsia de saber lo que supera de la humana
»razon la esfera estrecha, y á si mismos se digan, no hay más
»ciencia verdadera, que amar á Dios, sin verle, adorarle, y
»gozar lo que debemos á su beneficencia. Nuestro deber, es-
»crito ya tenemos en el libro de la vida: de leerle tratemos
»solamente: y si logramos esto, de lo demás no hagamos
»caso.

«¡Triste del que pasar más adelante en el saber, pretenda!
»Lo restante no es para el hombre más que un vano sueño un
»delirio engañoso, impracticable y temerario empeño de un
»orgullo, tan necio como ocioso, una ambicion fatal, una lo-
»cura, que para los oficios de la vida le inutiliza, haciendo

»que prefiera una sombra de gloria, una fingida instruccion,
»á la dicha más segura, que Dios le proporciona en su carre-
»ra. Dignate pues bajar, ¡Angel piadoso! del tema celestial é
»incomprensible para mi, que ha propuesto mi ambicioso
»anhelo, á lo que me es inteligible y útil á un tiempo: tú me
»has enseñado cuanto á mi nacimiento ha precedido, los com-
»bates del Cielo, las gloriosas victorias de las huestes valero-
»sas ¿podré yo lisonjearme, por mi parte, de que mi propia
»historia llegue á interesarte, si tú la ignoras? En tal caso,
»contártela podré, y de esta manera prolongaré tu amable
»sociedad.

»Tú reparas sin duda, que quisiera tenerte siempre aquí. Es
»indudable que tal es mi deseo. Decirse puede, que miéntras
»de tu dulce compañía gozo, en los Cielos estoy. El jugoso fruto
»de la alta palma, es á mi ardiente y seco paladar ménos
»sabroso, cuando vuelvo del campo fatigado, y la hambre y
»sed aplaco, juntamente, con su bálsamo grato, que el acento
»de tu agradable voz lo es á mi oído. De aquel fruto estoy
»pronto fastidiado; pero de tus discursos el consuelo, cuanto
»más lo disfruto, más lo ansío.

»¡Padre de los humanos!» le contesta el Angel, con aquel
»tono adorable que solo á un sér del Cielo corresponde: «oírte
»discurrir, es tambien gusto para mi corazón muy apreciable.
»Dios ha grabado su retrato augusto en tu frente: se explica
»por tu boca: sus celestes tesoros te prodiga, tanto por lo que
»toca al cuerpo, como al alma: se ha esmerado con el mayor
»primor su mano amiga, en darte, como á su obra predilecta,
»según su sér, la completa perfeccion: ama en tí su dechado,
»y aunque el Cielo nosotros habitemos, y tú la tierra, le debe-
»mos todos el mismo amor, la propia providencia: somos en su
»servicio compañeros, y os dotó con magnificencia idéntica,
»aunque en nobleza somos los primeros. Cuéntame ahora tu
»historia, pues el día en que tú á luz saliste, yo me hallaba
»muy apartado del coro celeste, y así el detalle de aquel he-
»cho ignoro.

»De una celeste escolta en compañía, en aquel remoto,

»tiempo visitaba, de orden de Dios, la cerca del horrendo abismo del infierno. Se temia que aquella cárcel Satanás forzara con sus rebeldes tropas, y saliendo á espiar el mundo que se estaba obrando, la venganza divina provocara, y el rayo, despedido desde el Cielo, entre sus ruinas el recién creado universo envolvese; no porque en realidad romper pudiera, sin tolerancia oculta del mismo Dios, las puertas de la cárcel del abismo, sino por convenir á la grandeza de Dios, para humillar al insolente enemigo, que fuese su fiereza reprimida por seres iguales á él, ejecutores de sus celestiales decretos, y no emplar su omnipotente mano, en aquella impura, y débil gente.

»Marchábamos, y aun de la puerta léjos, todos nuestros sentidos desconcierta, el eco de los miseros gemidos de tantos malhadados, consumiéndose entre de las llamas vengadoras. ¡Qué diferencia de sus lamentables blasfemias, á los cantos deliciosos del Cielo, y á sus músicas sonoras! la dulce paz en estas, la alegría general é inefable, presidía; mas, en aquel lugar desventurado solo se oye sonar el doloroso quejido de la falta castigada, y el crujir del azote temeroso. Cumplida la orden, nos apresuramos á huir de tal horror, y regresamos á nuestro asiento celeste la tarde de aquel día, que contento el Todopoderoso con sus obras, consagró solemnemente al reposo. Por esto no asistí á tu nacimiento; mas, tú me has prometido referirlo, y con igual placer que me has oído contar los hechos que lo precedieron, oiré aquellos que por tí te pasaron.

»¿Cómo podré, responde Adán, contarte de qué manera comenzó mi vida (2) si yo mismo lo ignoro? Mas, por darte gusto, y por alargar la apetecida sociedad tuya, te daré cuenta sincera de lo que yo tengo presente en la memoria, de mi primera edad. Sin saber cómo, repentinamente, como aquel que turbado, sin sentido, del sueño más profundo se despierta, recién nacido me encontré en el mundo, atónito los ojos entreabiendo, sobre un prado florido recostado me hallé, reconociendo mi existencia, y fijado en mí mismo, me examiné

»curioso y admirado: pronto, un blando vapor que me velaba,
»se fué, al calor del sol, desvaneciéndose. Miro en contorno re-
»lucir el día, distingo el azul puro, la bóveda elevada de los
»Cielos, y el lejano astro, de donde nace la brillante claridad
»en los aires derramada.

»Levantarme deseo, obedientes los miembros al instante se
»mueven con mecanismo extraño, y en flexibles columnas
»empinado, á mi arbitrio mi cuerpo balanceo, por medios ig-
»norados de mí mismo, diviso entonces todo el dilatado ori-
»zonte, los montes, las llanuras, un sin fin de criaturas vi-
»vientes, los árboles, las yerbas, y me abismo lleno de gozo
»en nuevas reflexiones: vuelvo la vista á mi naturaleza, ad-
»miro las hermosas formas de mi cuerpo, sus proporciones, y
»ligereza: ando, lo muevo todo fácilmente. Voy, vengo, cada
»instante mas suspenso.

»¿Pero quién soy? ¿De dónde he venido aquí? ¿El sér que
»tengo, á quién se lo he debido? ¡más me confundo cuánto,
»más lo pienso! lo pregunto al Cielo y á la tierra; nadie res-
»ponde: todo aquel conjunto de séres está mudo: oigo el mur-
»mullo de una fuente, y dudo si responde: me arrimo, no la
»entiendo: percibo las sencillas voces de las canoras aves
»como de otros animales, los balidos; pero yo su lenguaje no
»comprendo: están para él, mis oídos cerrados, al paso que
»no pierdo una palabra, de las que labra mi flexible lengua y
»con tal claridad, que se me antoja, que solo con el nombre
»que me ofrece, se explica exactamente cada cosa. En tanto
»ella presurosa articulā, sin que yo sepa cómo, y asombrado
»naturalmente cada cosa nombro. Los Cielos, y la tierra, los
»cristales de las fuentes, los varios animales que cubren las
»campiñas retozando, los árboles frondosos balanceando sus
»verdes copas, el sonoro canto de las aves, y el dulce movi-
»miento vital de toda la naturaleza, me tienen embargado de
»alegría.

»¡Oh sol, exclamo, que la luz divina benéfico derramas en
»el mundo; que su extension revistes de belleza, y que la vi-
»da con fecundo calor le repartes! Oh tu terrestre esfera, mi

»morada hechicera y risueña, espesos bosques, montes elevados, pomposos ríos, prados deliciosos, y tú también, ó turba alegre y lista de vivientes, que ocupas á mis ojos, los campos, ya corriendo, ya volando, disfrutando del más puro deleite! Decidme, os lo suplico, ¿por ventura sabiais quién aquí me ha colocado, á quién debo yo el sér? ¿Por conjetura ¿siquiera lo direis? No me lo he dado ciertamente yo mismo. Es indudable, que hay un supremo sér, á cuya amable bondad lo debo, y que de mí apartado, quiere ser solamente conocido por sus dones. ¿En dónde á ese piadoso bienhechor podré hallar? Su poderoso brazo, me ha dado vida y movimiento: por él escucho, veo, y de manera desde el primer instante me ha hecho, feliz, que aun cuando yo tuviera mil vidas que ofrecerle en sacrificio, no pagaría beneficio tanto.

«Decidme pues, ¿á dónde le he de buscar? ¿dónde lograré verle y adorarle? Todo calla. Cansado finalmente de andar por el jardín vasto vagando, registrando mil remotos parajes, sobre la verde grama blandamente me tiendo, bajo de la sombra espesa de un bosque, á disfrutar de la frescura; acude allí á cerrar con delicada mano, á la luz, mi fatigada vista el dulce sueño, por la primera vez. Por grados me enajeno, y mis sentidos, acallados suave y lentamente se apagan, como si otra vez volviera á sumirme en la nada, por más que interiormente lo percibo, siento en aquella violencia placida tal placer, que no la hago resistencia. Mas, pronto en mi delirio me apercibo en confuso, que aun de la vida gozo. Se me presenta una persona desconocida, de hermosísima figura: mi alma, que al contemplarla se penetra de que existe, de gozo se extremece.»

Levántate, me dice, tú, que un día el padre debes ser de los humanos, ven; te guía la felicidad misma, á la mansion que á ti te corresponde. El amor la hizo con sus manos propias: sus jardines, sus frutas, sus hermosas flores, aguardan ansiosas tu llegada.

«Apenas acabó, mi mano asiendo, entrambos, en el aire sostenidos, hendiendo sus ondas sutilísimas, dulcemente vola-

»mos, sin hollar en los extensos campos, por los cuales rasan-
»tes resbalábamos, la tierna yerba, más que una ligera som-
»bra, que recorriera sus extremos. En la alta cumbre de un
»monte me coloca, y de mí al punto rápido se aleja. Aquella
»cumbre admiro, coronada de una verde arboleda majestuosa.
»Al rededor de mí la vista estiende, y veo llena toda la espacio-
»sa tierra de flores, frutos y verdura. Todo es risueño, alegre,
»delicioso; todo fecundidad, frescura todo, respira, y cotejado
»á aquel jardin precioso, que allí á los ojos se me ofrece, lo
»que ántes ví, es un hórrido desierto. Avanzo en él; mi mano
»ya ansiosa desea, el tesoro alcanzar de mil pendientes bellas
»frutas de oro. Las va á coger, y en esto me despierto.

¡Cuál es mi admiración, cuando reparo, que no ha sido
»ilusion el raro sueño, sinó un anuncio cierto, y que poseo
»todo lo que el deseo ha imaginado! á aquel vergel entónces
»me encamino, cuando, en el centro de su fresca sombra, un
»resplandor, que brilla de repente á mis ojos, me pasma,
»era Dios, sí: Dios mismo el que veía, el que benigno se me
»presentaba. Un dulce espanto, de mi religioso corazon se apo-
»dera: presuroso á sus plantas me postro, y reverente, de ale-
»gría y respeto penetrando, le adoro. Por su mano pronta-
»mente me siento levantar, y con agrado inefable, me dice:»
aquel amigo que deseabas ver, está á tu lado. Cuanto aquí ves,
cuanta belleza de este recinto la grandeza encierra, cuanto á
tus piés florece, cuanto vegeta en él, crece y respira, te doy:
es todo tuyo. El hemisferio de la tierra será tu vasto reino,
Cultiva esos vergeles: dispon de ellos á tu gusto: disfruta de
sus ricos y delicados frutos, sin temor de que los escasee el
fértil suelo, cuya maravillosa fecundidad excederá tu volun-
tad ansiosa; mas repara, que el árbol de la ciencia cerca está
(velo allí) del de la vida. Te prohibo que pruebes su veneno-
sa fruta. Es la sola señal de obediencia, la única muestra que
te impongo de agradecimiento. Con ella me contento. El pre-
cepto es bien fácil, así fuera la muerte el precio de tu rebeldía.
Tú, tus hijos, y todo tu linaje, desterrados, en pena del delito,
de este feliz jardin á una desierta ingrata tierra, vuestra tris-

te vida, con penas y dolores aumentada arrastrarais, hasta que la incierta hora de fallecer llegara presta, y el lóbrego sepulcro os reclamara.

»Dice, y su ceño majestuoso, oscuro, tal terror en mí imprime, que solo aquel recuerdo llena de horror mi corazón, por
»más seguro que estoy, que á mi voluntad libre nada oprime,
»y que á mi arbitrio evitaré la pena, evitando el hacerme deslinciente.

»Sucedió pronto, en su frente divina, al tono formidable, á la serenidad, la dulzura encantadora, y con consoladora bondad siguió así:» padre de un innumerable linaje, este recinto limitado no es el imperio solo destinado á obedeceros: todo ese espacioso orbe que ha hecho mi brazo poderoso, y cuanto su circunferencia abarca, la tierra, el agua, el aire, es vuestra herencia. Para siempre os lo doy desde este día, y quiero que las aves, y animales, que en él habitan, sean los sumisos súbditos de tu vastísimo reino, que como á Rey supremo, vasallaje te rindan; que ahora mismo á este lugar se vengan, te reconozcan, y á cada uno des un nombre, á sus prendas adecuado; solos á los habitantes de la agua dispense, de que te hagan los honores.

«Dijo, y en el momento, circundado me veo de una turba
»inconcebible de cuadrúpedos y aves, dividida en una multitud de diferentes familias. En el suelo arrodillado cada animal terrestre con sensible expresión, me asegura su rendida
»obediencia: las aves diligentes, cerniéndose en los aires, ordenadas en señal de homenaje, las plumíferas alas al rededor
»de mí batiendo, con un bullicioso discordante estruendo de cantos, de gorgoros, de distintos gritos, por su Rey me aclaman. Por sus clases atento discurriendo, á todas ellas doy
»nombres, que explican sus diversas costumbres, sus instintos: interiormente me los dictaba Dios: un vacío con todo
»inexplicable, mi corazón inquieto contristaba. Dueño de tanto bien inestimable, me faltaba alguna cosa para ser dicho
»so. Mi gozo, solitario, no era completo. Al fin, me resolví á
»abrir mi pecho á mi divino Hacedor.» ¡Oh Padre, exclamo,

»bienhechor piadoso! perdona si descubro temerario á tus ojos la pena que me affige, á pesar de los bienes que poseo, que tu con tal bondad me has prodigado, y que exceder debieran mis deseos: nada de tí mi corazon exige, sino que le disculpes: tú me has dado el sér, la vida: debo á tu bondad nunca agotada, toda felicidad. ¿Cómo he de explicarte mi gratitud? Ignoro ya, que dulce nombre darte: para mi tierno amor y mi respeto, ninguno suficiente me parece. No obstante, á pesar mio, es imperfecto mi gozo todo, si con un querido sér, semejante á mí, no lo comparto: en vano colmas generosamente mi corazon de tan preciosos dones: no puedo ser á solas venturoso.

A estas palabras mías, con dulzura inefable me dice ¿qué? ¿te apura el estar solo, en medio de los bienes, que á tu disposicion tienes sin tasa? ¿No te basta esta tierra deliciosa, tan fecunda de flores y de frutos. Y esa infinita variedad hermosa de tantos brutos, y de tantas aves, que vienen á obsequiarte reverentes, con sus alegres inocentes juegos, como á su Rey? Si no pueden hablarte en tu lengua, sus balidos y gritos son un idioma para tus sentidos, en que si los atiendes, explicarte sus ideas podrán, y entretenerte. Entre su instinto y tu razon, existe esencial diferencia; mas no obstante, el instinto la imita de algun modo, y cierta sociedad te proporciona. Contentate pues, con tu agradable suerte, y abandona tus inquietos deseos.

Obediente á tus sagradas leyes, en tus manos me pongo totalmente, «repliqué» mas, pues toda mi esperanza en tu amor paternal está cifrada, permíteme que implore tu sagrada bondad de nuevo, con confianza filial. De la tierra el imperio te debo: me has establecido por Rey supremo de todos los vivientes animales: ¿Mas, podré hallar entre ellos por ventura, siendo en naturaleza tan distintos, un solo amigo? No: la amistad pide la igualdad natural, la simpatia en el pensar, ternura reciproca, un interés comun, que haga que olvide cada uno el suyo propio, analogía en el placer, y en las inclinaciones. Busca cada animal naturalmente, al que tiene

con él correspondencia. Así; jamás unirse los leones se ven con las ovejas, ni los peces con las cantoras aves, ni el ligero corcillo con el carnicero lobo: ¿cuánto ménos el hombre, que mil veces es á ellos superior, hallar pudiera uno, que fuera digno de su amistad?

Ya veo, me responde cariñoso, que solo un sér, en todo semejante á tí, puede llenar tu amante pecho. Mas dime, ¿no me tienes por dichoso? yo lo soy: sin embargo, me mantengo solo en la eternidad; y jamás busco, ni hallaré sér alguno que pueda á mí igualarse, ni sea á mi amor proporcionado. Cuanto existe, comparado conmigo, es con una infinita diferencia; ménos que un vil gusano, cotejado con la inteligencia más superior.

¡Mi Dios! «le repliqué» tus escondidos misterios adorando humildemente, nunca escudriñaré con ojos atrevidos, los que á mi mente ocultas tú: tú mismo, bien lo sabes, me inspiraste la ambición permanente y generosa de ser perfecto: la comunicaste solo al hombre, pues todo otro viviente de los que el mundo habitan, ser de ello no podia capaz, porque carecia de la razon, y no siendo posible que aquellas perfecciones, que son asequibles en su especie, consiga el hombre, estando solo, es preciso que en la compañía de otro igual suyo viva, que sirviendo de apoyo á su flaqueza, de su sér desenvuelva la energia: ¡Tú solo, á tí te bastas! Tu infinita perfeccion de crecer no necesita; mas, no es lo mismo la naturaleza del hombre limitada y débil, que acrecienta su existencia, cuando la halla trasladada en otro hombre; fuera de sí saliendo, en él retoña, y en ver la imágen suya se complace. Tú al contrario, que el primero y último, has existido en las eternidades, solo y sin heredero, serás feliz en las edades todas. ¿Mas, como tus vasallos, tu grandeza alcanzar pueden? Pues lo mismo digo de los míos. ¿Acaso la pobreza de su instinto permite, que conmigo traten, como si racionales fueran? ¿Podré abatirme hasta sus apetitos materiales, que por el suelo arrastran? Perdona, si por tí mismo colmado de gracias, y á otras miras animado, de mi ambicion levanto más el vuelo.

Esa ansia generosa de elevarte, yo mismo aplaudo, «dijo:» examínate he querido, por ver si conocías tu propia dignidad: aunque supieses apreciar esa turba de vivientes animales que yo te di por dependientes, era preciso que tu criterio se extendiese á pesar de la diferencia que hay entre ellos y tú: veo con gusto, que tú te estimas en tu justo precio. Esto me basta: tu razon no yerra: un intérvalo inmenso, separado te tiene de los sêres, que á la tierra un bajo instinto abate: tú has bebido en mi pecho los rayos celestiales: una alma has recibido, que lo mira todo con intelectuales ojos, y que no debe ser tratada como á la tierra destinada solo; conté con tus deseos. Nô he buscado el objeto que tengo prevenido, á fin de que te sirva en esta vida de consuelo, en la turba numerosa de irracionales, producida solo para servir al hombre en la espaciosa redondez de este globo: yo he querido ver si sabrias estimar la hermosa criatura, que habia yo escogido, para unirla contigo. Esta excelente compañera estará presto á tu lado, será tu mitad cara: dulce fuente de gozo para ti: tu fiel traslado: despues de mí, tu bien el máspreciado; sobre mis demás obras admirable.

«Calló, y sus resplandores me oprimieron de modo, que »quedé desfallecido. Sus celestes palabras absorbieron toda »mi mortal fuerza, y sin sentido me encontré en el suelo. Mi »ser, de aquella suma gloria la grandeza no pudo resistir, y »deslumbrado, cedió al abrumamiento de su peso. Fatigado, »invoqué del dulce sueño, para aliviarme, el beleño eficaz, »que cerrando mis ojos con tupido velo, me socorrió en aquel »apuro: mis ojos solos, pues que quedó abierto ancho camino »al despierto ánimo, que aunque el reposo consuela del cuerpo, vela continuamente concentrado.

Se presenta ¡oh prodigio! de repente á mi vista, la misma »misteriosa figura, que anteriormente habia visto en sueños, »y con mano primorosa, sin el menor dolor mi pecho abriendo, me saca una costilla ensangrentada, y con rara destreza, »reuniendo los labios de la dilatada herida, sana la deja, cual »si nunca hubiera existido: despues con la ligera mano, de

»una costilla la transforma en un completo cuerpo, que en la
»estructura total, al cuerpo mio se parece; pero tan delicado y
»tan hermoso, que lo visible todo en su bello recinto, no me
»ofrece cosa que pueda competencia hacerle. En el sexo tam-
»bien se diferencia del mio: en su semblante gracioso re-
»salta un resplandor casi divino: dirian que en él toda su
»hermosura unió en pequeño la naturaleza.

»Ví aquella criatura incomparable, sus ojos despedian una
»llama purísima, que inundó de alegría mi alma: un mundo to-
»do nuevo aparecía á los míos: el suelo más florido: el aura
»más suave y deliciosa. En esto, veo que huye con presteza,
»me despierto, y exclamo, sorprendido al ver realmente lo que
»habia creído sueño;» detente: no huyas, ¡oh celeste maravilla!
¡De nuevo á presentarme vuelve tu hermoso rostro, conso-
lándome! ¡Vuelve á mí, si no quieres que me cueste toda mi
dicha! ¿Cómo la tendria, si una vez que te he visto, te perdía-
ra? ¿Y qué deleite disfrutar podria, si de ti para siempre care-
ciese? ¡Vuélvete! ¡Compadece mi quebranto! ¡No me abando-
nes á dolor eterno!

»Vuelo entónces tras de ella con presteza: la alcanzo, y me
»parece su hermosura, despierto, tan perfecta cual brillaba,
»cuando en mi feliz sueño la entrevia: toda cuanta hermo-
»sura se reparte en las demás criaturas reunida al lado de la,
»suya se eclipsaba. Condesciende en volver. Interiormente
»el mismo Dios, que todo lo puede (Su mucho amor vi entón-
»ces evidente) la mueve, á que se venga con su esposo, la da
»á entender lo que era la union pura del matrimonio, de sus
»dulces lazos toda la fuerza y la ternura toda, y que en mis
»castos brazos encontraria la dicha únicamente. Yo entre
»tanto, sirviéndola de guia, con grandísima prisa hacía mi
»alojamiento la llevaba, y al ver belleza tal me enternecía. El
»cielo está en sus ojos: en su frente, junto el candor con
»la inocencia habita. El menor movimiento de su airoso
»cuerpo, excita la admiracion más dulce, desenvolviendo el
»talle majestuoso: con semblante risueño las gracias todas, y
»el amor volando con el placer, hácenle coro, y la forman un

»séquito brillante, como á su reina. Yo no soy ya dueño de
»mi mismo, y exclamo agradecido:»

¿Con que ya, ¡oh Dios benigno! está delante de mi encantada vista, aquel tesoro que tu bondad me habia prometido? al verlo, mi perdon de nuevo impetro, por la audacia de habértelo pedido; pues su riqueza, excede mi esperanza, y mi corazón débil, jamás puede corresponder á tu beneficencia. ¡Con que ventajas, y con qué dulzuras, aquel triste momento has compensado, en que severo, al parecer, conmigo, desatendistes á mi osado ruego, y hablastes solo de ira, y de castigo! Permite, pues, que explique en lo posible, mi amor ardiente, mi agradecimiento á ti ¡mi tierno padre! que sin cuento de bienes me llenaste, y que atendiendo por último á mi súplica rendida, me has dado con mi esposa, vida nueva. Lallernaste de gracia y de hermosura: no se halla otra criatura tan hermosa: de mi propia sustancia la formaste, y mi imagen en ella reprodujiste: me amo á mí mismo en ella, y á ella quiero en mí; pues su sér, mio considero; á su padre y su madre, el tierno esposo dejará en adelante, sin vacilar, por su esposa: padre enajenado, adorará en sus hijos á su madre: ambos un corazón serán y una alma, con los lazos de amor encadenados, y gozarán en calma deliciosa mutua felicidad.

»Eva oye estas palabras, y modesta, como recién nacida y
»fresca rosa, lejos de saborear con orgullosa vanidad mis elogios, manifiesta obediente, y responde dulcemente, rendida y vergozosa, á la dulce expresion de mi ternura.

»En presencia del soberano Dueño de cuanto existe, con
»augusta forma, yo la dí, ella me dió su casta mano: acto que
»deberá servir de pauta á nuestros más remotos descendientes. Célebró toda la naturaleza nuestra union: como testigos,
»luminosos astros, brillaron con viveza mayor: por presenciara, el Cielo silencioso, suspendió un rato el majestuoso curso:
»el aura misma, plácida y benévola, en su lengua nos dió la
»enhorabuena: los pájaros, redoblando sus cantos, las cristallinas aguas murmurando, el enlace aplaudia, ejemplo dando
»á todos los vivientes. Los collados, y los valles repetian de

»aquel festivo día los acentos: los árboles con dulces balan-
»ceos se inclinaban: las olorosas flores sus coloridos senos
»descubrían: el Céfito, sus alas extendiendo, émulas de las ro-
»sas, ansioso recogiendo sus perfumes, de una en otra volaba;
»y sus bellos matices encendía.

»Cual nube densa, al estrellado techo sube el precioso in-
»cienso reunido, de los olores del jardín ameno, y Dios mismo
»bendice el lecho nupcial, mientras con suave y trinar músico
»el ruiseñor el himno de himeneo entona, y vuela la vesper-
»tina estrella, sus teas á encender con la divina llama, con el
»sagrado fuego, que puro por la vez primera extrae de su bri-
»llante esfera, destinado á tales usos.

»Mis riquezas, mi suerte bienhadada te he referido: ves cuán
»generosa la mano del Eterno me ha colmado de bienes, mis
»deseos previniendo. Con todo, lo que siento, francamente te
»diré: los deleites terrenales, van para mí perdiendo su méri-
»to con el uso, exceptuando únicamente el tierno trato de mi
»esposa amada. Los restantes placeres, desiguales son ya á la
»grande idea, que tenía formada de ellos: el suave canto de
»las pintadas aves, de las fuentes el susurro, el aroma delicio-
»so de las flores, los jugos excelentes de las sabrosas frutas,
»que antes tanto lisonjeaban mi gusto codicioso, ya me fasti-
»dian: solo mi amada Eva es siempre el deleite de mi vida.
»Ardí al ver su belleza pura y casta: ardí al ver de sus ojos la
»hermosura, ardo, cuando á mi vista se presenta, y en los
»demás objetos no me fijo.

»¡Cuál es pues el poder, cuál la ignorada fuerza de una son-
»risa, de una mirada! Tal vez del cuerpo la delicadeza, hará
»que ella la firmeza no tenga, la madurez, que al hombre tocó
»en suerte. Quizá también será puede mas débil la idea, que
»en su pecho está grabada, de la justicia, y de las leyes santas
»que en mí imprimió el Señor profundamente, pues que la
»destinó á depender de mí, y para una obediencia sencilla,
»ni mi carácter ni mi inteligencia necesitaba tener: una
»clara razón, á una inocente docilidad unida, la bastaba, del
»Dios que á ambos nos hizo, sé que efectivamente no es un

»retrato tan perfecto, como yo: no se vé en su hermoso rostro aquel aire majestuoso del hombre, en que la sería autoridad respira: mas, lo confieso, á fuerza de hermosura, cuando hácia mi la amable vista gira, deslumbra mis sentidos, de manera, que casi sin dudar, se me figura, que como es bella, así ha de ser juiciosa. Del imperio que ejerce en mí, segura, no abusa nunca; mas, siempre que cualquiera ocasión se presenta, en que dudando mi razón titubea, su ingeniosa idea sigo en todo, que hasta al presente jamás encontré errada; ¿y quién pudiera no ceder á su gracia encantadora?

»Yo no sé en qué consiste; pero es cierto, que nunca se resiste la más sana razón á la hechicera viveza suya: todo lo domina y lo subyuga: en vano determina mi alma hacerse violencia, y oponer una renitencia justa, al atractivo que su fantasía da á sus consejos: no hay sabiduría, que no quede vencida, por más grave que se precava, á la dulce elocuencia de aquella boca amable, cual fecunda. En su debilidad, funda su imperio sobre mí, y mi respeto se asegura, con su timidez misma: ¡inconcebible virtud de irresistibles atractivos! Así componen su pomposa corte, el poder y el temor con que sujeto tiene cuanto la cerca. El inocente pudor la guarda, y su resplandeciente séquito adornan, con brillante porte, todas las gracias juntas: se diría, que se ha esmerado el Cielo en hacerla perfecta, y la ha criado, no para obedecer, cual yo creía, sino para reinar. ¿Y acaso cabe el dominar á un ser, que encantar logra?»

A estas palabras con severo gesto responde Rafael: «nunca imprudente de error al Cielo acuses, que cuantas cualidades necesitas para tu noble fin, te ha concedido. El te prodigará otras infinitas gracias, con tal que de ellas tu no abuses. La razón sobre todo, has recibido de su bondad, que fiel siempre á tu lado te guarde, y te dirija: si juicioso la obedeces, jamás abandonado de ella serás: el Todopoderoso á Eva dió la hermosura, y alhagüeno rostro, á fin que disfrutaras el consuelo de su sociedad dulce, y la estimaras. De ella haz tu amiga; pero no tu dueña: tu dignidad no olvides: tu sublime

»rango conoce. Aquel que no se estime en lo que vale, no debe quejarse del verse de derecho despojado, y de perder la agena estimacion. Exige, pues, prudente, sin rigor, el respeto que es debido á tu sér superior. Tu esposa es buena: tus derechos sostén constantemente, y con dulzura: sacarás partido de su debilidad, y la cordura vencedora será de la belleza. Podrás sin riesgo, amarla tiernamente, y también sin flaqueza complacerla.

»Sial contrario, te deslumbras hasta el punto, de dejarte arrastrar de su atractivo, que á un vergonzoso mando la acostumbres, serás antes de mucho, vivo ejemplo de la vileza, á que conduce el error, y de los grandes males que produce. Ella, de gobernarte se hará un juego, y tú, ciego y embriagado, por sus ojos verás únicamente. ¿Y se atreve á insinuar el incentivo de unos viles placeres sensuales, el Rey del mundo, de razon dotado? ¿Acaso á los animales más torpes no se asemeja en ellos? Degradado estaria de modo que pusiera su dicha en tal bajeza, y prefiriera esta, á aquellos inmortales deleites, á que está destinado por su cuna? ¡No permitan los Cielos! Que ella halle en tí, su guía y su consuelo. Tu corazón domina, y totalmente dominarás el suyo. Un inocente y legítimo amor, al hombre eleva, y en lugar de abatirle, le enaltece en sus alas de fuego desde el cuerpo de este globo hasta el Cielo, y de las criaturas materiales, de Dios á los fulgores sempiternos.»

A esto Adán le contesta sonrojado: «¿Crees, que estoy de Eva enamorado, solo por el placer que su belleza material me proporciona? Tal bajeza me pondría al nivel de los brutos. Sé que es entre los hombres, más augusto, mas noble, de himeneo el casto lazo: más sagrados sus fines, sus deberes más serios y mas santos: que sería olvidarlo, el más injusto desorden. Mas, lo que en Eva veo, que más me hechiza, si sincero quieres que te hable, son los admirables dones, de que Dios la ha colmado: sus amables gracias: de su candor la negligencia: de su voz el melodioso acento, y su mismo silencio cariñoso: su noble orgullo, y los inapreciables encan-

»tos de su complacencia tierna: nuestra dicha es comun: en
»todo acordes nuestros deseos; y en nuestras correspondientes
»ocupaciones, la armonía reina, la deliciosa paz, y la alegría.
»¡Dulce acuerdo! ¡La música hechicera del seráfico canto es
»menos lisonjera á los oídos, que lo es á mis sentidos tu dul-
»zura!

»Ya ves, ¡oh Rafael! que la nobleza sé unir con el amor.
»Eva me agrada, es cierto; mas, la bajeza desdén de una al-
»ma, esclavizada en servil lazo: Sé conocer el bien y practi-



»carlo: lo es el amor, tú mismo te dignaste aprobarlo: tú
»propio, este sistema me dijiste que guiaba á la suprema, fe-
»licidad y luego me añadiste, que en las alas de fuego, ensal-
»zada de amor, penetra el alma la inmortal morada; pero ren-

»dido tu amistad imploro, para que sacrifiques un breve rato
»aun, y un secreto me expliques, que me importa saber, y
»que aun ignoro.

»¿Se ama en el Cielo? ¿Cuáles los amores son, en tal caso,
»de sus habitantes. ¿Consisten en miradas cariñosas, en tier-
»nas expresiones? ¿Mútuamente os arrojaís de léjos, amoro-
»sas llamas, ó bien un corazon ardiente, con otro une sus rayos
»explendentes, y ambos uno á otro se hacen venturosos?»

»Con aquél encarnado, que colora la rosa, y que á los Cielos
»pertenece, Rafael dice: «merece tu humildad, que yo te ex-
»plique lo que tu alma ignora en este punto. En el celeste
»asiento todos somos felices, ¿Y podría haber felicidad, si no
»había amor? De nuestra dicha, pues, amor es el fundamen-
»to. Aun tus inclinaciones en la union pura del corazon
»estriban; mas, los lazos corporales, que cual pesados
»hierros entorpecen vuestras almas, no tenemos nosotros.
»Libres, y totalmente espirituales, no se nos ofrecen estor-
»bos tales: en las llamas de un puro amor ardemos, como un
»rayo de luz se une á otro, con otro sér el nuestro se acompa-
»ñay en él con Dios, á cuya divina union toda otra union
»pura nos conduce. En él unidos todos, de amor, embria-
»gados vivimos en la bienaventuranza. Vosotros, comprimi-
»dos por el cuerpo, jamás podeis pasar de los sentidos.

»Pero adios; pues ya la oscura noche á extender sus capu-
»ces se apresura. Ama á Dios: su ley guarda: se juicioso, y
»tendrás cada dia mas ventura. Todos los ciudadanos inmor-
»tales sus ojos sobre tí tienen abiertos. Tus virtudes, tus vi-
»cios, tus errores, ó tus aciertos, cubrirán el Cielo de nuevos
»brillos, ó de los fatales lutos del desconsuelo más amargo.
»Libre nacistes, y tus descendientes te deberán la dicha ó
»desventura. Guárdate de seguir los perniciosos consejos de
»algún pérfido enemigo, de la razon escucha los prudentes
»dictámenes, y así tu alma, segura y libre de los lazos peli-
»grosos, tendrá á Dios por su padre, y por su amigo.»

Así acaba, y al verle levantado, «¡Adios! amigo celestial
»querido,» Le dice Adan: «tú, á quien el Soberano ha enviado

»á sus súbditos rendidos, dile que le amaré siempre constan-
»te: Eva me imitará, y en lo sucesivo, tampoco olvidaré tu
»trato humano, tu amable gracia, en estos deliciosos discursos,
»y el insigne beneficio que nos has hecho, en admitir benévolo
»hospedaje de tí tan poco digno. Puesto que vuelves á la
»eterna gloria, sénos siempre propicio, y nuestros votos
»guarda bien presentes.» De hablar, en este punto se deja-
ron marchándose uno y otro, Adán hácia su verde estancia,
Rafael más allá del firmamento.





LIBRO NOVENO

Satanás habiendo recorrido la tierra, armado de nueva malicia, vuelve de noche al paraíso. Se introduce en la serpiente. Adán y Eva salen al romper el día á sus ocupaciones ordinarias. Eva propone separarse de su marido para trabajar sin distraerse. Adán se opone á ello, por temor de que el enemigo se valga de su soledad para tentarla. Eva, sentida de aquella desconfianza en su virtud, insiste en la separacion, y Adán cede. La serpiente encontrándola sola, la habla, y lisonjea su amor propio. Eva se admira de oirla hablar, y desea saber la causa; á lo que responde la serpiente, atribuyéndola á la virtud de una fruta del jardin, y conduce á Eva, á petición suya, hácia el árbol vedado, diciéndola que aquella es la fruta, é induciéndola á que la coma. Duda al pronto; pero al fin cae en la tentacion. Va despues á encontrar á Adán, llevándole un ramo cargado de la misma fruta. Adán á primera vista se horroriza; pero arrastrado por su excesivo amor, toma la resolucion de perecer con Eva, y la come. Efectos de este pecado. Procuran al pronto cubrir su desnudez: se introduce despues la discordia entre ellos y se culpan reciprocamente de aquel exceso.

Ou tierra desgraciada! ¡Oh deplorables mutaciones! ¡los dias ya se acaban, en que al mundo descendían celestes mensajeros, y al hombre declaraban las amables ordenes del Eterno: en que el Angel benigno, á los primeros padres, honrando con trato familiar, y en su rústica mesa acompañando, por su fruta sabrosa, dejaba la deliciosa ambrosía, y el nectar de los Dioses! ¡Qué funesta mudanza vá á cantar mi lira, en lugar de tan plácida armonia del Cielo con la tierra! ¡Cuánto cuesta á su dulzura repetir la horrible ingratitud del hombre; su piadoso Criador desconocido por él, y su poder sumo ofendido; la culpa introduciendo la insensible muerte en el mundo, con el espantoso séquito innumerable de los males; justa venganza de los des-

obedientes, que quebrantaron el más suave precepto y contra su Hacedor se rebelaron! ¡Asunto lamentable; pero más admirable y elevado, que Aquiles, furibundo arrastrando alrededor de Troya, el despojado cadáver de Hector, en el polvo inmundo, por tres veces, al fiero carro atado: que la lanza de Marte ensangrentada, ó el horrible tridente de Neptuno: mas que el hijo de Anchises, trasladada su fortuna con él, al floreciente reino latino, y que la fiera Juno, de Ilion las reliquias persiguiendo por los mares, y á Turno protegiendo, para acabar con ellas duramente!

Dignate, pues, ¡oh Musa! de inspirarme. Tú eres mi protectora, y sueles visitarme con frecuencia. Ven silenciosa, te lo pido, á la hora en que el orbe descansa soñoliento, y ennoblece los versos numerosos, que de mi boca surgen á raudales, desde que di principio al escogido tema sublime, cuyos poderosos atractivos han fecundado mi lengua: Otros, por largo tiempo, han cantado las mortales contiendas, las hazañas de uno y otro soñado caballero de los remotos siglos, olvidando con ingrato silencio, el verdadero mérito y la constancia, que ilustrando están los fastos del valor guerrero.

Celebren, pues, con pluma aduladora las concurridas justas, los torneos, los lozanos bridones, los arneses, el garbo, y la belleza encantadora de fingidas Princesas, los soñados lanzasos y estocadas gigantescas, los altos hechos de armas, la pomposa púrpura de los mantos, los lúcidos broqueles de oro fino, en que se ven esculpidos los sucesos, que lustre dieron á sus dueños: alaben la preciosa riqueza y discrecion de las empresas: dispongan los festines, y las mesas abundantes, que al mundo sorprendieron, la turba servicial y numerosa de gigantes, de enanos, de escuderos de encantados palacios, hechiceros vergeles, y millares de invenciones como de la verdad, del juicio extrañas, á que dá ascenso el vulgo, y en que perder el tiempo nunca pienso: un tema más brillante, más nuevo objeto, más interesante al hombre, viene mi lira á despertar, si acaso el clima helado, que conspira con la torpe vejez, no apaga luego los tristes restos de mi

fuego sacro, ó mi musa apiadada de mi esfuerzo vano, no me quita de las manos el sonoro instrumento, y corta el vuelo á intento tar osado.

El sol ya remataba su carrera del mar en los cristales; la lumbrera de Vespertino dudosa, que participa del día y de la noche, brillaba en la mitad del orbe; asomaban las sombras, y el oriente ya velaban, cuando acabando el curso vagabundo, Satanás, despreciando las terribles amenazas del Cielo, al mundo vuelve. No ménos fiero; pero más prudente, como ya escarmentado, los posibles medios discurrir en sí, para introducir sin que le vean, como anteriormente, de Eden en el recinto, y esconderse.



Fiel á su odiosa empresa, como huyó con la noche tenebrosa, con ella vuelve, pero cautelosamente, en espiarlo, todo se desvela, para asaltar la cerca peligrosa, bien que resuelto á entrar, aunque le cueste perecer. Desde la época en que fué visto por aquel espíritu celeste, que el sol dirige, dentro de los muros del Edén, y echado de entre sus umbríos bosques, había fugitivo y listo, siete veces dado entera vuelta á aquel

inmenso círculo flamígero, que de la luz y sombra exacto mide la marcha y la divide en sus turnos, cauto, á la negra noche iba siguiendo en sus velos envuelto, y siempre huyendo de la luz, hasta tanto que en la octava tarde, cuando á extenderse comenzaba sobre Edén, guarecido de su sombra, á ejecutar su plan llega atrevido; pero para evitar la vigilancia de la guardia celeste, á gran trecho callado, al lado opuesto de la valla por sendas ocultísimas se acerca. Entonces allí mismo un antro habia; (antes que por la cólera celeste se trastornase todo en aquel suelo) en cuyo negro seno sumergido el Tigris, de él de nuevo á luz salia á seguir su interrumpida marcha, por el jardin ameno discurriendo: el enemigo viendo aquella entrada tan secreta y segura, en sus ondas se arroja diligente: envuelto en ellas pasa aquella oscura cueva, y con la corriente vuelve á salir.

Para ocultar su marcha cautelosa, al hollar ya el jardin, rodearse inventa de un velo de vapores, recogido del agua misma por donde se vino. Resuelve al fin, para mejor cubrirse, introducirse en un cuerpo viviente. Durante el largo viaje ha examinado la especie singular de cada bruto, sus costumbres é instinto, y reparado, que entre ellos todos era el mas fino, el mas astuto, la Serpiente pérfida, en ella, él y su lazo juntamente ocultar determina, haciendo cuenta, de que si se escondia en una bestia, que fuese un poco estúpida, daria, si de la menor estratagemas usara, ó de la menor traza, una violenta sospecha de sus tramas infernales, que el suceso esperado trastornara. Solo entre los animales restantes, aquel por su malicia, por su tortuoso andar, y por su instinto cauteloso, podia á su carácter fementido prestar un colorido verosímil.

Lo elige; mas sollozando antes, la pena exhala, que le está angustiando, «¡oh tierra! exclama, (pues que así te nombras) digna de ser habitada por Dioses, ¿cómo no te avergüenzas y te asombras, de verte profanada por los hombres? ¡Tú, del brazo de Dios segunda obra, más, primera en lo hermosa y lo fecunda, de qué luces tan bellas te adornan, las

estrellas y coronan! para tí esas lumbreras se encendieron: los cielos mismos se hicieron para tí: cada astro, de servirte envaneado, se eleva, viaja, vuelve, y sin reposo alrededor de tí gozoso vuela, á pagarte el tributo que es debido como á Reina, de fuegos, de luces, de estaciones y vivos resplandores.

Como en el Cielo cada inteligencia angélica con ansia imponderable tira á acercarse á la esencia divina, cual á centro comun, así se esfuerza todo ese pueblo hermoso, innumerable, de soles, amontonado á rodearte, como á centro



»tambien, sin que extraviado uno siquiera su carrera tuerza.
»Esos fuegos vitales, son la fuente de todos tus tesoros y hermosura: son los que vuelan con las puras auras, por las
»plantas, las frutas y las flores; las forman, gradualmente las
»elevan, y las dan sus sabores y perfumes. Aun es mayor prodigio. A esos vivientes pueblos de irracionales, que renacen
»sin cesar, dan la vida y los sentidos, y con sus llamas más

»sútiles, hacen en ellos los aparentes efectos de la razon, de
»modo, que advertidos y sagaces parecen, cual si hubiera en
»ellos algun ingenio que los dirigiera. Estos, aunque en el
»rango desiguales entre sí, se utilizan, y puntualmente se-
»gun sus clases, de diversos modos al hombre obedecen y
»sirven.

»¡Oh tierra! ¡Qué pinturas primorosas hermocean tus espa-
»ciosos campos! ¡Oh alegres valles, montes orgullosos, co-
»llados verdes, sombras deliciosas, frescos antros, arbustos
»delicados, árboles magestuosos, audaces riscos, y floridos
»prados, rios pomposos, rápidos torrentes, arroyos, vastos la-
»gos, fuentes claras, oh cuanto vuestra vista deleitable mi
»triste corazon encantaria, si sentir el placer me fuera dado!
»¡Mas para él, el placer y la alegría no existen ya! ¡La más
»negra tristeza, la desesperacion, tienen fijada dentro de él
»para siempre, su estancia! Para aliviar mi bárbaro tormento,
»producir debe la naturaleza cómplices en mi encono y mis
»maldades, penas que iguallen á las que yo siento, impulsos de
»furor: atrocidades; el extremo del mal al fin, que llene este
»pecho, y de rabia lo enajene. Tal es el solo bien, que ansioso
»anhelo.

»¡Oh infierno, huir en vano he procurado del fuego de tu
»océano abrasador! ¡Otro infierno más cruel llevo conmigo!
»¡Me sigue inseparable en este suelo, y aun al abrigo del celes-
»te alcázar, me acompañara con el mismo furor, si á su dés-
»pota altivo no humillára! Pues que de este mundo es su obra
»preferida, y el hombre imagen suya, en lo más vivo le he de
»ofender sin duda, si le privo del gozo que ahora tiene, en
»ver realizada la intencion noble con que le ha criado. No
»siendo esto imposible, si se alcanza, el mundo como el hom-
»bre se malogra. Hagámosle este ultraje duplicado, supuesto
»que en mi desastrada suerte, sinó á ganar, no voy á per-
»der nada. Satanás no es feliz sino se venga. Si llego así
»á triunfar de mi enemigo, y mis tormentos dividir alcan-
»zo, que lluevan sobre mí calamidades, que de ese Dios las
»crueldades excedan á mis delitos: nada ya recelo; en todas

» artes hallaré consuelos. Perezca el hombre: quede devastado
» el jardín, que se ha fabricado para él.

» Solo el mirar al mundo me importuna: que siga la fortuna
» de su dueño. Mas no sacia aun su ruina mis deseos: ¡objetos de
» mi envidia y mis dolores, cielo, tierra, hombre, Dios, des-
» vaneceos: pereced todos! Mi odio no os separa. ¡La guerra á
» haceros va indistintamente! ¡Pábulo á mis furios; aniqui-
» laos juntamente todos! Que su soberbia actual les cueste cara:
» que prueben por su turno esas divinas esencias, esos seres,
» la tortuna que hace volver mi sangriento corazón. Que acabe
» todo, y que sobre las ruinas del universo, en pie Satanás
» quede. ¡Satanás solo! Es lo único que puede satisfacerme.
» Entonces, victorioso al infierno volviendo, recibido con de-
» lirio gozoso, decir podré á aquel pueblo sorprendido:

» Aquí teneis el glorioso vencedor del decantado Dios omni-
» potente: postraos á sus pies: el merecido homenaje, prestad-
» le acordemente: Hé un día deshecho en lo que su afán en seis
» habia criado, esta obra inmensa, ese celebrado orbe, en que
» habia agotado su poder todo, y su sabiduría, objeto de su
» viva complacencia. Aunque en la apariencia era tan reciente,
» me parece probable, que previendo que útil debiendo ser á
» su venganza la estuvo largo tiempo previniendo.

» Así, aquella obra que bondad respira, hija habrá sido de
» su fatal odio. Puede tambien, que no la haya ideado, sino
» cuando del Cielo la tercera parte de moradores, que quisie-
» ron ser libres, y sacudieron su yugo, con imprudente furia
» arrojó airado. Apenas cesaría su primera cólera, al ver des-
» poblado su reino. Quizás de su imprudencia arrepentido,
» deseando que volviera á poblarse, y á un tiempo la ocasion
» aprovechando de desahogar aun más su desmedido odio con-
» tra nosotros, trataría de tomar algun medio. No alcanzando
» tal vez ya su poder, desfallecido con el uso, á criar otros
» ángeles iguales, á los que él habia perdido, (si acaso nuestros
» seres inmortales á él debemos,) y que de vanos aplausos, y
» humillantes inciensos le colmarán, dió el ser á los humanos,
» para que nuestros tronos ocupáran en su corte: á ese pueblo

»vil y oscuro, que rico á nuestra costa, envanecido con nuestra ruina, vive persuadido de que se ha de elevar su impuro ceno á lo alto del Empíreo, á la grandeza de que se nos privó con tal crueldad.

»Tal la intencion de Dios sin duda ha sido, y su proyecto hasta ahora en todo punto se ha llevado á efecto: al hombre de la tierra ya formado, sobre ella por su rey le ha enaltecido: le ha puesto el firmamento por dosel: los astros en perpetuo movimiento sirven para alumbrarle: los Angeles son solo criados diligentes, destinados á cuidarle, y á ser sus mensajeros: los ardientes Querubines la corte con bajaza hacen á esa miserable criatura, sumida de su lodo en las torpezas, como si fuera al sér más respetable, su favor vergonzoso mendigando, y en su custodia velando sin cesar. Asi el tirano el pundonor destierra del Cielo esclavizándolo á la tierra.

»Para evitar la vista penetrante de esos envilecidos antiguos camaradas, ahora enemigos crueles de todo su brillante gremio, é infieles al interés comun, he tenido que andar por escondidos senderos y cubierto del oscuro negro manto, á fin de introducirme aquí. ¡Feliz! si encuentro más seguro asilo, en que encubrirme pueda á gusto, y librarme de su registro odioso, refugiándome al obsceno cuerpo de un reptil torpe adormecido, y transformar en él el rostro majestuoso del Jefe de los Serafines. ¡Oh vergüenza! ¡Oh disfraz el más ajeno de un ser rival de Dios! ¡Yo que he podido aborrotar del Cielo los confines, y hacer dudosa guerra abiertamente á ese señor del mundo, reducido á esconderme en el cuerpo asqueroso de una serpiente, á arrastrar por el polvo, en sus tortuosos pliegues, postrando mi soberbia frente!

»¡Oh infernales poderes orgullosos! Al mirarle abatido á extremotanto, ¿conocereis á vuestro rey supremo? ¡Hasta qué sima tiene que bajarse la ambicion, cuando de elevarse trata! ¡Cuanto más alto el pensamiento eleva, tanto más ha de ser su abatimiento. ¡Oh venganza! tú que has envenenado mi triste corazon, ¡cuánta amargura viene mezclada en tu dulzura falaz! Si algun consuelo me has proporcionado, ¡qué



»cruelas consecuencias ha
 »traído! No importa: ¡tronad,
 »Cielos! La fiereza de vues-
 »tros rayos descargad sobre
 »mi cabeza rebelde, que no
 »me vereis conmovido. ¡Oh
 »suerte! Me contento sólo con
 »poder dar á ese Dios envi-
 »dioso, mi enemigo, un golpe
 »doloroso; ó si á él mi resen-
 »timiento no alcanza, ven-
 »garme sobre ese hijo que ha
 »adoptado, y que en su rabia,
 »ha presentado al Cielo. Ese
 »Dios nuevo, ha sido el que
 »me ha insultado altivo. Es-
 »to basta: mi abrasada ira
 »debe pagarle con exactitud
 »ódio por ódio, ultraje por
 »ultraje.»

Dichas estas palabras, con-
 centrada su rabia, entre la zar-

za y el espio espesos, con silencio camino abre, y prosigue su viaje á buscar la serpiente, que encuentra durmiendo, entre sus círculos, metida la lánguida cabeza blandamente. No era entonces, aquella bestia bruta, de todo cuanto vive aborrecida como ahora: era astuta y colérica; mas no cruel, ni pérfida: inocente, en lugar de esconderse en la espesura, ó de los antros en la oscura sombra, como lo hace actualmente, se enroscaba sobre la tierna yerba, y á cielo abierto, quieta dormitaba. En ella, Satanás con ligereza se mete y en su pecho se introduce. Su torpe instinto, á obedecer limita de su inmortal razon á la viveza, y tranquilo no se afana en moverse, hasta tanto que llegue la mañana.

Ya el oriente remoto se colora, de la tierra el incienso matinal sube hácia Dios, al paso que la sonrosada aurora su camino comienza, y el Criador recibe satisfecho, la adoracion de la obra que ha criado. Adán, en aquella hora ya despierto, con Eva, el verde cenador dejando, y con los coros mudos de concierto con las demás criaturas, alababa al señor, disfrutando las primicias del día; pero el tiempo iba avanzando: los llamaba su rústico trabajo, y á los cuidados que el jardín pedia, bastar el afán de ambos no alcanzaba.

«¡Caro esposo! dice Eva: inútilmente ocupamos las fuerzas
»reunidas de nuestros brazos, para dar salida á todo: el lar-
»go día se pasa en podar ramos infructuosos, y al siguiente,
»vemos crecida otra tal multitud, que parece que nada hemos
»cortado, si otras veces, las ramas abrumadas con el peso es-
»cesivo, sobre fuertes horquillas sostenemos, para cada una
»mil aun más cargadas en una noche sola, por la fuerza del
»fétil suelo, nuevamente crecen, y á todas acudir nunca lo-
»gramos. Para una que evitemos que se tuerza, las más her-
»mosas y útiles perecen.

»¿Qué diré de las frutas y las flores? Todos nuestros desve-
»los para una corta parte no serian bastantes, solo de las que
»crecen alrededor de nuestro alojamiento. Veamos si es ase-
»quible abreviar el improbo trabajo, de manera que luzca
»más: quizá tu gran talento hallará algun arbitrio: por mi
»parte uno tengo pensado, que le pesa á mi tierno cariño,

»que quisiera de tí no separarse ni un instante; (1) pero sobre él es justo consultarte, como que tienes más conocimiento, puesto que me parece el más acertado, para hacer más ligero y más fructuoso nuestro largo trabajo. Dividamos nuestras tareas: tú, como el más fuerte, podías al cultivo dedicarte de los árboles, ya uniendo al robusto olmo la débil palma, ya enredando en los ramos del olivo el oloroso jazmin, ó bien podando el nogal lujurioso, según te lo dictaré el gusto, mientras yo en otra parte mis horas emplearé, en las flores y las plantas, porque, yo lo confieso, cuando unidos, como sucede en todas ocasiones, en un mismo para-je las plantas cultivamos, casi no hacemos nada en suaves caricias divertidos, ó en dulces risas, ó en conversaciones más serias distraídos comunmente; por nuestra utilidad, nos olvidamos de la de nuestros tiernos arbolitos, de la de nuestras rosas, y delicados frutos, y luego, comemos sin placer lo que sin pena alguna recogemos.»

«Responde Adán: «¡oh encanto de mi vida, á todas las criaturas preferible! ese deseo de que apresuremos nuestro trabajo agreste, aun más amable te hace á mi corazón. ¡Qué generoso esfuerzo, en consentir sacrifiquemos al interés comun, el agradable placer de nuestra dulce compañía! ¡Cuánto no habrá costado á tu amoroso corazón! Has pospuesto noblemente la excesiva alegría de un gusto vano, á las solicitudes justas, y á las virtudes domésticas; mas Dios, no trata tan severamente á sus hijos. Sus leyes templa con dulzura: permite que en nuestras faenas, de tiempo en tiempo con nuestras caricias volvamos las fatigas en placeres: quiere, si nos apura el apetito, que un rústico festín á nuestras venas vuelva el vigor, y que con divertidos coloquios se interrumpan los continuados afanes: que jamás nos excedamos en trabajar de modo, que nos postremos: que del trabajo á gusto se respire, y que se mire cual mera diversion: aun mucho más, aprueba que empleemos en amables discursos, la preciosa razón que nos ha dado: expresándonos el recíproco amor: el inocente afecto, que ha grabado su piadosa mano profunda-

»mente en nuestros tiernos pechos, y que usemos del don de
»la palabra que ha negado á todo otro animal, y ha dado al
»hombre. Esta, inflama el amor que á sus bondades debemos
»tributar, y nos eleva á él: que de todas nuestras necesida-
»des, es la primera y la más santa, y nuestra dulce union
»tambien anima, que mas nos aproxima á aquel Señor.

«El mismo nuestras almas ha dispuesto al amor, sin el cual,
»ocioso y triste, ningun racional puede ser feliz, y cual
»dulce precepto nos lo impone. Ese gran Dios, cuya sabidu-
»ría á gozar nos convida, no ha querido que el hombre consu-
»mido por trabajos fuera: quiso que el descanso dulce suce-
»diese: que siendo su fiel guía su razon en esto, los dirigiese,
»y de tal modo los combinara entre sí, que una vida feliz nos
»resultara. Cuidemos, pues, de nuestras arboledas: limpiemos
»reunidos los senderos cerrados por la lozanía extrema de las
»plantas, que al fin llegará el día, en que rodeados de dul-
»ces hijos, más hermosos, más frescos que las flores, de sus
»jóvenes brazos ayudados, demos abasto á las labores todas.
»Apoyos de sus padres, cual retoños de rosa, alrededor de
»nuestra amada habitacion derramada su turba, hará nuestra
»delicia. ¡Con qué gusto iremos instruyendo sus tiernos años,
»de las grandezas del augusto divino bienhechor, de la labran-
»za, y de cuanto su educacion exija!

«Con todo, si algun rato deseosa de variar, te cansare mi
»presencia, no te prohibo alguna ausencia breve; pues gusto
»de que estés siempre alegre. ¡Feliz á la verdad aquel, que
»aislado de los demás, encuentra en su retiro la alegría! Cual
»solo no le miro, mientras consigo no esté fastidiado; mas,
»presto echará ménos el eficaz consuelo del pecho de un
»amigo!

»En cuanto á tí, perdóname si temo exponerte á algun ries-
»go, si te mantienes apartada de mí. Bien enterada estás del
»ódio extremo, de la sed de venganza, que alimenta el fiero
»Satanás contra nosotros. Sus proyectos, lo sabes, no son
»sinó los de turbar nuestra paz inapreciable, seducirnos,
»perdernos; que no intenta ménos, que hacernos de su mise-

»rable suerte participar, separándoos de nuestro padre, y
»nuestro dueño augusto: este es, ¡oh horrendo Satanás! tu
»empeño. ¡Tu negro corazon, ardiendo en ira, y en cruel en-
»vidia, anhela devorarnos! no dudes, pues, ¡cara Eva! que ese
»injusto enemigo conspira contra nosotros. Tierno te conjuro,
»que de mí no te apartes. De mi carne por el Señor tu cuerpo
»fué formado, será siempre tu asilo el más seguro: tu puesto
»en cualquier lance de peligro, es el que está más cerca de tu
»esposo: el sabrá libertarte, ó si no acompañarte en tu des-
»gracia.»

A estas palabras, Eva prevenida de su inocencia, y de la
desconfianza que Adán la muestra, herida vivamente, así
responde: «¡Noble hijo del Cielo y de la tierra! bien sé á lo
»que alcanza de Satanás la rabia y la malicia: sé cuanto
»nuestra pérdida ambiciona, pues que tu voz, y el admirable
»celo de Rafael, de su furor ardiente, y de todas sus trazas,
»me han enterado muy bien. Ayer, cuando las flores al llegar
»las tinieblas, sus olores ansiosas recogian, y el glorioso Ar-
»cángel ya se despedia de tí, de vuelta del trabajo, disfrutando
»en ese cenador, que está mas cerca de nuestro alojamiento,
»del reposo: nada yo perdía de cuanto hablabais, cuando de
»ese enemigo se trataba, y á evitar sus ardides te impelia.
»Evitémoslos, pues: lo mismo digo; pero que yo, de cuya inal-
»terable fidelidad Dios mismo es testimonio, por mi esposo me
»vea condenada, solo porque aquel ente despreciable nuestra
»ruina ha jurado, á ser guardada con esa desconfianza, es
»una pena dura, que me ha colmado de sinsabor. El Angel
»no mostraba tal sospecha, ni yo tal de tu parte me espe-
»raba.

«¿Qué temes, caro Adán? ¿La fuerza abierta? Y ¿no sabes,
»cual yo, bien ciertamente, que nosotros, que somos inmorta-
»les estamos libres de ellas? ¿Por ventura temes del enemigo
»las fatales tramas? ¿Sin duda á tí se te figura, que á pesar de
»mis firmes juramentos de lealtad y amor, quizá algun día
»abusará tal vez de mi flaqueza? Y cuales son, ¡oh Adán! los

»fundamentos que te ha dado mi amoroso corazon, para ser
»tan cruelmente puesto en duda?

«¡Oh tú, milagrosa, obra del Eterno, esposa incomparable,
»la dice Adan; que de su augusta mano recibiste la inocencia
»y la vida! No te temo yo á tí: temo á tu ausencia: ¿No es un
»arroyo peligroso y vano, presentarte tú sola al enemigo? ¿Si pu-
»do seducir los seres celestiales, presumirá nuestra flaqueza
»evitar por sí sola sus mortales lazos? Confiada, pues, en el
»amigo que te dió el Cielo para protegerte, duplica con su au-
»xilio tu firmeza. Aun yo me siento mil veces más fuerte, que
»estando solo, cuando estoy contigo. ¿A tu lado, qué esfuerzo
»no sería el que yo hiciese? No me atrevería á faltar á tu vis-
»ta: una mirada tuya bastara, para que animada mi alma á
»todo enemigo resistiera. Nada me conmoviera cerca de tí.
»Tú conmigo tambien, ¡cuan diferente fuerza tendrás! Sea-
»mos mutuamente uno de otro el apoyo: sé tú el mio, como yo
»seré el tuyo: así espero, que burlemos las tramas infernales,
»y si tú, valerosa, tus sinceros afectos quieres probar comba-
»tiendo á campo abierto al adversario horrendo, no me opon-
»go á que muestres tu valor; pero llévame á mí en tu compa-
»ñía.»

Inquieto Adan así la amonestaba, uniendo la prudencia á la ternura; pero persuadida Eva, de que su ruda sospecha interiormente aun conservaba, exhaló de este modo su tristeza.

«¡Con que aquí sin cesar nos amenazan conjuradas la fuer-
»za y la destreza! Si impunemente andar nos embarazan, un
»momento uno de otro divididos, somos por cierto bien des-
»venturados. ¿En qué está nuestra dicha? La vergüenza es
»bija del delito, y cuando no somos heridos por él, nuestro ho-
»nor no pende de ajenos atentados. Del enemigo atroz la des-
»vergüenza sobre él solo recae. En vano atiende á manchar-
»nos con ella. ¿Y qué tememos? Nadie sin riesgo consiguió la
»gloria: cuanto es mayor, más es noble el vencimiento: cuan-
»to mejor hayamos combatido, con tanto mayor gozo triunfa-
»remos. Dios, de lo alto del Cielo, á nuestro heroico arroyo
»agradecido, aprobará nuestro celo ó virtud. ¿Y la virtud qué
»mérito tuviera, si en calma, al vicio nunca hiciera frente, ó si

»en ajeno brazo se apoyara y jamás trabajase por sí sola?
»confesar este grado de flaqueza, para nosotros fuera vergon-
»zoso, é injurioso para nuestro Dios mismo. ¡Ah! si el Señor
»tan poca fortaleza nos dió, de nuestro Eden la amada patria
»por la felicidad no está habitada.

«Mujer, Adán replica con viveza: no te quejes de Dios: to-
»do ha salido completo de su mano: en cualquiera obra suya
»jamás se ve falta ni esceso: todo es cual debe ser; y ¿por ven-
»tura el hombre, en quien su imágen ha esculpido, será la
»única criatura triste que de él haya salido mal librada? ¡léjos de
»ti ocurrencia tan malévola! Libre en su dicha, debe cuidadoso
»conservarla: en él celo está el perderla, y en él solo también
»el enfrenarla, puesto que á su albedrío está fiada. A él dió el
»Cielo las riendas, más juicioso, debe ser gobernado por la
»razon: también el Cielo la razon le ha dado, y á esta ha pro-
»visto de ojos inmortales, que distinguen los males de los bie-
»nes; y en los bienes, aquel que es aparente, de los que son
»verdaderos en todos. A fin de seguir siempre los senderos,
»que el Cielo justamente ha trazado en sus sagradas leyes; im-
»posible es que nunca te extravíes, si la obedeces. Ahora, nue-
»vamente te pido que no te desvíes de mí, por el mero capricho
»aventurado de una empresa, muy dudosa á lo ménos. A no
»ser con tu tierno esposo al lado, no disputes la palma peligro-
»sa. Demasiado cercanos están los riesgos, aun los más ale-
»jados; no vayas á buscarlos imprudente.

«Haz, pues, la ofrenda á Dios que más le agrada, que es la
»docilidad. Luego con paciencia, una ocasión aguarda no
»buscada de mostrarle tu firme amor ardiente. El valor sin
»testigos, desmayado y débil, está ya medio vencido: mas,
»si juzgas que es ménos peligroso, ahora que está enardecido
»tu pecho, combatir solo al enemigo osado, que aguardar
»á que en tiempo inatendido embista cauteloso á los dos jun-
»tos, parte Eva, pues no te hace fuerza alguna mi miedo, y
»te importuna mi consejo. De todos modos, aunque estés
»presente, siendo esto de tu parte involuntario, me afligirás
»aún más que estando fuera: recoge, pues, para tu teme-

»rario hecho, tu virtud toda, y tu firmeza: Dios sus dones
»te dió con abundancia; hizo más que debía; haz por tu lado
»lo que debes tambien. Pues te ha dotado de razon, úsala
»como él desea, y que sea tu escudo inexpugnable.»

Con tono humilde, mas resuelta á llevar adelante su arriesgada empresa, Eva responde así á su esposo:

«Pues que tú lo permites, y juzgas posible, cual yo, que
»sea más de temer un ataque impensado hecho á los dos, que
»mi arrojo estudiado y animoso, voy al peligro á presentar
»mi pecho. ¿Mas, te figuras tú, que ese altivo enemigo co-
»meta la bajeza de emplear su furia contra la debilidad de
»una mujer? ¡Sin gloria si vencia, qué vergüenza si no obte-
»nia el triunfo!»

Dice, y de mano de su fiel marido, la suya, que aún tenia tierno asida, saca, parte, y á carrera por el campo se aleja; más ligera que nos pinta la fábula profana á una Ninfa del bosque, y más que la Diana misma, cuando á cazar salía apresurada. Mas, en lugar de su arco y de su aljabá, rastrillo y podadera Eva llevaba, que eran un nuevo adorno á su hermosura. Aquellos instrumentos, la destreza de Adan tal vez habia fabricado, ó bien de ellos le habia proveído algun Angel. Adan la sigue ansioso con tristes ojos, y á que vuelva pronto la exhorta con la voz y con el gesto, cada vez mas receloso de su ida. Su esposa, respondiendo á su impaciencia le grita, que será su ausencia breve: que ántes que medie el sol su luminoso curso, estará de vuelta en el recinto del verde cenador, la agreste mesa preparando ¡Qué dices.....! ¡Qué promesas haces, Eva infeliz! ¡Oh qué distinto hado te espera! ¡Cóma tu inocencia, tu dicha, para siempre se ha acabado! ¡Ni la paz deliciosa, ni el tranquilo sueño habitarán ya tu alegre domicilio!

El enemigo, ardiendo en impaciencia de conseguir sus miras, diligente, contra uno y otro esposo desgraciado, viene, queriendo en su espantosa ruina su linaje envolver. Si: en la serpiente metido, registrando el jardin todo, el atroz Satanás cauto camina para hallarlos, devorando ya su presa en espe-

ranzas. Su mayor fortuna seria encontrar á Eva separada del vigilante Adan, cuya importuna prudencia, de firmeza acompañada, sobre todo temia, seguro de que no podia engañarle.

Desde el amanecer, ocultamente por todo aquel vasto jardin arrastraba, del hermoso vergel á la pradera florida, de ésta al monte, á la extensa ribera del arroyo, ó de la fuente buscándolos, mas no se lisonjeaba de encontrar á Eva sola, pues



¿sabia que de su tierno esposo no se habia separado hasta entónces un punto. ¿Cuál, pues, su gozo fué, cuando delante de sus ojos, rodeada de una cándida nube de balsámicos vapores, la halló en un bosquecillo entre las rosas? Entre las flores descollando sube, como su reina, ó tal vez inclinado el bello cuerpo, á todas eclipsando, respira enajenada sus olores,

ya sus desfallecidas ramas sobre horquillitas, sustentadas poniendo, ya sus guías hendidas uniendo unas con otras enlazadas: de aquella ocupacion en los encantos olvidaba, que á todas excedia, así como en nobleza, en hermosura. ¡Mas ay, que lejos de su fiel esposo, sin el único apoyo que tuviera, pronto sabrá, que entre su bella turba, tampoco otra se ve más frágil que ella!

Llega ya el enemigo cauteloso, despues de recorrer prolijamente una selva, en que el poderoso cedro, y el pino, al cielo hermanados suben, cual verdes obeliscos elevados: ya á campo descubierto la serpiente, rápida se resbala entre la yerba, ó si ésta no la cubre, con cautela, agachada, sus roscas deshaciendo, á su víctima viene atalayando. Entra, en fin, en el fresco bosquecillo, en donde la belleza su factible trabajo codiciosa apresuraba, sin temer vecindad tan peligrosa.

Como el triste habitante de alguna ciudad vasta, fastidiado de estar siempre encerrado entre muros, que, de la primavera una brillante mañana aprovechando, sale fuera de sus puertas, y en vez de la estrechez de las calles y casas, de la impura y cargada atmosfera, de aquel estruendo incómodo, incesante de millares de coches, artesanos, carros, y bestias, que apiñados llenan su ámbito todo, y atruenan el oído; mudando de teatro, en un instante comienza á respirar los aires sanos y suaves del delicioso campo, á ver las quintas, huertas, prados, fuentes, las colinas cubiertas de ganados, á oír cantar al labrador gozoso, que con su afán dá nueva vida al campo, y sorprendido, siente una desconocida alegría, y dulce calma: pero si se presenta de repente á su curiosa vista, en la extension de aquella perspectiva, una belleza joven y graciosa; su modesta hermosura, los adornos del vasto cuadro aviva, y del espectador, enajenado de una nueva alegría, la admiracion agota.

Así el corazon negro y gangrenado del atroz Satanás, á la dulzura, que le causa la deleitosa vista de aquella tierra amena y venturosa, no puede resistir. Sobre todo Eva su involuntaria admiracion absorbe. Se para, ver juzgando un sér del cielo.

Con efecto es un Angel, bajo el aspecto de una mujer, sin otra diferencia, que el dulce fuego que sus ojos lanzan, haciendo competencia á las estrellas: su aire noble, su gracia, la pureza de sus colores, á los que no alcanzan la rosa ni el jazmin, la ligereza del majestuoso talle, y su hechicero pudor, desarman por el pronto, al fiero mónstruo: la ejecucion de sus fatales intenciones suspende, y al demonio del mal, aquel momento, parece que ha reñido con los males.

Mas presto en su interior, más violento aun, el usado fuego infernal se enciende, que tiene siempre su alma devorada. Si de bondad mostró alguna vislumbre, no fué mas que una intermitencia breve de su ferocidad, ocasionada por sola una sorpresa involuntaria, y pronto vence la contraria pasion. Al ver á Eva feliz, arde su pecho de venenosa envidia, y de des- pego: no pudiéndolo ser, la ajena dicha es para él dura, intolerable pena, de que á tomar venganza aspira ansioso: bendice aquel lugar que á su terrible alcance trajo la anhelada presa, y su cruel gozo expresa de este modo:

«¡A dónde me ha extraviado el pensamiento! ¿Cómo ha po-
»dido la falaz dulzura de una compasion fútil, ni un instante
»detener mi venganza? ¿Por ventura he venido yo aquí con el
»intento de tomar parte en los placeres de Eva y de su espo-
»so? Vengo á destruirlos: es mi único deseo: esta ocasion oportu-
»na me presenta la suerte: voy, pues, á hacer la prueba de
»mi poder: no me será difícil seducirlos: corrompida la espo-
»sa, ha de ayudarme á perder al esposo: este es más difícil
»de vencer. Temo su constancia y su sano juicio: no puedo li-
»sonjearme de engañarle, pues el Cielo ha dotado á su varo-
»nil sexo, largamente, de talento, de ciencia, y de firmeza, y
»con razon recelo, si le acometo á él, de ser vencido. Con la
»inocencia es fuerte, yo con ella he perdido mi valor: de mi
»pasado espléndido solo un rastro me queda.

«Su esposa es encantadora en verdad, y si pudiera una bel-
»dad terrena para Dioses, cual yo, ser tentadora, ella lo fue-
»ra. ¡Qué armas tan temibles, son la hermosura y gracia! Si
»mis males no fuesen lo que son, no es tan ajena la ternura

»de mí, que su inocencia no excitase mi indulgencia, y mi
»amor. Mas sin amarla, puedo aparentarle cariño, y estoy cier-
»to de engañarla. Vamos, pues: ya le tengo armado el lazo,
»y de su ruina estoy asegurado.»

Su encono el seductor así exhalaba, de le Sierpe los plie-
gues dirigiendo, y se acercaba á la jóven belleza: no como
las culebras, que en silencio moviendo sus círculos tortuo-
sos, arrastran torpemente por el suelo: esta sobre su cola,
levantada extiende sus anillos majestuosos, su cabeza la yer-
ba sin recelo domina, de una cresta de oro y púrpura coro-
nada: el cuello de brillantes topacios, y esmeraldas esmalta-
do, reluce, y de sus ojos, despiden fulminantes llamas. Desde
la cabeza hasta el medio va, el cuerpo, en espirales de diver-
sos matices, elevado, resbala lo demás con ligereza de colo-
res iguales por la grama: dirían que el garboso reptil, venia
apresurado andando sobre un trono magnífico y movable.

Ya cerca de su inocente víctima hace mil pruebas:
viene oblicuamente hácia ella, astuto deteniendo el paso;
con progreso insensible su infernal artificio, previniendo
la ocasion, el instante favorable espía. Como el diestro
cortesano calcula con paciencia la hora propicia, en que
espera, que con su mala maña deslumbrará al incauto señor;
y no ménos el hábil navegante, siguiendo de los vientos
la mudanza, parece que huye á veces del lejano puerto, cuando
al contrario, hácia él adelante, según el aire sopla, ya rizan-
do las velas, ya variando su direccion: también la Sierpe así
diestra bordea, sus círculos desenrosca, ó recoge, los anu-
da de nuevo, los envuelve, culebrea sobre la blanda yerba, y
de Eva ocupada con sus flores, jugando, y retorizando por el
llano, tira á atraer los ojos, mas en vano por largo espacio,
pues está engolfada en su labor; al fin un ruido siente entre
las hojas Eva, mas su oído no lo extraña; pues suelen co-
munmente acercarse diversos animales, y en carreras y lu-
chas ocuparse, divirtiéndola así en su inocente trabajo; mas
la Serpiente se anima, y sin que ella la llame se presenta.

De hito en hito á Eva mira, y en actitud rendida y bonda-
dosa, á su modo la aparenta el respeto mas profundo, y pare-

ce que la admira; unas veces inclina su frente majestuosa solamente, otras la erguida cabeza hasta sus plantas abatida, humilde el polvo besa de sus huellas, y parece adorarla. Eva un instante sus raros gestos mira, con sorpresa y complacencia. Satanás contento del primer paso, llega más osado, y familiar: y sea que el usado órgano de la sierpe habilitara, ó que el aire por sí solo vibrara el traidor, á la infelice víctima estas palabras reverente dice: (2)

«¡Oh tú á quien Dios por su mano ha coronado, como reina de este delicioso distrito, no te admires, si hechizado me ves de tu belleza! ¿Por ventura una deidad cual tú, que por lo hermoso pasma al Cielo, ha de hallar de que admirarse? no extrañes, te suplico, ni te ofenda el ver, que una rendida criatura cual yo, á tus piés deseosa de postrarse, á pesar del respeto que la infunde tu presencia real, pretenda desahogar su admiracion y amor, y á esta secreta soledad ose penetrar indiscreta, ¡oh milagroso sér, con que confunde Dios todas las ideas de gradeza, que alcanza nuestro ingénio, tu hermosura de su excelsa belleza es el espejo! por contemplarla y adorarte, dejo de todos los restantes animales, á mí, aunque yo lo diga, inferiores, la sociedad yo solo, y mi deseo hallo mas justo, cuanto mas te miro. Todo debe vivir, para ensalzarte, y ser todo sensible, á tus amores.

«¡Pero qué triste imperio te se ha dado! Para tal reina necesarios eran otros vasallos, que supieran admirar su mérito, y servirla, como el grado suyo lo exige, y no esos animales tan insensibles como irracionales, guiados todos por el ciego instinto. El hombre solo, de animado celeste fuego, es capaz de hacer el justo aprecio del prodigio más augusto, que ha formado la mano omnipotente. ¿Más acaso aun el hombre es bastante? A tus virtudes seria necesaria otra más vasta, y más brillante esfera. Si el Empíreo solo merecia ser tu palacio: (perdona á mi equidad si habla sincera) de astros tu corona, y de Angeles tu corte ser debiera.

El tentador así con cariñosas tímidas expresiones, animadas por las lisonjas más artificiosas, preparaba camino á sus

malvadas ideas, su veneno introduciendo gradualmente, de Eva en el corazon. Absorta á un animal oyendo hablar, se fija y así exclama de repente:

«¡Qué es esto! ¡Un bruto articular sonidos, hablar, usar las mismas frases, que nosotros, mostrar nuestras pasiones! ¿Es un sueño, é me engañan mis sentidos? Este don era reservado al hombre, y hasta ahora nunca habian disfrutado nuestros vasallos de él. Solo un confuso imperfecto murmullo concedia el Cielo á su bajeza hasta este punto. ¿De cuando acá se habrá franqueado el uso de la lengua á esa muda muchedumbre, y de nuestra razon la lumbre viva, para poder hablar con tal cordura? Con todo, este, en su gesto, en su semblante, un no sé qué de grande y noble, muestra, que celeste en sus ojos resplandece.»

Queda un rato suspensa, y luego continua así: «pero dime tú, ¡oh serpiente! Bien me consta, que el Cielo te ha dotado de un instinto más vivo que á los otros brutos; pero en verdad nunca he sabido, que el uso de la voz, como á nosotros hombres, te hubiese dado. Dime, pues: ¿cómo ha sido, y por qué á tus iguales nunca he oido ese lenguaje dulce, y lisonjero?»

A esto responde el embustero pérfido: «¡Oh hechizo de belleza sin segundo, admiracion, amor, reina del orbe! A ti, mandar te toca, obedecerte, á mí: has de saber pues, que yo de suerte he mudado totalmente: al pronto tuve, tu pudiste observar, la rudeza anexa á la naturaleza animal: un vil y ciego instinto me guiaba, mientras en aquel torpe estado estuve, en lugar de razon: me nutria, cuall las demás culebras, de groseros pastos: tenia sus inclinaciones materiales, y todas mis acciones, conformes á la tierra en que arrastraba, eran terrenas: tal fué en mis primeros tiempos mi vida, hasta que casualmente, por este jardín bello andando errante, un día... ¡feliz día! ¡el más hermoso de mi existencia! repentinamente vi delante de mí un frondoso árbol, cuyas fecundas ramas sostenian sus frutas, que á manera de lucientes globos de oro, y de púrpura teñidos, en to-

»do aquel contorno deleitoso, esparcian vapores celestiales.

»Ni la encendida rosa, la olorosa violeta, ó el romero balsámico, el olfato recrean, como el fruto milagroso. El olor de la leche, cuando viene desde el prado abundoso tu lozano rebaño, no es tan grato como el que aquella fruta suave exala, por más que las ovejas, cariñosa ordeñes por tu propia y linda mano. No puedo contenerme: corro: vuelo á donde mi apetito y sed ardiente, por la fruta excelente y olorosa irritados, me impelen: desde el suelo me enlazo con presteza á aquel robusto árbol, y trepo por el tronco arriba. A proporcion que subo, más á gusto admiro de la fruta la beldad, y mi ánsia de comerla más se acrece, junto á aquel árbol, sobre todo, viendo mil animales, que á su vista jadeante de sed inextinguible, con viveza lo cercan afanosos, procurando alcanzarla, los cuerpos empinando; pero en vano se esfuerzan: no pudiendo cogerla, la devoran con la vista. Tanto del suelo dista, que tu, y tu esposo mismo, difícilmente á ella llegar podriais desde abajo.

»Héme pues ya en la altura, circundado de tesoros, que exceden mi codicia, coger, comer las frutas afanado. Más que sabor, ¡oh Dioses! ¡Qué delicia! La verde y fresca grama, el abundoso prado florido, al despertar la aurora, que alegre baña una murmurante fuente, no exhalan tan maravilloso aroma, y no producen la agradable sensacion, que aquel fruto inapreciable. Lleno en fin de su jugo delicioso, un vigor celestial interiormente siento, que toda mi existencia anima. Me reconozco: veo que una mente racional en mí habita: que mis sentidos despertando, excita un íntimo deleite, una presciencia de la vida inmortal de dicha llena, más dulce que la miel, y más sabrosa que la ambrosía, y que mi fantasía eleva mas allá del firmamento. Y aunque aquel rico fruto la figura me dejó, en que me ves, que antes tenia, desapareció totalmente aquella oscura noche, que envolvía mis sentidos.

»Hablé como vosotros: desde luego percibí, lleno de un celeste fuego, que lo animal en mí, se convertía en un sutil di-

»vino espíritu: de par en par sus puertas la ignorancia abrió á
»mi vista, y á una distancia inmensa, libre prolongó ansiosa su
»camino mi fantasía: pude ver sin velo la tierra toda: distin-
»guir los Cielos, y sentir lo que es bueno, y lo que es bello. En
»tu sér solo ¡objeto milagroso! las dos prendas se encuentran
»hermanadas. Sonrojadas las bellezas celestes, te ceden de am-
»bas el laurel glorioso; y si yo advierto todo su mérito, solo lo
»debo al fruto que me ha abierto los antes ciegos ojos. El me
»alienta tambien, á que quizá con indiscreto celo me acerque
»á tí, sin hacer cuenta de la distancia, á que tu sér perfecto
»está del de este siervo, que venera, en tí la augusta reina de
»este mundo, la que es por sus virtudes, creo digna del uni-
»verso todo á ser señora.»

Así hablaba con el disfraz de amor, el odio que en su pecho se escondía.

¡Oh serpiente! «replica Eva aun dudosa,» cuanto tu aplau-
»des más esa preciada fruta, mueva para mí, de cuyo raro
»efecto no hay más prueba que tu aseveracion, más sospe-
»chosa me debe parecer: mas dime: ¿el puesto en que ese ár-
»bol hallaste, está distante de aquí? ¿Lo encontrarás, yendo
»delante en la espesa arboleda que aquí abunda? á cada paso
»veo tal repuesto de frutas, que la pródiga y fecunda natura-
»leza vierte á manos llenas, y con tan grande variedad, que
»apenas á una pequeña parte con trabajo podemos atender;
»mas vendrá día, en que disfrutarán de esos preciosos bienes,
»mis numerosos descendientes.»

Del seductor el ánimo levanta preludio tan feliz, y así res-
ponde: «¡Oh Señora! ¡oh beldad, que encanta al Cielo! no está
»léjos el árbol: tras de aquellos floridos mirtos y rosales be-
»llos, á nuestra vista desde aquí se oculta, y en al llano, al
»bajar de la colina, á orillas de una fuente clara y pura se
»alza frondoso: allá conduce un corto sendero agradable: yo
»yendo delante, para él de guía te serviré. Si honrarme
»quieres con tu compañía.»

«Vamos,» dice Eva, y la maligna fiera, que ya se conside-
ra vencedora, rápida resbalando, no arrastra, si no vuela, y

eulebreando aun acorta el tránsito. La esperanza brilla en sus ojos, y erguida la cresta, con súbita mudanza, aviva sus colores encendida. Tal de alguna laguna cenagosa el húmedo vapor, suele inflamado, en medio de la tenebrosa sombra de la noche, lucir: el caminante, alucinado por el faro engañoso, sin el menor temor sigue marchando fiándose de aquella luz funesta, por algun mal espíritu preparada para engañarle: sigue entre la oscura sombra aquel resplandor, que, ya se ofrece á su vista cercano, ya parece remoto: el infeliz, el paso apura por llegar á él, hasta que por sí propio cae en las ondas, ó en algun abismo. Del mismo modo Satanás brillaba, y hacía el árbol fatal conducía á Eva. A aquel árbol, origen de los males, ¡Ay de mí! que sufrimos los hombres.

«Eva lo vé, se para, y admirada, serpiente, dice: guarda para tu uso esa fruta tan bella y ponderada, que sublimó tu ser. »Para mí, fuera un delito tocarla, pues que impuso Dios al »hombre por ley la más severa, que de ella se abstuviere, y »toda la demás, que se criase en el jardin. Como á el estable- »cerla, á nosotros obedecer nos toca.

«¡Cómo! replica la astuta Serpiente, ¿hay en ese jardin alguna fruta, que á los dueños del mundo haya prohibido, el mismo que para ellos la ha criado?

«Y bien, Eva replica, ¿qué extrañeza hay en ese precepto, »ó qué dureza? Dios nos dió el libre goce de este hermoso »jardin, y de sus frutos deliciosos: á esto añadió otros dones »finitos: el de ese árbol tan sólo, cual dañoso á nuestra salud »misma, ha prohibido, diciéndonos: tened bien entendido, que »si alguno de entrambos se atreviere á tocar esa fruta, muere »al punto.»

Su vil estratajema disfrazado Satanás, con el falso colorido de amistad, expresándose en formas compasivas, del hombre se lastima, y de que se le oprima duramente, con ley tan caprichosa y tan severa. Finge la noble indignacion, que un justo irritado sintiera, al ver un hecho irregular é impropio. Sirviéndole de silla su tortuoso cuerpo, se sienta, y la soberbia

frente llena de majestad alza sublime: su aire noble, su gesto, el generoso y vivo fuego que su vista derrama, á su falaz discurso sirve de sublime preludio. Tal, en posteriores tiempos, fué el uso de los oradores de la Grecia, y despues de los Romanos célebres, cuando Roma á los humanos aun libre dominaba.

Del gesto y de los ojos la elecuencia muda, insensiblemente preparaba la influencia de su diestro discurso. El orador profundo, conmovido de los grandes asuntos que tenia que tratar, recogido un momento, con el silencio mismo se atraia sus oyentes, logrando penetrarles de la importancia de lo que iba á decirles, con lo que estaban viendo, en su favor los oidos preparando. Comenzando el discurso, ya suave los corazones insensiblemente enternecia, ya con grave tono su razon cautivaba: callaba expresamente algun instante; mas, del gesto y la mano el movimiento locuaz la voz suplía: lentamente su preludio unas veces detallaba, otras los artificios desdeñando de todo exordio, arrostraba rápido la materia, tronando desde la alta tribuna, de manera, que nadie á aquel impulso resistia, tal Satanás, preludia interrumpiendo el silencio, con toda la elocuencia, que en su talento angélico, y su ciencia cabe, desenvolviendo sus artes infernales.

«¡Oh árbol sagrado, dice, en que su germen escondido tiene
»la sabiduría, de mi experiencia el mundo entero aprenda
»sorprendido tus divinas virtudes! ¡Tú rasgaste el velo, que á
»mis ojos ocultaba los misterios del mundo, y disipaste la lo-
»breguez profunda, que mis sentidos embargaba! Por tí, de la
»belleza he conocido el precio inestimable, y en la naturale-
»za, exacto el bien y el mal he distinguido. Mas tú, ¡oh reina
»del mundo! ¿De la tímida muerte, te recelas? ¿De qué manera
»herirte puede? ¿Acaso este alimento celestial, esta fruta de-
»leitable te la podrá causar? Está segura de que es cual salu-
»dable, milagrosa, llena de luces el entendimiento, pule el in-
»genio, y la razon madura. ¿Temes tú que te devore la cólera
»del Cielo? Vuelve hácia mí los ojos: yo la he comido sin nin-
»gun recelo, y no solo mi sér no se disuelve, sino que su vital

»jugo me ha dado vida mas noble, inmortalizándome.

«¡Cómo! ¿El pródigo Dios su mano cierra solo para vosotros? ¿Es probable que lo que ha concedido á un miserable bruto, niegue á los reyes de la tierra? ¿Acaso en su bondad caber podría, castigar cual delito, la ligera infraccion de un precepto tan odioso? antes es de pensar, que generoso, cual debe ser el valor aplaudiría, del que la cruda muerte despreciando, todas sus amenazas omitiendo, sus magnánimas miras dirigia á una suerte más dichosa y más noble, y á adquirir la ciencia preciosa y necesaria, á enseñar á conocer la diferencia del bien y el mal, que darnos no ha querido. Si: sin duda es razon, que esté de ella instruido el hombre: del bien para gozarlo, é igualmente del mal, para evitarle. Dios no os puede privar, si justo fuere, de adquirirla: si lo hace, será injusto, y no será ya un Dios, ni un bienhechor bondadoso, sino un envidioso déspota: en cuyo caso, léjos de humillaros, debeis aprovecharos de la ocasion, de sacudir su yugo. ¿Y por qué causa te véo estremecida á su amenaza?

«Para los séres, como tú inmortales, no es mas la muerte, que una pausa breve, un sueño, que les dá una nueva vida, en que son ya deidades celestiales. ¿Y por qué te parece que se opone á que comais la milagrosa fruta? ¿Por qué á inspiraros tira esos terrores, sinó para estar cierto, que se expone á que libre de la ignorancia y del error, si la comeis, su vergonzosa tiranía, transformados en deidades, teneros ya no pueda esclavizados? y esta transformación es indudable si comeis esa inestimable fruta: pues si ha divinizado una serpiente, ¿cuánto efecto no hará en vuestra elevada naturaleza? Dios para vosotros es lo que sois respecto de nosotros. Y si á vosotros esa fruta nos asimila, os debe de él hacer propios rivales.

»Subid, pues, de vasallos á ser reyes, y de hombres á ser Dioses. Y en efecto, ¿en qué os excede, si con la preciosa fruta, vuestro ser llega á la perfeccion? libres, independientes de sus leyes, poderosos como él, y sublimados á una vida celeste y venturosa, embriagados de néctar y ambrosia por siglos

»eternales, ¿qué os falta para serle iguales en todo? si á esos
»antiguos Dioses, envidiosos de los hombres, oímos, aseguran
»que ellos los han criado, y que si duran, es porque cuidado-
»sos los sostienen. Con todo, no hay más prueba de esto, que
»el ser nueva vuestra existencia, y la suya anterior. Mas se
»figuran sin razon, que nosotros les creemos, pues que la me-
»nor duda no nos cabe, de que ese activo sol, que alumbra el
»mundo, á todo cuanto existe ha dado el sér con su calor fe-
»cundante, y por él, todo sin cesar subsiste.

¿Y quién sinó su influjo es el que ha dado la virtud á ese
»fruto delicioso, para que infunda la sabiduría, y á aquel que
»lo ha probado divinice? Dios teme que sepamos: mas, si es
»cierto que es Todopoderoso, si es nuestro rey, ¿de qué temer
»podría? ¿Si provendra de envidia? ¿Y, no es posible que un
»Dios la tenga? ¿Qué necesitamos mas que esto, para estar
»bien persuadidos, de que esa fruta tan apetitosa, ese encan-
»to del alma y los sentidos, ese tesoro vital, de una ciencia
»divina y escondida, fuente de nuestra dicha en esta esfera, y
»prenda de otra eterna y futura, en la mansion del Cielo
»deleitabile? extiende, pues, la mano y serás Diosa.»

Dijo, y de sus palabras el veneno, en el corazon de Eva in-
troducido, lo trastornó. La vista fija ansiosa en aquel fruto de
atractivos lleno, que por sí, suficiente hubiera sido, para ten-
tar á la misma sabiduría en persona. Escucha todavía aquella
voz, que en un sueño anterior exhortado la habia con empe-
ño, á que el rico tesoro recogiera. Su vista ya vencida, no po-
dia de la fruta apartarse, y el olfato no era posible que se re-
sistiera al balsámico y grato olor que en los contornos es-
parcia.

Un vivo ardor devoraba su pecho, y como alto ya el sol,
mediaba el dia, el apetito más lo acrecentaba, dando nuevo
atractivo al excelente sustento que á su alcance está pendien-
do: apenas puede contener la mano; la belleza, el color, la ho-
ra la incitan; más con todo, el decreto supremo de Dios aun
la contiene; mil contrarias ideas, mil diversas resoluciones un
combate interior excitan en ella, en el cual aun dudosa titu-

bea; y mientras recreándose silenciosa, la virtud de la fruta recordando, más en la tentacion se va envolviendo.

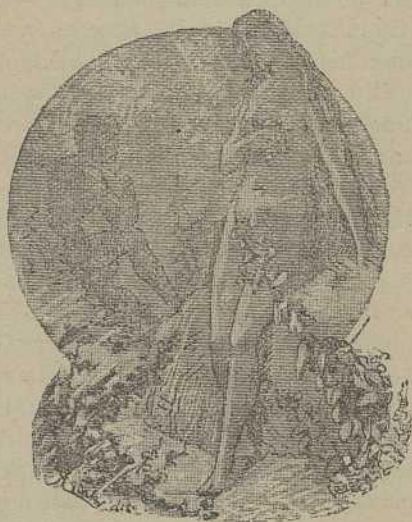
Al fin exclama: «¡Oh soberano fruto, hasta ahora prohibido para el hombre, ó por mejor decir desconocido! Tu divino
»manjar ha hecho de un bruto un racional, que cual nosotros tiene el don de la palabra, y que ahora acaba
»de ensayarlo, haciendo tu justo elogio, ¿mas qué mucho, si
»el Dios que lo ha criado, sin duda á sus virtudes aludiendo,
»por su boca lo ha ensalzado al vedarlo, diciendo, que por él se
»aprendería del bien y el mal á hacer la diferencia? ¿Y ese
»árbol se pretende que sería fatal para nosotros? El prohibir-
»lo por razon semejante, es dar mayor realce á su excelencia.
»¿Quién puede hallar el bien, si está ignorante de lo que es,
»ó no sabe distinguirlo del mal? ¿Y sin el bien, quien es dichoso ni sábio? En consecuencia, el que veda los medios de
»adquirirlo, en aquel hecho mismo caprichoso, veda la dicha
»y la sabiduría: y atender á esta ley dura é injusta, más sería
»flaqueza que cordura.

»Se nos ha dicho que á la rebeldía seguiría una muerte infalible, mas si es así ¿qué es de esta ponderada libertad, que
»ha sido dada á los hombres por Dios? ¡Y cuanto mas valdria,
»que prenda tan funesta no nos diera! por otra parte, esta feliz Serpiente, que antes sin voz ni juicio, torpemente arras-
»traba, ha comido esta fruta divina, y no solamente no se ha
»muerto, sinó que en ser sublime transformada, siente, piensa,
»discurre, raciocina, y está asegurada aun de mayor dicha.
»Bien extraño es por cierto, que Dios al hombre solo haya prescrito, que se prive de un bien que se concede á una culebra.
»¿En él será un delito lo que una bestia libremente puede? Aun
»ese afortunado temerario, que el primero la fruta ha comen-
»zado, nos hace la oferta generosa de partirla con nosotros,
»y á mi entender, no hay asomo de riesgo en admitirla; nos
»demuestra cariño, y de artificio no parece capaz: si la comemos, el será autor del crimen; no seremos más que cómplices suyos: ¿más qué digo?

»¡Un crimen! ¿Por ventura cabe el crimen en quien como

»nosotros, aun no sabe lo que es el bien y el mal, lo que es castigo ó premio, y casi no tiene noticia de Dios, de su justicia, »ni de la muerte con que nos espanta? ¡Tú eres de todo mal, »árbol divino, el remedio! ¡Tú, oh peregrino fruto, cuyo perfume celestial encanta mis sentidos, que no ménos sabroso »has de alhagar el ansioso paladar, tú esparcirás en mi alma »la luz pura de la ciencia, elevándola á la altura del Cielo! »Fuera dudas: valeroso usemos tan benéfico alimento.»

Dice, y en el instante, ¡oh lamentable ceguedad! á la fruta, la culpable é intrépida mano alarga, y con presteza la coge y la devora. Apenas tal exceso ha cometido, cuando el mundo,



estremecido, tiembla de horror. Afligida la naturaleza su destruccion irremediable llora, y hasta los mismos astros enlutados, niegan al orbe sus naturales resplandores. Contenta la Serpiente con su triunfo fatal, huye á ocultarse en algun tenebroso escondrijo. Eva entretanto, lejos de ocuparse en otra cosa, admira con ardiente ambicion su funesta conquis-

ta, y mira aquel espantoso día, como el de la más grata y alegre fiesta.

Nunca había probado, en tantas frutas como poblaban el espacioso Jardín, otra que tuviera un gusto tan suave y delicado. Sea que con su néctar produjera un verdadero encanto en sus sentidos, ó que su ardor de poseer la ciencia, y los sublimes bienes anunciados, su alma de tal modo embriagara, que acrecentára su natural gusto. En fin, de su apetito la violencia la hizo comer la fruta, hasta saciarse, y en su interior su jugo circulando, empozoñando las fuentes de la vida, lo desordenó todo. Delirante, esperaba por puntos transformarse en deidad: su soberbia cada instante crecía, y desatadas sus inclinaciones del saludable imperio que tenía sobre ellas la razón, hasta aquel día, otras tantas indómitas pasiones eran ya, que con furia la arrastraban, inundándola de goce bien falaz.

Llena, pues, de esperanza y de alegría, » ¡Árbol celeste, exclama; demasiado desconocido hasta ahora! ¡Tu sagrado fruto no lo crió Dios inútilmente! ¡Con todo, abandonada tu riqueza, ha estado pendiente de las ramas largo tiempo, y desechada, cual si un veneno fuese; mas te juro, que desde aquí adelante, cuidadosa, de tu preciosa carga todos los días correré á aliviarte, hasta el momento en que tu jugo puro, divino, eleve mi naturaleza de una Deidad celeste á las alturas! Parece que los Dioses, en guardarte un gran cuidado ponen envidiosos. ¡Ah, si fueras un bien suyo privativo, de que otros recelosos te gozaran, no dejaran que aquí al riesgo estuvieras! ¡Oh experiencia benéfica y útil! ¡Salve! ¡A tí lo debo todo: tú, la ciencia me has dado: has desterrado mi ignorancia!

» Por otra parte, es tan largo el espacio que hay del Cielo á la tierra, que es posible, que á la vista mi acción se haya oculto de aquellos inmortales moradores. Quizá ese Dios también, cuya vigilancia terrible mis terrores ha excitado vanos hasta tal punto, incomodado de atender á la inmensa muchedumbre de objetos, descansando del trabajo, vueltos los ojos á la techumbre azul unos momentos, no mira hácia aquí

»abajo. ¿Mas á la vuelta qué dirá mi esposo? ¿Le he de dar
»parte de este feliz suceso, dividiendo con él mi nueva suer-
»te inmortal, ó bien hacer la prueba de disfrutar yo sola del
»precioso don, sin decirle nada? Con esto quedará bien com-
»pensada la gran ventaja que su sexo lleva al mio: me amará
»más que hasta aquí, y estaré mucho más independiente de
»su apoyo: podré igualarme con él, y aun quizá del dominio
»apoderarme, que ahora sobre mí tiene. ¡Más qué digo! ¡A
»dónde mi soberbia me extravía! ¿Yo desobedecerte? ¡esposo
»amado, mi único protector, mi tierno amigo! ¿Por ventura
»olvidarme yo podría, infiel, faltando á mis obligaciones
»del respeto que te he jurado amante? ¿Y si Eva ser pudiese
»tan culpable, no debia temer, que la espantosa ira de Dios,
»de vida la privara, y otra nueva Eva para Adan criase?

»¡Oh dolor! Este solo pensamiento, de que otra esposa pue-
»da consolarte, ¡oh caro Adan! el más atroz martirio es para
»tu Eva. No has de separarte de mí. una misma suerte corre-
»remos, compartiendo las dichas y las penas. Todo para mí lo
»eres. Sin tu amorosa compañía, no puedo ser dichosa. En na-
»da hallo placer: nada alegría me causa, sino gozas tu conmigo
»de lo que gozo, y un mal no fuera el mismo mal, partiéndolo
»contigo: mi dicha, de la tuya dependiente, desaparece estan-
»do de tí lejos, y así, mil veces más perder la vida quisie-
»ra, que de tí estar separada.»

Dicho esto, enajenada de ternura, ante el árbol funesto arro-
dillada, mirando aquella fruta encantadora, á la Deidad da gra-
cias, fuente eterna, que oculta dentro de ella, se imagina ser
la que causa su virtud santísima. Marcha despues á donde
Adan la espera. Este, con impaciencia cariñosa, que volviese
aguardaba, y divertido se ocupaba en tanto, para adornar la
bella cabellera de su adorada esposa, en tejer de mil flores en-
lazadas una guirnalda, con que á su llegada tierno su frente
coronar queria, en la que, luciría cual la rosa sobre las rubias
mieses destacando. ¡Con qué placeres cuenta su impaciente
cariño, y que aún serán más lisonjeros por el retardo! Mas con
todo, siente no sé qué especie de extraño terror, que cual si-

niestro precursor del daño, á pesar suyo le hace hacer agüeros funestos. Así, pues, de su tardanza inquieto, no pudiendo contenerse, á encontrarla se avanza, aquel camino rápido siguiendo del bosquecillo, en que por la mañana su corazón, de vista la ha perdido.

Eva, después de haber puesto la mano en el árbol fatal, á su encuentro iba entonces ufana, y olvidados los instrumentos de labor comunes; en lugar de ellos, ¡oh dolor! se espanta su esposo, al ver que trae un ramo verde, y de él pendientes las manzanas de oro, por muestras del tesoro venenoso, cuyo perfume ya su olfato encanta.

Su ánimo se pierde en conjeturas á cual más tristes; pero apresurada Eva á su vista ya, con alegría sonriente, pide del retardo el perdón, y luego superando en el encanto de su voz, á la fuente que murmura entre las guijas, dice: «¡Adán amado! ya mi pena á tu vista se despide: muy grande con efecto la he tenido, pensando en la aflicción que sufriría tu corazón, que no volvía, viendo. ¡Y á mí, cuán largo no me ha parecido el tiempo de tu ausencia! En adelante no hemos de separarnos un momento. Lánguida, triste, ya por experiencia conozco, que vivo con tu presencia solo. No quiera el Cielo, que yo deje otra vez al amigo, al dulce esposo, cuya sombra me alienta y me protege, y á cuyo lado solo hallo descanso. Mas, te diré qué azar, ó qué portentó, porque lo es en verdad, ha sido causa, que tanto en dar la vuelta haya tardado. Sabe que ese árbol, que con expreso mandamiento, que toquemos se nos ha vedado, como funesto al mundo, no lo ha sido, ni lo es, antes su saludable fruta, en virtud como en gusto incomparable, nuestras almas benéfica mejora, y al cielo las eleva y encamina.

»Este descubrimiento se debe á la Serpiente: sea error, ó atrevimiento, á pesar de la muerte que imponía el Cielo al que á comerla se atreviera, sin temor la comió, y no solamente no ha muerto, sino que al punto trasformada de torpe bruto que era en un sér racional, y enriquecida de una dicha inmortal, piensa, imagina, y cual nosotros habla y reflexiona. De su

»experiencia la verdad constante no me ha dejado sombra de
»temores: he comido la fruta, y el consuelo tengo, de que un
»efecto parecido ha hecho en mí: desde aquel feliz punto,
»totalmente mudada, lo veo todo más claro: es más valiente mi
»razon: más hermosa y dilatada la esfera que distingo: más ar-
»diente mi amor, y más sublime mi esperanza: libre mi inge-
»nio, intrépido penetra en la inmortalidad, como pudiera el
»de un Angel: no encuentra obstáculos que puedan dete-
»nerle en su carrera, y de una Diosa son mis pensamientos.
»¿Mas todo esto de que me serviria, si con mi esposo no lo di-
»vidiera? sus favores agotaria en vano, ¡oh Adan! la dicha en
»mí. Si de ella no gozases, serian para mí un tormento. Lo
»que amas amo: siento lo que sientes: dejára de existir si me
»faltases: aun los bienes que me ha proporcionado la fruta,
»para tí los he querido.

»Toma, pues, de mi mano, este dulcísimo manjar, y como yo,
»se venturoso: que una misma fortuna, cual nos une el amor,
»nos una siempre: que nuestros enlazados corazones los mis-
»mos bienes, los deseos mismos tengan. La suerte más
»dichosa, la misma inmortalidad perdería resignada y contenta
»si mi amor para tí lo requería; pero ya no soy dueña de mi
»suerte: ya está fija. Ea, pues, sin pararte en frívolos temo-
»res, mi dicha con la tuya acrecienta y asegura.»

Así risueña, que es feliz exprime; mas, ya el delito en su
semblante graba su sello: asoman ya los vengadores re-
mordimientos, y en su blanca frente de la vergüenza pin-
ta los colores. ¡Y qué efecto en Adan no hace el funesto
discurso! Cual si un rayo de súbito descargara sobre él atónito,
abismado, una estatua parece: intenta en vano recoger el res-
to de su vigor, al golpe aniquilado: se erizan sus cabellos, se
extremece su cuerpo todo: helada la sangre, se detiene, y de su
mano desmayada caen las frescas rosas que ostentaba, que á
otro objeto más dulce, abrió el rocío matutino de aquel infaus-
to día, la corona de mirto, y las tejidas flores, bellas y esco-
gidas como Eva, y como ella ¡ay! á la sazón marchitas. In-
móvil, mudó su semblante, claro manifiesta su horror; la vista

gira enajenada, y en la boca espira su moribunda voz. Al fin, rompiendo entre sollozos, estas lamentables palabras llega gimiendo á pronunciar:

»¡Oh, tú, el más maravilloso conjunto de cuantos beneficios inefables reparte el Cielol! ¡Su última largueza: del mundo ornato: objeto el más hermoso, que el divino poder ha producido, para hechizar á la naturaleza! Cuanto el alma desea, cuanto agrada la vista; virtud, gracias, y belleza divina, todo estaba en tí sola reunido. ¡Qué desgraciada suerte sumergirte ha podido en tan horrenda irremediable ruina! ¡Una sola mañana, un breve punto para perderlo todo fué bastante! ¡Todo faltó, faltando tu inocencia! ¡Audaz! ¿cómo tuviste la osadía de quebrantar rebelde, el mandamiento de tu Dios y Señor? ¿Qué malhadado espíritu contra ambos conjurado, te inspiró una imprudencia tan infame?

»Te perdiste, y contigo me has perdido, ¡cara Eva! pues que estoy ya resuelto, por más riesgos que amenazarte puedan, en tu suerte infeliz á acompañarte. Sabré morir por tí: mas no es posible que sin tí viva ya. ¿Y qué vida sería la que gozase, si de tu apacible dulce trato me privara el destino? esta privación sola bastaría, sin otro impulso, para que muriera. ¿Cómo podré vivir sin la dulzura de tus miradas, con que á la terneza de las mías respondes? Los hermosos vergeles, en que hasta ahora venturosos hemos sido, si yo solo quedase en ellos, y sin tí los habitase, no fueran para mí más que un solitario desierto, en que todo estaba muerto, donde presto me consumiera el dolor. ¡Ah! por más que el Señor, en consolarme empeñado, de mí mismo extrajera otra Eva, á acompañarme destinada, ¡oh mitad de mi vida! ¿qué belleza de mi pecho la tuya borraría? No: mi amor vivirá perpetuamente, aunque desde este día de una negra tristeza, se alimente y de amargura solo.

«Dios, de la sangre y la naturaleza, nuestras dulces cadenas ha forjado: ninguna fuerza puede su compacto nudo romper: si el Cielo te quitara la vida, y sin tí, solo me dejara, mayor que tu castigo fuera el mío. Arrostrems, pues, jun-

»tos su justicia severa : podrá, es cierto, destruirnos; pero no
»uno del otro separarnos.»

Dijo: pero apelando á la entereza, que en un mal, como
aquel ya sin remedio, en su carácter era indispensable, á un
tiempo con amor y con firmeza austera sigue así. «¡qué desas-
»trosas consecuencias tendrá tu temerario arrojol Es tu deli-
»to imperdonable. Para hacer un ultraje á las sagradas leyes
»de Dios, aun no era necesario lo que has hecho, bastaba que
»mirasas con codicia la fruta prohibida: que solo en tu inte-
»rior la codiciases. ¿Pues qué será no solo el alcanzarla, sino
»en la endurecida rebeldia, devorarla con sacrilega boca?
»Mas, lo hecho ya es un mal irreparable, irrevocable aun para
»el mismo Dios; que no mueras mi amor con todo espera,
»esa fruta, que á aquel que la comiere de muerte amenazaba,
»ya al presente quizá no es tan dañosa, ni sagrada, supuesto
»que no solo impunemente ese reptil dichoso la ha catado,
»sino que, sublimada su natural bajeza, ha conseguido vol-
»verse en racional, y ahora alaba contento su feliz osadia
»valerosa.

»Y con efecto ¿quién pensar podría, que ese Dios tan be-
»nigno y poderoso, que nos cedió el vasto señorío de es-
»te orbe nuevo, quiera caprichoso, apenas lo ha criado, vol-
»ver á destruirlo, y juntamente al hombre, en quien su imá-
»gen modeló? ¿Criar, y destruir con tal presteza, no seria
»para él un juego indigno, que en su grandeza no cabria?
»El criar es de un Dios; mas de un demonio es el destruir.
»¡Con qué gozo el infierno triunfara, al ver tan claro testimo-
»nio de inconstancia en los actos del Eterno! ve ahí, diría,
»ese Dios que apenas hace una cosa, la deshace al instante:
»el angel pereció: se le ha seguido el hombre, y al momento
»ha perecido como él: ¿cual será su duradera obra? mas en
»fin, sea de esto lo que quiera, jamás Adan de tí ha de sepa-
»rarse: contigo ha de salvarse ó de perderse. Que nos pier-
»da tu culpa, ó quede impune, una misma fortuna á ambos
»nos ata, y nos envolverá, pues somos uno. Sí: cuando á tí,
»cara Eva me reuno, dijera, que conmigo me reunia: tu cuer-

»po de mi cuerpo ha procedido: tu alma nació tambien del alma mia; nunca de mí tú puedes separarte; ni yo de tí: confundido uno en otro, una es la vida, y lo ha de ser la muerte.»

«¡Oh prodigio de amor y verdadera amistad! exclama la culpada esposa: ¿Cómo pagaré yo la generosa resolución, con que sacrificarte conmigo quieres? ¿Acaso yo pudiera en tal grandeza de ánimo igualarte? Tambien tu sér es mucho más perfecto, y cuanta gloria tiene nuestro sexo, solo del tuyo viene. ¡Mas, oh mi dulce apoyo, cuán completo mi gozo ha sido, al ver con qué ternura de tu fino cariño la grandeza me has probado! ¡Qué idea del amable lazo que á ambos nos une indisoluble, formar me has hecho! ¡Cuál te has arrojado á dividir conmigo la amargura del mal, como gozastes las dulzuras del bien! ¡Con qué cariñosa ánsia mi culpa como tuya has adoptado, si en comer esa fruta deleitosa realmente he delinquido, si es un mal el comerla! Mas si fuera un mal, ¿produjera bienes acaso? ¿y cuántos para mí no ha producido?

»¿A qué sino á esa fruta difamada del árbol de la ciencia debo de todas mis felicidades la más preciosa, esa seguridad de ser por tí con tal constancia amada? pero escucha; si acaso esta sentencia mortal fuere efectiva, he de pedirte, que separes tu suerte de la mia. ¿Tendré yo corazon para ofrecerte, como segunda víctima, al airado Cielo, cuando yo sola le he irritado? mil veces ántes me aniquilaría. ¿pudiera ¡caro esposo! consolarme, si á mis males injusta te asociara, cuando de tí olvidado, te ofreces á acompañarme con ternura nunca oída, cuando tú ánimo noble no repara, en abrazar á orillas del precipicio á tu Eva, y arrojarte tú mismo en él?

»No: no es tu esposa tan desconocida: disponga, pues, como quisiere el Cielo de mi vida y mi suerte, si eres feliz, en todo me convengo. ¿Pero qué digo? Léjos de que la muerte me amenace, de nueva fortaleza siento mi ser llenarse por oculto poder, derrama en ella el bálsamo vital y la alegría: mis ojos, que una niebla ántes velaba, se han abierto á la luz más

»admirable: un torrente de inagotable gozo, un mar de claridad inunda mi alma, y la etérniza en placidez dulcísima: »justo es, que en estos bienes, que tu esposa ha logrado, como ella tengas parte. Pierde, pues, la quimérica y odiosa »aprehension de morir, con que la envidia aterrarte pretende, »y sé osado y feliz, cual yo lo he sido.»

Calla, dicho esto; pero bien segura de su influjo, le abraza con terneza, derramando lágrimas de alegría, y en su interior se está congratulando de un amor, que por ella afrontar sabe á la muerte, y al mismo Omnipotente. Á Adán le dá la encantadora, cual premio de su vil condescendencia, la fatal fruta, ménos sabrosa, por mucho que lo sea, que una mirada lisonjera suya. Vence su vergonzosa complacencia para su esposa sus remordimientos: toma, y come la fruta ponzoñosa: se estremecen de nuevo en sus bases el orbe á aquella sediciosa audacia, y la naturaleza, con gemidos lamentables, su quebranto publica: de uno al otro polo, el espantoso trueno repite sus horribles estampidos: con todo, aunque de cólera inflamados, los cielos mismos derramaron llanto. Adán, no obstante, á aquel terror ajeno, como si el juicio ya perdido hubiera, brindado por su esposa, prolonga alegre su festín vedado, y duplica su ultraje. Ya están fuera de sí uno y otro esposo, embriagados del venenoso zumo de aquel manjar: soberbios delirando, proyectando mil planes ambiciosos, la tierra con desprecio contemplan, y al cielo audaces remontarse esperan por nuevas sendas: piensan que en los espacios ya las alas extienden para el vuelo.

¡El Cielo! ¡Ah desdichados! ¡sus moradas ya cerradas están para vosotros! Aun vuestro mútuo amor, ántes tan puro, ya ha tomado del vicio el color triste, y trasformado en fuego lujurioso, no es más que un torpe impulso repugnante. Ellos ciegos no notan las mudanzas en su sér corrompido acaecidas. Y llenos de esperanzas lisonjeras, de sí se olvidan, y de las terribles amenazas de Dios. Adán, perdido el juicio como Eva y el sentido comun, á ella su gratitud de esta manera explica: «¡Qué no debo, amada esposa, al amor tuyo! Nunca me atre-

»viera, si no es por tí, á probar esa preciosa fruta, que solo
»siento haber tardado en conocer, por un soñado temor. ¿Has-
»ta qué me ha infundido su divina virtud, de tu hermosura
»peregrina acaso supe el precio? ¿Dulce encanto de que me
»había privado un vano espanto, á tí sola consagro en ade-
»lante todas las llamas de mi constante amor, jamás con ese
»ardor fuiste querida, ó por mejor decir, idolatrada!»

Así Adán á su esposa manifiesta, no ya inocente amor, sino fatal y tirana pasión que le domina, que á sujetar con su razón no acierta. No ménos extraviada y descompuesta Eva, á sus expresiones corresponde: la virtud huye, y el pudor se aparta: hija del crimen, con su velo espeso la vergüenza servil los sustituye, y aun ésta no resiste al cruel exceso del vicio, que la destruye á ella misma. Así arrastrados de un delirio fatal, pasan los padres del linaje humano las horas presurosas, divertidos en sus conversaciones locas, y exageradas frases. hasta que ya los velos extendidos de la noche al retiro los llamaron, y en los brazos del sueño se durmieron. ¡Sueño cruel! que apagando los ardores de la fiebre mortífera, que su alma en un delirio alegre entretenía, y á la razón volviendo alguna calma, les presentaba todos los horrores de su culpa, el castigo que debía caer sobre ellos, y otras espantosas ideas, quizá ménos temibles, que las que al despertarse en realidad atónitos verían.

Apenas con efecto, doloridos por tan fieras imágenes, llamados por el diurno albor están despiertos, cuando ven el abismo, en que sumidos por su culpa se encuentran, destruidos sus proyectos y dicha. Quedan helados de terror, y se miran tristemente. ¿Qué se hizo su virtud, y su inocente alegría anterior? Ambos maldicen la luz, que para hacerlos desgraciados viene á dar en su vista oscurecida, para que sus fulgores sus corazones martiricen, manifestando sus ocultos senos de malicia hechidos.

De ellos habían desaparecido la verdad, el candor y la dulzura, la calma, y la confianza pura y firme, que dá la rectitud de la conciencia; al mismo tiempo perdido habían aquella sen-

cillez, hija del Cielo, que sus desnudos cuerpos vestia de decencia, como un noble y casto velo; la torpeza lo rasga, y los culpables notan su desnudez avergonzados. A sí mismos quisieran ocultarla, cuanto mas uno de otro esconderla: ¡triste degradacion de la inocencia! Nada hizo Dios que decente no fuese, y lo es siempre por sí; pues la indecencia, en el pecho del hombre delincuente, es la concupiscencia quien la forja. Así despojados de sus virtudes, y de su propia estimacion privados por su delito, temerosos, mudos, mirando al suelo, van ambos esposos vagando del jardin por la espesura, no ya al dulce cultivo de costumbre, sinó á buscar alguna oscura sombra, en que ocultarse á la importuna claridad del Cielo, que hasta entonces los habia llenado de alegría con sus luces.

Adan mismo, no menos confundido y amedrentado que Eva, un largo espacio guarda silencio: al cabo, sin embargo, vuelto á sí mismo, en tono dolorido, «¡Maldita, exclama, sea la Serpiente, y la hora en que cedistes temeraria á sus instigaciones! No comprendo por qué prodigio ese reptil impuro habla; mas, por desgracia es segurísimo, que no erró en su pronóstico, diciendo, que del hombre la suerte mudaria, y que distinguiria del bien el mal ¡Ciencia terrible! Distingcion funesta! ¡El bien se huyó, y el mal solo nos queda! Si: para nuestra ruina se han abierto nuestros ojos: en ellos luce, es cierto, un nuevo dia; pero solamente para que nuestras pérdidas podamos ver: para que claramente y con mayor dolor, reconozcamos que están ya nuestras almas despojadas de la felicidad y la pureza, de la virtud, y paz de la conciencia, en fin, de cuantas nobles y sagradas prendas celestes nos adornaban, é hijos de Dios ¡ay tristes! nos hacian.

»¡Todo lo hemos perdido por un orgullo vano! Los deseos insolentes, de los torpes placeres el insano fatal ardor, su sello ignominioso para siempre en nuestras frentes han grabado, y nuestros rostros con su ruboroso color tiñendo, la vergüenza obstruye la marcha de estas plagas de la tierra. ¿Y de hoy en adelante, de qué modo osarémos al señor presentarnos, ni aun la vista de un Angel sostendrémos ambos,

»cubiertos de ese lodo impuro? Para nosotros ya, tristes, finieron del Cielo las visitas deliciosas, aquellas amorosas instrucciones, que hasta ahora nuestras almas encantaron. ¿Y cómo nuestra vista enflaquecida podría ya sufrir los resplandores de aquellos altos huéspedes? Rendida al peso de su gloria á los terrores que la causara sola su severa presencia, pereciera desmayada. ¿No hay desiertos, no hay bosques ignorados, no hay antros, que me presten favorables sombras en que esconderme, impenetrables?

»¡Vuelve, oh noche, á extender tus enlutados eternos velos! ¡Que en tu profundo horror este infeliz se abrigue de los ojos del mundo, de la venganza cruel que le persigue! ¡frondosos cedros, negras espesuras, por piedad, amparadme! ¡Redoblad, apiñad vuestras espesas sombras; formad un tenebroso abismo, en que yo me refugie, y ocultadme del resplandor del día, y de mi propio! veamos á lo menos, si encontramos algunas hojas grandes, que podamos emplear en cubrir la ignominiosa desnudez de estos degradados cuerpos. Evitemos con esto, la penosa fatiga de estar ambos sonrojados.»

Hacia el centro del bosque más oscuro marchan entonces, y una grande higuera encuentran; no de aquellas que cualquiera de nosotros conoce, que sabrosa fruta dá, sino de otras con exceso mayores, y cuya hoja ancha y frondosa, es la más propia para aquel destino. Como todos, este árbol rarísimo allí se hallaba, que ahora solo crece á la caudalosa orilla del Ganges. Debajo de su sombra, un espacioso terreno contra el sol ofrece abrigo, formando con sus ramas extendidas, verdes arcos, doblados hasta el suelo que aumentan cada día, pues prendidas en él, todas en árboles hermosos se vuelven, que ensanchando el denso velo, al viejo tronco cercan orgullosos. Debajo de ellos, el pastor tostado del sol ardiente, que en aquella zona abrasa, encuentra para su persona, y no ménos tambien para el ganado, un fresco y vasto asilo en que esconderse, mientras pasa el calor del medio día, y tierna yerbecilla en que dormirse. Allí al son del rabel, con armonía

rústica, entona su sencillo canto, ó por entre las ramas, durante el espacio que su ganado plácido sesteaba, en mirarlo y contarle se solaza.

De aquellas hojas, pues que á los escudos de que las Amazonas belicosas usaron, en tamaño competían, Adán hizo cinturas, que oficiosas, de sus desnudos cuerpos á la decencia principal bastaban. ¡Dichosos, si de su alma las impuras manchas del mismo modo consiguieran esconder! Mas en vano lo intentarían. ¡Infelices, habían ya perdido del candor y virtud, las preciosas vestiduras, que la gracia había tejido! Así cuando Colón con las hispanas naves descubrió osado las lejanas regiones de la América, se vieron los Indios, cubiertos de cinturas emplumadas, ocupar las dilatadas riberas de la mar, en que surgieron, y creyendo ser bastante vestido aquel á recibirsin rubor la extraña gente. En ellos la ignorancia era de la simple inocencia suplemento.

Dotados de conocimiento mayor, Adán y Eva, no eran capaces de aquella indiferencia. Ambos afligidos, mas su vergüenza interior lamentaban aún, que la exterior, y no encontraban modo de remediarla. Al fin, rendidos de fatiga, en tierra se postraron, y la regaron con amargo llanto. Tiemblan sintiendo sobre su cabeza bramar la tempestad; pero aun más dura es la que dentro de sus corazones les amenaza. Soplan con fiereza mil pasiones opuestas: el pesar, las sospechas, y la oscura desconfianza, el ardor desenfrenado del deleite, el temor desordenado, el odio insano, y el furor horrible, aquel asilo en que la paz moraba, ocupan y revuelven á porfía. Llega su rebeldía á un exceso tal contra el gobierno justo y apacible de la recta razón, que antes reinaba sobre ellas, que en lugar de darles leyes, la tienen por su esclava, y todas ellas se han hecho sus señores.

Al fin Adán, no aquel cuya alma pura á su Eva prodigaba la ternura, sino Adán delincuente, desterrado, así ahora la echa su delito en cara.

«¡Oh infiel mujer! ¿por qué no aprovechaste mis consejos?
»¿por qué te separaste de mí? Si tu obstinada rebeldía no te

»hubiera apartado de mis vista, nuestra felicidad existiría.
»Quien por vanos antojos, como tú, á los peligros se arriesga,
»perece en ellos. Es una locura propia de un temerario, el
»provocarlos: el sabio los evita con empeño. Así tu es-
»poso te lo aconsejaba, debias obedecerle ciegamente. Dios
»mismo lo mandaba, y solo el exponerte era ofenderle.

¿Por qué motivo, le replica airada Eva, me reconvienes
»tan severo, por error de un momento, de un crimen totalmen-
»te involuntario, que aunque no hubiera estado separada de
»ti, quizá hubiera tambien acaecido, y que tal vez mi
»esposo cometiera como yo, sin que fuese necesario, que de
»mí se apartase, si le hubiese la suerte un igual lance presen-
»tado? Ningun motivo de odio habia dado yo al seductor, y
»así ¿cómo podia recelar, que él á mí me aborreciese, y que
»tramase la perdicion mia? Por otra parte ¿habrá el Señor
»querido criar en mí una esclava, destinada á estar siempre á
»tu lado, condenada, cual si un irracional hubiera sido, de
»tu capricho solo dependiente, á no moverse, sino de orden
»tuya, y á no hacer nunca su propia voluntad? Si he delinquido,
»tú principalmente tienes la culpa. ¿No era yo tu esposa? ¿No
»estaba yo sujeta á tu obediencia? ¿Pues por qué, si el peligro
»conociste, no ejerciste la autoridad de esposo, para impedir
»mi prueba perniciosa? ¡Ah! á no ser tanta tu condescenden-
»cia, sabes que yo te hubiera obedecido. Era obligacion mia.
»Esa flaqueza, pues, nos ha culpado: sin ella, aún duraría
»nuestra dicha.»

Estas duras palabras, en su esposo provocaron por la vez
primera la más ardiente cólera, y furioso, dijo con bronca voz
de esta manera:

Autora de mi ruina, y juntamente ¡ay triste! de la tuya,
¿es este el precio de mi amor? ¿Así pagas mi ternura? De su
»extravío inocente víctima al extremo por ti precipitado de
»la desgracia, sin hacer aprecio de mi propia amargura, tu lo
»sabes, arrobado de amor por lograr consolarte de tus penas,
»pudiendo continuar en ser dichoso, inmortal, preferi el
»acompañarte en tu infidelidad, y al espantoso abismo en que

»te habias sumergido, contigo me arrojé: la ira divina por tí
»arrostré atrevido, ¿Y ahora, ¡ingrata! tu ruina me imputas?

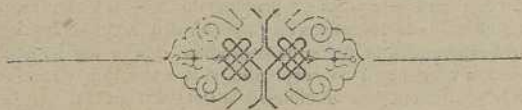
»Dices que yo debiera haber hecho uso de aquella autoridad
»de que gozaba: ¿mas acaso sufre el amor esa severa opre-
»sion? ¿Qué es lo que pudiera hacer más que lo que hice? No
»rehuso, ya que has dicho que no eres tu mi esclava, tu mis-
»mo testimonio. ¿No te dije, anuncié, y repetí el riesgo inmi-
»nente á que te conducia tu imprudente capricho? ¿No predije
»tu perdicion? ¿Acaso yo debía valerme contra tí de la vio-



»lencia? y aunque cedieses á mi tiranía, ¿á los ojos del Cielo,
»la obediencia sin libertad, qué vale? Dios te había criado
»libre: lo eras, y en tu mano estaba tu suerte. Si un antojo
»vano, si una falsa virtud te han seducido, quéjate de tu or-
»gullo presuntuoso. ¡Temeraria! Creiste alcanzar gloria, el

»peligro arrostrando, y mis tiernas congojas despreciaste:
»teniendo por segura la victoria. Te engañaste: tambien yo me
»engañaba, cuando gozoso, una virtud veia en cada rasgo
»de tu incomparable belleza, y te creia inexpugnable.

«Me fié en tu constancia: gradué de cielo santo tu altiveza,
»y no dudé, que tu generosa alma volviese del combate
»más gloriosa. Si en esto he yo faltado, el amor mi delito ha
»producido: ¿Y con todo, en lugar de consolarme, aun del tuyo
»á acusarme te atreves? ¡Sexo ingrato! ¡Infeliz el que delire
»contigo, y á ganar aspire tu amor, de su débil razon el sobe-
»rano cetro fiando á tu mano lijera! Tu corazon lleno de
»ciego orgullo en el imperio no conoce freno, y si tu
»empeño sale desgraciado, léjos de confesar que eres culpable,
»el primero le achacas con dureza, la debilidad de habértelo
»cedido.» Así los dos se acusaban, comenzando á pagar
»su delito.





LIBRO DECIMO

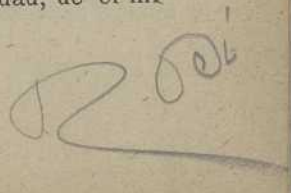
Sabida la desobediencia del hombre, los Angeles abandonan el paraíso. El hijo de Dios enviado para juzgar los culpados, baja, pronuncia la sentencia, y movido de compasion, viste su desnudez, despues de lo cual vuelve á su Padre. El Pecado y la Muerte, barruntando el suceso de Satanás, desiertan de las puertas del infierno, y vienen á buscarle á la tierra, construyendo un puente de comunicacion entre el infierno y la tierra, al través del Caos. Encuentran al cabo á Satanás, y se congratulan mutuamente. Satanás vuelve á los infiernos, y cuenta á la asamblea de los rebeldes su victoria sobre el hombre. En lugar de aplausos, transformados de repente en Serpientes, arrastran conforme á su sentencia, y le responden con silbidos. Se eleva cerca de ellos un bosque de frutales, de la misma especie que el vedado. Atormentados de hambre y de sed, acuden á comer la fruta, y se les convierte en la boca, en polvos y ceniza amarga. El Pecado, y la muerte inficionan la naturaleza. Dios pronostica que su Hijo destruirá algun dia aquellos dos monstruos. Manda á sus Angeles, que hagan diversas alteraciones en los Cielos, y en los elementos. Adán conociendo cada vez más la mutacion de su estado, llora amargamente, y rechaza con dureza á Eva, que se esfuerza á consolarle. Al fin consigue apaciguarle, y propone dos medios violentos, para impedir la propagacion de sus desgracias en su posteridad. Adán los reprueba, manifiesta mejores esperanzas, la recuerda la promesa que se les ha hecho, de que su linaje tomará venganza de la serpiente, y la exhorta á unirse con él para aplacar con la penitencia y las oraciones á la Deidad ofendida.

DEL Eterno la vista vigilante, á que nada se esconde; del victorioso Satanás ha advertido la malvada trama: la perdicion de la engañada Eva, y su débil marido seducido por ella tristemente. Bueno, más justo, permitió que fuera tentado el hombre, para que pudiera probar su lealtad. Libre, y armado por la sabiduría, de una voluntad recta, y de un talento claro, por la razon encaminado, nada influia en su consentimiento: el vencer dependia de

su arbitrio evitando el peligro, ó rechazando al enemigo astuto, sea que usara de la fuerza abiertamente, ó que un pérfido afecto simulara. Dios mismo los había prohibido por su boca la fruta envenenada del árbol de la ciencia. Entrambos en la audaz desobediencia cómplices, del delito cometido, son víctimas de su justicia airada: nada puede salvarlos. De improviso abandonan á un tiempo el paraíso las escuadras celestes, mudas de tristeza al ver del hombre, antes su amigo, la desgraciada súbita debilidad y dejan el desgraciado suelo, tomando el vuelo hácia el Empíreo.

No conciben, por qué arte el enemigo infernal ha podido introducirse en el Edén, y á sus guardias encubrirse, en el Cielo, esta angélica milicia halla al llegar la noticia esparcida. Aquellos ciudadanos celestiales, lloraban ya del hombre las fatales miserias; mas no obstante, no había marchitado su semblante aquel pesar, pues su naturaleza, de tristeza incapaz sinó en cuanto permitía su dicha, de un gozo celestial resplandecía. Quisieran saber todos, cómo ha sido la perdición del hombre: lo pasado entre él y Satanás: curiosos á los que vienen cercan; pero apresurados estos de presentarse á su divino señor, no se detienen, hasta que de su trono al pié postrados se presentan. Entonces de su altura, á manera de trueno repentino, rompe por medio de la oscura niebla que la cerca, una voz, el Cielo todo estremeciendo, que clara, dice así:

«Espíritus celestes, ese llanto de vuestros corazones generosos por la caída del hombre, cese al punto: no deben la tristeza ni el espanto, morar entre mis siervos venturosos. Mucho antes que ese lance sucediese, el día mismo que forzó el malvado Satanás el infierno, fué anunciado por mi el crimen del hombre deleznable: se le advirtió del riesgo: si hay pues culpa á sí solo atribuya su caída: crié á los hombres libres; por su gusto han destruido el justo equilibrio, que puse en su razón: se persuadieron, al ver por un momento suspendida mi venganza, poder impunemente echar mis amenazas en olvido, reírse de mi cólera; mas presto, ya que á vista del mundo tan cruelmente fué ultrajada mi piedad, de él mi



»justicia vengada volverá. ¡Oh, hijo mio! que vayas he dispuesto, á imponer el castigo á esos culpados, cual los Cielos, la tierra y los infiernos obedezcan rendidos tus decretos eternos, y á tus piés arrodillados por su juez te conozcan; mas, del juicio que hagas, templa por la clemencia tus rigores. Que el hombre reconozca un Dios propicio en su juez: que en él vea su divino futuro medianero, que, á pesar de su atroz desobediencia, de compasion movido le destino; pues tú has de ser el que del rudo yugo le libre con el tiempo, del pecado, como á su redentor á tí te toca suavizar la pena de su torpe transgresion: que el amor dulce modere el rigor justo, que el exceso osado por sí mismo requiere.»

A estas palabras, vuelto hácia su diestra, donde el Verbo divino está sentado, en él muestra todo su resplandor eterno, y el Hijo, viva imágen suya, así responde con serena frente á su celeste Pabre: «á la órden tuya parto á dar al instante cumplimiento: juzgaré á éste linaje delincuente: tu ira terrible quedará calmada: mi gloria, está cifrada en complacerte; mas, sabes que tengo hecho juramento, que cuando el curso de los siglos el destinado tiempo haya traído, he de bajar á la terrestre esfera, á sufrir lo que ha merecido el hombre. Reparador divino de la humana naturaleza, ser he prometido, y mi promesa no debe ser vana: holocausto sagrado seré yó, y dentendré tu airado brazo. A permite la piedad, que benigna temple la rigidez de la justicia: que á la tormenta de la venganza atroz, del perdon dulce siga la bonanza: que en todo tu grandeza asombre al mundo, y como tema, así tu nombre aplauda.

»Todos los hombres de hoy en adelante deben hallar en mí constante amparo. En cuanto á esos esposos sin ventura antes que llegue el tiempo, en que juzgados hayan de ser por mí solemnemente, yo en secreto los examinaré, por lo que hacé al autor de su caída, su fuga, y su maldad ya comprobada la convencen. Que tiemble del terrible castigo que le espera. El insensible reptil, que le ha servido de intrumento, no necesita de persuaciones.»

Dijo, y de la sagrada mansion de la Deidad, en que radiante de inmortal gloria, al lado de su Padre desde la eternidad sentado, se halla, parte. Por la carrera dilatada, por donde ha de pasar á la distante puerta, que está del Cielo á los extremos, Arcángeles, Virtudes, Serafines, todo el celeste ejército reunido en filas ordenado, está dispuesto, pronto á seguirle; pero recibida la orden, queda detenida á las puertas su inmensa multitud. De allí muy léjos el delicioso Edén, morada del humano linaje, se divisa. Solo, sin compañía ni corte alguna, desde aquella altura el Hijo del Eterno corta la onda trasparente del éter. En vano pretendiera un ingenio criado medir la rapidez, con que á la esfera terrestre llega: aun antes que pensando, aquel viaje veloz está concluido.



Ya el sol ménos ardiente, su carrera á la puerta inclinaba, los céfiros suaves jugueteaban entre las plantas del Eden florido, y agitaban sus espesas hojas con murmullo, que repetía el eco, y como todo, á Adán estremecía. Dios le llama de pronto. Ambos esposos infelices, turbados, de su ira merecida temerosos, con que ya su conciencia los persigue, huyen á toda prisa, y emboscados de una selva inmediata en la espe-

suras, procuran ocultar su vergonzosa desnudez, y el rubor de su semblante, de su culpa la más segura prueba.

Los distingue la vista penetrante del señor, que visible á ellos se adelanta, diciendo: «¿Por qué, Adán, de la presencia de tu Dios huyes? Tú, que tal confianza antes en mí tenías, que á mi encuentro volabas con diligencia alegre á bendecirme, al punto que venía, como Eva, que igualmente me adoraba. ¿Por qué ahora amedrentados en el centro del bosque, entre sus sombras un abrigo buskais, cual si llegára un enemigo? Aun este jardín bello que os he dado, para que su cultivo os divirtiera, le veo descuidado enteramente. Esas agradables flores, atención primera de Eva, lánguidas, caídas, parece, que me dicen consternadas, que el encargo que os dí, no habeis cumplido. ¿En qué consiste ese olvido culpable? ¿Desconoces ya á tu dueño? Por qué no venís ambos cuando os llamo? Ven.» Adán obedece: desconfiada Eva le sigue, no con el risueño gesto, con que del crimen el empeño arrostrar se la vió; más vergonzosa, detrás de su marido rezagada procurando ocultarse. Ambos esposos, del delirio despiertos, la mirada llorosa levantar no atinan, y parados á una larga distancia, se humillan temerosos, en el polvo de hinojos. (1)

Ni el amor á su Dios, ni la ternura, que debían tenerse el uno al otro, se vé en su rostro como anteriormente. Su áspero ceño, su mirada oscura, el odio, la venganza, y la tristeza, y de un vil egoismo la espresion, juntos con el terror solo demuestran, que aquellos corazones mortifican. Su dignidad forzada conociendo, á su Dios no se atreven á acercarse: jamás volverán ya á repetirse los coloquios, en que abriendo el corazón á su Señor con dulce encanto, ardian en su amor sus tristes pechos; abrasados hoy solo por pasiones.

Adán responde al fin, lleno de espanto: «El eco de tu voz ha llegado, Señor; pero desnudo, no he tenido valor para acercarme á tu presencia.

«¿Y á quién, le dice Dios, la inteligencia, de que desnudo te hallas, has debido? ¿Cómo mi voz, que todo tu consuelo

»antes era, recelos hoy te inspira? ¿Desde cuándo la temes
»desconfiado? Habla: has tenido acaso la osadía de tocar á la
»fruta prohibida?»

A esta tonante voz, más formidable que el trueno para él
exclama tristemente Adán, que su sentencia en ella oía:

»¡Y qué hacer en tal lance! ¡Oh miserable! ¿Qué partido to-
»mar? ¡tengo presente mi juez! En este instante pavoroso, es
»preciso, ó que solo sufra, el justo riguroso castigo ó que á
»una esposa, que quiero tiernamente, que es el único hechi-
»zo de mi vida, por premio de su fé y su amor sincero, acuse,
»como autora de la odiosa culpa. Más querría que tu encen-
»dida ira sobre mí solo fulminaras, y la mitad salvaras de mí
»mismo. Mas tú, ¡oh Dios! ves mi suerte lamentable, ves la
»pena interior que estoy sufriendo. Tu voz va á pronunciar mi
»irrevocable sentencia. ¿Puedo yo acaso ocultarte, la parte
»que ha tenido en mi fracaso? ¿Cómo sufrir yo solo, el peso
»horrendo del enojo de un Dios, el vergonzoso rubor del crí-
»men; tu juicio severo, para mí aún más terrible que el su-
»plicio? Y aun cuando yo mi cómplice quisiera cuidadoso,
»ocultar, ¿á tu irritada vista se escondiera?»

»Diré, pues, que aquel sér que me dijiste que me haría
»dichoso, aquel modelo de fé, amor y constancia, en el que
»uniste con desvelo divino todas las gracias, toda la hermo-
»sura, que á una peña forzára á la terneza; la esposa, en fin,
»que tu beneficencia me dió, como un dechado de pureza y
»de virtud, me ha presentado la fruta que ha cogido, y yo la
»he catado.

Entonces, el Señor le manifiesta su Majestad visible, con-
testándole: ¡Ingrato! ¿Por ventura tu esposa era tu Dios, para
que haciendo su voluntad, y á mí la prefirieras? ¿Te la habia
»yo dado por segura norma de tu conducta? ¿La habia hecho
»árbitra de tu suerte? ¿poseía los dones, con que yo te distin-
»guia; tus varoniles prendas, tu derecho al mando, de tu sexo
»la firmeza, de tu razon la sólida templanza? la prodigué las
»gracias, la dulzura, el pudor, la inocencia y la belleza; mas
»no la autoridad. Era su objeto el de amarte leal, y obedecerte

»en el segundo rango colocada, libre, pero á tus leyes obediente: la tuya era mandar. Tú, avallasado, tu noble imperio echastes en olvido: á su capricho frívolo cediendo, y por no disgustarla, me ofendiste.

Dicho esto, á Eva pregunta brevemente: ¿cuál fué la causa de que tú alcanzáras la fruta, y quebrantáras mi precepto?

Eva, bajando vergonzosamente la vista al suelo, dice: La «Serpiente me engañó: ponderó lo bueno que era, y al cabo «consiguió que la probara.

A estas palabras, el Señor airado, castigar quiere á un tiempo á ambos esposos, y vengarlos de aquel inmundo ser que los ha seducido. A él, pues, primeramente dirigiéndose;

»¡Oh, tú! dice, que con tus maliciosos artificios al lazo has «arrastrado estas víctimas: órgano proscrito de la perfidia, «origen de la culpa, Serpiente, autor de males tan horribles, «seas maldito entre los animales, y vilmente arrastres siempre «por la tierra: entre tí y la mujer, guerra eterna haya, que «dure entre sus descendientes, y los que de tu raza procedieren. «Un dia vendrá, un dia, en que triunfante, con sus piés te «humille la cabeza orgullosa, en el punto en que logre tu «fiereza morderla en el talon. La engañastes; pero serás «por ella subyugado.»

Este oráculo santo, en los futuros siglos tuvo perfecto cumplimiento, cuando el Verbo divino, á nacer vino al mundo, de otra Eva más pura. Antes, su ira terrible en los oscuros calabozos, y simas infernales, á Satanás con toda aquella turba impura de desleales secuaces arrojó precipitados; y aun más despues, su orgullo confundiendo, la tierra le vió hecho hombre; resucitando, del lóbrego sepulcro, quebrantados los cotos de la muerte y del infierno, sobre sus ruinas fundar un eterno imperio, llevando por los aires, vivos, libres en noble triunfo, sus prisioneros, y bienhechor del mundo, la entrada de los cielos, antes cerrada al hombre.

Hoy, del Padre ejerciendo la severa justicia, halló de esta manera: Eva; con los trabajos más amargos y dolores, «darás á luz tus hijos, y vivirás sujeta á tu marido.» y tú,

» ¡hombre débil! que por complacencias hacía ella, mi precepto
» has transgredido, pagarás cara tu desobediencia. Ahora á tu
» vista, la naturaleza va á perder casi toda su hermosura:
» por tus miserias contarás tus dias, ¡ingrato! y el tributo volun-
» tario y rico, que del campo recogias, cesará: negará la avara
» tierra, á tu hambre, los tesoros que en sí guarda: te será neces-
» rio atormentarla con afan penoso, y sin cesar, para que te
» alimente: con sudor de tu rostro el doloroso pan comerás:
» desolada y esteril, solo se mostrará espontáneamente de
» cardos y de espinos erizada. Polvo eres: de su seno arran-
» cado, á él volverás en polvo convertido.»

Así, aquel Dios propicio y justiciero á un tiempo, los es-
tragos anunciaba de la espantosa muerte, y moderando de su
justicia eterna los terrores, dilatando hacía el tiempo veni-
dero, y á una época distante, su amenaza y sus golpes venga-
dores y en tanto su bondad, que en adelante su grandeza
humillar tanto pensaba, que á sus caros discípulos sirviera
como si fuera el más rendido esclavo, ya cariñosa se ensayó
aquel día; pues como la estación amenazaba la próxima lle-
gada del helado invierno, aquel Dios bueno, que aun queria
mostrar su amor al hombre, aunque culpado, á los dos delin-
cuentes, de la lana del ganado les hizo, con humana compa-
sion, ropas con qué se vistieran, y sus cuerpos del frio guare-
ciesen: ¡Solicitud de un padre el más piadoso! Mas, no basta
que el cuerpo esté vestido, supuesto que han perdido sus
almas la virtud, su ornamento maspreciado. Queriendo,
pues, cubrir esta indecencia á los ojos del cielo, los reviste
de su inocencia propia.

Ya cumplido su encargo, de la triste pareja se separa, y
vuelve lleno de gloria, al seno de su Eterno padre; de lo hecho
á darle cuenta allí procede, piadoso intercediendo por aque-
llos esposos desleales; pero antes que el pecado del hombre,
el mundo hubiera profanado, cuando ya Satanás, las inferna-
les puertas forzando, el vuelo á él dirigia, la Culpa, de la
Muerte acompañada, pensativa quedó en la entrada abierta,
por la que un rio rápido salia de negras llamas, que en el
horrendo caos se iban por todas partes extendiendo.

La Culpa al fin, se vuelve al fiero hijo, y así le dice: «Cuan-
do considero, que ahora por nosotros, mi querido padre está
mil peligros arrostrando, en un desconocido clima, tal vez,
osado conquistando un mundo, en que vivamos á gusto,
me avergüenzo de ver, que nos estemos entregados á un ocio
despreciable, sin imitar su ambicion gloriosa. El sin duda
ha salido triunfante: si así no fuera, el brazo poderoso de
Dios, segunda vez á este candente pozo le hubiera ya preci-
pitado; pues ningun otro abismo hallar pudiera más cruel,
para saciar su fiera saña.

»Sí: veo nuestro imperio ya extendido: mi interior me lo
dicta ya ha llegado el tiempo, en que podamos sin recelo á
esas remotas playas nuestro vuelo levantar. Un poder desco-
nocido, alas parece darme, y me convida con poderoso
atractivo, á que allí acuda, como á mi cara pátria, en que
otra vida mejor disfrute, y á que por la muda region del Cielo
mi camino tome, para llegar á aquel feliz destino; que para
ello hallaré una régia via, en la bóveda inmensa, que el
profundo infierno une á la tierra, atravesando por el infecun-
do vacío, que á ella guía en derechura: esto me inspira, y
mi terror aleja.

»Veo en efecto, del oscuro sepulcro que habitamos, abierto
ya espacioso paso á este nuevo mundo deleitable, digno en
verdad de todo nuestro apuro. Yo á intentarlo estoy ya de-
terminada. Ni trabajos, ni penas, ni el castigo con que nos
amenaza ese adversario que nos echó á esta cárcel desgracia-
da, me detendrán; pues una vez abierta por mi mano, no
puedo ya ofenderle mas, y seria inútil contemplarle; y, ó
por mi corazon soy engañada, ó la fortuna de la empresa es
cierta.»

»Estoy pronto á seguirte, la responde el esqueleto negro y
descarnado: nada de cuanto hablaste se me oculta, lo iba
á decir, y te has anticipado: partamos, pues, unidos, al mo-
mento: precediéndome tu, estoy bien seguro de no errar el
camino. además, siento, sinó me engaño, que por el negro

«caos difunden ya aquellas vitales playas algunos mortales, hálitos que hasta aquí llegan: vamos sin retardo, que aun ya la sangre misma, y la matanza percibo.» Al decir esto, el cruel olfato hácia la tierra vuelto, largo espacio en aspirar de lejos se recrea el aire empozoñado. Así ventea el voraz buitre, en vísperas del día del combate, la atroz carnicería, y el olor de los tristes funerales, exacto á los ejércitos siguiendo; tal aquel mónstruo, de las puertas infernales, de gozo insano, está ya oliendo su presa, lisonjeando su apetito con la idea del número incontable de ruinas y cadáveres inmundos, que le han de dar los mundos asolados.

Ambas pestes á un tiempo, con ruidoso vuelo dejan el infierno, cortando las regiones del caos proceloso, como dos exhalaciones. Nada detener puede su impetuosa rapidez, ni la tumultuosa lucha de los más vastos cuerpos encontrados, ni el furor de los desatados vientos. Brama el abismo. En vano á su camino á cada paso un torbellino opone, un mar intrasitable, una tormenta. Todo lo arrollan, con su terrible furia: todo lo vencen, siguiendo su carrera cual si nada se lo vedara. Rugiendo así, dos tempestuosos vientos soplan sobre los mares dilatados del norte, convirtiendo en prodigiosos témpanos, riscos, montes congelados, sus hondas alteradas, y barriendo todo aquel vasto caos, que brillando con fosfórica lumbre, al navegante, que pretende pasar á la lejana ribera del Catay, opone un invencible muro, en su empresa inasequible.

Mas, la Muerte se arroja de repente sobre el abismo airado, y con su helada maza enorme, del fatal tridente émula, hiere, y liga aquella inmensa muchedumbre sembrada en el caos, de cuerpos divididos, de agigantados montes derrumbados y en una sola masa los condensa, asegurada con pegajoso asfalto. De su temido ceño á una mirada queda sin movimiento, sobre una sólida y profunda base, formando un puente inmenso, que se aferra del infierno en las puertas por una parte y por la otra en la remota tierra. El arco, sobre el caos colocado, coge todo el abismo tenebroso: iguala el

punte en la anchura excesiva la abertura de la infernal entrada.

Bien puedes de terror estremecerte, ¡oh desdichado mundo! Ese espantoso puente es el de la Muerte. De tu recinto, en prolongada cuesta con rapidez descendiendo á la tremenda profundidad de la inmortal morada, el camino. Apresurada, por él unos tras de otros, tus habitantes, así vencidos como vencedores, triunfante arrastrará de la apacible atmósfera vital á su antro horrible. Así, si lo pequeño es comparable con lo grande, aquel puente formidable de Jerjes desde el Asia se extendia, hasta la opuesta Europa, paso abriendo á aquella multitud innumerable de guerreros, que á hacer la Grecia esclava el bárbaro monarca disponia. El Helesponto airado, sus ondas reuniendo, aquel atrevido puente deshizo, y con locura extraña aquel Rey orgulloso, mandó que como á esclavo la revoltosa mar con azotes se le castigara.

Mas sólida, se resiste al embate del abismo irritado que la embiste con espantosas olas, la obra maestra construida por la Culpa, y por la Muerte sin fin el arco firme prolongando y dominando; aquel mar insondable pero acabada la obra, la nociva pareja otra vez rápida camina; á Satanás buscando cuidadosa, sigue puntual su rastro, y no descansa, hasta llegar á aquel mismo paraje del orbe de la tierra, en que él su viaje primero terminó, y en donde tomó aliento, ya vencedor, considerando el transitado abismo, que bramando hervia con horrible movimiento. Tambien allí se paran ambos mónstruos y en afirmar el cabo se entretienen, por donde el puente está á la tierra unido.

Hecho esto, vuelven á tomar el vuelo. Y despues que han recorrido la tierra, y registrado con igual desvelo los confines celestes, hácia el lado izquierdo dejado el negro tártaro, se dirigen á Edén cuando en la altura del Zodiaco descubren de repente, allá entre el Escorpion y el Sagitario, al feroz Satanás, en la figura de un Angel refulgente. A la sazón, en Aries su curso ordinario empezaba el sol, y cauto huia de su luz el Arcángel: aunque habia tomado aquel disfraz, no tardaron en

conocer al padre los monstruosos hijos, y prontamente caminaron gozosos á su encuentro. El, desde luego que á Eva hubo vencido, espantado, y contento con su ruina, receloso, habia huido de Dios, ocultándose en una vecina selva; mas, presto tomando diferente disfraz, silenciosamente volvió al paraje en que Eva conversaba con Adán, y le tentaba á imitarla. Le vió en el cenador, flaco y postrado, comer con ánsia el fruto prohibido, y fué testigo de su vergonzoso rubor, cuando industriándose formó de hojas de higuera su vestido.

Satanás, en sí mismo de gozo, mirándole perdido, no cabia: pero al sentir que ya se aproximaba su Señor y su juez, huyó espantado, algun asilo incógnito buscando; ¡tanto temia al mismo que insultaba! En fin, despues de dada la sentencia, la noche aprovechando, apresuradamente volvió hácia los esposos á acercarse y pérfido aplicando el fino oído, por su conversacion, logró enterarse de la sentencia pronunciada contra el mismo, mas viendo diferido su castigo hasta una época ignorada, alegre triunfa, y arde en impaciencia de ir á dar al infierno aquellas noticias, pruebas de su victoria imaginaria.

Hácia allá vuela, y ya llega á la entrada del vasto puente, cuando en la presencia se encuentra de su prole detestable. ¡Cuánta fué de ambas partes la algazara, al reunirse la familia aquella! El, sobre todo, al ver el maravilloso puente, pasmado, de aplaudir no cesa la grandeza y éxito de la obra. De la suya despues tratando ufano, sus mil gloriosos hechos les relata.

Ambos su triunfo ensalzan, y gozosa la Culpa, así le dice: «¡Oh padre amado, en la obra milagrosa de este puente, admira una obra tuya! Con efecto, á tí debe el infierno este acabado monumento. Tu sabes, que sagrado lazo, que amor, que dulces relaciones, que justa obligacion, eternamente reunen nuestros fieles corazones. La cuna, el interés, el parecido una fortuna misma, una esperanza, cada momento mas estrechamente nos juntan. Así, estando separada de tí, por mil agujeros avisada interiormente del feliz resultado de tu em-

»presa, la fuerza poderosa de la sangre, la voz más imperiosa
»de la naturaleza, y el exceso de mi amor, á buscarte me im-
»pelian. Vastos mundos en vano intermediaban.

»Nada bastó, para que yo sufriese vivir sin tí. Ni el Caos,
»ni el Erebo, pudieron estorbar que te siguiera. Cada peligro,
»léjos de arredrarme, para mi amor sin término era un nuevo
»aliciente: nuestro hijo á acompañarme con igual ardimiento se
»ofrecia. Cerrados tanto tiempo en las odiosas prisiones, á tu no-
»ble valentía, debemos ambos el haber logrado salir de aquellas
»simas tenebrosas, y á tu ejemplo, el habernos atrevido. Por
»tu influjo, han logrado nuestras manos extender á esos tér-
»minos lejanos, tu limitado imperio, y este soberbio puente,
»que al horrendo caos aterra, y sobre él dominando se le-
»vanta, construir cual lo miras, felizmente. Tu, triunfador de
»Dios, en su escogida obra, solo glorioso le humillaste, y nos
»vengaste de nuestros reveses. Dueño por fin, de toda esta
»florida tierra por tu conquista, con tu celo has dado alivio á
»nuestros males, y escarmentado á su inhumano autor.
»Aquí reinas, en el Cielo servias.

»Deja pues, que ese Rey tan poderoso, descanse por ahora
»en dulce calma, en su remoto alcázar eminente, pues así de
»la guerra la suerte lo ha dispuesto: á lo ménos, actualmen-
»te con su presencia no nos importuna. Tranquilo sucesor de
»ese dilatado reino, que él libremente te ha cedido; pues no
»lo ha disputado á tus gloriosos designios, se diría que cons-
»pira su voluntad contigo, y que contento te cede sus domi-
»nios, con la mira de huir de otros peligrosos combates. Léjos,
»pues, de arredrarte, mucho mayor aliento su triunfo prece-
»dente darte debe; pues que si él conociese su superioridad,
»no te temiera; y mientras que nosotros preparemos nuestras
»fuerzas, para ir á hacerle guerra, si él la comienza, el poder
»le enseñaremos del infierno, con la tierra ligado.»

Satanás hechizado, la contesta: «¡hija querida! y tú, que
»un doble nudo de estrecho parentesco une conmigo, obráis
»como á mi sangre corresponde. El universo, de admiración
»mudo, no necesitará de otro testigo, que de vuestras haza-

»ñas valerosas; para saber que soy vuestro ascendiente. Cruel
»enemigo del Todopoderoso, (y Satanás de serlo se gloria) ¡a
»vuestras generosas atenciones, á vuestra valentía extraor-
»dinaria, en mis sucesos cuanto no he debido! No os deben
»ménos vuestros inmortales amigos del infierno. La inexpli-
»cable industria vuestra, dos mundos rivales, por medio de
»este puente, ha reuido con lazo indestructible, en una patria
»misma, en un estado. Vuestros triunfos han espantado al
»Cielo, y yo estoy con razon muy orgulloso, de haber tan no-
»bles hijos producido.

»Id, pues, y mientras yo por ese puente, de vuestro arte
»milagroso y permanente, me dirijo á las playas infernales, á
»contar vuestras glorias y las mías á mis leales pueblos, diri-
»gid vuestros pasos presurosos de Edén á los jardines deleita-
»bles: gozad allí de más felices dias que hasta aquí, y en aque-
»lla afortunada region, fijad desde hoy vuestra morada de la
»dulce paz, y del placer mundano en ella para siempre disfru-
»tando, en los aires, los mares, y el fecundo suelo reinad. Tra-
»tad cual se merece á ese hombre vencido, que se intitula Rey
»del mundo: cargadle de cadenas, y colmadle de oprobios y
»de penas: destruid de una vez vuestros rivales, os fio mis in-
»mortales derechos, y mis poderes todos: en mi ausencia ha-
»ced que obediencia se me preste por todas partes, y sea reco-
»nocida mi autoridad, la que deseo ejercer dividida con vos-
»otros: nada aprecio en el trono que poseo, sinó que en él
»reineis ambos conmigo. ¿Y habrá enemigo alguno de tales
»fuerzas, que conspirando los tres, contra él unidos, no venza-
»mos? ¡Y qué esplendor será el de este brillante imperio con
»tal liga, en adelante! Id, pues, asid audaces la fortuna: mos-
»traos dignos de vuestra procedencia: y ufano cada cual, de
»ser mi prole, servid á vuestro padre y soberano.»

Dice así, y raudos como dos centellas ambos volando, si-
guen un camino de estrellas salpicado: una lóbrega nube los
precede: horrorizado al verlos, se retira pálido el sol, y de
un vapor dañino queda el aire infectado á su tránsito. Hace
entre tanto Satanás su viaje al infierno, y el Caos irritado de

ver en sus abismos un pasaje libre, rugiendo, el puente formidable con sus olas azota inutilmente: aunque unas á otras se reemplazan fieras, sus firmes fundamentos las rechazan.

Llega en fin Satanás á la ancha puerta de su reino infernal, abandonada por su guardia; su pueblo, descuidando el custodiar sus muros y fronteras, va en los soberbios pórticos de su palacio vagando, en donde las primeras cabezas del estado estaban consultando. La inquietud y desconfianza, reinaban en la junta, recelosa de algun funesto azar, por la tardanza de su monarca. Toda la curiosa muchedumbre impacientándose, que los vastos contornos ocupaba, y mil funestos cálculos hacia, con sus lamentos, mas á aquel prudente senado trastornaba, que, conforme á las órdenes que habia dejado su monarca desde el punto de su salida, estaba siempre junto en el vasto salon, cercado de numerosa guardia, que la tumultuosa plebe, de allí apartada detenía, á fin que sus sesiones no impidiera, y atender al gobierno del estado pudiese, confiado á sus desvelos.

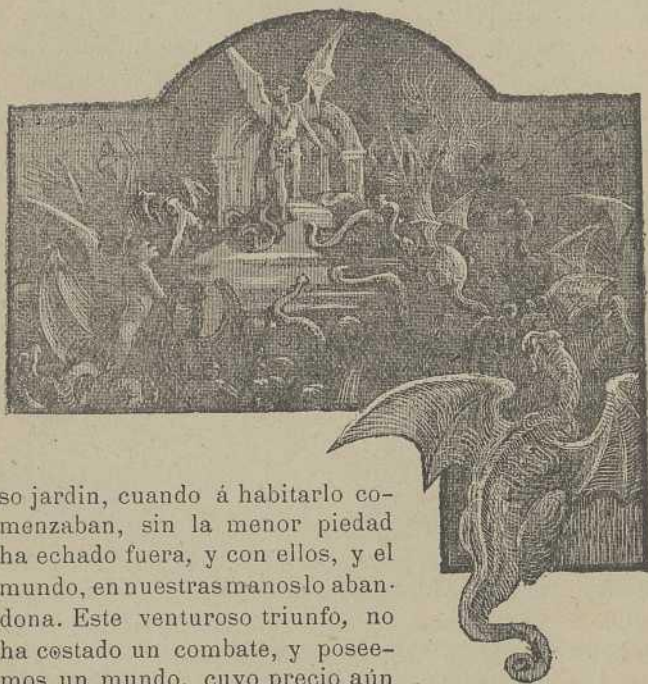
Satanás llega: toma la figura de un ángel de la clase más humilde; sin ser reconocido, con maña en la gran sala se introduce, se hace invisible, y el resplandeciente tronó ocupa de púrpura labrado, y bordado de piedras preciosísimas. Sin ser visto, de allí muy complacido observa en sus vasallos la ansia ardiente, de volver á gozar de su presencia. Y así como rompiendo alguna oscura nube, una estrella mas brillante y pura aparece á los ojos de repente, así toda su gloria desplegando, á la vista de pronto se presenta, deslumbrando á aquella muchedumbre con las reliquias de sus resplandores, que le quedaron en la atroz tormenta de su antigua caída. Llenos de gozo los allí reunidos, con aplausos y vivas, su venida celebran, apiñándose por verle de cerca, y ofrecerle sus obsequios. Los primeros los nobles Senadores, columnas de su imperio, descendiendo de sus tronos, le cercan respetuosos, y le colman de afectuosos aplausos. Les corresponde atento, y extendiendo con majestad la mano, les impone silencio, y sus sucesos expone en esta forma:

«Monarcas, Tronos y otros Señbríos, poderes celestiales, ya
»no son vanas denominaciones esos títulos: hoy son verdade-
»ros dictados vuestros, y tributos reales, pues mis éxitos han
»sobrepujado nuestros mas lisonjeros proyectos. Si un Dios
»envidioso os ha encerrado dentro de estas prisiones espan-
»tosas, de vuestro Rey las victoriosas manos vienen á abrir-
»las todas y á volveros la dulce libertad, la luz del día: al sa-
»lir de esas llamas, os espera un mundo delicioso, que puede
»causar envidia á la celeste feliz esfera, en que la cuna ha-
»beis tenido: hallar y conquistar he yo alcanzado, ¡pero con
»cuántos riesgos y fatigas! esos remotos reinos. Cada instante
»la direccion perdiendo, andaba errante por el vacío inmenso,
»y las regiones del proceloso caos, enemigas de todo sér vi-
»viente: en ocasiones, sin hallar nada en que pudiese estribar
»el pié, ni aun que mis alas sostuviese, y otras veces, rom-
»piendo las airadas olas de un mar inmenso amontonadas. El
»furor de este al fin, un firme puente, fabricado por la Muerte
»y la Culpa, con milagrosa industria, ha sujetado, y por él
»pasareis cómodamente.

«No así yo, que el primero sin tal auxilio venci solo aquel
»abismo fiero, ya en simas espantables sumergido hasta el
»fondo, ya luchando, diestro piloto, con los insondables pié-
»lagos y huracanes, que bramando, con el cielo sus olas con-
»fundian; muchas veces mis alas fatigadas, mantenerme en el
»aire no lograba, entre las desatadas tempestades, y horribles
»torbellinos, y apurado, variando de senderos, iba formando
»surcos trabajosos para romper los velos tenebrosos del Caos y
»la eterna Noche, juntados con liga poderosa, (porque rebelde
»el Caos, y envidiosa la Noche, en ocultarme sus secretos, re-
»celando tambien ser comprendidos en mi suerte, se habian,
»empeñado oponiéndome siempre los contrarios decretos
»fortísimos del Hado;) mas, de ambos triunfé al fin, y feliz-
»mente descubrí un nuevo mundo, que compuesto de aire, de
»tierra y agua, está dispuesto con tal primor, que en la natu-
»raleza quizá no hay otro más sobresaliente, así en belleza
»como en fecundidad.

«El hombre únicamente allí reinaba: pacífico y tranquilo,

»disfrutando, bajo el cielo más puro y más brillante, de un florido amenísimo terreno; de sus ricos tesoros las primicias, feliz, á arbitrio suyo saboreaba, debiendo solo á nuestra desventura, el vivir y el gozar de tales bienes: su dicha puso el colmo á mi amargura: le tenté con un fruto prohibido: perdiéndole mi astucia y su flaqueza. ¿Mas quién, lo que diré, hubiera creído? la ridícula ofensa de tal modo á su Hacedor ridículo ha irritado, que aquellos favoritos, del hermo-



»so jardín, cuando á habitarlo comenzaban, sin la menor piedad ha echado fuera, y con ellos, y el mundo, en nuestras manos lo abandona. Este venturoso triunfo, no ha costado un combate, y poseemos un mundo, cuyo precio aún ignoramos; pero que es opulento con exceso. Mis afanes por fin, no han sido inútiles.

»¿Pero qué me direis de la rareza del juicio de ese Dios? De su ira el peso solo ha caído sobre la torpeza de un reptil infeliz, que de ciego instrumento hice yo servir para mi obje-

»to. Mi suplicio, al contrario, ha diferido para un época incierta, más lejana; entre el hombre y mi raza, ha establecido eterna enemistad en adelante, y contra mí, aunque ausente dirigido, llegará, «ha dicho,» día en que consigas morderle en el talon; mas tus furores sujetará, y sus plantas enemigas, quebrantarán entónces tu cabeza. «Reparad, pues,» cuán poco me ha costado conquistar ese mundo enaltecido. »Sus hermosos vergeles os aguardan, id, pues: la paz, la dicha allí os espera.»

A estas palabras calla, en la certeza de que va á oír mil expresiones vivas de gozo y gratitud; aclamaciones, que satisfagan su ánimo orgulloso. ¡Cuál es, pues, su dolor, cuál es, su espanto, cuando en lugar de aplausos, de silbidos se extremece la sala y revolviendo los ojos, ve á sus vasallos trocados en serpientes! Aumenta su quebranto y su vergüenza, comprimir sintiendo su misma cara, y afilar su frente, prolongarse su cuerpo, y recogidos en él brazos y piernas, en serpiente, como los circunstantes, trasformarse. Furioso, ni un momento en arrojarse tarda del alto trono, blasfemando en su interior, y arrastra torpemente por el suelo, deplorando su afrenta. En vano se resiste: en vano toma mil formas, sus anillos reduciendo, ó con fuerza sus roscas prolongando: el brazo del Señor le abate y doma. Lo que sirvió á su triunfo de arma visible y pérvida, justamente ocasiona su tormento.

A hablar se esfuerza, y en lugar de lengua, tres dardos vibra, que con silbo horrible la voz reemplazan. Para mayor tormento en tanta confusion, ni aun las demás sierpes sus silbidos comprenden. Y se ve envuelto entre sus enroscadas colas, anudadas unas con las otras. A cada instante la algazara crece, y el gran palacio sin cesar atruena. El hondo infierno de terror se colma, y la naturaleza se extremece: la soberbia en el crimen los ha atado, y el Juez eterno unirlos ha querido en una pena misma.

No produjo la venenosa sangre de la Górgona, prole tan monstruosa. Por medio de la turba al fin rompiendo Satanás, aun soberbio, el cuello hiergue, y ya más sosegada la domina.

Presenta la figura de un horrendo (2) dragon, más fiero aún que el fabuloso Pithon, que segun cuentan, fué producido del lodo de un cenagoso lago, por los ardientes rayos del sol. Tal Satanás feroz aún descollaba, rastros de su grandeza conservando. Como en la forma que le distinguía, en valor á los otros dominaba.

Ciegos como él de rabia, mudamente se la explican: él sale; y presurosa toda la reptil turba, va en seguida de su Jefe, al paraje encaminada, en donde aquellos que ha exceptuado el Cielo hasta entónces, del triste desespero de la transformacion, la guardia hacian ó en falanges formados, empleaban el tiempo en ejercicios belicosos, aguardando impacientes, que volviera su rey de nueva gloria coronado, la época anticipando con ansiosos votos. ¡Mas qué suceso desgraciado engañó esta esperanza lisonjera! En lugar de sus brillantes huestes, no se ve de repente en la llanura, más que una inmensa multitud, oscura, de mil variadas hordas de serpientes. Al ver sus transformados compañeros, el contagio alcanzó á aquellos soldados, la sangre de sus venas congelando, é igualmente sus cuerpos convirtiendo en sierpes: de las encogidas manos las armas se les caen, y oprimidas sus fauces, con silbidos lastimosos siguen á sus hermanos arrastrando. Como han sido unos mismos sus odiosos intentos, una misma es la pena; un furor mútuo contra el enemigo, y el consuelo de ver al Jefe ausente, los dardos de sus lenguas á igual tiempo hacen silbar, y atónitos, su valor explican con señales de desprecio.

Para agravar sus males, ha dispuesto Dios elevar de pronto en aquel puesto, un vergel abundante y deleitable: ostenta en él cada árbol su precioso fruto, como en Eden, de oro brillante, y de púrpura viva coloreado, en todo semejante al que en aquel recinto fué prohibido. Era tal su apariencia y su hermosura, que aún tentaria de Eva la flaqueza. En silencio la miran sorprendidos, y al ver la multitud de los frutales, y que en la especie todos son lo mismo, sospechan afligidos, que es algun nuevo lazo; mas una hambre horrible, y una sed que los devorara, los hacen arrojar precipitados hácia la fruta: un numeroso

enjambre por cada tronco trepa, y se apresura para arrancar la fruta, que madura y jugosa les convida. El que los viera de las ramas pendientes, creeria ver la horrenda cabellera de Aleto. No eran más sobresalientes á la vista, las frutas que crecian del lago de Sodoma en la infame ribera, y que de asfalto se alimentaba.

Estas, engañaban á la vista, y todos los sentidos lisongeaban por igual las del infierno; pero apenas el fresco zumo de que estaban llenas, bañaba el paladar, cuando una dura aspereza, una amargura cáustica, en lugar de aquel néctar delicioso, que prometia á su apetito anelante, á arrojar la odiosa ponzoña los obligaba; mas la intolerable hambre, y la sed ardiente, hacian que los mónstruos nuevamente volviesen á probarla: ¡prueba vana! al quererla tragar, tan inhumano, tan áspero tormento, sus fauces despedaza, que al instante á despedirla blasfemando vuelven, mil pruebas semejantes renovando. Así ellos, que sangrientos se burlaban del hombre, que una vez habia comido un fruto delicioso, aunque vedado, en tan horrible apuro se veian, que codiciaban aquella acre ponzoña, y aun de ella alimentarse no podian.

Despues que este castigo padecieron por algun tiempo, cesó la apariencia, aquella y á cobrar volvieron su anterior forma. Mas, tambien ordenó la providencia, que en adelante cada año sufrieran, por tiempo señalado, la misma pena, y que satisficieran con la vergüenza y rabia, la osadía de haber el nuevo mundo desolado. Entre tanto, la Culpa y su homicida prole, al hermoso Eden llegan volando, en donde todo su furor desplegan.

La Culpa en su recinto establecida, lo ocupa. Por primera diligencia, destierra de él á la inocencia crédula; y á su hijo, que de cerca le ha seguido, y el pálido caballo aún no ha llevado, para hacer su mortífera carrera, llena de alegre ardor, en esta forma le habla: «¿Qué te parece de este imperio feliz, y de lo poco que ha costado? ¡cuánto no hemos ganado en el cambio! Del bajo ministerio de alcaldes de las infernales puertas, logramos, nada ménos que el precioso cetro de este universo poderoso.

»Para mí son iguales, la responde aquel mónstruo, los
»horribles abismos, las mansiones tranquilo del Edén, como
»todo cuanto encierra la extension de los Cielos y la tierra,
»pues jamás reconozco por morada, sino aquella en que pue-
»da satisfacer mi rabiosa hambre, y es bien poco de este
»estrecho jardin la limitada capacidad, para que yo alcance
»aplacar un instante su enemiga voracidad, que nunca estar
»contenta puede, con tan ruin cebo, atormentándome.

»¿Pues por qué,» le replica la precita Madre, «si el apetito
»así te excita, no has comenzado ya á satisfacerte con tantos
»bienes, que tu feliz suerte te brinda de pescados y frutos,
»de tantas aves, fieras y ganados? Sí: todo cuanto siegue codi-
»ciosa tu hoz, y cuanto contiene esta espaciosa tierra, es tuyo:
»tu madre te lo cede: pero primero espera, que mis hechizos,
»á que nada puede resistir, los espíritus seduzcan, y á mi
»obediencia lo reduzcan todo; que á tu hambre abriré entón-
»ces por completo la carrera de la naturaleza.»

Dicho esto, vuelan ambos por diverso camino, á inficionar
con sus mortales venenos la extension del universo, y á lle-
narlo de crímenes y males. Se han los frenos soltado á aque-
llos mónstruos de piedad ajenos. La tierra, el mar, los hom-
bres y animales, libres á sus furores se han dejado.

A ambos mira el Señor desde su alto trono, y dice á su
corte reunida: «Observad esos mónstruos, que el lejano
»mundo devastan: ved con qué presteza siegan á manos llenas
»quanto encuentran. Vigor, virtud, belleza, todo espira á sus
»golpes inhumanos. No reconozco ya la desgraciada tierra,
»abandonada por mi bondad, y mi vista ofendida, y que yo
»hubiera conservado, á no haber con su imprudencia llamado
»el hombre á esa fiera pareja. Del infierno y su jefe la inso-
»lencia ha llegado á decir, que es este cambio, efecto de en-
»vidia y de venganza: que por esto ese mundo les he dado, y
»tantas inocentes criaturas á su sangriento cetro abandonado.
»¡Cuán poco saben, que de mis futuras miras son solo ciegos
»instrumentos! ¡Que esos mónstruos yo mismo he dirigido al
»mundo, cierta trégua á sus tormentos dando, y que á él á

»otra cosa no han venido, que á ser ejecutores de mis altos
»decretos, castigando, como merecen, á los malhechores, de
»camino, purificando tambien las manchas, que ellos y sus
»infernales cómplices han causado en su recinto!

«Uso para mi gloria, de su instinto sanguinario: serán de
»los desleales humanos el azote, y á porfia, de la inmundicia
»y la carnicería se hartarán, hasta tanto, que con dolor cruel
»y rugiendo horrible espanto, tengan, ¡oh mi Hijo querido!
»que entregar, precisados, en tus manos, la rica presa que
»de los hombres, en muchos siglos hayan acumulado, y que el
»sepulcro avaro haya escondido; que vuelvas á enterrar esos
»inmundos enemigos, de nuevo en sus profundos calabozos, y
»entónces con eterno sello cierres las puertas del infierno. Se
»verá al punto la naturaleza vestirse de hermosura y de pure-
»za, el Cielo renacer más luminoso, y el mundo más alegre y
»abundante; pero miéntras no llegue aquel momento, los Cie-
»los y la tierra profanados, satisfarán con largos sufrimien-
»tos, las culpas porque condenados han sido.

Dice: y el cielo encantan de repente las arpas, y las liras
armoniosas; los coros de los Angeles levantando las voces;
aleluyas prolongados por los pórticos vastos y elevados del
palacio divino, resuena cual ruidosas olas de un proceloso
mar. ¡Salve, cantan, oh ser Eterno y justo! ¡Nada resiste á tu
augusto poder! otro cántico nuevo luego estrenan, cele-
brando de su Hijo soberano la bondad suma: de la raza huma-
na la regeneracion: el Cielo y mundo, purgados ya de su
inmundo contagio.

Llamando entónces el Omnipotente por sus nombres á
aquellos principales ministros suyos, á su ardiente celo en-
carga, que trastornen con fatales, perpétuos cambios, el
orden de los dias y estaciones. (3) El sol debe el primero va-
riar su carrera, y aun de su esfera los influjos, de tal modo,
que á veces sus ardores al mundo abrasen, y otras, concen-
trando su fuego, en él ejerza sus rigores la aspereza mortal
del frio helado. El norte, por su parte, debe enviarle las escar-

chas, las nieblas y nevadas, que cubran sus dilatadas regiones el medio día en llamas abrasarle.

Un Angel, la lumbrera de la noche á guiar va, y dirige el movimiento de los otros planetas, de modo que se crucen sus rayos con orden violento, y para el mundo hagan malo su aspecto, que ántes era el más benigno: otro, va á gobernar los astros superiores, y á preparar de sus funestas luces el triste brillo, y los horrores que causan sus opuestas influencias: éste, trae las tenebrosas tempestades, que el sol recién nacido tengan con densos velos anublado, hasta que con sus fuegos recogiendo sus vapores, se truequen en copiosas fuentes, de lo alto descendiendo rápidas: otros, señalan á los furibundos vientos sus puntos, para que soplando, y unos contra otros con furor luchando, las nubes rasguen con horribles truenos, y arrasen con granizo y piedra, los fecundos campos cuando ya estén llenos de ricos frutos, y cuando madura la cosecha, parezca asegurada.

Fértil como el otoño, y más hermosa que el verano, reinaba aún la graciosa primavera; mas, Dios airado todavía, porque ya más el sol no la animára, mandó, que de sus polos desquiciado, el mundo se inclinára al Ecuador. Los Angeles al punto asieron el eje, y con penoso esfuerzo lo torcieron; ó tal vez aquel astro luminoso declinando á la voz del Eterno, y cortando al través el Zodiaco, cambió las estaciones del todo, ó cuando el hombre comió el fruto ponzoñoso, espantada la naturaleza tembló de manera, que el refulgente astro, de su equilibrio la firmeza perdió, y se separó de su camino. Rápido entónces, vino el desórden á confundirlo todo, ya en la altura del aire, ya del orbe en el llano.

Nacida de la Culpa desde luego la Discordia, acudió á los habitantes del globo á infundir todos sus furores. Todos se arman, sedientos de sangre y de matanza: hacen guerra mortal las aves á las aves por el aire, los peces en el húmedo elemento, á los peces: dejando el inocente pasto, hasta los vagabundos ganados unos á otros se embisten iracundos.

Todos los animales pierden el respeto al hombre, á quien

reconociendo por su rey, agradable corte hacian. Uno, ya desconfiado, huye á su aspecto otro, al pasar, con ojos encendidos de furor, ó con rugidos, le amenaza. Consternado al mirar tan horrible trastorno universal, Adán quisiera hallar un bosque espeso, en que pudiera disfrutar un momento de reposo; pero en vano. Le cerca el temporal por todas partes, y la que alimenta su corazon, cual buitre encarnizado, lo sigue sin cesar, y le devora. Con gemidos su suerte cruel lamenta, y el dolor que le tiene acongojado. En amargos sollozos prorrumpiendo, se esfuerza en aliviar, así exclamando:

«¡Después de tantas dichas tales penas! huid memorias de mis anteriores placeres, ahora ajenas de mi ser, ya del mal entregado á los horrores. ¿Y es este el mundo delicioso que antes disfrutaba? ¿Yo mismo soy el que era? ¿Su Rey, el que su ornato completaba? El Cielo mismo, que antes me quería, ha trocado su amor en fiera saña: derramaba en mí entonces el contento, ahora me inunda solo de amargura: huyo del mismo Dios, cuya inefable voz fué en esta morada deleitable tantas veces mi encanto y mi alegría. Le ofendí: me aborrecí: lo merezco: ¿y el nombre de la muerte aun me estre-
mece?

»Ven, al contrario, ¡oh muerte suspirada! Da fin á mi desgraciada existencia. Pero esa muerte merecida y grata, ¿acabaré también con la homicida serie de males de mi descendencia? ¡Ay de mí! ¡No hay indulgencia para ellos! ¡todos perpetuarán los miserables rastros de mis deplorables desgracias! ¡Oh palabras, que fuisteis en otros tiempos de tanto gozo para el alma mía, *creced, multiplicad*, ya, ¡oh suerte dura! ¡Vuestro fruto será para la muerte! Mis últimos retoños, herederos de mis miserias, de mis desventuras, tristes blasfemarán, de los autores primeros de su vida, en las futuras edades, y en lugar de bendiciones nos colmarán de acordes maldiciones generales.

»¡Oh dichas pasajeras, seguidas de tormentos sin fin, cuánto más valiera, que no nos diera Dios tales delicias! ¿Acaso las habíamos pedido? Señor, si tus intentos eran de ver al

»hombre anonadado en la miseria, ¿á que con tal franqueza
»expendir en nosotros las riquezas de tus dones? ¿Acaso porque
»fuese, precipitados de altura tan grande, nuestra caída más
»funesta y dura? ¿Quisiste que tu imágen se imprimiese en el
»hombre, en el que es en la extensa naturaleza tu obra prefe-
»rida, y en perfeccionarla te esmerastes, por el placer tan só-
»lo de borrarla? ¿Por qué no me dejastes en el cieno? Renun-
»ciar puedo á lo que me donastes; recobra pues, tus bienes
»que desprecio, ¿Por qué con ese sueño tan funesto de la felici-
»dad me has afligido? Si querias que yo la conservára, en lu-
»gar de dejarme abandonado, ¿qué te costaba haberme sos-
»tenido con sus auxilios? ¿Para tu grandeza no era bastante
»que se me quitára, sin añadir un largo y cruel suplicio?

»¿Mas que digo? ¡Infeliz! ¿Qué atrevimiento es el mio? ¡Ci-
»tarte á tí á mi juicio! ¡Acusarte! Perdona este momento de
»dilirio. Si el sér á mí me diste, fué con el pacto, de que obser-
»varia la leve condicion que me imponias. Admití el benefi-
»cio: falté al trato, he merecido la desgracia esta. ¿Podrá exis-
»tir un hijo tan ingrato, que se atreva á decir á su ofendido
»padre; ¿Por qué me sacaste á la vida? ¿Acaso te lo he pedido
»alguna vez? Y es eso que al azar debe su existencia, no
»á eleccion de su padre; y yo al contrario, yo, á quien ¡oh
»Dios! con tal bondad criaste, la debo á tu eleccion y provi-
»dencia. Sí: confieso que he sido un atrevido, un impío, un in-
»grato. De Dios fué el beneficio, el crimen mio. Y pues tan
»mal sus dones he pagado, debo ser castigado duramente. ¡Oh
»tierra, abre tu seno tenebroso, y sepúltame en él! ¡De su
»ódio horrible librame! ¡Que á tu fondo descendiendo, en-
»cuentre, guarecido en tus entrañas, de un sueño eterno el
»plácido reposo! Que no tema ya su ira en adelante, ni el ter-
»rible estampido vuelva á aterrarme de su tonante voz!

»Borra de mi memoria la doliente série de lo pasado, y mi
»presente afliccion, á la vista de las desgracias fieras, que ex-
»tendido mi fecundo contagio, causará por el mundo entero, y
»en sus postrimeras generaciones castigará á ese padre mal-

»hadado! ¡Ah; cuando llegará el último instante cual deseo! ¡Oh
»interminable vida, mas que la misma muerte intolerable!
»¿Por qué no acabas? Ven, ¡benigna muerte! Tu sola de mis
»votos eres digna.

»Mas con todo, una duda, un recelo cruel me acibara algun
»tanto tu consuelo. ¿He de fenecer todo? ¿Estoy seguro, de
»que este fuego intelectual y claro, que el frágil barro de mi
»cuerpo anima, tambien se apagará en el negro fondo del
»sepulcro, hasta el último rayo, ó no lo estoy? ¡Funesta
»incertidumbre! ¡Que turbacion me causa! ¿con qué puede
»verificarse, que muera mi cuerpo, y que con todo viva quede
»mi alma? ¿Qué será entonces de mi lisonjera esperanza de un
»dulce y feliz término? Mas, consultemos al remordimien-
»to de mi conciencia: únicamente el alma, y no el cuerpo ser
»puede delincuente; ¿pues por qué ella ha de ser privilegiada
»para sobrevivir, siendo culpable, al cuerpo, de sus faltas ino-
»cente? ¿Y podrá ser tampoco un objeto limitado como el hom-
»bre, condenado á un suplicio sin fin? Si esto sucediera, la
»misma muerte inmortal fuera para vengar á Dios, y no es
»creible que tal contradicción posible sea. En vano el Sér eter-
»no lo querria: escapariase de sus manos mi ser por su fragili-
»dad: bajeza tanta, de su sabiduria y su grandeza indigna fue-
»ra: se tendria á ménos de perseguir, hasta en el negro fondo
»de los sepulcros, mi ceniza helada: ¿querria acaso, de ven-
»ganza hambriento, para saciar su cólera encendida, eterni-
»zar sus víctimas en su resentimiento? La bárbara fiereza de
»este encono, contra un ser pasajero, de Dios haria un carni-
»cero mónstruo: fuera contrario á la naturaleza.

»Mas si con todo, errase en mi concepto, y ministro de su
»ira me aguardase la eternidad... ¡Terrible eternidad! ¡mis ca-
»bellos se erizan, al nombrarte! ¡Alrededor de mí, cual espan-
»toso trueno retumbas! ¿Y será factible, que Dios me haya
»criado, para darte pasto perpétuo, y que del tenebroso sepul-
»cro salgan cuerpo y alma unidos, de nuevo, sometidos á igual
»suplicio? ¡Suerte fatal! ¿A mis descendientes he de dejar la
»muerte por herencia? ¡Ojalá que agotara toda su copa en mi,

»y yo solo, á un tiempo fuese su postrera víctima, como la primera! Mi posteridad toda agradecida, me bendijera entonces, y ensalzara. ¿Pero porqué razon siendo inocente, ha de ser en mis penas comprendida? ¡Ah! no: toda mi raza ha deslinquido. De mi crimen la horrible levadura, corrompió toda aquella pura masa. Su alma, su voluntad, su entendimiento, son todos manantiales venenosos de origen impurísimo.

»¿Conque, ¡oh Cielos! son justos tus rigores? aun mi ciega razon, por extraviada que esté, se vé obligada á confesarlo. Lo que causa mis mayores angustias, es ver de mi futura generacion la desventura prolongada: ya que yo solo he sido el que he agraviado á Dios, si descargara su venganza sobre mí solo, al fin me consolara. ¿Qué dices, miserable? ¿Si ese osado voto ¡tiembla de pronunciarlo! consiguieras, como podias la ira toda de un Dios sostener solo? Esa ira, con exceso mas temible que el rayo, el torbellino; esa ira insoportable, cuyo peso oprimiria al universo entero, aunque, compadeciendo tu destino, en llevar esa carga, te hiciese compañía la mujer, ¡desventurados! quedarais aniquilados bajo de ella. Así, pues, ¡oh dolor! ¡oh lamentable suerte! mis votos, ruegos, y deseos; mis temores por lo actual, mis desconfianzas de lo futuro, todo en liga formidable, contra mí se arma juntamente.

»¡Oh colmo sin ejemplo de desgracias, con qué dolor amargo te contemplo! ¡Oh Adán! Satanás solo, ese enemigo, ¡tormento cruel, de todo ser viviente, en la maldad te iguala, y el castigo, ¡Conciencia! inexorable! ¡terrible juez! contra Dios, contra mí, me es imposible defenderme. Contigo deseara hundirme en un profundo abismo tenebroso, y que sobre ambos, todo el mundo en ruinas se desplomara á una.»

Así en la calma de la oscura noche, Adán gimiendo, exhala su amargura: noche funesta, ¡ay Dios! bien diferente de aquellas que pasaba, cuando el favor de su Señor tenia, cuando un céfiro fresco dulcemente, en compañía de la plateada luna, alentando inspiraba la alegría. Su negra lóbreguez, ahora acrece la cruel afliccion que le atormenta. Por sus remor-

dimientos devorado, en tierra, postrado, casi exánime, implora dolorido, el golpe suspendido tanto tiempo, que ha de acabar sus males destruyendo su sér, y maldiciendo su nacimiento.

»Tu ira, exclama, ¡oh Dios Todopoderoso! ó antes bien tu
»bondad me ha prometido el temeroso golpe de la muerte; ¿habré
»esperado en vano aun este triste don, que por pura compasión
»me hiciste? Mil veces á la muerte, que viniera he suplicado;
»pero inútilmente: sorda á mi voz, de mí huye presurosa, y con
»risa mis penas considera. ¡Oh valles, bosques, fértiles colinas,
»arroyuelos, y cristalinas fuentes! ¿qué se hicieron aquellos
»dulcísimos acentos, que repitieron los ecos de las peñas y bóvedas
»sombrias? ¡Se volvieron, en ayes dolorosos! ¡Ya no escuchareis
»más mi canto alegre! ¡Ay demi! ¡Para siempre fenecieron
»aquellos breves y felices dias, y en afliccion se han vuelto y en
»espanto!»

Mientras que cede Adan á la grandeza de sus tormentos, Eva, que ocultaba en lo interior del pecho su tristeza, y de lejos le observaba inquieta, al verle en situacion tan deplorable, á ir á darle consuelo se aventura: viéndola Adan, la grita con voz ruda:

«¡Huye de aquí, detestable serpiente! Si: ese nombre es el
»tuyo, lo mereces. Mis males la serpiente ha ocasionado, mas
»en ellos su cómplice tu has sido, y á ella te pareces en crueldad
»y astucia. ¡Por qué no conocí yo, cuán malos eran tus engañosos
»atractivos! ¡Ah! ¿Por qué no tenias su figura, como has tenido
»su mortal veneno? A no ser ¡ay de mí! por tu belleza, tu divina
»hermosura, antes mi dicha, y ahora mi ruina, de este mal estuviera
»bien ajeno: no cayera en tu lazo artificioso. ¡Ojalá que lo
»hubiera antes, prudente discernido, como lo discierno ahora!
»Si: está el cielo en tus ojos, y el infierno en tu pecho. ¡Beldad
»funesta, que mi vista sedujo, y que aborrece mi corazon! Feliz
»hasta aquel dia, lo fuera aun, si tu porfia fatal, hija de tu ansia
»indócil é imprudente, de gozar de una libertad soñada lejos de
»mí, vagando ociosamente, y tu vanidad nécia y obstinada, no
»hubiesen hecho que te desdeñases de seguir mis acertados
»consejos, y rebel-

»de cerrases los oídos á todos mis fundados presentimientos,
»á los cariñosos temores que acongojaban mi pecho.

«¿No te dije harto de los peligrosos lazos del enemigo, y tu
»debilidad, de los peligros que te amenazaban? ¿No hice yo
»cuanto pude por quitarte tu capricho fatal de la cabeza? ¡Inú-
»til fué: ¡triunfó tu rebeldía de mi ternura y mi prudencia! ¿Y
»quién sabe si tuvo tambien parte en el insano empeño, algun
»deseo oculto como vano, de hacer ostentacion de tu belle-
»za, á los ojos del infame Satanás, ó tal vez el lisonjero ridi-
»culo proyecto, de enredarle en tus lazos tu misma, y su im-
»postura burlando, sujetarle á tu dominio? Fuese cual fuere el
»fin de aquel proyecto, de la serpiente el diestro stratagemata
»te hizo caer en su red, y yo, ¡marido débil, te dejé sola y sin
»defensa, seducido por mi nécia confianza, expuesta á toda la
»intensa malicia, al poder de aquel mónstruo formidable!

«Te creí más virtuosa y más prudente; juzgué que triunfa-
»rias fácilmente de un riesgo, tantas veces prevenido. ¡Crédu-
»lo, no advertí cuán deleznable tu virtud ¡era! tarde lo he sa-
»bido! ¿Por qué tu sexo frágil, ignorado en los cielos, aquí
»adorado reina? ¿No pudo Dios, cual los séres espirituales,
»haber con sus manos fecundas propagado sin él, la humani-
»dad, evitando así males tan espantosos? ¿Qué falta hacia en
»la naturaleza ese sexo falaz, que si la adorna con su rara
»hermosura, la trastorna y deshonra con ligereza suma?

«¡Oh sexo peligroso, que agradando nos pierdes, qué espan-
»tosas desgracias están por tí á la tierra amenazando! ¡Qué
»cúmulo de males! ¡Las esposas compradas por un interés
»sórdido: los desiguales lazos: las detestables preferencias: las
»prendas malogradas: á ciegas, la fortuna ligando los co-
»razones: la discordia abriendo la puerta á la traicion: los or-
»gullosos desdenes: los enfadosos caprichos: la nécia vanidad,
»y la locura: la hipocresía, hermana de la ruda aspereza: la
»paz ya desterrada: la guerra doméstica evidente: multitud
»lastimera de desgracias, que tú has traído al mundo la pri-
»mera!»

Dico, y se aparta airado. Eva, postrada á sus piés, le detie-

ne sollozando, abraza sus rodillas; y anegada en amargura le dice: «¡Amado Adán! No me abandones, no, en este extremo dolor. Al Cielo invoco por testigo del amor que te tengo, y del respeto que está grabado en mí para contigo. Mi crimen, más que un crimen, fué el efecto de un perdonable error, de una temeridad, que expía el torcedor de mi conciencia, que me ha costado ya tantos lamentos. Veme humilde, á tus plantas abrazada, bañarlas con mis ardientes lágrimas. Hartos males sobre ambos han caído; no acrecientes su intolerable peso. No me niegues siquiera una mirada de consuelo. No cierres el camino al último recurso, que aunque avasallo, para aliviarnos nos dejó el destino. Tú eres mi única guía y sola egida: de este mundo en el misero desierto, todo me tiene ya helada de miedo. Tu eres mi asilo, mi puerto seguro, ¿qué haré, si me abandona?

»No rechaces cruel á quien te adora, á quien gimiendo, implora tu piedad: ¿Y adónde huiría yo, si me impedía tu implacable rencor que te siguiese? Quizás pocos momentos gozaremos aun, de esta vida infeliz que nos resta: al interés comun tu enojo ceda: nuestra dulce concordia renovemos, y nos consolaremos mutuamente: uno es el riesgo, y uno el enemigo: para vencerlos, deja que á tí me enlace: entre los dos, mas fácilmente lo lograremos, que si combatimos separadamente contra sus fuerzas. Cai lejos de pero á tu lado triunfaré. Con un peso mucho mayor á mí, á pesar de que los dos sufrimos, me tienen oprimida las desgracias: á un mismo tiempo, soy mas delincuente y más digna de ser compadecida. Tu únicamente ofendistes á Dios: yo ¡infeliz! he ofendido, como á Dios, al esposo mas amado.

»Iré, pues, á implorar humillada la clemencia del Eterno, allí mismo donde fulminó la sentencia: le diré que la culpada en provocar su cólera, he sido yo, y que sobre mí sola, satisfaga su encendido enojo. ¡Cuán dichoso fin será el mio, si escuchando mi voto á tí te perdonare, y yo muriendo, mi amor pruebo salvándole, á mi esposo!»

Esto dice, y en lágrimas se ahoga. Su humildad, sus

lamentos, sus desgracias, su vivo dolor, sus remordimientos, y la franca confesion de su flaqueza, todo influye en el corazon de Adan en favor de su esposa arrepentida. Viendo á sus plantas postrada su mitad, marchita la belleza de aquella á la que habia amado tanto, derramar afligida un mar de lágrimas, y su amparo implorar, determinada á morir, si ha de ser de él separada, su justo enojo poco á poco espira: en silencio la observa, y dice al fin así, ménos severo:

«¿Qué nuevo error, peor aún que el primero, ¡oh mujer imprudente! viene ahora tú débil mente á deslumbrar? ¿Sola á arrostrar te ofreces la tormenta, la ira horrenda del Omnipotente, tú, que aún no puedes con la de tu esposo? Con razón debes darte por satisfecha, si sabes sostener tus solos males. Aún no has formado tú ideas completas de nuestra desventura. Es una prueba no mas, el que nos causa tal desmayo. Si yo la menor esperanza tuviera de doblar la severa justicia del Señor, al punto iria á pedir que el castigo en mí agotase, y á que á mi costa, te perdonase á ti. Ante su tribunal prederia tus pasos, para exponerle la fragilidad de un sexo débil por naturaleza. De tu sexo, que puesto á mi cuidado, jamás debiera haber dejado solo; pero desterremos estas disenciones, que hartas penas sin ellas padecemos.

»Levántate Eva, y que desde este momento la dulce union, la paz, y el más constante amor, sean de entrambos el consuelo: uno al otro ayudémonos celosos á llevar nuestras penas. Persuadido, por lo que hemos oido en la sentencia, estoy, de que la muerte que anhelamos, de nosotros aun está muy lejos. Se viene á paso lento la inhumana, para que más sintamos nuestros males. ¡A qué subido precio de dolor nos vende aún del sepulcro los horrores! ¿Y está á las mismas penas condenada, ¡oh Dios! toda la prole que tengamos? ¡Oh infeliz padre! ¡Oh desgraciada prole!»

A estos lamentos, Eva con modesta ternura de este modo le contesta:

«La memoria fatal de mi extravio, y de mi poco juicio la experiencia, debieran imponerme, esposo amado, un silencio per-

»pétuo y riguroso. Mas, puesto que á tus brazos amantísimos
»movido de tu amor y tu indulgencia, volverme te has digna-
»do, ¿cómo he de poder yo desentenderme, de exponer cuan-
»tos medios mi cariño discurrir pueda, para tu consuelo? Per-
»míteme, pues, que uno te proponga, para calmarte en parte,
»suficiente. Segun te oigo, tu pena más cruenta en esa inmen-
»sa y triste perspectiva, de los males que nuestra inobedien-
»cia á nuestros nietos por herencia deja, y cuya série, cual la
»vida larga, la muerte sola acabará homicida. ¡Qué pena no
»ha de darnos en efecto, ver que nuestro linaje está sujeto á
»una sentencia que hemos merecido nosotros solos, y que en
»su carrera, oprimido de las mismas desgracias ha de ser,
»hasta su postrero instante!

«Pues de tí pende, Adan, el que libremos á nuestros nietos
»de esta infeliz suerte. Todavía no existen, y sabemos, que
»solo goza el privilegio, ¡ay triste! De no padecer nada, el que
»no alienta. No te costará más, que resolvérte á no dar nunca
»el sér á esa perdida raza, proscrita aun ántes de que nazca:
»que la muerte voraz, chasqueada llore tantas víctimas, ya
»que nos devora. Y si es que te parece cosa dura no gozar los
»derechos de un esposo, ni la ternura del nombre de padre,
»en nuestra mano está el hallar reposo, y acabar de sufrir: con
»pecho altivo llamemos juntos á esa misma muerte, remedio
»de los males infalible: y si sorda á las voces, ó inhumana no
»acude, sin cansarnos más inutilmente que por su dardo supla-
»nuestra mano: de todos modos, más vale buscarla, que aguar-
»darla con tan largas penas: corramos pues, á aquel tran-
»quilo puerto de todas las tormentas de la vida. Para escapar
»de este desierto triste, la más pronta y más cómoda salida,
»sin tituber tomemos, y demos dulce fin á nuestros males, que
»contigo, será para tu Eva, hasta la misma muerte deli-
»ciosa.»

Dice: y la muerte que ha invocado ardiente, su palidez im-
prime en su semblante. Adan más resignado y más prudente,
de este modo la anima cariñoso:

«¡Cara Eva! Ese desprecio de la vida y sus placeres, mues-

»tra que ya sabes reprimir tus deseos, y desdeñar las dulces
»delicias del amor, con generoso corazon; mas, estás sedu-
»cida por tu pasion, si acaso esperas eludir con la muerte, los
»severos justos decretos del Todopoderoso. Anticipadamente
»se burla, créeme, de esas quimeras, de tus vanos proyectos
»lisonjeros. La vida y muerte están á su obediencia: teme irri-
»tarle más impacientándote: tiembla, que agrave nuestra
»desventura, que eternice la muerte, de manera que nuestro
»sér, bajo su mano fuerte esté siempre muriendo y nunca
»muera. Pensemos ¡oh Eva! mas juiciosamente.

»Acuérdate de aquella misteriosa expresion, que dijo Dios
»á la serpiente cuando la maldijo: que la mujer, bajo sus pies,
»un dia su cabeza orgullosa con triunfante valor debia que-
»brantar, ¡tarda venganza, pero inapreciable, contra el autor
»de nuestra lastimosa ruina! ¿Y quién sabe, si era la serpiente
»Satanás mismo, que de su figura se habria revestido con as-
»tucia para hacer nuestra pérdida segura? Si esto es así,
»cual yo me lo sospecho, se daría tal vez por complacido con
»su castigo el cielo, y compasivo, perdonaría al hombre su pe-
»cado. Y si nuestra impaciencia adelantára de nuestra vida el
»fin, ó del fecundo lecho los castos frutos estorbases, en que
»sus esperanzas tiene el mundo, nuestra dicha tal vez no se
»cumpliese, y la venganza justa se perdiera del fiero Satanás:
»él triunfaria: Dios nos trataría con mayor rigor cual súbd-
»tos pertinaces y soberbios, rebeldes á sus leyes nuevamente,
»y seríamos más desventurados.

»Tú te acordarás, Eva, cuan piadosa su paternal clemen-
»cia templó el severo rigor de su justicia, en el fallo que
»dió contra nosotros: ni un ligero ceño, ni una expresion
»amarga ó dura: su ira el tono tomó de la indulgencia: temia-
»mos morir en el instante, y dilató la muerte á una lejana é
»incierto época, al parecer muy lata. A tí te dió á entender que
»vivirías, diciendo, que parirías tus hijos con dolor. Tal fué
»todo tu castigo: y la esperanza de esa amada prole, en aquel
»hecho mismo prometida, te dejó de algùn modo consolada.
»No ménos compasion tuvo conmigo: mi pena fué, volver la

»endurecida tierra fecunda á fuerza de trabajo, y recoger el
»pan con mis sudores: sentencia nada cruel, aunque severa,
»mayor castigo fuera la ociosidad. Mis manos bastarán á
»alimentarnos, y Dios mismo, alabémosle, piadoso nos ha
»vestido ya, para guarecernos del calor, ó del rigoroso frio, que
»desnudos podria incomodarnos: con la oracion en fin, conse-
»guiremos enternecerle más. Si los horrores de la piedra y
»del hielo, ó los ardores del destemplado sol temer debemos,
»Dios nos enviará las artes industriales: y con ellas nos de-
»fenderemos.

»Mas, de las altas cimas de los montes presurosas descien-
»den, como ves, á cubrir los horizontes oscuras nieblas, y sil-
»bando el viento, quiere arrancar los montes de su base:
»busquemos un abrigo, y con destreza del sol amortiguado,
»reunidos en un foco los esparcidos rayos, las secas hojas,
»de que nos provee la maleza, encendamos, ó rozando unos
»cuerpos con otros, el ocioso fuego en ellos escondido, conmo-
»viendo, inflamaremos aún más fácilmente la materia dis-
»puesta, y con placer dulcísimo, un calor agradable lograremos,
»con que una noche cómoda se pase, sin que nos dañe el destem-
»plado ambiente. Asi has visto, del aire en las llanuras, cho-
»car unas con otras las negras nubes, hacer saltar el encen-
»dido rayo, y con él ardiendo el elevado pino, enviarnos un
»calor más delicioso que el del sol, y no ménos saludable.

»Créeme, ¡Eva querida! ha de vernos Dios con piedad:
»benigno ha de inspirarnos artes, con que podamos los proli-
»jos trabajos abreviar, fertilizar el duro suelo, y hallar ali-
»vio á nuestros males, hasta que á sus hijos, la tierra en
»sus entrañas cariñosa guarde, tal vez para otra dichosa edad.
»Vamos al puesto en que con clemencia tal el señor moderó
»nuestra sentencia: allí, postrados ante su divino acatamien-
»to, humildes suplicando, nuestra culpa detestando sinceros,
»á su bondad abramos el camino con nuestro amargo llanto:
»deplorando, ¡oh Eva! con corazon arrepentido, la ingratitud
»en que incurrido habemos: á su trono eminente nuestros tris-
»tes gemidos elevando. Si hasta ahora ha sido solo un indul-

»gente padre, y no un severo juez, cuando osades excusá-
»mos aún nuestros placeres malvados, confiando esperemos
»que enternecido con nuestro dolor, nos volverá su amor que
»hemos perdido.»

A estas palabras, en desecho llanto prorrumpen ambos, lágrimas de un impulso santísimo nacidas, que el mismo Dios á sus reconocidos espíritus infunde misericordioso. Al puesto, pues, en que su rigurosa sentencia se dió, caminan, y de hinojos confiesan al Eterno sus pecados. Amargamente su ingratitud lloran, é imploran humildes la bondad divina. Sus ardientes suspiros, sus gemidos, al trono eterno suben enlazados; de Dios la ira desarman, y con nueva piedad contempla á entrambos.





LIBRO UNDECIMO

El Hijo de Dios intercede por nuestros primeros Padres, que confiesan su culpa presenta sus oraciones á su Padre que las oye, pero que declara, que deben salir desterradas del paraíso. Envía á Miguel con una guardia de Querubines para echarlos de él, y le encarga que para su consuelo, les revele su suerte futura, la descendencia. Adán entre tanto, hace observar á Eva algunos signos funestos. Sale al encuentro de Miguel, que le anuncia su destierro. Lamentos de Eva con este motivo. Adán suplica su revocacion, y al fin se somete. El Angel le coloca sobre una altura del Paraíso, y le descubre en una vision lo que debe suceder hasta el diluvio.

Como el dulce rocío matutino por los áridos campos se derrama, así del seno del divino amor, suave desciende la celeste llama de la gracia, á los pechos afligidos de Adán y de su esposa; y sus remordimientos y dolores, en consuelo convierte, y esperanza. Rendidos oran, y la poderosa oracion que acompañan, la confianza y el sincero dolor, rápida vuela, los vastos campos de la luz cortando, en sus flamantes alas sostenida, al templo del Eterno encaminada: de ser de él rechazada no recela, con la infalible proteccion contando del Pontífice sumo que allí habita, hijo de Dios, y Dios, y medianero entre el hombre y su Padre, que ejerce su sacerdocio eterno, interesándose por el linaje humano, y ofreciendo á su Padre los ruegos, que sincero le dirige. Llevados por sus manos á su Padre, aunque en sí ningún aprecio merezcan, á sus ojos soberanos al punto adquieren infinito valor. Así la oracion de uno y otro esposo, en-

vuelta en aquel humo denso y puro, que del altar eterno del incienso asciende, ofrece al Todopoderoso.

«¡Padre mio! le dice, tu propicia mirada sobre mí vuelve: las
»primicias te ofrezco de tu gracia: el rendido dolor de un co-
»razon arrepentido: el propósito fiel: la fervorosa oracion con-
»fiada y respetuosa, frutos divinos, aún más agradables á tí,
»que cuantas admirables frutas el Eden deleitoso producía, que
»el hombre aún inocente te ofreciera han subido estos ruegos
»fervorosos, del altar de oro entre los aromáticos sacros per-
»fumes, y los he admitido como un fruto sincero del arrepen-
»timiento, y un tributo de gloria, que yo mismo he respetado.
»Recibe, pues, las rendidas oraciones del hombre, conducidas
»por tu Hijo. Pues que por los humanos quiero ser yo vic-
»tima, sacerdote, y medianero, les consagro desde hoy mi vi-
»da y muerte. Justos ó delincuentes, de su suerte yo me en-
»cargo; yo haré que puras sean sus buenas obras, y de las im-
»puras satisfará mi sangre la indulgencia: el suplicio de un
»Dios, en los derechos los restablecerá de la pureza. Con
»todo, mientras duren los estrechos límites puestos á su vida
»mortal, se verán por los males oprimidos. Que sufran el
»castigo resignados: que mueran; pues que yo, de tu piedad
»jamás pretenderé sea abolida, sinó solo aliviada, la sen-
»tencia. Pero llegará un día, en que conmigo, borrado de sus
»culpas el recuerdo, unidos, como yo lo estoy á tí, á la
»dicha renazcan, y á la gloria.»

»Todo cuanto me pides, ¡oh amado Hijo! responde el Padre
»eterno, está otorgado. Mi justicia y piedad han decidido la
»suerte de los hombres; pero deben desterrados salir de ese
»delicioso Edén, en que aun habitan: que se lleven consigo su
»impureza y su quebranto, pues ni culpas ni penas aquel sa-
»grado suelo permite. Si: esos malhechores habitar deben ya en
»otros lugares ménos puros: usar de otros manjares mas gro-
»seros; pues que ellos han sido los introductores del inmundo
»pecado. Los que con él han contagiado el mundo, que pa-
»guen de algun modo esos perjuicios.

»El hombre recibió en su nacimiento de mí, entre otros, dos

»beneficios grandes, á saber, la felicidad y la inmortalidad.
»Perdida ya su dicha, si aun siendo inmortal, sería su tormento interminable: así, por piedad pura, le he señalado un término en que muera, y breve: si él sabe aprovecharlo, si á mis preceptos leal, glorioso triunfa en el combate cruel, está segura su recompensa para cuando acabe. Al salir, como el oro refinado, del doloroso crisol de las tribulaciones que le abrumen su alma sublime, desprendida del inocente barro en que está envuelta, pasará á un lugar puro sin tardar por la esperanza y la calma habitado, hasta que llegue el venturoso día, en que mis escogidos numerosos, completen nuestra corte reunidos. El Cielo ha visto ya su rebeldía castigada, y la tierra delincuente la pena ha de sufrir que corresponde. Este rigor hará, que los humanos observen mis soberanos preceptos.»

Dice, y su Hijo inclinado, acatamiento le hace: al punto resuena la celeste trompeta, cuyo sonoro acento llena el Cielo dilatado: la misma es, que despues en la alta cumbre del Sina, envuelta en lumbre espantable, al bajar el Eterno, aterró tanto al acampado pueblo santo de Israel; y la propia tambien, que en lo futuro hará salir los muertos del sombrío sepulcro, cuando en llamas consumido exhale el mundo el último suspiro. Apenas del Señor ha publicado el heraldo celeste con robusto pecho el augusto decreto, cuando de nuevo el Cielo se extremece al son de la trompeta repetido, que redoblado por los ecos crece. Los hijos de la luz, los deliciosos verjeles de amaranto dejando presurosos, y las orillas deleitables del río de la vida, en que bebiendo el néctar puro, alegres disfrutaban de la felicidad, vienen corriendo al templo eterno: sus innumerables turbas aquel vasto ámbito llenaban, y silencioso cada uno adorando á Dios, iba ocupando su silla de oro.

De esta manera entónces, del trono divino eterno, de donde el destino del universo pende, á su brillante corte celeste habló el Omnipotente:

«¡Hijos míos! habeis visto que ansioso de saberlo todo, el hombre ha pretendido de su alto Dueño la ciencia conseguir.

»Puede estar orgulloso de ese conocimiento que ha adquirido del bien y el mal, con su desobediencia. ¡Cuán cara ha de costarle esa soñada ventaja! Más feliz hubiera sido el triste, manteniéndose en la ignorancia inevitable en su alma limpiada, que en dejarse cegar por su vanidad. Víctima al fin, de los remordimientos, desengañado ahora de su locura, mi piedad implora con sincero dolor: si sus lamentos compadeciendo, yo le perdonara desde luego, del árbol de la vida quizá también el fruto le tentara, y un fatal beneficio para él fuera, que haciéndose inmortal, de su afligida y miserable suerte, la carrera funesta prolongara por una eternidad.

»Toma, pues, ¡oh Miguel! una hueste de Querubines escogidos: con ellos vé, y que guarden vigilantes del Edén en contorno los confines: no escuches la piedad: parte, y extraña á aquellos dos profanos habitantes de su sagrada y venturosa tierra; pero no te armes de un severo ceño: al paso que castigues al culpable, no agraves mas su miserable suerte. Trátale en lo posible con dulzura: de sus remordimientos el sincero clamor á mi ha llegado: si se humilla su corazón, y observa con sumisa obediencia mis leyes, su amargura tira á suavizar, con la esperanza de un futuro y próspero camino (1) Indicales de lejos el sagrado medianero, á salvarlos destinado. Vé, pues: cerca de guardias prontamente el Edén: desnuda tu resplandeciente espada: que centellas inflamadas vibrando, cierre las entradas todas: cuida, que el astuto, ángel infernal de seducir al hombre no haga prueba con ese otro, ahora más funesto fruto, y su hambre y sed sacrillega no excite.»

Así acaba, y Miguel en el instante, ordenada su escuadra fulminante, parte: cada guerrero cuatro frentes presenta, y en las relucientes, alas como en sus cuerpos, inflamados brillan miles de vivos ojos esparcidos, nunca cerrados, que muy fácilmente hacen eterna, exacta centinela. En esto, la mañana ya nacia, y perlas en las flores derramaba: á los perfumes que éstas exhalaban, mezclábanse los de las oraciones que humilde Adán dirigia al Todopoderoso. Su pecho, desmayado

hasta entonces, de un nuevo y vigoroso calor por grados siente que se anima, y el gozo en su interior, equilibrado con la tristeza, opone en la platillo á su temor, un rayo de esperanza.

Mas tranquilo, á su esposa así comienza á explicarse, y como bálsamo escogido su discurso conforta su apenado corazón: «¡Oh Eva, dice, cuántos bienes, á la piedad de nuestro Dios debemos! Cuantos tiene tu esposo, cuantos posees, son tuyos. ¿Y con qué pagar podemos tanta bondad? Más, ya que no alcanzamos á agradecerle como es nuestro anhelo, le aplacarémos con la fervorosa oracion consagrándole rendidos nuestros dos afligidos corazones. Una sincera lágrima es bastante, para apagar de pronto en su piadosa mano, la llama de su fulminante rayo. Yo mismo soy de ello testigo; cuando en tu compañía, con mi ruego busqué poco hace abrigo en su piedad, me pareció notar, que desde luego aclaraba su ceño nebuloso, y bondadoso sonreía.

»Me volvió desde entonces la esperanza, y de la paz, la bonanza con ella; aun oigo la promesa milagrosa, aquella su expresion consoladora:» Una mujer será, de la atrevida serpiente, vencedora con el tiempo, «esta palabra, que en aquel momento borró de mi memoria un miedo helado, propio de la ocasion, ahora, aliviado mi corazón, de nuevo ya á mi oído suena. Aquel mismo instrumento débil, por el que el hombre ha sido seducido, de su venganza servirá al intento. »Temia antes la muerte, y ahora excita mis esperanzas. ¡Tú, mi amada esposa, Eva, madre bendita del linaje humano, destinada á restaurar el mundo, cuan gozoso te doy de madre el glorioso título!»

Eva, bajos los ojos, con modesta expresion le responde: «¡Amado esposo! ¿Cómo puedes tratar con tal ternura á la afortunada funesta de tu ruina, á la misma que nacida para hacer-te feliz, por su locura te puso en desventura tan horrible? »Eva, que trajo al mundo la homicida muerte, ¿es creíble, que aun le dé la vida? La ignominia era el único salario competente á mi temerario exceso, no ese amable y honroso

»título: pero de ese jardin, en que dichosos hasta ahora
»hemos vivido, cuyo suelo, ya ingrato, endurecido desde hoy,
»á fuerza solo de sudores, corresponder podrá á nuestros tra-
»bajos. Es ya hora que cuidemos. ¡Y qué dia tan triste nos
»aguarda, tras de una noche entera de desvelo cruel, en que no
»hemos hecho más que llorar! Desentendida con todo de
»estas penas, ya la aurora, exacta en despertarnos, viene
»ahora, del bullicio seguida, á desterrar el plácido reposo, la
»entrada abriendo al luminoso astro.

»Vamos, pues, ¡caro Adán! al olvidado trabajo: en adelante,
»jamás me apartaré de tu lado: en tu compañía, el dia me ve-
»rá, como la noche. Y ahora, supuesto que el Señor tolera
»que este hermoso paraje aun habitemos, por mucho que nos
»cueste, procuraremos que fructifique. Dios no nos hubiera
»dejado en él, si no nos tuviera amor. Perdimos otros bienes
»más preciosos, mas, contentos con éste, no amarguemos su
»goce con dolorosos recuerdos.»

Así Eva humilde y tierna discurría con Adán. ¡Mas, cual era el desaliento de éste, al ver toda la naturaleza mudada, que á sus ojos no ofrecía, mas que motivos de terror y duelo! El alba apenas colora los campos con su luz pura y alegre, cuando asoma una asoladora nube, que la oscurece con espeso velo, una águila feroz, desde la altura del inflamado y tenebroso cielo, se precipita sobre dos brillantes aves que huyen al punto, y corta el viento tras de ellas. El leon busca ya hambriento su presa, y deja los enmarañados bosques, al descubrir en los distantes campos dos cervatillos: aterrados con su vista, hácia Edén rápidamente huyen; pero él, no ménos diligente, corre tras ellos, con furor rugiendo. Con los ojos los vá siguiendo Adán, y de aquellos agüeros aflijido, á su tímida esposa así se explica:

»Ya lo ves, Eva, el Cielo aumenta las señales, de que aun
»está encendido su enojo. Si el Eterno silencioso se mantiene,
»repite el espacioso mundo al rededor nuestro con gemido, el
»grito de la muerte, que en nuestra alma penetra, y nos des-
»vela con terrores. El Señor por ventura se recela, de que

»entregados á una falsa calma, de que hemos de morir nos
 »olvidemos, y con esto hace que lo recordemos. Por más que
 »nuestra muerte se difiera, producidos del seno de la tierra,
 »un día en él seremos recogidos: esta suerte infalible nos
 »aguarda.

»¿Mas cuál será este día? ¿Qué ca-
 »mino conducirá, por la region de-
 »sierta de la vida, á cada uno á
 »aquel destino? Una lóbrega nube
 »nos lo oculta, y estos crueles ob-
 »jetos más agranda. Todo es dudoso;
 »mas la muerte es cierta, testigos
 »esos tristes moradores de la tierra
 »y del aire, cuya huida, que has
 »visto, á un mismo asilo encami-
 »nada tal vez no habrá evitado el
 »furor, la rapidez de sus persegui-
 »dores. También lo es esa noche,
 »que amortigua la luz del día, ape-
 »nas aparece.

»Pero mira al ocaso: en este mo-
 »mento, ¿ves que la oscuridad de
 »una brillante luz se reviste, como el



»más hermoso día, y en pompa dirigir parece lentamente
 »hacia aquí, en un luminoso carro, algún procurador celes-
 »tial á nosotros enviado?

No se engañaba: el divino escuadron, brillante, se acercaba á su destino. Al paso que se aleja del cielo, deja un surco de resplandor, en los líquidos aires, hasta tanto que para sobre el monte santo de Edén. ¡Cuán grata aquella escena hubiera sido para tí, Adan, si los remordimientos, las inquietudes, y el sentimiento de la vergüenza no hubieran roído tu corazón, amorteciendo tu vista! No fué tan majestuosa la vision de Jacob, cuando del Cielo vió pendiente la escala misteriosa, y bajar hasta el suelo los ejércitos angélicos formados, de inmortales fulgores encendidos. El Arcángel radiante, manda á su escolta cerque en el instante al Edén, y él, calando la espesura del monte, divisa á Adan en la llanura.

Adan le ve venir, y estremecido de un terror santo, dice así á su esposa:

«Eva, prevente á oir una embajada celestial: estará determinada nuestra suerte, ó tal vez, habrá querido la bondad piadosa de nuestro Dueño darnos alguna trégua. Allá en la cima del monte, advierte aquella nube de oro, que á ella ha llevado del celeste coro una escuadra: repara, que solo hácia nosotros se aproxima un guerrero, que de ella se aparta. Su aire noble, el majestuoso porte, indican que algun grande potentado es de la corte Empirea. Nada noto en sus ojos, que motivo nos dé de recelar; mas, su semblante sin embargo, no tiene aquel agrado de Rafael, aquel dulce atractivo, con que nos encantaba. Yo, adelante á recibirle voy, con el respeto que se debe á su clase y á su aspecto: tú, aquí espera apartada.»

Se encamina, y el sacro mensajero, en figura de un hombre, la elevada cuesta baja: á intimar viene el severo decreto del Señor: mas, con dulzura su resplandor templando, porque Adan totalmente no se espante. De una fuerte y magnífica armadura guerrera está vestido, y su presencia es heroica: al viento van ondeando, de su manto de brillante púrpura, los vastos pliegues. Ni remotamente competir pudo en la magnificencia con aquella, la luciente púrpura que se labraba en la soberbia Tyro, extraida de aquel pez famosísimo y hasta tres

veces con primor teñida. Ni tampoco en riqueza la igualaron los bellos trajes, que en el vasto giro del Asia voluptuosa se tejían para los reyes, y los más famosos héroes, cuando de sus belicosos triunfos, brillando de esplendor y gloria, en la paz celebraban el recuerdo. Su varonil belleza, presentaba la juventud florida, unida á la prudencia de la edad: en el hermoso tahali brillaba el celeste Zodíaco, y pendiente de él traía el acero fulminante, terror del orgulloso Satanás, que cual viva llama ardía, y la terrible lanza en su valiente diestra irradiaba.

Adan, ambas rodillas hincadas en el suelo, le saluda humildemente. El ministro del cielo, guardando su elevada jerarquía, sin volverle el saludo, ni inclinarse, de esta manera á explicarse empezó:

«Tus oraciones, la piedad divina se ha dignado admitir. »Dios pudiera castigar sus derechos ofendidos, por medio de »una muerte repentina, agradécele, pues, que la difiera. De »bondad lleno, quiere darte tiempo, para que con mil frutos es- »cogidos de virtudes, redimas por tu parte el exceso fatal, de »haber probado aquel, que con rigor te habia prohibido. A este »precio te arranca del horrible abismo del infierno; mas desde »ahora, jamás habitarás este apacible jardin, pues que el Se- »ñor te destierra de él. Obedece rendido sin demora: parte lé- »jos de aquí, por ese mundo un asilo á buscar: eterna guerra »haz á su vasto y árido terreno: con tu sudor lo volverás fe- »cundo: naciste en él, y su maternal seno te dará, mientras »vivas, alimentos y abrigo eterno despues de tu muerte.»

A este discurso, Adan mudo de espanto, se siente helar la sangre. Eva, escondida no muy léjos de allí, en lo más secreto de un bosquecillo, oido este decreto de su destierro, de un mortal quebranto al punto enajenada, su guarida descubre con sollozos y lamentos, que aumentan de su esposo los dolores.

«¡Oh golpe para mi ánimo afligido, Eva gritaba, mas cruel que el de la muerte! ¡Con que ya no hay recurso, he de perderte ¡oh deliciosa tierra! ¡Eden querido, felices campos, en

»que yo naciera envidiados del Cielo, he de dejaros! ¡Ay
»tristé! En medio de mis dolorosas penas, me lisonjeaba de
»habitaros, de haceros dividir mis lastimosas quejas y mis la-
»mentos, y ahora mi desconsolado corazon, llevará solo los
»remordimientos, y el recuerdo de haberos profanado. ¡Oh
»vosotras, objetos preferidos por mi cariño, flores deliciosas,
»adios! No me vereis ya, á las primeras muestras del día,
»vuestros escogidos cálices presentar á los lúcidos rayos de
»un sol benigno: cultivar tiernamente vuestra infancia: con
»frecuente riego animar vuestros desfallecidos retoños, y sem-
»brar vuestras escogidas semillas, para daros nueva vida en
»una prole bella y numerosa. ¿Quién desde aquí adelante sabrá
»diestramente, dar el terreno á cada tribu vuestra, propio para
»criarla más hermosa? ¿Quién nombres os dará, correspon-
»dientes á vuestras diversas calidades? ¿Quién os tendrá el
»amor que yo os tenia? Cada mañana, con afan corria á cui-
»daros: la tarde, me encontraba con vosotras: la noche, me
»privaba sola de vuestra dulce compañía: con las aguas de
»Eden cuidaba de refrescaros: solo puedo ya regaros con-
»amargas lágrimas de mis ojos.

»Adios, pues, para siempre, ¡amadas flores! Vuestros dul-
»ces perfumes y matices no hallaré en otra parte: una region
»desierta, sí, que de espinas y de abrojos, como mi cora-
»zon, esté salvada. Y tú, que de guirnaldas me esmeraba en
»adornar, á cual más primorosa, ¡triste de mí! Cuando aún era
»feliz, ¡oh nupcial lecho! ¡Cuán léjos estaba de pensar que
»jamás te dejaria! ¡Adios te queda! ¡Día desgraciado! ¿A
»qué climas, en qué yermos espantosos iremos á extraviarnos?
»¿Acaso tierra habrá, que pueda darnos los frutos deliciosos de
»este suelo? ¿Qué alimentos encontraremos ahora, que pue-
»dan reemplazar lo que perdemos? ¡Adios Eden! Un sueño li-
»sonjero fué tu goce, tan breve como efímero.»

Al oír estas quejas la amargura, procura consolarla el divi-
no ministro, interrumpiendo sus dolorosos gritos, y di-
ciendo:

«No llores, Eva, lleva con paciencia las pérdidas que bien

»has merecido: no abandones con tanta renitencia, unos bien-
»nes que tuyos nunca han sido. Parte: sola no vas, sigue á tu
»esposo: si amándole, con él dividir sabes tus penas, serán
»mucho ménos graves, y tu destierro menos trabajoso: con
»él encontrarás en cualquier tierra tu patria y de tus males el
»consuelo.»

Al oírle, Adán se calma, y resignado, así dice al diputado celeste:

«¡Oh tú! Cualquier que seas eminente ciudadano del Cielo,
»que das á conocer con tu presencia, de tu dignidad suma lo
»excelente, como has sabido con bondad y cautela, á ejercer
»tu oficio riguroso, suavizar su doloroso efecto! Si no hubie-
»ras tenido esa indulgencia, el decreto fatal que hemos oído,
»hubiera sido el fin de nuestra vida. ¿Y que mayor desgracia
»era posible nos sucediese? ¿Qué otro más tremendo golpe, que
»ese destierro? ¡Ay miseros y tristes! A esta patria feliz acos-
»tumbrados, á estos campos celestes, su segura posesion con-
»solaba nuestras penas en nuestra desventura, era el único bien
»que nos quedaba. ¡Y perderlo! ¡Y huir! ¿Adónde iremos á dar
»con nuestros días lamentables? Fuera de este recinto, no ha-
»llaremos otra cosa que yermos espantosos, extraños total-
»mente para nosotros, como lo seremos para ellos. ¡Ah! ¡Si
»yo esperar pudiera, que ese dueño, que adoro tan clemente,
»atendiera á mis humildes ruegos, con qué ardor á sus plan-
»tas me postrara, á implorarle de nuevo!

»¿Mas, qué harían mis rendidas súplicas? ¡Ah! Son ya tar-
»das para ser oídas. Fuera solo oponer mi flaco aliento, al fie-
»ro impulso de un deshecho huracán; y mis instancias, léjos
»de aplacarle, no harían, puede ser, sino indignarle más. Hu-
»milde, pues, la justa providencia de mi Dios obedezco: lo que
»siento más, al dejar esta feliz morada, esta mi amada patria,
»es verme desterrar de su presencia divina. Si á lo ménos
»permitiese, que para alivio de tan cruel ausencia, de tiempo
»en tiempo volviere á este jardín, su sacro suelo todo recorre-
»ria, y en los lugares, en que se ha dignado dejarse ver de mí,
»con el amor de un padre cariñoso, con el mismo fervor le

»adoraria. Por todas partes buscaria ansioso, los rastros de
»los dones y favores que me ha hecho, registrando los primo-
»res de sus obras divinas, y podria á mis tiernos hijuelos, reu-
»nidos alrededor de mí, que con delicia me oirian, de ellos
»dar la útil noticia, y dejarlos esculpidos en sus pechos.

»Sobre esa excelsa cumbre, les diria, (jamás se borrará de
»mi el recuerdo) á mi se apareció por la primera vez, con toda
»la pompa de su gloria. Entre esos verdes pinos, frecuente-
»mente su voz oí: gocé de su presencia en aquella arboleda: en
»la ribera de aquel arroyo, recibió benigno mi humilde vasa-
»llaje. Delante de mis hijos, alzaria entónces un altar, en el
»mismo paraje, que fuese un constante signo de nuestro
»amor y humilde rendimiento. De las piedras y céspedes ha-
»ria del mismo arroyo el monumento sacro: sobre aquella ara
»rústica, las flores y la mirra escogida, sus olores uniendo,
»un puro incienso á la grandeza de Dios daria la naturaleza.

»Mas, en esos desiertos nebulosos, en esos climas frios que
»debemos ir á habitar, ¿en dónde encontraremos de su augus-
»ta presencia los preciosos vestigios, de sus dones los sagra-
»dos recuerdos? De su vista desterrados: objetos de su cólera
»seremos. ¿Mas qué digo? Algun rayo de esperanza templa al
»presente la tristeza mia: dices que aún nos perdona, que
»difiere nuestra muerte, que quiere que en numerosos hijos
»renazcamos: si su ira, justamente nos castiga, su piedad,
»condulzura nos mitiga la pena. Aún de la dicha disfrutamos
»de poderle adorar; bien que remotos, y de esperar, que en
»los desiertos cerrados de ese lóbrego mundo, adonde vamos de
»su benigna luz alguna pura vislumbre aclare nuestra oscura
»suerte.

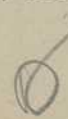
»Destierra un miedo que al Señor disgusta, le responde Mi-
»guel: ¿piensas acaso, que su excelsa presencia no se extien-
»de más que al terreno escaso de ese jardín? Su inmensidad,
»contiene y llena el universo: el soberano cetro del aire y de
»las ondas tiene, y la terrestre esfera está en su mano: por
»él respira el hombre: de él recibe cuanto alienta, la vida, y
»en él vive. Si de Eden el imperio te ha entregado, ¿creerás

»que á él esté el suyo reducido? La capital del mundo hubiera
»sido tu jardín, si no hubieras faltado, y tu noble y fecun-
»da descendencia de innumerables pueblos, esparcida por
»todo el mundo, hubiera concurrido aquí, para prestarte la
»obediencia, á tí debida como á su padre y rey. Tu crimen te
»privó de estos derechos, y os debeis ahora dar por conten-
»tos, de que tenga el Eterno la indulgencia de dejaros vivir
»tranquilamente en un terreno, en que, aunque ménos puro,
»hallareis alimento suficiente para vosotros, y vuestro futuro
»linaje. Sobre todo, aunque invisible, como en todo lugar,
»allí presente, Dios oirá vuestros ruegos bondadoso: vuestra
»naturaleza corruptible sostendrá, y os hará ménos penoso el
»triste curso de esta vida mortal.

»Ahora, para instruirte y dejarte libre, antes de tu salida de
»aquí, de tus terrores infundados, de órden del Cielo voy á
»revelarte en perspectiva exacta, mas ligera, la suerte, á que
»estais tú y tu venidera raza, aun la más remota, destinados.
»Verás en ella unas vicisitudes extrañas: una mezcla incon-
»cebible de dichas y desgracias: levantadas á veces hasta el
»Cielo las virtudes: las viciosas pasiones sepultadas por su
»turno en el cieno más horrible: el bien cerca del mal, con
»indecible confusa liga: el orbe gobernado en partes, por las
»leyes del Eterno, y en otras, torpemente oprimido, bajo el
»tirano imperio de los infiernos: uno al otro la tierra disputan-
»do, consiguiendo, ó cediendo la victoria. Si todos estos cuadros
»registrados, los imprimieres bien en tu memoria, tu orgullo
»contendrán con provechoso terror, y enseñarán á tu constan-
»cia varonil, á que lleses moderado los bienes y los males sin
»flaqueza, y de una suerte insegura con reposo siguiendo el
»curso vário, el temeroso último día resignado veas.

»¿Ves aquel alto monte? Subiremos á su cumbre, y en tanto
»que tu esposa se entrega al sueño, que mi cuidadosa mano
»sobre sus ojos ha vertido, en grande, desde allí recorreremos
»por todo el orbe, tendido á nuestros piés, la suerte que á los
»hombres se destina.

»Contigo voy adonde me dirige tu bondad, dice Adan



»ya mi constante ánimo corre intrépido delante de todos
»cuantos males conjetura: sea cual sea su peso, los recibo, y
»con valor trepando por la dura senda, que seguir debo mién-
»tras viva, arribaré, aun que trabaje mucho, con feliz calma
»al término del viaje.»

Entrambos van en aquel mismo instante, adonde se ha de abrir el negro abismo de lo futuro. Al fin de Eden estaba la alta cumbre que al orbe dominaba, y una serenidad inalterable y perpétua, allí tenia su asiento. No fué tan alto y claro aquel famoso monte, adonde el tirano detestable del infierno, con bárbara osadía llevó al Hijo del Todopoderoso, y desde dónde, sin saber quién era, le mostró toda la esfera terrestre: una por una cada monarquía: su poder y riqueza: y orgulloso de seducirle con su perverso ardid las ofreció al Señor del universo. Adán de allí la vista ya extendía, un espacio infinito divisando; pero como debía ir registrando objetos más distantes y mayores, que habian de exigir mejores ojos que los suyos, Miguel su vista escasa, por la terrestre niebla oscurecida, con un celeste bálsamo conforta, y despues, con dos gotas de la clara agua del sacro rio de la vida, como el cristal más puro se la aclara. Una llama por ella de repente pasa, y su alma ilumina interiormente, mas tanta luz le deja deslumbrado, y su vigor de tal modo aniquila, que desmaya.

El Angel de la mano le levanta, y su valor anima, así diciendo:

«Toda esa muchedumbre que aquí miras, de infelices, de
»tí es originada, y condenada por sola tu culpa. (2) ¡Oh crimen
»contagioso cual fecundo, de cuántos otros el mundo llenarás!»

Adán, en esto, ve un campo espacioso, cubierto de un enjambre innumerable de segadores: al lado opuesto un rebaño extendido por un prado, y cotos, que las tierras separaban ya, que los varios dueños poseian. En el campo feraz que se segaba, sobre la verde yerba elevábase en medio de un altar rústico, y en su ara una porcion de espigas, recogida sin elección alguna, y ofrecida como primicia, por la mano avara de un dueño escaso, que contra su gusto, al cielo paga aquel

justo tributo. Sus sudores han fecundado el campo, y aun de sudor está inundado su rostro.

En aquel mismo punto, con modesto semblante, está un pastor en otro cercano altar, presentando al Eterno lo más sano y más lucido de su numeroso rebaño: sobre ramos inflamados, arden los intestinos, y mezclados el humo y el vapor del oloroso incienso, todo junto como nube cándida, el Cielo sube. Cae de pronto un rayo luminoso sobre el altar, y al inocente indica que el Cielo ha recibido favorablemente su sacrificio. El otro ménos digno, igual consuelo no dió al mezquino dueño, que rabioso de envidia un grueso canto arrebatando, corre, lo arroja contra el virtuoso pastor, y le abre una mortal herida. Cae el justo, y su sangre derramando, pierde con ella su inocente vida

A esta desgracia, horrorizado Adan, al Angel dice: «¿Qué malvado furor, sin respetar las aras, ni el augusto Dios que en ellas se adora, se ha atrevido á verter esa sangre santa y pura, á privar de la vida á ese hombre justo? ¿Y es este aquel amparo por ventura, que Dios á la virtud ha prometido?»

»Su guia le responde tristemente: hijos tuyos, ¡oh Adan! esos rivales son entrambos; mas ¡oh cuán diferente, de cada uno es la suerte! Ese piadoso pastor dotado de las celestiales gracias, muere víctima del furioso odio, que le juró su mismo hermano. Devorado de envidia el inhumano, al verle preferido por su Dios, todo respeto y ley echó en olvido. De su delito pagará la pena á su tiempo, ese cruel, al que enajena, cual ves, ya, el roedor remordimiento, y le hace revolcar en el sangriento suelo, su horrible exceso deplorando, y de obtener perdon desesperado. Entónces por experiencia podrá ver, cómo venga un Dios justo la inocencia.»

«¡Oh mónstruo! exclama Adan, ¡rabia implacable, en la causa y execrables efectos! ¡con qué, testigo de suerte tan dura, sin sufrirla aún, ya sé lo que es la muerte! ¿Este es, pues, el camino que ha de pasar el hombre desgraciado, para volver á su primer destino? ¡Oh muerte, que, con solo haber visto tu muestra, me pareces tan horrenda, es preciso, que seas insu-

»frible! ¡oh vida desgraciada, aún es más dolorosa tu salida!»

»Destierra ese temor, cobra tu aliento, le dice el ángel; es lo que ahora viste de un fratricidio cruel la triste imagen: te aterró el espectáculo sangriento; mas, no siempre la muerte tan terrible aparato presenta á los vivientes: todo hombre á parar va á su alojamiento tenebroso; mas Dios los lleva por diferentes sendas: lo que más sensible se hace en aquella morada fúnebre, es la tristeza y luto de su entrada; mas para todos es un paradero indispensable. El afilado acero, del uno, ántes del término debido, corta la vital trama: otro, muere sumergido en las ondas: á aquel, consume la encendida llama: á otros, acaba la hambre; y á muchos la abundancia, abriendo ancha carrera á la intemperancia desenfrenada de la cual nacen casi cuantos daños son para los humanos tan fatales. Eva, la abrió la entrada la primera con su ejemplo, y sus desgraciados hijos, serán por ella misma castigados.

»Ven, registra ese asilo lamentable de los dolores: nota ese espantoso enjambre de variados y crueles males, que en mil aspectos horrorosos llenan, ministros fieles de la muerte, la gran capacidad de sus inmundos muros, y con los mismos ponzoñosos hálitos de los muertos, inficionan á un número mayor de moribundos. Dentro de esos dominios temerosos, es donde se amontonan cuantas penas padecen los humanos. La rabia, con los ojos centelleantes: del delirio los ímpetus insanos: la locura variando por momentos mil ideas extrañas: el cólico, torciendo las doloridas entrañas: la piedra, atormentando: las úlceras roedoras, destrozando los cuerpos á porfía: la amarilla vigilia, con hundidos ojos: la tos ferina, estreñeciendo los oídos: la melancolía, con lánguido mirar: al apurado asma, siempre alentando, y siempre ahogado: la hidrópica hinchazón: la consumida tisis: el fiero hervor de la encendida calentura; el catarro, encrudeciendo los humores, y el pecho endureciendo: de la acre gota los intolerables dolores; y entre tantas calamidades formidables, la devastadora peste, que devora sola más vidas en un breve momento, que en muchos días su sangriento escuadrón.

»Mira los infelices, entregados á esos crueles verdugos, re-
»volcarse, torcerse desesperados de dolor: repara que no ce-
»san de quejarse, de gemir, de gritar continuamente: cada se-
»xo, su diferente clase tiene de males: las edades cuentan los
»suyos, que á cada una la atormentan: el terror, las angus-
»tias, y la loca desesperacion, corren presurosas de cama en
»cama, van de boca en boca, excitando las quejas lastimeras:
»la muerte cruel las sigue, y vibrando su homicida arma, á
»veces suspendida la tiene, y sorda á todos los clamores, cien
»veces, cual abrigo el mas propicio, por sus víctimas tristes
»invocada, de oírlos lamentar se regocija, á proporcion que
»crecen sus dolores, en prolongar se esmera su suplicio. ¡Ah!
»¡Qué mortal feroz será, al que tal colmo de males no derrita
»en llanto!»

Al ver tales horrores, Adán, por más que nada ha recibido de la mujer, pues que es de Dios hechura se siente desmayar, gime, suspira, y helado de terror contempla al Cieló. Un torrente de lágrimas inunda sus ojos, y con desfallecido acento, á su afliccion profunda, abre en estas palabras la salida:

«¡Oh suerte horrenda! ¡Oh raza desdichada! ¡Parad, crue-
»les tormentos! Ya que quiera el Señor que perezcamos, ¿por
»qué hacernos morir en tantas veces? ¡Oh tú, con tales ansias
»invocada, ven muerte á socorrernos! Los momentos, hasta
»verte llegar, tristes contamos. ¿Si tu espantosa copa, hasta
»las heces ha de ser consumida por los hombres, para qué se
»nos dió, ó se nos impuso, el yugo de esta vida intolerable? O
»darla de una vez, ó en el confuso abismo de la nada, dejar
»nuestra fatal casta en el olvido. ¿Formó Dios estos edifi-
»cios débiles de nuestros cuerpos, para entretenerse en des-
»truirlos á fuerza de suplicios? ¿Ignora que por sí han de di-
»solverse?»

«¡Ah! Si previera el hombre, al ser en este mundo introdu-
»cido, los males que le aguardan en la vida, de la cuna asus-
»tado atrás volviera. ¡Oh Dios que le criaste! Por malvado que
»sea, ¿cómo es posible hayas querido borrar tu misma imagen,
»esculpida en su rostro? ¿Ese timbre le habrás dado solo por
»adornarle cual víctima, sacrificándole al fin?»

»Adan, replica el Angel: hablas engañado, é injusto: el hombre delincuente, de su rango caido para siempre ya nada de Dios tiene. Cuando hollaste su precepto, á los brutos te igualaste, separándote de él. En aquel instante en que se entregó el hombre á su grosero apetito, borrado el fiel trasunto, la imágen del Señor, á su torpezale abandono, y así tu lastimero dolor, no desfigura ya las facciones de su pura imágen, sinó sola tu vil naturaleza:

»Bien: dice Adan; al Cielo me someto y á volver á la tierra me limito, ¿más para qué esa muerte, cuyo horrible ceño me atemoriza? ¿Faltaria, para pasar á su morada fria, otra senda más corta y apacible? ¿No podia ella misma disfrazarse, y presentarse ménos espantosa?

»Pues solo en tí consiste el despojarla, replica el Angel, de ese aspecto fiero; tu puedes fácilmente transformarla en un sueño dulcísimo: ten sujeto tu apetito: disfruta parcamente de todo lo terreno: haz que presida la modesta templanza á tus comidas que el comer y el beber no á tu golosa ánsia se arreglen, sino solamente á tu necesidad, á una juiciosa y justa moderacion: de esta manera, de la vida alargada el curso cuando tu día llegue, sin dolor, sin tormento, ni agonía penosa, por la tierra reclamado con la marca del Cielo, será tu muerte un sosegado sueño. Cual la madura fruta al suelo en el otoño, ó cede fácilmente á la mano al cogerla, dulcemente caerás tambien, tú de días buenos lleno, en el maternal seno de la tierra.

»Será, despues que la helada vejez haya venido: ya tu frente arada de arrugas estará, y la tez oscurecida, de la juventud toda la frescura habrá perdido: la cabeza nevada blanqueará, y tu vigor desfallecido, cual los mismos sentidos embotados, no podrán saborear ya los placeres naturales. Aun tu sangre empobrecida en las venas rígidas, algunas gotas conservará apenas del bálsamo suave de la vida. Arida el alma misma, y abrumada, de la juventud, pierde marchitándose, la alegría, y mirando lo actual como quimérico, en lo futuro nada espera.

»Convengo, dijo Adan, pues me aseguras, que nos impone

»la naturaleza, la dureza de esta pesada carga, que en adelante, de mis amarguras no prolongará mi alma los sensibles recuerdos, antes bien, su diligente cuidado cifrará en hacer sufribles las penas de esta dolorosa vida, y en aguardar, lo más tranquilamente que pueda, su penosa catástrofe.

»No debes amar la vida con exceso, le responde Miguel, ni aborrecerla: con tu odio, la tendrías oprimida: mucho afecto podría corromperla: ¡triste el que la detesta; y desgraciado el que está entregado á ella ciegamente! Mientras vivieres, virtuosamente tira á vivir: lo suficiente es esto: deja que el cielo con lo demás cargue, y que abrevie tu vida, ó que la prolongue: pasemos ahora á escena más alegre.»

Dice: y á aquella vista de dolores, otra sucede al punto deleitosa: se deja ver una campiña llena de tiendas de campaña, de colores varios, y alrededor en las praderas, muchedumbre de ovejas, de terneras, y de vacas lozanas, despuntando la tierna yerba, y olorosas flores: mas cerca, encantando los oídos, sus acentos armónicos unian oboés y laúdes melódicos: otro mortal entre ellos, se ocupaba en recorrer con dedos primorosos, un clave; cuyos ecos competían con los de una arpa, que otro manejaba, de unas en otras, rápido saltando las cuerdas. Entre todos, ya apurando las notas, ya con sabia y moderada lentitud, arreglándose en los varios tonos, ó concordantes ó contrarios, ya con una reunion arrebatada de sonidos distintos, forman mil laberintos agradables.

El fuego ruge allá, en la fragua ardiente, y el pesado martillo, retumba sobre el duro yunque, en que un ahumado herrero, con incansable afán, doma el hierro rebelde. Diestramente pule otro el bronce, cual si fuese acero, sea que aquel metal, un encendido fuego devorando las densas selvas, en su mineral haya derretido, y sus negros conductos destrozando, este, por algun antro haya salido derramado, abrasando los campos, sea que los torrentes subterráneos, con rápidas corrientes, arrancando sus basas á las oscuras entrañas de los montes, esparcidas las hayan arrojado en las llanuras: lo cierto es, que ya en hoyas prevenidas, por canales diversos

corren hirviendo á hundirse los metales: enfriados en la tierra, de su masa, el artífice industrioso forma el corte de una hacha, de una sierra los roedores dientes, ó un arado, con destino á abrir profundos surcos.

Otros, dan al macizo y luminoso material, mil labores distintos, á otras obras mas finas conducentes, que trabajan con arte primorosa. En esto, ven bajar de una elevada cumbre otra numerosa bella tribu de hombres, que llenos de un ardiente celo, vienen á propagar la ley sagrada del Señor, el amor á los humanos, y del culto de Dios los santos ritos, del orbe por la vasta superficie: Adan los vá siguiendo con la vista. De las tiendas en esto, alegre y bella, de jóvenes hermosas una escogida turba sale, vestida de oro y de púrpura: sus brillantes adornos, sus preciosas galas, ceden con todo á su belleza: forman diversos bailes, en que airozas, lucen todo su garbo y ligereza: algunas cantan, ó tañen la dulce lira. Aquellos sabios que aun admira Adan, seducidos arden por sus encantos, y con los ojos encendidos de impura llama, mirándolas están, la virtud y los Cielos olvidando.

Escoge al punto cada cual la hermosa, cuyo atractivo massu pecho inflama: cada uno al aliciente del deleite abandona su alma, hasta que llega la hora, en que caido el sol al occidente, resplandece la estrella protectora de los amantes, y un pronto himeneo enlazándolos, su deseo colma: el himeneo, que divinizado en aquel tiempo antiguo, por primera vez, con cánticos sacros celebrado fué en aquella ocasión. Terminan la placentera solemnidad, banquetes abundantes, acompañados de la deliciosa música, que repiten los distantes ecos. Todos la gloriosa tierna conquista aplauden, y acabada la función general, está preparada en cada tienda, primitiva fiesta, en que es con igual gozo celebrada: en todas, la algazara y el regocijo sigue, de aquel solemne y fausto dia. Al ver tal diversión, tantos gozosos bailes, cantos, banquetes abundantes, tantas preciosas galas, tantas flores, tal es la fuerza de los seductores atractivos, que Adan embebecido, los terrores de su alma ha desterrado.

«¡Oh Angel; exclama, por quien yo he leído los secretos del
»Cielo, con qué risueños cuadros, el consuelo has derramado
»en mi afligido ánimo! Mi corazon ya se abre á la esperanza:
»no me habias mostrado todavía, sino objetos de horror y de
»amenazas, mas por fin, á mi vista has ofrecido otros, que
»acuerdan, de alegría llenos, la dicha ya perdida al alma mia.»

El Angel le interrumpe, así exclamando «¡Oh tú! que de tu
»culpa prescindiendo, eres la obra sublime, el fiel trasunto hu-
»mano, del Señor que te ha criado, ¡teme, á esas apariencias
»atendiendo, dejarte seducir! Esos asilos de los dulces delirios
»y de amores, de placeres y cantos voluptuosos, al parecer fe-
»lices y tranquilos, serán del vicio y crimen madrigeras: un dia,
»saldrán de ellos almas ruines que mancharán sus manos vio-
»lentas, con sangre de sus míseros hermanos á raudales ver-
»tida. Bien es verdad, que de las industriosas artes, alivio de la
»humana vida, serán los inventores: más, soberbios, ingratos,
»sus dichosas invenciones, cual partos celebrando de su vivaz
»ingénio únicamente, negarán al Eterno los loores que por
»ellas le deben, é irritando con tal deslealtad su ardiente enojo,
»pagarán algun dia su negra ingratitud, y vanidades.

»Distinguirá con todo la hermosura, su descendencia. Esas
»mujeres que ahora, de tan bellos semblantes ves, cuya gracia
»es aun mas seductora, de un himeneo casto las delicias desde-
»ñarán, y la vana alegría, la bulliciosa vanidad mundana, al
»doméstico gozo prefiriendo, se entregarán sin freno á las ca-
»ricias del vicio, y esos sabios, distinguidos con el nombre sa-
»grado de hombres de Dios, ardiendo en fuego impuro, por
»ellas, como has visto pervertidos, todo honroso pudor aban-
»donado, á su atractivo immolarán su gloria. ¡Y esta victoria
»indigna, que sobre la virtud logren los vicios, ¡qué de ma-
»les al mundo acarreará!»

Adán al oírle llora amargamente, y el placer que ha gozado
aquel instante, de aumentar sirve su anterior tormento.

«¡Oh qué ignominia! exclama ¡los secuaces de la virtud,
»dejarse torpemente, y tan pronto, engañar por los falaces
»atractivos del vicio, y olvidarla! ¿Cómo es posible, que dejar

»de amarse pueda, el que en algun tiempo la ha querido? ¡Ah, lo veo, comió la seducida mujer aquel fruto vedado, y de su ingratitud son las fatales consecuencias precisas, el olvido de la virtud, y todos esos males!

No; no la acuses exclusivamente, el Angel le replica. ¿Por ventura el hombre indócil, que con la flaqueza su hecho imitó, fué ménos delincuente? Como dotado de mayor cordura, léjos de complacerla con bajeza, debió impedir que de él se separara, y el precepto por si guardar fielmente, aunque ella se arrojara á quebrantarlo. Más, ve ahora una perspectiva nueva, aun de más extension, y más activa.»

Vastos dominios, campos cultivados se vén: la pompa de las ciudades populosas, templos, torres orgullosas, palacios de diversas estructuras, reyes, campeones, héroes armados, á las sangrientas lides dispuestos: su talla gigantesca, su guerrero lujo, y sus espantosas cataduras terror infunden: unos, arrojan afilados dardos: otros con ligero artificioso freno, guían los fogosos bridones por los polvorosos campos, y raudos avanzan al combate: los peones tambien, á él se avallanzan: ambos campos están ya batallando, la sangre humana á rios derramada: á otro extremo, una tropa de feroces soldados, Adán nota que veloces, con horrible algazara, de ovejas, y de vacas, numerosos rebaños, todos de belleza rara, consigo traen, que acaban de robar por la violencia á los floridos prados.

Léjos ya de sus pastos deliciosos, el dolor de dejarlos, con balidos tiernos expresan, ó con sus bramidos: aterrados huyendo los pastores, el campo con sus gritos y lamentos atruenan: otra escuadra bien armada, á su socorro vuela en el momento: alcanzando á los fieros robadores, una batalla empeñan obstinada: se mezclan, se rechazan, un sangriento diluvio riega el prado, en que pastaba el ganado pacífico, y que holaba tranquilo: de heridos y cadáveres, de armas rotas, de dardos esparcidos, la tierna y verde yerba está cubierta, y á poco, el bello suelo solo ofrece á los llorosos ojos, una desierta tierra, que les sorprende y entristece.

De un sitio el espectáculo espantoso sucede á aquella terrible série de combates. Se vé una populosa y fuerte ciudad, cercada y embestida por una multitud innumerable de feroces guerreros, los unos, la ascension con escaleras á sus altos muros intentando, por ellas trepan fieros: otros, de aquel terreno los oscuros senos, minando diestros, se van á las murallas, acercando: y otros, al descubierto, con los duros arietes, embistiendo á sus masas, ya las arruinan con horrible estruendo. Con valor se defienden los sitiados: una tempestad ciega y compacta de dardos, flechas, y piedras, presurosos hacen llover sobre los sitiadores: acompañan sulfúreos torrentes de fuego, que con furia arrojados, los devoran, sobre ellos dirigidos: la discordia, la rabia, sus furores ejercen, precediendo á la homicida muerte, con el destrozo entretenida.

Unos graves heraldos entre tanto, por la cana vejez endurecidos, más que con todo, reprimir el llanto apenas pueden, con el cetro usado en mano, á fuerza de sus repetidos ruegos, al fin consiguen reunir junto á las puertas de la ciudad el senado: á los viejos se agrega una guerrera turba, se habla, disputa, y delibera: fluctúan aun inciertas las opiniones: brama el pueblo enfurecido, que quisiera de repente ver resuelto aquel asunto grave: un sabio entonces, cuya edad madura pasó su primavera, y al estío ya toca, se presenta entre la gente, y arrebatado por su celo pío, les habla con vigor y con dulzura, de virtudes, de leyes, de obediencia, de un Dios justo, del crimen juez severo, apóyo y vengador de la inocencia. Los oyentes desde el primero al último, todos, jóvenes, viejos, desdeñosos le escuchan, y por fin enfurecido, arman contra él las homicidas manos: Dios entonces, de aquellos inhumanos le libra, enviando una encendida nube, que por los aires le arrebató y eleva: al verlo, el triste Adán llora y suspira:

«¿Qué mortales son esos embriagados de sangre humana? »dice: ¿quien inspira tal furor en sus obstinados pechos? ¿Son »tal vez, feroces ministros de la destruccion, ó no son sino ex »atrocés mónstruos, que han usurpado la figura humana? »¡Cómo! ¿el hombre, esa criatura nacida para el bien, es el

»indigno asesino del hombre, y el hermano, lo es del hermano?
»¡Oh crimen! ¡oh sangriento delirio! ¿Mas quién es ese santo noble varon que el Todopoderoso, de su furor libró,
»con tal portento?

»Tú has visto, le responde el diputado del cielo, los fatales
»lazos, que á un pueblo impío han agregado una tribu piadosa
»al torpe vicio la virtud: de estos nudos desiguales, la discordia funesta es el fruto monstruoso, y á un mismo tiempo es
»el suplicio. De ese enlace, tan raro como odioso, han nacido
»en el mundo unos mortales, bárbaros, que en la cuna se
»juraron eterna enemistad: de esta tomaron principio la discordia turbulenta; la ambicion insaciable, seguida de la innumerable prole de males que produce; la sangrienta victoria de
»la muerte precedida del triste luto, y destruccion seguida: y
»la encarnizada rabia feroz, que del valor usurpa osada el nombre.

»Tales son los famosos vencedores, de los cuales al hijo
»embebecido el tierno padre contará la historia. Cual si hubieran sido la más gloriosa: aquellos decantados triunfadores, que
»la lisonja al templo de memoria destinará: los héroes famosos, de los míseros hombres sus hermanos protectores potentes y gloriosos, ¡mejor diré, verdugos y tiranos! He ahí
»esos Dioses, hijos de otros Dioses tales, á quienes cultos divinos la ceguedad del hombre ha tributado. La sangre
»los destrozados solos, fueron las causas que estas honras les trajeron, y el hombre mismo: desengañado al fin, su nombre
»que duró algunas edades con el rumor de sus fechorias en el desprecio dejará olvidado.

»Aquel varon que vistes, eminente en virtudes y celo, y
»que elocuente, á un pueblo injusto queria corregir, es tu sétimo nieto, y un celoso amigo de lo justo, el más virtuoso
»de su tiempo: es el solo que oponia un muro firme á aquella simpía raza. Por eso Dios, en un paraíso desconocido le tiene
»preparado, para que al fin del mundo, á penitencia llame á tu pervertida descendencia. Así, cual viste, en una brillantísima nube, fué por los aires de repente á aquel lugar llevado, en

»donde vive en bienandanza, interin llega el tiempo, en que,
»el segundo destino ya cumplido, que en el mundo le es-
»pera, para siempre goce la presencia de Dios: tal es de la
»inocencia el premio, y ahora en otra escena mira, cuál es
»el que al pecado se reserva.»

Mudada totalmente, con efecto vuelve la escena de la paz brillante: la fiera guerra, su espantosa frente de bronce oculta y ya su tonante voz, á la tierra no tiene amedrentada: los bailes, los festines, las canciones, á una alegría loca, hacen por todas partes compañía, y á la disolucion dan libre entrada: se desenfrenan todas las pasiones voluptuosas: los vicios más bestiales, la extension de la tierra escandalizan, y ya se solemnizan cual virtudes: despreciados los sacrosantos lazos del matrimonio, sin misterio á la lealtad el adulterio insulta: la torpe embriaguez, y la insaciable gula de la lascivia, el fuego inflaman: en vano claman todos los derechos: se mira como objeto despreciable la justicia, y al cielo desafía, con alta cara, la blasfemia inmunda:

Entónces aparece un venerable varon anciano; que con voz austera, (3) su moral santa por barrera opone, de los vicios al rápido torrente: á toda aquella gente corrompida manifiesta la cólera divina: les amenaza de una próxima ruina les muestra el rayo, sobre su cabeza ya suspendido, pero inútilmente: léjos de corregirse, su impureza aumenta cada día. Al fin, perdida la esperanza de ver tan obstinada generacion perversa corregida, hácia una alta montaña se dirige, de antiguos fuertes pinos coronada: se ocupa allí, con ánimo constante, en hacer construir una flotadora é inmensa arca: prescribe su figura, su longitud, su latitud, y altura: la arca se eleva, y en sus apartados, todos los frutos de las estaciones recoge á su designio conducentes. Luego, á su hueco oscuro y espacioso, por voluntad del Dios omnipotente, á la voz del anciano, presurosos un par de cada especie de vivientes animales, que el aire y tierra habitan, précipitanse en busca de un refugio.

El mismo, habiendo en vano anunciado á los pueblos las

postreras amenazas del castigo próximo, escarnecido, cual si fuera insano de la arca al fin, se recogió al abrigo, con su mujer, sus hijos, y sus nueras, y cerró desde adentro toda entrada. La atmósfera, sosegada hasta entónces, se turba por instantes con furor silba el Austro, y cuantos vientos llovedores reservados dormitan, del cielo en los terribles arsenales:



se amontonan tormentas y nublados, en los aires de denso vapor llenos: se inflama el horizonte con metéoros fatales, y á un tiempo oscurecido, queda en fúnebre noche cambiado. por todas partes, truenos formidables retumban sin cesar: con ominosa luz, los vivos relámpagos descubren, de un polo al otro, momentáneamente, todo el horror que las tinieblas velan: se precipita á ríos espintosa la lluvia más espesa, inter-

polada con otra lluvia ardiente de exhalaciones, rayos, y cenizas: el vasto firmamento interceptada la claridad del sol y de los astros, no es ya más que una bóveda de luto, un lóbrego desierto, que cierra más la noche, y fiero acrece el horror de la lluvia y la tormenta.

El mar, al cual se han abierto las puertas, saltando fiero desde su profunda sima, se arroja rápido, bramando, los valles igualando con los montes: por todas partes la ancha tierra inunda la agua devastadora: de su esfera la superficie es ya



solo un inmenso piélago sin riberas: el arca, encima de el, rompiendo el denso diluvio, como cúspide elevada, por las olas atormentada en vano, firme, con movimientos arreglados, flota, y se rie de ellas, y los vientos. Entre tanto, en la tierra sumergida, nada con vida queda de cuanto allí respira: no

han podido salvarse, ni aun los hombres, que han conseguido á algun excelso monte hallar subida, pues las aguas los han sobrepujado todos, y muchos de ellos se han hundido; en los palacios de los reyes potentes, nadan ahora los mónstruos marinos; sirven las calles y caminos de sendas á los peces escamosos. De un sepulcro comun en los tormentos, enterrando á los hombres, sus honores, sus placeres, su orgullo, sus riquezas, y de su enorme lujo la grandeza, el agua lava, y purga desde luego, un mundo profanado; hasta que en lo futuro, por el fuego, quede purificado, cual debe estar. Todo perece, pues, todo se arruina: solo la débil arca, la esperanza del mundo, que gobierna la divina piedad, burla del agua la fiereza.

Al ver aquel desastre tan temible, ¡oh Padre de los hombres! ¡Qué penoso diluvio de amargura, convirtió tu esperanza en negra noche! Al ver tu descendencia destruida con la tierra en las ondas sepultada, se heló tu sangre, y el extremo espanto, aun del alivio te privó de llorar. ¡Infeliz! De los males que veías que devastaban la naturaleza, el peso todo sobre tu abrumada frente sentías. Miguel con todo, con benigno celo, del suelo le levanta, en que le ve caer desfallecido, y suavizar procura, con expresiones llenas de terneza, las horribles escenas, que ha tenido á su vista: consigue, por fin, á fuerza de bondad, que su afligido pecho desahogue así, con voz doliente:

»¿Por qué mostrarme, ¡oh Dios! ese futuro tejido de des-
»gracias indecible? ¿Para qué haber rasgado el negro velo de
»mi ignorancia dulce y apacible? ¿A qué mostrarme la des-
»gracia ajena, la ruina de mi triste descendencia? ¿No era
»bastante la desgracia mía? ¡Suerte cruel! hasta ahora me
»roía el pecho tu memoria, mas tu pena, ¡cuánto más crece
»con la fatal ciencia de lo que han de sufrir mis desdichados
»hijos, y del horrendo medio, con que han de ser destruidos!
»¡Y quizá siglos estaré sufriendo este tormento! ¡Adios dulce
»reposo, suave sueño! ¡adios consuelo santo! ¡el fin de mi
»progenie doloroso, ha acabado de echaros de este suelo!

»¡Vé mi aflicción Dios justo, á quien imploro! Aún no existen los males que lamento; pero de ser no dejan efectivos, »pues han de sérlo en tiempos venideros sin haber, de evitarlos, esperanza: ¡infeliz el que logra, preveer sus tormentos »venideros! á sufrirlos comienza en el instante, cual si ya »entónces verdaderos fuesen. ¡Funesta prevision, que tan »solo sirves de hacer sentir como presente, el dolor, de »nosotros aún lejano! ¿pero qué digo? En la total ruina del humano linaje, ¿á quién la triste voz de mi desconsuelo se »encamina? ¡todo habrá perecido! ¡Y si aún resiste alguno de »los míos á la fiera desolación, y vivo se mantiene en algún »alto punto de la esfera, con fatiga trepando fugitivo de risco »en risco, ó ya escondido, en algun oscuro antro léjos que de »apuro salga, de hambre y de miedo aniquilado, para muerte »más cruel babrá vivido!

»¡Ah! yo me lisonjeaba, que apagado de la inhumano guerra el rayo horrible, para siempre la paz restableciendo, de »él hombre, el hombre amado existiría, y el hombre, consolado por el hombre, gozaria de una vejez tranquila: mas »cuánto en mi esperanza me he engañado! La misma paz, »es el fecundo origen de mas sangrienta plaga para el orbe. »La de la guerra, limitaba á algunos su furor, y esta á todos »aniquila. Mas dime, ¡oh Santo guía! las fatales causas de »tantos y tan crueles males, y si tan general ha sido su influjo, »que mi raza se ha extinguido del todo.

»Aprende, dice el Angel, su futura suerte. Aquellos intrépidos mortales de robusta estatura, de lujo y de deleites embriagados, con su fortuna, al parecer satisfechos, que vistes »al principio, y que sedientos de sangre, unos contra otros »irritados, despues á hierro y fuego se embistieron haciéndose »se una guerra carnicera, eterno nombre creyeron conseguir »con sus hazañas; mas, la verdadera gloria estaba muy léjos »de sus almas: de su victoria atroz las palmas eran las muertes, los destrozos, los clamores, de los tristes vencidos los »tormentos. De este honor engañoso con todo satisfechos, no »tardaron en trocar de su orgullo la fiereza, de la blanda



»molície en lo humillante, y no se avergonzaron de pasar desde el carro del triunfo, al lecho del deleite voluptuoso.

»Del ocio y de los vicios, prontamente las envidias, las crueles disensiones, en medio de la misma paz nacieron, y tras de ellas las pasiones mas viles. Por Dios abandonados justamente, en una dura esclavitud cayeron, en la que, embrutecidos por el vicio los opresores y los oprimidos, cual sus costumbres, su valor perdieron; estos, y aquella turba de perversos tiranos, que de humanos no tenian sino la apariencia, víctimas de la licencia más brutal, de Dios, de la virtud, de la justicia, y de todas las leyes se olvidaron. Tales progresos la malicia hizo, que hasta se extraviaran los mismos sabios:

»En esto, sobre aquella oscura noche de corrupcion, descuellá de repente un hijo de la luz, un alma pura, que la virtud predica al universo, que solo, en medio de un pueblo perdido, opone su firmeza, á la corriente del vicio; los placeres, los honores, la ignominia, y las penas despreciando, avergonzando al crimen orgulloso, y haciendo guerra á todos los errores, infunde en el impío un saludable temor; demuestra á todos cuán amable es la justicia: enseña aquella limitada senda que al Cielo mismo va derecha; y que hue-llan en dulce compañía, la virtud, la alegría, y la inocencia, pero la multitud nécia y proterva le insulta, le escarnece, y le desprecia; mas Dios, á cuya vista está patentè el corazon del hombre, en el instante al justo va á vengar de tanta ofensa: le mandará construir una inmensa arca, y cuando él con sus hijos, y animales elegidos, que el mundo nuevamente han de poblar, en ella estén guardados; el Cielo, ejecutor de la divina venganza, los inmensos depósitos abriendo de aguas, que su cristalina bóveda está en su espacio sosteniendo, con el diluvio universal, que viste, cubrirá el mundo, y cuanto en él alienta.

»Aun Eden llevará el mismo camino: ¡Adios jardin! ¡Adios divino monte? su rio manso, vuelto en turbulento mar, los rgeles que ántes fecundaba con su brava corriente, ahora,

»arrancados de su firme asiento, arrastrará dispersos, en los
»pliegues de sus soberbias olas, á otros climas, dejando en su
»lugar una isla desierta, cubierta de breñas ásperas, cuyas ri-
»beras de moradas sirvan, de los mónstruos del mar á las ma-
»nadas. Mas, dejada esta formidable escena, vuelve la vista
»atenta á otra, que sea ménos lamentable.»

Ve en esto Adán, calmarse la tormenta, cambiar los vien-
tos, y las ondas fieras ir bajando del Cielo á sus orillas, las
nubes huir del aquilon helado, y calmado su furia procelosa,
el mar ya circundado por riberas: sus olas se nivelan; su espa-
ciosa superficie parece un claro espejo, y despide á lo léjos el
reflejo del dia; absorbe el sol con sus ardores gran parte de ella,
en vapores húmedos: las esparcidas aguas, lentamente hácia el
mar se retiran silenciosas: la tierra disminuye la corriente de
sus arroyos, y las caudalosas ondas con que sus rios se han
hinchado, abriéndolas sus simas tenebrosas. Todo calla. Ya el
arca solitaria, largo tiempo juguete de la móvil direccion de
las olas, ha parado en la cumbre del piélago, elevada sobre
la cima de un monte excelso, á un descollado risco asemeja-
da del Athos, dominando el horizonte. Las altas sierras, de
los procelosos abismos sacan sus peladas frentes por grados,
mas sus faldas, pobladas de frondosos bosques, en su fondo
yacen aún. Así en el mar, escollos eminentes, contra los que
sus olas se deshacen, al aire elevan su penacho altivo, y en
ellas lo restante está escondido.

Los últimos torrentes, precipitar sus aguas ya en el mar,
que furibundo, las extranjerías ondas que le agitan, de su se-
no precipita en los fondos. De la arca, entónces el prudente an-
ciano, para ver si la tierra el mar inunda aún, ó está ya descu-
bierta; suelta el cuervo el primero, y despues la paloma, mien-
sajero mas fiel, que al pronto circular volando, intimidada, á
descubrir no acierta dónde poner el pié, mas alargando el
vuelo, vuelve al fin, á la querencia, y en el pico una verde
fresca rama de olivo trae; que la paz proclama del Cielo con
la tierra. Esta ha salido ya de las aguas: la arca en diligencia

vuelve al mundo su huésped escogido, y todos sus vivientes refugiados.

El anciano y sus hijos, elevando los ojos y las manos hacia el Cielo, al Eterno dan gracias fervorosos; pronto el Señor aumenta sus consuelos, fijando en los celajes nebulosos ese arco inmenso que resplandeciente, el horizonte abraza, matizado de los siete colores más preciosos: la púrpura, el azul, y el reluciente oro, entre ellos se ven. Lo ha destinado por prenda del perdón, que al afligido mundo, en lo venidero ha concedido. Al ver Adán el luminoso arco, adora alegre al Todopoderoso:

«Si creo al Cielo, exclama, viviremos en nuestra prole amada: por ese justo, y cuanto se ha salvado, restablecer veremos el mundo, reservado á mejor suerte, y en él su noble raza perpetuada: Dios, como justo y bueno, á los humanos ha querido probar, á los profanos, de sus sagradas leyes transgresores, ha envuelto en los horrores del diluvio; pero el justo respira: el ha podido solo su ira aplacar y su raza fecunda y mejorada, restaurará la devastada tierra, mas dignate explicar menudamente, los misterios, que en ese milagroso arco ha ocultado el Todopoderoso, si juzgas conveniente que lo sepa. Brilla en él toda su magnificencia y su dulzura, y si mi inteligencia, débil consulto, al ver lo acaecido antes en el diluvio, yo creyera que indica, que ha suspendido el Señor aguas inmensas en la azul esfera.

«No te engañas, Adán, en tu supuesto, le responde Miguel: Dios ha calmado de su furor el resto moribundo: antes miró á la tierra: vió admirado reinar con insolencia torpe el vicio, y penetrado de arrepentimiento, asoló su edificio magnífico: castigó á los perversos; más, piadoso al justo protegió, y su temeroso rayo al instante apagó, á fin de que su prole reviviera: no, no se soltarán en adelante los torrentes del Cielo, ni otra fiera lluvia devastará ese renacido mundo, puesto que Dios lo ha prometido; y así, cuando en los Cielos se presente ese arco inmenso, aviva tu esperanza, y lee en su resplandeciente extension, la alianza del Cielo con la tierra. Des-

»de hoy ni un solo punto dejarán de seguir su órden cons-
»tante los tiempos, días, años y estaciones, y su curso apaci-
»ble y arreglado, todas esas magníficas cohortes de astros,
»hasta el momento señalado, para que el fuego de su oculta
»fuente salga, y devore al mundo, en un ardiente diluvio. En-
»tonces, del oscuro sepulcro Dios sacará otro Cielo más puro
»aun, y nueva tierra, en que sus escogidos vivan fraternizando
»eternamente.»





LIBRO DUODECIMO

Miguel expone á Adán en una narracion, los sucesos posteriores al diluvio. Le anuncia el linaje particular de Abraham, como aquel de que há de nacer el Redentor del linaje humano. Añade su encarnacion, su muerte, y demás misterios, y el estado de la Iglesia hasta su segunda venida. Adán consolado da gracias á Miguel, y baja del monte en su compañía. Despierta Eva, que habia dormido todo aquel tiempo, pero que habia sido consolada tambien con sueños favorables. Miguel los coge á entrambos de la mano, y los conduce fuera de paraíso. Ven detrás de él la espada de fuego fulminante, y los Querubines que rodean el paraíso, para impedir su entrada.

QUAL caminante, que de su jornada suspende la fatiga, cuando ardiente el sol divide en dos partes el día; tal el Angel suspende la empezada relacion, que hechizado oía Adán; y así despues la sigue nuevamente:

»Vistes salir un mundo de las manos del Eterno; con todos
»sus insanos habitantes le viste sumergido, y despues resti-
»tuido á su ser, ocupado por pobladores nuevos; más, no lo
»has visto todo: los portentos del Eterno, sus vivos resplando-
»res, deslumbraron tu limitada vista: voy á decirte los acae-
»cimientos, que tus ojos entonces no alcanzaron: escucha,
»pues, su historia interesante, y guárdala indeleble en tu
»memoria. Mientras que esos segundos habitantes del mundo
»entre sepulcros y ruinas, aun en pequeño número, y vagan-
»do, anduvieron, teniendo las divinas venganzas á su vista,
»escarmentados, adoraron á Dios, y le sirvieron; sus descen-

»dientes, ya mas numerosos, como en las artes mas adelantados, cultivando terrenos abundantes en paz, copiosas mieses recogieron: la parra por las uvas abrumada se dobló, y al olivo, la pesada carga oprimió del fruto delicado: lo mejor del ganado, de las ricas cosechas lo escogido, las puras y abundantes libaciones, las flores, los altares, el rendido culto formaban, con que al soberano dueño de las estaciones adorando, imploraban sus dones y sus gracias:

»En las varias familias, el humano linaje dividido, cultivaba las virtudes, y solo disfrutaba de placeres tan simples como puros: en su mesa inocente, ni embriaguez, ni lujo se veian: las armas y los muros, le servian solo contra las fieras: la paternal autoridad, la fuente era de las leyes sencillas justas: de todos los gobiernos eran fijos los términos: los hijos eran vasallos, y los padres reyes:

»Mas, pronto mudó todo: un hombre osado, cazador atrevido, fué el primero, que arrebatado de ambicion insana, de otros hombres feroces sostenido, de la violencia, y del terror valiéndose, bajo un yugo arbitrario y duradero, logró oprimir la sociedad humana: el dar la muerte, fué para él un juego una víctima, el hombre que opusiera la menor resistencia, á cualesquiera de sus caprichos: con el hierro en mano, la guerra á sangre y fuego ejecutando, estableció en el mundo aquel imperio odioso, y en él fué el primer tirano: su loco orgullo, al Todopoderoso insultó cara á cara, pretendiendo ser tambien Dios: cual de una rebeldia castigaba al que no le era obediente; y á él, rebelde al Señor que le ha criado, sobre el castigo que padece horrendo, en las historias, para lo futuro, le ha quedado el nombre de rebelde.

»Desde cerca de Edén, su victoriosa potencia extenderá, hasta la espaciosa llanura occidental, en donde oscuro hay un profundo abismo, cuyo seno, hasta la vasta boca yerbe, lleno de encendido betun: por el respira el infierno, y un río caudaloso de aquella glutinosa horrible llama, por las campiñas del contorno gira, é inflama cuanto encuentra en su carrera ó en las honduras duerme con reposo: el material de

»alli saca abundante, para hacer una torre, que eleve, y en
»las nubes esconda su orgullosa cabeza: empieza al punto:
»consolida el betun, las arenas reuniendo con fuerte trabazon,
»la mole erguida: ya comienza á elevar su prodigiosa masa,
»á admirar al mundo destinada: la apresura el Rey bárbaro,
»queriendo que su poder ostente, y eternice su memoria: su
»fin solo es la fama; que sea buena ó no, nada le importa.

»Tal es su intento: mas el invisible Dios, que ocultando al
»hombre su terrible majestad, acostumbra á visitarle, cuando
»la nécia empresa considera desde el Cielo, á que suba mas no
»aguarda la obra. No pueden ménos de causarle risa aquellos
»ridículos rivales de su poder, y conteniendo su ira, como te-
»nían todos los mortales solo un idioma, de repente inspira
»otro á cada familia diferente: su memoria trastorna de ma-
»nera que olvidando del todo su lengua comun, en la sustan-
»cia y modo, cada uno de ellos juzga, que realmente se expli-
»ca en ella, y no en otra extranjera:

»Se oye un murmullo de desconocidas palabras, una jerga
»incomprensible de acentos y de voces confundidas, nadie se
»entiende, todo el mundo clama, y cuanto mas se esfuerzan,
»mas horrible confusion se levanta, mas se inflama la impa-
»ciencia de todos: si pretenden entenderse por señas, se acre-
»cienta el tumulto, y aun ménos se comprenden: por calmar-
»los en vano se porfia: crece más la algazara, y alboroto: cesa
»el trabajo, la discordia aumenta, en todas partes cunde, y el
»desórden se difunde con ella: toda la gente al fin, desespera-
»da abandona la decantada torre: lo aplaude el Cielo, y en la
»humana historia, para memoria eterna, torre de confusion
»será nombrada.»

De paternal cariño arrebatado, exclama Adan entonces:
«¡Oh execrable opresor! ¡Oh insoportable tirano! ¡Con que un
»déspota osado, bajo un yugo cruel, tendrá poder de opri-
»mir á mi amada descendencia? ¿Cuáles son sus derechos?
»Dios ha puesto bajo el imperio de la razon las aves, y
»los peces, y animales, todo cuanto respira, mas por esto, no
»ha dado al hombre sobre sus hermanos, dominio alguno:

»iguales los hombres en todo, no conocen ni reciben leyes,
»sinó del Cielo, por quien viven. Solo Dios es su rey, y ese
»atrevido, que una ambicion inextinguible enciende, y con ce-
»tro de bronce les estreha, mas que á ellos, á su eterno dueño
»ofende, cuyo dominio usurpa fementido. Esa obra, para el
»hombre tan sublime, de su orgullo ridiculo resulta; la frente
»osada levantando al Cielo, las tormentas y truenos desafián-
»do, á Dios insulta en su palacio mismo.»

«Si: Miguel le responde; á ese insultante opresor aborreces
»justamente, él ha turbado de la paz amable la dulzura, y al
»hombre ha despojado de aquella inestimable libertad, que an-
»tes gozaba; mas cuando engañado por la torpe ilusion de tus
»sentidos faltaste tu el primero á los debidos respetos, y á tu
»Dios no obedeciste, aquella angusta libertad perdiste, y con
»tigo la perdieron tus hijos. Hija de la inocencia y la razon
»sus compañeros fieles, con su ausencia huyó, y sus privile-
»gios fenecieron. Pues solo en su compañía juiciosa, aprove-
»char la libertad podia á los hombres, y separada de ella fue-
»ra disolucion desenfrenada: así cuando dejaron el gobierno
»del hombre esclavo ya de sus pasiones, determinó el Eterno
»que una sujecion útil, y fundada sobre leyes severas y pru-
»dentes, que arreglase del hombre las acciones bajo una hu-
»mana autoridad, hubiera, que amparo fuese de los inocentes,
»al paso que á los malos reprimiese.

»Tal fué el origen de las monarquías, y otros muchos go-
»biernos, que en tiempos posteriores adoptaron los hombres,
»á proporcion que se multiplicaron; más Dios á veces, cuando
»la malicia de los pueblos, sin freno abandonados á los vicios,
»su justicia provoca, permite que giman en cruel opresion, á
»un tiránico yugo esclavizados. No estrañes, pues, que opri-
»man á esos tus descendientes, los injustos caprichos de ese
»déspota orgulloso: no sucediera, si ellos fueran justos. La es-
»clavitud comienza, en el instante, en que la virtud falta: es
»el tormento que el Señor destinó al hombre vicioso, pues á
»falta de déspotas humanos, tiene sus tiranos en sus pasiones.

»¿Quieres otros ejemplos? Cuidadoso repara á ese hombre

»impío, que nacido del que en el arca, al mundo reviviera,
»echado atrás todo filial respeto, de su padre desnudo, hizo el
»objeto de sus escarnios: él y su futura prole, en castigo, esta
»sentencia dura recibieron: «sereis perpetuamente siervos de
»siervos devuestros hermanos. «Así la humana gente, del viejo
»mundo la virtud perdiendo, víctima de los vicios, y los vanos
»errores, incurriendo en excesos, mayores aún que los de sus
»abuelos, de los Cielos cansará la paciencia, y Dios la entre-
»gará á sus vergonzosos deseos, apartando sus ojos piadosos
»de aquellos hombres pervertidos, de aquellos hijos desagra-
»decidos. Con todo, escoge un pueblo, descendiente venidero
»de un justo, y le asegura, su ternura por medio de su padre.

»A orillas del Eufrates residia este varon virtuoso, que un
»prudente juicio, reunia á las demás prendas: en misterioso
»sueño, de repente, Dios sus altos intentos le revela: deja, le
»dice, parentela, y patria, y sígueme obediente á otras regio-
»nes: yo te haré padre de un pueblo escogido, en quien mi
»Eterno amor he colocado, y de un número inmenso de na-
»ciones: se levanta, fiado en su divina guía: Dios mismo, sí,
»lo estoy mirando, con su benigna mano le dirige: cuanto
»en el mundo amaba abandonando, con fe constante, al fin
»el delicioso pais de Canaán pisa, que tenían contaminado ya
»los falsos cultos.

»De esta voz aun ignoras el sentido: sabe, pues, que ha de
»ser tan horroroso el extremo á que llegue en los humanos la
»malicia bestial, que prostituido de Dios el nombre, adorarán
»los frutos de la tierra, los brutos, y las piedras, y aun las
»más viles obras de sus manos: mas, el Santo viajero ha sus-
»pendido ya su marcha prolija: mira cual de Sichém en la lla-
»nura, junto á Amorék sus pabellones fija, allí Dios le renue-
»va su segura promesa, y aun le añade, que habitantes serán
»de aquella tierra, sus triunfantes hijos: pero tu mismo al
»norte extiende la vista ahora, hácia Hemáth, que situado
»allí, limita á Canaán por esta parte; y para que te enteres
»más, atiende á conocer los sitios, por los nombres, que para
»entonces los hombres les darán.

»Al medio dia tienes la espaciosa region desierta, que la deleitosa fértil tierra termina: del monte Hermón los llanos al oriente la limitan, y al occidente el mar: ¿Ves aquella alta cumbre? Es el carmelo: monte feliz, en donde la divina fuente tiene el Jordan, que el rico suelo fecundo riega, y sirve de barrera contra toda invasion de los guerreros orientales. Pues esa afortunada region dominarán los descendientes de aquel grande varon, y dilatada será su posesion en adelante, de Senir á las sierras eminentes: ¡De aquel feliz Senir! (guarda constante su nombre en tu memoria): allí el Eterno, en tu linaje bendecirá al mundo: de él saldrá el Salvador, que Cielo y tierra vengará del Infierno, y hollará en la Serpiente, aquel inmundo espiritu, que os hizo guerra tan cruel.

»Mas, Dios esos sucesos misteriosos á tus ojos oculta todavía: Abraham (que este es el nombre que tenia aquel justo, por cuyos numerosos Nietos será dominada esta tierra) establece ya en ella su morada. Las vicisitudes, del tiempo mismo no borrarán allí, de sus virtudes la bendita memoria. Su hijo y su nieto, ya por la firmeza de su fé, ya tambien por la pureza de su conducta, igualarán su gloria. Doce hijos contará su venturoso nieto, que un dia el suelo delicioso de Canaán dejará, por la fecunda tierra que el Nilo con arreglo inunda.

»Mira ese rio allá, que con pomposo curso, cubre de Egipto la llarura inmensa, y con el cieno provechoso, las más ricas cosechas la asegura: regada así, lo que le queda desagua, por siete bocas desemboca en el mar. Viendo que una hambre general asola el país en que habita, Jacob huye á refugiarse á su feliz ribera: su hijo le llama allí, á quien su sincera fé y su pureza, desde la cautividad subieron al más alto ministerio de aquella poderosa monarquía. Establecido el padre en su terreno con su prole, murió lleno de dias: su familia creciendo de continuo, fué tan numerosa en pocos años, que á un nuevo Rey llegó á ser sospechosa. Al temor dando oidos, y á la envidia, la ley del hospedaje, pérfido quebranta, de crueles vejaciones, de un cúmulo espantoso de

»trabajos los carga, y con crueldad horrible, condena á todos
»los varones que nazcan de ellos, á una irremisible muerte.
»Entonces el Todopoderoso, compasivo suscita dos hermanos
»para librarlos de tan inhumanos perseguidores. Desde allí
»cargado de los tesoros del amedrantado Egipto injusto,
»aquel pueblo escogido, marcha al país que le ha prometido
»Dios.

»Mas, fué para este viaje indispensable, que el Señor obligase
»al temerario monarca, con su omnipotente brazo, á que al
»fin, los dejase libremente ir de aquel Reino profano é idóla-
»tra. Moysés, y su hermano, destinados á ser sus salvadores,
»fueron embajadores de orden de Dios, á persuadir primero
»á aquel insano, y obstinado Monarca, á que dejara, que de
»Egipto, su pueblo se ausentara: nada hizo efecto en su cora-
»zon duro: del poder del Eterno revestido, manda Moysés, y
»toda la corriente agua de Egipto, en sangre, vuelve de repen-
»te: el aire se cubre de un oscuro nublado de mosquitos ex-
»tensísimo: hierve todo aquel suelo de animales inmundos, que
»ya á vuelo, ya caminando, inundan á millones las casas, los
»palacios, y lugares.

»Grazna el sapo asqueroso, aun en la mesa del Rey, y has-
»ta en la púrpura, el impuro voraz insecto, es un tormento
»duro, cual para la soberbia vergonzoso. Por orden de Moy-
»sés con todo, cesa en un día el conjunto temeroso de aquellas
»plagas, más la misma suerte de tantos importunos animales,
»es luego causa de otro mal más fuerte: inficionan el aire sus
»fatales hálitos ponzoñosos, de tal modo, y las aguas, que recor-
»re el reino todo una peste cruel: de la murada ciudad, hasta
»la choza mas aislada, hiere sin distincion la plaga fiera, que
»crece á proporcion que se adelanta, los príncipes, los nobles,
»los villanos, los niños, los ancianos, los mancebos: á edad
»ninguna ó condicion perdona: la sangre, los humores inficio-
»na, con úlceras malignas devorando las gangrenadas carnes,
»ó naciendo encima de ellas lividos tumores: los cadáveres de
»hombres y ganados, yacen en confusion: la devoradora
»hambre la sigue: ya sus precursores, granizos, piedras, fie-

»ros huracanes, los afanes del labrador ansioso destruyendo,
»los campos han corrido. Vivas nubes de voladores insectos,
»aun lo que su furor no ha destruido lo roen, frutos, plantas,
»verde yerba, nada el voraz ejército respeta.

»Desaparece el día de repente: opone el aire al sol nieblas
»impuras, que pronto condensadas en negras nubes, enlutan
»su resplandeciente luz, de manera, que á la sombra dando
»cuerpo, y ocupando toda la atmósfera, cubren á los Egipcios
»de palpables tinieblas. Un temeroso silencio, vasto, cautiva
»el populoso reino todo; pero es bien pronto interrumpido por
»gritos, por clamores espantables, sollozos, y alaridos lastime-
»ros, de todas las familias desoladas: el Angel de la muerte,
»cruel ha herido en una noche, todos sus primeros hijos: des-
»de el palacio del malvado monarca, hasta las chozas olvida-
»das, todos sin excepcion han perecido.

»Consternado con tan horribles males, la obstinacion sus-
»pende el orgulloso Faraon, y consiente en su partida: más,
»pronto en aquella endurecida alma, el despecho renueva su
»furioso empeño. Como el hielo que en el fuego se derrite, si
»de él lo apartan, luego su dureza recobra, así, pasado el pri-
»mer susto, aquel Rey obstinado á su malicia vuelve. Vuela
»al instante con poderoso ejército, que junto tiene ya, á perse-
»guir al pueblo fugitivo, para traerlo vivo ó muerto. Del He-
»breo á la marcha el mar se opone, y ya por sus espaldas
»se prepara Faraon á embestirle, cuando el Cielo dividiendo
»sus procelosas aguas, (1) en seco deja su profundo suelo: por
»él sigue aquel pueblo su camino, teniendo á cada lado un
»alto muro de cristales, que forman respetuosas las ondas: á
»su espalda una brillante columna de una condensada nube,
»que interpuesta al Egipto, sube al cielo, de noche los alum-
»bra; pero oscura de día, ya constante siguiéndolos, ya de su
»multitud llevando el frente, del amparo de Dios los asegura:
»tambien les sirvió de pabellon contra el ardiente sol, y de guia
»en la arabia desierta, que á sus ojos abierta se aparece.

»Dios sobre la columna colocado su trono, en aquel lance,
»al tirano irritado opone de ella el lado tenebroso, y estorba

»con su noche impenetrable, que á alcanzar llegue aquel me-
»doso pueblo, acostumbrado á su esclavitud: mas con todo á
»pesar de la espantosa sombra, el Monarca huella sin recelo,
»del dividido mar el seco fondo. Llegada el alba, el Dios de la
»victoria á él se vuelve, de su gloria rodeado; mira al Egiptio:
»tiembla. un súbito desórden, sus formados escuadrones,
»jefes, guerreros, carros y caballos, revuelve en un confuso
»remolino: tiende entonces Moisés la milagrosa vara, ¡oh ter-
»ror! El mar dando un bramido horrisono, por uno y otro la-
»do, vuelve con todo el suspenso furor de su onda procelosa,
»á dar sobre el ejército espantado: sobre él se cierra, y en sus
»espumosos líquidos montes, rápido envolviendo al Monarca
»y sus trenes belicosos, cual plomo, al fondo de su oscura si-
»ma precipitados, hallan sepultura.

»Todo parece, el pueblo Hebreo viendo de la opuesta ribera
»aquella horrible catástrofe, su grato culto brinda al Eterno,
»que así le favorece. Huella de Canaán el apacible suelo al fin,
»y se cumple su deseo; más, le cuesta un rodeo larguísimo ,
»porque el prudente Jefe, que guiaba sus tribus, temia de ex-
»ponerlas por el camino recto, á los sangrientos ataques de
»los pueblos que tenían que atravesar, y que en la guerra lle-
»vaban ventaja á sus Hebreos, que nacidos esclavos de los amos
»más violentos, además defaltarles la práctica de las armas,
»en ánimo abatidos, no podian hacerles competencia. Sus ma-
»nos hechas á una vil cadena, manejar no sabian las espadas.
»A paso lento, pues, y con incierto rumbo, á atravesar tiran
»el desierto.

»Mas, ya arreglando el culto, y una santa policía en su mar-
»cha, se levanta su nuevo imperio: un número de ancianos es
»por sus doce tribus escogido, que forme su senado, y con sus
»sanos consejos, á Moisés, en el temido cargo dé gobernar,
»constante ayude: Dios, que sobre ellos su piadosa vista tiene,
»es su Rey, legislador supremo, y tal es su bondad y su extre-
»mado amor, que sus leyes establece por sí mismo: bajo sus
»piés la cumbre del Sina se estremera en medio de una densa
»nube de humo, que recto por los aires se eleva, centelleand

«con relámpagos vivos, y con estruendo horrisono tronando:
 «de una trompeta el fúnebre sonido, repetido el terror acrecien-
 «ta. El pueblo todo, postrado alrededor, oir su voz es-
 «pera amedrentado: el Señor, de aquel trono majestuo-
 «so, rodeado del tenebrosas nubes, como Dios les inti-
 «ma las sagradas leyes, que como padre tiene dadas: los
 «derechos civiles establecen, unas y otras pertenecen al culto.

»Mas, su divina voz, y la grandeza de su gloria, no puede la



«flaqueza de aquel pueblo sufrir, y así, oprimido de terror,
 «desde léjos con rendido ruego á Dios pide, que se digne ha-
 «blarle por Moisés, que ménos asustado, podrá oirle, y sus
 «leyes trasladarle. Todo en el mismo instante está calmado:
 «cesan los truenos, callan de la trompeta los sonidos. Dios
 «únicamente quiso enseñar á aquellos delibilitados séres, que
 «es por sí el hombre insuficiente para tratar con él; pero entre
 «tanto que venga el medianero Santísimo y Eterno, suple Moi-

»sés, y apoya los rendidos votos, exhalados por los mortales;
»anuncia su venida y su brillante reino, que cantarán en ade-
»lante en sus sonoras liras, los sagrados profetas, de un santo
»estro penetrados; él establece, en fin su ley y culto, y Dios
»es el primero de sus Reyes.

»De oro puro, y de cedro fabricado, el santuario, á los ojos
»escondido del pueblo, guarda la misteriosa arca, donde el
»solemne título reposa, del acto, en que el Señor perpétua-
»mente, hace alianza con el pueblo Hebreo, y está sellado por
»su propia mano. Dos Querubines, sobre el alto plano de la
»arca arrodillados, con respeto profundo, adoran el objeto sa-
»grado de que es imágen. Al frente del tremendo propiciatorio
»en que el Señor reside, siete lámparas siempre están ardien-
»do. Por todo el rededor del dilatado tabernáculo, destinado
»al arca, una nube se extiende, que despidе resplandecien-
»tes luces, mientras dura la noche, al paso que de día oscura,
»sirve de velo á aquel divino templo, á no ser cuando el pue-
»blo sigue su camino, que entonces, puesta al frente, guía de
»día y noche la marcha de su campo.

»Pero, ya de sus deseos llegó al fin, á la tierra que Dios le
»ha prometido. ¿Contaré sus combates, sus trefeos, tanto ene-
»migo bárbaro vencido? Basté decir que al cielo de su Jefe y
»viva fé, obedece el mismo Cielo. Manda parar la luna; en el
»instante para. Detente, dice, ¡oh sol brillante! se detiene, y
»testigo de su gloria, de alumbrar su victoria se envanece.
»Así será bendito el venturoso pueblo Israelita, que este nom-
»bre tendrá tambien el pueblo Hebreo, despues que á Canaán
»posea.

»¡Oh intérprete del cielo! ¡Cuan grande es tu bondad dice
»Adán, en cuanto cabe, como calma mis penas, con la lisonjera
»vista de mejor suerte futura! Sobre todo me anima esa dichosa
»posteridad de Abraham, querida de Dios, que con tantos su-
»cesos distinguida, del culto guardará la tradicion religiosa:
»más modera mi alegría esta duda: el Señor no la daria tal
»ley, al parecer severa y nimia, si en mil clases de culpa no

»incurriera, y si así es ¿cómo el Dios del universo, podrá habitar con tan perverso pueblo?

»Adán, responde el Angel, tu pecaste, y envenenaste todo tu linaje. Destinada á precaver los males, lo que prueba esa ley tan rigurosa, es el grado en que está desordenada del hombre la razon: el mismo freno duro que impone, muestra la malicia espantosa, y variedades del veneno de la culpa: mas, no da medio alguno que para su expiacion sea propio. En vano sacrificios de animales, para este fin prescribe á los humanos: ni aquella sangre vil, aunque inocente, ni la del hombre mismo que ha pecado, basta á satisfacer solo una falta: siendo un Dios infinito el ultrajado, la malicia en la ofensa es infinita, y así para soldarse, es necesaria de una infinita víctima, que quiera satisfacerla. Si: es indispensable que un sér eterno emprenda esta portentosa, difícil obra, y por el mortal muera: que por el vicio padezca la virtud que el bueno, por el malo á Dios se ofrezca, y el justo, del injusto la injusticia pague, y la malignidad de toda culpa. Así, el hombre culpado quedará en paz, absuelto y redimido. Cuando en fin, llegue el tiempo competente, por la verdad, la sombra reemplazada será, y la oscuridad de los sentidos, con abundantes rayos dispersados, de la fé por la antorcha refulgente, se verá en un momento iluminada: de la noble virtud el amor puro, sucederá al impulso vacilante del servil miedo, y la ternura filial á la obediencia involuntaria y dura, que á la esclavitud sola pertenece. Tal será de los tiempos el futuro orden. Esos tributos que ahora ofrece el hombre en expiacion de sus defectos, imperfectos cual su culto simbólico, una preparacion son solamente, para otra ley mas excelente y suave, que anuncian, cual la aurora, el claro día:

»Así, ese Jefe tan favorecido de Dios, y de su pueblo tan amado; Moisés, con toda su sabiduría y virtud, en la tierra Canaán no lo introducirá como desea: esta satisfacción está guardada á Josué, figura del divino (2) Jesus, que en los errores de esta vida, en los desiertos de ésta desolada tierra, abrirá á los hombres el camino de la celeste patria, antes

»cerrado. A orillas del Jordan, en la extensísima feraz region
»que le ha entregado el cielo, el Hebreo, del campo delicioso
»coronado de mieses y de olivos, de su parra á la sombra, con
»reposo disfruta ya, y celebra las sagradas fiestas, destinadas
»al santo culto, hasta el día fatal, en que ofendido el cielo
»nuevamente, le abandone á las naciones que antes ha ven-
»cido; mas, pronto arrepintiéndose sincero, logrará que el
»Eterno le perdone.

»Su piedad la dará primero jueces, y despues reyes. De es-
»tos el segundo, fecundo en toda clase de virtud, religioso y
»guerrero, de la tierra temido, será amado del Cielo. El Señor
»mismo lo ha jurado, y le ha dicho:» el imperio que ahora fun-
»do no acabará, ni cuando el mundo acabe: será eterno. «Des-
»criben la grandeza de aquel reino, y perpétua firmeza, sin
»término ensalzando sus loores, los cantores sagrados. Un hi-
»jo de David (y no te extrañe, que Dios ya así, como mortal,
»le nombre:) el mismo que el Señor ya te ha anunciado, que
»al universo todo ha de dar leyes, la esperanza del mun-
»do, por los Reyes acatado, y el mismo el más glorioso mo-
»narca, como el último; que Eterno, á ninguno otro dejará el
»gobierno, ni las insignias de su poderoso reino, es el que,
»vertiendo su preciosa sangre, inundará de consuelo al hom-
»bre, en unión amistosa, reconciliando con la tierra el
»Cielo.

»Antes que él reine, sucesivamente habrá otros muchos re-
»yes, de los cuales uno el mas opulento y eminente en la sa-
»biduria, á los monarcas mortales dando ejemplo, á la sagra-
»da arca, en lugar de aquella dilatada nube, que en el desier-
»to, la escondia de la vista curiosa la osadía, és que el que
»primero construirá un templo, de una magnificencia sin
»ejemplar: sus sucesores unos son virtuosos, otros del país vo-
»luptuosos tiranos, profanan con temerario orgullo, no solo el
»trono, sinó aun el santuario, hasta que ya cansada la pacien-
»cia del Señor, castigue de los reyes las maldades, y de su
»pueblo la insolencia: sus provincias entonces, sus ciudades,
»sus reyes su riqueza y sacerdotes, el juguete serán de la fiere-

»za de la misma nación, cuyos abuelos quisieron hasta los
»Cielos elevar la ridicula torre, y confundidos, fueron del
»mundo mismo vil escarnio.

Ellos el nombre, de la vergonzosa confusion derivado, á
»la altiva Babilonia darán, de un formidable imperio cor-
»te, en donde esclavizado vivirá sesenta años el culpable he-
»breo, desterrado de su pátria, como sus sacerdotes y sus re-
»yes, sin templo, y bajo de leyes tiranas. Entonces, el Señor
»les dará oído, y compadecido de su situacion, la fiera Babi-
»lonia, de la cumbre de su gloria sacrilega abrumando, y otro
»imperio sobre ella estableciendo, los sacará de aquella ser-
»vidumbre, renovando con ellos el pacto sagrado, que habia
»jurado al Rey David. Ya vueltos á sus campos paternales, al
»Eterno con himnos de alegría gracias dando, su templo res-
»tablecen, y sus aras, sirviéndole sinceros.

En su humilde pobreza, con sus virtudes su pia devocion
»permanece; pero, creciendo en número y riqueza, la ambi-
»cion se despierta, y del vicio la torpeza: la discordia se in-
»troduce, produciendo espantosos desórdenes: los sacerdotes,
»que por los humanos rogar debian, y elevar sus manos pu-
»ras al cielo, los ministros siendo de la paz, al contrario, con
»horrendo furor la guerra excitan: gimen las sagradas aras,
»viéndose ensangrentadas: el templo es profanado, es invadi-
»do el trono, y de David desconocido el linaje real. Así la
»providencia lo permitia, para que olvidada del ungido de Dios
»la descendencia, que de David traia destinada, á aquel tro-
»no, nacer pobre pudiera, y oscuro cual si fuese un niño
»vulgar; pero, una nueva estrella en el oriente, su excelsa
»cuna refulgente anuncia: del fin del mundo á aquella lum-
»nosa señal, corren los magos á adorarle; por Dios, por rey,
»por hombre tributándole en incienso, oro, y mirra, la pre-
»ciosa señal de su rendido vasallaje: unieron los pastores
»inocentes, con los de aquellos reyes, su homenaje.

»Eclipsando á los astros relucientes, les anuncian los An-
»geles del cielo, que Dios, vestido de la carne el velo, en un
»pesebre misero ha nacido: todos ellos gozosos, el himno na-

»talicio en las alturas celestes entonando, presurosos los pastores acuden al sabido paraje, á aquel Dios niño celebrando, que de una Virgen las puras entrañas, han parido sin dejar de ser Virgen, y está llorando en el establo pobre, de quien el Padre, Dios es y una hija suya inmaculada madre: crece aquel niño, vive, muriendo al fin, y al trono paternal después subiendo, en él, coronado de inmortal gloria, reinará eternamente, y su reinado, manantial fecundo de vuestras dichas, comprenderá á los cielos, como al mundo.»

Así el Ángel benigno consuela á Adán, quien, ya rasgado el denso velo, que la futura suerte le ocultaba de su linaje, no acaba de admirar, la grandeza de la piedad divina, y así á exhalar su inmenso gozo empieza.

«¡Oh Profeta de indecibles bienes! ¡Qué no te debo! Me has hecho visibles misterios que no podía entender yo, y en que la dicha está del mundo, y mía. Salve, ¡oh Virgen sagrada y venturosa, gloria de mi linaje, en quien descansa la esperanza del mundo! Salve, ¡oh Santa hija mía! ¡A tu Dios, tu puro seno digno hospedaje da de gracias lleno! ¡Contendrás, al que el Cielo no ha podido contener! ¡Por tí sola, se levanta al cielo por mi linaje ántes perdido! ¡Al Hijo del eterno tú has formado, bajo el cual Satanás caerá vencido! Mas, ¿con qué herida, cuándo y de qué modo? Es natural que tú todo lo sepas.

»Los combates que has visto, le responde Miguel, no han sido más que una imagen de otros combates, de que ni aun idea puedes tener, y toda conjetura, que de estos por aquellos te aventuras á hacer, es imposible que no sea trocada; así, no te apures en formarla. Otra especie de lucha ese terrible enemigo requiere, incomprensible para tí, superior á la debilidad del hombre. Reconoce su fiereza, en que, el mismo tiempo en que arrojado del cielo fué, y rendido al golpe, le sobró fuerza aún para aplastarte á sus plantas, vencido, y destruirte. El mismo á quien con tu desobediencia ultrajaste, por más que esté ofendida su Majestad, la herida te curará, mas su omnipotencia no aniquilará á Satanás, si so-

»lo los perjuicios que con sus artificios causó al hombre, y
»aun para esto, es preciso una víctima preciosa: pues que tú,
»¡oh mortal! ¿Quién eres para dar el rescate desmedido, exigi-
»do por el Rey de los reyes, aun cuando con tu prole numero-
»sa, mil veces, no una sola perezieses?

»Solo el hijo de Dios puede ese peso soportar. El, la muerte
»que tu falta merece sufrirá, y tan solo á ese precio, po-
»drá ser expiado tu crimen, á tu prole trascendente. Por li-
»brarte, será inmolado Dios: se vestirá de la naturaleza de
»hombre, para sufrir tu merecido: de pecados ajenos agovia-
»do, y cubierto de oprobios y bajezas. El juez del mundo se
»verá juzgado por su pueblo homicida; y sentenciado cual
»facineroso, dará la vida en una infame cruz.

»Tal será el inhumano, trato indigno, que hará á Su Salva-
»dor el hombre ingrato. A su último suspiro, corresponde la
»tierra con temblor, esconde el cielo su luz, se aplaca la ira
»del Eterno, se confunde el monarca del infierno: cada gota
»de sangre que derrama, es rio inmenso de celeste luz, que
»el mundo purifica de sus culpas, y en él gracias divinas mul-
»tiplica. Mas, ya de consumir el sacrificio llega el momento:
»al bárbaro suplicio cede, agoniza, muere, mas la muerte,
»aquel grande cautivo, no podrá largo tiempo en sus helados
»brazos tener: apenas llega la hora, en que comienza ya á
»á asomar el alba del tercer día, cuando quebrantados del
»lóbrego sepulcro los cerrojos de él sale vivo, vencedor, triun-
»fante, mil veces más esplendoroso que el astro de la luz. Vi-
»bra su mirada rayos de pura llama. Al breve sueño como
»hombre se entregó, de él se despierta como Dios, cual supre-
»mo único dueño del universo. Ocupa el negro horror, al ver-
»le entrar por la forzada puerta, á toda la infernal mansion del
»llanto, y temblando le cede los mortales justos que retenia en
»su cadena tiembla la muerte, y suelta rechinando, la pre-
»sa que devorando estaba. Resuena el Cielo de himnos inmor-
»tales: el mundo todo inunda la alegría.

»Mas, antes de volver al trono eterno, desea el vencedor,
»cual tierno padre, ver aún á sus discípulos queridos, y en-

»jugar de sus ojos apenados las lágrimas; dejándoles su gloria
»para consuelo, en la memoria impresa. Como los compañe-
»ros voluntarios de sus penas, y ya guardadores de sus altos
»secretos, por su medio quiere al mundo dictar, para remedio
»de sus males, sus saludables leyes. Que la tierra corriendo
»infatigables, con sus santos ejemplos las prediquen, con su
»voz las enseñen y publiquen, y con las sacras ondas del
»bautismo, arrostrando como él á la destructora muerte, y á los
»furores del abismo, laven el hombre, á expensas de su vida.

»No es sola de Abraham la descendencia, la que será á la
»salvacion llamada, pues que toda tu raza extensa, gozará de
»la misma preeminencia. Por todos muerto el Cristo, del fe-
»cundo manantial de su sangre, la ságrada fè beber se podrá
»por todo el mundo, y de su ley siguiendo los fulgores bri-
»llantes el camino de la vida andarán las naciones mas le-
»janas, formando una familia reunida. A los Cielos al fin
»sube triunfante, y al comun enemigo, al tenebroso Satanás,
»en los aires encontrando; al momento le prende, le encadena,
»trémulo, atado al carro victorioso le arrastra. Sufre pena in-
»tolerable el orgulloso mónstruo, al verse expuesto á la vista
»del cielo, en tan funesto ignominioso estado.

»El triunfador, coronado de gloria, con el cetro en la mano,
»al luminoso trono del Padre Todopoderoso sube, y en él á su
»derecho lado, dá principio á su reinado próspero. (3) un dia
»vendrá en fin, en que un horrendo incendio, consumiendo el
»frágil mundo, de lo alto de los aires, revestido de su justicia
»y de su omnipotencia, dará, á vista del Cielo estremecido, la
»sentencia á los vivos y muertos, premiando á los justos, y á
»los malos severo condenando.»

Pasmado Adán, y á un tiempo enternecido* de oir tales
prodigios, terminado el discurso, á Miguel así se dice:

«¡Oh exceso de piedad el más sublime, que hace nacer el
»bien del mismo centro del crimen! ¡Cuánta más grandeza
»encuentro en esa obra de incomprensible amor, á un infinito
»Dios solo posible, que en la que hizo sacando de la negra
»noche, de una palabra, la luz pura! ¿Debo llorar yo acaso mi

»delito, por el que fué proscrito mi linaje, ó aplaudirme de un
»mal que ha producido tanto bien, que con Dios ha juntado,
»por tan estrechos lazos los humanos, y ha hecho llover los
»soberanos dones, con tal exceso, sobre su flaqueza, que su
»naturaleza ha deificado; por el cual ha vencido la piedad del
»Señor á su justicia, y su bondad divina, á la malicia de los
»hombres en tal grado ha excedido? Mas, si siempre han de
»ser ménos los justos escogidos respecto á los injustos, cuando
»ese Salvador, en su eminente trono, de nustra tierra esté ya
»léjos, ¿quién los protegerá contra la indigna, inmensa turba,
»llena de osadía, de los malvados? La doctrina pura de su
»maestro, de dulzura llena, que al mal no opone más que la
»paciencia, ¿no los entregará sin resistirse como mansos
»corderos, á la crueldad de aquellos hombres bárbaros?

»Destierra, dice el Angel, tu infundado temor: es cierto
»que estarán expuestos los buenos, á los furores y á los funes-
»tos lazos de un mundo siempre conjurado contra ellos; mas,
»el Dios que los ampara, les dará los auxilios prometidos: cui-
»dará cual pastor de su cara grey: su espíritu divino, á sus
»queridos hijos enviará que les consuele, y que en aguardar-
»los vele poderoso, en sus pechos grabando su ley santa, y
»sus almas inflamando del fuego de su amor, de una admira-
»ble y santa fortaleza, al mundo y al infierno formidable: ani-
»mado por él el hombre justo, los peligros verá venir sin mie-
»do, sufrirá los dolores sin flaqueza, y sin horror la muerte.
»Ya estoy viendo aquella multitud de mártires generosos, que
»en amor divino ardiendo, del mundo arrostrarán los más
»odiosos baldones, el furor de los tiranos, sorprendidos de su
»valor sublime; y todos sus tormentos inhumanos, (4) á su
»constancia vencidos cederán: una santa esperanza los alien-
»ta, y así, por más que el débil cuerpo sienta las torturas, sus
»almas superiores á la fuerza, los dolores desprecian: los ver-
»dugos cansados, en silencio las víctimas admiran, que entre
»sus manos espiran lentamente, y Dios benigno aplaude á sus
»soldados.

»El fuego que encendió en el escogido gremio de sus após-

»toles amados, será por todo el orbe difundido: pasará de sus
»corazones santos, á las remotas bárbaras naciones: sujetarán á
»Dios con el bautismo, á los que ántes su nombre blasfema-
»ban, á los que los tiranos del infernal abismo á su arbitrio
»dominaban, ¿más qué mucho? si el soplo de Dios vivo, el Es-
»píritu Santo, descendiendo en inflamadas lenguas, con su ac-
»tivo fuego sus corazones encendiendo, sobre el firme valor que
»les influye, y el don de hacer prodigios, de contado de todos
»los idiomas les instruye: corren el orbe de una en otra gente,
»los milagros de Cristo predicando, confirmando su verdad
»con los que hacen.

»Los pueblos convencidos, abandonan gozosos las falsas
»Deidades, que un largo número de tiempos adoraron, y prestan
»sus rendidos cultos á Jesucristo: no contentos aquellos Apos-
»tólicos varones con esto, duraderos monumentos de su pre-
»dicacion á las naciones dejan en sus escritos. De este modo,
»la religion florece hasta su muerte. Entre tanto que viven, los
»errores intimados callan; pero apenas fallecen, cuando bro-
»tan mil ajenas y perversas doctrinas: mil horrores, hijos de
»la viciada fantasía del hombre, ó de la impia sugestion de
»infierno: se oscurece la fé en algunas tierras, y padecen sus
»tormentas, mas poco duraderas. Las calma, el mismo que las
»ondas fieras del mar sujeta: pero diariamente, del mundo y
»sus ministros la porfía debilita la fé, aunque no la apague: hace
»que se propague el vicio: degeneran los humanos: oprime á
»la inocencia la injusticia: á la virtud la malicia corrompe; y
»aun los más que se alaban de Cristianos, solo el nombre con-
»servan, y su vida indica, pervertida, lo contrario.

»En fin, llega el día temible, en que el Hijo del Todopode-
»roso, en las alas del viento, de los buenos, á hacer discerni-
»miento y de los malos, vuelve irritado: arde el Cielo, y la
»tierra se deshace en cenizas: en éstas, al instante que al ma-
»lo ha sentenciado y ha destinado á los buenos su premio, apa-
»ga para siempre el fulminante rayo, y asienta sobre la firme-
»za de la eternidad misma, la dulzura de la felicidad y paz fu-
»tura, y como su grandeza, impertubable.

»¡Oh, le replica Adán, celeste guía, que no te debo yo! ¡Con
»que presteza te has mostrado á mi torpe mirada, has abierto
»del tiempo venidero el curioso volúmen por completo! De lossi-
»glos el rápido torrente, delante de mis ojos ha corrido, hasta
»el punto feliz, en que terminado su señalado curso, se presen-
»te la eternidad inmensa, hollando las ruinas del tiempo. Allí
»espantado veo un abismo, un espacio ilimitado, que mi áni-
»mo confunde; mas no obstante, gracias á tus divinas ins-
»trucciones, en esa incomprensible oscuridad, así de los hu-
»manos, como de Dios, sé de hoy en adelante: cuanto á un
»mortal ingenio es asequible, y sé que mi razon haria vanos
»esfuerzos, si pretendiera enterarse de lo que no se incluye
»en esa esfera.

»Basta: desde hoy, ¡oh Dios omnipotente! Mi oficio será amar-
»te, la de adorarte mi única ocupacion, y de observar tu ley
»exactamente: ¡sé mi padre, mi guía, y mi consuelo! Tu con-
»desvelo tierno nos miras: previenes nuestras súplicas: á tus
»divinos ojos son iguales tus hijos todos: haces que los bienes,
»al cabo siempre triunfen de los males: cuando quieres, en
»fuerza la flaqueza transformas, y en grandeza conviertes la
»pequeñez, la ignorancia en ciencia, y en sólida firmeza la in-
»constancia. Tu ejemplo me ha enseñado, que en este mundo
»es soldado todo hombre: que sean cuales fueren del dudoso
»combate el fin y el premio que le espera, su primera obliga-
»cion es la de pelear valeroso siempre, en los asaltos de esta
»desgraciada vida, agitada de tempestades. Haz, pues, que en
»tu ley santa viva y muera.

»Así, por conclusion, Miguel responde: temer á Dios, amar-
»le y admirarle, es todo lo que á ti te pertenece, y en lo que
»pende tu sabiduría. Aun cuando el Cielo examinar pudieras,
»y á fuerza de estudiarle, siendo tu ingenio igual á tu insisten-
»cia estrella por estrella conocieras; aun que midieses el vasto
»profundo mar, y cuanto en su escondido seno cria, ó subien-
»do á la altura del aire, sus espacios recorrieses, explicases
»sus raros meteoros, ó fuesen tuyos los tesoros todos y cetros
»de los Reyes, ¿por ventura fueras en realidad más poderoso,

»más sabio, ó más dichoso? De tu felicidad la rica herencia no
»adquirirás, con una ciencia vana: en tu conducta sola se
»afianza, y no consiste sino en las virtudes: ten una fé la más
»constante y viva, una esperanza firme, acompañadas de la
»llama activa del santo amor, que aun las solicitudes terrenas
»purifique, adorne, anime, y á Dios, tu sola bienaventuranza,
»al punto el vuelo sublime elevarás con el deseo, en tanto que
»realmente para siempre segura la goces más allá del firma-
»mento:

»Mas, llega la hora, de que de esta altura bajemos: en los
»aires ya impaciente, está el celeste campo en movimiento, y
»la espada que al frente lanza fuego, de que nos retiremos sin
»tardanza, hace señal. Despierta ahora á tu esposa; alegres
»sueños, mientras ha dormido la paz han vuelto á su ánimo
»apenado, y con resignación, sus dolorosas aflicciones sabrá
»sufrir: dale tú parte de lo que revelarte se ha dignado el Cielo:
»graba la feliz historia del destino del hombre en su recuerdo:
»dila, que de una Virgen el fecundo seno, el divino Redentor
»del mundo dará á luz. Hasta el término lejano de vuestra
»mortal vida, fidelidad guardaos mutuamente; pues una mis-
»ma suerte os ha juntado, vivid, llorad la cometida culpa, con-
»solaos y amaos tiernamente. La dicha encontrareis al fin del
»triste destierro: tolerad, pues, lo presente, y fijad la esperan-
»za en lo futuro.»

Dice, y del monte bajan al instante: á despertar su esposa
presuroso Adán corre delante; pero ya el reposo de sus ojos
términos había huido, y al ver la alegre prisa que traía, que la
confirme espera un sueño suyo, y se adelanta á hablar de es-
ta manera:

«¡Amado esposo! Nuestro eterno Señor, á veces nos instruye
»aun en el sueño: desde que de mis angustiados ojos se apoderó
»y de todos mis sentidos, en él se me ha mostrado nuestra suer-
»te; ven; pues, que pronta estoy á tu obediencia, y á seguirte
»de fielmente á todas partes. Contigo, ni la fuerza, ni las ma-
»ñas Satanás temo. ¡Con que ya es nuestro el mundo y aun el
»Cielo, conseguido el perdon de mi pecado! ¡Triste de mí, por

»sola mi flaqueza te perdiste! Por ella, al doloroso destierro
»condenado te ves ahora, del Eden venturoso, de una vida in-
»feliz á la dureza! Con todo, en medio de los crueles males
»que tanto desconsuelan mi corazon, de un Dios piadoso las
»fieles promesas, ¡con qué dulce esperanza le consuelan! El
»Salvador del mundo ¡oh dicha inmensa! de nuestra raza na-
»cerá algun dia.»

No, la responde Adan, porque ha perdido la voz del nuevo



gozo en su terneza: mas ya habiendo bajado la colina, los alcanza Miguel, y la divina guardia en el aire liquido apoyándose, sus puestos repartida va ocupando. Cual sobre una laguna, algun ligero vapor, entre las sombras rutilante, dejando solo un rastro pasajero, sigue de noche al rústico viajante que hacia su techo vuelve presuroso, de la labor del campo fatigado: tal cada Angel de lejos se presenta, y cortando los aires resplandece. Entre ellos brilla la espada terrible, que en las celestes aguas fué templada, como el astro fatal, cuya cola encendida los Cielos surca: de su rastro temido re-

luciente, el mal influjo todo el orbe sufre: la atmósfera inflamada, se llena de vapores mortíferos, cuyo fuego no igualan los ardores del ecuador, en la Africa abrasada: á Adán de la triste Eva en compañía, de la mano Miguel conduce al muro del Oriente: á su puerta alta los deja: el vuelo toma, rapido se aleja, y se pierde de vista entre los aires. Quedados solos ya los dos esposos, vuelven á mirar tristemente á los bellisimosos vergeles, que hasta aquel momento disfrutaron, y dan la mirada postrera, transidos de dolor, á su patria amada.

Mas, mientras se detienen poco á poco, reparan á la parte del Oriente, brillar por todas partes, no distantes, espadas, lanzas, fulminantes armas, que el aire cual meteoros encienden; que ya es hora de salir tristes advierten, de su querido Eden, y sollozando, abandonando un suelo delicioso, ya fuera de las puertas, la dulzura de la esperanza viene consolar á sus amarguras. Ya tienen delante, á su eleccion patente el orbe todo: animosos, con paso más ligero se adelantan, guiados por Dios mismo: su bondad suma alienta, y su constante proteccion, á los dos desventurados, guarda de riesgos, y les da consuelo: vueltos con todo al suelo venturoso, de el se despiden aún, con dolorosos gemidos: pero al cabo, encaaminados por la extension inmensa, y apoyados uno al otro, silenciosos se alejan.



NOTAS DE ADDISSON

AL

PARAISO PERDIDO

Cedite Romani scriptores; cedite Graii.

Nada es más fastidioso que las disputas sobre palabras. No trataré pues aquí de la controversia que dura hace algunos años, sobre si *El Paraíso Perdido* de Milton puede ó no ser llamado un poema heróico. Los que no quieran darle este título tienen el arbitrio de calificarle de poema divino. Basta para su perfeccion, que contenga todas las bellezas de la más sublime poesía. En lo demás los que pretenden, que no es un poema heróico, no le perjudican mas, que si dijesen que Adán no es Enéas, y que Eva no es Elena.

Voy á examinar ahora dicha obra segun las reglas de la poesía épica, y veremos si es inferior á *La Iliada* ó á *La Eneida*, en toda aquella clase de adornos, que son esenciales á tal género de escritos.

Lo primero que debe observarse en un poema épico es la fábula, cuya perfeccion depende de la grandeza del asunto, y aún más del arreglo que se da á la accion. Esta debe tener tres circunstancias, á saber; que sea una, entera y grande. Cotejemos ahora las acciones de *La Iliada*, de *la Eneida* y la de *El Paraíso Perdido* bejo estos tres diversos puntos de vista.

Homero, para conservar la union de su accion, se traslada, como lo ha observado Horacio, al medio de los sucesos. Si hubiese ido á buscar el huevo de Leda, ó hubiese á lo ménos comenzado por el rapto de Elena ó por el principio del sitio de Troya, es indudable que su poema hubiera sido un tejido de acciones diferentes. Para evitar este defecto comienza por la discordia de los jefes, y enlaza con arte en el curso de la obra una narración de las cosas importantes relativas á su asunto, que acaecieron ántes de aquella funesta disension.

A imitacion suya nos presenta Virgilio desde luego su héroe á vista de Italia en los mares de Toscana, porque la accion que trata de celebrar, no es otra que su establecimiento en el país latino; pero era nece-

sario, que el lector estuviese informado de las aventuras que le habian sucedido en la toma de Troya y en el curso de sus viajes. Virgilio hace que las cuente su héroe en forma de episodio, ocupando en esto el segundo y tercer libro de *La Eneida*. Los sucesos que en ambos refiere son anteriores á los del primer libro, pero son posteriores en el orden del poema, á fin de conservar la unidad de la accion. Milton, á imitacion de aquellos dos grandes poetas, comierza su *Paraíso Perdido* por un consejo infernal, en que los demonios preparan la caída del hombre, que es la accion principal.

En cuanto á la batalla de los Angeles y creacion del mundo, que preceden, siguiendo el orden de los tiempos, y que en mi dictámen hubieran destruido totalmente la unidad de la accion principal, si se hubieran referido en orden dialéctico, Milton las hace entrar episódicamente en el quinto, sexto y sétimo libro.

Aristóteles conviene en que Homero no observa con mucha exactitud la unidad de la fábula: con todo, aquel famoso crítico procura paliar esta imperfeccion del poeta griego, achacándola de algun modo á la naturaleza del poema épico. Algunos creen que la construccion de la Eneida peca tambien en este punto, y que contiene episodios, que más se pueden mirar como superfluidades que como partes de la accion. El poema de que aqui se trata al contrario, no tiene otros episodios que los que naturalmente nacen del asunto, y á pesar de esto, está lleno de una multitud de incidentes admirables, que reunen la mayor variedad á la mayor sencillez, y constituyen un todo uniforme en su naturaleza, aunque diferenciado en la ejecucion.

Al mismo tiempo que Virgilio celebra el origen del imperio romano, describe el nacimiento de su famosa rival la república de Cartago. Milton del mismo modo, en su poema sobre la caída del hombre, cuenta tambien la de los Angeles malos, que son sus mayores enemigos. Este episodio contiene muchas bellezas, está naturalmente conexo con la accion principal del poema y no rompe su unidad, como hubiera hecho cualquiera otro episodio que no hubiera tenido la misma union con aquel objeto primario; esto mismo es lo que los críticos admiran en *El Fraile español*, por otro titulo, *El duplicado reconocimiento*, en el cual las dos diferentes intrigas se presentan contrapuestas, y parecen con todo copias una de otra.

La segunda calidad que se requiere en la accion de un poema épico, es la de que sea entera. Llámase accion entera, la que es completa en todas sus partes, ó como dice Aristóteles, la que se compone de un principio, un medio y un fin no debe introducirse en ella incidente alguno que no concurra al desenlace, tampoco se debe omitir la menor circunstancia que pueda ser mirada como un escalon necesario, para conducir á su terminacion. Así vemos en *La Iliada* el principio de la cólera de Aquiles, su continuacion, y sus efectos: acompañamos del mis-

mo modo á Eneas hasta la Italia, por medio de una infinidad de peligros, que tiene que arrostrar, ya por la tierra ya por los mares. La accion de Milton á mi parecer, excede aún en este punto á aquellas dos: la vemos proyectada en los infiernos, ejecutada sobre la tierra y castigada por el cielo: cada una de estas partes se refiere de un modo enteramente distinto, y con todo, proceden una de otra en el orden más natural.

La tercera calidad de la accion épica, es su grandeza. La cólera de Aquiles es de tanta importancia, que divide á los reyes de la Grecia, destruye los héroes del Asia, y hace tomar parte á todos los Dioses en la disension. El establecimiento de Eneas en Italia, es el origen nada ménos que del imperio romano y de toda la gloria de los Césares. El objeto de Milton es aún más grande que ambos, no decide del destino de algun certo número de personas ó de algunas naciones, sino de la suerte de todo el género humano: las potencias infernales se coligan para la destruccion del hombre, la efectúan en parte, y la hubieran conseguido completamente, si la Deidad misma no se hubiera opuesto á ella. Los principales actores son el hombre en su más alta perfeccion y la mujer en su mayor belleza; sus enemigos, los Angeles caidos, su abogado el Mesias, y su protector el Todopoderoso. Todo lo que hay de maravilloso en el universo, sea en el recinto de la naturaleza, sea fuera de él, obra y representa en este admirable poema. En la poesia, como en la arquitectura, no solamente el todo, sino los miembros principales, y cada una de sus partes deben tener nobleza. No me atrevería á decir que los juegos fúnebres de *La Eneida* y de *La Iliada* carecen absolutamente de ella: tampoco me propasaré á reprender en Virgilio la comparacion del trómpo, ni otras cosas semejantes, que se pudieran censurar en *La Iliada*, pero sin hacer perjuicio á estas obras admirables, creo que en cada parte de *El Paraiso Perdido*, hay una magnificencia infinita y una sublimidad, que es imposible hallar en sistema alguno gentilico.

No solo entiende Aristóteles por grandeza de la accion, que sea grande por su naturaleza, sino que lo sea tambien por su duracion; es decir, que tenga una longitud proporcionada, y esto es, con efecto, lo que entendemos propiamente por la palabra grandeza. El mismo explica su justa medida por la comparacion siguiente: un animal que no es mayor que un arador, no puede parecer perfectamente á nuestros ojos, porque abrazándolo nuestra vista todo de una sola mirada, no puede distinguir individualmente parte alguna suya, ni por consiguiente formar idea exacta de ella, si se supone al contrario un animal que tenga diez mil estadios de longitud, la capacidad de nuestros ojos se llenaria de tal modo, con una sola parte de su cuerpo, que no podría darnos idea de su totalidad: lo mismo á proporcion sucederia con una accion demasiado corta ó demasiado larga respecto á la memoria; la primera seria por decirlo así absorbida por esta facultad, y la segunda jamás podria

caber en ella. En esta proporcion, pues, es en la que Homero y Virgilio han manifestado más su habilidad.

La accion de *La Iliada* y de *La Eneida* son en sí mismas muy cortas, pero las han extendido y variado con tal magnificencia, por medio de episodios, máquinas y otros ornatos poéticos, que componen una historia divertida y propia para ejercitar la memoria sin abrumarla.

La accion de Milton está hermoseedada por tal diversidad de circunstancias que la lectura de su historia agrada tanto como las ficciones más divertidas.

Las tradiciones que sirven de fundamento á *La Iliada* y á *La Eneida* eran sin duda más circunstanciadas que la historia de la caída del hombre, segun la refiere la Sagrada Escritura. Por otra parte era tanto más fácil á Homero y Virgilio, el interpolar la verdad con fábulas, cuanto en ello no corrian riesgo alguno de alterar la religion de su país. Milton al contrario, no solo tenia que ceñirse á un cortonúmero de acaecimientos, sino que se veía además obligado á proceder con infinita circunspeccion en lo que añadiese de su puño. Apesar no obstante, de esta sujecion, ha llenado su asunto de incidentes tan maravillosos, y tan conformes al texto de la Escritura, que debe agradar á los lectores más delidados sin ofender á los más escrupulosos,

Los críticos modernos han medido, por varios pasejes de *La Iliada*, y *La Eneida*, el tiempo que dura la accion, en cada uno de aquellos dos poemas. Como una gran parte de la historia que celebra Milton, pasa en unas regiones, que están fuera del alcance del sol y de la esfera del día, es imposible satisfacer al lector por medio de igual cálculo, que al fin vendria á ser más curioso que instructivo; además, ninguno de los críticos antiguos ó modernos ha establecido reglas para reducir la accion de un poema épico á un numero determinado de años, días ú horas. Diré con todo en adelante alguna cosa sobre esto.

Notandi sunt tibi mores.

Despues de haber dado una ojeada á la accion de *El Paraíso Perdido*, debemos considerar los actores. Aristóteles exige, que despues de examinarla fábula se examine las costumbres, esto es, lo que nosotros generammente llamamos los caracteres. Homero en estos, por su muchadumbre y su variedad, ha dejado muy atrás, á todos los poetas que han trabajado en la epopeya. Cada uno de los Dioses, que introduce en su poema, hace el papel particular, que corresponde solo á él entre todos los demás: sus principes se diferencian tambien en los genios, tan-

to como en sus estados: aún aquellos á quienes no concede otra prenda que la del valor, tienen cada uno un valor de diversa especie, que no se parece al de los demás; en una palabra, apénas se podrá hallar en toda *La Iliada* un solo discurso, una sola accion, que el lector no reconozca ser de la persona determinada que habló ó que obró, aunque el poeta no se lo diga. Sobresale singularmente Homero, no solamente por la variedad, sino tambien por la novedad de sus caracteres; introduce entre sus príncipes Griegos un personaje, que ha vivido tres de edades de hombre, y que ha alcanzado á Seseo y Hércules, Poliphemo y toda la raza primitiva de los Héroes. El principal actor de su poema, es el hijo de una Deidad, sin hablar de otros descendientes de Dioses, que entran igualmente en él. El venerable monarca de Troya, es el padre de una muchedumbre de reyes y de héroes. En fin los caracteres de Homero parecen formados expresamente para el poema épico. No se contentó con esto: añadió al contraste de varios caracteres, y así como representó en Vulcano un objeto de la burla de los Dioses, hizo de Tersites el del escarnio de los mortales.

Virgilio es muy inferior á Homero, tanto en la variedad como en la novedad de los caracteres. El de Eneas es verdaderamente perfecto; pero en cuanto á Acates, aunque amigo de aquel héroe, nada hace de heroico en todo el poema. Los caracteres de Gyas Musteo, Sergesto y Cloanto, son vaciados en el mismo molde: *el fuerte Gyas y el fuerte Cloanto*.

Es verdad que el personaje de Ascanio es agradable, y que el de Dido merece toda admiracion; pero nada de nuevo ni de particular observo en el de Turno; Palante y Evandro son copias de Hector y Priamo, Lauso y Mezencio, apénas se diferencian de éstos; los caracteres de Niso y Eurialo son bellos, pero comunes; no debemos olvidar los personajes de Sinó, de Camila y de algunos otros, ratocados sobre originales del poeta griego. Pero de todo resulta, que no hay en los personajes de *La Eneida*, aquella variedad, ni aquella novedad que observamos en los de *La Iliada*.

Si examinamos los caracteres de Milton, notaremos en ellos toda la variedad de que es susceptible la materia de su poema. No le presentaba entónces el género humano mas que dos actores: vamos con todo cuatro caracteres distintos en aquellas dos personas, es á saber: los de ambas en toda la pureza de la inocencia y en el estado de la mayor perfeccion; y los que se les siguieron en la época de su pecado y de su mayor baja. Es cierto que estos dos últimos caracteres son comunes y vulgares; pero los otros dos primeros, no solamente son magníficos, sino de mayor novedad, que cuantos se hallan en Virgilio, en Homero y en toda la extension de la naturaleza.

Milton conocia tanto esta falta de personajes, á quienes pudiese atribuir caracteres distintos, que introdujo dos actores imaginarios, á saber, el pecado y la muerte, por cuyo medio enriquece tambien el cuer-

po de su ficción, una alegoría tan bella como bien inventada. Aunque la hermosura de esta alegoría pueda de algún modo justificarla, no acabo de creer, que tales personajes, cuya existencia es quimérica, convengan en un poema, porqué como lo expondré con más amplitud dentro de poco; nunca el ánimo se presta con gusto á concederles aquella realidad, necesaria para la acción.

Es cierto que Virgilio ha personificado la fama en *La Eneida*; pero el papel que hace es muy corto, y no es seguramente uno de los más hermosos pasajes de aquella obra. En los poemas burlescos, en especial en el *Dispensary* y en el *Lutrin*, encontramos tambien muchos personajes alegóricos, que caen muy bien allí, y prueban que sus autores los creían adaptables á un poema épico. Y yo mismo estaria encantado en favor del libro, que examino ahora, de que el lector fuese del mismo dictamen; añadiendo que si semejantes entes imaginarios pueden ser admisibles, jamás han sido empleados con más delicadeza, ni con más propiedad, que en *El Paraíso Perdido*.

Otro principal actor de Milton, es el grande enemigo del género humano. Aristóteles ha admirado mucho el carácter de Ulises en *La Odisea* de Homero. Aquella fábula está, no solamente llena de enredos y de sucesos agradables, por las diferentes aventuras de su viaje y por la habilidad de su conducta, sino que es tambien muy notable, por el modo con que se oculta, y con que se descubre en varias partes del poema. En de Milton, el dominio hace un viaje más largo que el de Ulises, se vale aun de más astucias y estratagemas, y toma muchos más disfraces, y más extraordinarios, á pesar de los cuales, el lector le reconoce siempre con gusto y con admiración.

Podemos observar además, con que arte ha variado el poeta los caracteres de los personajes, que hablan en su conciliábulo infernal, y al contrario, qué bien ha reunido las tres distinciones de criador, de reudentor, y de consolador, en la deidad, que despliega su bondad sobre el hombre.

Tampoco se debe omitir el personaje de Rafael: en medio de su ternura, y de su amistad para el hombre, manifiesta en sus discursos y en su conducta, toda la dignidad, y toda la indulgencia, que corresponden á la naturaleza superior. Los Angeles de Milton se distinguen, tanto por sus respectivos papeles, como los Dioses de Homero ó de Virgilio. Nada encontrará el lector en lo que se atribuye á Uriel, á Gabriel, á Miguel ó á Rafael, que no convenga á sus caracteres respectivos.

Hay otra circunstancia en los principales actores de *La Iliada Eneida* que dá un grado superior de interés á ambos poemas, y que ha sido imaginada con gran cordura, es á saber, el cuidado de los dos poetas en escoger por principales personajes á unos héroes que tenian la más íntima relacion con las naciones, para las cuales escribían.

Aquiles era Griego de nacion, Enéas el primer fundador de Roma, y así el amor de la patria atraia á los lectores. Un romano no podia ménos de alegrarse, al ver á Enéas salvarse de las llamas, de las tormentas, y de las manos de sus enemigos, al paso que debia contristarse con las desgracias, y los estorbos que habia tenido que sufrir. Los Griegos veian á Aquiles con iguales ojos; y es evidente que cada uno de aquellos poemas pierde algo con los lectores, para quienes los tales héroes son extraños ó indiferentes.

En esto es precisamente en lo que sobresale, dejándolos muy atrás, el poema de Milton. Es imposible que lector alguno, de cualquier país que sea, deje de tener interés en los personajes, que son los principales actores de su poema: hay mas, estos mismos actores son, no solo nuestros padres, sino nuestros representantes; tenemos un interés real y presente en todo lo que les vemos hacer; de nada ménos se trata que de nuestra felicidad; y nuestra suerte está en sus manos.

Añadiré á la reflexion procedente una observacion de Aristóteles, que ha sido muy mal entendida por algunos críticos modernos. Un hombre de una virtud perfecta ó consumada, que tiene que sufrir algunas duras pruebas, excita á la piedad, y no al terror, porque no tememos que la suerte de aquellos, con quienes no tenemos proporcion alguna, pueda comprendernos; pero añádase una desgracia, que acontece á un hombre, cuya virtud está mezclada con algunas flaquezas, no solo excita nuestra lástima, sino nuestro espanto; una impresion secreta nos hace temer los mismos golpes de la suerte, por la proporcion íntima que tenemos con aquel que los padece á nuestra vista.

Si esta observacion de Aristóteles es verdadera en algunas ocasiones, no es aplicable al asunto de que tratamos. Aunque los dos grandes actores del poema posean la virtud más perfecta y mas consumada, no solamente nos hacen considerar que podemos participar de su misma suerte, sino que la nuestra es inseparable de ella. Embarcados con ellos en una misma nave, experimentamos las mismas tempestades, les acompañamos, y dividimos su felicidad ó su desgracia. Se vé, pues, que las reglas sacadas por Aristóteles de sus reflexiones sobre Homero, no pueden adoptarse exactamente á los poemas heroicos posteriores á su tiempo. Todo censor imparcial conocerá fácilmente que hubieran sido mas perfectas, si hubiese leído *La Eneida* que no se compuso, sino algunos siglos despues de su muerte.

En los artículos siguientes recorreré las demás partes del poema de Milton, y espero que mis notas servirán de comentario, no solo á éste, sino tambien á Aristóteles.

Reddere personæ scit convenientia cuique.

Habiendo ya examinado en general la fábula, y los caracteres de Milton, nos quedan por examinar, según el método de Aristóteles, los sentimientos y la expresión, y luego que hubiere concluido mis reflexiones generales sobre estos cuatro puntos, escogeré algunos pasajes del poema, para dar una idea de sus bellezas y sus defectos: por lo tanto ruego á mi lector que suspenda su juicio sobre esta crítica, hasta que la haya visto por entero.

Por la palabra sentimientos, entendemos los pensamientos y la conducta. Los sentimientos son exactos, siempre que no se separan del carácter; deben convenir á las circunstancias no ménos que á las personas, y para ser perfectos, es necesario que nazcan del asunto. Así, cuando el poeta pretende convencer, ó exponer, amplificar, ó disminuir, excitar el amor, el odio, la lastima el terror, ó cualquiera otra pasión, debe considerarse si los sentimientos que emplea son á propósito para lo que intenia. Los críticos acusan á Homero de haber pecado sobre esto en varias partes de *La Iliada y la Odiséa*; los que han hecho justicia á aquel gran poeta, han atribuido este defecto al siglo en que vivía. Si la delicadeza de pensamientos, que advertimos en obras producidas por hombres de ingenio muy inferior, le falta algunas veces, es justo, como dicen, achacarlo á su época; pero para un paraje en que Homero dormite, hay mil en que es inimitable.

Virgilio ha sobrepujado á todos sus antecesores en la exactitud de los sentimientos; pero Milton, sobre todo, brilla en este punto. No debo omitir una reflexión que le realza en él. Homero y Virgilio presentan personajes, cuyos caracteres son conocidos comunmente entre los hombres, y que pueden encontrarse á cada paso en la historia y en el trato ordinario; cuando al contrario, Milton es, por decirlo así, criador de nuevos caracteres, que ha adaptado á seres tomados fuera de los límites de la naturaleza. Shakespeare muestra por lo mismo más fuerza en su *Calyban*, que en su *Iracundo*, y en su *Julio Cesar*, cuyos caracteres no exceden los términos comunes de la humanidad.

Homero tenia ménos que hacer para encontrar sentimientos propios á una asamblea de generales Griegos, que Milton para sostener su consejo infernal, por medio de caracteres propios y variados. Los amores de Dido y Enéas, no son más que copias de lo que se vé acaecer todos los días. Però Adán y Eva, antes de su caída, eran de una especie diferente, respecto de los hombres que descenden de ellos, y solo un poeta de la más vasta invencion y del tacto mas fino, hubiera podido llenar de circunstancias tan exactas su conversacion, y su conducta en el estado de la inocencia.

No basta que un poema épico brille por su naturalidad, es preciso que domine en él la sublimidad: y en este punto Virgilio es muy inferior á

Homero. No se encuentran en aquel, á la verdad, tantos pensamientos bajos y vulgares como en este; pero tampoco los tiene tan nobles y tan elevados; y puede decirse, que apenas se encuentran en Virgilio sentimientos grandes y maravillosos, sinó cuando *La Iliada* le inspira su ardor. Agrada, y encanta generalmente por la amenidad de su ingénio, pero casi nunca nos sublima, y nos enajena sin que eche mano de algunos rasgos de Homero.

La sublimidad constituye la excelencia, el principal talento de Milton: hay entre los modernos algunos, que le igualan en cada cual de las otras partes de la poesia, pero en la grandiosidad de los sentimientos triunfa sobre todos los poetas antiguos y modernos, exceptuando únicamente á Homero. No puede la imaginacion humana producir ideas más elevadas que las que ha empleado en su primero, segundo y sexto libro. El sétimo, en que describe la Creacion del mundo, presenta bellezas admirables; pero no es con todo, tan propio para mover el ánimo de los lectores, ni tan perfecto, porque hay en él ménos accion. Recordra el lector las observaciones de Longino sobre varios pasajes de Homero, y hallará en aquel sabio crítico las reflexiones más ventajosas para el poema de Milton.

Como debe hacerse uso en el poema heroico de dos géneros de sentimientos, á saber, del natural, y del heroico, asi tambien es menester evitar cuidadosamente en él, otros dos, que son el afectado, ó poco natural, y el bajo, ó vulgar. En cuanto al afectado, se encuentran pocos ejemplos de él en Virgilio: no gasta aquellos conceptillos, ni puerilidades, que se notan á cada paso en Ovidio, ni aquellas frases epigramaticas de Lucano, como ni tampoco aquellas expresiones hinchadas, tan frecuentes en Estacio, y Claudiano, ni los ornatos irregulares del Taso; todo es en él exacto y natural. Sus sentimientos, muestran que tenia un perfecto conocimiento de la naturaleza humana, y de cuanto es más propio para excitar sus pasiones.

Haré ver en adelante cuanto se ha apartado Dryden del modo de pensar de Virgilio, en la traduccion que nos ha dado de *La Eneida*. En cuanto á Homero, no hago memoria de haber notado en él, en parte alguna, aquella especie de faltas, que son un efecto de la sutileza pueril de los últimos siglos. Debemos confesar, que Milton ha pecado algunas veces en este punto, como lo haré ver con más amplitud en otro artículo. con todo, si consideramos que todos los poetas del siglo en que escribió estaban contagiados de este mal gusto, tendremos que alabarle por no haberse entregado mas á él, y que disculparle de haber prestado alguna vez á aquella viciosa pasion, que aún prevalece en tantos escritores.

Sin la naturalidad no hay verdaderas bellezas, pero hay, con todo, un escollo que evitar en ella: este es el de la bajeza. Homero, por sencillez de algunos sentimientos, se ha expuesto á las burlas de aquellos

que tienen mas delicadeza que grandiosidad en el ingénio; pero aquella sencillez, como ya lo he advertido; era más un defecto de los tiempos que del poeta. Zoilo, entre los antiguos, M. Perrault entre los modernos han sido los que más han ridiculizado aquellos sentimientos. En este punto nada hay que censurar en Virgilio, y muy poco en Milton.

Presentaré solo un ejemplo de este defecto en Homero, y le compararé con dos pasajes de la misma naturaleza en Virgilio, y en Milton. Los sentimientos que pueden excitar la risa son poco decentes en un poema heróico, cuyo objeto es el de excitar las más nobles pasiones, con todo, Homero en el retrato de Vulcano, y de Tersites, en su historia de Marte, y de Venus, en la pintura de Iro y en otros pasajes, ha caído en aquel estilo burlesco, y se ha separado de aquella gravedad que parece esencial á la nobleza del poema épico. En cuanto á la *Eneida*, no me acuerdo en ella, sino de una sola chanza, que pueda mover á La risa, que esta en el quinto libro, en donde presenta á Mnestéo arrojado de su nave al mar y enjugándose despues sobre una peña; y aun este cuadro está al cabo tan bien colocado, que la más severa critica se veria apurada para condenarlo, pues que se trata precisamente en aquel paraje, de juegos y diversiones públicas, en que debe suponerse el ánimo del lector dispuesto al regocijo. Milton no se ha permitido el tono burlesco; sinó en el sexto libro, en donde los demonios, ensoberbecidos con el suceso de su nueva artilleria, escarnecen á los Angeles buenos; y con todo, miro este pasaje como uno de los mas defectuosos de todo su poema.

Ne quicumque Deus, quicumque adhibebitur heros,
Regali conspectus in auro, nuper et ostro,
Migret in obscuras humili sermone tabernas;
Aut dum vitat humum, nubes et inania capiet.

Despues de haber hablado de la fábula, de los caracteres y de los sentimientos, nos queda que tratar de la alocucion. Como están muy divididos los sabios, acerca del mérito de Milton en esta parte, espero que se me escusará, si adhiero á aquellos que juzguen mas favorablemente de él.

El estilo de todo poema heróico debe ser á un tiempo claro y sublime; á no ser así, es defectuoso. La claridad debe preceder á todo. El lector sensato mirará con indiferencia alguna leve falta contra la gramática y la sintaxis, siempre que le sea imposible equivocar el sentido del poeta. Hé aquí un ejemplo de esta naturaleza en Milton: dice hablando de Sa-

tanás, *exceptuando á Dios y á su hijo, no estimaba, ni temia á ninguna criatura*, frase imperfecta, que á primera vista parece incluir á Dios, y á su hijo, en el número de las criaturas. Vé aqui otra relativa á nuestros primeros padres: *Adán, el más perfecto de los hombres, que vinieron después de él al mundo, y Eva, la mas hermosa de sus hijas*; parece que da á entender por su construccion que Eva fué una de las hijas de Adán. Estas faltas, verdaderamente leves, quando los pensamientos son grandes y naturales, son de aquellas que debemos imputar con Horacio á una inadvertencia, disculpable en la flaqueza de la naturaleza humana, que no puede fijar su atencion en cada menudencia, ni dar la última mano á todas las circunstancias particulares de una obra tan larga. Los antiguos críticos, que censuraban con calor más que con un ánimo quisquilloso, han inventado figuras retóricas para paliar aquellos ligeros defectos en los autores, por otra parte estimables.

Sinó debiéramos pararnos más que en la claridad y en la pureza de las expresiones, bastaria para el mérito del poeta, que explicase sus pensamientos del modo mas sencillo y más natural, pero como sucede muchas veces que las frases usadas llegan á ser demasiado familiares al oído, y pasando por las bocas del vulgo, contraen cierta especie de bajeza, tiene tambien que evitar cuidadosamente aquellos modos de hablar triviales. Ovidio y Lucano se sirven frecuentemente de un lenguaje poco elevado: se acomodan con las primeras expresiones que se presentan, sin tomarse el trabajo de buscar otras, que serian, no solamente naturales, sinó nobles y sublimes. Milton cae pocas veces en tales faltas.

Los grandes maestros en materia de composicion saben que hay muchas frases, que aunque por si mismas elegantes, están proscritas para un poeta ó para un orador, como envilecidas por el uso vulgar, circunstancia que da una gran ventaja á las obras antiguas, escritas en lenguas muertas; sobre las de los modernos, que lo están en lenguas vivas. Si existiesen casualmente en Virgilio y en Homero algunas frases, y espresiones bajas no disonarian á los oídos de los más delicados lectores modernos, como hubieran disonado á los de un Griego ó Romano de los antiguos tiempos, porque jamás las oímos pronunciar en nuestras calles ni en las conversaciones ordinarias.

No basta, pues, que el estilo de un poema épico sea claro, debe además ser sublime, para lo que es necesario que se eleve sobre el lenguaje vulgar. El buen gusto de un poeta se descubre, sobre todo en que sabe huir de las expresiones triviales, sin incurrir en modos de habla afectados y poco naturales: es necesario que se guarde de una falsa sublimidad, que consiste en la hinchazon, al paso que evite el otro extremo. Entre los Griegos, Eschiles y Sofocles, caen algunas veces en esta falta; entre los latinos, Claudiano y Stacio, y entre nuestros patricios Shakespeare, y Lye. En estos autores, la afectacion de grandexa perjudi-

ca frecuentemente á la claridad del estilo, así como en otros muchos, el deseo de ser claros, impide la sublimidad.

Aristóteles observa, que las metáforas sirven para elevar el estilo, pero al mismo tiempo, que es necesario sean exactas, y no demasiado frecuentes, pues si lo son, hacen la obra oscura; nuestro autor las usa rara vez, cuando las palabras propias pueden explicar con la misma viveza su pensamiento.

Es permitido tambien alguna vez usar de palabras de otros idiomas; así Virgilio abunda de términos griegos, ó de Helenismos, como los llaman los críticos; y aun con más abundancia que en Virgilio, se encuentran en las odas de Horacio. Es inútil hablar de la diferencia de dialectos, de que se ha servido Homero. Milton conformándose con esta práctica de los antiguos poetas, ha sembrado de latinismos, helenismos, y aun hebraísmos su poema.

El adjetivo pospuesto al sustantivo, la transposicion de palabras, la transformacion del adjetivo en sustantivo, y otras semejantes libertades, contribuyen á dar más armonía á los versos y á diferenciarlos de la prosa.

El tercer método referido por Aristóteles es más análogo á la lengua griega que á otra alguna; Homero nos proporcionará muchos ejemplos de él; consiste en la libertad que él se toma, con frecuencia, de extender la oracion, mediante una añadidura de palabras, que pueden introducirse en ella, u omitirse, como tambien en prolongar, ó contraer varias palabras por la insercion ó por la omision de ciertas sílabas. Milton hace esto algunas veces, como cuando emplea la palabra *heremitaño*, en lugar de *hermitaño*, de que usa comunmente. Si se observa la medida de sus versos, se vé que en muchas palabras suprime una sílaba, y otras veces de dos sílabas hace una. Con este arbitrio da mayor variedad á sus medidas. En los nombres propios de personas, y de paises, como Beelcebuht, Hassebôn y otros, no se ha sujetado al rigor de la ortografía, ó les ha dado nombres, que no eran los más comunes para apartarse del lenguaje vulgar. Ha hecho uso tambien alguna vez de palabras anticuadas, que hacen su poema más venerable, dándole una apariencia de vejez:

Debo advertir tambien, que se hallan en Milton varias palabras de fábrica suya, y si el lector se ofende de esto, le remito á un discurso de Plutarco, en que éste muestra cuántas veces se ha tomado Homero la misma libertad.

Con estos socorros, y con la eleccion de las palabras y frases más nobles que nuestro idioma podia suministrarle, Milton elevó nuestro lenguaje á mayor altura que ningun otro poeta inglés anterior, ó posterior lo ha hecho hasta ahora, igualando á los antiguos en la sublimidad del estilo.

He dado mayor extension á estas observaciones sobre el estilo de Mil-

ton, por que es precisamente la parte en quemás sobresale. Las reflexiones que he hecho sobre la práctica de los otros poetas, como las que me ha proporcionado Aristóteles, disminuirán quizá la preocupacion que algunas personas tienen contra aquel poema. No obstante, debo confesar, quo su estilo, aunque en general admirable; me parece algunas veces duro y confuso; por la frecuente repetición de aquellos métodos que Aristóteles ha prescrito para elevarlo.

Aquella abundancia de circunloquios extranjeros, como los llama Aristóteles, convenia tanto más á Milton, cuanto su poema está escrito en versos libres: la rima por si sola basta para distinguir el verso de la prosa, y sirve frecuentemente de salvoconducto á frases que no pasan de medianas, pero cuando el verso no está sostenido por ella, la pompa del sonido, y la energia de la expresion, son indispensablemente necesarias para realzar la obra, y para impedir que degenera en prosaica.

Aquellas personas que no tienen gusto, y que acostumbra ridiculizar á un poeta cuando se separa del modo comun de explicarse, harian muy bien en ver cómo ha tratado Aristóteles á un antiguo autor llamado Eulclides, por sus insípidas chanzas sobre este punto.

Si se considéran los números de Milton, se permite diversas elisiones, que no son regulares entre los poetas ingleses, como puede notarse en la supresion que hace de la letra (*i*) cuando precede á una vocal.

Estas singularidades, y algunas otras, en la medida de sus versos, forman en sus números una agradable variedad, y no fatigan el oido, como lo haria una medida uniforme, que es el efecto, que la repetición perpétua de la rima, no dejará jamás de producir en todo un poema un poco largo. Concluiré estas notas sobre la elocucion de *El Paraíso Perdido*, advirtiendo, que Milton ha imitado más á Homero que á Virgilio en la longitud de los periodos, en la riqueza de las frases y en el enlace de sus versos, que están encadenados casi todos uno con otro.



NOTAS DE ESCORQUIZ

LIBRO PRIMERO.

(1) Pág. 21. Esta blasfemia como todas las demás de la misma especie, que se encontrarán en los discursos de Satanás, y los de sus secuaces, en la extension del poema no son mas que un efecto de su desesperacion; pues como se verá por otras expresiones, puestas igualmente en su boca, todos ellos estaban bien ciertos de su debilidad, y de su absoluta dependencia de Dios, y así todas las injurias y horrores que vomitan contra él, no son mas que falsedades, reconocidas por los mismos que las profieren, y nacidas de su soberbia obstinada y de su ódio ingusto. Téngase esto presente, en cuantos pasajes ocurran de esta clase, pues nadie mejor que los ángeles reprobos conoce práctica, y especulativamente, que Dios lo puede todo, y nada sin él todas las criaturas juntas.

Lo mismo digo de las expresiones, que Milton les atribuye, en que suponen, como en los versos que se siguen poco despues, la existencia del Hado, y le dan por autor de su sér, de su inmortalidad, ó de otros cualesquiera sucesos, pues no podian ignorar que no hay más Hado que la voluntad de Dios, ni otro autor de cuanto existe, que él mismo. Así Milton les hace prorrumpir en dichas expresiones, como en unas ficciones, hijas de su ingratitud y orgullo, que les hacen desear, engañarse á sí mismos, para lisonjearse de no deber su existencia y sus dotes al Señor, á quien aborrecen, como lo dan á conocer en otros pasajes del mismo poema, en que no teniendo interes para propalarlas, lo confiesan ellos mismos.

Tampoco podian hablar en otro tono, cuando aquellas ficciones venian al caso, unos espíritus tan desesperados. Ni debe extrañarse, que en ellas hablen los demonios, como verdaderos demonios, esto es, con la soberbia y la mentira en la boca. Habia de ser, pues muy mentecato el lector para escandalizarse de semejante lenguaje; y para que él estuviere en este caso, si con efecto se verifica, es para el que se destina esta nota, en que una vez para todas, se le precave contra semejante necesidad.

(2) Pág. 30. Aunque los ángeles segun la doctrina de la Iglesia católica, son puros espíritus, Milton, como lo hemos advertido en el prólogo, los supone tambien corpóreos porque sin esta ficcion, era imposible hacerlos figurar en una obra de imaginacion, cual es un Poema Epico

(3) Pág. 35. Esta facultad de mudár de sexo es una nueva fábula, adoptada á la naturaleza angélica, supuesta á la anterior de hacerla corpórea, que antes habian defendido como efectivo algunos cabilosos escolásticos, que dió lugar á sus cuestiones sobre los demonios incubos, y sucubos y que Milton no ha hecho otra cosa que reproducir y adornar.

LIBRO SEGUNDO.

(1) Pág. 52. La escritura está llena de pasajes que indican esta especie de monarquía establecida entre los espíritus malignos, como tambien que Satanás es el que la obtiene, y que hay entre ellos aquella especie de jerarquía y de subordinacion, compatibles con su naturaleza, y con las circunstancias en que se hallan; bastando para probarlo las siguientes palabras de Jesucristo. Decian de él los fariseos, «que lanzaba los demonios en nombre de Beelzebúb, principe de los demonios; *hic non ejicit demonēs, nisi in Beelzebúb principe dæmoniorum*; á lo que el Señor respondió: todo Reino dividido contra sí, será destruido.... y si Satanás lanza á Satanás, está dividido contra sí: ¿cómo subsistirá, pues, su Reino? *Omne regnum divisum contra se, desolabitur.... et si Satanás Satanam ejicit, adversus se divisus est; quomodo ergo stabit regnum ejus* Math. C. 12. v. 24. y sig.

(2) Pág. 63. Aquí pone Milton en boca del orador infernal un testimonio de la excelencia de la naturaleza del hombre, de la que casi duda si es igual á la de los Angeles, conforme al texto del salmo. 8. *Minuisti eum paulu minus ab Angelis*: lo hiciste poco inferior á los ángeles: excelencia que nuestra degradacion posterior, producida por el pecado original no nos permite conocer en esta vida, pero que nos pasmará, cuando abramos los ojos en la venidera, libre ya el alma de este cuerpo corruptible, que segun la escritura es un peso que la abruma, y que comprime todas sus facultades. *Corpus enim quod corrumpitur aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitatem*. Sap. Cap. 9, v. 15.

(3) Pág. 70. En estos versos hace ver Milton lo que he dicho en mi primera nota al libro anterior, esto es, cuán distinto es el modo de pensar de los espíritus infernales acerca de la grandeza de Dios y de sus atributos, cuando hablan como sienten, del que ostentan en los discursos públicos, que les atribuye, en los que su soberbia y su encono contra Dios, les hacen ocultar, desfigurar, ó negar, las verdades más evidentes que ellos mismos se ven forzados á creer temblando, como se vé por las palabras del Apóstol Santiago en su epístola (cap. 2, v. 19), *et demones credunt, et contremiscunt*.

Precave tambien, en los versos que se siguen, á los hombres, contra

la audaz curiosidad que puede llevarlos á escuadrñar los secretos de Dios, en materias superiores á sus alcances, haciéndoles ver los horrores de los Angeles mismos, que tanto les exceden en el ingenio y en los conocimientos, cuando tienen la temeridad de querer profundizarlos: leccion que viene muy al caso, para ciertos hombres de nuestro siglo, tan temerarios, como superficiales, que niegan los misterios de la religion, porque no los comprenden, y ensoberbecidos con el titulo de filósofos, no comprendiendo las cosas más lénues y triviales de la naturaleza criada, pretenden comprender claramente la de su divino Criador. Son tan acreedores á la risa y al escarnio, como á la compasion.

LIBRO TERCERO.

(1) Pág. 96. No hay un misterio, que haya ocasionado mas cabilaciones al orgullo de el hombre, que todo lo quiere penetrar, que este de la concordia de la presencia divina, con la libertad humana. Su dificultad no nace, sino de la cortedad de nuestra inteligencia, que en esta vida no nos permite conocer los dos extremos, que se trata de reunir, pues que no pudiendo formar mas que una idea imperfectisima de lo que es Dios, y de lo que es nuestra alma misma, es imposible que la tengamos á no ser igualmente imperfecta, de la presencia divina, ni de nuestra libertad. Pero si conociésemos, como acaecerá despues de nuestra muerte, ambas cosas, con la perfeccion posible, léjos de encontrar dificultad en conciliarlas, nos pareceria su conexion, la más clara, y más natural. Así un hombre que no tiene idea alguna de el arte de navegar, aunque sepa materialmente lo que es un navio, y lo que son los vientos, que dando en sus velas lo ponen en movimiento, si se le dice que el hombre lo hace navegar con un mismo viento, hácia donde quiere, y aun casi directamente contra el rumbo y direccion de este, halla una dificultad insuperable en conciliar el impulso determinado de el viento, con la oposicion de las direcciones de la nave, á que comunica su movimiento; pero en el instante en que embarcado, se le muestra el mecanismo de el timon, y de la disposicion de el velámen, concilia con la mayor claridad ambas cosas, y le parece tan natural su conexion, que se admira de no haber caído en ella.

Nunca llegará el hombre á adquirir la sabiduria verdadera, de que es capaz en este mundo, si no comienza por humillarse reconociendo la cortedad de sus alcances, y que por consiguiente no debe decidir la incertidumbre de una proposicion, precisamente por que sea incomprendible para el, antes si tenerla por clerta, aunque no la comprenda, siempre que haya por otro lado razones sólidas, para creerla, mucho mas si interviene la autoridad divina.

(2) Pág. 100. Así como la tradición general de todas las naciones ha conservado como he dicho en el prólogo de esta obra, la memoria del pecado original, y de que en fuerza de él, nacen los hombres contagiados é inclinados al mal, así también nos ha transmitido el modo de aplacar el cielo irritado contra nosotros, tanto por aquella mancha con que nacemos, como por los pecados personales, que son consecuencias naturales de ella. El rito, pues, observado por todas las naciones, desde los tiempos más remotos para este efecto, ha sido el de los sacrificios sangrientos de toda especie de animales; los más útiles y necesarios al hombre. Rito por el cual han confesado solemne, y constantemente, que el hombre nace pecador, merecedor de la muerte, y hecho objeto de la ira del cielo, al que no puede aplacar, sino haciendo morir en su lugar, para expiación, y satisfacción de sus culpas, otras víctimas inocentes de ellas; no siendo el capaz, como culpado, de expiarlas con su propia sangre. Esta práctica tan antigua como el género humano, y extendida uniformemente de un cabo á otro del mundo, no puede haber tenido otro origen, que el de la persuasión de dicha verdad, debida á la tradición de los primeros padres de el linage humano; pues sin ella, ¿por donde podia ocurrir á todos los pueblos en general, que la muerte de un animal útil é inocente, tuviese conexión con el perdón de sus culpas hereditarias, ó personales? No la hay en efecto, pues la sangre de los hombres, y de todos los animales juntos, no tienen proporcion alguna con la ofensa hecha á un Dios infinito, á no ser que se miren, como figuras de el sacrificio de una víctima de infinito precio, á saber, de el Verbo Divino humanado, sola víctima digna de Dios, capaz de lavar las culpas de todos los hombres, y adecuada, y propia, para aplacar, y satisfacer la justicia divina. Esta verdad sirve de fundamento al discurso que pone Milton en boca de el Padre Eterno, dirigido á su hijo, y sobre el que recae esta nota.

(3) Pág. 106. Esta expresión de Milton, alude á lo que dice san Pablo, hablando de Jesu-Christo, (en la epíst. *ad Hebreos*, cap. i, v. 6.), *et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrarum, dicit: et adorent cum omnes Angeli Dei*. Esto es, y cuando despues introduce á su primogénito en el orbe de la tierra, dice: adórenle todos los Angeles de Dios. Pero como las expresiones de Milton, aunque conformes á esta sagrada autoridad, pueden dar motivo á que algun lector ignorante, ó poco instruido en los misterios de nuestra religion, se figure que el hijo de Dios, en el modo de pensar de Milton, no fue reconocido, ni adorado como Dios por los Angeles, hasta aquella época, y en fuerza de un decreto especial de su Eterno Padre, error tan ageno de Milton, como de cualquier católico enterado de la doctrinada de la iglesia; debo advertir al tal lector, que la adoracion de el Verbo Divino, y de el Espíritu santo, fueron siempre imprescindibles para los Angeles, de la de el Padre Eterno, pues que se les reveló desde el principio, la trinidad de sus personas

como la unidad de su esencia, y que así solo se trata en este pasaje, de que hablamos, de las adoraciones dadas por los Angeles á la humanidad de Jesu-Cristo, que no habian de comenzar, si no en la época de la encarnación de el Verbo Divino.

(4) Pág. 109. Este Lymbo, que puede llamarse de la vanidad, es una ficción, que aunque algo extravagante, debe perdonarse á Milton, por la gracia de las descripciones y pinturas á que da motivo, que contienen mucha moralidad.

LIBRO CUARTO.

(1) Pág. 127. Han variado infinito los sistemas de los Comentadores de la Escritura, sobre el lugar en que estuvo situado el Paraíso terrenal, pero las señas que da de él Moysés, no dejan arbitrio á otras opiniones, que á las que lo colocan en alguna de las grandes llanuras regadas por el Eufrates, y el Tigris, entre los montes de la Armenia y el golfo pérsico: sus palabras son estas, «Salía un rio de aquel lugar de delicias, para regar el Paraíso; que se dividía despues en cuatro brazos. Llámase el uno el Phison: este es el que rodea toda la tierra de Evilath, en donde se cria oro. El segundo rio se llama el Gehon, que rodea toda la tierra de Etiopia.» (Era otra region que la que entendemos ahora por este nombre.) «El nombre de el tercer rio es el Tigris, que corre hacia la Asiria, y el cuarto es el mismo Eufrates. (Gen. cap. 2, v. 10, y siguientes.) Esta explicacion dada á los lectores Hebreos de aquella época, con las señas necesarias, para que reconociesen aquellos rios, por su situacion, y por sus producciones particulares, es una prueba visible, de que aunque el Paraíso hubiese sido destruido, y variada la direccion de los rios, como su origen de un solo manantial, por los acaecimientos posteriores, el sitio en que habia estado aquel hermoso jardín era conocido aun con certeza, por las expresadas señas, las que en el día, por haberse borrado con los siglos la tradicion, no son suficientes, sino para circunscribirlo á algun paraje de aquella vasta region, sin poder fijar precisamente cual es.

(2) Pág. 129. Estos afectos dulces, y generosos, que Milton atribuye á Satanás, en favor de los primeros hombres, á pesar de su envidia y su ira, son propios contrastando con estas pasiones, para dar mayor interés poético á su carácter, pero no son verdaderamente los de aquel espíritu desesperado, y vengativo, cuyo feroz egoismo, no puede mirar, sino con odio profundo, á cualquiera objeto de su envidia, y aun con inhumano desprecio al que sea mas infeliz que él. Si hay con efecto, hombres tan malvados, que parecen incapaces de toda conmiseracion, cuanto mas lo será aquel monstruo, de él cual dice Job; «su corazón se endurecerá como la piedra, y se apretará como el yunque de el herrero.. El es el que reina sobre todos los hijos de la soberbia;» *Cor ejus indura-*

bitur tanquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus... Ipse est rex super universos filios superbiae? (Cap. 4., v. 15, y 25.)

(3) Pág. 155. Esta tentacion de Satanás, aprovechándose de el sueño de Eva, es sumamente verosimil, pues en el estado de gracia y de inocencia en que se hallaba, no pudiendo ser tentada, sino por sugestiones exteriores, que su razon, entonces en toda su integridad, hubiera rechazado al primer aspecto á estar despierta, de modo que nó hubieran podido gravarse si no ligera y momentaneamente en su imaginacion; tenia mucha mas cuenta al seductor, presentarla aquellas especies, en una época, en que su razon, embargada por el sueño, no podía despedirlas, ni por consiguiente estorbar que se imprimiesen con individualidad, y duracion en su fantasia. Es cierto que esta, luego que se despertase, estando como estaba totalmente sujeta á la razon, no se las propendia sinó con su consentimiento; pero una por una, ya estaban trasladadas en ella, y servian para que en la tentacion abierta, que meditaba aquel enemigo, á poco que la voluntad titubeara, le ayudasen á acabar de vencerla.

LIBRO QUINTO.

(1) Pág. 184. Cuanto más se estudie la antigüedad, mas se notará la analogia que existe entre la fábula, y la verdad. Apenas hay hecho, ó tradicion de grande importancia, pertenecientes á los tiempos primitivos, en la historia de el antiguo testamento, que no se hallen conservados por la fábula; desfigurados si, pero en términos que puedan reconocerse. Tal es, por ejemplo, la tradicion de la rebelion de los Angeles malos, y de su expulsion de el Cielo, que en la Mitologia de los Griegos, y Romanos vemos sustancialmente conservada, en la guerra de los Titanes contra Júpiter, y las demas Deidades, y bajo otros nombres, en las fábulas religiosas de la mayor parte de las naciones.

(2) Pág. 192. El nombre de Abdiel es inventado, pues no se halla en la Escritura; pero el papel que hace es el mas noble y poético. Los únicos nombres Angélicos, que constan en los libros sagrados, son los de Miguel, Gabriel, y Rafael.

LIBRO SEXTO.

(1) Pág. 204. Es de suponer, que no habrá lector que no se haga cargo, de que estas batallas materiales entre los Angeles; son otras tantas ficciones, en que se pintan con colores humanos, las divisiones puramente espirituales, acaecidas en el Cielo, y por consiguiente, que todos conocerán, que cuanto se dice de armas, de insignias, de heridas, de sangre, de la invencion de la artilleria, es una mera fábula.

(2) Pág. 224. Todas estas expresiones, y otras semejantes, que se encuentran en el poema, en que parece, que cuando el Padre Eterno da

su poder y sus facultades á su Divino Hijo, le da cosa que no tenia, deben entenderse en el mismo sentido que otras equivalentes de la Escritura, esto es, de que se las ha comunicado, y se las comunica desde toda la eternidad en su divina generacion, siendo su Hijo coeterno, y consustancial á él, en la esencia y en la divinidad, como en todos los atributos inseparables de ella, á saber, el poder, la sabiduria, etc., igualmente que el Espiritu Santo, no siendo mas que un solo Dios, trino en personas. Esto no impide, que en consecuencia de las relaciones Divinas, se atribuya especialmente, en nuestro modo de hablar, el poder al Padre, la sabiduria al Hijo, y el amor al Espiritu Santo; pero sin que por esto dejen de ser comunes, y con la misma perfeccion infinita, estos, y los demas atributos, á las tres personas divinas: lo que deberá tener entendido el lector, para no equivocar en estos puntos el sentido de las expresiones de Milton, que es en ellas conforme al de la Iglesia, segun lo dá á entender en otros pasages de estos mismos discursos, en que dice, que el Hijo de Dios, Omnipotente, Eterno, como su Padre, y su imágen totalmente perfecta.

(3) Pág. 225. La descripcion de este magnífico carro del Señor, es sacada casi al pié de la letra de la que hace Ezequiel, de aquel en que se le apareció á orillas de el rio Chobar, en la Caldea. «Vi venir, dice, un fiero torbellino de viento de la parte del Aquilón, y una gruesa nube llena de fuego y rodeada de resplandores: en medio de ella, esto es, en medio del fuego, habia una especie de metal muy brillante. En medio de aquel mismo fuego se veia tambien la semejanza de cuatro animales, en los cuales se distinguia la semejanza del hombre. Cada uno de ellos tenia cuatro caras, y cuatro alas. Sus pies eran rectos, y la planta de sus pies era como la de el pie de un ternero: despedian chispas como las que salen del bronce mas encendido. Debajo de sus alas, tenian á los cuatro lados, manos de hombre. . . . las alas del uno tocaban á las del otro: no se volvían cuando andaban, sino cada uno iba recto delante de sí. . . . iban adonde los llevaba el ímpetu del espíritu. . . . y al verlos, parecian como ascuas ardientes, y como lámparas encidas. Se veian correr en medio de los animales, relámpagos que salian del fuego. . . . Las ruedas tenian tambien una extension, una altura, y una figura, que horrorizaba el verla, y todo el cuerpo de las cuatro ruedas estaba rodeado de ojos. . . . las ruedas se levantaban tambien cuando se levantaba el espíritu, y le seguian á todas partes, porque el espíritu de vida estaba en las ruedas. Sobre las cabezas de los animales se veia un firmamento, que parecia como un cristal resplandeciente y terrible á la vista, extendido encima de ellas. . . . El ruido que hacian los animales con sus alas, era como el de la más inmensa cantidad de aguas, y como la voz que Dios hace oír desde lo alto del Cielo. Cuando andaban se parecia al de una gran muchedumbre, y al estruendo de todo un ejército. . . . Sobre aquel firmamento, se veia como un trono, que se ase-

mejaba al záfiro, y se percibía como un hombre sentado sobre aquel trono. Se veía como un cristal muy brillante, y semejante al fuego, tanto por dentro como al rededor de él, y desde su cintura arriba, como desde ella abajo, vi como una especie de fuego que arrojaba su luz por todas al rededor, à manera del arco que se presenta en las nubes un día lluvioso. A esto se parecía la luz que brillaba por todo el rededor.» (Ezech., cap. I., v. 4, y siguientes.)

En cuanto al número de alas de aquellos animales misteriosos, ó Querubines, como los nombra Milton, este, en lugar de cuatro les ha dado seis, tomándolas de la descripción que hace Isaías de los Serafines, que rodeaban el trono del Señor, los cuales «con dos de ellas cubrían sus rostros, con otras dos sus pies, y volaban con las dos restantes.» (Is. Cap. 6., v. 2.º)

LIBRO SEPTIMO.

(1) Pág. 240. Todas las bellezas que el poema de Milton presenta en esta descripción de la creación, son sacados de los varios libros de la escritura, que hablan de ella, en que se nos exponen un número de ideas sublimes, que apesar de las que él ha reunido en el discurso del Arcangel San Rafael, está tan lejos de agotarlas, como de igualar en sublimidad à sus originales, cuando no los copia exactamente. La invención del compas, de que usa el Criador para señalar los términos del orbe que va à criar, tiene su fundamento en otras expresiones figuradas de la misma especie, que se ven en varios parajes de la escritura, por ejemplo en el libro de Job, en que Dios dice à este: «¿en donde estabas cuando yo colocaba los fundamentos de la tierra? Quién tomó para esto las medidas, ó quien extendió sobre ella el nivel? ¿Sobre qué fueron consolidadas sus bases, ó quien puso en su puesto su piedra angular, cuando me alababan juntos los astros de la mañana, y me aplaudían alegres todos los hijos de Dios?» (Cap. 38, v. 4, y siguientes.) También en el libro de la sabiduría se nos dice que «Dios lo ha dispuesto todo en medida, número, y peso» (Cap. II, v. 21.)

LIBRO OCTAVO.

(1) Pág. 253. La descripción de los sistemas celestes, que pone aquí Milton en boca del Arcangel, al mismo tiempo que previene à Adán de lo poco que importa al hombre investigar los movimientos de los astros y planetas, ha sido censurada, como un prurito del Autor, de manifestar su erudición; desdice, con efecto, de la grandeza de aquel comisionado del Señor, el entrar en semejante discusión, debiéndose haber ceñido à lo que dice de verdaderamente útil, acerca del destino de aquellos cuerpos celestes, con respeto à las necesidades del hombre; esto es, de sus benéficos influjos sobre la tierra, de la oportunidad de las estaciones

que la proporcionan, y de las reglas que la presentan, para medir con seguridad los tiempos.

(2) Pág. 265. La descripción de los primeros momentos de la vida de Adán es magnífica, y muy poética la investigación que hace, consultando á las criaturas, acerca de su autor, aunque no conforme á la verdad; pues naciendo Adán con los dones todos de la gracia, no pudo dudar un momento de la existencia, naturaleza, y grandeza de su Criador; ni á la verosimilitud, pues habiéndole Dios infundido en el mismo momento que abrió los ojos á la luz, el conocimiento total de la lengua primitiva, no es creíble que dejase de infundirle un conocimiento tan urgente, tan indispensable, como el que necesitaba para ofrecer á su Dios el primer acto de su vida, las primicias de su existencia; no siendo compatible con la perfección con que su Dios le había criado, la ignorancia de un punto tan capital; diciendo además la Escritura, que al ir á criarlo, dijo Dios: «hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza; en el sistema de Milton no se hubiera verificado esta expresión, pues mal podía ser la imagen y semejanza de Dios, en los primeros instantes de su vida, una criatura, que en ellos ni le conociese ni le amase.

LIBRO NOVENO.

(1) Pág. 291. Lo que dice Milton acerca de la separación de Eva de Adán, antes de ser tentada, es enteramente conforme al texto sagrado, que supone á Eva sola en la conversacion con el tentador, y cuanto añade sobre la causa de la separación, es muy posible y verosímil. Parece con efecto, una causa naturalísima de su separación, la del deseo de disfrutar con ella una nueva especie de libertad, deseo nacido de un principio de soberbia y de confianza en sus fuerzas, que no puede dudarse precedió en lo íntimo de su corazón su culpa material, y fue el primer origen de ella, pues así nos lo indica el Espíritu-Santo en el libro del Eclesiástico, diciendo: *Initium omnis peccati est superbia*. Cap. 10, 15. Dios abandonó justisimamente á las artes del seductor, una criatura ingrata, que olvidando que lo debía todo á su Criador, no contaba con él para resistirle, confiaba en solas sus fuerzas, y se amaba mas á sí misma, que á su Hacedor. El pretexto que en el poema se da á Eva, para querer trabajar separada de Adán, está inventado con tanta mas probabilidad, cuando viste aquella pretension de una apariencia de desinterés y juicio, propia para persuadir á Adán, y aun para engañar sobre la verdadera intención, á la misma que la hacía; no habiendo tentaciones mas peligrosas para el hombre, que aquellas en que el mal se presenta adornado con los colores del bien.

Con todo, el carácter de Adán, superior en solidez y firmeza al de Eva, no le permitió equivocar tan fácilmente su objeto, ni desconocer los peligros á que ella se exponía. Bien advirtió Satanás esta ventaja de

Adán para guardarse de tentarle directamente, como á Eva; pero no ignorando tampoco el principio de corrupcion que abrigaba ya su corazón, por el exceso de amor que la tenía, que pasando de los límites debidos, degeneraba en una flaqueza contraria á la gratitud y al amor para con su Criador, contó con que seducida Eva no resistiría á sus instancias, para acompañarla en su desobediencia. Tal fué el artificioso método que adoptó para perderlos á ambos, segun se colige de la narracion misma de la Escritura, y tambien del texto de San Pablo, que expresa, que Adán en su culpa no fué engañado, esto es, que conociendo el mal, lo cometió por flaqueza y condescendencia, y que Eva al contrario, fué engañada, aunque no excusable por esto, pues estaba en su mano el no serlo, *Adam non est seductus, mulier autem seducta in prevaricatione fuit.* (Ad Timoth. 1.^a, c. 2, v. 11.)

La astucia verdaderamente infernal de Satanás, que se observa en el orden de aquella tentación, está pintada en el poema con la mayor propiedad, y con un colorido verdaderamente poético.

(2) Pág. 301. La relacion que hace la escritura de la tentación de Eva, es la más lacónica y la más sencilla en la apariencia, pero en la realidad, la más profunda y más propias para dar á conocer los flacos del corazón humano. Sus palabras son las siguientes: «La serpiente era el mas astuto de todos los animales del^a tierra, que habia hecho Dios, y dijo á la mujer: ¿Porque os ha mandado Dios, que no comais fruta alguna del Paraíso? A lo que Eva respondió: Comemos libremente de todas las frutas de los árboles del Paraíso. Sola la fruta de el árbol, que está en medio de el, es la que el Señor nos ha mandado que no comamos, ni toquemos, no sea que muramos. Dijo entonces la Serpiente á la mujer: de ningún modo morireis. No hay en esto otra cosa, sino que Dios sabe, que en el día que la comiereis, se abrirán vuestros ojos, y sereis como Dioses, sabiendo lo que es el bien, y lo que es mal. Vió entonces la mujer, que aquella fruta sería excelente por comerla, pues que era hermosa y deleitable á la vista, y tomó de ella, la comió, y la dió á su marido, que tambien la comió: se abrieron los ojos de ambos, y habiendo conocido que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera, y se hicieron cinturas para cubrirse» (Genes. c. 3, v. 1, y sig.)

En esta narracion, salta desde luego á los ojos, que la astucia que se atribuye á la serpiente, para un efecto como el que se sigue de ella, la facultad de hablar, la de discurrir con tanta destreza y malicia, y la de calumniar y blasfemar de Dios, con tal artificio y descaro no pueden adoptarse á un mero animal irracional, cual lo es una culebra ó serpiente; y que por consiguiente, bajo la apariencia de una serpiente material, se ocultaba y hablaba aquel espíritu perverso, á quien el Señor amenazó por Isaías diciendo: que «vendrá algun día con su espada gran-

de, su espada penetrante é invencible, para castigar á Leviatham, á aquella serpiente inmensa y tortuosa.» (G. 27, v. I.)

Con efecto, no ha habido, ni hay, ni habrá, entre cuantos han leído el Génesis, desde que Moisés lo dió á luz, un lector, á no ser un insensato, que haya podido pretender sinceramente atribuir aquel discurso á un animal bruto, y que no haya reconocido en él, el espíritu maligno, oculto bajo su figura.

Ha habido con todo algunos impios, que han adoptado este modo de discurrir, aunque desmentido por la voz de todos los demas hombres, y por la sabiduría, talentos, y solidez de juicio, que ni ellos mismos pueden negar á Moisés, pero sin otro objeto, que el de hacer escarnio del texto sagrada, fatuidad con que no han conseguido mas, que acabar de hacerse ridiculos á los ojos de todo hombre de juicio.

Estos mismos han opuesto otra dificultad no menos ridicula, á la verdad de la narracion, á saber, que era imposible, aun suponiendo que el diablo hubiese hablado por la serpiente, que Eva no se hubiese asustado, y en lugar de darla oídos, no se hubiese corrido á refugiarse cerca de Adán.

Da ciertamente compasion, el ver que habia hombres tan mentecatos, que aun maliciosamente hechen mano de tales sandeces. Acaso Eva en el estado de inocencia, de ilustracion, y de integridad de facultades, estaba sujeta á los temores extravagantes y pueriles, á que estan sujetos sus degradados descendientes y que aun ellos saben desterrar, cuando llegan á adquirir algunos conocimientos, y algun juicio? Eva no temia entonces mas que á Dios, y aun á este con un temor filial, y acompañado de la mayor confianza. Sabia muy bien que fuera de él, ningun ser havia que tuviese poder para hacerla el menor daño. Por otra parte, acostumbrada á las apariciones de Dios y de sus ángeles, por medio de figuras visibles, no podia causarla la menor novedad, ni desconfianza, el que alguno de ellos la hablase por el órgano de una culebra. Pero dejemos tan frívolas dificultades, y examinemos la profundidad de la narracion de la Escritura.

La serpiente infernal se vale de los mismos medios para tentar á Eva, que pone en práctica con sus descendientes: comienza por exagerar mintiendo, la dureza y la dificultad del precepto divino, suponiendo que se extiende á todas las frutas del Paraíso, y por excitar una curiosidad rebelde de saber la causa que ha tenido para imponerlo, como si el hombre tuviese derecho de averiguarla, para obedecerle. Aquel «por qué», es el mismo que nos repite todos los dias, tentando, ya nuestra fe, ya nuestra obediencia á sus mandamientos. «¿Por qué» nos propone Dios misterios incomprensibles? «¿Por qué» no nos ha dado aun pruebas mas claras de la revelacion? «¿Por qué» ha dejado en la ignorancia de ella á tantas naciones? «¿Por qué» no nos hace á todos santos, y justos?

Tales son estos y otros muchos «por qués», que nos propone, para

hacernos titubear en la fe, conociendo cuanto lisonjea su exámen, á nuestra soberbia, que quisiera juzgar á Dios mismo en el tribunal de su razon.

Si es para que quebrantemos los mandamientos: «¿Por qué», dice, os ha prohibido unos placeres, unos deleites, á que la naturaleza misma que os ha dado, os inclina? «¿Por qué» habeis de creer, que castigue con penas eternas los efectos de unas pasiones irresistibles, y comunes á todos los hombres? «¿Por qué» os persuadís que un Señor tan grande, ha de tomar tal interes en las acciones de una criatura tan despreciable como el hombre?

No ignora cuanto apoyo hallan estas dudas en el corazon del hombre, corrompido por la culpa original, y logra precipitarle con ellas en la desobediencia, si nosotros al primer asomo de tales proposiciones nos ponemos á conversar, y á disputar con él, como hizo Eva, y no tomamos el partido de cortar de pronto el hilo de sus proyectos, siguiendo el ejemplo de nuestro divino maestro; respondiéndole con firmeza: «retírate Satanás; nos basta saber con pruebas irrecusables, como lo sabemos, que Dios ha revelado los misterios del Cristianismo, para creerlos, por incomprensibles que sean á nuestra debil razon. Sinó lo fueran, si estuvieran al alcance de esta, que no comprende lo que es ella misma, lo que es un grano de arena, dejarían de ser divinos. Tampoco necesitamos mas que saber por su revelacion, los preceptos que nos ha impuesto para respetarlos y obedecerlos, sin investigar los motivos que ha tenido para su establecimiento, aunque ha tenido la bondad de presentarnos con tanta claridad á nuestra razon, que á no ser por una voluntaria ceguedad, ningún hombre que haga uso de ella pueda desconocerlos.

Si Eva hubiera hecho esto, se hubiera preservado de la tentacion, pero movida de una inclinacion oculta á desobedecer á Dios, y deseosa, sin pensárselo quizas ella misma, de que el tentador la presentase algunas razones con que alucinarse á si propia, justificando de algun modo á sus ojos dicha desobediencia, y calmando con esto sus remordimientos, se pone en discusion con él, bajo el pretexto aparente de defender la conducta de Dios, manifestándole que no había prohibido mas que la fruta de un solo árbol, y en esta misma respuesta, da una prueba de sus disposiciones interiores, á la duda, y á la rebelion, mudando los términos con que el Señor había amenazado castigar la infraccion de su precepto, pues que habían sido estos: «En cualquier dia que comiereis de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, morireis:» *In quocumque die comederis; ex eo, morte morieris*, y Eva los trueca de este modo: «nos ha mandado Dios que no comamos de la fruta de aquel árbol, ni aun lo toquemos, no sea que muramos. Expresión con que hace dudosa la amenaza de la muerte, y añade al precepto, para aparentarlo mas riguroso, la circunstancia de no tocar siquiera el árbol, de lo que el Señor no había hecho mencion.

LIBRO DECIMO.

(1) Pág. 330. Aunque el Génesis hace mencion de varias apariciones de Dios á los primeros hombres, no nos expresa la figura bajo la cual se hacia visible. Milton ha supuesto con alguna razon, que seria la humana, así por que habia de ser adoptada realmente por el mismo Dios en la Encarnacion venidera, como por que entre todas las figuras corporales de este mundo, es la mas noble y privilegiada; por que otras apariciones del Señor en los siglos posteriores, han sido en dicha figura, como consta, entre otros, en los libros de Ezequiel y del Apocalipsis.

(2) Pág. 334. La transformacion de los demonios en serpientes, como la de su cabeza, Satanás, en una serpiente, ó dragon superior á las demas, es una invencion totalmente conforme al modo de hablar figurado de la Escritura en muchos parejes, principalmente cuando habla de Satanás, á quien pinta con los mismos colores, como puede verse en especial en el Apocalipsis.

Pág. 347. Aunque nada dice la Escritura acerca de que el orbe terrestre haya variado de posicion, respecto de las demas esferas, sea en la época de la expulsion de Adán del Paraíso, sea en la del diluvio, es muy probable, que haya realmente acaecido, cuando no la primera, á lo menos en la segunda. Las extraordinarias variaciones, que despues de esta en especial, se advierten en los fenómenos celestes, en las estaciones, en los alimentos, y en la duracion de la vida de los hombres, no pueden explicarse físicamente con mas facilidad, que con la suposicion de una mutacion semejante. Esto ha dado motivo á muchos sabios para presumirla, y entre ellos á M.^r Pluche, que piensa que el eje del orbe terrestre atravesaba perpendicularmente el Zodiaco, y que en tiempo del diluvio le dió Dios la oblicuidad que ahora tiene respecto de él, son lo que da una explicacion muy adecuada de todas las novedades experimentadas en consecuencia. Sea lo que fuere de estos sistemas, Milton se ha aprovechado ingeniosamente de ellos, para dar un nuevo adorno á su poema.

LIBRO UNDECIMO.

(1) Pág. 364. La misericordia de Dios para con el hombre, á pesar de su delito, comenzó á manifestarse en el momento mismo de su sentencia, por la promesa de un redentor divino, que habia de descender de él en lo venidero, que conseguiria su perdon, y el de toda su descendencia, y le abriria las puertas del Cielo, vengándole de su seductor, expresada en estas misteriosas palabras que dijo á la serpiente: «pondré enemistades entre ti y la muger, entre tu raza, y su condesceendencia; ella pisará tu cabeza, y tu tirarás á morderla el talon; y es muy probable, que no contenta su inefable bondad con este obscuro anuncio

acrecentase el consuelo de aquellos primeros padres del genero humano, despues de su arrepentimiento, explicándolos con mas claridad aquel incomparable exceso de su amor, que habia de tener efecto en los futuros siglos. Milton se ha aprovechado pues con juicio, de esta probabilidad, dándola una extension tan grande, aunque ya menos verosímil, que ha tenido campo abierto, para describir con todos los adornos poéticos, las felices consecuencias de la verificacion de aquella promesa, hasta el fin de los siglos.

(2) Pág. 374. Una de las cosas que mas chocan á los hombres poco instruidos, es la creencia en que generalmente están los que tienen poco conocimiento de los dogmas del Cristianismo, de que uno de ellos es, el de que los niños ó los hombres adultos, que mueren con solo el pecado original, padecen la misma especie de penas eternas; que los que han cometido culpas totalmente personales, y han muerto en desgracia de Dios. Esta persuacion les hace formar una idea muy equivocada de la justicia divina, y sirve de ansa á los impios para declamar contra ella, y enredarlos en mil dificultades. Por consiguiente, es muy útil el enterarles de la verdadera doctrina de la Iglesia, y desterrar de sus ánimos una preocupacion tan falsa y perjudicial. Deben estar pues seguros, de que los que mueren con solo el pecado original, segun la opinion general de los Doctores Católicos, padecen la privacion de ver á Dios, y por consiguiente de gozar la bienaventuranza sobrenatural, prometida á los que mueren en gracia del Señor, la que llaman los Theólogos pena de daño; pero con la circunstancia, de que no teniendo conocimiento alguno de lo que es aquella felicidad, no sienten la pena correspondiente á su pérdida, asi como un hombre acostumbrado á una vida moderada y frugal, que no tiene idea de los regalos y comodidades de un hombre opulento, no tiene el menor sentimiento de carecer de ellos, cuando al contrario, los hombres que han añadido culpas personales á la original, y han muerto en desgracia de Dios, reciben, por disposicion de su justicia, tal conocimiento de la dicha que han perdido que su privacion es para ellos la mas atroz de las penas que padecen en el infierno.

Es tambien opinion general de los mismos Doctores, que los expresados niños ó adultos, muertos con solo el pecado original, no padecen otra pena alguna que la dicha privacion, en los términos que acabo de explicar, cuando al contrario; los demas condenados sufren, además de la pena de daño en toda su fuerza, otras infinitas, y entre ellas la del fuego, en proporcion exactísima á la gravedad y número de sus culpas.

En suma, lo que creen generalmente los Católicos en el punto de que tratamos, no decidido ni por la Escritura, ni por la Iglesia es, que los que mueren con solo el pecado original, aunque, como es de fé, carezcan de la vision de Dios y del Cielo, no serán tan infelices, que sientan haber nacido. Tal es la opinion de san Agustin mismo, que en esta ma-

teria ha sido uno de los Doctores que menos han extendido la indulgencia, como que tenía que combatir a los Pelagianos, que aniquilaban con su falsa doctrina, el pecado original y todos sus efectos.

De esta doctrina de san Agustin, y de la opinion general de los Doctores, se ha sacado justamente la consecuencia, de que los que se hallen en tal caso, no solo no serán enteramente infelices en su concepto, sino que gozarán alguna especie de felicidad; pues el alma del hombre es de tal naturaleza, que á no ser que permanezca privada del uso de sus facultades, y en un estado absoluto de insensibilidad, estado que no es regular les haya dado Dios para toda la eternidad, no puede estar en un estado de indiferencia; ha de ser de algun modo feliz ó infeliz: si es feliz, aunque sea en poco grado, podrá no sentir el haber nacido, pero sinó, la privacion eterna de toda especie de felicidad, de cuyo ardiente deseo no puede prescindir, la hará tan desgraciada, que sentirá el haber nacido, lo que San Agustin no juzga creible. (Agus. Lib. 5.^o contra Julianum, Cap. 11, Parag.^o 44.)

Debe pues tener entendido el lector, que si algun escritor Católico ha hablado con mayor rigor en esta materia, es por una opinion particular suya que reprueba el sentir común de los demas, y es necesario que reflexione, que la justicia divina es tan exacta y tan equitativa, que al ver las penas impuestas aun á los pecadores involuntarios, cuando llegue el caso de que las sepamos con una claridad de que en este mundo carecemos, quedaremos pásmados de las erradas ideas que tenemos en aquella justicia en este mundo, á no ser en las máximas generales que la fé nos enseña, y reconoceremos que en nada se oponen dichas penas á la infinita bondad y misericordia del Señor, como tampoco hallaremos dificultad alguna en conciliar estos atributos con los castigos temporales impuestos al género humano, en consecuencia del pecado original, como son los dolores, las enfermedades, la muerte, etc. Todo lo que padezcamos en este mundo sera compensado con la mayor exactitud en el otro, ó con mas grados de felicidad si morimos en gracia de Dios, ó con disminucion proporcionada de penas, sinó tenemos tal fortuna. En fin, la sabiduria divina arreglará con tal puntualidad los premios y los castigos, que hasta los que mas padezcan, no hallarán en su conciencia el menor motivo justo de quejarse. Toda la doctrina que hemos dado sobre la situacion de los párvulos muertos sin bautismo, es de Santo Tomás en la suma (in 3.^o, q. 71. Art. 1.)

(3) Pág. 385. La memoria de Noé y del diluvio universal es una de las que se han conservado, con monumentos indelebiles en el mundo, y cuya tradicion, segun la expresion del mismo Voltaire, citada en mi Prólogo, ha dado bajo diferentes nombres la vuelta al mundo; esto es, se ha conservado hasta el dia en la memoria de todas las naciones. La historia, y la fábula concurren á asegurarla, y hacen mencion de la mayor parte de las particularidades del Arca, de las personas que se salvaron en ella, de los animales encerrados en su recinto, etc.....

Dicha tradicion subsiste en los pueblos de América, como en los del Africa, en los del Asia, como en los de la Europa. Los fragmentos que han quedado de los mas antiguos historiadores, como Abydeno y otros, conservados por Eusebio Cesariense, atestiguan su verdad: la fábula la repite, como puede verse entre otros monumentos, en el libro primero de los Metamorfóseos de Ovidio; y el estado de la tierra, en cuyos mas altos montes se encuentran conchas y otros despojos marítimos, á los que con razon se da el nombre de medallas del Diluvio, acaban de hacer esto indudable, aun para el hombre mas obstinado, pues sola una inundacion universal ha podido producir tales efectos en la tierra, y una tradicion tan general, y tan duradera en todos los pueblos que la habitan.

La memoria misma de los Gigantes, esto es, de aquella raza de hombres de prócera estatura, y belicosos, cuyos vicios, soberbia é impiedad atrajeron principalmente el castigo del diluvio, se ha conservado en la Mitologia de los Egipcios, Griegos, y Romanos, como se ve por Hesiodo, Apolodoro, Ovidio, y otros Poetas antiguos, en la ficcion de la guerra, que Encelado, Tifon, y otros enormes Gigantes hicieron contra Jupiter, siendo de resultas destruidos por él.

LIBRO DUODECIMO.

(1) Pág. 401. El suceso de la separacion milagrosa de las aguas del mar rojo á la voz de Moisés, para dar paso á los Israelitas, fué conservado por tradicion entre los Ictiophagos, pueblos que habitaban sus orillas, segun lo refiere el historiador gentil Diodoro Siculo, anterior á venida de Cristo, en el libro tercero de su historia.

(2) Pág. 405. Varios documentos antiguos de la historia profana, atestiguan la expulsion de los Cananeos ó Phenicios de la Palestina, por las armas de los Israelitas mandados por Jesus ó Josué. Tales son la llegada de Cadmo con otros fugitivos á la Grecia, como tambien la inscripcion Phenicia hallada en la Numidia Tingitana segun refiere Procopio (de bello Vandalico, libro 2.^o, cap. 10.) y que es la siguiente: *Not sumus qui fugimus á facie Jesu latronis filii Navé*: «nosotros somos lo que huimos de las armas del ladron Jesus hijo de Navé».

(3) Pág. 410. La futura venida de una persona enviada por el Cielo, para volver al mundo la primera inocencia y la paz, y establecer en él una nueva generacion de hombres que profesasen la virtud, esto es, en los términos de la Mitologia gentílica, desterrar la edad de hierro, y renovar la de oro, fué una tradicion constante entre las naciones de la antigüedad. Esta tradicion, que no es otra que la de la promesa desfigurada por los gentiles, de la venida del Mesías Jesu-Cristo nuestro Salvador, y la del establecimiento de su Iglesia y de su Reino eterno, hecha á Adán, Noé, y sus hijos, y comunicada por ellos á sus descendientes,

nos la atestigua, entre otros, Virgilio, en su quinta Egloga, en tales términos que no puede dejarse de conocer la identidad de ambas cosas en los versos siguientes, citando á la Sybila Cumea.

*Ultimu Cumœi venit jam carminis ætas,
Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo;
Jam redit et virgo, redeunt Saturni regna;
Jam nova prognies cœlo dimittitur alto.
..... quo ferrea primum,
Dessinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta fave Lucina tuus jam regnet Apollo.
.....
Te duce, si cua manent sceleris vestigia nostri
Irrita perpetua solvent formidine terras.*

»Ya llega la última edad anunciada por los versos proféticos de la Sybila Cumea. Ya nace con total mudanza una série magnífica de siglos; vuelve ya al mundo la virgen Astrea, esto es, la justicia, vuelve el reino de Saturno: una nueva generacion nos viene del alto cielo; con la cual acabará desde luego la edad de hierro; y en el mundo brotará una generacion de oro; favorece esta mutacion, ¡casta Luzina! reine ya tu Apolo! Bajo su direccion, si quedan aun algunos vestigios de nuestro delito, borrados por ti, librarán á la tierra de un perpetuo terror.»

Lo que es mas singular es, que este anuncio de la fábula, segun la voz que corria entre los mismos gentiles, y que sin duda dió motivo á Virgilio para aplicarlo, entonces, debia verificarse en la Judea, y en aquella época poco más ó menos, que fué en la que imperando Cesar Augusto, nació con efecto en el mismo país el objeto de aquella tradicion profética, tanto sagrada como profana, esto es, el Divino Salvador, y Rey eterno del linaje humano, segun lo afirman Tácito y Suetonio, historiadores gentiles de aquel siglo diciendo, que ese habia esparcido por todo el oriente la fama de que en aquella época, un conquistador salido de Judea, se haria dueño de todo el orbe.

(4) Pág. 411. Nada mas admirable que los medios que eligió la providencia para la propagacion del Cristianismo. La ignorancia, la humildad, la pobreza, la mansedumbre, la debilidad, para luchar con la sabiduría del mundo, con la soberbia, la riqueza, el furor y el poder: la austeridad, la abnegacion de si mismo, el desinterés, la pureza para vencer al regalo, al amor propio, á la codicia, y á la disolucion; los mártires para abair á los tiranos, las víctimas á los verdugos, las ovejas á los lobos.

Si los Apóstoles hubieran comunicado anticipadamente, el proyecto de convertir al mundo, con los medios de que debían valerse para lograrlo, ¿hubiera habido un hombre de razon, que no lo hubiera tenido por el mas impracticable de todos los extravíos?

No lo juzgó así la sabiduría divina, que «escogió lo mas débil, lo mas despreciable á los ojos del mundo,» como dice San Pablo, «para confundir lo mas fuerte.» Pero la misma sabiduría les dijo: «no temais, yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. Y quien si no es ella, hubiera podido dotar de tal fortaleza, de tal magnanimidad, y de tal mansedumbre y humildad al mismo tiempo, á tantos millares de gloriosos mártires de todos sexos, de todas edades, de todos países, de todas clases, que agotaron el furor de los tiranos, los vilipendios del mundo, y la fuerza de los mas desapiadados verdugos? Cuya sangre derramada á la vista de los pueblos, lejos de retraerlos del Cristianismo, sirvió para traerlos al fin, á todos á el, «siendo,» como dice Tertuliano, «una semilla fecundísima de su doctrina?»

Se muy bien, que algunos escritores impios de nuestros tiempos, truncando, desfigurando, ó despreciando con el mayor descaro y malicia, los testimonios unánimes de toda la antigüedad sagrada y profana, han pretendido disminuir la muchedumbre inmensa de nuestros mártires, para contraponerles el cortísimo número de hombres ilusos de todas las sectas juntas, que por orgullo, ó por una obstinada ignorancia, han perdido la vida antes que abandonarlas. Pero que tiene que ver la ilusión de estos pocos hombres, que lejos de morir con paciencia y resignación, hubieran bebido la sangre á sus verdugos, si hubieran podido hacerlo, que cuando han tenido fuerzas para ello, no han respetado autoridad alguna, han hecho la guerra á sus mismos Soberanos, y solo han cedido á la fuerza y á la desesperación, con aquellas inocentes víctimas, que aunque armadas muchas veces, y superiores en número y en valor á sus enemigos, han respetado siempre en ellos la autoridad legítima, mientras la han tenido, dejándose degollar como corderos durante tres siglos, sin que en ellos haya un ejemplar solo de resistencia, ó de rebelión? Esto es lo que no es dado al hombre, sin un auxilio extraordinario de Dios, no un mero acto de orgullosa locura.

Este carácter de obediencia y mansedumbre, á que como he dicho, no alcanzan las fuerzas humanas, estan privativo de los mártires del Cristianismo, y de la doctrina de Jesucristo, que desafío á todos los incredulos, á que me encuentren en la historia, un ejemplo solo de una secta ó falsa religion, que habiendo llegado á ser bastante numerosa para resistir á la autoridad legítima, no haya tomado las armas contra ella si ha pretendido oprimirla. Es mas difícil hacer el papel de cordero, que el del leon, y si este se deja matar, es cuando no tiene arbitrio para despedazar á su adversario.

Por otra parte, ¿que tiene que ver uno ó otro fanático contado, que ha perecido por sus opiniones erradas, guiado de una falsa vanagloria, con la multitud innumerable de los mártires del Cristianismo? Pasma el ver lo que de esto dicen los mismos gentiles testigos oculares. Ya Neron, bajo cuyo imperio fueron martirizados los Apóstoles San Pedro y San

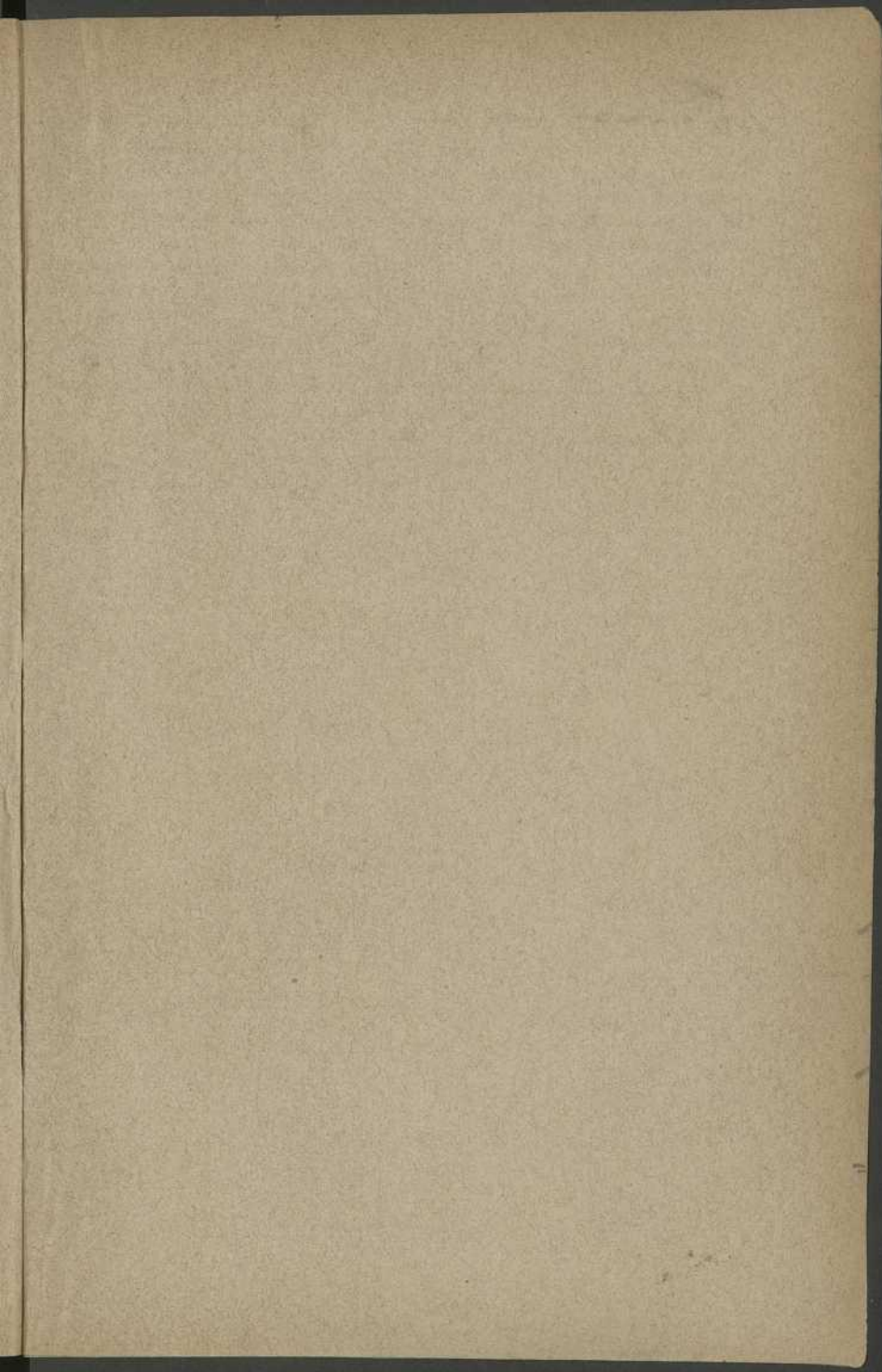
Pablo, sacrificó, con horribles tormentos, tal número de Cristianos en solo Roma, que Cornelio Tácito historiador gentil, contemporáneo, y de la mayor autoridad, lo califica de *Ingens multitudo*, «grandísima muchedumbre, ¿Cual sería pues, lo que padecería en todas las provincias de aquel vasto Imperio?

Los límites de una nota, no permiten que me extienda en esta materia; pero el que quiera enterarse de ella, y ver la mala fe y la desvergüenza de los incrédulos que impugnan la verdad que defendemos, acuda á las historias eclesiásticas escritas por los mejores críticos, ó pase los ojos por la disertacion que sirve de prólogo á las actas de los primeros mártires, recogidas y publicadas por el célebre padre Ruinart, en que este sabio crítico responde á los que pretenden reducir el número de los mártires á un cálculo muy inferior á la verdad, y verá con admiracion, probada su inmensa muchedumbre con tales documentos, y tan irrefragables pruebas, que no dejan el menor efugio á los que contradicen.

FIN.

INDICE.

	Pág.
Biografía.	V
Prólogo de Escoiquiz.	XI
Libro I	19
» II	50
» III	91
» IV	121
» V	163
» VI	196
» VII	232
» VIII	257
» IX	281
» X	326
» XI	361
» XII	394
Notas de Adisson.. . . .	417
» » Escoiquiz.	430









THE
HISTORY
OF
PARATON
AND
THE
COUNTRY
OF
PARATON

14.239





